LAURA GARRIDO VILLASANTA

RECUERDOS DE AMATISTA

PIEDRAS DE LA VIDA 2

RECUERDOS DE AMATISTA

LAURA GARRIDO VILLASANTA

PIEDRAS DE LA VIDA 2
RECUERDOS DE AMATISTA

Copyright © Edición original 2022, Laura Garrido Villasanta.

Todos los derechos reservados. Cualquier reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento queda prohibida por las leyes de protección de datos. Si necesita hacer una copia o reproducción total o parcial de esta obra, póngase en contacto con la siguiente dirección de correo electrónico: lauramgarvil@gmail.com

Imagen de la cubierta © diseñada por Marcia Fernández.

Edición de la cubierta © por Laura Garrido Villasanta.

Diseño del mapa © por Laura Garrido Villasanta.

A ti, lector, que has visto más allá de la Frontera de Piedra
y te has dejado atrapar por la idea del cambio.

ADVERTENCIAS DE CONTENIDO

La siguiente obra contiene escenas de violencia que podrían herir la sensibilidad del lector. También contiene escenas de sexo consentido. Lea bajo su responsabilidad.

ÍNDICE

MAPA
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
CAPÍTULO 31
CAPÍTULO 32
CAPÍTULO 33
CAPÍTULO 34
CAPÍTULO 35
CAPÍTULO 36
CAPÍTULO 37
CAPÍTULO 38
CAPÍTULO 39

CAPÍTULO 40
CAPÍTULO 41
CAPÍTULO 42
CAPÍTULO 43
CAPÍTULO 44
CAPÍTULO 45
CAPÍTULO 46
CAPÍTULO 47
CAPÍTULO 48
CAPÍTULO 49
CAPÍTULO 50
CAPÍTULO 51
CAPÍTULO 52
CAPÍTULO 53
CAPÍTULO 54
CAPÍTULO 55
CAPÍTULO 56
CAPÍTULO 57
CAPÍTULO 58
CAPÍTULO 59
CAPÍTULO 60
CAPÍTULO 61
APÉNDICE 1: TIPOS DE MAGIA
APÉNDICE 2: PERSONAJES
APÉNDICE 3: PRONUNCIACIONES
AGRADECIMIENTOS
SOBRE LA AUTORA

-ATHEVIA-
Toyasca
Bosques del Norte
Brunedain
Sierra del Águila
Escuela de Diamante
Lorias
Tranteria
Río Tee
Río de Lorias
Atios
Zaros
Río Dorado
Río del Trigo
Cordillera de Merath
Último Bosque
Onuaya
Estepas estralenses
Estepas Brunedanas
Picos Perlados
Mar Estralense
Delta del Dorado
Faro Negro
Río Itaro
Delta del Itaro
Tomiara
Dumaria
Xandiara
Río Karros
Virzara
Sierra Meridional
Templo Blanco
Mar Esmeralda

CAPÍTULO 1

El palacio real de Xandiara seguía igual que la última vez que lo había visto. Y, a la vez, todo era distinto ahora.

Yáhlazer se bajó del carruaje prestando poca o ninguna atención al aluvión de preguntas que le llenaron los oídos nada más poner un pie en esos adoquines que tan bien conocía. No podía pensar en nada que no fuera Nyaja. Se había pasado los últimos días sin pensar en nada que no fuera Nyaja.

Los brunedanos se la habían llevado a rastras, sin que él hubiera podido hacer nada por evitarlo. Y mancharse las manos con la sangre de los soldados que se habían quedado atrás no había aliviado ni una pizca su sufrimiento. Solo lo había hecho sentirse más miserable.

Su abuela disgregó a las masas con su dirigencia habitual. Aunque Estiaria también estaba afectada por el secuestro de Nyaja, ella sabía llevar las cosas con mucha más entereza. Debería seguir siendo ella la reina de Dumaria. Yáhlazer se sentía cada vez menos digno de esa pesada corona que le habían entregado tres años atrás.

Sin saludar a nadie, atravesó puertas y pasillos hasta que por fin pudo encerrarse en su habitación dando un portazo. No quería escuchar a nadie compadeciéndose de él, del pobre rey de Dumaria que ni siquiera podía proteger a su propia familia.

Pero las voces seguían en su cabeza. El fuego y los gritos y los estallidos de la magia seguían inundando sus pensamientos desde aquel trágico día.

Se sentó en la cama y enterró el rostro en las manos. Las paredes de piedra que lo protegían eran cada vez más agobiantes. A veces se arrepentía de no haber acompañado a Miravien y a Bryla al corazón de Brunedain para rescatar a Nyaja. Luego llegaba a la conclusión de que no serviría de nada rescatar a Nyaja si, al regresar a Dumaria, esta había sido conquistada por los onduranos que habían arribado en la costa sur del país.

No estaba preparado para esa responsabilidad. Para ponerse una armadura, enfundarse una espada y varios puñales, y dirigir a sus

tropas a una guerra. No estaría preparado mientras sus pensamientos estuvieran en otra parte, en los ojos castaños de Nyaja, unos ojos que por fin habían aprendido a sonreír.

No podía quedarse de brazos cruzados esperando a que los brunedanos volvieran a arrancarle la sonrisa de la cara, esperando a que cerraran sus ojos para siempre. Él era el rey de Dumaria. Y si tenía que hacer una auténtica estupidez para salvar a la chica que le había robado el corazón, lo haría.

Una hora después estaba frente a la enorme construcción de piedra y acero. Parecía que toda Xandiara se encogía ante ese edificio, que el sol siempre brillante de Dumaria se apagaba un poco, como si el astro rey hubiera decidido abandonar a su suerte a los condenados que yacían en su interior.

Los guardias de la prisión de Xandiara se apartaron a su paso, pero le preguntaron si necesitaba que lo acompañaran. Yáhlazer negó con la cabeza. Cuanta menos gente escuchara lo que iba a decir, mejor.

Recorrió los pasillos iluminados por bombillas titilantes. En contra de lo que le exigían todos sus instintos, avanzó hacia el ala oeste, con su magia constriñéndose cada vez más en su interior. Por suerte, todavía podía sentir la conexión con los dos pájaros que se habían quedado vigilando las puertas de la prisión cuando alcanzó la primera celda de titanio.

—¿A qué debemos este gran honor? —murmuró una voz ronca, pero afilada como un cuchillo.

Yáhlazer siguió la procedencia de la voz, aunque ya sabía quién había hablado antes de asociarla con un rostro.

Theran Graemor solo parecía ser una sombra de lo que había sido. Estaba sentado en el suelo, con la espalda apoyada contra la pared y abrazándose las piernas. El pelo negro le caía en mechones desgreñados hasta por debajo de los hombros, cubriéndole parte de los ojos. La barba le había crecido, y ahora parecía mucho más mayor de lo que era en realidad.

La maga Golpeadora con la que compartía celda estaba tumbada en el suelo, temblando y farfullando, como si hubiera perdido la cabeza.

Yáhlazer había visto a magos perdiéndose a sí mismos después de pasar por un cautiverio prolongado en una celda de titanio. Era un castigo peor que la muerte.

—Vengo a ofreceros un trato —dijo, con toda la autoridad que fue capaz de aunar.

Por el rabillo del ojo, percibió un movimiento en la celda de al

lado. La Domadora se había levantado de su catre para escuchar. El Mentedespierta seguía en posición fetal, como si hubiera perdido la esperanza y nada pudiera devolvérsela.

—Permíteme dudar de tus supuestas buenas intenciones —farfulló Theran.

Yáhlazer sabía que era una locura, pero, aun así, tenía que intentarlo.

—Los de tu calaña han secuestrado a Nyaja —dijo, intentando que no se le notara la tristeza en la voz. Fracasó—. Supongo que la recordarás.

Theran esbozó la sonrisa más sarcástica que Yáhlazer había visto en su vida.

—¿Qué te hace pensar que no se ha marchado por voluntad propia?

Una provocación. Theran estaba roto en muchos aspectos, pero aún tenía fuerzas para intentar hacerlo enfurecer.

—Tengo buenos motivos para pensar que Nyaja no se habría marchado por voluntad propia.

A esas alturas, los cuatro prisioneros estaban ya pendientes de la conversación. La Golpeadora intervino.

—Nyaja dijo que nos sacaría de aquí —sollozó—. No se marcharía sin nosotros.

—Sí lo haría —la contrarió Theran—. Es lo que haría un buen soldado.

Yáhlazer se aclaró la garganta. Se habían perdido muchas cosas estando encerrados en ese lugar y tenía que ponerlos al día.

—Nyaja es mi prometida —soltó, de golpe.

Los cuatro magos abrieron los ojos como platos, pero solo uno de ellos se atrevió a hablar: Hyren, el Mentedespierta.

—Cuando vino a vernos… parecía nerviosa. Creo que quería contarnos algo y que luego se arrepintió, porque pensaba que la íbamos a juzgar y… —se interrumpió, como si necesitara recordar—. Y nos dijo que intentaba ganarse tu confianza para luego traicionarte.

Yáhlazer sospechaba que esos habían sido los planes de Nyaja al principio. No podía reprochárselo; la habían entrenado para eso toda su vida.

Pero luego todo había cambiado.

Theran empezó a reírse de forma casi enfermiza.

—Fue como liberar de su jaula a un pájaro que llevaba encerrado toda su vida —murmuró. Luego, lo miró directamente a los ojos—. Tú abriste su jaula. Y ella se enamoró de la libertad que le ofrecías. Supongo que no puedo culparla por eso —refunfuñó, agachando la cabeza—. Pero Drailon Hártimer no será tan clemente.

Yáhlazer estaba a punto de responder, pero alguien se le adelantó.

—¿Adónde se la llevaron? —preguntó Igme, la maga Golpeadora. Su preocupación por Nyaja parecía real—. Si saben todo lo que ha hecho aquí… Si saben que… La condena por traición en Brunedain es la muerte.

Yáhlazer sintió un escalofrío recorriéndole la espina dorsal. Por supuesto que sabía cuál era la condena por traición en Brunedain, pero tenía motivos para pensar que la querían viva. Si no, habría sido mucho más fácil matarla en el acto que encadenarla y arrastrarla hasta Brunedain.

—Se la llevaron viva —murmuró. No tenía fuerzas para decirlo más alto, ni para permitir que sus teorías abandonaran la seguridad de su mente.

—Para sacarle información —respondió Theran—. Sabe mucho, imagino. Drailon tiene formas de hacer hablar a la gente… secuaces capaces de hacer hablar a la gente.

Yáhlazer no quería ni imaginarse ese escenario. Apretó los dientes y trató de despejar sus pensamientos.

—Vine a proponeros un trato —repitió.

Theran lo miró. Había comprensión en sus ojos, pero esperó a que Yáhlazer lo explicara.

—Os dejaré libres si traéis a Nyaja de vuelta. Levantaré vuestra condena, y vuestra deuda con Dumaria quedará saldada. Mis soldados os escoltarán hasta la frontera, para evitar que hagáis alguna tontería.

La sonrisa de Theran daba escalofríos.

—¿Cómo sabes que cumpliremos nuestra parte del trato cuando nos liberes?

—Porque si me falláis, quemaré todo Brunedain si es necesario para dar con vosotros y encerraros en una celda de titanio hasta que olvidéis vuestros propios nombres —siseó. Hasta ese momento, no se había creído capaz de hablar con tanta crueldad.

Igme avanzó a gatas por la celda hasta él.

—Yo iré —se ofreció—. Prometo que haré todo lo que esté en mi mano para traer a Nyaja de vuelta si me sacas de aquí. Por favor —suplicó, con desesperación. Parecía que a la maga Golpeadora le había afectado profundamente la estancia en esa celda de titanio.

Yáhlazer asintió.

—Yo también voy —se ofreció Hyren.

Theran agachó la cabeza, como si se estuviera arrepintiendo de lo que iba a decir.

—Es una locura tratar de sacar a una prisionera de una celda en Tranteria, y tal vez él me mate primero… Pero que una maga brunedana se case con el rey de Dumaria podría ser… bueno para los magos brunedanos, ¿verdad?

Yáhlazer se volvió hacia la última integrante del equipo. Tadrin,

la Domadora, parecía asombrada.

—¡Eso es traición! —exclamó.

—No seas tonta, Tadrin —gruñó Theran—. Te dejarán aquí encerrada de por vida si no colaboras. Brunedain no vino a salvarnos, y no va a venir. Se han olvidado de nosotros.

Tadrin parecía a punto de echarse a llorar.

—No podemos regresar siendo unos traidores —replicó.

—Claro que podemos. Nadie tiene que saber cómo hemos logrado escapar. Nadie se creerá que simplemente han abierto las puertas de las celdas.

Theran volvió a levantar la mirada hacia Yáhlazer.

—Aceptamos —dijo, con determinación—. Te traeremos a tu futura reina… o Drailon Hártimer nos matará en el intento.

CAPÍTULO 2

Nyaja había dejado de intentar romper el cerrojo de la puerta hacía horas. La caja de titanio en la que la habían encerrado no solo había ahogado sus poderes, también parecía estarle robando el aliento. Prefería reservar sus fuerzas para el momento en el que tuviera una oportunidad de escapar.

Se revisó las muñecas, que dolían como si estuvieran envueltas en llamas. Había luchado contra las esposas de titanio hasta abrirse la piel y llegar al hueso, pero no habían cedido ni un milímetro. Había tratado de ahorcar a un guardia con la cadena que unía las esposas y casi lo había conseguido. Si no hubieran llegado refuerzos. Aunque, de todas formas, no habría podido escapar del barco que había cruzado el Mar de Esmeralda para trasladarla de Dumaria a Brunedain.

Se quitó los vendajes viejos, aguantando el grito de dolor que pugnaba por salir de su boca cuando tuvo que despegar la tela de la carne. Necesitaba puntos, pero sabía que nadie iba a dárselos. No estaba en Dumaria. Ya podía considerar una bendición que le hubieran quitado las esposas al encerrarla en ese agujero.

Rompió una de las capas de la tela interna de su vestido para fabricarse otro par de vendas. Seguía llevando las mismas vestimentas que había lucido en la fatídica reunión con la reina de Brunedain. Le habían dejado un uniforme verde perfectamente doblado sobre un taburete, con una insignia encima: una estrella roja encerrada en el interior de un semicírculo; el símbolo de los Escudos.

Pero ella ya no era una simple Escudo; ahora era mucho más que eso. Aunque si algo se le daba bien al gobierno de Brunedain era esconder todo aquello que no quería que saliera a la luz. De modo que Nyaja prefería seguir llevando un vestido sucio, cubierto de sangre, polvo y sudor, antes que rebajarse a ponerse esa ropa de esclava. Nunca más volvería a ser una esclava.

La bombilla del techo titilaba cada pocos segundos mientras se cambiaba los vendajes, amenazando con apagarse en cualquier momento y dejarla a oscuras, como también su esperanza prometía

extinguirse a medida que pasaba el tiempo y nadie acudía para comprobar si seguía viva.

No sabía dónde la habían encerrado. Antes de que le vendaran los ojos había podido reconocer el perfil de Tranteria, pero ahí se acababan todas sus referencias. La habían cambiado de carruaje varias veces para tratar de confundirla desde que habían desembarcado en Brunedain, pero no podían engañarla. Cualquier criminal a su altura encontraría su final en Tranteria, donde el Parlamento concentraba sus mejores prisiones de titanio, sus mejores sistemas de seguridad y sus mejores torturadores.

Sin embargo, no parecía haber nadie más en esa cárcel. No había escuchado ni un solo susurro. La otra posibilidad era que estuviera rodeada de cadáveres, y que a ella la hubieran arrojado ahí esperando que también se convirtiera en uno. Si seguían sin darle ni agua ni comida, no tardaría en alcanzar ese destino.

Unos pasos en la lejanía la sacaron de su estupor.

Nyaja se puso en pie de un salto. El tintineo procedente de su cuello fue suficiente para asustarla. Seguía llevando el collar que le había regalado Yáhlazer, y el lapislázuli de Omireli. Le costaba creer que no se los hubieran quitado todavía, pero tal vez lo harían pronto.

Y no podía permitir que todo lo que habían visto las amatistas de su cuello cayeran en malas manos. Se deshizo de todas las joyas y buscó algún lugar en el que esconderlas. En la esquina había una cantidad suficiente de polvo como para ocultar incluso el brillo natural de los diamantes.

Acababa de esconder su preciado tesoro cuando una llave entró en la cerradura al otro lado de la puerta.

Nyaja se apretó contra la pared en cuanto vio a los soldados de la Guardia Roja entrando en su celda dando grandes zancadas. Se preparó para defenderse, pero uno de ellos ya había recorrido la pequeña distancia que los separaba para cuando Nyaja logró ponerse en pie.

La agarró del cuello y la estampó contra la pared. Los huesos de su espalda crujieron a pesar de que no había ninguna insignia en la pechera del soldado; era un simple humano corriente.

—No quiero verte hacer ni una sola tontería —gruñó.

—El presidente dijo que no le hiciéramos daño —protestó el otro soldado, que se retorcía las manos en señal de nerviosismo.

—Y nadie le ha hecho daño —murmuró, cerrando un poco más el agarre.

Nyaja estaba a punto de propinarle una patada donde más le dolería cuando otra persona entró en la celda.

—Como Nyaja Tudein sufra la más mínima lesión, me aseguraré de que Drailon lo sepa —dijo. Su voz era afilada como una espada—. Suéltala ahora mismo, y espósala —ordenó.

Cuando el soldado la soltó con un gruñido de decepción, Nyaja quedó libre para ver quién tenía autoridad suficiente para dar esa orden. Y se le congeló la sangre en las venas.

El pelo blanco y negro que le caía hasta los hombros, los ojos ocultos detrás de unas gafas de sol, esa capa con capucha tan anticuada, y el aire de misterio que despedía su figura solo podían pertenecer a una persona.

El Cuchillo Silencioso le dedicó una fría sonrisa sarcástica que casi le hizo olvidar el ardiente dolor de sus muñecas al ser maltratadas de nuevo.

—Yo me encargo —anunció, avanzando hasta ella. Las gafas de sol que cubrían sus ojos le impedían captar su expresión, pero se imaginaba que, de todas formas, no sería una agradable. La agarró por el brazo antes de que pudiera protestar y tiró de ella hacia fuera. Cuando los dos soldados se alejaron lo suficiente, se inclinó para hablarle al oído—. Te sugiero que colabores.

Nyaja no necesitaba consejos del asesino de Drailon. Si no estuviera armado con dos pares de puñales, lo estrangularía con la cadena de las esposas y liberaría a los magos de Brunedain de él. Pero ella estaba en desventaja y solo conseguiría terminar peor de lo que ya estaba. Tendría que ser paciente.

El Cuchillo Silencioso no dijo nada más mientras la guiaba por esa prisión oscura hasta una sala de interrogatorios. La hizo sentarse en una fría silla de metal y la obligó a colocar las manos sobre la mesa.

—Estás herida —observó.

Había un sospechoso timbre de preocupación en su voz. A Nyaja le sorprendía que ese sujeto pudiera sentir compasión por alguien, así que solo debía de preocuparle que Drailon Hártimer se enfadara con él. Aunque tampoco entendía por qué al presidente de Brunedain podría importarle el bienestar de una traidora.

Y entonces, él entró en la sala.

Nyaja se sintió pequeña en su silla cuando Drailon Hártimer ocupó el espacio con su imponente presencia. Caminaba como si el mundo le perteneciera, como si los soldados que vigilaban la puerta le pertenecieran, como si el asesino Lunasol le perteneciera… como si ella también le perteneciera.

Lo reconocía por las imágenes propagandísticas que el Parlamento distribuía por todos los rincones de Brunedain, y vestía igual de impoluto que en los carteles publicitarios. A su lado, con su vestido roto y sucio, Nyaja se sentía una rata de alcantarilla.

El asesino silencioso inclinó la cabeza en señal de respeto ante el

presidente. Los dos soldados de la Guardia Roja, por su parte, se estiraron como un palo. Ella intentó esbozar la mirada más desafiante de su arsenal.

Drailon Hártimer la estudió como quien contempla una carísima obra de arte que acaba de adquirir, y, al final de su exhaustivo escrutinio, sonrió.

—Bienvenida de vuelta a tu hogar, querida Nyaja.

El sarcasmo y la crueldad que despedía su voz casi podían tocarse con los dedos.

—Señor, está herida —anunció el Cuchillo Silencioso, señalando las muñecas de Nyaja—. Alguien ha debido de ser… descuidado.

La sonrisa de Drailon Hártimer se esfumó. Fulminó a los dos soldados con la mirada.

—Ya…ya estaba herida cuando… cuando la esposamos, se…señor —tartamudeó uno de ellos, aterrado.

—Pues entonces haz algo útil con tu miserable vida y ve a llamar a un médico.

Al soldado le faltó tiempo para salir corriendo. Drailon se volvió hacia su asesino personal.

—Quítale eso de las manos.

—¿Señor?

—Obedece —gruñó—. No llegará muy lejos —murmuró, sonriendo como un lobo a punto de abalanzarse sobre un cordero indefenso.

Nyaja no se podía creer que estuvieran a punto de dejar libre a una Veloz que podría deshacerse de las tres personas de esa sala en un suspiro. Porque Drailon Hártimer tenía que saber lo que era. La habían visto correr por las calles de Tranteria. Había una trampa, y Nyaja no sabía cuál era.

El Cuchillo Silencioso extendió la mano hacia el soldado que seguía en la habitación, y este, temblando, le entregó una llave. Nyaja estiró los brazos cuando el Lunasol se acercó a ella, pero sin quitarle los ojos de encima a Drailon Hártimer. Sus poderes regresaron a ella en cuanto las esposas se soltaron y se envolvió en un escudo antes incluso de haberlo pensado.

—Te sugiero que te comportes, querida —murmuró Drailon, dando un paso en su dirección. No parecía nada preocupado por los poderes de Nyaja—. No me gustaría tener que esposarte de nuevo; ya estás bastante lastimada, ¿no crees?

Era un truco. Parecía estar invitándola a salir corriendo. Y entonces, ¿qué pasaría? Nyaja sabía que algo iba mal. Se quedó en su sitio; al menos sabía que no podrían acercarse a ella. El Cuchillo Silencioso incluso se había alejado unos pasos, como si la temiera; él también sabía de lo que era capaz. Todos parecían saberlo.

—¿Por qué sigo viva? —preguntó. Si era tan peligrosa, ¿por qué no meterle una bala en la cabeza antes de que se convirtiera en un problema?

La malvada sonrisa de Drailon Hártimer se ensanchó.

—Porque eres muy valiosa, Nyaja.

La información. Eso era. Nyaja había visto casi todo lo que se podía ver en Dumaria, y el Parlamento quería esa información. Por eso estaba ahí el Cuchillo Silencioso: para sacarle esa información costara lo que costase.

—Lamento mucho tener que recluirte en este lugar tan indigno de ti, Nyaja —prosiguió el presidente, aunque no había ni la más mínima pizca de arrepentimiento en su mirada—. Pero los dumarianos te han llenado la cabeza de pájaros, te han hecho creer sus mentiras, y te han puesto en contra de tu propio país.

»Sé que ninguno de mis soldados es rival para ti, y que la mayoría de ellos preferiría no estar a menos de diez kilómetros de ti… Y ese temor ya ha provocado que casi te maten una vez, a pesar de las estrictas órdenes de no hacerte daño. Me alegro mucho de que hayas logrado recuperarte. No hay nada que lamentara más en este mundo que ver morir a la única Veloz que he podido concebir.

Nyaja sintió que la sangre le abandonaba el rostro hasta hacerle ver borroso.

La sonrisa de Drailon Hártimer podría haber cubierto el mundo de escarcha.

—No lo sospechabas, ¿verdad, querida mía?

Nyaja se negaba creer que ese hombre de mirada cruel, que ese monstruo sin sentimientos…

Escuchó una exhalación de sorpresa a su espalda y se giró con velocidad sobrehumana. El soldado de la Guardia Roja miraba al presidente con horror. Este se encogió de hombros.

—Mátalo —murmuró.

—No —susurró el soldado—. No, señor, por favor, guardaré el secreto, se lo prometo. Nadie sabrá que…

Alguien desenvainó un arma.

Cuando Nyaja comprendió lo que iba a suceder, trató de interponerse, pero el puñal ya había volado desde la mano del Cuchillo Silencioso. Se enterró en el pecho del soldado, que se desplomó en el suelo como un fardo. Agonizó durante unos angustiosos segundos, en los que no dejó de susurrar «por favor». Luego, se quedó inmóvil.

—Es una lástima —murmuró Drailon Hártimer, aunque en su rostro no había ni una pizca de compasión por esa vida perdida—. Vamos a necesitar hasta el último soldado en esta guerra.

Nyaja miró a Drailon de hito en hito. Luego, al Cuchillo

Silencioso. No había sorpresa o asombro en la expresión de este último, aunque estaba un poco alicaído. ¿Sería posible que sintiera misericordia por el soldado al que acababa de asesinar a sangre fría?

De lo que estaba segura era de que el asesino del presidente conocía su secreto.

Nyaja volvió a mirar a ese hombre de rostro pétreo.

—Eres un asesino —gruñó.

—A veces hay que hacer sacrificios por el bien común. Es algo que se aprende con el tiempo, hija mía.

—¡Tú no eres mi padre!

Eso solo consiguió hacerlo sonreír. Había desafío en sus fríos ojos castaños.

—Compruébalo.

Nyaja corrió todo lo que sus piernas le permitían hasta el Cuchillo Silencioso. Antes de que él hubiera tenido tiempo de girar la cabeza, ya le había robado un puñal de la vaina. Echó a correr de nuevo hacia Drailon, ardiendo en deseos de hundirle la afilada hoja en la garganta.

Pero se estampó contra un escudo y cayó al suelo, aturdida.

Su propio escudo se activó antes de romperse algún hueso en la dura caída.

Se levantó de un salto y, antes de haberlo pensado, ya estaba corriendo hacia la puerta. Si no podía luchar, huiría.

Pero su sorpresa fue mayúscula al descubrir que Drailon se había anticipado a sus movimientos, y se había detenido ante la puerta… después de haber corrido más rápido de lo que ninguna otra persona podría haberlo hecho. No sin ser un Veloz.

Cuando Drailon leyó la derrota en su rostro, volvió a sonreír con autosuficiencia.

—¿Me crees ahora?

Nyaja se dejó caer al suelo, incapaz de creerse lo que estaba viviendo.

—Y ahora que ya nos conocemos todos… ¿por qué no me cuentas dónde está la Piedra de la Vida que los dumarianos nos robaron, Nyaja?

Nyaja frunció el ceño al escuchar sus palabras. ¿Para qué quería Drailon la Piedra de Ámbar? ¿Y por qué afirmaba que los dumarianos la habían robado?

—No sé de qué me hablas —refunfuñó.

—No te hagas la tonta conmigo, Nyaja. Los Hártimer somos los Guardianes de las Piedras de la Vida. Nuestra línea de sangre está vinculada con las Piedras; deberías poder sentir su presencia.

Nyaja recordaba la atracción que la Piedra de Ámbar le había causado. Si eso que Drailon decía era cierto…

—Las Piedras de la Vida solo son una leyenda —insistió—. No

sabía que el presidente de Brunedain creía en leyendas.

Nyaja escuchó el roce de la ropa del Cuchillo Silencioso cuando se movió. Parecía intranquilo y se preguntó si ella también debería estarlo. Drailon había demostrado ser tan rápido como ella. Si decidía matarla, tendría que pelear duro por su vida.

El rostro de Drailon no cambió ante su insinuación.

—Te hemos enseñado bien, pero ojalá hubieras usado esa resistencia contra los dumarianos en vez de contra tu propio padre.

Odiaba que dijera eso. Ella no podía ser la hija de ese tirano, aunque tuvieran los mismos poderes. Tenía que haber más Veloces en el mundo.

—Dime dónde está la Piedra, Nyaja —exigió. Su sonrisa se había congelado.

—No te lo diría ni aunque lo supiese.

La sonrisa finalmente desapareció del rostro de Drailon. Nyaja se envolvió en un escudo, esperando el momento en el que Drailon le ordenara a su asesino que atacara. Pero no lo hizo, porque la puerta se abrió justo en ese instante.

—¿Me había mandado llamar, señor presidente? —preguntó la mujer con bata blanca que entró en la habitación. Si vio el cadáver tendido al fondo de la sala, tuvo el buen tino de ignorarlo. Aunque a lo mejor ya estaba tan acostumbrada a que Drailon llenara esa sala de cuerpos sin vida que no tenía la necesidad de reaccionar ante la macabra visión.

Drailon fulminó a Nyaja con la mirada una última vez antes de girarse hacia la médica. Su rostro volvió a suavizarse.

—La señora Nyaja Tudein necesita tratamiento —informó—, siempre que responda a mi pregunta.

Nyaja tragó saliva. Estaba bastante segura de que ese monstruo se negaría a curarle las heridas si no le decía dónde estaba la Piedra de Ámbar. Pero no dejaría que la chantajeara, no se dejaría envolver en cadenas de nuevo.

—¿Cuántos efectivos tiene el ejército dumariano, señora Tudein? —preguntó entonces Drailon.

Nyaja no tardó en comprender por qué había cambiado la pregunta; quería mantener en secreto su búsqueda de las Piedras de la Vida. Aunque no tenía ni idea de cuántos soldados comandaba Yáhlazer, sí se hacía una idea aproximada de cuántos tenía el ejército brunedano. Una soldada como ella tenía que saberlo.

—Cerca de cincuenta mil tropas de infantería —respondió.

Drailon asintió, aunque no parecía conforme. O no la había creído, o le daba igual cuántos soldados hubiera en Dumaria. O tal vez le había decepcionado saber que Dumaria y Brunedain estarían muy igualadas en un enfrentamiento directo.

—Baja ese escudo para que la médica pueda atenderte.

Ahí estaba la verdadera trampa. Si quería que la curaran, tendría que permanecer indefensa.

—No será necesario —respondió—. Puede entrar conmigo en el escudo.

Tirando con fuerza de su magia, su escudo se amplió hasta rodear a la médica. Extendió las manos, torpemente vendadas con tela azul. La médica mostró una expresión de asco al ver su apaño, pero no protestó cuando empezó a hacer su trabajo.

Tras examinar las lesiones, la médica hurgó en su maletín en busca de los instrumentos que iba a necesitar para curarle las muñecas en carne viva. Y el hilo y la aguja de suturar no estaban entre ellos. La mujer se abstuvo de decir en voz alta lo que Nyaja ya había supuesto; había pasado demasiado tiempo para ponerle puntos. A pesar de ello, le aplicó una abundante capa de crema y volvió a vendarle las muñecas, esta vez con vendas limpias.

Cuando terminó, se marchó sin dedicarle ni una sola palabra. Miró de reojo al Cuchillo Silencioso como si temiera que la atacara por la espalda y se despidió respetuosamente del presidente, el único con el que se dignaba a gastar saliva.

En su momento, Nyaja se había acostumbrado al desprecio que los humanos corrientes sentían hacia los magos, pero en Dumaria había conseguido olvidarlo.

El soldado que había ido a buscar a la médica entró entonces en la habitación. Drailon cogió la pistola que este llevaba en el cinturón. Nyaja ya estaba retrocediendo antes de que el presidente de Brunedain la apuntara con el arma de fuego.

No necesitaba que se lo aclararan para saber que el cargador estaba lleno de balas de titanio, pues ese metal era lo único que podría atravesar su escudo.

—No quiero hacerle daño a la única hija Veloz que he tenido, así que te vas a poner de pie, vas a bajar ese escudo, y vas a dejar que te conduzcan de vuelta a tu celda. Y espero que la próxima vez que nos veamos te sientas más… colaborativa.

Nyaja deshizo el escudo lentamente, dejando que se derritiera a su alrededor como un cubito de hielo bajo el sol. Escuchó pasos a su espalda cuando el Cuchillo Silencioso se acercó a ella. La agarró del brazo y la guio hasta la puerta con cierto tacto que le resultaba extraño viniendo de un asesino como él.

Con la pistola todavía apuntando a su espalda, Nyaja fue conducida de nuevo hacia la celda de titanio. Sintió que sus poderes volvían a ahogarse y la desesperación fue tal que la temeridad se apoderó de ella. Se arrojó contra la puerta mientras esta todavía se estaba cerrando. Pero no llegó a tiempo, y todos sus huesos sintieron

el duro golpe del titanio cuando se estrelló contra la puerta, aplastando sus fuerzas y sus esperanzas.

CAPÍTULO 3

Árim no podía despegar los ojos de todas las maravillas que el palacio real de Xandiara les ofrecía a sus sentidos. Era el edificio más grande que había visto en su vida, y también el más hermoso. La magnificencia del palacio no podía compararse con nada que hubiera visto jamás. Ni siquiera las Escuelas de Magia que había conocido en Brunedain estaban a su altura. Aquellos eran edificios viejos y descuidados, con un ambiente frío y lúgubre. Pero el palacio de Xandiara era todo lo contrario.

Le habían asignado una habitación más grande que la casa de sus padres en Toyaska, y otra muy parecida a Ikair. Y lo único que separaba ambos dormitorios era una sólida pared de piedra.

Ni en sus mejores sueños se había imaginado que podría vivir en un lugar así, o tener si quiera la oportunidad de poner un pie en esos suelos de una limpieza impecable.

Alguien llamó a la puerta, pero estaba tan distraído tratando de memorizar cada detalle del lujoso cuarto que apenas lo escuchó. Pero tampoco necesitaba abrir él mismo la puerta; uno de los asistentes que le habían asignado lo hizo en su lugar.

Escuchó una voz femenina, y Árim supo que iba dirigida a él, a pesar de que no entendía lo que le decían. Se recordó a sí mismo que tendría que aprender a hablar en dumariano lo antes posible.

Al girarse, descubrió a Ikair al lado de la puerta. Iba acompañado por una mujer de unos treinta años que llevaba el pelo recogido en muchas trenzas entrelazadas entre sí.

—Señorito Háelid, ¿nos haría el favor de acompañarnos al campo de entrenamiento? —dijo la mujer, en un dubitativo brunedano. Nunca nadie se había dirigido a él con tanta cordialidad.

Árim asintió, un poco confundido con esa petición. Uno de sus asistentes le hizo una pregunta a la mujer que sabía hablar brunedano. Ella respondió en su lengua materna y luego se volvió hacia él.

—Tus asistentes me preguntaban adónde vamos.

Árim asintió con la cabeza una vez más.

—¿Vamos, Árim? —lo llamó Ikair.

Sin más dilación, salió de la habitación y se dispuso a seguir a Ikair y a la mujer.

—Soy Aiyala Bádela —se presentó ella—. Su Majestad el rey Yáhlazer me ha pedido que sea su intérprete hasta que aprendan nuestro idioma.

Árim e Ikair intercambiaron una mirada.

—Aún no me puedo creer que esto sea real —murmuró Ikair.

Aiyala detuvo su marcha y se giró para mirarlos a los ojos.

—Como el rey les habrá dicho, aquí no juzgamos a nadie por su origen —dijo, antes de volver a mirar al frente. Pero la sombra de la inquietud había cruzado su rostro antes de completar el gesto—. Nuestra futura reina será brunedana. Siempre que regrese.

Árim no recordaba cuál de las muchas personas que les habían hecho preguntas le había dado ese dato. El rey de Dumaria estaba prometido con una maga brunedana llamada Nyaja Tudein. La misma maga que la Guardia Roja le había ordenado reducir en primer lugar, en cuanto la identificara. Para ello, le habían enseñado una fotografía, en la cual todavía vestía con el uniforme verde de los magos físicos brunedanos, pero Nyaja había cambiado mucho desde que le habían tomado la instantánea.

Uno de los soldados de la Guardia Roja le había advertido que Nyaja Tudein era una maga poderosa, aunque no había mencionado el hecho de que podía correr más que ninguna otra persona que Árim hubiera visto jamás. Era una anomalía, sin lugar a duda. Pero luego también la había visto crear escudos. Era una maga que podía hacer varios tipos de magia. Tal vez por eso había huido de Brunedain. Alguien como ella no tendría cabida ni siquiera en la Escuela de Diamante. A una maga tan peligrosa e incontrolable le meterían una bala de titanio en la cabeza antes de que pudiera dar el primer paso.

Pero, a diferencia de lo que sucedía en Brunedain, el rey de Dumaria había sabido ver más allá, y no solo le había dado cobijo en su país, sino que se había enamorado de ella y planeaba convertirla en la reina.

O así había sido antes de la intervención de los brunedanos.

Ikair había prendido fuego a la habitación en la que se encontraban solo para proteger a Árim. Y eso había distraído a todos los soldados, tal y como había predicho la Guardia Roja. Nyaja Tudein se había quedado a defender al rey de Dumaria. Se había enfrentado a sus propios compatriotas para defender a su prometido. Ella también se había enamorado del rey que le había ofrecido una vida digna.

Pero Nyaja se había visto superada en número… y los soldados que habían quedado en pie se la habían llevado a rastras.

A Árim le costaba creer que no estuvieran entre rejas, o algo

incluso peor, a pesar de haber sido los detonantes de esa calamidad.

El rey parecía destrozado, e incluso sus soldados parecían distraídos y perezosos, como si hubieran perdido algo irremplazable. Nyaja era una maga anómala, y todos parecían llorar su pérdida; nadie haría eso por un mago anómalo en Brunedain.

—El rey Yáhlazer quiere que aprendan a usar sus poderes —prosiguió Aiyala, recuperándose de su momento de ensimismamiento —. Con una guerra en ciernes, todo mago del país debe estar preparado para lo que pueda pasar. Ustedes dos son demasiado jóvenes para alistarse, pero no sabemos qué dimensiones alcanzará el conflicto.

Si los dumarianos no podían contener a sus enemigos en las fronteras, el primer punto que atacaría cualquier comandante militar inteligente sería la capital. Y estaban en la capital de Dumaria. Si los soldados no podían frenar a sus enemigos, todos los que vivían en esa ciudad estarían en peligro.

—Pero no se asusten —añadió Aiyala—. El rey nos protegerá.

La devoción de Aiyala al hablar de su rey era encomiable, pero Yáhlazer de Várenma solo era un hombre. No podía evitar una guerra solo porque lo deseara.

Aiyala los condujo hasta la planta baja del gigantesco edificio y luego recorrieron media docena de pasillos más antes de llegar a una enorme sala de entrenamientos que sobresalía por fuera de la arquitectura básica del palacio. Este diseño parecía perseguir el objetivo de evitar que algún mago especialmente poderoso pudiera afectar a los cimientos del resto del palacio mientras entrenaba. Algún mago como Ikair.

El rey Yáhlazer los aguardaba allí, con su peculiar pelo blanco recogido en una trenza deshecha.

Aiyala saludó a su rey con una inclinación de cabeza y él respondió esbozando una sonrisa que no le llegaba a los ojos.

Luego, Yáhlazer clavó la mirada en Árim e Ikair. Dijo algo en dumariano.

—El rey Yáhlazer les da la bienvenida a Xandiara.

Aiyala tradujo las palabras del rey a medida que este hablaba.

—El rey tiene poco tiempo porque ha de organizar una guerra, pero quiere darles las pautas para empezar su entrenamiento. Hay un Llameador en camino para enseñarle al señorito Ikair Mirfail a usar sus poderes. No obstante, en el caso del señorito Háelid… no se conoce a nadie en Dumaria con ese tipo de magia.

Árim abrió la boca para intervenir, pero luego se lo pensó mejor y prefirió permanecer callado. Al rey Yáhlazer no se le pasó por alto su gesto.

—Puede decir lo que quiera, Árim —tradujo Aiyala cuando

Yáhlazer se dirigió a él.

—En Brunedain me… me enseñaron a usar mis poderes, más o menos —susurró—. Alguien que tenía unos poderes parecidos.

Aiyala repitió sus palabras en dumariano para Yáhlazer.

—Entonces siga practicando.

Árim asintió y escuchó atentamente mientras Yáhlazer se dirigía Ikair. Su amigo se enderezó al sentir la mirada del rey fija en él.

—Hay que empezar por deshacernos de esa aparatosa armadura de titanio.

Ikair negó con la cabeza y dio un paso atrás.

—Soy peligroso —replicó.

Yáhlazer se acercó a ellos, como si estuviera demostrando que no les tenía miedo, a pesar de lo que Ikair podía hacer… de lo que le había visto hacer.

—Perteneces a una de las líneas de sangre de Llameadores más poderosas que se conocen. En Brunedain, los Llameadores solo pueden tener hijos con otros Llameadores. Y eso puede dar lugar a concentraciones muy grandes de poder en un solo mago.

—Pertenezco a dos líneas de sangre, señor… majestad —lo corrigió Ikair, en susurros—. Mi madre pertenecía a los Mirfail, y mi padre, a los Graemor.

Árim no sabía eso, y hasta Yáhlazer se sorprendió con esa confesión. Mirfail y Graemor eran las dos líneas de sangre de Llameadores más poderosas del mundo. Y que ambas se hubieran juntado en una sola persona… había dado como resultado que Ikair no pudiera controlar la ingente cantidad de poder que circulaba por sus venas.

—Como no se puede cambiar lo que ya está hecho, hay que encontrar el modo de vivir con lo que tenemos —dijo Yáhlazer, de forma casi poética.

El rey señaló a la pared del fondo, que tenía más de una grieta; alguien debía de haber practicado contra ella con anterioridad.

—Libera todo el fuego que llevas dentro, Ikair —murmuró Yáhlazer—. Y cuando lo hayas hecho, cuando hayas consumido gran parte de tu poder, podrás controlar el resto.

Ikair empezó a negar con la cabeza, inseguro.

—Inténtalo, Ikair —lo animó Árim—. Yo estaré aquí para apoyarte.

Frente a ellos, Yáhlazer asintió.

—Está bien —terminó cediendo Ikair, arrancándose uno de los guantes, que ya estaba ennegrecido—. Lo haré. Pero no deberíais estar aquí cuando…

—Yo nos protegeré a todos con un escudo —lo interrumpió Aiyala.

Árim no se había imaginado que fuera una maga. Le resultaba imposible identificar a los magos en Dumaria. Ellos no llevaban insignias, ni uniformes, ni ninguna otra distinción. Ellos eran iguales al resto de las personas.

Yáhlazer, Árim y Aiyala retrocedieron hasta quedar fuera de la influencia de las llamas de Ikair. Sin embargo, Árim sabía, por experiencia, que eso no sería suficiente para escapar del calor que manaba del fuego.

Aiyala se concentró y levantó un escudo invisible.

—Cuando quieras, Ikair —dijo ella.

Ikair se arrancó el guante que le quedaba y lo tiró al suelo. Alzó las manos, como hacían todos los magos inexpertos, creyendo que necesitaban las manos para dirigir sus poderes. Empezó a hiperventilar, como si siguiera inseguro de lo que estaba a punto de hacer.

Y entonces, una poderosa llamarada roja y naranja salió impulsada desde el cuerpo de Ikair hasta estrellarse con la pared de enfrente.

Árim sintió la ola de calor golpearle en la cara a pesar del escudo de Aiyala.

El fuego siguió saliendo del cuerpo de Ikair sin control, carbonizando la pared, y haciendo que sus grietas crujieran. Árim miró hacia el techo, temiendo que la estructura no resistiera tan letal ataque. No le apetecía nada morir sepultado.

Pero tan rápido como había llegado, el fuego de Ikair se extinguió. El chico cayó al suelo de rodillas, agotado.

Árim salió corriendo hacia él, olvidando el escudo de Aiyala (que, por suerte, estaba modulado para dejarle salir), y se dejó caer en el suelo al lado de Ikair. Este se apartó casi por instinto.

—¡No te acerques a mí!

Árim se quedó donde estaba, esperando a que Ikair se recuperara. Pero no parecía cansado por haber consumido demasiada energía, sino que parecía que le faltaba el aire. Era lo que Árim recordaba que provocaba el titanio.

—¿Ikair? ¿Estás bien?

—No… no la encuentro —murmuró, cubriéndose el rostro con las manos—. Se ha ido. No… no tengo magia.

—Es el titanio —le indicó Aiyala, acercándose a ellos, con Yáhlazer caminando a su lado—. Has gastado tanta magia que el titanio no tiene problemas para oprimir la restante.

Árim sabía que esa era su oportunidad. Se aproximó a Ikair muy despacio, para que él no volviera a alejarse por su temor a hacerle daño. Estiró el brazo hasta que sus dedos quedaron a milímetros de la mano de Ikair. Y, sin poder contenerse más, le rozó el dorso de la

mano con los dedos. Aunque una parte muy primitiva de su ser esperaba quemarse, su parte más racional sabía que no pasaría nada.

La mano de Ikair estaba caliente, sí, pero no más caliente de lo que estaría la mano de cualquier persona.

Cuando Ikair fue consciente de lo que estaba sucediendo, abrió sus ojos azules de par en par y se volvió hacia él.

—Árim… —susurró.

Ikair desvió la mirada hacia sus manos y despacio, muy despacio, como si el tiempo se hubiera detenido, entrelazó sus dedos con los de Árim.

Los ojos de Ikair se humedecieron y brillaron, y Árim también se creyó capaz de llorar con él.

Sus dos manos estaban enlazadas ahora. Y el resto del mundo no importaba, porque los ojos de Ikair, clavados en sus manos, que habían logrado unirse por fin a pesar de todas las dificultades, lloraban de felicidad.

CAPÍTULO 4

Izorn no había despegado los ojos de la carretera en todo el día, como si esperara que la mismísima muerte los estuviera persiguiendo. Había estado haciendo eso desde que habían salido de Tranteria, cuatro días atrás. Por fortuna, nadie parecía haberlos seguido.

Eishar se reacomodó en el incómodo asiento del carruaje y miró a Izorn. Apenas habían hablado desde que habían iniciado el viaje, a pesar de que Eishar tenía muchas preguntas. Él solo abría la boca para recordarle que tenía que comer y dormir.

El cochero conducía por las noches, mientras Eishar dormía, y paraba a descansar por las mañanas. Esas pocas horas eran las que Izorn aprovechaba para dormir, mientras recaía sobre Eishar la responsabilidad de velar que nadie se fijara en ellos. Pero Izorn nunca descansaba demasiado. Para cuando el cochero regresaba, después del almuerzo, para reemprender la marcha, él ya estaba alerta de nuevo.

Eishar podía entender la tensión de Izorn. Estaba haciendo algo peligroso e ilegal. Y sabía que, si los pillaban, no sería él quien lo pagara. Sería Kehidar, el hermano gemelo al que había dejado atrás.

A Eishar todavía le costaba creer que no hubiera sido capaz de diferenciarlos, cuando era evidente que solo se parecían en el físico.

—Estamos llegando —murmuró Izorn, mirando por el ventanuco que había sobre la puerta del carruaje.

—¿Por qué estás tan seguro? —preguntó. Su voz sonaba ronca después de tantos días de silencio.

—¿Alguna vez has visto el mar, Eishar?

En sus veinticinco años, Eishar no había podido hacer más que imaginárselo. Había nacido en Rott, más allá de la Cordillera de Merath, lejos del mar. Y la única vez que se le había permitido abandonar su ciudad natal, había sido para trasladarla a la celda de piedra que era la Escuela de Diamante.

Izorn captó sus emociones y se apartó para dejarla mirar por la ventana.

—Mira —le dijo.

A través del cristal lleno de polvo, Eishar vio una ciudad casi tan gris como Tranteria, partida en barrios por los diferentes surcos que el río Dorado abría en su delta. Y allí, al final, donde el río moría, se encontraba la extensión de agua más grande que Eishar había contemplado en su vida.

El sol estaba a punto de desaparecer por el oeste, y sus garras rojas y naranjas se aferraban al cielo como si el astro rey tratara de evitar ese trágico final. El agua relucía con los colores del ocaso y el azul marino estaba salpicado de tonos violáceos.

—Es precioso —murmuró.

El carruaje siguió avanzando hacia la ciudad de Faro Negro, cada vez más oscura a medida que la noche se adueñaba de sus calles.

Llegaron a la urbe varias horas después, donde, tal y como habían acordado, el cochero los dejó bajarse en un barrio periférico, en un callejón discreto. Izorn estaba convencido de que su presencia llamaría la atención, aunque ya no pareciera el asesino de Drailon Hártimer. Vestía como un Lunasol normal y corriente, y se había recogido su pelo bicolor debajo de un sombrero. Eishar también vestía como si fuera una Lunasol.

Sin embargo, fueran o no fueran fugitivos de la ley, ningún mago podía salir de su ciudad de residencia sin un permiso. Izorn tenía el suyo, pero Eishar estaba lejos de tener semejante privilegio.

Y, por si no fuera poco, si alguien descubría al Cuchillo Silencioso con una maga anómala buscada por la ley… estarían metidos en un buen lío.

Izorn saltó el primero del carruaje y luego la ayudó a ella a bajar. Mientras el cochero les daba unos aperitivos a los caballos, Izorn se acercó a ella.

—Aléjate —susurró, mientras deslizaba uno de sus puñales fuera de la vaina.

Eishar sabía lo que iba a hacer. Se giró para mirar al cochero, mientras Izorn avanzaba hacia él como un gran félido a punto de saltar sobre el cuello de su víctima.

«No», quiso decirle, pero las palabras no llegaron a salir de su boca.

Izorn rodeó el cuello del cochero con un brazo. El hombre tardó en comprender qué estaba pasando, pero, cuando lo hizo, comenzó a patalear. Abrió la boca para gritar auxilio, pero el agarre de Izorn era tan férreo que parecía haberle cortado las cuerdas vocales.

—Eishar, márchate —le dijo—. No hace falta que veas esto.

El cochero se revolvió aún más. Eishar sentía que había echado raíces en el suelo.

Ante la posibilidad de perder a su víctima, Izorn le propinó una patada detrás de la rótula que dobló al cochero de rodillas en el suelo.

—Eishar, vete —insistió Izorn.

Pero ella no podía dejar de mirar.

Izorn exhaló aire como si tratara de contener a ese monstruo que vivía en su interior. En lugar de eso, dejó salir lo peor que habitaba dentro de él. Colocó el puñal en el lateral del cuello del cochero. La punta del arma se clavó en su piel hasta arrancar una gota de sangre, lo que provocó que su víctima dejara de retorcerse para empezar a suplicar.

—Por favor, no diré nada.

Pero era obvio que Izorn no lo creía.

—Podríamos acabar rápido —respondió él. El puñal se hundió un poco más—. Pero te has pasado todo el viaje mirándola como si fuera basura —gruñó.

Eishar sabía que se refería a ella, pero no se imaginaba que Izorn se hubiera dado cuenta. O que le importara lo suficiente para pertrechar esa lenta tortura.

—Izorn —susurró. Él pareció no escucharla.

—Has hecho que se sienta mal, que deje de comer —siguió gruñendo Izorn, con el cuchillo horadando el cuello del cochero, pero sin matarlo. Este había dejado de moverse—. Y le prometí que mataría a todo el que le hiciera daño. Tengo que cumplir mi promesa. —No había ni la más mínima pizca de compasión en su voz. Pero tampoco había maldad, ni placer. Izorn mataba sin sentir absolutamente nada.

El puñal de Izorn atravesó el cuello del cochero de lado a lado con un crujido tan desagradable que Eishar, por fin, apartó la vista del macabro espectáculo.

Cuando Izorn retiró el cuchillo, Eishar escuchó el sonido del cuerpo del cochero al caer al suelo. El hombre gorjeó en busca de aire, atragantándose con su propia sangre, en una lucha perdida contra la muerte que tan solo se alargó unos minutos más.

Eishar solo levantó la cabeza cuando escuchó los pasos de Izorn acercándose a ella.

—Esto es lo que soy, Eishar —susurró—. Espero que lo recuerdes cuando te diga que te quedes en Dumaria… y que no regreses junto a mí jamás.

Pretendía asustarla para convencerla de que no habría un futuro con él. Eishar nunca le había dicho a Izorn que a su lado se sentía a salvo. Pero no hacía falta, porque él podía captar todas y cada una de sus emociones.

Izorn pretendía hacerla cambiar de parecer mostrándole su cara más insensible, más monstruosa. Pero ella lo había visto abrazando a su hermano. Sabía que Izorn haría cualquier cosa por proteger a su hermano. Y por protegerla a ella.

Él alzó una mano en su dirección como si pensara acariciarle la

cara, pero su mano quedó suspendida en el aire y luego se echó atrás. Se arrancó los guantes y solo entonces Eishar se dio cuenta de por qué había decidido no acercarse a ella: los guantes de cuero estaban cubiertos de sangre.

—Espera un minuto —le pidió él, mientras entraba en el carruaje y cerraba la puerta para cambiarse esa ropa manchada de sangre por una limpia.

Eishar se quedó a solas con el cadáver del cochero y se preguntó cuánto tiempo tardaría en aparecer una patrulla de la Guardia Roja. Y si Izorn los mataría también para proteger su secreto.

Por suerte, eso no sucedió antes de que Izorn saliera de nuevo del carruaje. Empezó a moverse con dirigencia para recuperar el dinero que le habían pagado al cochero. Rompió con el puñal las correas de los caballos y dejó que se marcharan y, por último, recogió sus enseres.

—Vamos, Eishar. Es mejor que nadie nos vea en la escena de un crimen.

Ella asintió, casi sin fuerzas, pero no se movió.

Izorn caminó hacia ella y le pasó un brazo por los hombros.

—Con suerte no tendrás que presenciar más asesinatos —susurró, tirando de ella para obligarla a caminar.

Un asesino. Izorn era un asesino. Y, aunque acababa de matar a un hombre a sangre fría hacía cinco minutos, el brazo con el que la rodeaba parecía cálido y gentil. Parecía una persona normal. Pero no lo era, y ni siquiera se esforzaba por mostrar lo contrario.

—Este mundo no es justo, Eishar —murmuró Izorn—. No para ninguno de nosotros.

Ella no respondió, aunque sabía a qué se refería. Ese mundo no era justo para los magos. Ni siquiera para Izorn. Ni siquiera para alguien que había vendido su alma al Parlamento y a su causa.

Faro Negro no era una ciudad muy grande, pero sí enrevesada. Estaba llena de canales que se dividían desde el curso principal del río Dorado y a veces tenían que dar un largo rodeo para encontrar la manera de atravesarlos. Aunque se encontraron con un par de patrullas de la Guardia Roja, estos no preguntaron por qué había dos Lunasoles fuera de su barrio.

Parecía que la seguridad era mucho más laxa en esa ciudad que en cualquier otra del país.

Al final lograron alcanzar el puerto, donde esperaban encontrar un barco con pasaje a Dumaria. Izorn estaba convencido de que había varios barcos que hacían esa ruta ilegal, aunque podrían tener la mala suerte de que ninguno estuviera atracado en el puerto. Eso solo les

traería problemas. Tenían que salir de Brunedain cuanto antes.

Recorrieron el muelle buscando cualquier actividad sospechosa. Eishar estaba a punto de proponer que preguntaran a alguno de los trabajadores que seguían faenando en el puerto cuando visualizaron una congregación de gente.

—Son magos —susurró Eishar, al fijarse en sus uniformes. No sabía si Izorn veía bien de noche a través de sus gafas de sol.

—Es ahí.

Izorn la agarró con más fuerza, como si temiera que alguien fuera a llevársela.

—Sé que no puedes, pero intenta controlar tus emociones —murmuró Izorn, mientras se iban acercando.

Eishar sabía por qué lo decía. La gente podría sospechar si empezaba a sentir lo mismo que ella. Hizo todo lo que pudo por tratar de no sentir nada cuando se acercaron a la multitud.

—Haced una fila ordenada —refunfuñó alguien—. O nadie llegará a Dumaria.

No necesitaban más pruebas para saber que estaban en el lugar correcto.

Izorn hizo caso omiso a la sugerencia de hacer una fila ordenada y se saltó a todos los que estaban por delante de ellos. Eishar trató de seguirlo, a pesar de las quejas de aquellos que habían llegado primero. Cuando logró alcanzarlo, ya estaba hablando con el que parecía estar al mando, con una mano sujetando la empuñadura de su puñal. Se acercó para agarrarlo del brazo y evitar que se metiera en una escaramuza delante de tanta gente.

—Mi esposa y yo queremos ir a Dumaria en el próximo barco… capitán —exigió.

El capitán miró a Eishar de arriba abajo como si no se creyera que ella e Izorn pudieran estar casados. Ella tampoco se lo creería. No obstante, el capitán no hizo preguntas al respecto. Mientras le pagaran, no debía de importarle demasiado por qué Izorn y Eishar viajaban juntos.

—El pasaje de cubierta son cincuenta teríes por persona.

A Eishar se le abrieron los ojos como platos al escuchar la desorbitada cifra. Izorn no se inmutó; parecía estar dispuesto a dejar que lo estafaran si con eso conseguía llegar a Dumaria.

—Queremos un camarote —exigió Izorn.

El capitán refunfuñó.

—Están todos ocupados.

—Supongo que podremos llegar a un acuerdo —murmuró Izorn. Había amenaza en su tono de voz.

El capitán no pareció captar el peligro cuando respondió. Si supiera que estaba hablando con el Cuchillo Silencioso de Drailon…

—Doscientos teríes por persona.

Eishar sintió que se mareaba. Izorn se llevó el brazo que ella no estaba sosteniendo al otro puñal. Se había olvidado de que era ambidiestro; podía decapitar al capitán con cualquiera de las dos manos.

—Cien teríes por persona… y no te mato aquí mismo —respondió Izorn, con la voz tan afilada como sus armas.

El capitán por fin desvió la mirada hacia el puñal que Izorn todavía no había desenvainado, pero que Eishar sabía que no dudaría en usar si fuera necesario. Rezó a todos los dioses cuyo nombre había escuchado alguna vez para que el capitán aceptara la generosa oferta de Izorn.

—Hecho. El barco sale mañana al alba —dijo el capitán. La voz le temblaba un poco, pero, para sorpresa de Eishar, mantuvo bastante bien la compostura.

Izorn esbozó una fría y sarcástica sonrisa y dejó vivir al capitán. Cuando se dieron la vuelta para marcharse, lo escucharon resoplar de alivio.

—¿Tienes que amenazar a todo el mundo? —le preguntó, entre susurros, mientras se alejaban del capitán y de su barco.

—Se cree que puede aprovecharse de nosotros porque somos magos y estamos desesperados por salir del país.

Eishar tardó en caer en la cuenta. El capitán no llevaba ninguna insignia en la pechera.

—A lo mejor era un mago anómalo —sugirió Eishar.

—Si hubiera algún otro mago anómalo fuera de la Escuela de Diamante, lo sabría —respondió, en voz baja.

—Porque Drailon te ordena asesinarlos.

—Así es —se limitó a responder.

El tono de voz de Izorn se había apagado.

—¿Por qué no me mataste a mí? —Hacía mucho tiempo que necesitaba una respuesta a esa pregunta—. Porque fuiste tú, ¿verdad? Tú me encontraste, no Kehidar.

—Fui yo —admitió. Y luego se quedó en silencio. Cuando Eishar pensaba que ya no se iba a dignar a responder a la pregunta más importante, él finalmente habló.

»No fui capaz de hacerlo porque despertaste en mí ciertas emociones. Y yo creía que había perdido la capacidad de sentirlas. Estabas asustada y… y yo también tuve miedo en el pasado. Pero había aprendido a olvidarlo. Tú me lo recordaste. Y no fui capaz de hacerte daño; no quería hacerte daño. Estabas asustada.

Eishar entendió lo que Izorn no se atrevía a decir: no era capaz de matar a alguien con quien se había identificado, a una persona de la que se había compadecido. Izorn no sentía piedad por nadie salvo por

ella y por Kehidar. Y por eso los defendía a ambos con tanto fervor.

Sin embargo, había algo que no entendía. Si tanto le preocupaba la seguridad de su hermano gemelo, ¿por qué lo había dejado en Tranteria, a merced de Drailon?

—¿Por qué no enviaste a Kehidar conmigo?

—Porque no se cree capaz de protegerte. No… no se atrevería a jurar que podría eliminar cualquier amenaza para llevarte a Dumaria a salvo.

A diferencia de Izorn, Kehidar no hubiera sido capaz de asesinar al cochero a sangre fría, o de amenazar al capitán del barco para que los dejara viajar por un precio razonable.

«Kehidar no es un asesino», le había dicho Izorn una vez. Izorn había asumido ese papel para que no tuviera que ser su hermano gemelo el que renunciara a su humanidad.

—Pero si se queda en Tranteria…

—Tendrá que cumplir con las órdenes de Drailon —completó Izorn, con resignación—. Y estas suelen incluir unos cuantos asesinatos.

Eishar sintió que un escalofrío le recorría la espina dorsal.

Izorn la apretó con algo más de fuerza, como si quisiera consolarla.

—Estará bien. Tenemos que pensar que estará bien.

Izorn la condujo hasta el final del muelle. La ayudó a saltar el pequeño desnivel y aterrizaron en una playa. Sus pies se enterraban en la arena mientras avanzaban hacia un pequeño bosque costero hasta donde no parecía que pudiera llegar la marea.

—¿Qué hacemos aquí, Izorn? —preguntó.

—Necesitas descansar.

Eishar no se había dado cuenta de lo cansada que estaba hasta que él lo mencionó.

Llegaron hasta el bosquecito de pinos, donde Izorn dejó caer al suelo las bolsas que llevaba colgadas del hombro.

Eishar empezó a apartar las agujas de pino del suelo para sentarse sin que le molestaran.

—Primero vas a cenar —dijo Izorn, rebuscando en la bolsa de comida.

Eishar refunfuñó, pero Izorn le tendió la cena de todos modos: pan y queso. Tanto el pan como el queso se habían endurecido durante el viaje y eso le hacía incluso más difícil obligarse a comer.

—No tengo hambre —murmuró.

Izorn, con la espalda apoyada contra el tronco de un árbol, ya había empezado a comer su ración cuando se volvió hacia ella.

—Todo este viaje será en vano si mueres por desnutrición antes de llegar a Dumaria.

Las palabras de Izorn eran duras como el granito. Pero eran verdades como puños. Volvió a mirar al pan y al queso de sus manos como si fueran el mayor enemigo al que debía enfrentarse.

El proceso de llevarse la comida a la boca fue el más complicado. Luego masticó y le dio vueltas a la comida en la boca y volvió a masticar antes de que su estómago aceptase recibirla. Pero, al final, tragó.

Y el resultado que obtuvo fue que se le revolvió el estómago. Se puso una mano delante de la boca para controlar la arcada. Los ojos le lloraban, la garganta le ardía. Pero logró evitar que la comida se escapara de su estómago.

—No puedes dejar que ellos ganen, Eishar —susurró Izorn. Aunque contemplaba el vasto mar que se extendía ante ellos, sus pensamientos estaban en ella—. Si te rindes, si te dejas morir de inanición, ellos habrán vencido.

—¿Ellos quiénes?

—Todos los que consideran que tu existencia es una amenaza.

Eishar sabía que había muchas personas con esa descripción.

—No te preocupes por eso ahora. Mañana dejarás este maldito país y no volverás a poner un pie en él —dijo Izorn, con cierta dureza —. Duerme un poco, Eishar. Puedes… puedes apoyar la cabeza en mis piernas, para no llenarte el pelo de arena.

Eishar se sintió enrojecer hasta la raíz del cabello.

—Prefiero llenarme el pelo de arena, gracias —refunfuñó. Le dio la espalda y se tumbó sobre el frío suelo.

Antes de cerrar los ojos y dejar que el ondulante sonido de las olas la condujera al sueño, la risa suave de Izorn le llegó hasta los oídos. Era la primera vez que lo escuchaba reír.

CAPÍTULO 5

La bombilla titilante del techo de su celda empezaba a llenar el silencio con el sonido de la electricidad al pasar por sus circuitos. Tarde o temprano se apagaría y Nyaja se quedaría completamente a oscuras.

No sabía cuánto tiempo llevaba encerrada en el interior de esa caja de titanio. Podrían haber pasado días o podrían haber pasado años. La ansiedad por haber perdido su magia amenazaba con arrebatarle la cordura.

Solo había un pensamiento que la mantenía atada a la realidad.

Yáhlazer.

Él estaría desesperado, dándola por muerta, o algo incluso peor. Una vez le había dicho que jamás dormiría tranquilo hasta verla de nuevo, sana y salva. En aquella ocasión, tan solo habían estado unas horas separados. Pero esta vez era diferente. Nyaja ni siquiera sabía si podría salir de esa prisión.

Y había otro pensamiento que la mantenía alerta.

Drailon Hártimer le había dicho, sin pelos en la lengua, que él era su padre. Ese hombre cruel y desalmado no podía ser su padre, aunque también fuera un Escudo. Aunque fuera el único Veloz que había visto, aparte de sí misma.

Se negaba a creer que un mago que le había declarado la guerra a los magos pudiera ser su padre.

El sonido de unos pasos acercándose rompieron el silencio bruscamente. Nyaja se puso en pie con las pocas fuerzas que le quedaban. Tal vez solo se tratara de los carceleros que le traían una minúscula ración de comida y agua, pero no podía arriesgarse a mostrarse débil ante nadie.

No obstante, no fue la amargada cara del carcelero la que apareció al otro lado de la puerta.

Eran dos soldados de la Guardia Roja.

Venían a llevársela.

Nyaja sabía que no tenía sentido luchar mientras sus poderes

estuvieran anulados por el titanio que la rodeaba. Esperaría hasta tener una oportunidad más clara.

En cuanto uno de los soldados extrajo unas esposas de titanio, Nyaja extendió las manos dócilmente, sorprendiendo al guardia. Debía de esperarse algún truco por su parte, porque avanzó hasta ella con cierto temor. El hecho de que no hubiera ninguna insignia en su pechera le confirmaba por qué tenía tanto miedo de una maga, aunque todos sus poderes estuvieran oprimidos por el titanio.

El soldado la esposó sin dejar de mirarla a los ojos, esperando algo que no llegó.

Nyaja se dejó esposar, y luego permitió que la condujeran hacia la sala de interrogatorios de la vez anterior.

Drailon Hártimer estaba allí, y su leal asesino lo acompañaba. A pesar de todo, Drailon no se atrevía a enfrentarse a ella sin ayuda.

Había una tercera persona en la sala. Vestía el uniforme verde de los magos físicos, pero no tenía la complexión típica de un mago físico. Así que debía de ser un mago de la naturaleza. Y, a medida que la empujaron hasta la silla metálica, y pudo ver más de cerca a ese mago desconocido, confirmó sus sospechas. En la pechera llevaba el símbolo de los Eléctricos: un relámpago plateado bordeado de azul.

Nyaja tenía una idea aproximada de por qué lo habían traído. Clavó la mirada en Drailon y, al hacerlo, tuvo que admitir que los ojos castaños del presidente de Brunedain eran iguales a los suyos. Quiso creer que era una desafortunada coincidencia, pero, en el fondo, sabía que no lo era.

Drailon lucía su típica sonrisa cruel. Y Nyaja confirmó sus sospechas.

—Puedes torturarme todo lo que quieras —gruñó—. No pienso decirte nada.

La sonrisa de Drailon se ensanchó todavía más.

—Como había supuesto, los dumarianos me ahorraron el trabajo de tener que enseñarte a usar todo el potencial de tu mente de Veloz.

Caminó hacia ella, con paso firme, convencido de que nada podría bajarlo de su trono.

—No hay nadie que se me resista, ¿sabes? —dijo, con autosuficiencia—. Muchos intentan luchar, pero, al final, todos terminan plegándose a mi voluntad —presumió—. Y contigo no será diferente.

Nyaja entrecerró los ojos. No había nada que Drailon pudiera usar en su contra. Yáhlazer y el resto de su familia estaban a salvo en Dumaria. Para llegar hasta ellos, primero tendría que derrotar a los dumarianos. Y para derrotar a los dumarianos, necesitaba toda la información que ella pudiera darle.

—Jamás —farfulló, entre dientes.

Drailon entrecerró los ojos con amenaza. Pero cuando se volvió hacia sus secuaces, ya volvía a lucir su fría sonrisa.

—Hazla hablar.

El Eléctrico caminó en su dirección, pero no parecía muy seguro de lo que estaba haciendo. Nyaja trató de retroceder, pero el soldado que estaba tras ella la empujó hacia delante. Recuperó el equilibrio a tiempo de no caerse, pero eso le robó los segundos que necesitaba para escapar del Eléctrico.

Él la agarró del brazo y, antes de que Nyaja pudiera hacer nada, una descarga eléctrica la sacudió hasta los dedos de los pies. El calambrazo la dobló de rodillas en el suelo, pero contuvo el grito de dolor que pugnaba por salir de sus labios.

—¿Dónde está la Piedra de la Vida que guardan los dumarianos? —preguntó Drailon.

A Nyaja le castañeteaban los dientes cuando respondió.

—No… pienso… decírtelo.

—Dale otra descarga.

Los poderes de Nyaja lucharon por liberarse del titanio, pero no había ningún escudo en torno a su cuerpo cuando el segundo calambrazo le hizo temblar los huesos. El descontrol sobre su cuerpo la llevó a morderse la lengua. El sabor ferroso de la sangre le inundó la boca.

—Tú sola te estás haciendo esto, Nyaja —murmuró Drailon, agazapándose en el suelo a su lado—. Brunedain te ha convertido en lo que eres ahora. Te lo ha dado todo. Y ahora estás de rodillas en el suelo, sufriendo en vano para proteger los secretos de nuestros enemigos. Dime todo lo que quiero saber, y esto terminará.

Había cierto intento por parte de Drailon en parecer amable. Pero todo se quedaba en una tentativa, porque la maldad no había desaparecido de su expresión.

—Brunedain no me ha dado nada —gruñó Nyaja, retorciéndose ante la idea de permitir que volvieran a controlar su voluntad—. Brunedain me lo ha quitado todo.

Drailon levantó la mano, como si fuera a cruzarle la cara de una bofetada. Pero al final se controló, y dejó caer el brazo.

—Otra descarga —le ordenó al Eléctrico, poniendo distancia, como si temiera que la electricidad lo alcanzara también a él—. Más fuerte.

Nyaja apretó los dientes, pero nada en ese mundo la había preparado para el dolor que sacudió hasta el último músculo de su cuerpo. Cayó al suelo con un grito, golpeándose la cabeza contra las baldosas. Aunque la descarga había cesado, los temblores seguían recorriendo su cuerpo, y el dolor no cesaba.

Sintió que alguien le cogía la mano y presionaba contra las venas

de su muñeca. Tardó varios segundos en comprender que estaban midiendo su pulso.

—No aguantará otra descarga, señor —dijo alguien. Su timbre de voz era peculiar. Aunque hablaba un brunedano perfecto, se le escapaba cierto acento que no podría detectar nadie sin un oído entrenado para ello. Pero Nyaja estaba demasiado dolorida como para pensar en nada.

—Devuélvela a su celda —ordenó Drailon, malhumorado—. Seguiremos mañana. Todo el mundo fuera de aquí.

Nyaja sintió que alguien la levantaba del suelo con mucha más suavidad de la que se esperaba de cualquiera de los monstruos de esa habitación. Al abrir los ojos, descubrió que la sostenía alguien vestido de negro: el Cuchillo Silencioso.

No obstante, antes de que se la llevara, el detestable rostro de Drailon entró en su campo de visión.

—Intenta no morir —dijo. No había ni una pizca de compasión en su voz—. He tardado muchos años en tener una hija Veloz… muchos intentos fallidos. Sería una enorme pérdida de tiempo tener que volver a empezar. —Luego, se volvió hacia el Cuchillo Silencioso—. Llévatela.

Él obedeció, sin una sola palabra.

Cuando salieron al oscuro y húmedo pasillo, cuando nadie más los escuchaba, él empezó a hablar entre susurros.

—Encontrará la manera. Tarde o temprano, encontrará la manera de hacerte hablar.

No era una amenaza. Parecía, más bien, una advertencia.

—Dile lo que quiere saber —prosiguió—. Antes de que encuentre una manera mucho más dolorosa de hacerte cooperar. Siempre la encuentra.

Nyaja abrió la boca, pero ni siquiera sabía por dónde empezar a hacer preguntas. ¿Por qué parecía preocupado por ella? ¿Por qué le sugería que colaborara para que Drailon dejara de torturarla? ¿Por qué parecía saber exactamente de lo que estaba hablando?

Sintió una opresión incluso mayor que parecía arrebatarle hasta el aire de los pulmones. Habían entrado en una celda de titanio.

El Cuchillo Silencioso la dejó en el suelo con suavidad antes de mirar al techo, hacia esa bombilla titilante que ya casi no emitía luz. Lo vio estirarse para alcanzar la bombilla y girarla sobre el portalámparas. La bombilla dejó de titilar y la luz se abrió paso por la habitación.

—Lo último que necesitas es quedarte a oscuras —murmuró, como si estuviera hablando consigo mismo.

No parecía un gesto propio de un asesino. Y algo le decía que había muchas implicaciones detrás.

El Cuchillo Silencioso procedió entonces a quitarle las esposas de sus manos temblorosas. No las necesitaba en esa caja de titanio. El Cuchillo Silencioso miró hacia la puerta abierta, vigilante. Nyaja no podía captar su expresión por debajo de sus gafas de sol, pero algo le decía que tenía planes secretos que no quería que nadie conociera.

—Vas a quitarte este vestido sucio de una vez y te vas a poner ropa decente —susurró. No había autoridad en su tono de voz. No era como Drailon, que esperaba que todo lo que demandara se viera cumplido.

Nyaja negó con la cabeza. Dudaba que pudiera hablar con el castañeteo de dientes.

Pero él la ignoró. Desdobló la ropa que Nyaja ni siquiera se había atrevido a tocar y caminó hacia ella. Le tendió la ropa interior sujetándola solo entre dos dedos, como si no quisiera tocarla demasiado.

—Imagino que querrás hacerlo tú.

A Nyaja le seguían temblando las manos, y le daba vergüenza hacer eso delante de un completo desconocido, pero tenía la sensación de que todo eso estaba pasando por algo. Por la mirada que había dirigido a la puerta, por todo lo que le había dicho. No sabía si podía confiar en un asesino que trabajaba para Drailon, pero no tenía muchas opciones mientras estuviera en ese lugar.

Terminó asintiendo.

El Cuchillo Silencioso le quitó las sandalias, que ya tenían varias tiras de cuero rotas. Y luego se dio la vuelta, para darle cierta sensación de intimidad. Aunque, en realidad, no tardó en darse cuenta de que lo que realmente hacía era vigilar la puerta. Porque si alguien los encontraba en esa situación tan comprometida, sería el principio del fin para ambos.

Nyaja se deshizo de la ropa interior que llevaba puesta desde no podía decir cuándo y se puso la pieza limpia. Intentó incorporarse para coger el resto de la ropa, pero todavía le temblaba el cuerpo.

El Cuchillo Silencioso captó sus torpes movimientos y dejó su vigilancia para ayudarle a ponerse los pantalones de ese horrible color verde apagado. Después, sacó uno de los puñales que llevaba en el cinturón.

Ella retrocedió por instinto.

—No voy a hacerte daño. No a menos que él… me lo ordene.

Nyaja comprendió muchas cosas con esa frase. No, no quería hacer lo que hacía. Pero, por algún motivo, no le quedaba más remedio. «Dile lo que quiere saber. Antes de que encuentre una manera mucho más dolorosa de hacerte cooperar. Siempre la encuentra», le había dicho. Drailon había encontrado la forma de hacer que el Cuchillo Silencioso le obedeciera ciegamente.

Pero no permitiría que encontrara la suya.

Dejó que él cortara las capas de tela de su vestido, que ya no era azul, sino que había adquirido un color intermedio entre el gris sucio y el marrón.

Finalmente, él le tendió la camisa. Y, mientras Nyaja peleaba contra el temblor de su cuerpo y contra el corpiño del vestido, el Cuchillo Silencioso le puso los calcetines y las botas militares, y le ató los cordones.

Nyaja intentó abotonar los botones de la camisa, pero era una tarea imposible para sus manos temblorosas. El Cuchillo Silencioso se apresuró a hacerlo en su lugar.

—Gra…gracias —tartamudeó, esperando que su mirada estuviera solo en los botones y no en lo que había debajo.

Él pareció darse cuenta de lo que estaba haciendo y sus manos dudaron.

—Yo… a mí me gusta otra mujer —susurró—. Que sea nuestro secreto, por favor.

Y Nyaja lo entendió todo. Había una persona cuya vida estaba amenazada si el Cuchillo Silencioso dejaba de obedecer a Drailon.

El Cuchillo Silencioso terminó de abotonarle la camisa, se levantó del suelo de un salto y se alejó hasta la puerta. No obstante, antes de encerrarla dentro, le dedicó unas últimas palabras.

—Escoge bien qué batallas merece la pena librar.

CAPÍTULO 6

Cuando Eishar se despertó, su cabeza ya no reposaba sobre la arena, sino sobre una áspera tela que no tardó en descubrir que se trataba del abrigo de Izorn. La única capa que tenían se la había puesto a ella por encima. Se giró para echarle la bronca por haberse pasado toda la noche con tan poca ropa, pero al final decidió no hacerlo.

Izorn estaba sentado mirando al mar. Se había quitado las gafas de sol, como si quisiera ver el paisaje con sus propios ojos, de ese color azul tan frío como el hielo.

—Izorn —susurró.

—El sol está a punto de salir —dijo, sin girarse para mirarla—. Tenemos que irnos.

Ella se levantó del suelo tan rápido como le permitía su tobillo maltrecho y se sacudió la arena de la ropa. Cuando se disponía a hacer lo mismo con el abrigo de Izorn, descubrió que ya se había encargado él mismo y que ya se lo estaba poniendo.

Izorn cogió las bolsas de viaje y extendió el brazo libre para ayudarla a caminar por la arena. Ese terreno tan inestable no le venía nada bien a su lesión.

Se subieron al muelle. Izorn lo hizo con la agilidad de alguien acostumbrado a salvar desniveles. Eishar tuvo que esperar a que él la aupara hacia arriba.

Recorrieron el camino que los separaba del barco, arrancando quejidos de las tablas podridas del muelle. El sol todavía no había salido, y en esa semioscuridad que precedía al amanecer, el rostro de Izorn parecía incluso más duro que de costumbre. Se había olvidado de ponerse las gafas, y la frialdad de sus ojos amenazaba con congelar el mundo.

Cuando llegaron al barco, los primeros pasajeros empezaban a ascender por la rampla. El capitán los vio llegar y pareció ser víctima de un escalofrío al reconocer a Izorn. Aun así, se adelantó unos pasos para indicarles que subieran.

—Los conduciré a su camarote, señor y señora… —se

interrumpió. No les habían dado sus nombres.

—Dytar —respondió Izorn, con seguridad—. Nos apellidamos Dytar. Los dos.

Eishar levantó la cabeza para mirarlo a los ojos, pero Izorn tenía la mirada puesta en otra parte.

Los Dytar conformaban la línea de sangre de Lunasoles más poderosa del continente. No sabía si Izorn había escogido ese apellido al azar… o si ese era su verdadero apellido. Tendría que preguntárselo luego.

Siguieron al capitán del barco hasta la cubierta y, desde ahí, bajaron a los niveles inferiores. El estrecho pasillo estaba casi a oscuras, pero Izorn, con sus poderes, se aseguró de cambiar esa circunstancia. El capitán del barco dio un respingo al darse cuenta de que estaba junto a dos magos, pero no dijo nada al respecto.

Señaló una puerta al fondo.

—Ese es su camarote —les indicó.

No esperó a que se instalaran antes de marcharse con premura, como si quisiera poner la mayor distancia posible entre ellos.

—No necesito tener los auténticos poderes de una Empática para saber que te tiene miedo —murmuró Eishar, cuando estuvo segura de que nadie escucharía sus palabras.

—Todo el mundo me tiene miedo —repuso Izorn, abriendo la puerta del camarote e invitándola a entrar—. *Casi* todo el mundo —se corrigió.

Eishar se asomó al camarote y sintió que le faltaba el aire. Reculó hasta que su espalda se encontró con la pared contraria.

—No puedo entrar ahí —susurró.

Era tan pequeño, tan oscuro… No podía evitar pensar en aquella habitación pequeña y oscura donde la habían recluido durante tantos años. Sintió un deseo irrefrenable de salir corriendo, de huir de ese barco y de su estrechez, pero Izorn la agarró del brazo antes de que diera el primer paso.

—Mírame, Eishar —le pidió.

Alzó la mirada para encontrarse con sus ojos. Ya no parecían tan fríos, sino que había en ellos… temor. Como el miedo que sentía ella. Izorn estaba captando sus emociones.

—Te prometo que mientras estés conmigo, no va a sucederte nada malo —susurró—. Te lo prometo.

—No puedo.

—Claro que puedes. Aquí, nadie sabe quién eres. Y aunque lo supieran, daría igual. En cuanto este barco zarpe, en cuanto estemos en mar abierto, no existirá ninguna ley. Nadie podrá encerrarte, ni encadenarte, ni hacerte daño. Y si alguien lo intenta, te juro que le rajaré la garganta.

Eishar sabía que lo haría. Y que no le temblaría el pulso. Pero la habitación seguía siendo como la boca de un lobo. Y esa puerta era como una mandíbula llena de afilados colmillos que se cerraría en torno a su cuerpo en cuanto ella la cruzara.

—Solo es una habitación —siguió diciendo Izorn, a medida que sus emociones se entremezclaban con las de Eishar—. Podrás salir cuando quieras. Dejaremos la puerta abierta si así te sientes más segura.

Eishar se esforzó por volver a centrar la mirada en Izorn, pero unas voces al otro lado del pasillo la distrajeron. El resto de los pasajeros estaba entrando en el barco.

—No… no hay otra forma. ¿Verdad? —tartamudeó.

—Si hubiera una forma más fácil, la hubiera elegido —le aseguró Izorn—. Por ti… la habría elegido.

Eishar asintió, desviando la atención hacia la gente que se iba acercando. A pesar de todo, no quería que nadie la viera así. No quería que nadie viera lo rota que estaba, lo débil que se sentía en ese momento.

Izorn le pasó un brazo por los hombros y le bloqueó la vista del pasillo con su cuerpo. Le dio un pequeño empujón, solo para despegarla de la pared, pero no la obligó a ir más allá. Eishar sabía que tenía que ser ella la que diera ese paso. Pero no tenía por qué hacerlo sola. Había estado sola tanto tiempo que se había olvidado de cómo se pedía ayuda.

Pasó el brazo por la cintura de Izorn con cierta inseguridad, pero él le respondió apretándole el hombro en señal de apoyo.

—Estoy contigo, Eishar.

Eishar caminó en dirección al camarote. Dudó ante la puerta, como si la boca llena de dientes fuera a cerrarse sobre ella. Pero Eishar había llegado hasta ahí por pura fuerza de voluntad. Había escapado de la Escuela de Diamante por sus propios medios; había dejado atrás esa horrible cárcel. Y había huido a Tranteria, había sobrevivido en sus calles, y había encontrado a los magos del Movimiento. Ella había despertado compasión en el corazón del más letal asesino del país. Había conseguido que Izorn se encontrara ahora con ella, a su lado. De modo que podía hacerlo; podía enfrentarse a sus miedos y entrar en esa habitación pequeña y oscura.

Avanzó. E Izorn avanzó a su lado. La boca llena de dientes no se cerró sobre ella, ni la engulló después.

El camarote era sencillo. Solo tenía una cama diminuta, una escotilla que no se podía abrir y una mesa atornillada a la pared para impedir que el vaivén del barco la moviera. Las tablas del suelo crujían con cada paso. Pero no tuvo miedo.

—Está bien —susurró, empezando a separarse de Izorn—. Estoy

bien.

Y cuando lo miró, él sonreía, una sonrisa que empañaba sus ojos, que lo hacían más humano de lo que lo había visto nunca.

—Sabía que podías —le dijo—. Puedes lograr todo lo que te propongas.

Eishar e Izorn dejaron sus pertenencias en el camarote, recogieron su ración de comida en las cocinas y subieron a la cubierta. Eishar nunca había estado en un barco, y quería ver el mar. Izorn la siguió refunfuñando; no había dormido nada en las últimas veinticuatro horas y parecía cansado, pero se seguía moviendo con la eficacia de un asesino.

Eishar se asomó a la barandilla de popa y contempló como navegaban alejándose del amanecer. El sol comenzaba a asomar de nuevo por el este, pero ellos se dirigían hacia el oeste, hacia las lejanas tierras de Dumaria. Eishar no sabía qué encontraría allí, y ni siquiera se había parado a pensar en lo que haría una vez alcanzara las costas extranjeras.

Porque Izorn tenía que regresar a Brunedain; tenía que volver con su hermano. Y ella se quedaría sola una vez más.

—¿Qué te preocupa, Eishar? —le preguntó Izorn, apoyando los codos en la barandilla.

—¿Qué voy a hacer en Dumaria? Ni siquiera sé hablar el idioma.

—Ellos te enseñarán —respondió él, antes de girarse para mirarla a los ojos—. Quiero que me prometas una cosa.

—¿El qué?

—Que no volverás a Brunedain.

—No soy tonta, ¿sabes? —replicó, agachando la mirada para observar el oleaje que describía la brillante agua del mar. Tardó unos minutos antes de encontrar las fuerzas necesarias para confesar—: sé que llevo una orden de asesinato pintada en la frente.

—Sé que lo sabes. Pero también sé… —se interrumpió—. No vuelvas a buscarnos. Pase lo que pase, escuches lo que escuches —dijo, mirándola con intensidad—, no regreses a buscarnos. Jamás.

Eishar se quedó en silencio. Izorn no quería que tomara el riesgo de intentar salvarlos a él y a Kehidar, a pesar de que ellos lo estaban arriesgando todo por salvarla a ella. El trato no era justo.

—Eishar —la llamó. Había urgencia en su voz. Desesperación, incluso—. Nunca volveré a salir de Brunedain. Nunca volveré a tener una oportunidad como esta. Si tú regresaras a Brunedain, yo no podría… Y si la Guardia Roja te atrapara… ni siquiera yo podría salvarte, Eishar. No me hagas pasar por eso. Prométeme que jamás volverás a poner un pie en Brunedain. Prométemelo.

Pero Eishar se había quedado sin habla.

—Necesitas descansar —murmuró ella.

Izorn no protestó, pero la cogió por la muñeca para indicarle que lo acompañara. Ella lo siguió; no le hacía gracia quedarse sola en la cubierta del barco, rodeada de gente que no conocía, de la que no sabía qué esperarse.

Izorn ya se estaba subiendo a la cama cuando Eishar lo detuvo.

—¡Espera!

Él frunció el ceño.

—Quítate las botas primero —le recordó.

Izorn se miró los pies, luego la miró a ella, suspiró, y, finalmente, empezó a desatarse los cordones.

—Espero que no tenga que salir corriendo en cualquier momento —refunfuñó.

—¿Siempre duermes con las botas puestas? —preguntó Eishar, sorprendida.

—¿Tú no?

—No, Izorn. Nadie duerme con los zapatos puestos. Normalmente.

Él volvió a resoplar, pero se arrancó las botas y se tumbó sobre la cama sin protestar más. Eishar se sentó a su lado antes de que hubiera cerrado los ojos y le quitó el sombrero. El pelo blanco y negro cayó como una cascada.

—Eishar… —protestó.

—No va entrar nadie —dijo, apartándole el pelo de la cara. Al hacerlo, se dio cuenta de que el tinte ya no llegaba hasta las raíces. Aunque sabía que ninguna persona tenía el pelo de dos colores, le había parecido tan natural en los gemelos que nunca se había parado a pensar que, de vez en cuando, necesitarían volver a teñírselo—. Tienes las raíces rubias —observó.

Él suspiró.

—Me teñiré de nuevo al llegar a Tranteria.

—¿Por qué te tiñes el pelo de blanco y negro? —preguntó. Nunca se había parado a pensarlo.

—Porque un asesino rubio y de ojos azules no da miedo a nadie.

—Tú te las arreglarías para dar miedo igual.

Izorn sonrió. No era su sonrisa fría y sarcástica habitual. Había calidez en su expresión.

—Le dijiste al capitán del barco que nos apellidábamos Dytar. ¿Por qué?

Izorn desvió la mirada.

—Es nuestro apellido. El mío y el de Kehidar. Pero dado que no lo usamos nunca, no me parecía peligroso usarlo.

Izorn y Kehidar pertenecían a la línea de sangre más poderosa de los Lunasoles. Aunque eso tenía mucho sentido, a Eishar le seguía

resultando sorprendente.

Aprovechó ese momento de silencio para quitarle los guantes a Izorn. Y se quedó helada al ver el dorso de su mano derecha.

—Por eso usáis guantes —murmuró.

Izorn desvió la mirada hacia la horrible cicatriz que le desfiguraba la mano.

—¿Cómo te has hecho esto? —preguntó, preocupada, dudando de si debía pasar los dedos por esa cicatriz alargada que le llegaba desde la muñeca hasta el nacimiento de los dedos.

—En una pelea —respondió—. Como todas las cicatrices que tengo.

Nunca se le había ocurrido pensar que Izorn, a pesar de ser un asesino letal, no era infalible, aunque ella misma lo había visto huyendo después de que los magos del Movimiento lo hubieran capturado. En aquel momento, había estado demasiado asustada como para pensar en ello.

—Kehidar no tiene tantas cicatrices como yo —siguió relatando Izorn—. Se hubiera descubierto nuestro secreto si alguien se fijara en esto —dijo, levantando la mano derecha—. Por eso usamos guantes.

Eishar asintió, y no se atrevió a preguntar nada más. Cogió la capa de viaje que llevaban y se la echó a Izorn por encima.

—Duerme un poco, Izorn. Yo cuido de ti mientras tanto.

CAPÍTULO 7

Izorn se despertó al escuchar pasos al otro lado de las endebles paredes de madera. Ya se había llevado la mano al cuchillo de su cintura cuando recordó dónde estaba. Una mano sobre su brazo terminó de apaciguar sus nervios.

—No pasa nada, Izorn —susurró la tranquila voz de Eishar.

—¿Cuánto he dormido? —preguntó, levantándose de un salto.

—Es media tarde.

Izorn se apartó el pelo de la cara.

—¿Y por qué no me has despertado antes?

—Porque tú también necesitas descansar.

Izorn se relajó un poco cuando la preocupación de Eishar le llegó a través de sus poderes. Estiró la mano para acariciarle la mejilla con la yema de los dedos. Fue tan solo un roce, y aunque esperaba que ella se apartara, no lo hizo.

—No te preocupes por mí; preocúpate por ti. ¿Has comido?

No se sorprendió cuando ella negó con la cabeza, balanceando su cola de caballo de un lado a otro.

—Aún es pronto para cenar —replicó ella.

—Pero te has saltado el almuerzo.

Eishar le dio la espalda, hastiada. Izorn sabía que no debía presionarla, pero no sabía de qué otra manera ayudarla.

—Eishar —la llamó. No esperaba que ella se girara tan rápido para mirarlo—. Estás enferma. Y yo no sé qué hacer. Pero voy a llevarte a un lugar donde puedan curarte. Te lo prometo.

Ella se miró el tobillo, esa lesión para la que probablemente ya fuera demasiado tarde. Pero Izorn esperaba que todavía estuvieran a tiempo de arreglar lo más preocupante que aquejaba a Eishar. Tenía que haber alguien, en alguna parte, que supiera cómo devolverle a Eishar las ganas de comer, de sonreír, de vivir.

—No me refiero a eso —murmuró Izorn. Cuando Eishar volvió a levantar la cabeza para mirarlo, él se dio unos toquecitos con el dedo en la sien—. Estás enferma aquí. Como yo, pero de otra forma. Lo que

quiera que tengamos aquí dentro también se rompe. Supongo que todos estamos rotos por dentro, pero no tenemos el valor de admitirlo.

Eishar se quedó mirándose el tobillo.

—Cuéntamelo —le pidió ella.

—¿El qué?

—Quiero saber… solo si quieres hablar de ello… ¿cómo llegasteis tú y Kehidar a Brunedain? —susurró—. Porque nacisteis en Dumaria, ¿verdad?

—Nacimos en Dumaria, sí, hace veintisiete años —le confirmó—. Creo.

—¿No sabes la edad que tienes?

—Sé que nací en el año mil quinientos treinta y tres… y que estamos en el mil quinientos sesenta. O he cumplido ya los veintisiete, o los cumpliré en lo poco que queda para que termine el año. Como sabrás, es fácil perder la cuenta de los días durante un encierro de varios años.

Eishar levantó la cabeza para mirarlo con los ojos abiertos de par en par. Gateó por la cama para acercarse a él, y le acunó la cara entre las manos con tanta suavidad que Izorn creyó estar tocando el cielo con los dedos.

—¿Estuviste… estuvisteis encerrados? ¿Como yo?

Normalmente, Izorn podía olvidarlo, podía fingir que eso no había pasado. Pero mientras la pena y la compasión de Eishar lo envolvían como una burbuja, sus propios sentimientos se desbordaron.

Asintió con la cabeza para responder a la pregunta que Eishar le había formulado.

—¿En Dumaria?

—No, estoy casi seguro de que los dumarianos no les harían eso a dos niños de cuatro años.

—¿Quién? —exigió saber ella, aunque en el fondo de su mirada había una chispa de comprensión—. ¿Drailon Hártimer?

Izorn volvió a asentir.

—¿Por qué?

Las duras imágenes volvieron a su cabeza como un aluvión incontrolable. Las manos de Eishar rodeando su rostro era lo único que lo mantenía atado al presente.

—Eso solo lo sabe él —murmuró, agachando la cabeza—. Nos trajo de Dumaria después de que nuestros padres murieran. Yo traté de evitarlo, pero ¿qué podía hacer un crío de cuatro años contra Drailon? Más de veinte años después, sigo sin estar a su altura.

—Es solo un… —empezó a decir Eishar. Izorn sabía qué palabras había estado a punto de utilizar: «humano corriente». Pero parecía haber comprendido algo—. Kehidar me dijo que era un mago, pero no… no me paré a pensar en ello.

—No es cualquier mago. No es como tú o como yo. Tiene unos poderes muy antiguos, Eishar, pertenece a un tipo de magos que se han extinguido hace tiempo. Y ahora solo quedan dos. Él… y su hija.

Eishar no podría estar más desconcertada.

—¡¿Me estás diciendo que la misma persona que ordena encerrar a los magos anómalos en una jaula de piedra es en realidad un mago anómalo?! —estalló.

—Es un Veloz —confesó Izorn. No tenía ningún sentido no hacerlo. Eishar se pondría a salvo en Dumaria, y esa información, susurrada en los oídos apropiados, podría asegurarle cierta protección especial por el gobierno de Dumaria. Si Eishar conocía esa clase de secretos, a los dumarianos les interesaría mantenerla sana y salva. Y, además, los dumarianos ya sabían lo que era un Veloz. El rey de Dumaria parecía muy interesado en una, antes de que la reina Granne se la hubiera llevado—. Los Veloces son magos que pueden moverse y pensar mucho más rápido que cualquier otra persona. Pueden correr más rápido que un tren. Son más inteligentes. Y, además, pueden emplear otros tipos de magia. Drailon Hártimer no solo es un Veloz, también es un Escudo.

Eishar parpadeó varias veces, como si no consiguiera hacerse a la idea.

—Si es tan poderoso, ¿por qué… por qué…? —No era capaz de decir esas palabras, pero a juzgar por la tristeza que la enturbiaba, Izorn sabía a qué se refería.

—¿Por qué nos esclavizó a Kehidar y a mí para matar en su nombre? Para que no se descubriera su secreto.

Eishar se dejó arrastrar por sus vibrantes emociones y lo abrazó. Izorn, sorprendido por el gesto, tardó unos segundos en rodearla con suavidad. Así, entre sus brazos, le parecía que estaba incluso más delgada de lo que le decían sus ojos.

—Lo siento —susurró ella. Su voz sonaba como si estuviera a punto de echarse a llorar.

Izorn la apretó un poco más antes de responder.

—No es culpa tuya.

—Pero te juzgué mal —sollozó—. Pensé que eras un asesino despiadado…

—Y lo soy —la interrumpió.

—¡Pero porque no te quedaba más remedio! ¿Qué haría Drailon si te negaras?

A Izorn le tembló todo el cuerpo solo con imaginarse esa posibilidad. No quería recordar, no quería regresar a ese momento, no quería ver a Kehidar malherido en el suelo una segunda vez.

—Le… le haría daño a… —susurró, su voz se rompió antes de ser capaz de decir el nombre de su hermano.

—Y aun así os arriesgasteis por mí —lloró ella.

Izorn no podía soportar el dolor de Eishar que lo sacudía una y otra vez. Era como una tortura.

—Kehidar y yo estuvimos de acuerdo. Yo no era capaz de hacerte daño y a Kehidar se le partiría el alma si te entregáramos a la Guardia Roja. Quiero que sepas que, aunque él no esté aquí contigo, también se preocupa por ti.

—Lo sé. Se sentaba en mi cama y no se marchaba hasta que comía.

—¿Cómo sabías que era él y no yo?

—Porque tú preferías ordenármelo. ¿O me equivoco? —le preguntó. Eishar por fin se separó de él para secarse las lágrimas con la manga de la camisa.

Izorn le dedicó unos pensamientos a su hermano antes de responder.

—Kehidar siempre fue mejor persona que yo —murmuró—. Y no quise que eso cambiara. Prefería renunciar a la poca bondad que quedaba en mí antes que dejar que su alma se consumiera. Cuando había que matar a alguien, lo hacía yo. Cuando había que torturar a un dumariano por información, lo hacía yo. A él le dejaba asustar a los niños que entraban en las Escuelas de Magia. Sé que no pude alejarlo del todo del camino de la oscuridad —admitió, agachando la cabeza—, pero lo intenté.

Eishar le cogió las manos entre las suyas. Las tenía frías y huesudas.

—Eres un buen hermano, Izorn. Yo sé que lo eres.

Izorn sacudió la cabeza.

—No pude protegerlo. Cuando Drailon nos encerró en aquel sótano oscuro durante años, Kehidar se perdió a sí mismo.

Los recuerdos inundaron su mente en un aluvión incontrolable.

—Golpeé la puerta hasta quedarme sin fuerzas —murmuró—. Pero no cedió ni un centímetro. Kehidar ya se había rendido cuando yo aprendí a hacer luz. Lo primero que hice fue luz.

Eishar sabía que entre los Lunasoles existía una creencia popular que decía que lo primero que conseguían hacer, luz u oscuridad, definía el camino que tomaría esa persona. Lo primero que había logrado crear Izorn había sido luz, pero lo habían obligado a tomar el camino de la oscuridad. Era una cruel ironía.

—Le enseñé a Kehidar a hacer luz. Y nos turnábamos para mantener luminosa aquella habitación sin ventanas.

Eishar le apretó más fuerte las manos. Lo comprendía, claro que lo comprendía. A ella le habían hecho lo mismo. Ella sabía lo que se sentía al perder la esperanza.

—¿Cuánto tiempo?

—Seis años. Creo. Drailon nos liberó para enseñarnos a luchar, a hablar y leer en brunedano. Ocultamos que sabíamos usar nuestros poderes, aunque creo que el Lunasol que nos instruía se dio cuenta.

Y entonces Eishar hizo la pregunta que Izorn tanto temía responder.

—¿Nunca os rebelasteis?

Izorn inspiró aire profundamente. Una vez. Dos. Tres. Nunca estaría preparado para decirlo en voz alta.

Dejó caer la cabeza y, tal vez por la presencia de Eishar a su lado, apretándole las manos como si sus vidas dependieran de ese contacto, encontró las fuerzas para confesarlo.

—Yo lo hice —susurró, en un hilo de voz—. Una vez.

Si cerraba los ojos, todavía podía verlo. Si cerraba los ojos, todavía podía escuchar los gritos de Kehidar. Sus súplicas.

—Izorn —lo llamó Eishar. Su voz estaba llena de preocupación, de ternura, de cosas que él no se merecía—. ¿Qué pasó?

—Fui estúpido —confesó, al fin—. Fui un completo estúpido al creer que yo podría matarlo por lo que nos había hecho a mi hermano y a mí. No había nada que yo pudiera hacer contra él. Sigue sin haber nada que yo pueda hacer contra él.

Izorn se detuvo, incapaz de decirlo en voz alta. Eishar no lo presionó.

—Y no… no lo pagó conmigo. Sabía que eso podría soportarlo.

Eishar volvió a abalanzarse sobre él para abrazarlo. Le frotó la espalda con las manos, en un intento por consolarlo. Izorn se quedó de piedra. No se merecía ese contacto; no se merecía nada.

—No hace falta que sigas, Izorn —le susurró al oído—. No hace falta que lo digas en voz alta. No te tortures más, por favor.

Izorn la rodeó con los brazos, y volvió a ser consciente de lo delgada que estaba, de lo floja que le quedaba la ropa. Ella también seguía torturándose, porque, aunque hubiera salido de su encierro, sus consecuencias seguían persiguiéndola.

—Solo si te tomas toda la cena —murmuró.

Ella se apartó y lo miró con indignación.

—¿Intentas hacerme chantaje?

—Haré lo que haga falta para convencerte de que tienes que comer. Pero sin obligarte.

Eishar suspiró, pero no protestó más y se bajó de la cama. Izorn se la quedó mirando mientras se ponía las botas y el abrigo. Todo parecía tan normal, tan idílico, que le resultó doloroso recordar que esos momentos con Eishar tenían una fecha de caducidad.

Izorn y Eishar se sentaron en una esquina retirada de la cubierta para

cenar bajo el cielo estrellado, a la luz de Tilka y Oenos, las dos lunas que gobernaban el firmamento. Eishar le dio vueltas y vueltas a la sopa con la cuchara. Izorn no dijo nada, aunque estaba deseando recordarle (otra vez) que no podía seguir comiendo prácticamente nada.

—Has dicho que tenía una hija —recordó Eishar.

Izorn iba a preguntar a qué se refería, pero no tardó en atar cabos. Estaba hablando sobre la hija de Drailon.

—Tiene muchos hijos, pero solo una con sus mismos poderes. La he vigilado durante años.

—¿Por qué? ¿Es peligrosa?

—Cuando tenía unos dos años, Drailon descubrió que era una Veloz. En vez de encargarse de cuidarla él mismo, se la entregó a una familia de Escudos. No dijo nada a nadie sobre quién era en verdad esa niña. Nos encargó a Kehidar y a mí vigilarla, asegurarnos de que no mostraba sus poderes como Veloz, de que eso seguía siendo un secreto. Al menos, hasta que se marchó a la Escuela de Magia de Atios.

—Ingresó como Escudo —dedujo Eishar.

—Imagino que sí. No he vuelto a verla desde entonces.

—¿Sigue allí?

—No.

—¿Sabes dónde está ahora?

Izorn lo sabía muy bien. Y que Eishar lo supiera podría beneficiarle en caso de que las cosas se pusieran feas.

—Escucha atentamente lo que te voy a decir, Eishar.

Ella no necesitó más motivo que ese para dejar su cuenco de sopa a un lado y prestarle toda su atención.

—Esa chica se llama Nyaja Tudein. Si necesitas ayuda cuando estés en Dumaria, si necesitas que alguien te deba un favor, diles que sabes dónde está Nyaja Tudein.

Ella asintió.

—Nyaja está en Tranteria, encerrada en la mansión de Drailon Hártimer, en un sótano convertido en prisión.

—¿Por qué a los dumarianos podría interesarles saber eso?

Como cualquier otro brunedano, Eishar no estaba al tanto de la larga historia que involucraba a Nyaja.

—Ellos ya la rescataron una vez. Y estoy seguro de que lo volverán a intentar. No tengo muy claro por qué, pero el rey de Dumaria la protege. Se me ocurren un par de razones muy buenas para ello.

Si el rey Yáhlazer intentaba proteger a Nyaja por el mismo motivo por el que él mismo protegía a Eishar… estaba seguro de que usaría todas las armas que tuviera a su alcance para rescatarla.

—Y si alguien te pregunta, díselo todo, Eishar. Diles absolutamente todo lo que sepas.

—¿Incluso que… que tú y Kehidar…? —tartamudeó.

—Todo.

CAPÍTULO 8

Aunque todos los miembros de su familia se habían sentado ya, Yáhlazer prefería permanecer de pie.

—Los ejércitos están reunidos —anunció, aunque ya todos debían de estar al corriente, a juzgar por el gran revuelo que se había formado en Xandiara en los últimos días—. Partiremos hacia el sur hoy mismo.

—Discrepo —dijo Estiaria. Su abuela seguía siendo igual de autoritaria que siempre. Eso, al menos, no cambiaría nunca—. Tú deberías quedarte aquí. Tu tío Siánevir partirá al sur en tu nombre para dirigir el ejército.

—Yo soy el rey de Dumaria. Yo debería ser la cabeza del ejército.

—Habría sido mi primera opción si la situación hubiera sido diferente —intervino Siánevir—. Pero nuestra posición es delicada, Yahl. No solo tenemos enemigos al sur; también los tenemos en el norte.

Yáhlazer ni siquiera había pensado qué haría si los brunedanos decidían aprovechar ese momento de debilidad para atacar la Frontera de Piedra. Aunque no había retirado a las tropas que custodiaban las montañas, estas serían insuficientes para contener a un gran ejército.

—Los brunedanos ya tienen lo que querían —refunfuñó Lórineh.

Yáhlazer perdió las fuerzas que le quedaban y se vio obligado a sentarse.

—¡Eres cruel, mamá! —la regañó Ronnara—. ¡¿Cómo se te ocurre decir eso?!

Lórineh miró a su hija con desaprobación.

—Lórineh, querida, tal vez deberías haber escogido mejor tus palabras —dijo Varázier, intentando devolver las aguas a su cauce, pero Lórineh no retiró lo que había dicho. Y Yáhlazer sabía que no lo haría.

—Está bien —aceptó Yáhlazer—. Me quedaré en Xandiara, pendiente de las fronteras. Pero Varázier, Ronnara, Pristia y Lírala se irán a Virzara hoy mismo.

—¡¡NO!! —replicó Ronnara—. ¡No pienso irme y dejarte aquí solo!

—No estará solo —repuso Nísani—. Yo estaré aquí. Este es mi lugar.

—Y yo también estaré aquí, por descontado —dijo Estiaria.

—Sigues herida, Ronna —añadió Yáhlazer—. No quiero arriesgarme a que empeores. Te irás a Virzara con tus padres y con tus hermanos. Os quiero fuera de aquí, en un lugar discreto.

Ronnara abrió la boca para protestar, pero Estiaria la detuvo con un gesto de la mano.

—Yáhlazer tiene razón —dijo su abuela—. Con Miravien y Bryla en un país enemigo, no podemos arriesgar las vidas de los que estáis a continuación en la línea de sucesión.

—Pero… —intentó volver a protestar Ronnara.

—Ya está decidido —la interrumpió Yáhlazer.

Su prima lo fulminó con la mirada antes de levantarse y, a duras penas y rechazando la ayuda de su padre, se marchó de la sala, cojeando. Las secuelas de la batalla contra los brunedanos todavía no habían remitido.

—Se le pasará —murmuró Varázier.

No era el mejor momento para que su familia se separara, pero Yáhlazer sabía que no le quedaba opción. Miravien y Bryla eran primera y segunda en la línea de sucesión, respectivamente, ya que Klorine de Várenma, la madre de ambas, era la segunda hija del difunto rey Áldaven y de Estiaria. Varázier era el siguiente. De modo que, si algo le sucedía a Yáhlazer, y si Miravien y Bryla no regresaban de Brunedain, la corona caería sobre la cabeza del menor de los hijos de Estiaria.

Y tras Varázier, los siguientes herederos eran Ronnara, Pristia y Lírala, en ese orden.

Yáhlazer no podía arriesgar ninguna de sus vidas, no con una guerra en ciernes. No importaba cuánto se enfadara Ronnara con él; estaba haciendo lo correcto. Ya había perdido demasiadas personas en manos de los brunedanos; no perdería más.

—¿Se ha registrado algún ataque por parte de los onduranos? —preguntó Varázier, cambiando sabiamente de tema.

—No, parece que están esperando algo —comentó Siánevir, consultando una serie de documentos que había dispuesto sobre la mesa. Yáhlazer suponía que eran informes de los múltiples espías a sueldo de Siánevir.

—Nuestro plan de lanzarlos contra Brunedain sigue en pie —murmuró Yáhlazer—. Yo no descartaría la diplomacia tan pronto.

—Tal vez deberíamos dejar de lado la vía diplomática —opinó Estiaria—. ¿No lo veis? Los brunedanos han orquestado todo esto. Se

llevaron a nuestra Nyaja para distraerte. Y, justo cuando la raptan, los barcos de Érisen arriban en nuestras costas. Me da qué pensar, Yáhlazer.

Si su abuela tenía razón… si los brunedanos y los onduranos estaban compinchados… Podían estar ante el mayor desafío de la historia de Dumaria.

Y Yáhlazer no podría estar menos preparado. Se cubrió el rostro con las manos y resopló. No se dio cuenta hasta ese momento de lo cansado que estaba. Por las noches casi no conseguía dormir nada. Y los días eran interminables y llenos de trabajo. Sintió que le iba a estallar la cabeza.

—Hay otra cosa de la que tenemos que hablar, hijo —comentó Estiaria.

Yáhlazer no quería escuchar ni una sola mala noticia más, pero su abuela siguió hablando sin darle la oportunidad de denegarle la palabra.

—Has liberado a cuatro prisioneros brunedanos —dijo Estiaria, con dureza, lo que indicaba que no estaba de acuerdo con esa decisión. Yáhlazer no esperaba que nadie estuviera de acuerdo, como tampoco esperaba que nadie entendiera su desesperación—. ¿Por qué?

—Sabes por qué —refunfuñó.

—Hay bastantes dumarianos con la capacidad de encontrar a Nyaja —replicó su abuela—. Tus primas se marcharon para encontrarla. ¿Es que no confías en ellas?

—¡Claro que confío en ellas! —estalló, poniéndose en pie tan de repente que la silla que ocupaba cayó al suelo con un estruendo—. ¡No espero que entiendas lo desesperado que estoy! ¡Se la han llevado delante de mí sin que yo pudiera hacer nada! ¡¿Qué clase de rey soy si ni siquiera puedo proteger a mi propia familia?!

Estiaria abrió la boca para responder, pero Yáhlazer ya estaba harto de que lo regañaran como si fuera un niño.

—¡Basta! ¡A menos que tengas alguna idea para traer a Nyaja de vuelta, no quiero escuchar nada más!

La mirada de Yáhlazer pasó por todos los miembros de su familia que seguían presentes. Pero después de su estallido de ira, nadie se atrevió a abrir la boca.

—La reunión ha terminado —sentenció—. Todo el mundo fuera.

A Lórineh y Varázier les faltó tiempo para salir corriendo, visiblemente incómodos. Nísani los siguió sin ni siquiera atreverse a mirarlo. Su abuela lo observó antes de ir tras ellos, como si quisiera decirle algo, pero terminó optando por permanecer en silencio. Siánevir, por su parte, parecía dispuesto a añadir algo, pero se mantuvo callado y caminó hacia la puerta. No obstante, antes de abandonar la sala, se volvió hacia él.

—Avísame si hay algo que pueda hacer por ti, Yáhlazer —susurró. Su rostro cargado de dolor parecía el reflejo del de Yáhlazer. Él también había perdido a la mujer que amaba en manos de los brunedanos.

Yáhlazer asintió, incapaz de encontrar palabras. Siánevir se marchó, dejándolo solo con su lenta e interminable agonía.

CAPÍTULO 9

Ramja había estado retrasando ese momento lo máximo posible, pero sabía que había llegado la hora de dar la cara. De lo contrario, Drailon Hártimer empezaría a sospechar.

Los rumores habían llegado incluso hasta Lorias, y no podía no hacer nada al respecto. Tenía que cubrirse las espaldas.

Uno de los mayordomos del presidente le abrió la puerta de la enorme mansión, tras lo cual la condujo por los pasillos como si ella no conociera la planta baja de esa casa de memoria. Drailon la recibió en su despacho, tan pagado de sí mismo como de costumbre.

—Ramja, querida, me preguntaba cuándo… —empezó a decir.

—Kandell de Soenaya nos ha traicionado —lo interrumpió.

Pero la sonrisa de Drailon no se apagó.

—Vives demasiado lejos de la capital, Ramja —respondió—. Hace una semana que Kandell de Soenaya es historia.

Ramja sintió que un escalofrío le recorría la columna vertebral. Drailon no solo había descubierto la traición de Kandell, sino que ya se había encargado de eliminarlo. Aunque no había nada en la mente de Drailon que la hiciera temer por su propia vida, sus siguientes palabras serían cruciales.

—La última vez que nos reunimos, Kandell intentó convencerme de unirme a su empresa —confesó—. Tengo los recuerdos… difusos. Realidad y ficción se confunden en mi cabeza incluso hoy. Creo que Kandell usó sus poderes para confundirme, para obligarme a escuchar la sarta de mentiras que soltó por la boca.

Drailon escuchaba su discurso con interés. Al analizar sus pensamientos, no halló duda en él. Se había creído la pantomima de que Kandell tenía el poder suficiente como para hacerla dudar qué era real y qué no.

—Dijo algo sobre… esa leyenda absurda de las Piedras de la Vida. Dijo que él era una especie de Guardián —continuó.

El rostro de Drailon no cambió ante sus palabras. Seguía mostrando esa fría sonrisa que cada vez detestaba más. Lo sabía. Lo

sabía todo.

—Cuando llegué al tren, estaba demasiado traspuesta como para pensar. Pero una vez en Lorias, poco a poco me fui recuperando del influjo de sus poderes. Y entonces me puse a… investigar. Sé que está mal investigar sobre leyendas absurdas, pero Kandell nunca me pareció un demente. Quería saber qué había de verdad y qué de mentira en sus palabras.

Drailon parecía fascinado con su explicación.

—¿Y qué encontraste, Ramja? —preguntó, ampliando su sonrisa.

La magia le picó en las mejillas cuando leyó, una vez más, los pensamientos de Drailon. ¿Qué podría haber descubierto si realmente hubiera investigado el caso? ¿Qué decía la leyenda de las Piedras de la Vida, más allá de que no debían juntarse jamás? Ramja nunca les había prestado atención a esos cuentos.

Pero en la mente de Drailon veía todo lo contrario. Estaba decidido a juntar todas las Piedras. Una gema brillante como el sol apareció en los pensamientos de Drailon como una estrella fugaz. Se esforzaba por no pensar en la Piedra de Diamante, para que ella no pudiera ver nada, para ocultarle la verdad.

Y no había nada que se le diera mejor a Ramja que hacerse la tonta.

—No encontré nada, señor —dijo—. Pero, aun así, creí conveniente avisarle en persona de la traición de Kandell. No me fiaba de mensajeros ni de nada escrito en papel.

—Comprendo. Menos mal que todavía cuento con seguidores leales. Como tú.

La sonrisa de Drailon casi parecía un desafío. «Atrévete a seguir los pasos de Kandell, y sufrirás el mismo destino», cantaba a los cuatro vientos.

—En cualquier caso, querida Ramja, la victoria está cerca —presumió, levantándose de su asiento—. Ya casi puedo saborearla.

Una imagen cruzó la mente de Drailon. Un rostro. Ramja no reconocía a esa chica de fieros ojos castaños, pero había escuchado su nombre muchas veces. Sabía cuál era la misión de la reina Granne en Dumaria, y todos los periódicos coincidían en que su visita al país extranjero había sido un éxito. Bien podría haber sido todo propaganda del Parlamento, pero esa satisfacción que mostraba Drailon se lo confirmaba todo.

Ramja trató de esbozar su mejor sonrisa.

—He leído que el viaje de la reina ha sido exitoso —murmuró, con toda la inocencia que pudo aunar—. ¿Han accedido a devolver a Nyaja Tudein a su verdadero hogar?

La mirada de Drailon era afilada como la hoja de un cuchillo.

—No exactamente.

Pero Ramja, por descontado, ya lo sabía. Drailon nunca se había esforzado por tratar de ocultarle nada. Y ahora que pretendía hacerlo, no era capaz de controlar el flujo de sus pensamientos. Era difícil para cualquier persona, incluso para alguien entrenado con el fin de eludir los poderes de un Sinsecretos.

Pero le dejaría pensar que podía esconderle todo lo que quisiera.

Ramja no impidió que su rostro se tensara en una expresión de desconcierto.

—Acompáñame, por favor. Es mejor que lo veas por ti misma.

Drailon se encaminó hasta unas escaleras que descendían hacia la oscuridad. Estaban ocultas detrás de una puerta cerrada con llave, por lo que daba la impresión de que no cualquier persona podía hacer uso de lo que hubiera en el sótano del presidente.

Drailon encendió las luces de las escaleras, pero la oscuridad seguía siendo la dueña de ese sótano de pesadilla.

Él bajó delante, y Ramja lo siguió, temiéndose que no le gustaría lo que descubriera ahí abajo.

Y así fue.

Sus poderes se encogieron de miedo al sentir ese metal odioso. Titanio.

Aunque podía seguir accediendo a ellos, lo que significaba que no todo el sótano estaba forrado de titanio, sentía su presencia como si fuera un espíritu maligno que la devoraría en cualquier momento.

El titanio no recubría ni el techo de piedra ni el suelo embaldosado, pero sí las paredes. Todas ellas. Y, a intervalos regulares, se extendían una serie de sólidas puertas de titanio con gruesos candados de acero.

Era una cárcel.

Drailon tenía una cárcel para magos en su propio sótano.

—¿No te parece maravilloso? —preguntó Drailon. Su sonrisa malvada ahora parecía enfermiza—. No tengo que moverme de mi propia casa para asegurarme de que los magos más peligrosos del país reciben el castigo que merecen.

Ramja apenas pudo contener el temblor de sus rodillas.

—Sígueme. Mi invitada de honor está por aquí —añadió, echando a andar como si el titanio no le afectara, como si su magia fuera tan poderosa que ni una cárcel de titanio era suficiente para hacerlo titubear lo más mínimo.

Ramja lo siguió con cierto escepticismo. Por un momento, se planteó que la estuviera conduciendo a una trampa, que hubiera descubierto que le había mentido al hablarle de Kandell, que la encerraría en una de esas celdas y que tiraría la llave al río Dorado.

Y sus temores se incrementaron cuando lo vio sacar un juego de llaves y abrir una de las celdas. La puerta se abrió con un quejido de

bisagras oxidadas, y el olor fétido que manaba del interior de la celda le revolvió el estómago.

—Ramja, permíteme que te presente a mi hija, Nyaja.

Ramja sintió que se le congelaba la sangre en las venas. Había estado tan distraída preocupándose por su destino, temerosa del titanio que la rodeaba, que había desconectado sus poderes de la mente de Drailon. Había dejado que él la sorprendiera.

Tenía a su hija encerrada en una celda de titanio, casi a oscuras, en unas condiciones higiénicas inexistentes. Si era capaz de tratar así a su hija, ¿de qué no sería capaz ese monstruo?

Dio un paso atrás, tratando de alejarse de él, tratando de poner distancia por si se le cruzaba el cable y se le ocurría arrojarla al interior de esa pocilga de titanio. Aunque sabía que nunca sería lo bastante rápida.

Por suerte, las intenciones de Drailon eran diferentes.

—Nyaja, esta es Ramja. Es una Sinsecretos. Como te prometí, me vas a contar todo lo que sabes, lo quieras o no.

Ramja se asomó para ver a la chica que Drailon quería convertir en su víctima. Quería que le leyera los pensamientos mientras él hacía preguntas. Era un método casi infalible para sacarle información a alguien.

A pesar de su estado, a pesar de que debía de estar sufriendo por la represión de sus poderes, Nyaja tenía la desfachatez de mirar a Drailon con desafío; era la misma mirada de amenaza que había visto en los ojos de Drailon tantas veces. Si había albergado dudas de que esa chica fuera hija de Drailon, todas ellas acababan de dispersarse.

—¿Dónde está la Piedra que custodian los Várenma, Nyaja? —preguntó Drailon. Por su tono de voz, ya había formulado esa misma pregunta muchas veces.

Ramja lo vio con una claridad aplastante en la mente de Nyaja. A pesar del titanio, a pesar de que ella intentó desviar sus pensamientos hacia otra cosa, hacia otra persona, hacia un joven de ojos azules y pelo blanco. Ese pensamiento le daba fuerzas. Seguiría luchando. No le importaba lo que Drailon le hiciera, Nyaja no iba a rendirse ante él.

—En el oeste —respondió Ramja—. En el oeste de Dumaria hay un río que termina en un delta —explicó. Lo recordaba de los mapas que había visto de Dumaria—. Allí hay un edificio grande… un palacio. La esconden allí, lejos de la capital, en una zona pantanosa de difícil acceso.

Aunque había tenido que improvisar sobre la marcha, su relato sonaba creíble, lo bastante creíble como para que la sonrisa de Drailon se ensanchara.

La mirada de Nyaja se cruzó con la suya. Su mirada de asombro, de desconcierto, bien podría haber sido la de una persona que, sin

quererlo, había confesado el mayor secreto que guardaba. Pero Ramja sabía que esa mirada de Nyaja escondía mucho más: no se esperaba encontrar una aliada en ese país. No esperaba nada de Brunedain.

—¿Lo ves, querida Nyaja? Te dije que no había nadie que se me resistiera.

Drailon empezó a cerrar la puerta de nuevo. No le interesaba nada más de Nyaja. La dejaría ahí hasta romperle la voluntad, hasta quebrar su espíritu.

—¡No! —gritó Nyaja, levantándose del suelo.

Pero la puerta se cerró antes de que la alcanzara, ahogando su voz como si se la hubiera tragado el mar.

—Tu trabajo aquí ha terminado, Ramja —le dijo. Había cierto orgullo en su expresión—. Pero seguiré necesitando tu ayuda.

—Puede contar conmigo, señor —respondió. Se sorprendió a sí misma de lo firmes que habían sonado sus palabras.

—Bien. —Su voz sonó como salida de ultratumba.

Cuando Ramja llegó a la planta baja, casi todas las luces de la mansión estaban apagadas. Drailon se encaminó escaleras arriba.

—Ya conoces el camino, ¿verdad? —le preguntó.

—Por supuesto.

—Te acompañaría hasta la puerta, pero tengo una reunión esperándome.

Ramja se preguntó con quién podría entrevistarse Drailon a esas horas intempestivas de la noche. Pero entonces recordó que uno de sus secuaces en particular prefería el horario nocturno. No le apetecía saber de qué hablaban Drailon y el Cuchillo Silencioso cuando nadie más los escuchaba.

Se dirigió hacia la entrada, mientras que los pasos de Drailon se perdían escaleras arriba.

Pero mientras avanzaba por el pasillo, la puerta de la entrada se abrió y una figura oscura la atravesó. Los guardias de la puerta ni siquiera se molestaron en preguntarle a qué venía.

Había algo extraño en el Cuchillo de Drailon. No se movía con la confianza que acostumbraba mostrar, y su mente no estaba rodeada de tinieblas. Podía ver… si lo intentara, podría ver lo que quisiera.

—Buenas noches —la saludó, deteniéndose ante ella, pero con los ojos puestos en las escaleras, esos ojos que permanecían ocultos tras unas gafas de sol.

Él nunca se había molestado en dirigirle la palabra. ¿Qué estaba pasando?

Tras asegurarse de que nadie los espiaba, el Cuchillo Silencioso volvió a fijar su mirada en ella. Ramja tragó saliva, sintiendo como si,

de alguna manera, esos ojos escondidos tras los cristales oscuros pudieran leer en ella como en un libro abierto.

—Lorias está muy lejos —dijo, en voz tan baja que le costó distinguir las palabras—. No deberías recorrer sola toda esa distancia.

Ramja no sabía cómo interpretar sus palabras. Lorias no estaba tan lejos, y, si llegaba a tiempo de coger el último tren del día, estaría en su hogar a la mañana siguiente.

El Cuchillo Silencioso echó a andar de nuevo, en dirección a las escaleras, antes de que ella hubiera tenido tiempo de pensar en una respuesta a ese extraño comentario.

—Lo haría yo mismo, pero tengo una reunión con Drailon que tal vez se alargue.

Y, sin más explicaciones, el Cuchillo de Drailon empezó a subir las escaleras.

Ramja se quedó inmóvil en medio del pasillo analizando cada una de las palabras que ese hombre había pronunciado. «Lorias está muy lejos»; «no deberías recorrer sola toda esa distancia»; «lo haría yo mismo, pero tengo una reunión con Drailon que tal vez se alargue». No tenía sentido; ese hombre debía de haber perdido la cordura.

Ramja estaba tan desconcertada que sacudió la cabeza, decidida a ignorarlo y seguir su camino. Pero justo antes de alcanzar la puerta, el rostro de Nyaja regresó a sus pensamientos.

Nyaja era la única persona en el mundo con los mismos poderes que Drailon. Llegado el momento, solo Nyaja podría pararle los pies a Drailon.

Las palabras del Cuchillo Silencioso resonaron en su cabeza con fuerza una vez más. Él tenía que saber lo que estaba pasando. Él debía de ser la única persona en la que Drailon había depositado una confianza total y absoluta. Pero confiar en una persona tan ciegamente tenía sus inconvenientes.

Y Ramja por fin lo entendió.

Miró hacia el fondo del pasillo, hacia esa puerta que conducía al sótano de los horrores de Drailon. Casi podía sentir que una voz celestial le suplicaba que no volviera a dar ese paso hacia la huida. Drailon estaba distraído, creyéndose obedecido por sus leales seguidores. El Cuchillo Silencioso se encargaría de mantenerlo entretenido.

Ramja comprendió que llevaba demasiado tiempo huyendo, dejándose arrastrar por los acontecimientos. Llevaba demasiado tiempo luchando para el bando incorrecto. Y, entonces, tomó una decisión.

CAPÍTULO 10

Nyaja no había sido capaz de volver a sentarse desde que Drailon y Ramja se habían marchado. ¿Por qué había mentido la Sinsecretos? ¿Por qué no le había dicho la verdad a Drailon? Nyaja estaba segura de que Ramja había visto el Templo Blanco en su cabeza, porque no había sido capaz de detener el flujo de sus pensamientos.

¿Por qué todos los aliados de Drailon parecían haber cambiado de bando? ¿Estaban urdiendo algún tipo de traición? Y si fuera así… ¿dónde entraba ella en todo ese plan secreto?

No entendía nada. Y necesitaba comprender qué estaba sucediendo antes de verse superada por los acontecimientos. Si pudiera acceder a sus poderes, todo ese misterio sería como un juego de niños para ella.

Pero el titanio era más fuerte. El titanio reprimía hasta la última brizna de magia.

Entonces, escuchó pasos al otro lado de la celda. Ya no sabía qué esperarse, pero estaba demasiado nerviosa. Se acarició el colgante de diamantes y amatistas que había vuelto a ponerse en cuanto Drailon se había marchado. Casi podía sentir el chisporroteo de la magia que los diamantes habían acumulado durante todo el tiempo que los había llevado puestos, pero el titanio le impedía extraer toda esa magia acumulada.

Nyaja estaba harta de su propia pasividad. Si tenía que morir luchando, lo haría. Cogió el broche con el símbolo de los Escudos. No se lo había puesto, ni pensaba volver a hacerlo.

Apretó la aguja para sacarla de su funda y abrir el cierre. No era suficiente para matar a nadie, pero estaba lo bastante afilada como para hacer daño.

Los pasos estaban justo detrás de su celda.

Nyaja sujetó su arma improvisada y caminó hacia la puerta. Sus botas no hacían ruido contra el suelo de piedra.

Escuchó a alguien tanteando el cierre de la puerta. Alzó el brazo, dispuesta a hundir la aguja en el cuello del primer soldado que se le

pusiera delante. Una vez fuera de esa horrible cárcel de titanio, no necesitaría más armas que su cuerpo para deshacerse del resto de sus contrincantes.

Pero la puerta no se abría. Escuchó una maldición.

—Nyaja, necesito que me ayudes —dijo una voz conocida al otro lado. Era Ramja.

Nyaja apretó su arma con más fuerza, hasta que las aristas de la insignia se le clavaron dolorosamente en la palma de la mano.

—¿Qué quieres de mí? —gruñó.

—Sacarte de aquí —murmuró.

Nyaja escuchó un golpe contra la puerta.

—Pero Drailon tiene la llave de la celda —añadió la Sinsecretos.

—¿Has venido a sacarme de una celda… sin la llave de la celda? —preguntó, con indignación. Los magos mentales eran inútiles cuando se trataba de pasar a la acción.

—He oído eso —protestó—. Eres una Veloz; tienes que tener alguna idea de cómo salir de aquí.

—Mis poderes están anulados por el titanio —refunfuñó.

—Hay magos lo bastante poderosos como para hacer magia a pesar del titanio. He oído algunos casos.

Nyaja entrecerró los ojos. Su mente quería recordar algo, pero el titanio oprimía incluso su capacidad para interconectar recuerdos.

—Nyaja, puedes hacer dos tipos de magia por nacimiento —dijo Ramja.

No sabía a qué venía ese comentario en ese momento, pero se vio en la obligación de sacarla de su error.

—Soy una Veloz. Aprendí a ser una Escudo de mis padres adoptivos —la corrigió.

—No, no aprendiste. Drailon la aprendió, pero tú naciste siendo también una Escudo. Lo heredaste de tu madre biológica.

Nyaja sintió que una parte de su alma se rompía. No se había parado a pensar en quién sería su verdadera madre.

—¿Conoces a mi madre? —preguntó, con una chispa de esperanza.

—No. Ella… ella está muerta, Nyaja. Pero a Drailon nunca le preocupó ocultarme sus pensamientos; lo he visto todo en su cabeza. Lo sé todo sobre ti. Pero no es el momento de hablar de eso. Cuando te saque de aquí, te lo contaré todo. Hay muchas cosas que necesitas saber. Pero, de momento, has de saber que no has aprendido ningún otro tipo de magia, Nyaja. Eso significa…

—Que puedo aprender algún tipo de magia que me saque de aquí —dedujo—. Eso llevaría mucho tiempo.

—Un Huesosduros podría reventar la cerradura, Nyaja.

—No soy una Huesosduros.

—No, pero no estás muy lejos de ser una Dinámica.

Los magos Dinámicos podían utilizar varios tipos de magia física. La Guardia Roja los reclutaba a todos nada más ser registrados en la Escuela de Magia de Atios. Eran increíblemente difíciles de matar.

—Puedes hacerlo, Nyaja —dijo Ramja—. Estoy convencida de que puedes.

Nyaja nunca se había sentido más fuerte que el humano medio. Si golpeaba esa cerradura con el puño, sin fuerza mágica para romperla, y sin un escudo que protegiera a sus huesos de hacerse añicos, perdería la mano.

—No pienses en eso, Nyaja —la regañó Ramja—. Lucha contra el titanio. Puedes hacerlo.

—No soy tan poderosa —se lamentó, apoyando la espalda contra la pared—. Nunca fui una maga poderosa.

Nyaja casi había logrado olvidar aquellos días en los que había temido que sus escudos mediocres no le permitieran llegar a nada importante en la vida. Un escudo que Ronnara había roto sin dificultades con una descarga eléctrica.

Pensar en Ronnara le traía dolorosos recuerdos de Dumaria. Aunque había aprendido muchas cosas durante su estancia en ese país que la había encandilado, su magia seguía siendo la misma.

—Nyaja, las Escuelas de Magia están diseñadas para controlar los poderes de los magos —le dijo Ramja—. Sé de lo que hablo. Soy la directora de la Escuela de Lorias, ¿recuerdas?

Nyaja tuvo una iluminación. En Atios le habían enseñado a no consumir demasiada magia al crear un escudo, solo la justa y necesaria. En Dumaria, sin embargo, Yáhlazer le había dicho que eso era absurdo. Los escudos tenían que ser irrompibles desde el principio, para evitar que un ataque enemigo lo desestabilizara.

—Es cierto —dijo Ramja. Empezaba a haber desesperación en su voz—. Nyaja, perteneces a dos líneas de sangre diferentes. Tienes una diversidad genética de la que carecemos la mayoría de los magos. En Brunedain, a los magos nos obligan a reproducirnos con magos de nuestro mismo tipo. Esa consanguinidad, repetida durante generaciones, nos ha debilitado. A los animales de poblaciones pequeñas les sucede lo mismo. Pero tú eres diferente.

Nyaja empezaba a creer en la motivación de Ramja.

—Puedes hacerlo, Nyaja —la animó—. Eres mucho más poderosa de lo que Brunedain te ha hecho creer.

Nyaja estaba harta de que Brunedain se lo quitara todo, incluso la confianza en sí misma, incluso las ganas de seguir luchando. Ya había sido bastante.

Una luz se encendió en el fondo de su mente. Una idea.

Si golpeaba la puerta usando fuerza y velocidad mágica, un solo

golpe podría ser bastante para romper la cerradura.

Pero tenía que proteger los huesos de su mano, o se harían astillas.

Casi sin pensarlo, un escudo se abrió paso por su mano, recorrió sus dedos con decisión y se cerró a la altura de la muñeca. La magia a la que tenía acceso se redujo de forma considerable por la intrincada forma del escudo, pero había funcionado. Su magia estaba funcionando incluso cuando el titanio la contenía.

—Puedes hacerlo, Nyaja —repitió Ramja, al otro lado de la puerta.

Nyaja tiró de toda la magia que pudo reunir, la transformó, le dio forma hasta que le chisporroteó en los dedos. Ya no era un cosquilleo agradable, era casi como la descarga de un Eléctrico.

—Apártate de la puerta —le ordenó a Ramja.

No esperó a que ella le indicara que se había puesto a salvo. No podía dejar que ese torrente de magia se esfumara.

Se giró hacia la puerta y, casi sin pensar, la golpeó a la altura de la cerradura combinando fuerza y velocidad. La potencia del impacto le hizo temblar todos los huesos de la mano, pero el escudo resistió con estoicidad.

El golpe le resonó en los oídos, pero la puerta se abrió con un simple clic metálico. Las bisagras oxidadas chirriaron al girar, y ningún sonido podría haber representado mejor el hilo de los pensamientos de Nyaja.

No podía creerse lo que acababa de hacer. Se miró la mano con escepticismo, incapaz de hacerse a la idea de que esa mano tan pequeña y delicada había podido obrar tal grandiosidad.

Salió de la celda con paso inseguro. Había titanio suficiente en esa prisión para que sus poderes siguieran temblando, pero podía sentir que su magia volvía a fluir por sus venas, tan vívida como la recordaba. Pero, como era de esperar, su artimaña no había pasado desapercibida.

—Nyaja, al fondo —la avisó Ramja.

Aunque agradeció la advertencia, ella ya había visto a los soldados de la Guardia Roja que se acercaban con las espadas en alto. Recordaba a uno de ellos como el que la había sujetado por el cuello la primera vez que lo había visto.

—Yo me encargo.

—Vuelve a entrar en la celda o… —empezó a decir uno de los soldados, pero sus palabras se interrumpieron cuando Nyaja se cubrió con un escudo y salió corriendo en su dirección.

Había echado de menos la sensación de correr como el viento, aunque el trayecto fue demasiado corto para saborear el momento.

Con un alarde de la fuerza mágica que acababa de descubrir, le

arrancó la espada de las manos al primer soldado. No se paró a pensar en lo que estaba haciendo antes de apuñalarlo con su propia arma, atravesándole el vientre.

—El ratón puede jugar con el gato, pero al final, el gato siempre se come al ratón —gruñó, mientras el soldado caía al suelo, el rostro congelado en una mueca de incredulidad.

El segundo guardia pareció comprender a qué se estaba enfrentando. Con las manos temblorosas, dejó caer la espada al suelo y echó a correr, doblando la esquina del pasillo. No llegó más lejos.

Nyaja solo necesitó medio segundo para alcanzarlo y dispensarle el mismo destino que a su compañero de armas.

—No voy a dejar que avises a Drailon.

Con los dos soldados agonizando en el suelo, Nyaja le hizo una seña a Ramja para que la siguiera. La Sinsecretos no era ni ágil ni rápida, pero Nyaja no iba a dejarla atrás, no después de que la hubiera salvado.

—A la derecha —le indicó Ramja en la siguiente intersección—. Escaleras arriba.

Nyaja la agarró del brazo y echó a correr. Sabía que no había tiempo que perder.

—Drailon tiene media docena de soldados más en la planta baja —le indicó Ramja, cuando se acercaban a las escaleras—. Y al Cuchillo Silencioso.

Nyaja había pensado que Ramja y el Cuchillo Silencioso tenían alguna clase de alianza, a juzgar por el comportamiento de ambos. Sin embargo, había malinterpretado las señales. El tono de voz que había utilizado Ramja para referirse a él no sugería que se llevaran bien.

—Podré con ellos —le aseguró Nyaja—. Tú márchate. Te alcanzaré.

Ramja asintió y se apresuraron a subir las escaleras.

Nyaja abrió la puerta de una patada. Le gustaba su recién descubierto poder.

No le sorprendió descubrir que, al otro lado, ya la estuvieran esperando tres soldados de la Guardia Roja, bloqueándole el pasillo. No obstante, que sus enemigos fueran tres y ella solo una le iba a dar la victoria. El espacio era demasiado pequeño para una escaramuza de grandes dimensiones.

El primer soldado se precipitó hacia ella con un grito que pretendía ser heroico. Nyaja lo desarmó con el primer golpe de espada y lo mató con el segundo. Normalmente era más diestra con dos puñales, como le habían enseñado a luchar en la Escuela de Atios. Pero con su recién descubierta fuerza, una espada era un arma mucho más adecuada.

Uno de los dos soldados restantes se acobardó, pero la otra se

lanzó a por ella. Nyaja atacó, pero su rival paró el golpe. El símbolo de su pechera, dos flechas diagonales que apuntaban en direcciones opuestas, le confirmó que era una maga Dosespadas.

Nyaja sonrió. Atacó una segunda vez. Ella paró el golpe de nuevo, y en su cara se empezaba a formar una sonrisa. Pero esta desapareció en cuanto Nyaja descubrió su punto débil. A diferencia de la Dosespadas, Nyaja gozaba de velocidad sobrehumana en las cuatro extremidades, no solo en los brazos. Le propinó una patada que desestabilizó a su contrincante lo suficiente como para que Nyaja hundiera la espada en su cuerpo desprotegido.

La soldada cayó al suelo, y Nyaja sintió lástima por haber matado a una de los suyos. Pero no era el momento de convencer a los magos de tomar otro camino. Tenía que salir de esa casa antes de que el único mago que podía hacerle frente abandonara su escondite.

Echó a correr con la espada en alto y decapitó al último de los soldados cuando este se daba la vuelta para huir. La sangre le salpicó en el rostro. En otras circunstancias habría sentido una profunda repulsión, pero en ese instante su única preocupación era despejar el camino y poner la máxima distancia posible entre Drailon y ellas.

—¡Corre! —le gritó a Ramja, una vez que hubo desalojado el pasillo.

—¡A la derecha está la salida! —le indicó Ramja.

Nyaja dobló la esquina con la espada en alto, esperando otra tanda de guardias, pero no encontró a nadie. El camino hacia la puerta estaba desocupado.

Según los cálculos de Ramja, quedaban otros tres soldados en la planta baja. Que no hubiera encontrado a ninguno era sospechoso, pero no podía permitirse el lujo de ponerse a buscarlos.

Se aseguró de que Ramja la seguía, pasando por encima de los cadáveres con gesto de auténtico horror.

Nyaja tampoco se reconocía en esa nueva faceta, pero no era el momento de juzgarse a sí misma. Tenían que salir de ahí. Tenían que hacerlo ya.

Ramja llegó a su altura, y Nyaja corrió hacia la puerta principal. Una patada fue suficiente para reventar la cerradura de las puertas dobles. El aire frío de la calle se coló en la mansión y fue la mejor sensación que Nyaja podría haber saboreado.

La libertad estaba tan cerca que ya podía tocarla con los dedos.

Ramja la alcanzó y salieron juntas a esa noche fría y oscura. Las farolas de la calle parecían más brillantes que nunca, como si alguien estuviera intensificando su brillo.

Nyaja agarró a Ramja del brazo y bajó las escaleras hasta el jardín delantero de Drailon.

Escuchó el crujido de sus pies contra la gravilla del suelo. Luego,

el desagradable sonido de la carne al rasgarse. Y, al final, un grito estrangulado.

De repente, arrastrar a Ramja se convirtió en una tarea titánica.

—Corre, Nyaja —le suplicó.

Cuando Nyaja se volvió hacia la Sinsecretos, aterrada, esta ya había empezado a deslizarse hacia el suelo. Una daga le atravesaba la pierna, y una mancha oscura se había formado en su muslo. Cuando buscó la causa, descubrió, en lo alto de las escaleras, a dos figuras vestidas de negro.

Nyaja apretó con más fuerza la espada.

Drailon sonreía con placer. El Cuchillo Silencioso permanecía a su lado, insensible.

—Vuestra aventura se termina aquí —dijo Drailon, regodeándose con cada una de las palabras.

Los tres soldados restantes aparecieron por uno de los laterales de la casa, como si hubieran empleado una salida alternativa para cerrarles el paso.

—Baja la espada, Nyaja —le ordenó Drailon—. Y te perdonaré esta insensatez infantil y sin sentido.

Ramja, que seguía desangrándose en el suelo, la agarró por la pernera del pantalón.

—Márchate —murmuró.

Nyaja las envolvió a ambas con un escudo, pero sabía que era inútil. Había visto lo que portaba uno de los soldados vestidos de rojo carmesí. Llevaba una pistola, y dudaba que fuera tan estúpido como para apuntar a una Escudo si el arma no estuviera llena de balas de titanio.

—No lo volveré a repetir, Nyaja. Baja la espada —ordenó Drailon. Su tono de voz se había vuelto tan duro como el granito.

Al fijarse mejor en su rostro de piedra, Nyaja descubrió algo brillando por debajo de la chaqueta de su elegante traje negro. Algo que resplandecía con una luz blanca tan pura como el brillo de una estrella, un brillo que ninguna tela podía opacar.

Nyaja solo había visto algo así una vez en su vida.

Una Piedra de la Vida.

—Nyaja, corre —repitió Ramja—. Es tarde para mí, pero tú aún puedes salvarte.

Nyaja miró a Ramja. La sangre ya había formado un charco en el suelo. Aunque fuera capaz de esquivar todas las balas de titanio, deshacerse de los tres soldados, del Cuchillo Silencioso y de Drailon, seguía sin poder hacer nada por Ramja. El cuchillo había atravesado su arteria femoral.

A pesar de todas sus capacidades, Nyaja no era invencible.

Incapaz de hallar otra salida, Nyaja se agachó sin hacer

movimientos bruscos y dejó la espada en el suelo.

Drailon empezó a sonreír con autosuficiencia, creyéndose el vencedor de esa partida.

Nyaja deslizó la mano hacia la pechera de una agonizante Ramja y agarró el broche de su camisa, con la forma del símbolo de los Sinsecretos: dos círculos concéntricos atravesados por una X. La mano de Ramja terminó sobre la suya, en una última petición silenciosa. Nyaja se la concedió y tiró de la insignia hasta arrancarla.

Su mente rememoró una escena similar, hacía meses, cuando Yáhlazer se deshizo también de su broche de Escudo, de ese distintivo que, según él, la marcaba como si fuera ganado.

Nyaja le dio vueltas a la insignia entre los dedos. Su significado iba mucho más allá que una simple manera de reconocer a la maga que había detrás de ese símbolo. Su significado anulaba todo lo que Ramja realmente era, todo lo que había entregado por el bien de los suyos.

Apretó el broche con fuerza antes de arrojarlo a los pies de Drailon, a la vez que se ponía de pie.

—Te juro que arrancaré todos los distintivos de todos los magos de este país —gruñó—. Aunque sea lo último que haga.

—¡Dispara! —gritó Drailon.

Pero Nyaja ya había echado a correr, y ninguna bala la alcanzó esta vez. Se detuvo a unos metros de distancia, esperando que Drailon la persiguiera. Tiraría de toda la magia acumulada en sus diamantes para correr como nunca lo había hecho.

Pero Drailon no la siguió; se quedó mirándola desde la puerta de su casa, con la amenaza brillando en el rostro, con la promesa de muerte tensando todos los músculos de su cuerpo.

Nyaja miró hacia Ramja, tendida en el suelo. Había dejado caer la cabeza, y de su cuello blanco como las plumas de un cisne brotaba un reguero de sangre. Aunque las balas no la habían alcanzado a ella, sí que habían atravesado el cuerpo de la Sinsecretos. Al menos, pensó Nyaja, no tendría que vivir para sufrir alguna de las torturas de Drailon. Al menos, había abandonado ese mundo siendo una heroína.

—Que Tilka ilumine tu camino hacia el Más Allá, hermana — susurró Nyaja, la plegaria que los dumarianos dedicaban a sus difuntos.

Luego, echó a correr. Y no se detendría hasta que esa ciudad de sangre y oscuridad se convirtiera en un mero recuerdo.

CAPÍTULO 11

Miravien recorría con seguridad las calles de esa ciudad gris y aburrida, llena de altos edificios que bloqueaban la luz del sol. Al llegar al número sesenta y cuatro de la calle, empujó la puerta de entrada de la forma lo más distraída posible. Tiró brevemente de sus poderes para que ninguno de los transeúntes la vieran entrando en el edificio abandonado.

Bryla ya la esperaba en el interior, examinando un enorme mapa que habían extendido sobre una mesa apolillada que apenas se mantenía en pie.

Se le hacía raro ver a su hermana pequeña vestida con pantalones y camisa de color marrón, pero ese era el aburrido estilo de ropa que usaban los brunedanos. Y, por su bien, debían pasar desapercibidas.

—¿Alguna pista? —preguntó Miravien, acercándose para mirar el mapa.

—Odio esta ciudad —protestó, recogiéndose un mechón suelto detrás de la oreja—. Y no, no tengo ninguna pista. No hay rastro de ella en ninguna de las cárceles que hemos estado visitando.

—He estado pensando que tal vez no esté en ninguna cárcel de dominio público —apuntó Miravien.

Bryla devolvió la mirada al mapa. Llevaban varios días en Tranteria, la capital de Brunedain. No les había costado alcanzar su destino, puesto que ya habían realizado ese viaje. Sin embargo, habían aprendido de sus errores anteriores. Antes de llegar a Tranteria, habían escondido a sus vakiríes en el bosque más cercano. Y, una vez en la ciudad, habían robado ropa brunedana para confundirse con el resto de la población.

De momento, no habían llamado la atención. Pero tampoco habían encontrado nada de utilidad. Después de todas sus pesquisas, no estaban más cerca de encontrar a Nyaja que cuando habían salido de Dumaria.

Bryla resopló, golpeó la mesa con la palma de la mano, y se dirigió hacia la barra de la esquina, un extraño elemento decorativo

que consistía en una tabla larga y estrecha pegada a la pared. Al principio, Miravien no le había encontrado utilidad, pero más tarde había descubierto que los edificios de Tranteria no estaban habitados por una sola familia, sino por varias. Al vivir en espacios tan reducidos, los tranterianos habían tenido que sacar todo su ingenio para aprovechar al máximo el poco espacio disponible.

Bryla descorchó una botella de vino y se llenó un vaso con el oscuro líquido. Le dio un buen trago antes de hablar.

—¿Por qué no he heredado nada de mamá? —protestó—. Era una Mentedespierta. Como mínimo, podría haberme hecho un poco Sabia, o un poco Sinsecretos.

—Has heredado su carácter —dijo Miravien—. Mamá también era impaciente. Y se exasperaba enseguida.

—¡Me impaciento porque cada día que pasa es un día más que Nyaja es su prisionera! —gruñó. Bryla no lo dijo en voz alta, pero sus palabras querían traslucir otro significado: «cada día que pasaba, era un día más que Nyaja podría estar siendo torturada».

Después de varios años velando la Frontera de Piedra, Miravien había visto los terribles resultados de las torturas brunedanas, tanto en las mentes de los soldados de la Guardia Roja como en los cuerpos de sus propios aliados. Había visto a diplomáticos regresar sin una oreja, o sin las dos, o sin varios dedos. Había visto marchar a algunos que nunca habían retornado.

No había hablado de ello con Bryla, pero su hermana no era tonta. Sabía tan bien como ella qué les hacían los brunedanos a sus prisioneros de guerra.

Miravien sacudió la cabeza. Si pensaba en esas atrocidades, su mente perdía la lucidez que necesitaba para encontrar a Nyaja.

—Estamos planteándonos mal esta búsqueda, Bry —dijo, analizando el mapa de Tranteria una segunda vez. Las cárceles de la ciudad estaban marcadas en rojo—. No hemos encontrado celdas de titanio en ninguna de las prisiones que hemos investigado. Nadie encerraría a una maga tan poderosa como Nyaja en una celda normal.

Bryla, que ya había empezado a beber a morro por la botella, se acercó a ella con el ceño fruncido.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Las cárceles que aparecen en el mapa son las cárceles donde encierran a presos normales, a los que no consideran tan peligrosos. A los magos los encarcelan en algún lugar secreto, tan secreto que no se recoge en los mapas.

Bryla dio otro sorbo a la botella.

—Deja de beber, solo vas a conseguir que se te nuble el juicio —le recomendó.

—No, hará que no me lo piense dos veces antes de cargarme a

todo el que se me cruce por delante con una onda de energía —replicó.

Miravien suspiró, pensando en qué estrategia debían seguir ahora. No podían preguntar a la gente si sabían dónde estaban esos lugares. Aunque sabía hablar más o menos en brunedano, no tardarían en identificarla como una extranjera. Y una extranjera preguntando por cárceles secretas para magos sonaba de lo más sospechoso. Tendrían a la Guardia Roja encima en cuestión de segundos.

Bryla seguía a su lado, aunque su mirada parecía concentrada en un solo punto.

—La puta reina se la llevó delante de mis narices —gruñó.

Miravien sintió una ondulación en el aire cuando los poderes de Bryla se activaron. Por suerte, toda la energía de su cuerpo se quedó en ese lugar.

Miravien siguió la dirección de su mirada, hacia un edificio que ocupaba varias manzanas.

—A lo mejor sí que has heredado algo de los poderes de Mentedespierta de mamá —murmuró Miravien, llegando a una peligrosa conclusión.

—Explícate.

Miravien señaló el edificio. La leyenda del mapa rezaba: «mansión de la familia real brunedana».

—Antiguamente, las prisiones mejor custodiadas eran las mazmorras de los castillos.

—Sí, en la Prehistoria —replicó su hermana.

—No es una idea tan descabellada, Bry. ¿Recuerdas lo que dijo papá? Que los Soenaya pertenecen a una línea de sangre de magos. Si ellos son magos, sabrán cómo contener a los magos. Tiene sentido que el Parlamento de Brunedain les encargue a ellos esa función, de la misma forma que le encomendaron a la reina de Brunedain colarse en Dumaria para secuestrar a Nyaja.

Bryla se quedó mirándola. Luego volvió a centrar su atención en el mapa. Y, finalmente, le dio otro sorbo a la botella.

—Entonces tendremos que demostrarles que en nuestra familia peleamos mejor.

Mientras Bryla se ajustaba sus puñales gemelos al cinturón, Miravien se cubría la cabeza con una capucha. A Bryla no le importaba mostrar sus rasgos claramente dumarianos a quien quisiera verlos, y no se molestaba en esconder ni su piel morena ni sus ojos grises. Pero Miravien prefería pasar desapercibida.

—¿Qué pasa si nos encontramos con ese asesino Lunasol que tanto temen los tranterianos? —preguntó Miravien.

—Yo me encargaré de él —gruñó Bryla—. Con un poco de tu ayuda, espero.

Miravien dobló el mapa hasta que fuera más fácil de transportar. A pesar de que ya llevaban varios días en Tranteria, todavía les costaba orientarse en esa gigantesca urbe cuyas calles eran todas iguales.

Salieron de su escondite con precaución, pero cuando la noche caía en Tranteria, pocos se atrevían a salir de sus casas. La calle estaba vacía.

Avanzaron a buen paso hacia la parte norte de la ciudad, donde se erigía la mansión de los Soenaya.

—Bryla, quiero que recuerdes que nuestra prioridad es rescatar a Nyaja. El resto de…

—Sí, ya lo sé. Nada de matar si no es necesario, por muchas ganas que tenga de golpear a esa reina en las costillas hasta que se le claven en los pulmones.

—A veces me preocupas, Bry —replicó.

Bryla sonrió con malicia.

—Genial. Si hasta mi propia hermana me tiene miedo… haré que esos brunedanos se meen en los pantalones.

Miravien sacudió la cabeza y decidió no continuar con esa conversación, aunque Bryla parecía estar disfrutándola, a juzgar por su sonrisa ladeada.

Por el camino, se cruzaron con varias patrullas de la Guardia Roja. No obstante, al verificar que no había ninguna insignia en sus vestimentas, las dejaban continuar su camino sin importunarlas. A lo largo del día, Miravien ya había advertido que parecía haber más controles de la Guardia Roja. Se preguntaba si sospecharían que había dos dumarianas campando a sus anchas por la ciudad.

Pero, por suerte, nadie detuvo su avance por las calles hasta que se encontraban a un par de calles de la mansión

—¿Qué busca la Guardia Roja? —preguntó Bryla, tirando de ella hacia otra calle para no cruzarse con la siguiente patrulla cara a cara.

Miravien pensó que debería analizar los pensamientos de los soldados, por si eso pudiera darles alguna información interesante.

Tras doblar la esquina, aguardaron a que la Guardia Roja pasara de largo. Miravien tiró de sus poderes para captar los pensamientos superficiales de los soldados.

—Buscan a una chica con una descripción.

—¿A una chica?

—Ojos castaños, pelo negro…

—¿Nyaja? Nyaja se corresponde con esa descripción —la interrumpió.

—Casi todos los brunedanos tienen el pelo negro y los ojos

marrones, Bryla —dijo, sacudiendo la cabeza—. Y la última vez que la vieron llevaba el uniforme verde de los magos físicos.

Bryla se vino abajo.

—Entonces no puede ser nuestra Nyaja —murmuró. Le llevó dos segundos recomponerse—. Vamos a entrar en esa maldita mansión.

Bryla se dirigió de nuevo hacia la avenida principal, más que caminando, golpeando los adoquines del suelo con las plantas de las botas, consiguiendo que sus ondas rubias se agitaran a su espalda. El brillo de sus ojos grises era frío y calculador, como el que solía lucir antes de embarcarse en una batalla.

—Nyaja, ya vamos, hermana —susurró, como si Nyaja realmente pudiera escucharla, estuviera donde estuviese.

Cubrieron la distancia que las separaba del edificio. Aunque resaltaba sobre el resto de las edificaciones de Tranteria por su aspecto clásico y cuidado, a los ojos de dos princesas de Dumaria no tenía nada de impresionante.

Rodearon la mansión un par de veces, contando los guardias, ubicando las salidas y, sobre todo, planeando cómo iban a colarse sin llamar la atención.

—Ahí —señaló Bryla.

Miravien siguió la dirección de su dedo índice y se fijó en que dos guardias charlaban con otros dos que custodiaban una entrada. Después, intercambiaron sus puestos.

—Tenemos que hacernos pasar por guardias —dijo Bryla—. E intercambiar puestos.

—Eso es un juego de niños para mí.

—Estupendo.

Bryla no la esperó antes de precipitarse hacia la siguiente puerta de la mansión.

Los dos guardias que venían a sustituir a sus compañeros ya estaban de camino, charlando entre ellos. Miravien aprovechó para aprenderse el sonido de su voz.

Los guardias se encontraban a punto de doblar la esquina, pero ese fue el último paso que dieron.

Aunque Miravien no vio la rápida y silenciosa actuación de Bryla, sí percibió la ondulación en el ambiente cuando su hermana disparó una poderosa onda de energía que tumbó a los dos guardias en el suelo, boqueando en busca de aire. La fuerza del impacto los había dejado tan aturdidos que ni siquiera habían podido gritar.

Bryla se precipitó sobre ellos como una sombra y les cortó las gargantas.

Miravien miró a ambos lados de la calle antes de correr hacia su hermana para ayudarle a esconder los cadáveres entre unos setos del jardín.

Miravien analizó los rasgos de los guardias asesinados, sus ropas y su constitución. Cuando se volvió hacia los dos guardias que seguían en sus puestos, no le resultó difícil colarse sigilosamente en sus mentes para hacerles ver lo que ella deseara. Eran mentes de humanos corrientes, las más fáciles de manipular.

Miró a Bryla y asintió. Ambas adoptaron la postura y el talante propios de los guardias adiestrados por Brunedain y se encaminaron hacia la puerta.

Cuando los dos hombres repararon en su presencia, Miravien dejó actuar su magia, de modo que ya no pudieran ver a dos mujeres sospechosas, sino a sus dos camaradas, aunque estos ahora yacían muertos a tan solo unos metros de distancia.

—Llegáis tarde —resopló uno de ellos.

Fue Miravien la que tomó la iniciativa de responder, haciendo que su interlocutor escuchara la voz de uno de los guardias asesinados.

—Vimos algo en la oscuridad, pero solo era un perro.

El guardia no parecía muy convencido, pero no protestó más. Se alejó de su puesto, como si estuviera deseando que su turno terminara cuanto antes. Su compañero, mucho menos desconfiado, no hizo ningún comentario antes de marcharse.

Miravien y Bryla se colocaron ante la puerta, esperaron hasta perder de vista a los dos guardias y, con una onda de energía, Bryla reventó la endeble cerradura de la puerta. Se colaron en el interior de la mansión, sumida en la oscuridad.

—Necesitamos encontrar unas escaleras descendentes —susurró Miravien.

Bryla asintió, y encabezó la búsqueda a hurtadillas. La mansión no era muy grande, y no tardaron en encontrar lo que estaban buscando.

A medida que bajaban las escaleras, la luz se iba abriendo paso en medio de la oscuridad. A los oídos de Miravien llegaron unas voces, procedentes de una puerta que se abría más abajo, a la derecha de un descansillo.

—¿De qué hablan? —preguntó Bryla, que no entendía el brunedano.

Miravien trató de separar las voces superpuestas, pero solo logró captar palabras sueltas.

—Creo que son las cocinas —murmuró.

La luz que salía de la estancia alumbraba un segundo tramo de escaleras descendentes.

—Debe de ser por ahí —apuntó Bryla.

Pasaron por delante de la puerta abierta de las cocinas con la máxima sutileza posible. Nadie desvió la mirada hacia ellas, y continuaron su descenso escaleras abajo. A diferencia del tramo anterior, esos escalones no estaban embaldosados, sino que

conservaban la piedra desnuda. Parecía que se estaban adentrando en una época diferente.

Y no solo eso. A medida que se acercaban a ese oscuro foso, la magia de Miravien empezaba a comprimirse, se escapaba de sus miembros y corría a esconderse en algún lugar remoto de su ser. Reconocía esa sensación. Ahí abajo había titanio.

Miravien tanteó la pared en busca de algún interruptor, ya que la luz era cada vez más escasa. Bryla fue la que lo encontró, en la parte inferior de las escaleras.

La titilante luz de las bombillas, dispuestas a intervalos regulares, alumbró un largo pasillo, con paredes de piedra y con puertas cerradas a ambos lados.

—Bry, ¿lo notas?

—Titanio —gruñó ella.

Avanzaron por el corredor, que se bifurcaba al final. Miravien sintió que el aire empezaba a abandonarle los pulmones cuando la fuerza del titanio la golpeó.

—Son celdas de titanio —dijo Bryla, escudriñando ambos lados del pasillo—. Nyaja tiene que estar aquí.

Bryla no se lo pensó dos veces antes de empezar a destrozar, una tras otra, todas las cerraduras de las celdas con su magia.

Tenía que pararla; el ruido podría alertar a alguien, y lo último que necesitaban era que las descubrieran en esa jaula de titanio.

—Bry, espera.

Bryla reventó otra puerta, con la ira apoderándose de ella. Pero se detuvo ahí. Miravien no sabía qué deducir a través de su expresión de asombro.

Corrió hacia su hermana, con una chispa de esperanza refulgiendo en el fondo de su alma. Pero cuando examinó el interior de la celda, la esperanza se apagó. La persona que estaba en el interior de ese agujero oscuro y claustrofóbico no era Nyaja.

El prisionero se puso en pie, apoyándose en la pared; parecía herido. Había marcas rojas en torno a sus muñecas, como las que dejarían unas esposas. Su ropa estaba sucia, ennegrecida a la altura del vientre. Pero lo más llamativo era el parche que le cubría el ojo izquierdo.

—¿Quiénes sois? —preguntó el prisionero.

—¿Qué dice, Mira? —exigió saber Bryla.

—Solo nos ha preguntado quiénes somos.

—Dile que queremos saber quién es él o le lanzo una onda de energía.

Miravien estaba intentando traducir mentalmente todas las palabras necesarias para formular esa frase cuando el prisionero habló.

—Habéis venido a buscar a Nyaja —dedujo. No debía de ser difícil de intuir, ya que ambas habían hablado en dumariano. Pero ¿quién era él para haber escuchado la historia de Nyaja? Miravien todavía no sabía si estaba ante un aliado o un enemigo—. No está aquí.

—¿Quién eres? —preguntó Bryla—. Has dicho el nombre de Nyaja. ¿De qué la conoces? ¿Dónde está? Dime ahora mismo donde está o…

Miravien le cogió la mano a su hermana pequeña.

—Bryla, basta. Déjalo que se explique.

—Mi nombre es Kandell de Soenaya —dijo el prisionero.

Miravien sintió que se le caía el alma a los pies. Había oído ese nombre. Sabía a quién pertenecía ese apellido. No se podía creer lo que estaba presenciando. ¿Por qué el hermano de la reina de Brunedain estaba encerrado? Que estuviera recluido en una celda de titanio le daba muchas pistas, pero no las suficientes para entender todo el misterio.

—¿Ha dicho que es Kandell de Soenaya? —preguntó Bryla, tan sorprendida como ella.

—Sí, eso he dicho —respondió Kandell—. Por favor, no me hagáis daño. Puedo ayudaros a encontrar a Nyaja. Os ayudaré a encontrarla si me sacáis de aquí. Lo prometo.

Miravien hizo un esfuerzo para comunicarse con él.

—Te sacamos de aquí —murmuró, en brunedano—. Y tú nos ayudas a encontrar a Nyaja.

—Trato hecho —respondió él.

—Sal de la celda —dijo Bryla—. No pienso meterme ahí dentro.

Kandell esbozó una tímida sonrisa. Sin dejar de apoyarse contra la pared, se desplazó a través del diminuto espacio. Apretó los dientes, lo que confirmó que estaba herido.

Ignorando todas las alertas de su subconsciente, Miravien entró en la celda y lo ayudó a caminar.

—Gracias —susurró—. Todavía no sé quiénes sois vosotras.

—Miravien de Várenma —respondió—. Y mi hermana Bryla.

Kandell no pareció sorprenderse por estar en presencia de dos princesas de Dumaria. Tal vez porque él también pertenecía a la realeza.

—No tenías que decirle quiénes somos —replicó Bryla—. No me fío de él.

—Es un placer —respondió Kandell—. Conozco una salida.

Kandell señaló hacia las entrañas de esa mazmorra oscura y tenebrosa.

—Saldremos unas calles más allá, lejos de los guardias —añadió Kandell.

Miravien no dudó. Era cuestión de tiempo que encontraran los cadáveres entre los setos, y que descubrieran que alguien se había colado en la mansión de la reina de Brunedain. Eso, si no lo habían averiguado ya.

No podían salir por el mismo lugar por el que habían entrado.

—¿Por qué sabes que Nyaja no está aquí? —preguntó Miravien.

—Porque Drailon Hártimer no dejaría a su hija en manos de nadie que no sea él mismo.

CAPÍTULO 12

Árim observaba como las llamaradas de Ikair impactaban una y otra vez contra la pared. Era como si estuviera liberando todo el poder que llevaba dieciséis años escondiendo en su interior.

Cuando terminaba esas extenuantes sesiones con el Llameador que se esforzaba por enseñarle a manejar el fuego de forma segura para todos, Ikair apenas podía mantenerse en pie.

Árim lo ayudaba a llegar hasta su habitación. Porque, cuando Ikair terminaba su entrenamiento, parecía no quedarle una sola gota de magia en el cuerpo. Y, sin magia, su contacto ya no quemaba.

Pero la mejor noticia de todas era que Ikair estaba recuperando la confianza en sí mismo, aunque siguiera llevando la armadura de titanio y los guantes de cuero. Tampoco podía pedírsele que se deshiciera de su coraza tan pronto, no después de todo el tiempo que se había sentido seguro detrás de ella. No obstante, Árim sabía que algún día lo haría, y él estaría a su lado para darle ánimos.

Ahora Ikair sonreía más a menudo, y parecía que había resurgido de ese pozo de tinieblas al que lo habían arrojado. Árim no podría estar más orgulloso.

Cuando el entrenador de Ikair dio por terminada la sesión, Árim se acercó. Se había mantenido alejado por seguridad, para que las peligrosas llamas no lo alcanzaran.

Ikair le dio las gracias a su entrenador y este le guiñó el ojo antes de marcharse.

Árim le tendió la mano a Ikair, él la tomó, y se internaron en el palacio. Durante el trayecto hasta sus habitaciones se mantuvieron en silencio. A veces, a Árim le daba la sensación de que algo había cambiado entre ambos, de que habían dado un paso en la dirección correcta. Y, a pesar de todo lo que habían vivido juntos, aún no habían hablado de ello.

En algún momento tendrían que hacerlo, pero Árim se moría de vergüenza al imaginarse en una conversación así con Ikair.

Cuando llegaron hasta sus dormitorios, Árim estaba dispuesto a

esconderse en su cuarto. Sin embargo, antes de que pudiera escabullirse, Ikair le sujetó la mano para que no se marchara.

—¿Por qué no vienes a mi habitación y hablamos un rato? —propuso—. Todavía quedan un par de horas para cenar.

Árim asintió, pues se sentía incapaz de articular palabra.

Siguió a Ikair hasta su dormitorio, y dejó que él cerrara la puerta a sus espaldas. El cuarto de Ikair era muy similar al suyo, y, para su alivio personal, no tenía las paredes recubiertas de titanio. No obstante, lo que sí descubrió fueron quemaduras en algunos muebles.

Ikair parecía haber seguido la dirección de su mirada.

—Los primeros días que estuve aquí no podía controlarlo —se excusó, algo avergonzado.

—¿Y ahora?

Ikair sonrió; era una sonrisa cálida y verdadera.

—Ahora lo tengo algo más controlado. Creo que… creo que algún día podré dominarlo por completo, si sigo… haciendo lo que hago.

Árim a veces se preguntaba por qué a nadie se le había pasado nunca por la cabeza que los poderes de Ikair solo necesitaban drenarse. ¿Por qué a Kandell nunca se le había ocurrido algo así? ¿Por qué había pensado que era mejor idea recluir a Ikair detrás de una armadura de titanio en vez de enseñarle a controlar sus poderes?

Árim se aclaró la garganta antes de empezar a formular sus preguntas en voz alta.

—¿Y crees que habría funcionado… antes? ¿En la Escuela?

Ikair desvió la mirada hacia la ventana. Daba a un balcón, cuya barandilla estaba ocupada por algunos pájaros cantores.

—Supongo que habría funcionado si a alguien le hubiera importado.

Árim se arrepintió de haber hecho esa pregunta en cuanto percibió la amargura en la voz de Ikair, así que trató de arreglar el estropicio que había creado.

—Siempre me dio la impresión de que Kandell se preocupaba por ti.

—Kandell tenía demasiadas cosas de las que encargarse como para preocuparse por mí. O, al menos, eso pensaba.

Árim e Ikair habían hablado varias veces sobre la actuación de Kandell, y habían llegado a la conclusión de que él los había escogido para esa misión a Dumaria por un único motivo. Kandell siempre había pretendido que ese fuera un viaje sin retorno, y que se quedaran a vivir en Dumaria, en un país donde se preocupaban por ellos en vez de tratarlos como a alimañas, como sí sucedía en Brunedain.

—Ahora ya no sé qué pensar de Kandell —concluyó Ikair, dejándose caer sobre una silla, haciendo chirriar las placas de su armadura de titanio.

Árim se acercó a él con la intención de consolarlo, pero no sabía qué palabras emplear, así que optó por cambiar de tema y hablar de algo que no lastimara más a Ikair.

—Había algo que querías decirme, ¿no? ¿Qué es? —preguntó.

Ikair siguió sumido en sus pensamientos unos segundos más antes de sacudir la cabeza y alzar la mirada hacia él.

—De nada en especial. Solo… solo me apetecía pasar tiempo contigo, Árim.

Eran unas palabras tan simples, pero tan llenas de significado, que Árim sintió que se le formaba un nudo en la garganta que le impedía vocalizar.

—Gracias por confiar en mí —prosiguió Ikair—, y gracias por apoyarme y defenderme cuando ni yo me creía digno de ello.

—Eso no es nada —murmuró Árim—. Es lo que hacen los amigos, ¿verdad?

Ikair asintió, pero en su mirada había algo mucho más profundo.

—Quiero que sepas que puedes contar conmigo para lo que quieras —dijo Ikair—. Pase lo que pase, yo siempre te apoyaré. Eres mi mejor amigo, Árim. Y… y… bueno, puede que algo más, pero… pero antes tengo que resolver mis problemas conmigo mismo —confesó, agachando la cabeza como si le diera vergüenza admitirlo.

Árim tragó saliva, tratando de deshacer ese nudo de su garganta que crecía más y más a medida que Ikair seguía hablando.

—¿Me esperarás? —preguntó entonces Ikair, mirándolo a los ojos con tristeza.

—Claro —se apresuró a decir Árim—. Yo solo… No hay prisa.

Ikair esbozó una sonrisa tímida.

—Gracias por todo, Árim. No podría haberlo hecho sin ti.

—Yo… yo sí que no podría haberlo hecho sin ti. Tú me diste las fuerzas necesarias para seguir adelante cuando el mundo me abandonó.

Ikair se levantó de la silla y caminó hacia él. Cuando lo alcanzó, le cogió las manos entre las suyas. La piel de Ikair estaba cálida, como siempre, pero su contacto no quemaba. Ese simple gesto fue suficiente para calentar el corazón de Árim.

—Y te prometo que seguirá siendo así —dijo Ikair—. No importa lo que nos echen encima, si estamos juntos, estoy seguro de que lograremos salir adelante.

Árim se dejó contagiar con la sonrisa que invadió el rostro de Ikair y le apretó las manos con más fuerza. Él también estaba seguro de que, si estaban juntos, nada podría vencerlos.

CAPÍTULO 13

Toda la tripulación del barco coincidía en que llegarían a la costa de Dumaria al día siguiente, siempre que el viento siguiera siendo favorable. Pero Eishar no quería que ese viaje se terminara. Ya había conseguido familiarizarse con el cabeceo del barco, con el sonido de las olas golpeando el casco y con el graznido de las aves marinas que surcaban los cielos.

Pero, sobre todo, se había acostumbrado a la constante presencia de Izorn. Nunca se habría imaginado que un asesino a sangre fría como él pudiera esconder tantos sentimientos. Izorn había renunciado a todo para proteger a su hermano de la ira de Drailon. Y, una vez más, lo estaba dando todo para protegerla a ella.

Aunque su rostro seguía inexpresivo la mayor parte del tiempo, ahora sabía que todo era una fachada.

Izorn entró en el camarote con dos cuencos de madera, empujando la puerta con el hombro. A veces le resultaba extraño verlo haciendo algo tan banal como eso. Durante algún tiempo había tenido la impresión de que lo único que sabían sujetar sus manos era su pareja de puñales. Qué equivocada había estado.

Le tendió uno de los cuencos de sopa.

—Come, antes de que se enfríe.

Eishar cogió el plato con pocas ganas de enfrentarse a lo que había en el interior. Removió su contenido con la cuchara, levantando un olor que le removió el estómago.

Izorn se sentó a su lado, en el borde de la cama.

—Inténtalo —le pidió Izorn. Con una delicadeza a la que todavía le costaba habituarse, Izorn le quitó el cuenco y la cuchara de las manos. Cogió una cucharada de sopa y la alzó—. Por favor.

Eishar apartó la cabeza cuando fue consciente de cuáles eran sus intenciones.

—No puedo.

—¿Qué es lo que quieres, Eishar? —le preguntó él. Su tono de voz se había endurecido—. ¿Quieres quitarte la vida? —gruñó. Izorn dejó

la sopa a un lado y sacó uno de sus puñales. Eishar se encogió cuando él le tomó la mano y la obligó a sostener la empuñadura—. Entonces hazlo ya, y deja de torturarte.

Eishar sintió que los ojos se le inundaban de lágrimas. La mano con la que sostenía el puñal le temblaba tanto que ya habría dejado caer el arma al suelo, si no fuera por el firme agarre de la mano de Izorn a su alrededor.

—No —murmuró.

—¿No qué?

La mano de Izorn sobre la suya le abrasaba como si estuviera envuelta en llamas.

—Tú no lo entiendes —sollozó.

—¿Crees que no sé lo que es estar desesperado? —La voz de Izorn se volvía más y más dura a medida que hablaba—. ¿Lo que se siente al querer cortarte las venas? Pero yo nunca tuve más alternativa que seguir luchando. Kehidar me necesitaba. No podía rendirme; tenía que seguir luchando. Y tú también tienes que encontrar un motivo para luchar, Eishar.

Eishar no tenía nada parecido. Nadie la necesitaba. No había en su vida nadie por quien preocuparse. Llevaba tanto tiempo sola que ni siquiera podía recordar qué se sentía al querer a alguien.

Rompió a llorar, sin poder contenerse. El cuchillo que seguían sosteniendo entre ella e Izorn cayó al suelo. Y tan solo un instante después, los fuertes brazos de Izorn estaban a su alrededor. La subió a su regazo sin que pareciera costarle nada y le colocó la cabeza contra sus clavículas.

Eishar se sintió como nunca había querido sentirse. Vulnerable.

—Yo estoy aquí, Eishar —susurró Izorn. Su voz ya no era la del asesino; volvía a ser la voz de un ser humano con sentimientos—. Para mí eres importante. Y para Kehidar también eres importante.

Eishar se secó las lágrimas, aunque seguía temblando en los brazos de Izorn como una hoja sacudida por el viento.

—Esté donde esté, mis pensamientos siempre estarán contigo —susurró.

Izorn la alzó en el aire solo para tenderla en la cama con delicadeza. Le apartó el pelo negro de la cara con las yemas de los dedos.

—Duerme conmigo —le pidió Eishar.

Izorn nunca dormía de noche. Se limitaba a tumbarse durante unas horas por la mañana, y ni siquiera era un sueño profundo.

Él negó con la cabeza y abrió la boca con la intención de explicarle, una vez más, que tenía los horarios de sueño trastornados porque siempre «trabajaba» de noche. Pero pareció cambiar de idea en el último instante.

—Está bien —aceptó. Eishar no se lo podía creer. Hasta que escuchó la segunda parte—. Si tanto te preocupas por mí, dormiré. Pero con una condición.

Eishar ya sabía qué iba a decir.

—Que te termines la cena.

—Odio que intentes chantajearme —refunfuñó—. Pero me parece un trato justo.

Izorn sonrió, un gesto que todavía no le terminaba de encajar con la frialdad de sus ojos o con las líneas de tensión de su mandíbula.

No tardó ni diez segundos en recuperar el tazón de sopa de Eishar, sentarse en la cama con las piernas cruzadas y ofrecerle una cucharada.

—Sé comer sola —protestó.

—A veces tengo mis dudas.

A Eishar le costó darse cuenta de que eso había sido una broma, porque el rostro de Izorn seguía tan imperturbable como de costumbre. Pero cuando cayó en la cuenta de que estaba haciendo algo tan humano como una chanza, una sonrisa se escurrió por sus labios.

Eishar tomó el cuenco de sopa y hundió la cuchara en el líquido. No se lo pensó antes de llevarse la cucharada a la boca. Tragó de inmediato, tratando de evitar que el olor o el sabor de la comida le hicieran rechazarla. Lo consiguió con unas cuantas cucharadas más. Pero su estómago empezaba a quejarse. Sabía lo que pasaría si continuaba.

—Izorn, no puedo más. Voy a vomitar.

Cuando alzó la cabeza, él le sonreía con orgullo.

—Está bien así, Eishar —le concedió, llevándose el cuenco y la cuchara adónde no pudiera oler la sopa.

—Pero no he terminado.

Izorn le pasó la llave a la puerta y luego se quitó el puñal que aún quedaba en su cinturón, junto con las botas. Los guantes ya casi no los usaba y el sombrero siempre se lo quitaba cuando estaban a solas. Volvió a subirse a la cama, que crujió bajo su peso. Y, cuando comprendió lo que estaba a punto de pasar, se sintió repentinamente cohibida.

—No terminé de cenar —repitió.

—Te has tomado la mitad. Dormiré media noche contigo, si aún quieres.

Izorn se sentó en el borde de la cama. Eishar comprendió que no iba a pasar de ahí si ella no le daba permiso, o si no conseguía controlar sus nervios y él seguía captando sus inseguridades.

Eishar le cogió la mano entre las suyas.

—Estoy nerviosa porque nunca he dormido con un hombre —

murmuró, evitando su mirada.

Izorn le apretó la mano en señal de apoyo.

—Yo… yo también soy nuevo en estas cosas, Eishar. Tendría que haber sido Kehidar el que viniera contigo. Él sabría mejor que yo lo que necesitas.

Eishar sintió un cosquilleo en el estómago que no tenía nada que ver con el hecho de que había cenado algo consistente por primera vez en mucho tiempo.

—Solo dormir —susurró.

Izorn por fin la miró.

—Nunca haría nada que no quisieras, Eishar.

Ella asintió, porque no encontraba palabras para llenar el silencio. Volvió a apoyar la cabeza en la almohada y tiró un poco de Izorn para indicarle que la acompañara. Él se tumbó en la cama frente a ella, lo más lejos posible, como si temiera que su cercanía la molestara.

—Acércate —le pidió. Y como había sonado mucho más íntimo de lo que pretendía, se vio en la necesidad de enmendarlo—. No muerdo.

Izorn se aproximó, pero solo un poco. Así que fue ella la que decidió vencer la distancia que los separaba.

—¿Te molesta que esté tan cerca? —le preguntó, por si acaso.

—Por supuesto que no —respondió. Y, para demostrarle que sus palabras eran sinceras, le pasó un brazo por la cintura—. También es la primera vez para mí —susurró—. Buenas noches, Eishar.

—Buenas noches, Izorn.

Eishar se bajó del barco por la enorme rampla de madera. Izorn estaba justo tras ella, listo para sujetarla en caso de que su tobillo lastimado le jugara una mala pasada. Cuando sus pies por fin pisaron suelo dumariano, sintió una especie de energía vivificadora recorriéndola por dentro. Lo había conseguido. Había escapado de la Escuela de Diamante y había huido de Brunedain. Podría volver a empezar de cero en un lugar donde no la discriminaran por ser quién era.

Los demás pasajeros del barco no tardaron en disgregarse por el muelle como si su vida dependiera de ello.

Izorn le pasó un brazo por los hombros y Eishar le dedicó su atención.

—Vamos, voy a llevarte a un lugar seguro.

Eishar se había pasado los últimos días tratando de olvidar que esos momentos junto a Izorn se terminarían pronto. Y ahora que solo le quedaban unas horas, toda la ansiedad la golpeó de repente.

Izorn tiró de ella para ayudarla a andar. Pero Eishar no quería moverse. Cuanto más cerca estuvieran de su destino, menos tiempo les quedaría.

—Eishar, no lo hagas más difícil —murmuró, volviendo a tirar de ella como si de una mula terca se tratara.

Ella clavó los talones en el suelo.

—No me dejes sola —susurró.

Izorn no volvió a tirar de ella. Eishar sabía que podría arrastrarla si quisiera; Izorn era mucho más fuerte. Pero, en su lugar, se inclinó para cogerla en brazos, en un gesto tan rápido que ella ni siquiera lo vio venir.

Por un momento, pensó en protestar y debatirse hasta que Izorn la soltara, pero no quería armar un berrinche y que alguien reparara en ellos. Así que dejó que la cargara en brazos.

Izorn volvió a posarla en el suelo cuando dejaron atrás los muelles y se adentraron en una pequeña ciudad que parecía haberse quedado anclada en el pasado. Las casas unifamiliares de madera se apiñaban unas al lado de las otras. Ninguna pasaba de las dos plantas de altura, y la ropa tendida de ventana a ventana cruzaba la calle a tan solo unos centímetros por encima de las cabezas de los viandantes.

Pero las calzadas estaban pavimentadas y limpias, había alumbrado público y, a intervalos regulares, se veían las bocas de las alcantarillas. Era como si los dumarianos hubieran escogido, deliberadamente, conservar sus edificios antiguos, pero incorporando elementos modernos.

Izorn se detuvo ante una señora con la que empezó a hablar. Eishar no entendió ninguna de las palabras que intercambiaron. Porque Izorn sabía hablar en el idioma de esa gente. Porque Izorn había nacido en ese país. Y se lo habían llevado cuando era demasiado pequeño para impedirlo.

Eishar se preguntó si los gemelos todavía tendrían familia en ese país.

Cuando su conversación con la señora terminó, Izorn regresó a su lado. Volvió a sostenerla por debajo de los hombros para hacerle más fácil caminar. Seguía siendo un paso lento y errático, pero al menos podía mantener el pie lastimado en el aire.

Izorn se detuvo otras dos veces para hablar con personas aleatorias de la calle. Aunque se había dejado el pelo bicolor al descubierto, nadie lo miraba con miedo o con odio. Ahí, en esa pequeña ciudad del sureste de Dumaria, nadie sabía quién era. Nadie sabía que el asesino más temido de Brunedain estaba paseando por sus calles.

Eishar no tardó en comprender que Izorn estaba pidiendo indicaciones. Le costaba vocalizar, y a veces se trababa, como si no recordara las palabras de su lengua materna. Izorn no estaba acostumbrado a comunicarse con otras personas, y tampoco debía de resultarle sencillo hablar en dumariano, a pesar de que era el idioma

que usaba con Kehidar. Sin embargo, teniendo en cuenta que se habían marchado del país con tan solo cuatro años, su dominio del dumariano debía de ser bastante pobre.

Pero Izorn estaba haciendo todo eso por ella. Solo por ella.

—Vamos, Eishar —la animó, después de haber intercambiado unas palabras con un chico joven—. Estamos cerca.

Ella asintió y dejó que la guiara hasta ese destino que no deseaba alcanzar.

Sus pasos terminaron ante un edificio de gran tamaño. A diferencia del resto de la ciudad, estaba construido en piedra, y parecía más moderno.

Izorn suspiró antes de conducirlos hasta la entrada. El recibidor se sostenía sobre varios arcos que a Eishar le recordaban a los templos que había visto en su tierra natal, donde el Parlamento todavía no había tirado abajo los edificios religiosos.

Izorn habló con la mujer que salió a recibirles. Sus miradas se desviaban hacia Eishar, así que la conversación debía de girar en torno a las muchas dolencias que la aquejaban.

Eso fue suficiente para comprender que ese lugar era donde iba a dejarla, en ese enorme y frío edificio. Eishar había aprendido a odiar las construcciones de ese estilo, pues le recordaban a aquella que la había recluido durante tantos años.

No podía soportar la idea de que Izorn la abandonara ahí, para que los médicos se ocuparan de ella, para que fueran otros los que tuvieran que cargar con sus problemas.

—Izorn, no quiero quedarme aquí —murmuró.

Izorn interrumpió su conversación para volverse hacia ella. Alzó un dedo para indicarle a la mujer que le concediera un minuto y caminó en su dirección. Le rodeó la cara entre las manos.

—Ellos van a ayudarte, Eishar. Ellos… tienen nombres para todo lo que te está pasando. Van a curarte.

—No quiero curarme. Quiero…

«Quiero quedarme contigo» eran las palabras exactas. Pero no se atrevía a pronunciarlas en voz alta. Tenían un significado demasiado elevado como para osar decirlas.

Eishar escuchó pasos a su espalda y se giró de golpe para mirar a la mujer que se les había acercado. La desconocida se puso una mano en el pecho.

—Zírave —se presentó. Luego se dirigió hacia Izorn y habló en dumariano.

—Dice que ella cuidará de ti —le tradujo—. Te van a dar una habitación con una puerta enorme, para que puedas salir al jardín cuando quieras.

—Me da igual. No quiero quedarme aquí. No me dejes aquí, por

favor —suplicó.

—Eishar, por favor, no me hagas elegir.

Las palabras de Izorn sonaban como un ruego. Eishar no tardó en comprender qué quería decirle con eso: que no lo hiciera elegir entre quedarse con ella o regresar con su hermano gemelo. Porque si Izorn no volvía a Tranteria, solo los dioses sabían qué sería capaz de hacerle Drailon a Kehidar como venganza.

Eishar era consciente de ello. Eishar entendía que Izorn no podía abandonar a su hermano en las garras de ese monstruo.

Pero no quería dejarlo marchar. No quería volver a quedarse sola. Las lágrimas rodaron por sus mejillas antes de que pudiera detenerlas.

Izorn la abrazó, con más fuerza de la necesaria. Pero no le importó cuando ella también se aferró a su cintura como si Izorn fuera lo único que la mantenía en pie.

—Prométeme que volveremos a vernos —le pidió, sin atreverse a soltarlo antes de que le hubiera arrancado al menos esa promesa.

—No puedo prometerte eso, Eishar —se lamentó—. Pero si te prometo una cosa. No dejaré de luchar ni un solo minuto de mi vida hasta que los tres volvamos a estar juntos.

Eso no hizo más que aumentar el flujo de sus lagrimales, pero por fin encontró las fuerzas para apartarse de él.

Izorn la cogió por los hombros.

—Eishar, prométeme que vas a seguir luchando. Prométemelo.

Ella asintió.

—Hasta que volvamos a estar los tres juntos —le confirmó.

Izorn sonrió y le limpió las lágrimas de la cara con ternura.

Mientras Eishar terminaba de recuperarse, Izorn se las ingenió para firmar un montón de papeles sin ni siquiera leerlos. Luego, le entregó a la médica un puñado de diamantes. Ella abrió los ojos de par en par al ver semejante tesoro. Los diamantes no solo eran útiles para los magos, sino que cualquiera podía beneficiarse de su alto coste.

Antes de marcharse, Izorn se volvió hacia ella una vez más. Eishar casi pudo ver cómo su alma se rompía. Corrió hacia él y, sin pensar lo que estaba haciendo, se puso de puntillas, apoyándose en los hombros de Izorn, y lo besó.

Él abrió los ojos de par en par, incrédulo. Eishar iba a apartarse cuando él la estrechó contra su pecho.

—Eres muy importante para mí, Eishar —le susurró al oído, lo bastante bajo como para que solo ella lo escuchara—. Y para Kehidar también.

Eishar estaba tan sobrepasada por sus emociones que las palabras tardaron varios segundos en acudir a sus labios.

—Yo también… vosotros también sois muy importantes para mí.

Los dos

Izorn la soltó, la miró durante unos eternos segundos con una mirada dolorida y, finalmente, como si hubiera tenido una seria discusión interna, se dio la vuelta y echó a andar. No miró atrás ni una sola vez. Eishar sospechaba que, si lo hacía, ya no sería capaz de marcharse.

Las lágrimas volvieron a bajar por su rostro. Y una parte de ella se moría mientras Izorn se alejaba hasta convertirse en una mota en el horizonte, hasta que se desvaneció como si todo lo que había vivido hasta ahora solo hubiera sido un breve e idílico sueño en medio de una eterna pesadilla.

CAPÍTULO 14

Era una noche lo bastante oscura como para que sus ropas negras se confundieran con las sombras de la gran ciudad.

Bryla iba delante, con su brillante pelo rubio oculto bajo la capucha de la capa. Kandell la seguía, moviéndose con bastante elegancia y fluidez teniendo en cuenta la herida de su vientre. Miravien cerraba la marcha, asegurándose de que nadie los seguía, porque sería su trabajo despistar a cualquiera que los localizara.

Llevaban tres días planeando esa misión suicida. Pero era la única manera de obtener respuestas. Kandell de Soenaya conocía bien esa ciudad, y sabía cómo moverse por ella sin llamar la atención.

Al principio, Miravien no se había fiado de él. Pertenecía a la realeza brunedana, una realeza que había permitido que los magos de su país fueran tratados como máquinas que no pensaban. La misma realeza que había secuestrado a Nyaja delante de sus ojos. Pero que estuviera encarcelado en las mazmorras del que debería ser su hogar no parecía un truco. Tampoco lo era la herida de bala de su abdomen, de la que todavía no había terminado de recuperarse.

Kandell se había revelado contra el poder de Brunedain. Y había fracasado.

Pero no solo eso. Kandell era el Guardián de una de las Piedras de la Vida. Una Piedra que le habían robado, y que probablemente se encontrara en el lugar al que se dirigían.

—Es ahí —anunció Kandell, sujetando a Bryla del brazo para que se detuviera.

Bryla se sacudió con violencia para deshacerse de su contacto. A Miravien le había costado confiar en Kandell, pero Bryla seguía sin hacerlo. Para Bryla siempre era difícil confiar en las personas y solo había aceptado a Kandell en el equipo porque ella no podría enfrentarse sola a todo lo que se interponía entre ellas y Nyaja. Miravien no podía ayudar demasiado cuando se trataba de pasar a la acción, así que la colaboración de Kandell podía suponer una clara diferencia entre la victoria y la derrota.

—¿Cómo vamos a sacar a Nyaja de ahí? —preguntó Miravien.

El patio de la enorme mansión estaba repleto de soldados de la Guardia Roja. Y Kandell había prometido que habría más dentro, junto con el mayor asesino del país. Y Drailon Hártimer.

Miravien no había querido hacerse a la idea de que Nyaja era la hija del presidente de Brunedain. Pero tenía sentido. Su padre y su abuela ya habían barajado la posibilidad de que Nyaja perteneciera a una familia poderosa. Si no eran los Soenaya, el siguiente apellido más destacado era Hártimer.

Miravien sabía que, a veces, era más sencillo esconderse donde a nadie se le ocurriera buscar, aunque ese lugar fuera la presidencia de Brunedain.

Kandell nunca había visto los poderes de Drailon en acción, pero sabía que Nyaja era la hija de Drailon; el mismo presidente le había confiado esa información, para que Kandell pudiera disipar esa idea de la mente de todos aquellos miembros del Parlamento que habían intuido algo raro en la fijación de Drailon Hártimer por Nyaja Tudein.

Y si Nyaja era una Veloz… Drailon debía de serlo también. Solo eso explicaba por qué quería reunir las Piedras de la Vida. Drailon creía que tenía el derecho de hacerlo solo porque su línea de sangre podría descender del Guardián Primigenio de la Piedra de Ámbar. Cómo había accedido Drailon a esa información era un misterio. Un misterio para el que esperaban encontrar respuestas esa misma noche.

—Yo me encargo de los soldados —prometió Kandell. No había querido decirles cómo iba a hacerlo, pero les había prometido que su magia mental era lo bastante fuerte como para librarse de todos esos soldados.

Miravien no había conocido a ningún mago mental que pudiera hacer eso. Pero Kandell parecía ser el portador de una poderosa magia arcaica.

—¿Cómo? —preguntó Bryla—. Hasta dónde yo sé, eres un mago mental.

Kandell suspiró. Entendía el dumariano, pero apenas era capaz de hablarlo. Así que dio su respuesta en brunedano.

—Tenéis que prometerme que lo mantendréis en secreto.

Miravien asintió.

—En esta familia somos expertos guardando secretos —respondió.

—Puedo cambiar la percepción de la realidad de las personas. Puedo hacerles ver lo que yo quiera, como un Ilusionista. Pero también puedo hacerles sentir una cosa o la otra.

Miravien se quedó de piedra. Tardó unos segundos en darse cuenta de que tenía que traducirle esas palabras a Bryla, que seguía desconcertada.

Al repetir esas palabras en dumariano, llegó a una conclusión.

—Eres un Nublador —susurró—. Se pensaba que estabais extintos.

Kandell asintió. Conocía el término; sabía lo que era.

—Pero no es el momento de hablar sobre eso.

Kandell volvió a mirar hacia los soldados que custodiaban la entrada. Miravien los contó: eran diez.

—Yo me encargo de que los soldados nos dejen pasar —dijo Kandell—. Una vez dentro, Bryla tendrá que matar a todos los soldados que nos encontremos. Incluido al Cuchillo Silencioso.

Miravien tradujo el plan para su hermana.

—¿Y qué hacemos con Drailon? —preguntó Miravien.

—Nuestra única posibilidad contra Drailon es Nyaja —confesó—. Tengo entendido que solo un Veloz puede matar a otro.

Miravien asintió. Había visto a Nyaja entrenándose con Yáhlazer en el patio de armas del palacio de Xandiara. Era demasiado rápida para que cualquier otro mago pudiera adelantarse a sus movimientos. Tal vez un Dosespadas tendría alguna posibilidad, pero no conocían a ninguno que estuviera dispuesto a enfrentarse a Drailon.

—Vamos —las apremió Kandell—. Con suerte, Drailon tardará en darse cuenta de que estamos invadiendo su hogar.

Kandell avanzó hacia los soldados con seguridad. En cuanto lo vieron, levantaron sus armas, listos para darle muerte ahí mismo. Kandell no llevaba encima más arma que su magia.

—Bajad las armas —les dijo. No era una orden, sino una petición —. Tengo una cita con el presidente —anunció.

Kandell levantó la mano y dobló los dedos, como si estuviera sujetando algo. Pero Miravien vio claramente que su mano estaba vacía.

—¿Lo veis? —añadió Kandell—. Es la firma del presidente.

Uno de los soldados asintió. Otro se dirigió al resto de sus compañeros para transmitirle las mentiras que Kandell le había hecho ver.

Miravien observó la escena, intrigada.

—Es verdad —dijo el guardia—. Recuerdo que el presidente nos ha dicho que recibiría a tres invitados esta noche. —Al caer en la cuenta de que solo había una persona, miró hacia los lados buscando a las otras dos.

Miravien consideró que era el momento de dejarse ver. Cogió a su hermana del brazo y caminaron hacia los soldados.

—Ah, ahí están mis hermanas —dijo Kandell.

—Pasen, por favor —los invitó otro de los soldados, haciéndose a un lado para que pudieran acceder al jardín delantero.

Miravien avanzó entre las filas de soldados con cierta vacilación. Kandell les había hecho creer que tenían una invitación para entrar en la mansión como si fuera un juego de niños. Comparado con lo que

acababa de hacer, sus dotes para crear ilusiones parecían una nimiedad.

Un soldado les abrió la puerta y entraron en la lujosa mansión.

Kandell cerró la puerta a sus espaldas y Bryla dejó caer la capa al suelo. Llevaba dos puñales escondidos debajo, aunque una Golpeadora no solía necesitar armas blancas para luchar. Su propia magia era una de las armas más peligrosas que existían.

Caminaron por un pasillo sumido en la oscuridad. Miravien trató de llegar a las mentes de aquellos que se encontraran dentro de la casa, pero sus poderes como Sinsecretos eran muy limitados y no obtuvo resultados.

A su lado, Kandell soltó un bufido.

—No están aquí —gruñó.

—¿Qué? —preguntó Miravien, asombrada.

—Drailon no está aquí.

Sin aviso previo, Kandell abrió la puerta que tenían a su izquierda y la luz del otro lado cegó a Miravien durante unos angustiosos segundos. Escuchó voces de alarma, pero estas cesaron pronto.

Cuando entró en la habitación, Kandell ya se encontraba frente a dos hombres que, por su forma de vestir, parecían miembros del servicio. Kandell los estaba interrogando.

—¿Dónde está Drailon? —preguntó.

—Se marchó —confesó uno de ellos—. Nos dijo que siguiéramos actuando como si estuviera aquí.

Kandell soltó un gruñido. Miravien se adelantó. A ella le daba igual dónde estuviera Drailon. Necesitaba saber qué le había sucedido a Nyaja.

—¿Dónde está Nyaja? —preguntó, con más dureza de la que pretendía. Los dos hombres retrocedieron hasta la pared contraria, asustados.

—¿Quién? —preguntó uno de ellos.

—Dudo que Drailon les haya hablado sobre Nyaja —dijo Kandell. Luego, se volvió hacia los dos hombres—. Drailon tenía a una prisionera peligrosa aquí, ¿verdad? ¿Dónde está ahora?

Los dos hombres cruzaron una mirada.

—Creemos que al final logró escapar —murmuró uno de ellos—. Hubo mucho revuelo esa noche. Al día siguiente había mucha sangre en las alfombras. El señor Hártimer estaba furioso y…

—¿Y qué? —exigió saber Kandell.

El hombre tardó varios segundos en hablar, mientras meditaba la respuesta.

—La prisionera la mató —susurró, bajando la mirada.

—¿A quién? —volvió a preguntar Kandell. Su expresión se había tensado.

—A la maga de pelo rojo. El señor Hártimer evitó mencionarlo, pero mi esposa, que estaba mirando por la ventana de la cocina, vio su cadáver en el suelo. Dijo que era la maga de pelo rojo que solía visitar al señor Hártimer.

Kandell se tambaleó hacia atrás. Miravien le puso una mano en el hombro cuando captó parte de las emociones que manaban de él. Esa maga había significado algo para Kandell, comprendió Miravien. Y el horror de sus ojos no hacía más que confirmárselo.

—No puede ser —murmuró Kandell—. Ramja no puede estar muerta.

Algo cambió en ese instante. Uno de los hombres parpadeó varias veces en su dirección. Sus ojos se clavaron en Kandell y se tiñeron de temor. Y empezó a gritar, llamando a la Guardia Roja.

Kandell había perdido el control, había soltado sus mentes y les había dejado ver la verdad.

—¡Bryla! —gritó Miravien.

Su hermana no necesitó nada más para dejar actuar su magia. Los hombres recibieron el brutal impacto de las ondas de energía de Bryla y cayeron al suelo, boqueando en busca de aire.

—Tenemos que salir de aquí —dijo Miravien, tirando de Kandell para hacerlo reaccionar.

Él sacudió la cabeza y cerró los párpados con fuerza, como si no fuera capaz de hacerse a la idea de lo que acababa de escuchar.

Pero no tenían tiempo para duelos en ese momento, así que lo agarró del brazo y tiró de él hacia la puerta de entrada. Solo para descubrir que los soldados del patio habían invadido el pasillo.

—¡¡Coged a esos farsantes!! —bramó uno de ellos.

Bryla se adelantó y lanzó una poderosa onda de energía que tumbó en el suelo a los guardias que estaban más adelantados. Pero tras ellos había más soldados.

—No podemos salir por ahí —decidió Kandell, que parecía haberse recuperado de su trauma al ver el embrollo en el que estaban metidos—. ¡Por aquí!

Kandell agarró a Miravien del brazo y tiró de ella hacia el fondo del pasillo. Bryla se cercioró de que los soldados estaban lo bastante lejos antes de seguirlos, corriendo como si la persiguiera la mismísima muerte; su hermana pequeña siempre había sido más ágil que ella.

Kandell las condujo por un pasillo secundario que daba a una puerta trasera. Corrieron hacia ella como si fuera su última salvación, con los guardias persiguiéndolos y gritando como bárbaros.

Kandell se precipitó hacia la puerta, pero esta no cedía. Estaba cerrada con llave. Le propinó una patada, pero la sólida puerta de madera no cedió ni un ápice.

—Apartaos —gruñó Bryla, con un brillo de maldad iluminando

sus ojos grises.

Miravien apenas tuvo tiempo de hacerse a un lado antes de que Bryla reventara la cerradura. La puerta se abrió de golpe, como si un vendaval la hubiera empujado.

Sin pararse a pensar, salieron corriendo de la mansión. No obstante, Kandell se retrasó. Miravien se detuvo para mirar atrás, y descubrió que los soldados seguían tras sus pasos. Y que Kandell se apretaba el vientre herido. La carrera debía de haberle provocado algún desgarro.

—¡Mira! —la llamó su hermana—. ¡Tenemos que salir de aquí, maldita sea!

—Marcharos —farfulló Kandell.

Miravien no iba a dejarlo atrás. Lo sujetó por debajo de los brazos como malamente pudo y trató de arrastrarlo tras ellas.

Los soldados estaban cada vez más cerca; iban a alcanzarlos.

Miravien era incapaz de pensar en una solución a medida que los gritos de los soldados a su espalda aumentaban de intensidad. Su mente se quedó en blanco por el pánico; su vida nunca había corrido tanto peligro como en esos instantes.

Y entonces las farolas de la calle se apagaron con una serie de estallidos eléctricos, como los que produciría una sobrecarga de energía.

En medio de esa oscura noche, en la que las dos lunas habían cerrado los ojos para no ver el trágico resultado de esa persecución, Miravien escuchó los gritos y los golpes de una pelea.

Consiguió seguir tirando de Kandell, alejándolos a los dos de esa trifulca.

—¡Bry! —gritó, tratando de localizar a su hermana en la oscuridad.

—¡Mira! —le respondió.

El sonido de su voz la llevó hasta ella, a medida que sus ojos se iban acostumbrando a la falta de luz.

—¡Mira, estoy aquí! —volvió a llamarla. Aunque parecía preocupada, su voz procedía del lado contrario a la pelea. Por suerte, parecía estar a salvo.

Cuando estaba a punto de alcanzar la figura de Bryla en la oscuridad, las luces regresaron a la calle, como si el corte eléctrico se hubiera reparado por sí solo.

Miravien no quería mirar atrás, pero, a la vez, la acuciante curiosidad le obligaba a hacerlo. Se giró despacio, temiendo que un enemigo aún más letal que los soldados de la Guardia Roja hubiera decidido convertirlos a ellos en sus siguientes víctimas.

A su lado, Kandell ahogó una exclamación de asombro.

Ante ellos, Miravien descubrió a un variopinto grupo de personas.

Unos se ensañaban con los soldados caídos, mientras que otros limpiaban sus armas. Una joven, de pelo negro con mechas rojas cortado a la altura de las orejas, se percató de su presencia. Les dedicó una sonrisa lobuna.

—De nada —dijo—. Mi nombre es Dasha Otrey —se presentó, caminando hacia ellos con la mano extendida. Cuando se dio cuenta de que esa mano estaba manchada de sangre, se la limpió sin reparos en la camisa—. Kandell de Soenaya —murmuró, clavando sus ojos negros en él—. Todo el mundo te daba por muerto. Eres difícil de matar. Eso es bueno. Y vosotras… —Dasha miró alternativamente a Miravien y a Bryla—. Sois dumarianas —comprendió.

Miravien se aclaró la garganta antes de hablar. No conocía a esa mujer y no sabía hasta qué punto podía confiar en ella.

—¿Quién eres? —preguntó.

Dasha sonrió aún más.

—Soy la líder del Movimiento, por supuesto —confesó, con orgullo.

Miravien había oído hablar de ese grupo de magos que trataba de hacerle frente al Parlamento de Brunedain, pero siempre había pensado que eran habladurías, o que serían casos aislados. Bajo ningún concepto se había imaginado que podrían ser un grupo organizado.

—Y como líder del Movimiento, os debo un favor —dijo—. Llevábamos varios días intentando entrar en la mansión de Drailon, pero estaba demasiado vigilada.

—Tú sabes dónde está Drailon —comprendió Kandell.

—Drailon se ha marchado de Tranteria. Y se ha llevado a su odioso asesino con él. No ha dejado esta ciudad desde que ha ascendido al poder, así que debo suponer que ha perdido algo valioso, y que ha decidido ir a buscarlo. —Sus ojos inquisitivos se volvieron hacia Miravien—. Y tú sabes qué es ese algo.

Miravien no tardó en dar con la respuesta.

—Nyaja —comprendió—. Nyaja se ha escapado, y él ha ido tras ella.

—Nyaja —repitió Dasha—. De todos los hijos que Drailon ha tenido, Nyaja es la única por la que ha mostrado interés. ¿Qué la hace tan valiosa?

Miravien no pensaba darle una respuesta a esa pregunta. No pensaba delatar a Nyaja ante esa misteriosa y sanguinaria mujer. Pero Kandell lo hizo.

—Nyaja es la única persona en este mundo que tiene alguna posibilidad de matar a Drailon.

CAPÍTULO 15

Kandell abrió los ojos como platos nada más atravesar el umbral de la base de operaciones de los magos del Movimiento. Miravien y Bryla, que iban tras él, parecían igual de sorprendidas.

—¿Cuánto tiempo…? —empezó a preguntar, mirando embelesado hacia los uniformes de la Guardia Roja, claramente robados, y al arsenal de espadas, cuchillos y armas de fuego.

Aunque no llegó a terminar la pregunta, Dasha lo entendió.

—No mucho, en realidad —respondió, saludando a sus compañeros con un gesto de la mano—. El Cuchillo Silencioso descubrió nuestra antigua base de operaciones por culpa de… bueno, digamos que fue un error colectivo que escapara.

Kandell había oído rumores sobre eso, pero ni Drailon ni el Cuchillo Silencioso se habían pronunciado al respecto. A Drailon le gustaba presumir de sus éxitos y cubrir con un tupido velo sus fracasos.

—¿Hace mucho que diriges esto? —siguió preguntando.

Dasha no parecía tener más de treinta años y ya era la líder del Movimiento. Aunque Kandell no era el más adecuado para hablar; él se había convertido en el director de la Escuela de Diamante con tan solo diecinueve años, tras la muerte de su abuela.

—No, me escogieron como líder hace mes y medio —respondió Dasha—. Tuvimos que lamentar la pérdida de nuestra anterior líder… nuevamente a manos del Cuchillo de Drailon —gruñó.

La ira y el desprecio en la voz de Dasha al hablar del Cuchillo Silencioso eran patentes

Kandell sabía que el Cuchillo Silencioso se había cobrado las vidas de muchos magos del Movimiento. Pero, a juzgar por la cantidad de gente que había en el interior de ese edificio abandonado, se había quedado lejos de su objetivo final de exterminar toda la rebelión.

Dasha los condujo a través de un pasillo y los hizo pasar al interior de una especie de despacho.

—Aquí podremos hablar tranquilos —dijo—. Hay cosas que

quiero negociar con los dumarianos. Y dado que la Guardia Roja mata a la mayoría de los que logran llegar hasta Tranteria, poder hablar con dos princesas de Dumaria es el mayor privilegio que podría tener.

Miravien, que era la única de las dos hermanas que entendía brunedano, asintió. Al principio, se había mostrado reticente a revelar quiénes eran ella y su hermana. Pero, al final, había terminado por confesar.

Dasha cerró la puerta una vez que todos estuvieron dentro.

—Los rumores dicen que eres un traidor, Kandell de Soenaya —murmuró Dasha, sentándose en una silla destartalada detrás de un escritorio lleno de papeles y polvo.

Dasha les ofreció asientos igual de desvencijados que el suyo. Bryla se sentó, pero tanto Miravien como él prefirieron mantenerse de pie.

—Me gusta que el Parlamento proclame traidores. Todos terminan en mi puerta tarde o temprano —dijo, con orgullo, reclinándose en la silla—. ¿Qué has hecho exactamente para ofender a Drailon y al Parlamento?

Kandell no podía hablarle a Dasha de las Piedras de la Vida. No sabía si podía confiar en ella y, aunque no fuera una amenaza, no podía arriesgarse a que esa información llegara a otros oídos.

—Digamos que Drailon quería algo que yo no estaba dispuesto a darle —respondió.

Dasha no pareció ofenderse por no haberle confesado toda la verdad.

—Supuse que podría confiar en ti desde que te vi con dos dumarianas.

—¿Cómo sabías que… somos dumarianas? —preguntó Miravien.

Dasha entrecruzó los dedos antes de inclinarse hacia delante y responder.

—Aunque intentasteis pasar desapercibidas, era evidente que no erais de por aquí. No camináis como la gente de Tranteria, y siempre estabais mirando vuestras espaldas por si alguien os perseguía. Vuestra falta de naturalidad era… sospechosa. Aunque no me esperaba que fuerais dos princesas de Dumaria.

Cuando Miravien le tradujo esas palabras a su hermana, esta puso los ojos en blanco. Por un momento, Kandell se temió que la irascible Bryla descargara una de sus ondas de energía contra Dasha, pero se contuvo.

—Pero volviendo a asuntos importantes… —prosiguió Dasha—. Me gustaría contar con el apoyo de Dumaria cuando dé un golpe de Estado.

Kandell se quedó patidifuso ante semejante confesión.

—¡¿Un golpe de Estado?! —exclamó.

Dasha no varió su expresión de determinación.

—Eso he dicho. Drailon no ha salido de esta ciudad en los diez años que lleva acaparando el poder. Manipuló las últimas elecciones para permanecer en la presidencia, y no me cabe la menor duda de que lo volverá a hacer. Ahora que se ha marchado, es nuestro momento para derrocar al Parlamento.

—Drailon es un mago poderoso, pero no es todo lo que tiene el Parlamento —discutió—. La Guardia Roja os supera en número.

—Eso está a punto de cambiar —le aseguró Dasha.

Los ojos de la líder del Movimiento brillaban ante la anticipación de una victoria que a Kandell le parecía muy lejana. En esta ocasión, en vez de dirigirse a él, se volvió hacia Miravien.

—¿Adónde dirías que se marcharía Nyaja?

Le dio la impresión de que Miravien iba a negarse a responder. Parecía querer proteger a Nyaja de cualquier brunedano, como si, a ojos de una princesa de Dumaria, todos fueran igual de malvados. Sin embargo, terminó respondiendo.

—Regresaría a casa —murmuró—. A *su* casa. A Dumaria.

Dasha se volvió entonces hacia Kandell, entrecruzando los dedos de las dos manos. Parecía estar saboreando su victoria de manera muy anticipada.

—¿Dirías que Drailon desea tanto recuperar a Nyaja como para declararle la guerra a Dumaria?

Aunque quisiera llevarle la contraria, Kandell conocía demasiado bien a Drailon como para negar lo evidente.

—Lo haría.

Dasha sonrió. Le habían dicho justo lo que ella quería escuchar.

—Nyaja regresará a Dumaria —explicó Dasha—. Si es tan poderosa como decís, encontrará la manera. Y Drailon irá tras ella, porque es impulsivo y controlador, y no soporta que nada se salga de sus planes. Se ha llevado al Cuchillo Silencioso, pero cuando se dé cuenta de que los dumarianos protegerán a Nyaja, eso no será suficiente. Necesitará un ejército. Sacará a la Guardia Roja de Brunedain el tiempo suficiente como para que los magos tomemos el poder.

Miravien, que parecía tan descontenta con el plan de Dasha como Kandell, no perdió la oportunidad de romperle los esquemas a la líder del Movimiento.

—Dumaria no puede enfrentarse a dos ejércitos —declaró—. Los onduranos están anclados en nuestra costa.

La sonrisa de Dasha se congeló.

—Son humanos corrientes. Un puñado de magos bastaría para derrotarlos.

—El Parlamento también está formado por humanos corrientes —

replicó Miravien.

La princesa de Dumaria sabía jugar bien sus cartas, comprendió Kandell. No solo era una princesa, también era la heredera del trono de Dumaria. Para ella, negociar los términos de una alianza era como un juego de niños. Kandell siempre había considerado más peligrosa a la hermana pequeña, a la maga Golpeadora. Pero Miravien también sabía golpear, de una manera mucho más efectiva.

—Haremos lo posible por evitar una guerra con dos frentes —añadió Miravien—. Así que tendréis que buscaros otro aliado.

El aire se cargó de electricidad estática cuando Dasha perdió los estribos durante unos segundos. Por suerte, tan pronto como había llegado, su arranque de ira se calmó. Era mejor no cabrear a los Eléctricos.

Dasha se recuperó y se volvió hacia Kandell.

—¿Puedo contar contigo?

Kandell se había pasado toda su vida balanceándose en una peligrosa cuerda floja. Había acudido a Drailon hacía diez años, y le había revelado su mayor secreto, el que se ocultaba en las entrañas de la Escuela de Diamante. Porque era la tradición. Porque necesitaba a Drailon. Porque si alguien amenazaba la seguridad de la Piedra de Diamante, el gobierno de Brunedain tendría que protegerla.

Pero, negra suerte la suya, esa amenaza había resultado ser el propio Drailon. Algo, o alguien, le había hecho creer a Drailon que tenía derecho sobre las Piedras.

Kandell se había equivocado al confiar en él. Y también se había equivocado al llamar la atención del presidente de Brunedain sobre su persona. Esa había sido su perdición, y había terminado con una bala de titanio en las entrañas, encerrado en una celda.

Kandell había perdido la batalla por la Piedra de Diamante. A pesar de sus poderes y de su convicción, no había podido impedir que le robaran la Piedra. Había llegado el momento de pasarle ese relevo a otra persona y permitir que fuera Nyaja la que le parara los pies a Drailon. Era mejor dejar en manos de alguien más poderosa impedir que las Piedras de la Vida se reunieran.

Sin embargo, Kandell no había desaprovechado esos diez años junto a Drailon. Había participado en sus planes de gobierno y, lentamente, usando sus poderes, lo había conducido hacia donde quería. Había alejado sus ojos de los magos anómalos de la Escuela de Diamante, lo había convencido de que la única amenaza a su poder estaba en Tranteria, escondida en edificios abandonados.

Era cierto que el Movimiento había ocupado el tema del día de muchas de las reuniones que había tenido con el presidente, pero nunca habían sido más que una molestia que relegar en los hombros de su asesino a sueldo.

Kandell tampoco había considerado al Movimiento como un problema real para el Parlamento. Pero tal vez eso era lo que les habían dejado pensar durante todo ese tiempo. Porque Kandell había visto el arsenal que se guardaba en esa base de operaciones. Seguía sin ser suficiente para enfrentarse en una guerra abierta, pero había suficiente para que el Parlamento empezara a considerarlos un verdadero problema.

Y durante todo el tiempo que Kandell había pasado al lado de Drailon, había aprendido. No se le habían pasado por alto los rápidos movimientos de sus manos cuando estaba nervioso, o su increíble capacidad para resolver problemas complejos en un instante.

Kandell no había oído hablar de los Veloces, pero en la Escuela de Diamante había tantos libros prohibidos por el Parlamento que, de ser quemados (como les ocurría a todos los libros censurados), se podría alimentar una central térmica durante varios meses.

Todo eso lo había llevado a la conclusión de que Drailon era un Veloz. Y todos los rumores decían que, aunque el presidente de Brunedain no se había casado nunca, había tenido varios hijos. Alguno debía de haber heredado sus poderes. Y así había sido.

Drailon no había tardado mucho en confesarle que Nyaja era su hija, y que nadie del Parlamento debía posar sus ojos en ella. Y ese interés en Nyaja solo podía atender a un motivo: Nyaja había heredado los poderes de su padre.

Durante los cuatro años que Nyaja había pasado en la Escuela de Magia de Atios, Kandell se había asegurado de que nadie se interesara por ella. Nyaja Tudein debía parecer una maga Escudo más, lo bastante mediocre como para que nadie se fijara en ella.

Todo había cambiado unos meses atrás, cuando Drailon se había reunido con el Maestro Theran Graemor y le había pedido que sustituyera a su mago Escudo por Nyaja Tudein, una recién graduada. Para justificar esa decisión, el anterior Escudo que había trabajado para el Maestro había muerto cuando paseaba solo de noche por Tranteria, a manos de los asesinos del Movimiento. Al menos, según los periódicos. Pero Kandell sabía qué asesino había empuñado el arma que lo había matado, uno del que nadie sospecharía jamás.

Poco después, Drailon había confesado que Nyaja era, en realidad, una Veloz. Lo que confirmaba que Drailon también lo era, por si le hubiera quedado alguna duda.

Drailon le había guardado muchos secretos al Parlamento, y, cuando se desvelaran, el presidente de Brunedain podría caer por su propio deseo de grandeza. Esos habían sido los planes de Kandell; dejar que Drailon se destruyera a sí mismo.

Pero ese plan hubiera sido inútil. Si Drailon cayera, otro ocuparía su lugar, y este podría ser incluso peor. Nunca había decidido qué

haría cuando Drailon se desplomara desde el podio al que se había subido.

Kandell sabía que la espiral de odio hacia los magos no se solucionaba con derrocar al presidente de Brunedain. Pero él solo no podía enfrentarse al Parlamento, ni a la Guardia Roja.

Para eso hacía falta un ejército.

Dasha tenía ese ejército, aunque no parecía ser consciente de ello.

Y Kandell también tenía un ejército, uno que estaba ávido de vida, de libertad, de dignidad. Y ese ejército había pasado desapercibido durante mucho tiempo, oculto en un pueblo cuyo nombre nadie recordaba, en un edificio viejo y gris del que nadie se atrevía a hablar.

Kandell sabía mejor que nadie lo que sentían los magos anómalos, condenados de por vida por un crimen que no habían cometido.

Tal vez no era tan descabellado. Tal vez había una oportunidad real de cambiar ese país, de convertirlo en un lugar mejor para todos.

—Te ayudaré —decidió—. Reuniremos un ejército. Y tumbaremos el Parlamento.

CAPÍTULO 16

Nyaja no sabía cuántos kilómetros había corrido por las vastas llanuras del sur de Brunedain. Su enemigo no era más rápido que ella, pero sí más numeroso. Cada vez que intentaba tomar una carretera hacia el oeste, descubría que la Guardia Roja ya había apostado controles.

Podría evitar las carreteras y los caminos, pero sabía que, en ese caso, terminaría perdiéndose en esas extensas estepas que parecían no tener fin, en ese terreno que siempre parecía igual.

Y, a diferencia de la Guardia Roja, ella necesitaba parar a descansar, necesitaba que su magia y su energía se reestablecieran antes de iniciar la siguiente carrera. Necesitaba colarse de noche en las casas de los campesinos para robar comida, con infinito cuidado de que no la descubrieran.

Por eso sus pasos la habían guiado cada vez más hacia el sur de Brunedain, en busca de una vía de escape que le permitiera tomar una carretera en dirección a Onuaya. De momento, no había tenido suerte.

Pero sabía que todo tenía un fin, y era cuestión de tiempo que sus pasos la llevaran hacia la costa, y allí la Guardia Roja podría encontrar la manera de arrinconarla.

Nyaja siguió avanzando por el camino de tierra que partía en dos los campos de labranza. El cereal ya había sido recogido en esa época del año, y las malas hierbas se habían adueñado del paisaje. Estas no eran lo bastante altas como para ocultarla en caso de que lo necesitara, así que más le valía pasar desapercibida.

Había dejado atrás a la Guardia Roja hacía tan solo unas horas, y si bajaba el ritmo, la alcanzarían. Pero no podía correr más; estaba demasiado cansada. La magia y la energía de un mago estaban interconectadas. A medida que descendían los niveles de magia, también descendían los niveles de energía. De modo que, si agotaba toda su magia, se quedaría sin fuerzas para seguir caminando.

Y no podía detenerse.

Vislumbró un carro tirado por dos caballos a lo lejos,

traqueteando por esa carretera sin pavimentar. El progreso parecía no haber llegado a las zonas rurales de Brunedain, como si se hubieran estancado en el tiempo.

Nyaja se había cambiado de ropa hacía días, para que nadie pudiera identificarla como una maga. Pero seguía siendo extraño que una joven viajara sola y a pie.

A medida que el carro se iba acercando, descubrió que, en realidad, se trataba de un carruaje. Era extraño ver esa clase de transporte en una zona rural, pero más extraño fue descubrir que los dos hombres del pescante tenían la piel negra.

No era habitual ver gente de piel oscura en Brunedain, porque el Parlamento era bastante restrictivo con la emigración procedente desde el continente de Ondurana. No sucedía lo mismo en Dumaria, donde incluso el rey tenía la piel de un tono intermedio.

Pensar en Yáhlazer le provocó un desgarro en el corazón. Había estado demasiado ocupada preocupándose por su propia seguridad como para dedicar ese valioso tiempo a inquietarse por Yáhlazer. Pero no quería ni imaginarse los funestos pensamientos que lo estarían asaltando, figurándose las cosas horribles que le podrían estar sucediendo a ella.

Tenía que llegar a Dumaria cuanto antes. No solo para aliviar el desasosiego de Yáhlazer, sino para que ella misma también pudiera dejar de lado la constante preocupación de que la alcanzaran.

Volvió a mirar hacia el carruaje. Si eran extranjeros, no tenían por qué saber quién era ella, no tenían por qué saber que el gobierno buscaba encarecidamente a una chica de sus características.

Desconocía cuánto tiempo le quedaba antes de que la Guardia Roja llegara hasta ella. Aunque podría defenderse, todo se iría al traste si sus perseguidores llevaban encima armas de fuego cargadas con balas de titanio. Y todo apuntaba a que así sería; eso era lo único que podía detenerla.

Pero podría tener una oportunidad; a nadie se le ocurriría pensar que una fugitiva como ella hubiera tomado por refugio un carruaje dirigido por onduranos.

Nyaja comprobó que los dos cuchillos que había robado seguían en el cinturón, también birlado. Y sacó a relucir sus mejores artes de engaño.

Se detuvo en mitad del camino y esperó a que el carruaje la alcanzara.

—Buenas tardes —saludó a los dos hombres cuando se acercaron —. ¿Me entienden?

—Por supuesto… señorita —le respondió uno de ellos, con una sonrisa. Hablaba brunedano con un marcado acento extranjero, pero al menos podrían comunicarse.

—Me preguntaba si podrían llevarme hasta el siguiente pueblo —dijo, intentando sonar lo más amable posible—. Llevo varios días caminando y estoy agotada.

El hombre que había hablado intercambió unas palabras en su idioma con su compañero. Este le respondió mirándola a ella de reojo como si fuera una amenaza. Por un momento, Nyaja se planteó usar su posición social dumariana para convencerlos de ayudarla, pero se arriesgaba a que, dado el caso, la entregaran a la justicia brunedana a cambio de una recompensa.

—Soy cazarrecompensas —se le ocurrió. Los dos onduranos se volvieron hacia ella. Uno de ellos, el que le había hablado, la miró con cierto brillo en la mirada; le entusiasmaban las historias trepidantes, como a casi todo el mundo—. Mi grupo y yo perseguíamos a un asesino por el que se ofrecía una recompensa. Pero nos separamos para investigar… y me perdí.

El otro hombre seguía llevando la duda pintada en el rostro.

Entonces la puerta del carruaje se abrió y se escuchó una voz femenina hablando en un idioma que Nyaja no reconocía. Cuando pudo ver a la dueña de esa voz, Nyaja no pudo recibir una sorpresa mayor. Era una chica vestida con vivos colores, más o menos de su misma edad y con el cabello y los ojos castaños. Pero el rasgo más llamativo era su piel blanca.

—Hola —la saludó, en brunedano—. ¿Necesitas algo?

Uno de los hombres respondió a su pregunta en su idioma. La chica se volvió hacia Nyaja con una sonrisa.

—Claro que puedes venir con nosotros —dijo, entusiasmada—. Yo me llamo Maive —se presentó, bajando del carruaje de un salto. Mientras se acercaba a ella con la mano extendida, Nyaja advirtió que se movía con una gracilidad sorprendente—. ¿Y tú?

—Soy Nyaja… —empezó, pero a la hora de decir su apellido dudó. ¿Nyaja qué? ¿Tudein? Ese no era su verdadero apellido, sino el de la familia que la había adoptado. ¿Hártimer? No solo detestaba ese apellido, sino que no quería que nadie la relacionara con el presidente de Brunedain. No conocía el apellido de su madre biológica, así que ese tampoco era una opción. ¿Várenma? Legalmente no podía adoptar el apellido de su familia política hasta que se hubiera casado con Yáhlazer. Y tampoco era buena idea que la asociaran con la familia real de Dumaria—. Solo Nyaja —terminó decidiendo.

—Nyaja —repitió Maive, silabeando. Como a todo el que no era brunedano, le costaba pronunciar su nombre—. Estos son mis padres, Démer —dijo, señalando al hombre más simpático— y Vaknin.

—Es un placer —murmuró Nyaja—. Pero no quiero ser una molestia.

—No hay problema —dijo Démer—. Tal vez puedas decirnos el

camino a… —consultó un mapa— Zaros. ¿Lo he dicho bien?

—Sí, Zaros está al oeste… —empezó a explicar, y cayó en la cuenta de un detalle crucial—. ¡Justo hacia donde me dirijo yo! Puedo guiaros hacia allí.

—¡Perfecto! —exclamó Maive—. Ven, sube conmigo y seguimos hablando —la animó, cogiéndola de la mano con una confianza que a Nyaja le resultó abrumadora. Algo así no habría sucedido si hubieran sospechado que estaban tratando con una maga.

Nyaja se subió al carruaje detrás de Maive y se sentó frente a ella. La chica extranjera cerró la puerta, y el sonido les confirmó a Vaknin y Démer que había llegado el momento de continuar la marcha.

Nyaja aún no podía creerse lo fácil que había sido.

—¿Vuelves a casa? —le preguntó Maive.

Nyaja no tenía muchas ganas de hablar, pero tenía que fingir ser amable o la echarían a patadas del carruaje.

—Sí, eso pretendo.

Maive se quedó un momento en silencio, pero en seguida volvió a hablar, como si hubiera tenido que pensar lo que iba a decir.

—Yo he venido a hacer justicia —murmuró—. ¿Sabes si… si hay alguna guerra en Dumaria?

Nyaja había pasado demasiado tiempo alejada de la realidad.

—¡¿Hay una guerra en Dumaria?! —exclamó.

—Yo tampoco lo sé con certeza. Solo sé que él navegó hacia Athevia con una flota enorme.

Maive se había negado a pronunciar el nombre de ese «él» de forma deliberada. De la misma forma que ella se negaría a decir el nombre de Drailon en voz alta. Maive había venido a buscar al villano de su historia.

Se volvió hacia ella, tal vez para tratar de advertirla de que tuviera cuidado en su empresa, aunque luego se dio cuenta de que no tenía derecho a darle consejos; se acababan de conocer. Cuando Maive también se giró para mirarla, Nyaja se fijó en sus ojos castaños. Le recordaban a alguien, pero no sabía a quién.

Nyaja sacudió la cabeza. Aunque Maive pudiera haber nacido en Brunedain, parecía bastante obvio que había sido adoptada por una pareja ondurana, y que ellos se la habían llevado a su continente. No podía conocerla de nada.

—Llevas un collar precioso —apreció Maive.

Nyaja se llevó la mano al cuello. Debería haberse quitado todas las joyas que llevaba antes de haberse subido al carruaje. Se maldijo por su imprudencia.

—Fueron regalos… de mi familia —se le ocurrió. Aunque no era del todo mentira. Yáhlazer sería su esposo algún día, si lograba llegar a Dumaria y no morir en el intento. Y Omireli… Omireli era como la

hermana que nunca había tenido.

—¿Los echas de menos?

Nyaja no sabía por qué a Maive le interesaba tanto su vida.

—Todos los días.

El carruaje se detuvo de repente y Nyaja escuchó voces en el exterior. Maive y ella se giraron a la vez hacia el ventanuco que estaba sobre la puerta, para ver qué estaba sucediendo fuera. Nyaja sintió que se le helaba la sangre en las venas al reconocer las casacas carmesíes de la Guardia Roja.

Escuchó voces, pero no les prestó atención. Se enderezó en el asiento y llevó la mano hacia las dagas de su cinturón, dispuesta a enfrentarse a sus enemigos.

Pero a Maive no se le pasó por alto ese gesto. Se sentó a su lado y, con una diligencia que no se esperaba de ella, le arrancó los cuchillos de las vainas y los escondió debajo del asiento.

Le soltó el pelo sobre los hombros hasta cubrirle parte de la cara y luego regresó a su asiento, justo cuando la puerta del carruaje se abría.

Nyaja se tensó, y la magia fluyó antes de poder detenerla, creando un escudo a su alrededor.

El soldado miró a Maive primero, que le dedicó una sonrisa inocente.

—Buenas tardes —le dijo, con su marcado acento extranjero.

El soldado se volvió entonces hacia Nyaja, que apretó los puños hasta clavarse las uñas en las palmas de las manos. La tensión de su cuerpo amenazaba con dispararse de golpe, pero se obligó a sí misma a permanecer sentada, sin moverse, y sin hacer uso de su magia de ninguna otra forma.

Los segundos que el soldado la observó se hicieron eternos, pero, al final, no pareció reconocer a la buscadísima Nyaja Tudein en ella y volvió a bajar la escalera.

Nyaja solo se dio cuenta de que había estado conteniendo la respiración cuando el soldado se alejó, y ella soltó de golpe todo el aire viciado de sus pulmones.

Maive no dijo nada hasta que el carruaje volvió a ponerse en marcha y la Guardia Roja se quedó atrás. Pero Nyaja sabía que no podía escapar a su pregunta.

—Te buscan. ¿Por qué?

—Tuve que robar para comer —murmuró, agachando la cabeza. No era mentira, no del todo, aunque sus crímenes eran mucho más graves—. En Brunedain no son muy tolerantes con…

—Entiendo —la interrumpió Maive, estirando el brazo para cogerla de la mano—. No te preocupes. No vamos a delatarte. No creo que hayas hecho nada tan malo como para encerrarte en una

mazmorra.

Nyaja apenas pudo contener una sonrisa sarcástica. Si Maive conociera su historial… se asustaría.

Nyaja siguió acompañando a Maive y a sus padres por las Estepas Estalenses. No habían tenido más encontronazos con la Guardia Roja, aunque sabía que su suerte no duraría mucho más. Se estaban acercando a Zaros, la sede de una de las tres grandes Escuelas de Magia de Brunedain, la Escuela de magia de la naturaleza.

Zaros, Atios y Lorias habían sido tres grandes ciudades-estado antes de ser anexionadas por la República de Brunedain, varios siglos atrás. No obstante, seguían conservando parte de su antigua grandiosidad, y todavía eran urbes influyentes. Por ese motivo, las patrullas de la Guardia Roja serían cada vez más frecuentes a medida que sus pasos se aproximaran a la gran ciudad.

Nyaja empezaba a plantearse que debía separarse de Maive y sus padres en Zaros, porque su presencia solo conseguiría ponerlos en peligro tarde o temprano. Y esa familia había sido demasiado amable con ella como para pagárselo de esa manera.

Nyaja dio un respingo cuando escuchó gritos en un idioma extranjero. A punto estuvo de tirar su ración de comida al suelo, lo cual le dolería especialmente porque Maive y sus padres la habían compartido con ella.

Se habían detenido a almorzar cerca de un riachuelo, mientras los caballos pastaban no muy lejos. Vaknin y Démer habían entrado en el carruaje con poco disimulo, dejándolas solas a ella y a Maive. Y habían salido gritando cosas que Nyaja no entendía con un pastel en las manos.

Mientras los tres celebraban algo que Nyaja no comprendía, su mente voló hasta Dumaria. Cuanto más consciente era del fuerte vínculo que unía a esa familia, más echaba de menos a todas las personas que debían de estarla esperando en Dumaria.

—Toma, Nyaja. —Miave la sacó de su ensimismamiento tendiéndole un pedazo de tarta—. Hoy es mi cumpleaños.

—Ah, gracias. Felicidades —murmuró, cogiendo el plato—. ¿Qué día es hoy?

Nyaja había perdido la cuenta de los días hacía tiempo. Estar encerrada en el subsuelo sin referencias temporales tenía ese efecto.

—Es día veintitrés.

Nyaja sintió que algo la sacudía por dentro. Aunque había perdido la noción del tiempo desde que la reina Granne la había secuestrado, estaba casi segura de que seguían en el mismo mes.

—¿Del mes de Amatista?

—Sí —respondió Maive, y su expresión se apagó—. ¿Pasa algo?

Día veintitrés del mes de Amatista. Había pocas fechas que Nyaja recordara de memoria. Y esa era una de ellas.

—Mi cumpleaños también es el día veintitrés del mes de Amatista —murmuró.

Maive, sin comprender todas las preocupaciones que asolaron a Nyaja de golpe, esbozó una sonrisa enorme y dio un gritito de alegría.

—¡¿De verdad?! ¡Vaya coincidencia! Entonces tú también tienes que soplar las velas —se emocionó—. ¿Cuántos años cumples?

Nyaja alzó la cabeza para mirar a Maive. Sus ojos castaños brillaban de emoción, unos ojos que le seguían resultando familiares.

—Diecinueve —dijo, al darse cuenta de que estaba tardando demasiado en darle una respuesta a Maive.

—¡Yo también cumplo diecinueve!

Maive corrió a contarles las noticias a sus padres en su idioma, mientras Nyaja trataba de convencerse a sí misma de que era imposible.

Drailon había insinuado que había tenido más hijos, pero que ella era la única que había nacido siendo una Veloz. Y Maive, al igual que ella, también había sido adoptada. Pero no, no tenía sentido. Si Maive fuera su gemela, si tuvieran los mismos genes, tendrían exactamente los mismos poderes. Maive sería una Veloz, y Drailon no la habría dejado en manos de onduranos.

Pero tal vez no fueran gemelas, sino mellizas, hermanas nacidas en el mismo parto, pero con una genética diferente.

«Basta, Nyaja», se dijo a sí misma.

Entonces cayó en la cuenta de algo. Su madre biológica era una maga Escudo, así que, si realmente Maive fuera su hermana, también debería ser maga. Sin embargo, era una persona corriente. Así que todo era una coincidencia. Nyaja no era la única brunedana que había nacido el veintitrés del mes de Amatista del año mil quinientos cuarenta y uno. No tenía sentido darle más vueltas.

CAPÍTULO 17

Yáhlazer se sentía como si lo hubieran encerrado en un castillo de hielo y hubieran tirado la llave al más profundo de los mares. Sus pensamientos se habían convertido en una pesadilla a la que no quería enfrentarse.

Recordaba a Nyaja vestida con aquel precioso vestido rojo, más viva que nunca. La recordaba corriendo como alma llevada por el viento, libre como un pájaro al que le habían abierto la puerta de su jaula. La recordaba durmiendo a su lado, la recordaba sonriendo, la recordaba siendo feliz.

—Majestad —susurró alguien, con una voz cargada de preocupación.

—¡¿Qué?! —gruñó, con rabia. Tardó unos segundos en darse cuenta de lo que había hecho—. Lo siento —se disculpó.

Yáhlazer volvió en sí y descubrió el papel que había arrugado en la mano hasta que los bordes se habían roto.

Trató de arreglar el estropicio que había armado, pero una vez que un papel se arruga, es imposible devolverlo a su estado anterior. El alma de Yáhlazer, consumida por la desesperación, se sentía igual que ese papel.

Se volvió hacia la persona que estaba en la entrada. Era una de sus administradoras.

—Lamento importunarle, majestad —susurró la mujer, que no se había atrevido a pasar del umbral de la puerta de su despacho—. Pero he recibido una noticia que creo que le gustaría conocer.

—Habla —murmuró. Su voz sonaba tan áspera como el papel de lija.

—Hemos recibido una carta de una casa de salud del sureste del país.

Yáhlazer frunció el ceño. No tenía ni idea de por qué eso podría ser importante para él. Pero dejó que la administradora siguiera hablando; últimamente nadie se atrevía a molestarlo por nimiedades.

—Hace tres días, una joven brunedana ingresó en la clínica.

Yáhlazer levantó la mirada de golpe cuando un diminuto rayo de esperanza, el único que había recibido en semanas, se abría paso por su agrietado corazón.

—¿Nyaja? —preguntó.

Las lágrimas pugnaban por inundar sus ojos.

—Lamento decirle que la descripción de la joven no se corresponde con la de la duquesa. Pero acaba de llegar de Brunedain, majestad. Tal vez tenga alguna información útil.

Yáhlazer vio como el rayo de esperanza se estrellaba contra un muro de piedra. No obstante, era probable que pudiera sacar algo de todo eso. Estaba harto de sentirse atado de pies y manos, encerrado en el interior de un palacio cuyas paredes parecían cada vez más cercanas.

—Si lo autoriza, podemos enviar a alguien a interrogarla. Aunque desde la clínica nos han advertido que la salud mental de la joven es… preocupante.

Yáhlazer no quería ningún tipo de intermediario. No dejaría que nadie pudiera tergiversar o malinterpretar las palabras de esa brunedana.

—Iré yo mismo —anunció, levantándose de la silla con nerviosismo. Luego se dio cuenta de que no sabía ni por donde empezar a preparar el viaje y volvió a sentarse.

—La joven no sabe hablar nuestro idioma. Su… el hombre que la trajo fue quien firmó los papeles del ingreso, pero él se marchó.

Yáhlazer no tenía tiempo para investigar qué había sucedido exactamente. Si esa joven pudiera tener alguna pista de dónde se encontraba Nyaja, no perdería ni un solo minuto.

—Organiza el viaje —le exigió—. Ahora. Partiremos en cuanto lo tengas todo listo.

La administradora tardó un poco en reaccionar, pero luego desapareció por el pasillo, directa a cumplir con lo que le había ordenado.

Yáhlazer solo había tenido unas horas para prepararse para el viaje, pero se le habían hecho eternas.

En cuanto se había enterado de sus planes, Nísani había aparecido en su despacho, jadeando, como si hubiera llegado corriendo desde la otra punta del palacio. Nísani, que parecía conocerlo mejor que su familia de sangre, sabía qué pretendía y había insistido en acompañarlo. Nada de lo que Yáhlazer pudiera decirle la disuadiría de acompañarlo, sobre todo cuando Nísani había declarado: «juré proteger a mi rey y a mi familia. Y no vas a dejar que rompa mi voto».

Nísani había estado distante los últimos días. Yáhlazer sabía por

qué y la comprendía. Nísani también tenía a la mujer a la que amaba en tierras enemigas. Aunque la situación era diferente, Yáhlazer podía entender la ansiedad que Nísani se esforzaba por ocultar.

Para Yáhlazer, Miravien y Nísani siempre habían estado juntas. O, al menos, así era como lo recordaba. Se habían conocido cuando él era muy pequeño, pero habían pasado de mejores amigas, a novias y a esposas en no mucho tiempo.

Aunque Nísani y Miravien solían pasar bastante tiempo separadas, cuando se reencontraban nada parecía haber cambiado entre ellas. Cuando Miravien había perdido a su madre, Nísani no se había separado de ella. Y cuando era Nísani la que pasaba por un mal momento, Miravien siempre estaba ahí para ella.

De niño, Yáhlazer siempre había aspirado a encontrar una persona con la que pudiera compartir ese mismo tipo de relación. Y cuando lo había logrado, los brunedanos habían vuelto a romper su vida en pedazos.

Yáhlazer sacudió la cabeza para deshacerse de ese horrible pensamiento cuando entró en los aposentos de su abuela. No podía pasar nada en ese palacio sin que ella se enterara, pero, de todas formas, tenía que decirle eso en persona.

Su abuela estaba tomando el té mientras revisaba unas cartas. Yáhlazer reconoció la letra de su prima Lírala. Sabía que la relación entre Lírala y su abuela era muy estrecha, sobre todo porque su prima más pequeña no se sentía entendida por su madre, con la que no hacía más que discutir.

Como no quería invadir la privacidad de su prima, Yáhlazer esperó a que su abuela terminara de leer la misiva para sentarse en el sofá a su lado. De todas formas, era imposible acercarse a la Mentedespierta sin que se enterara.

—Vas a marcharte —dijo Estiaria, doblando la carta y dejándola sobre la mesa de cristal que había ante ella.

—No puedo seguir sin hacer nada, abuela —susurró, con la mirada clavada en el suelo—. A veces me da la sensación de que las paredes del palacio se me van a caer encima.

—Lo sé. Entiendo tu frustración, pero ya estás haciendo lo que un rey debe hacer.

—¿Y qué se supone que es eso?

—Mantenerte firme incluso cuando el mundo se derrumba a tu alrededor —respondió su abuela, poniéndole una mano en el hombro —. Sé que no es fácil. Pero tú eres nuestro guía. Yáhlazer. Eres el guía de todo el pueblo. Todos esperan que, por muy difíciles que estén las cosas, tú siempre sabrás seguir adelante.

A Yáhlazer no le agradaba ese papel, y a veces le costaba entender por qué se le había asignado a él esa misión vital. «Por ser el único

hijo de la hija mayor del último rey», se recordó a sí mismo. Todo ese peso había caído sobre sus hombros por el simple hecho de haber nacido. Parecía una carga injusta y, sin embargo, no le quedaba más remedio que sobrellevarlo.

—Ahora mismo, hay cosas más importantes para mí —respondió, en cuanto sus pensamientos regresaron a Nyaja—. Y me da igual lo que digas. Voy a hacer lo que considero necesario.

Estiaria no replicó esta vez.

—Ya no eres un niño. Ya no soy quién para decirte qué debes hacer.

Yáhlazer se había criado al amparo de su abuela, después de perder a sus padres con tan solo ocho años. Ella lo conocía mejor que nadie, y estaba seguro de que ella sospechaba cuáles eran sus intenciones. Pero, esta vez, Estiaria no trató de hacerlo cambiar de idea. Parecía convencida de que ya no había palabras que pudieran frenarlo.

—¿Te quedarás aquí? ¿Mantendrás este lugar seguro en caso de que…? —intentó preguntar Yáhlazer, pero las palabras se le atascaron en la garganta.

Su abuela asintió.

—Si Nyaja logra regresar, este seguirá siendo un lugar seguro para ella. No dejaré a nuestros enemigos poner sus sucias zarpas en la capital de mi país.

Yáhlazer le dio un abrazo a su abuela como despedida. No pronunció ninguna palabra más antes de ponerse en pie y marcharse. Aún no había terminado de despedirse.

El palacio parecía vacío sin Lírala haciendo travesuras, sin los sabios consejos de Siánevir, sin Bryla refunfuñando, sin las bromas de Miravien, sin la chispa de Ronnara y sin la sonrisa de Nyaja. Todos se habían marchado. Y él no tardaría en hacerlo también. Parecía que su familia se iba rompiendo en trozos cada vez más pequeños.

Y eso era lo que Yáhlazer más detestaba.

Encontró a Árim y a Ikair en el patio de armas del palacio. Una de las paredes había tenido que ser apuntalada después de que esta se hubiera debilitado por la magia de Ikair, pero al menos el chico empezaba a tener cierto dominio sobre sus poderes. Seguía llevando la armadura de titanio, como si se resistiera a abandonar su pasado. Pero sus manos estaban descubiertas mientras observaba a Árim cantar. Y su sonrisa se elevaba hasta sus mejillas.

Al menos había alguien en ese palacio con motivos para sonreír.

Ikair fue el primero en notar su presencia y se levantó del suelo nada más verlo. Árim dejó de cantar y se apresuró a seguirlo.

—Ma… jestad —murmuró Árim, en dumariano. Parecía que se estaban incorporando bien.

—Yáhlazer está bien —dijo, haciendo un esfuerzo por sonreír, pero todo se quedó en un intento—. Voy a… marcharme.

Árim asintió con la cabeza, entendiendo sus palabras.

—Estiaria se queda aquí —les informó, señalando al suelo para ayudarles a comprender lo que pretendía decirles—. Y vosotros también. Aquí estáis a salvo.

Ambos muchachos parecieron tener problemas para entender su última frase. Yáhlazer sacudió la cabeza y se dispuso a decirles lo importante.

—Seguid practicando magia —dijo, despacio, para que comprendieran sus palabras en la medida de lo posible.

Esta vez, ambos asintieron.

—Buena suerte, chicos —les deseó.

—Buena suerte —respondió Árim, repitiendo sus palabras. Ikair, a su lado, asintió para mostrar su conformismo.

Yáhlazer por fin se decidió a emprender la marcha. Ya estaba todo listo para su viaje.

Subió a la azotea, donde lo aguardaba Sisnaria, su querida vakirí, a la que había nombrado en honor a su difunta madre. Le rascó la cabeza antes de subirse a su lomo.

La comitiva real que lo acompañaría también se encontraba lista para partir. Cuando Nísani, montada sobre su propio vakirí, se dirigió hacia Yáhlazer con un asentimiento de cabeza, ambos alzaron el vuelo hacia el brillante cielo azul de Dumaria.

CAPÍTULO 18

Nyaja todavía no podía creerse que hubiera logrado saltarse todos los controles de la Guardia Roja, llegando a Zaros sin que nadie se diera cuenta. Habían llegado a la gran urbe esa misma mañana, tras varios días de viaje en los que habían sufrido unos cuantos encontronazos con los soldados de Brunedain. Por suerte, en ninguno la habían reconocido. Pero Nyaja sabía que su suerte se terminaba ahí. En una ciudad tan grande, sería mucho más difícil pasar inadvertida.

—Será mejor que nos separemos aquí —murmuró Nyaja, ante los enormes arcos que custodiaban la entrada a la estación de tren de Zaros.

—Pensaba que ibas aún más al oeste —comentó Maive.

Nyaja podría haber mentido, pero Maive no se lo merecía. Había sido muy amable con ella a pesar de que no se conocían de nada.

—Así es. Pero es peligroso que sigamos viajando juntos.

—Tiene que haber algo que podamos hacer. Ir sola también será peligroso.

Nyaja abrió la boca para replicar, pero Démer se dio cuenta de que se habían quedado atrás y deshizo sus pasos para saber qué estaba pasando.

—¿Algún problema, chicas? —les preguntó. Aunque seguía sonriendo, se podía leer la inquietud en sus ojos.

Antes de que Nyaja pudiera responder, Maive le relató a su padre todo lo que habían hablado en esa lengua que Nyaja no entendía. Cuando la conversación terminó, Maive se volvió hacia ella, entusiasmada.

—Te puedo dejar mi ropa —dijo, antes de mirarla de arriba abajo —. No digo que tu ropa sea fea, sino que… todos los brunedanos lleváis el mismo tipo de ropa. Y bueno, si pareciera que no eres de aquí, sería más fácil que no se fijen en ti, ¿no?

Nyaja miró su atuendo, y sabía que Maive tenía razón. Los pantalones y la camisa de apagados tonos marrones la delataban como una brunedana. A diferencia de ella, Maive se vestía con infinidad de

colores. No usaba ropa demasiado cómoda para viajar, pero nadie pensaría que era brunedana, eso desde luego.

No se había parado a pensar en cuánto le recordaba ese estilo de ropa a Dumaria. No hasta ese momento.

Pero dudaba que esa ropa llamativa fuera suficiente para despistar a la Guardia Roja. Todos debían de tener una imagen de sus rasgos clavada en la retina. Nyaja tenía que cambiar su aspecto. Y sabía exactamente cómo.

El último mechón de cabello negro cayó al suelo del carruaje, donde Nyaja se había escondido para llevar a cabo su transformación. El pelo le había crecido mucho desde la última vez que se lo había cortado, aunque nunca lo había llevado tan corto.

No tenía ningún espejo a mano, pero podía sentir el frío en el cuello, que antes estaba cubierto por su melena. Ahora solo le llegaba hasta las orejas en trasquilones irregulares.

Maive entró en el carruaje justo en ese instante.

—Es un desastre —comentó, tratando de recolocarle un poco el cabello de modo que no estuviera más largo por un lado que por otro.

—Solo espero que nadie me reconozca.

—Vamos a solucionar eso ahora mismo.

Maive desenvolvió un frasco de cristal que llevaba envuelto en papel. Nyaja observó el mejunje azul del interior y sintió una punzada de añoranza.

Una vez, Yáhlazer había soñado que ella se teñía el pelo de azul. Aunque Nyaja no creía en nada parecido a los sueños proféticos, era una idea demasiado buena como para desaprovecharla. Ningún mago brunedano en su sano juicio se teñiría el pelo de un color tan llamativo. Ni ningún brunedano, en general. Era irónico, pero tendría que llamar la atención de esa forma tan escandalosa para que nadie reconociera a Nyaja Tudein en esa apariencia.

Maive vertió el tinte sobre su cabeza antes de darle tiempo de arrepentirse. Lo repartió uniformemente con un pincel, cubriendo su color natural con relativa facilidad.

—No te buscan por haber robado comida, ¿verdad? —preguntó Maive, mientras seguía trabajando en su cabello.

Nyaja sabía que su excusa terminaría por hacer aguas. Ni siquiera en Brunedain peinarían el país en busca de una ladronzuela; era evidente que había algo más detrás. Pero no podía confiarle esa información a Maive.

—No —respondió—. Pero no puedo decirte más.

—Eres una maga, ¿verdad? —preguntó. No parecía asustada, como debía de sentirse alguien que se hallaba sola en la misma

habitación con una criatura peligrosa.

Nyaja podría intentar negarlo, pero, en su asombro, su respuesta había tardado tanto en llegar que su silencio había respondido por ella.

—¿Cómo lo sabes? —decidió preguntar.

Maive siguió deslizando el pincel por su pelo sin hacer el más mínimo gesto de incomodidad.

—¿Por qué la Guardia Roja perseguiría a una chica que parece inofensiva? Seguro que has roto alguna de las estúpidas reglas que tenéis que cumplir los magos brunedanos, ¿verdad?

Nyaja había roto mucho más que alguna estúpida regla. Había traicionado a su país. Y había asesinado a varios soldados de la Guardia Roja en su intento por escapar. Nunca dejarían de perseguirla por esos crímenes.

Pero eso Maive no tenía por qué saberlo.

—Algo así —murmuró.

—Creo que ya está —anunció Maive, apartándose para contemplar su obra—. Hay que dejarlo actuar unos minutos y luego lavar el exceso con agua. Pero yo diría que no te reconocerían ni tus padres.

Nyaja dejó caer la cabeza al escuchar esas palabras. Sus padres habían dejado de reconocerla el día en el que había entrado en su casa vestida con ropas dumarianas. Y sospechaba que ningún tinte o corte de pelo sería suficiente para despistar a Drailon.

—Perdón, he dicho algo que no debería haber dicho, ¿verdad? —se disculpó Maive, al captar su cambio de humor.

—No, no es… Es complicado —se limitó a decir.

¿Cómo explicarle a Maive que sus padres adoptivos la habían rechazado? ¿Que su padre biológico la había torturado para sacarle información? La familia de Maive parecía muy unida; le costaría entender todos los dramas familiares que había vivido en los últimos meses.

A pesar de la respuesta de Nyaja, Maive volvió a la carga.

—Pero vas a volver con ellos, ¿verdad? —preguntó.

Nyaja les había dicho que quería reencontrarse con su familia. Pero no la familia que la había criado. Porque lo más parecido a una familia que tenía Nyaja estaba más allá de la Frontera de Piedra.

—Con mi familia política —murmuró. De todas formas, que Yáhlazer y ella se casaran era cuestión de tiempo.

—Entiendo —respondió Maive—. Yo no conozco a mi familia biológica. Me abandonaron en un orfanato. Así que, para mí, Vak y Dem son la única familia que tengo.

Nyaja asintió, aunque no sabía a qué venía ese repentino intento de Maive por comprenderla.

—Yo también… tenía familia política —prosiguió Maive, desviando la mirada—. O casi. Iba a casarme. Pero él… murió.

Nyaja no sabía si era apropiado seguir preguntando. Por suerte, no necesitó dilucidarlo ella, ya que Maive siguió hablando con una confianza arrolladora.

—Érisen lo mató —dijo, con una rabia mal contenida que se reflejaba en sus palabras.

Nyaja ya había escuchado ese nombre antes, y ya entonces había sido en un contexto negativo. Érisen era el rey que pretendía reunir las Piedras de la Vida. Como si ese pensamiento hubiera aflorado también en la mente de Maive, la siguiente pregunta corrió por ese mismo camino.

—¿Has oído hablar sobre las Piedras de la Vida? —preguntó.

Nyaja abrió la boca para negarlo, pero una negativa tan rápida y categórica la hubiera delatado. Ese había sido su error ante Drailon, y no lo cometería una segunda vez. Si Maive quería saber algo sobre las Piedras de la Vida, no lo descubriría a través de ella.

Nyaja se temió que su expresión de asombro la pusiera en evidencia, o que su largo silencio hablara por ella de nuevo, pero Maive siguió dialogando con naturalidad.

—Sé que todo el mundo piensa que son una leyenda, pero yo las he visto. Érisen pretende reunirlas todas y nadie sabe qué sucederá entonces. Mi… prometido trató de advertirme de que lo impidiera, pero fui una idiota y no lo entendí. Metí la pata hasta el fondo, y he venido a Athevia a arreglarlo. Es mi deber arreglarlo.

Nyaja no sabía qué responder a eso y se quedó callada, analizando lo que acababa de escuchar. Maive le regaló una sonrisa.

—Debes de pensar que soy rara. Te estoy hablando de mi vida cuando acabamos de conocernos. Pero yo siento que puedo confiar en ti. Y me gustaría que tú confiaras en mí y también me dijeras adónde vas y por qué. Tal vez nuestro destino sea el mismo.

Nyaja tragó saliva. Podía ser una estratagema para hacerla confesar. No, no podía confiar en Maive todavía. Era demasiado precipitado. Y lo que estaba en juego era demasiado delicado como para contárselo a una desconocida.

—Vamos a quitarte el exceso de tinte del pelo y ver el resultado final —propuso Maive.

Nyaja aceptó. Cualquier cosa era mejor que hablar de sus problemas.

—Yo viajo a Dumaria —dijo entonces Maive, con un timbre tenebroso en la voz— para matar a Érisen por lo que les hizo a Háler y a su familia.

Nyaja entró en la estación de tren de Zaros con su nueva apariencia. Intentó caminar con seguridad, como si no tuviera nada que ocultar. Todas las miradas volaban hacia su variopinto grupo, cada cual más llamativo que el anterior.

Había varios soldados de la Guardia Roja desperdigados por los andenes. La miraban, la estudiaban y sacudían la cabeza con desaprobación. Nyaja tuvo que contener la sonrisa cuando se dio cuenta de que nadie la reconocía con el pelo azul y un vestido de Maive que tenía más colores de los que podía nombrar.

También se había contorneado los ojos de negro y se había espolvoreado la cara con el maquillaje de Maive.

Llegaron hasta los revisores, que se encontraban ante las puertas abiertas del tren que los llevaría a su destino. En circunstancias normales, a Nyaja jamás se le habría ocurrido subirse a un tren. Los funcionarios trabajaban directamente para el Parlamento y podrían arrestarla en el acto si la reconocieran.

El revisor de turno pidió los visados de Démer y Vaknin, porque su color de piel los delataba como extranjeros.

Con una renovada confianza en sí misma, Nyaja cogió la mano de Maive cuando el funcionario les pidió sus documentos, algo que Nyaja no tenía a mano, y que, aunque tuviera, no pensaba mostrar.

—¿Qué clase de insulto es este? —protestó. El revisor pareció sorprenderse ante su impoluto acento brunedano—. Mi hermana y yo somos brunedanas, así que le sugiero que nos deje subir a este tren antes de que le haga saber a la Guardia Roja que están importunando a dos ciudadanas de bien.

El hombre parpadeó varias veces, tratando de hacerse a la idea de lo que estaba viendo. Incluso Maive parecía sorprendida ante su intervención.

Nyaja extendió los billetes, pero el funcionario ni siquiera los revisó antes de hacerse a un lado para dejarlas subir.

Una vez fuera del radio de audición del revisor, Nyaja suspiró de alivio. Todavía le costaba creer que su plan hubiera funcionado tan bien. Al darse cuenta de lo que acababa de hacer, empezaron a temblarle las manos de nerviosismo. Dentro del pecho, el corazón se le desbocó como si acabara de correr una maratón.

—¡Has estado increíble! —la felicitó Maive, mientras corrían a reunirse con Vaknin y Démer.

Pero Nyaja no se atrevía a cantar victoria tan pronto. Todavía quedaba un largo camino hasta Onuaya. Y, tras eso, tendrían que superar el mayor obstáculo de todos: la conflictiva Frontera de Piedra.

El tren que se movía entre Zaros y Onuaya hacía una parada en Atios.

Nyaja debería haberlo predicho, pues ya había cogido el tren que hacía esa ruta tiempo atrás.

Parecía que había pasado una eternidad desde que había abandonado Atios para embarcarse en la aventura que la había llevado hasta su nueva vida. Nada había vuelto a ser igual desde entonces. Había conocido un país nuevo, había visto maravillas increíbles y había aprendido a valorar la vida. Su mundo era diferente, más grande, más brillante. Y ella misma había cambiado.

Nyaja era incapaz de reconocerse en aquella jovencita que había salido de esa ciudad, en aquella criatura mecánica que solo sabía obedecer. Había sido una marioneta durante demasiado tiempo. Le habían enseñado a amar esas cadenas invisibles y ella lo había aceptado con gusto y sin quejarse. Pero cuando había comprendido cuánto se había perdido, cuánto le habían arrebatado, todas esas cadenas se resquebrajaron.

Y no permitiría que más cadenas rodearan sus manos de nuevo.

Había otras alternativas. Dumaria le había enseñado que los magos y las personas corrientes podían convivir en paz, sin odiarse, sin temerse los unos a los otros. Si en Dumaria era posible, en Brunedain también debería serlo.

Nyaja suspiró.

Iba a huir una vez más, lo sabía. Iba a dejar a los magos brunedanos abandonados a su suerte en cuanto cruzara la Frontera de Piedra, en cuanto volviera a ponerse a salvo más allá de los Picos Perlados.

Pero no podía luchar contra Brunedain ella sola. Era poderosa, era más poderosa que casi cualquier mago. Pero seguía siendo una sola persona. No podría derrotar a un imperio tan grande sin ayuda.

Y la ayuda estaba más allá de la Frontera de Piedra, en Dumaria, donde Yáhlazer la estaría esperando, desesperado.

Nyaja esperaba poder convencerlo de derrocar al corrupto Parlamento brunedano. Nyaja deseaba que el amor que Yáhlazer sentía por ella pudiera extenderse más allá, hacia los magos brunedanos que tanto habían sufrido.

Era la única esperanza para los magos brunedanos. Y ella era quien podía traer esa esperanza.

Aunque ese país se lo hubiera quitado todo, aunque ahora quisieran arrebatarle hasta la vida, no podía abandonar a los inocentes. No era justo que solamente ella hubiera visto lo que había más allá de la Frontera de Piedra. Todos los magos de Brunedain habían sufrido la misma represión que ella, y todos se merecían una oportunidad.

Nyaja se prometió a sí misma que no abandonaría a Brunedain a su suerte. Tal y como había jurado, no descansaría hasta que el último

mago de Brunedain fuera libre.

CAPÍTULO 19

Desde esa cama de impolutas sábanas blancas podía ver el jardín a través de las grandes cristaleras de su habitación. Había varios pacientes caminando de un lado a otro, pero Eishar había perdido las ganas de todo.

Los días y las noches se fundían entre sí hasta que le resultaba imposible diferenciarlos. Había perdido la cuenta de cuánto tiempo llevaba en ese lugar, y podría jurar que habían pasado meses desde que había visto a Izorn por última vez.

No podría sentirse más miserable.

Escuchó voces procedentes desde la puerta, pero como nunca entendía nada de lo que le decían los sanitarios que trabajaban en ese lugar, no se molestó en darse la vuelta en dirección a la procedencia del sonido. Ya se marcharían y la dejarían en paz, como de costumbre.

Pero esta vez fue diferente.

—Buenos días, señora Dúayan —la saludó alguien, hablando en un idioma que sí entendía.

Eishar se incorporó de golpe, buscando una salida. Si alguien la había descubierto, tenía que salir de ahí. Tenía que salir huyendo lo más rápido que pudiera. No regresaría a Brunedain. Se lo había prometido a Izorn.

—No se preocupe, señora Dúayan —prosiguió diciendo esa voz femenina. Eishar la ubicó bajo el marco de la puerta, acompañada por Zírave, la médica que solía atenderla—. Solo queremos hacerle unas preguntas. Esperamos no importunarla.

Eishar no recordaba la última vez que alguien le había hablado con tanto respeto. Pero, al pararse a pensarlo, se dio cuenta de que nadie se había molestado en hacerlo nunca. Entonces se percató de que esa mujer no era brunedana. Tenía el mismo acento que Izorn; era dumariana.

Eishar se sentó en la cama y trató de arreglarse el pelo. La trenza se le había deshecho y la mayor parte de sus mechones negros se habían escapado del agarre.

Izorn le había advertido que los dumarianos querían información, así que se preparó para responder a las preguntas.

Asintió con la cabeza.

—Mi… jefe le hará las preguntas —le indicó la dumariana—. Si no le resulta una molestia.

Eishar negó con la cabeza, tras lo cual, la mujer le hizo una seña a alguien que esperaba fuera.

Un joven de cabello blanco y piel oscura entró en la habitación. A juzgar por esa extraña combinación, el blanco no debía de ser su color de pelo habitual. Además, parecía demasiado joven para ser el jefe de nadie, pero Eishar no pensaba decir lo que pensaba en voz alta. No sabía con quién estaba tratando y prefería no meterse en problemas. En ese lugar estaba en una clara desventaja.

El joven le dedicó una sonrisa triste. Eishar no necesitaba tener los poderes habituales de una Empática para captar que había algo rompiéndolo por dentro.

—Buenos días —la saludó, tartamudeando; no sabía hablar bien en brunedano. La intérprete que tenía al lado tradujo su primera pregunta—. ¿Podría decirnos cuándo llegó a Dumaria?

Eishar no recordaba cuántos días habían pasado desde que Izorn la había dejado en ese lugar.

Fue Zírave la que respondió a la pregunta, que seguía en la puerta. Eishar no entendía nada de lo que decía, pero esperaba que no estuviera mintiendo.

El joven de pelo blanco se volvió hacia ella y formuló otra pregunta. Su intérprete tradujo al brunedano.

—¿Ha oído hablar de Nyaja Tudein?

Ahí estaba. Justo la pregunta que Eishar estaba esperando, la que Izorn había insistido en que respondiera con sus mismas palabras. No las había olvidado. No había olvidado nada de lo que Izorn había dicho y hecho sobre ese barco.

—Sí —respondió. La voz le raspó la garganta, acostumbrada a permanecer en silencio.

El joven de pelo blanco abrió los ojos de par en par.

—Puedo deciros dónde está —añadió—, a cambio de…

¿A cambio de qué? Dudaba que esas personas pudieran darle lo único que ella deseaba.

—Cualquier cosa —dijo la intérprete—. La corona de Dumaria ofrecería cualquier cosa que solicite a cambio de esa información.

La corona de Dumaria. Izorn estaba en lo cierto al afirmar que el rey de Dumaria estaba muy interesado en proteger a Nyaja Tudein. El porqué seguía siendo un misterio para Eishar.

—Quiero tres permisos de residencia en Dumaria, sin preguntas y sin excusas, para quién yo diga —exigió, intentando que no le

temblara la voz al hablar—. Uno… uno de los permisos sería para mí. Y los otros dos para… —se interrumpió. No sabía cómo calificar a Izorn y a Kehidar todavía.

—Hecho —dijo el joven de pelo blanco, en brunedano. Al parecer, estaba entendiendo todo lo que decía, aunque parecía no saber hablar bien—. ¿Dónde está Nyaja?

—En Tranteria —respondió, algo insegura. ¿Y si después de decirles dónde estaba Nyaja Tudein decidían traicionarla y no cumplir con su palabra?

El joven de pelo blanco le dijo algo a la médica. Zírave salió un momento de la habitación y regresó con papel, tinta y una pluma. Él se apoyó en la mesa donde le dejaban la comida y las medicinas y empezó a escribir. Cuando terminó, arrancó la hoja del cuaderno y se acercó con la cautela que usaría alguien para acercarse a un cervatillo herido, y le entregó el papel.

—Promesa —murmuró, en brunedano. Parecía haber captado su indecisión a hablar. No debería sorprenderle teniendo en cuenta que todo el mundo podía captar sus emociones ahora que era incapaz de controlar sus poderes.

Eishar asintió. Supuso que el papel estaría escrito en dumariano y no entendería nada, así que lo dejó a un lado y empezó a hablar.

—Está en Tranteria —repitió—. En la mansión de Drailon Hártimer. En su sótano hay una prisión. Ahí es dónde está.

A medida que avanzaba su discurso, los ojos del joven se iban saliendo más y más de sus órbitas, como si no pudiera creerse lo que estaba escuchando. Eishar también estaría aterrada si tuviera la intención de rescatar a Nyaja, sobre todo después de todo lo que Izorn le había contado sobre el presidente de Brunedain.

Eishar se preguntó si esa gente sabría a lo que se enfrentaba.

Pero no hubo tiempo de advertirles qué clase de mago era Drailon Hártimer antes de que el joven que estaba al mando ordenara salir a todo el mundo.

—Muchas gracias, Eishar —le dijo. Sus ojos azules brillaban con intensidad, lo que convertía a sus palabras en un agradecimiento sincero.

Tras despedirse, salió de la habitación con paso apresurado. Su intérprete le dedicó una sonrisa a ella desde la puerta antes de seguir a su jefe.

Zírave también se marchó.

Eishar suspiró al quedarse a solas con su propia autocompasión. Al volver a tumbarse en la cama encontró el papel que había escrito el joven. Como había supuesto, no entendía nada de lo que estaba escrito, salvo su propio nombre. El alfabeto del dumariano y del brunedano era el mismo, pero las letras se ordenaban de formas

diferentes. Excepto en el caso de los nombres propios.

Y por eso, cuando sus ojos volaron hasta el final del papel y leyó el nombre del firmante, sintió que el aire se le atascaba en los pulmones. Era un nombre que conocía muy bien.

Yáhlazer de Várenma.

Acababa de hablar con el mismísimo rey de Dumaria.

CAPÍTULO 20

Izorn desmontó del caballo que había robado cuando vislumbró los barcos anclados en la costa del sur de Dumaria. Había sido un largo camino, pero esperaba llegar a tiempo a su reunión. Antes de empezar a descender por los escarpados acantilados, serpenteó entre las gargantas y las colinas, buscando al ejército dumariano.

Si podía localizarlo, le sería más fácil darles esquinazo a los soldados enemigos para llegar hasta Érisen. Porque no dudaba que los dumarianos ya habían tomado medidas con respecto a la gran flota que amenazaba su país.

Sin embargo, por más que escudriñó la abrupta costa, no encontró al ejército de Dumaria. Decidió pues que era seguro bajar hasta la línea que unía el mar con la tierra. Era un descenso complicado para alguien acostumbrado a moverse por ciudades de calles pavimentadas, pero logró llegar a su destino sin lastimarse demasiado.

Los barcos de Érisen estaban lejos de la costa, pero la marea estaba tan baja que había rocas y bancos de coral a la vista. Si saltaba de uno a otro podría llegar hasta los barcos.

Ese parecía ser el motivo de que Érisen no hubiera acercado sus barcos a tierra; se encallarían en esa barrera natural.

Con torpeza y mojándose los pantalones hasta las rodillas, Izorn consiguió avanzar a través del mar.

Cuando se estaba acercando a uno de los barcos, alguien le hizo una señal desde la cubierta. Izorn, que no sabía que esperarse, desenvainó los puñales. Pero no tardó en darse cuenta de que solo pretendían bajar un bote para él. Sopesó la idea de que tal vez ya esperaban que Drailon enviara a un mensajero para negociar.

Y entonces vio su figura asomándose desde la cubierta del barco, y todos los pensamientos de Izorn se congelaron dentro de su cabeza.

Izorn se subió al barco antes de estar preparado para enfrentarse a Drailon. No esperaba tener que hacerlo hasta dentro de un par de

semanas, y su repentina aparición lo había cogido desprevenido.

—¿Señor? —preguntó, nada más poner los pies en la cubierta del barco.

Había soldados de la Guardia Roja protegiendo al presidente, aunque Izorn sabía que Drailon no terminaba de confiar en su eficacia.

—Ha habido un cambio de planes —le explicó, sin entrar en detalles. Luego lo observó de arriba abajo como si hubiera captado algo extraño. Izorn supuso que se debía a su atuendo, que no era el que solía llevar. Sin embargo, no permitió que su escrutinio le borrara la expresión de indiferencia de la cara—. ¿Por qué has tardado tanto en llegar?

Izorn no había pensado en una respuesta para esa pregunta, pero se descubrió a sí mismo hallando una solución que, en parte, era cierta.

—El barco me dejó a varios kilómetros de la flota del rey Érisen —respondió, con voz mecánica—. El capitán del barco no se atrevía a acercarse más y tuve que hacer el resto del viaje a pie.

Drailon no parecía convencido, pero asintió de todos modos.

—Bien, me alegra volver a tenerte cerca —comentó, dándose la vuelta para dirigirse hacia la bodega del barco—. En los tiempos que corren, no podemos prescindir ni de un solo soldado.

Mientras lo seguía, Izorn se cuestionó si debería preguntar por qué Drailon estaba ahí, y no en Tranteria. Porque si él no estaba vigilando a Nyaja… ¿a quién había dejado a cargo?

Bajó las escaleras detrás de Drailon, y allí, asomado tras una puerta, encontró a su hermano. Izorn sintió el mismo escalofrío que le recorría la espina dorsal cada vez que veía a Kehidar tan cerca de Drailon. Todas las alarmas de su cuerpo se activaron.

—Kehidar podrá contarte toda la historia —dijo Drailon, ajeno al terror que recorría las venas de Izorn al escuchar el nombre de su hermano en la boca de ese monstruo. Drailon se volvió hacia él antes de terminar de hablar—. Nyaja ha escapado —confesó, al fin—, y como buena soldada entrenada por Brunedain, aquí es adónde vendrá —añadió, con una seguridad arrolladora.

Izorn tragó saliva, y aunque trató de evitarlo, sus ojos se enfocaron en su hermano gemelo. Drailon, como no, captó la dirección de su mirada.

—Un Lunasol poco o nada puede hacer para detener a un Veloz —comentó Drailon, y el doble sentido de sus palabras le heló la sangre de las venas—. Aunque sí que ha habido una culpable en esta ocasión.

Izorn volvió a centrar su atención en Drailon. ¿Estaba insinuando que alguien había dejado escapar a Nyaja deliberadamente?

—La traidora de Ramja la ayudó a escapar —dijo Drailon. La falta de furia o ira en su voz era lo que más pavor daba—. Pero ha pagado

por sus crímenes —concluyó Drailon—. Las alimañas del río ya habrán dado buena cuenta de su cadáver.

La sonrisa de Drailon era la más cruel que Izorn había visto en su vida.

—Bien, tengo asuntos que atender. Vosotros aseguraros de que vuestra existencia siga siendo un secreto.

Drailon se marchó, pasando al lado de Izorn en el proceso. Casi pudo oler la podredumbre que manaba de cada poro de su cuerpo.

Izorn esperó a que la sombra de Drailon desapareciera por las escaleras antes de casi correr hacia Kehidar. Le cogió el rostro entre las manos y lo examinó en busca de alguna lesión casi con desesperación.

—Estoy bien, Izorn —susurró—. Estoy bien. Ven.

Kehidar lo agarró del brazo, comprobó que nadie los viera, y tiró de él hacia el interior de una habitación. Kehidar cerró la puerta y apoyó la espalda contra ella, para asegurarse de que nadie escuchara desde el otro lado.

—¿Eishar? —preguntó, en un susurro casi inaudible—. ¿Está bien?

Izorn evitó su mirada y se tapó la boca con la mano. Al hacerlo, se dio cuenta de que no llevaba puestos los guantes, de que la cicatriz de su mano derecha estaba al descubierto. Se había confiado demasiado durante los últimos días, había dejado que la esperanza entrara en su alma. Había olvidado las cadenas de titanio que seguían rodeando su cuello.

—Está a salvo —respondió, en voz baja—. Está en un hospital. Me han dicho que cuidarán de ella hasta que se ponga bien.

—No te pregunté si estaba a salvo. Te pregunté si está bien.

Izorn le dio la espalda a su hermano para que no viera la expresión de dolor que cruzó su semblante al recordar cómo la había abandonado.

—¿Izorn?

—Hice lo que tenía que hacer —murmuró—. Y, aun así, siento que la he traicionado.

Izorn escuchó los pasos de Kehidar acercándose a él. Poco después sintió su mano en el hombro.

—No puedes hacer otra cosa, Izorn —trató de consolarlo—. Si él la… si la descubriera…

Kehidar no se atrevió a decirlo en voz alta, e Izorn ni siquiera quería pensar en esa posibilidad.

—No sabe nada —dijo Izorn, con firmeza—. Y seguirá siendo así. Aunque eso signifique que no volvamos a verla.

—No deberíamos perder la esperanza tan pronto —susurró Kehidar.

Izorn se dio la vuelta por fin para mirarlo a los ojos. No quería hacerle eso a Kehidar, no quería romperle el corazón de esa manera. Pero tampoco podía dejarlo que viviera en un sueño.

—Dejar a Eishar sola en un lugar del que no conoce ni el idioma, llorando, enferma, fue la decisión más dura que he tenido que tomar en mi vida, Kehidar. —Intentó que su voz sonara con dureza, pero le tembló—. Pero ambos deberíamos estar agradecidos de que al menos hayamos podido salvarle la vida. Es una suerte que muchos no tienen.

Izorn se dio cuenta de que su hermano estaba haciendo un esfuerzo sobrehumano para contener las lágrimas. A veces podía sentir lo mismo que Kehidar, como si entre ambos existiera un vínculo invisible.

—La quiero, Izorn —murmuró, con la voz rota—. No quiero que sufra.

—Ella también te quiere. Pero el amor no puede ganar todas las batallas.

Izorn decidió marcharse, antes de que la conversación se volviera demasiado dura para su hermano. Pero Kehidar le agarró del brazo cuando pasó por su lado.

—¿Vas a rendirte tan fácilmente? —le preguntó, acusador.

Al menos, Izorn sí que tenía una respuesta para esa pregunta. Le dio un apretón en el hombro a su hermano gemelo.

—Jamás —juró—. Si hay algo que pueda prometerte, es que jamás dejaré de luchar por ti. Y por ella.

CAPÍTULO 21

Nyaja fue la primera en bajarse del tren en la ciudad de Onuaya. El viaje había sido tan tedioso como lo recordaba y estaba deseando volver a sentir suelo firme bajo sus pies.

Hacía frío en esa ciudad tan cercana a las altas cumbres de los Picos Perlados, y Nyaja echó de menos alguna prenda de abrigo sobre los hombros y los brazos. El invierno estaba a punto de llegar, y ya podía sentirse su cercanía.

Esperó a que Maive y sus padres se bajaran del tren antes de encaminarse hacia la salida de la estación. Pero cuando una cara conocida entró en su campo de visión, sus pies se anclaron en el suelo como si hubieran echado raíces.

—¿Qué pasa, Nyaja? —preguntó Maive, mirando en todas direcciones, buscando la causa de su repentino cambio de comportamiento.

Él tardó en reconocerla, y siguió su camino como si nada. Pero, como buen soldado que era, sus ojos no perdían detalle de nada de lo que sucedía a su alrededor. La mirada inquieta del Llameador se clavó en ella y esbozó una sonrisa sarcástica.

Theran Graemor caminó hacia ella como si no tuviera nada que temer, como si hubiera regresado del infierno y nada sobre la faz de la tierra pudiera suponer ya una amenaza para él.

—Tienes más agallas de lo que me habías hecho creer —le dijo, con la voz tan afilada como la hoja de una espada.

—Has escapado —murmuró Nyaja.

Era una obviedad, pero no se le ocurría qué otra cosa decir en ese momento, y permanecer callada, mostrando sus cartas, no le parecía una buena opción.

El silencio prolongado de Theran parecía más peligroso que cualquier palabra que pudiera pronunciar. Era como un depredador al acecho.

—Te equivocas —respondió, tras su larga deliberación—. Fue tu rey el que abrió las puertas de las celdas. Estaba preocupado por… ti.

—Su tono era acusador.

Nyaja tragó saliva. Solo por si acaso, formó un escudo a su alrededor.

—¿Tu rey? —preguntó Maive. Nyaja se había olvidado de que seguía ahí—. ¿De qué está hablando?

—Veo que has hecho nuevos aliados —comentó Theran, pasando su mirada a Maive, y de Maive a Démer y Vaknin, que habían llegado a su altura sin que Nyaja lo percibiera. Solo por precaución, amplió el radio de su escudo para protegerlos a los tres—. ¿A ellos también vas a traicionarlos, como hiciste con nosotros?

Un puñetazo en el estómago hubiera sido menos doloroso que esas palabras.

—Yo no… —empezó a excusarse, pero alguien interrumpió sus palabras.

—¡Estás aquí! —exclamó alguien.

Nyaja se volvió hacia la procedencia de la voz y descubrió a Hyren, seguido por Igme y Tadrin. Sus caras de asombro hablaban por ellos.

—Has escapado. —Más que una pregunta, Igme hizo una afirmación.

—Es evidente que sí —comentó Theran, volviendo a la carga—. Siempre consigue salir airosa de sus problemas, sin importar a quien tenga que pisotear.

—Yáhlazer está preocupado por ti —dijo Hyren, ignorando las crueles verdades de Theran—. Nos envió para rescatarte, aunque parece que llegamos tarde.

—¿Yáhlazer? ¿El rey Yáhlazer? —preguntó Maive—. ¿Conoces al rey de Dumaria? ¿Y por qué tenían que rescatarte?

Nyaja sintió que le iba a explotar la cabeza.

—¿No les has contado a tus nuevos amigos quién eres? —preguntó Theran, metiendo aún más leña al fuego—. ¿Tanto te avergüenzas de tus decisiones, Nyaja?

—¡Cállate! —exclamó Maive—. ¡¿Quién te crees que eres para hablarle así a Nyaja?!

Nyaja se volvió hacia Maive. No podía creerse que se estuviera enfrentando a un Llameador, uno de los magos más peligrosos que existían, solo para defenderla. A Theran le bastaría un pensamiento para reducir a Maive a cenizas. Aunque Nyaja en seguida cayó en la cuenta de que Maive no tenía por qué saber a quién acababa de gritarle.

Nyaja reforzó el escudo, pero el Llameador se limitó a esbozar una sonrisa sarcástica. Como buen mago brunedano, Theran no atacaría a una persona corriente. Aunque Maive fuera una extranjera.

—Ya no necesito vuestra ayuda —dijo Nyaja, reponiéndose lo

mejor que pudo de todas las puñaladas que Theran acababa de propinarle—. Así que podéis marcharos y hacer lo que consideréis oportuno. Imagino que ese es el trato que Yáhlazer hizo con vosotros.

Había dicho «Yáhlazer» y no «el rey Yáhlazer». Nyaja se dio cuenta demasiado tarde de cuántas cosas había confesado al referirse a él de una forma tan cercana.

—Imaginas bien —le confirmó Theran—. Supongo que no necesitarás mi ayuda para cruzar esas montañas. Yo mismo te enseñé cómo hacerlo —añadió, retorciendo el cuchillo en la herida una última vez. Luego, se volvió hacia el resto de su grupo—. Vámonos. Aquí ya no tenemos nada más que hacer.

Theran se dio la vuelta y se marchó sin molestarse en volver a posar sus ojos en ella. Nyaja imaginaba que se había ganado su odio y su desprecio. Ella los había traicionado. Había dejado que se consumieran en una prisión de titanio mientras flirteaba con el rey de Dumaria.

Igme le dirigió una mirada apenada antes de darle la espalda y, sin una sola palabra, siguió a Theran como una soldada obediente. Tadrin no se cortó en mirarla con desprecio, y casi con amenaza, antes de marcharse también.

Hyren se quedó más tiempo, dedicándole una mirada triste que hablaba por él. De todos los miembros del grupo, Nyaja siempre había sentido a Hyren como el más cercano, tal vez por su habilidad para leer su mente y sus emociones. O quizá porque podrían haber llegado a ser amigos si las cosas no se hubieran torcido tanto.

—¿Qué vais a hacer ahora? —preguntó Nyaja, incapaz de contenerse. Theran y los demás tendrían que dar muchas explicaciones sobre cómo habían logrado regresar a Brunedain.

Hyren se encogió de hombros.

—Solo sé que, si volvemos a encontrarnos, será como enemigos —murmuró, apesadumbrado.

—Lo siento —susurró, aunque sabía que sus palabras no valían nada.

Hyren esbozó una breve sonrisa.

—Tú has escogido un bando. Y yo he escogido otro. Las guerras nunca han unido a nadie. Y nunca lo harán. Ese no es su propósito.

Nyaja no sabía qué responder a eso, así que Hyren dio por terminada la conversación y se apresuró a seguir a Theran.

Nyaja sentía unas ganas irrefrenables de salir corriendo hasta agotar la última gota de magia que hubiera en sus venas. Necesitaba sentir el viento en la cara, los pies prácticamente volando sobre la tierra, imparables.

Una mano rodeando su brazo con suavidad la devolvió a la realidad.

—Creo que tienes muchas cosas que contarme —dijo Maive.

Nyaja asintió. No tenía sentido seguir ocultando quién era, ni adónde se dirigía. Maive podría haberlo deducido todo a partir de las palabras de sus antiguos compañeros de equipo.

—Pero aquí no —respondió—. Tenemos que encontrar una manera de eludir a las patrullas de la Guardia Roja para salir de la ciudad. En Onuaya hay muchos controles.

Nyaja guio a Maive y a sus padres por las callejuelas menos transitadas, sin perder de vista al sol. Sabía que tenía que ir hacia el sur, de modo que el sol, a esas horas de la mañana, debía permanecer siempre a su izquierda.

Mientras avanzaban, esquivando a la Guardia Roja a veces por tan solo unos segundos, Nyaja les relató su historia. Les contó cómo había llegado a Dumaria, les habló de la resignación que la había invadido al ser atrapados tan fácilmente por el rey de Dumaria. Les explicó cómo usó sus poderes de Veloz por primera vez, cómo Yáhlazer la perdonó y le dio una segunda oportunidad. Les habló de Yáhlazer, de las maravillas de Dumaria, de la amabilidad de Omireli, de la paciencia de Miravien.

Se saltó todo lo referente a las Piedras de la Vida, puesto que eso debía permanecer en secreto. Porque Maive conocía las leyendas acerca de las Piedras de la Vida, y lo último que Nyaja quería hacer era ampliar esos conocimientos.

Siguió contando su viaje a Brunedain, y los múltiples descubrimientos a los que llegó: su familia adoptiva, sus sentimientos por Yáhlazer, su amor por sus nuevos poderes. Les relató cómo se había aceptado a sí misma después de haber cambiado, después de haber renunciado a sus raíces y a un país que la había anulado como persona, para abrazar a Dumaria y a la libertad que le ofrecía. Les explicó por qué había aceptado casarse con Yáhlazer en un futuro, por qué era tan importante para alguien como ella conseguir la ciudadanía dumariana, y por qué ya no era brunedana legalmente hablando.

Y, al final, les relató la reunión con la reina de Brunedain, les explicó cómo había perdido esa batalla y cómo la habían arrastrado de vuelta al país del que había renegado.

Sin embargo, no siguió hablando. Porque no quería confesar que Drailon Hártimer era su padre, que era la hija del villano del cuento. No quería tener que admitir que su propio padre la había torturado sin piedad.

Se limitó a decir que, gracias al sacrificio de Ramja, había logrado escapar de su prisión.

Al terminar su historia, ya habían alcanzado los límites de Onuaya. Los últimos edificios empezaban a convertirse en casitas de madera, y las calles morían en la campiña.

Pero, tal y como se había temido, había un control de la Guardia Roja velando la salida de la ciudad, impidiendo que nadie entrara o saliera sin los permisos requeridos para tal fin.

—¿Cómo vamos a pasar? —preguntó Maive.

Nyaja conocía la manera. Desenvainó sus dos cuchillos.

—De eso me encargo yo. Quedaos aquí.

—Nyaja, es…

No llegó a escuchar el final de la frase, porque ya había echado a correr hacia sus objetivos. Nyaja sabía que la verían llegar, sabía que reconocerían a esa figura que se movía más rápido que el pensamiento, sabía que intentarían desenfundar sus armas de fuego para frenarla.

Y sabía que no llegarían a tiempo.

Estiró los brazos, rematados en afilados cuchillos, al cruzar entre la pareja de soldados. Intentaron apartarse, pero eran demasiado lentos. Nyaja escuchó el desagradable sonido de la carne al romperse.

Los dos soldados cayeron al suelo con un grito. Frenó en seco, levantando una nube de polvo. Se giró y, con una precisión letal, hundió los cuchillos en los cuellos de los soldados, atravesando sus cuerdas vocales, silenciándolos mientras sus cuerpos eran entregados a la muerte.

Cayeron al suelo, donde su agonía apenas duró unos segundos más.

Alzó la mirada hacia donde Maive y sus padres se habían quedado mirando, entre aterrados y fascinados, lo que acababan de presenciar. Nyaja sabía que no había nada que pudiera decir para aliviar la tensión.

El viaje a través del Último Bosque transcurría a pie, pues Démer había dejado el carruaje y los caballos en una sucursal de la empresa de alquiler de vehículos que habían contratado. Aunque lo que más molestaba a Nyaja era ese absoluto silencio en el que se habían internado. Sospechaba que era culpa suya, y que había asustado a sus tres compañeros de viaje con ese brutal asesinato a sangre fría.

En Brunedain se había acostumbrado a que todas las personas corrientes la temieran de forma casi inconsciente solo por ser una maga, aunque nunca la hubieran visto haciendo nada similar a la carnicería de esa mañana.

Tendría que volver a acostumbrarse a que la miraran con pavor, con la palabra asesina brillando en los ojos.

Pero no podía dejar que eso le afectara tanto.

Yáhlazer estaba preocupado por ella, y pasaría por encima de quién se interpusiera en su camino para hacerle saber que estaba bien.

Podía imaginarse la agonía que debía de torturarlo al no saber nada de ella.

Nyaja apuró el paso; quería llegar a los Picos Perlados cuanto antes. El Último Bosque pertenecía a Brunedain, pero la cordillera era, sobre el papel, parte del territorio dumariano. Se sentiría más segura en cuanto hubiera traspasado esa frontera invisible y empezara a encontrarse con soldados dumarianos.

La espesura del bosque no le permitía ver mucho más allá, y no se sentía cómoda con esa situación. Solo esperaba poder ver las casacas carmesíes de la Guardia Roja antes de que sus enemigos los vieran a ellos. Localizar a posibles magos brunedanos sería más difícil; la mayoría vestían ropa de tonos verdes apagados que se fundía con la vegetación.

Había matado a dos soldados de la Guardia Roja en las afueras de Onuaya, así que era cuestión de tiempo que enviaran a una patrulla a buscar a quienquiera que se hubiera saltado el control.

Cuando el terreno por fin empezó a inclinarse, y los árboles iban quedando atrás, Nyaja empezó a calmarse. Sabía que aún tardarían en llegar a las primeras montañas, pero estaban más cerca de dejar atrás a sus posibles perseguidores.

En medio de su nerviosismo, divisó unas figuras humanas a lo lejos.

—Escondeos —ordenó. Su voz sonaba pastosa después de tantas horas sin utilizarla.

Maive y sus padres no necesitaron un segundo aviso para ocultarse detrás de los árboles.

Nyaja se cubrió con un escudo, apretó la empuñadura de su cuchillo derecho y avanzó. Percibió que esas cuatro personas caminaban en su dirección y que no vestían de rojo. Aunque todo parecía apuntar a que eran de su bando, no quería arriesgarse a cometer un error. Le resultaba sospechoso que los soldados dumarianos que custodiaban los Picos Perlados se hubieran aventurado tan al norte.

A medida que sus pasos la acercaron a los desconocidos, apreció más detalles, como que sus piernas no estaban cubiertas con pantalones, sino con las múltiples capas de tela que caracterizaban a las elobas dumarianas.

Nyaja estuvo a punto de dejarse caer de rodillas al suelo por ese regalo. Se quitó los cuchillos del cinturón justo cuando los soldados se disponían a desenvainar sus propias armas, los dejó caer al suelo y levantó las manos.

—Soy Nyaja —dijo en dumariano, en voz alta para hacerse oír—. Soy la duquesa de Xandiara —prosiguió—. Soy la prometida del rey Yáhlazer.

Su voz casi sonaba como un ruego.

Los soldados soltaron las armas con asombro y echaron a correr hacia ella. El soldado que la alcanzó primero no se lo pensó dos veces antes de quitarse la capa y rodearla con ella como si Nyaja fuera la víctima de alguna terrible catástrofe. Ella ni siquiera se había dado cuenta del frío que hacía hasta ese instante.

—¿Se encuentra bien, duquesa? —preguntó otro—. ¿Hay algo que podamos hacer por usted?

Por algún motivo, no dudaron de su identidad. Lo más probable era que esos soldados nunca hubieran visto su rostro, pero confiaban ciegamente en sus palabras.

Nyaja se dio cuenta de que había algo raro en todo eso cuando una soldada envió una llamarada al cielo. Se puso tensa.

—No se preocupe, duquesa —dijo la cuarta soldada—. Muy pronto estará en casa.

Hablaba un dumariano perfecto. Y, sin embargo, había algo que no cuadraba.

—No… no he venido sola —murmuró—. Unos… —dudó; no sabía qué palabra emplear para referirse a sus compañeros de viaje—. Unos amigos me han ayudado a llegar hasta aquí.

Uno de los soldados miró por encima de su hombro y pareció encontrar a Maive, Démer y Vaknin escondidos entre los árboles.

—¿Quiere que les flanqueemos el paso hacia Dumaria, duquesa?

Nyaja tardó un rato en comprender que le estaban pidiendo instrucciones a ella. Porque era una duquesa y, como tal, su palabra era más valiosa que la de cualquier soldado.

—Sí, por supuesto. Si no es molestia.

Una nube cubrió el sol y pareció hacerse de noche de golpe. La tarde había caído hacía tiempo y tendrían que ir pensando en montar un campamento en algún lugar seguro.

Pero Nyaja no tardó en darse cuenta de que ninguna nube podía bloquear al sol, pues este ya se había ocultado por detrás del horizonte hacía tiempo.

Levantó la cabeza y la visión del elegante aterrizaje de un vakirí la llenó de incertidumbre. Había un escuadrón del ejército de Dumaria que montaba vakiríes, pero no entendía qué hacían ahí. Deberían haber viajado al sur, adonde Érisen había llevado su flota.

Cuando el rugido del viento cesó, y Nyaja pudo centrar la vista en el jinete que acababa de aterrizar, los ojos estuvieron a punto de llenársele de lágrimas.

Un segundo vakirí aterrizó a unos pocos metros del primero, pero Nyaja ya estaba corriendo hacia Miravien, que luchaba por soltarse los arneses que la mantenían atada a su silla de montar.

Nyaja la alcanzó justo cuando Miravien desmontaba y las dos se

fundieron en un abrazo.

—¿Qué haces aquí? —sollozó Nyaja.

—¿Qué voy a hacer aquí, tonta? Te hemos estado buscando todo este tiempo. —Miravien también parecía a punto de echarse a llorar.

—¿Nyaja? ¿Por qué tienes el pelo azul? —preguntó una voz conocida.

Cuando Nyaja apartó la cara del pecho de Miravien, descubrió a Bryla mirándola entre asombrada y aliviada. Antes de pensarlo, ya se había acercado a Bryla para abrazarla. Ella la rodeó con sus fuertes brazos, aunque no parecía la típica persona acostumbrada a dar abrazos.

—Lo siento, Nyaja —susurró Bryla—. Siento no haber podido protegerte. Siento… haber llegado tarde. Estuvimos en Tranteria, pero te las arreglaste bien sin nosotras. Llegamos aquí ayer, esperando encontrarte.

—No es culpa tuya, Bry.

—Lo importante es que estás en casa de nuevo —intervino Miravien.

Nyaja asintió. Ese momento solo podría ser más perfecto si Yáhlazer también estuviera ahí. Pero, a pesar de todo, Nyaja seguía prefiriendo que él se encontrara a salvo en Xandiara, donde no hubiera reyes deseosos de conquistar el mundo, ni soldados vestidos de sangre tras él, ni hombres sin corazón queriendo arrancarle el suyo.

CAPÍTULO 22

Después de dormir sin preocuparse de que algún peligro pudiera sacarla de su sueño, Nyaja continuó su viaje hacia el sur. El grupo había aumentado, ya que los soldados dumarianos se habían unido a ellos. Además, desde el cielo, Miravien y Bryla escudriñaban las montañas en busca de amenazas, montadas sobre sus vakiríes.

Nyaja no había olvidado lo duro que había sido atravesar esa cordillera. No obstante, los dumarianos conocían bien ese lugar y encabezaban la marcha guiándolos por los senderos menos escarpados, en contraposición a la táctica de Theran de usar los caminos más recónditos y de peor acceso.

Los soldados le habían sugerido que se subiera a uno de los vakiríes, pero Nyaja prefería continuar a pie. No tenían a ningún Escudo en el grupo, de modo que sus habilidades serían más útiles en tierra. Nyaja sospechaba que los brunedanos no desistirían tan pronto, y que seguirían persiguiéndola incluso en tierras dumarianas. Era bien sabido que los brunedanos consideraban tener pleno derecho de actuación en los Picos Perlados.

Caminaron durante toda la mañana hasta que, a medio día, llegaron a una base dumariana sita en medio de las montañas, en una cueva difícil de encontrar. Nyaja no sabía que existían cuarteles dumarianos en los Picos Perlados, y le sorprendió descubrir cuántos soldados estaban asignados a esa base en concreto.

El interior estaba bien equipado, con comida en conserva para varios meses, medicinas, ropa de abrigo, mantas, armas e incluso disponían de un médico con su correspondiente equipo quirúrgico y de primeros auxilios. También habían improvisado unas camas colgantes para evitar dormir en el suelo húmedo en los días de lluvia o de nevada.

Todos los soldados le dieron la bienvenida, aliviados por verla de vuelta, sana y salva.

—¿Sería posible avisar al rey de que estoy aquí? —preguntó Nyaja, justo cuando Miravien y Bryla aterrizaban en la entrada.

—Tenemos algunos miembros del Escuadrón Aéreo aquí, que serían los que podrían llevar la noticia más rápido —respondió una mujer.

Antes siquiera de que hubiera pronunciado la palabra, Nyaja ya había deducido por su tono de voz que había un pero.

—Pero el rey no se encuentra en Xandiara, y eso podría ser lento. Tal vez llegaría antes usted que el mensaje.

Nyaja sintió un escalofrío. Si Yáhlazer no estaba en Xandiara, ¿adónde había ido? Sabía, por lo que Maive le había contado, que Érisen había llevado su flota a Dumaria, pero Nyaja esperaba que Yáhlazer se mantuviera lejos del conflicto.

—¿Dónde está? —preguntó, casi con miedo.

—Las últimas noticias dicen que viajó al sur. Aunque el rey no manifestó ningún propósito, debemos suponer que ha acudido a unirse al ejército, duquesa.

Solo sus cuatro años de entrenamiento como soldada impidieron que las rodillas de Nyaja se doblaran hasta terminar en el suelo.

—¿Que Yáhlazer está dónde? —gruñó Miravien, que acababa de entrar en la base.

—En el sur del país, alteza —murmuró la soldada, mostrándose cada vez más aprensiva ante esa pregunta.

—¿Qué está pasando, Nyaja? —preguntó Maive, que no entendía el dumariano.

—Yáhlazer ha viajado al sur de Dumaria —respondió. Decirlo en voz alta solo contribuyó a hacerlo más real, como si hasta ahora solo hubiera escuchado rumores—. Tal vez para unirse al ejército.

—Érisen —refunfuñó Maive—. Érisen tiene la culpa. Él… creo que él trabaja con Brunedain. Descubrí una carta que había recibido, escrita en brunedano. No sé quién la firmaba; el remitente solo puso sus siglas: D. H.

Nyaja sintió que el ácido del estómago le subía por el esófago.

—Drailon Hártimer —murmuró Nyaja, sombría, respondiendo a la pregunta que Maive no había formulado en voz alta, pero que se había quedado flotando en el aire.

—Ese nombre me suena —comentó Maive, con inocencia.

—Es el presidente de Brunedain.

«Y mi padre», añadió la voz maliciosa del fondo de mente. Pero no se atrevía a decir eso en voz alta, no delante de tanta gente que podría juzgarla por algo que no dependía de ella.

—Un momento —dijo Bryla, dando un paso hacia ellos para participar en la conversación—. ¿Por qué habláis de esa rata inmunda de Drailon Hártimer?

—Drailon tiene una alianza con Érisen, según ha descubierto Maive —murmuró Nyaja. Su voz sonaba sin vida.

—¡Maldita sea, joder! —exclamó Bryla.

—Los magos del Movimiento nos dijeron que Drailon se marchó de Tranteria —murmuró entonces Miravien. Su voz sonaba como si se la hubieran arrancado.

Nyaja se volvió hacia ella. Y cuando encajó todas las piezas en su mente, la sangre le abandonó el rostro, el mundo se volvió confuso y borroso y la cabeza le resultó demasiado pesada sobre los hombros.

«Dile lo que quiere saber», le había advertido el Cuchillo Silencioso en aquella prisión de titanio, «antes de que encuentre una manera mucho más dolorosa de hacerte cooperar. Siempre la encuentra».

Alguien la sujetó antes de que el mareo la tirara al suelo. No sabía quién, pues sus ojos estaban desenfocados y era incapaz de reconocer a la persona que la había cogido en brazos. Escuchó gritos, pasos contra el suelo, y luego algo frío sobre la cara. Alguien la estaba abanicando.

Nyaja se había confiado. Había pensado que la distancia era suficiente para que Drailon Hártimer no pudiera convertirse en una amenaza para su familia. Y se había equivocado.

—Tengo que ir con Yáhlazer —susurró. Su voz sonaba débil.

Intentó ponerse en pie, pero la persona que la sujetaba se lo impidió.

—Acabas de desmayarte —replicó Bryla, agarrándola con más fuerza—. No vas a ninguna parte.

—Está en peligro.

—Está a cientos de kilómetros de distancia, Nyaja —le recordó Bryla. Sus palabras la desalentaron tanto que los músculos de su cuello se destensaron y su cabeza volvió a reposar sobre el brazo de Bryla—. Tardaríamos días en llegar.

Eso era lo que dictaba la lógica: se tardaban varios días en recorrer Dumaria de norte a sur en transporte convencional.

—Yo llegaré antes —murmuró Nyaja—. Yo soy más rápida que un vakirí, o que un tren.

Antes de que Bryla pudiera impedírselo, Nyaja se levantó. Volvió a sentir que su cuerpo se tambaleaba ante las remanencias del desmayo. Pero logró mantener el equilibrio.

Buscó la salida de la base militar, pero Miravien le cortó el paso.

—Al menos, déjame llevarte hasta el otro lado de las montañas —le dijo—. Es fácil perderse.

Nyaja asintió.

—La duquesa necesitará agua, comida y ropa adecuada para su viaje —demandó Miravien.

Los soldados enseguida se pusieron manos a la obra.

Nyaja se despertó cuando el rugido del viento aumentó de intensidad. Todavía le costaba creer que hubiera podido cerrar los ojos y quedarse dormida contra la espalda de Miravien mientras surcaban los cielos. Pero necesitaba esas horas de sueño, y sabía que los arneses la mantendrían sobre la montura durante el viaje.

La vakirí de Miravien tocó tierra en pocos segundos.

Nyaja no podía perder ni un solo minuto, aunque Tilka ya brillaba en el cielo del anochecer y Oenos no tardaría en dejarse ver. Soltó las hebillas que unían sus piernas a la silla de montar, descabalgó, y se quitó la capa. No la necesitaría para correr, y solo se convertiría en un estorbo.

Finalmente, se aseguró de que las correas de su bolsa de suministros estuvieran bien atadas a la altura de su pecho y de su vientre, y que no se soltarían durante su carrera.

Miravien también se bajó de la vakirí y le dio un abrazo.

—Mantén a Tilka siempre frente a ti. En esta época del año, eso te llevará al sur. Y ten mucho cuidado —le pidió.

—Lo tendré. Maive y sus padres quieren viajar al sur también —le recordó.

—Me aseguraré de que lleguen sanos y salvos. Estamos en deuda con ellos. Han salvado a nuestra futura reina —dijo, sonriendo.

Nyaja esbozó una débil sonrisa, dejándose contagiar por la corta alegría de Miravien.

—Y cuida de Yáhlazer por mí —añadió Miravien.

—No le quitaré los ojos de encima —prometió.

Nyaja dio varios pasos atrás, alejándose de Miravien, pero sin atreverse a darle la espalda tan pronto. Nunca olvidaría que ella y Bryla se habían adentrado en Tranteria y habían arriesgado sus vidas para intentar rescatarla. No sabía cómo agradecerles todo lo que habían hecho por ella.

Miravien le mandó un beso con la mano. Y Nyaja supo que era el momento de marcharse. Yáhlazer estaba cerca de una amenaza. Y lo más probable era que ni siquiera lo supiera.

Se dio la vuelta por fin y, con la imagen de Yáhlazer invadiendo su mente, echó a correr todo lo que sus piernas y su magia le permitían.

Las capas de la eloba se deslizaban por sus piernas desnudas como una caricia. No se enrollaban, no le entorpecían la carrera. Era como si la tela estuviera hechizada para volar a su alrededor. Nyaja había echado de menos ese tacto suave de la ropa dumariana, pero no se había dado cuenta hasta ese instante de ingravidez.

Porque así era cómo se sentía cuando corría kilómetros y kilómetros sin detenerse. La atracción del planeta parecía no tener

influencia sobre ella. Nyaja apenas apoyaba los dedos de los pies en el suelo antes de propulsarse hacia delante, como si fuera una estrella fugaz atravesando el firmamento. Grácil. Poderosa. Inalcanzable.

Nyaja solo había parado una vez para beber y comer la mitad de lo que llevaba encima para cuando el sol había asomado sus rayos dorados por el este. Su magia se estaba agotando, pero cuando había preguntado en una aldea cuánto quedaba hasta Xandiara, le habían dicho que llegaría caminando en una hora. Nyaja tardaría tan solo unos minutos.

Cuando por fin la alcanzó, no dejó que la belleza de la capital de Dumaria la encandilara con sus colores brillantes y sus gentes amables. Solo pidió las indicaciones necesarias para llegar al palacio de Xandiara.

Algo le decía que debería seguir corriendo, que no podía permitirse ese descanso. Pero no podía continuar con esa alocada carrera si no sabía adonde dirigirse.

Sus pies se detuvieron ante los jardines delanteros del palacio. Y, por primera vez desde que había dejado atrás los Picos Perlados, sintió que el cansancio se apoderaba de su cuerpo. Los músculos de sus piernas empezaron a disparar calambrazos.

Cojeó hasta las puertas del palacio. Los guardias, como era de esperar, cruzaron las lanzas para impedirle el paso.

—Señora, no puede entrar en el palacio real sin una invitación de la Corona —dijo uno de los guardias.

—Pensaba que la duquesa de Xandiara no necesitaba invitaciones.

Los cuatro guardias parpadearon con asombro, la recorrieron de arriba abajo con la mirada y dos de ellos echaron a correr hacia ella al reconocerla.

—Lamento mucho la confusión, duquesa —se disculpó uno de ellos—. ¿Necesita ayuda? ¿Está herida?

Nyaja no rechazó el brazo que le tendió uno de los guardias. Sus piernas agradecieron esa pequeña liberación.

—Solo estoy cansada —murmuró.

—La llevaremos dentro —le aseguró el soldado que la sostenía, llevándola hasta las puertas.

—¡La duquesa de Xandiara ha regresado! —bramó uno de los guardias.

Esa información fue suficiente para poner patas arriba a todo el palacio.

Nyaja apenas fue consciente de cómo la llevaban hasta una sala, la ayudaban a tenderse sobre un diván, y le ponían hielo sobre las piernas.

En medio del barullo, una cara conocida se abrió paso entre los asistentes que se afanaban por atenderla.

—Nyaja, oh Nyaja, no sabes lo preocupada que estaba —sollozó Omireli, ayudándola a ponerse cómoda.

Nyaja estaba tan confusa, tan sobrecogida por el aluvión de emociones, que no fue capaz de articular palabra mientras Omireli le rehacía la trenza con sus hábiles dedos.

—¿Qué ha pasado? Cuéntamelo todo —le pidió Omireli.

Nyaja se centró en sus piernas, cubiertas bajo las bolsas de hielo.

Poco a poco, las rojeces iban desapareciendo, aunque el dolor se estaba intensificando. Nunca había corrido tanta distancia sin parar. Nunca había obligado a su cuerpo a dar tanto de sí. Y ahora estaba pagando las consecuencias.

—Alabadas sean las dos lunas.

Nyaja se volvió hacia la puerta y descubrió allí a Estiaria. La anciana caminó hacia ella con paso apresurado. Un gesto suyo fue suficiente para que Omireli le acercara una silla a la abuela de Yáhlazer.

—¿Cómo has…? —empezó a preguntar, mirando con desaprobación las bolsas de hielo sobre sus piernas.

—Es una larga historia —la interrumpió Nyaja—. Y no tengo tiempo que perder. Tengo que encontrar a Yahl.

—No puedes iniciar otro viaje en estas condiciones, Nyaja. Necesitas descansar —le aconsejó Omireli.

Estiaria, sin embargo, pareció comprender su urgencia. O tal vez lo leyó en su cabeza, porque Nyaja no dejaba de recordarse una y otra vez por qué tenía que seguir corriendo, por qué no podía parar.

—Que nadie nos moleste —le dijo Estiaria a Omireli.

Esta asintió y dispersó a todos los curiosos, cerrando las puertas dobles del salón. Luego, apoyó la espalda contra las hojas de madera, como si esperara que alguien intentara entrar en la estancia en cualquier momento.

Estiaria suspiró.

—Ni yo tengo claro dónde se ubica el ejército. Le pedí a Siánevir que no me dijera nada. Ya sabes, para que nadie pueda arrancarme la verdad. Ese nieto mío… le dije que se quedara aquí. Pero estaba desesperado por encontrarte.

Nyaja asintió. No sabía cómo esperaba Yáhlazer encontrarla en el sur de Dumaria, pero no lo cuestionó. Se lo preguntaría a él cuando lo tuviera delante.

—¿Qué puedo hacer entonces?

—Yáhlazer se llevó a su vakirí. No solo porque es el medio de transporte más rápido, sino porque esperaba que ella pudiera rastrear al ejército.

Nyaja resopló. Yáhlazer le había regalado un vakirí a ella, pero la criatura era demasiado pequeña todavía. La última vez que la había visto, tenía el tamaño de un perro grande y no le permitía acercarse demasiado.

—Es menos que nada —opinó Estiaria, siguiendo el hilo de sus pensamientos.

—Tendrá que funcionar —declaró, volviendo a ponerse en pie. Sus piernas se quejaron por el esfuerzo, pero pensó en Yáhlazer para olvidarse del dolor.

Estiaria se levantó también y llevó la mano al cuello de Nyaja para acariciar las joyas que lo adornaban.

Nyaja se dio cuenta de lo que Estiaria pretendía decirle.

—¿Cuánto tiempo has llevado encima estos diamantes?

No lo recordaba con exactitud. Parecía que había pasado una eternidad desde que Yáhlazer se los había regalado, cuando habían regresado del Templo Blanco. Y nunca había llegado a gastar la magia acumulada, por si surgía alguna emergencia.

Una emergencia como esa.

—Debería ser más que suficiente para llevarte hasta Yáhlazer —comentó Estiaria.

Nyaja asintió. Buscó la magia acumulada en los diamantes, y le sorprendió lo rápido que la encontró. Estaba ahí, almacenada, esperando para ser utilizada en cuanto ella lo solicitara. Probó a sacar tan solo un hilo de magia, la cantidad justa para que su cuerpo empezara a usar su regeneración acelerada como Veloz para curar las microfracturas musculares que se había hecho.

Casi de inmediato, empezó a sentir el alivio de la sanación en sus piernas.

Estiaria le puso las manos sobre los hombros.

—Quiero que sepas que estoy orgullosa de ti, Nyaja.

—Gracias, señ… Est… —tartamudeó. ¿Cómo debía dirigirse ahora a ella?

—Me complacería mucho que me llamaras abuela —la interrumpió, con una mirada afable—. Eres parte de esta familia.

Nyaja asintió y la abrazó. Estiaria le devolvió el abrazo, pero en seguida la apartó.

—Venga, ya está bien de sentimentalismos. Ve a buscar al inconsciente de tu prometido antes de que se meta en líos.

Nyaja no necesitó más aliciente que ese.

Se dirigió a Omireli para abrazarla. Su amiga la estrujó con fuerza entre sus delgados brazos antes de apartarse para colocarle bien la ropa, el pelo, y comprobar que los cordones de sus botas estuvieran bien atados.

Nyaja no estaba segura de merecerse una amiga como Omireli,

velando por ella cuando ni siquiera la propia Nyaja se sentía capaz de pensar en sí misma.

—Ten cuidado, Nyaja —le pidió Omireli.

Nyaja asintió ante la profunda preocupación que reflejaban los ojos castaños de Omireli.

Con pesar, Nyaja volvió a tirar de la magia acumulada en sus diamantes, con más fuerza esta vez, y se marchó. Se detuvo ante un guardia, quien le dio las indicaciones para llegar al criadero de vakiríes.

Nyaja siguió corriendo. Había cogido algunas prendas de ropa de Yáhlazer y el arnés que le había dado el adiestrador tiempo atrás, cuando habían empezado a entrenar a Xantra.

Xantra. Nyaja le había puesto ese nombre en honor al padre de Yáhlazer. En su momento le había parecido una buena idea. Pero ahora no hacía más que recordarle que habían sido asesinos brunedanos los que habían matado a los padres de Yáhlazer. Y que los brunedanos amenazaban ahora la vida del propio Yáhlazer.

Llegó al criadero, informó al dueño en pocas palabras de cuál era la situación, y este la llevó hasta Xantra.

Se fijó en que el vakirí estaba en un recinto cerrado por todos lados, para que no pudiera marcharse volando. Porque en su ausencia, la criatura de pelaje albino había aprendido a volar. Y por eso estaba encaramado a las rejas del techo de esa jaula de metal.

Nyaja nunca había entrado sola en el recinto de Xantra, porque un mordisco del animal podría arrancarle una mano. Y ahora el vakirí había crecido, y la miraba con ojos inquisitivos, como si estuviera decidiendo dónde debía clavar sus mortíferos colmillos para matarla.

Respiró hondo. Podía hacer eso.

—Xantra —lo llamó, con voz firme y clara, tal y como el entrenador le había enseñado—. Ven aquí.

El vakirí entrecerró los ojos como si hubiera entendido la orden. Pero no se movió.

—Mira, no sé si me entiendes cuando hablo, pero pareces inteligente y necesito tu ayuda —añadió, sintiéndose estúpida por estar hablando con un animal. Dejó la ropa de Yáhlazer en el suelo—. No sé si te acuerdas de Yáhlazer. Es importante para mí, y está en peligro. Y necesito que me ayudes a encontrarlo.

Xantra miró las vestimentas con curiosidad y, finalmente, decidió que había llegado el momento de bajar. Nyaja reculó varios pasos cuando el animal aterrizó no muy lejos de ella. No volaba con la misma elegancia que un vakirí adulto, pero parecía saber lo que estaba haciendo.

Olfateó la ropa de Yáhlazer y dio varias vueltas por su recinto, como si estuviera buscando un rastro. Al no encontrarlo, se volvió hacia ella con una mirada interrogante.

—Te llevaré a un lugar donde puedas rastrear. Te sacaré de este recinto tan pequeño y podrás volar libre —le prometió. Por algún motivo, sentía que la criatura la entendía. Sacó el arnés—. Pero tienes que ponerte esto.

Xantra entrecerró los ojos con desaprobación, pero caminó hacia ella como lo haría un depredador rodeando a su presa.

No se dejó impresionar y, con toda la velocidad que pudo, le echó el arnés por encima, se agachó y cerró las hebillas que se ajustaban a la barriga del animal.

El vakirí se sacudió, tratando de quitarse el arnés. Se frotó por el suelo y agitó las patas. Pero, cuando comprendió que no podía quitárselo, se rindió. Se quedó tendido en el suelo, mirándola con tristeza.

Nyaja no interpretó peligro en su postura, así que se acercó y terminó de colocarle el arnés, pasando las enormes patas delanteras de Xantra por las aberturas destinadas a ello. Se aseguró de que ninguna correa estuviera demasiado apretada o demasiado floja.

Cogió la larga cuerda de cuero que partía del lomo del arnés, se la ajustó a la cintura y apretó las hebillas. Si no quería perderlo, más le valía que ambos estuvieran bien unidos por la correa.

—Espero que puedas volar tan rápido como yo puedo correr.

Xantra se puso en pie y, antes de que Nyaja pudiera controlarlo, ya estaba volando hacia la puerta, arrastrándola con él.

—Muy bien, conque esas tenemos, ¿no?

Nyaja abrió la puerta y echó a correr. Xantra aguantó su ritmo, volando sobre su cabeza probando por primera vez su merecida libertad.

CAPÍTULO 23

Yáhlazer había llegado al campamento dumariano hacía tres días. Y desde entonces no había dejado de pensar en su conversación con Eishar Dúayan, la maga brunedana que había llegado a Dumaria en barco.

Hacía tiempo que Yáhlazer estaba al tanto de esas incursiones brunedanas, pero había dejado de darle importancia al comprender que casi todos los recién llegados eran magos y que no daban problemas una vez que arribaban en la costa de Dumaria. Tenía cosas más importantes de las que ocuparse.

Nyaja estaba en Tranteria. Yáhlazer había enviado mensajeros al norte minutos después de hablar con Eishar Dúayan, para que les dieran la noticia a los soldados que custodiaban la Frontera de Piedra. También había recalcado que alguien debía transmitirles toda la información a Miravien y Bryla.

Pero sabía que el mensaje tardaría en llegar. Y desconocía cuánto tiempo le quedaba a Nyaja. La desesperación amenazaba con estrujarle el cerebro hasta matarlo. Y no había nada más que él pudiera hacer.

Pero su intención nunca había sido la de regresar al palacio de Xandiara tras hablar con Eishar; sus planes siempre habían incluido unirse al ejército.

Yáhlazer necesitaba algo que hacer, algo que le ocupara la mente para que pudiera dejar de pensar en Nyaja las veinticuatro horas del día. Se sentía un cobarde por su incapacidad para enfrentarse a esa desesperación que le estaba carcomiendo el alma. Pero, tal y como su abuela le había dicho, tenía que seguir dando la impresión de que el rey de Dumaria tenía la situación controlada.

A pesar de que las cosas no pudieran estar más descontroladas.

El ejército ondurano no había atacado ni un solo emplazamiento en las costas de Dumaria. Nadie sabía a qué estaban esperando. O a quién.

Siánevir empezaba a temerse que Érisen se hubiera aliado con los

brunedanos. Los espías del ejército dumariano habían visto soldados vestidos de rojo en los barcos, lo que parecía indicar que pertenecían a la Guardia Roja brunedana.

Y ese era el peor escenario posible.

Siánevir había dado la orden de no atacar. Eso solo serviría para desvelar su posición, y ese escondite en medio de las montañas era demasiado bueno como para renunciar a él tan pronto. Esa guerra podría durar semanas, meses o incluso años. Nadie tenía prisa por empezar a perder efectivos.

Pero sí había algo que Yáhlazer tenía que hacer.

Érisen estaba buscando las Piedras de la Vida, y, para disgusto de Yáhlazer, este se encontraba demasiado cerca de la Piedra de Ámbar.

Los últimos días le había estado dando vueltas a ese pensamiento. Solo Nyaja podría coger la Piedra de Ámbar para trasladarla a un lugar más seguro. Pero Nyaja no estaba. Y tenía que aprender a no depender tanto de ella.

Así que tomó la decisión de volar hasta el Templo Blanco, para alertar a los Sacerdotes Blancos de que la Piedra de Ámbar corría más peligro que nunca. Algunos Sacerdotes Blancos eran magos. Y todos sabían luchar. Pero sería más fácil si estaban al tanto de las novedades.

Yáhlazer iría solo. Se temía que, si más de un vakirí levantaba el vuelo, los posibles espías de Érisen sospecharían algo. Si viajaba solo, podría hacerlo de forma más discreta.

Y, además, solo había dos personas más en ese campamento que conocían la existencia del Templo Blanco: Siánevir y Nísani. Siánevir no podía abandonar al ejército, porque la situación podría cambiar en cuestión de horas. Y las habilidades de Nísani eran más útiles en el ejército; era una de las mejores guerreras que conocía.

Por eso era mejor viajar solo.

Sisnaria recorrió las montañas casi de memoria. Su vakirí había hecho ese mismo camino las veces suficientes como para no necesitar apenas indicaciones. Los vakiríes eran animales inteligentes.

Un par de horas después, Yáhlazer aterrizó sobre el saliente que precedía la entrada al Templo Blanco. Los centinelas lo habían visto llegar y ya lo estaban esperando.

Lo saludaron con el lenguaje de signos característico de los Sacerdotes Blancos. Yáhlazer lo había aprendido cuando era pequeño, al igual que todos los miembros de la familia real. Era la única manera de comunicarse de los Sacerdotes Blancos, ya que se extirpaban la lengua antes de ingresar en el Templo Blanco y no sabían ni leer ni escribir.

Les devolvió el saludo en lengua de signos.

—Me gustaría hablar con la Alta Sacerdotisa —les pidió—.

Nuestro reino está bajo amenaza.

Los Sacerdotes Blancos lo condujeron hacia el interior del Templo Blanco. No importaba cuántas veces lo viera por dentro, a Yáhlazer nunca dejaría de sorprenderle ese lugar construido en el interior de una montaña.

La Alta Sacerdotisa lo recibió de inmediato. Yáhlazer le relató todo lo que estaba pasando. Que el rey que pretendía reunir todas las Piedras de la Vida estaba a tan solo unos kilómetros de distancia del Templo Blanco. Y que Nyaja, la única persona que podría coger la Piedra de Ámbar para llevársela a un lugar más seguro, había sido raptada por los brunedanos.

Al poner juntos esos dos sucesos, la alianza entre los onduranos y los brunedanos parecía más clara. Pero eso implicaba que alguien importante sabía que Nyaja era la única persona que podía acceder a la Piedra de Ámbar. Y esa hipótesis era aterradora.

Cuando Yáhlazer terminó de hablar, la Alta Sacerdotisa le prometió que mantendrían la Piedra de Ámbar a salvo, que reforzarían la guardia, y que enviarían a alguien a avisarlo si veían a algún espía enemigo rondando cerca del Templo.

De todas formas, para acceder hasta ese saliente, había que tener o bien un transporte aéreo, o bien las habilidades necesarias para escalar una pared casi vertical. Un mago físico podría hacerlo, pero no había magos en el continente de Ondurana, salvo excepciones. En Ondurana, los magos eran temidos y, a veces, linchados.

No había más que Yáhlazer pudiera hacer, así que decidió que había llegado el momento de marcharse. Mientras se acercaba a la salida, le llegó un olor desconocido a las fosas nasales. No había sido él quien lo había percibido, sino Sisnaria, con la que había establecido una estrecha conexión mental después de tantos años juntos.

La vakirí reconoció el olor de una persona y cuando se tensó, Yáhlazer se tensó con ella.

—Alguien ha encontrado el Templo —murmuró, aterrado. Debían de haberlo visto aterrizar y decidido comprobar qué había ahí arriba.

Yáhlazer había sido un inconsciente; debería haber comprobado que no había nadie rondando por los exteriores.

La Alta Sacerdotisa le puso una mano en el hombro. Cuando se volvió hacia ella, movió las manos para decirle que ellos se encargarían de ese intruso y de todos los que pudieran venir detrás.

Yáhlazer, que se sentía culpable por su irresponsabilidad, decidió acompañarlos.

Los Sacerdotes Blancos se armaron y se desplazaron hasta el saliente, justo cuando Yáhlazer perdió el control sobre Sisnaria y esta se marchó volando. Había descubierto que iba a tener lugar una pelea y la vakirí, de carácter huidizo, había decidido mantenerse al margen.

Y entonces fue cuando Yáhlazer vio al intruso. Había logrado trepar por la pared de roca hasta llegar al saliente. Y tenía la piel blanca. No era un ondurano, como había sospechado. Era un mago brunedano, aunque no llevaba ninguna insignia, ni vestía con el código de vestimenta de los magos de Brunedain. Le llamó la atención todo eso, pero sabía que debía tratarse de un mago; solo un mago físico podría haber subido tan rápido.

—¿Quién eres? —preguntó Yáhlazer, en brunedano. Necesitaba saber eso antes de que lo mataran, para rastrear al resto de sus posibles compinches.

El mago brunedano le respondió con una sonrisa sarcástica.

—Es un placer conocer por fin al rey de Dumaria —respondió, en brunedano también—. Mi nombre es Drailon Hártimer, y creo que tenemos muchas cuentas pendientes por resolver… Yáhlazer. —Pronunció su nombre como si fuera un insulto.

Yáhlazer sintió que se le congelaba la sangre en las venas. ¿Qué hacía ahí el presidente de Brunedain? ¿Sin escolta? ¿Tan seguro se sentía de su poder como para enfrentarse a un puñado de magos y salir indemne? ¿Era el presidente de Brunedain un mago?

No tenía tiempo para averiguarlo. Pero si podía aprovechar ese instante para ganarle la partida a Brunedain, lo haría.

—Matadlo —les ordenó a los Sacerdotes Blancos.

Un Llameador lanzó una bola de fuego que creció a medida que cubría el espacio. Yáhlazer pensó que vería arder al presidente de Brunedain hasta convertirse en cenizas. Pero eso no sucedió. En su lugar, el fuego se estrelló contra un escudo invisible y se disipó.

Era un mago.

El presidente de Brunedain era un mago.

Yáhlazer no podía creerse lo que estaba presenciando. Drailon Hártimer, la misma persona que mantenía una estricta opresión sobre los magos de Brunedain, era también un mago.

—Pareces sorprendido —se jactó Drailon.

Yáhlazer no se dejó amedrentar. Los escudos también podían romperse.

Los Sacerdotes Blancos siguieron atacando, pero sus llamas y sus ondas de energía chocaban con el escudo de Drailon como si fuera una pared inamovible. Yáhlazer no sabía de dónde sacaba tanta magia.

—Empiezo a aburrirme —comentó Drailon.

Y entonces los dejó a todos de piedra.

El escudo de Drailon cayó. Yáhlazer lo supo porque una de las llamaradas pasó por donde había estado el escudo. Y también pasó por donde había estado Drailon. Porque ya no estaba allí.

Rápido como el pensamiento, el presidente de Brunedain había corrido hacia el Sacerdote más cercano y, de un solo movimiento, le

cercenó la garganta con un cuchillo.

Cuando comprendió lo que acababa de ver, cuando todas las piezas de ese rompecabezas gigante encajaron en su cabeza, Yáhlazer se quedó lívido, incapaz de moverse, como si sus pies hubieran echado raíces en el suelo.

El presidente de Brunedain era un Veloz. Como Nyaja.

Yáhlazer captó la mirada de terror que le dirigió la Alta Sacerdotisa cuando ambos llegaron a la misma conclusión.

Drailon asesinó a dos Sacerdotes más antes de que alguien pudiera hacerle frente. Era una Dosespadas, armada con dos puñales gemelos con los que paró los tres primeros golpes de Drailon y lo hizo trastabillar hasta atrás. Pero eso fue todo. Porque entonces Drailon creó un escudo y la Dosespadas fue impulsada hacia atrás con tanta velocidad que nadie llegó a tiempo de socorrerla antes de que Drailon la tirara por el borde del precipicio.

Uno tras otro, Drailon mató al resto de los Sacerdotes Blancos, sin que Yáhlazer pudiera impedirlo, sin que pudiera hacer absolutamente nada. Se había quedado en shock, y era incapaz de procesar toda la información que estaba recibiendo su cerebro.

¿Qué podía hacer él contra un Veloz? Había entrenado con Nyaja las veces suficientes como para saber que no podía vencer a alguien con esos poderes. Iba a ser derrotado por un solo hombre. Dumaria caería bajo el peso de Brunedain por una sola persona, por un solo mago. La realidad era tan desalentadora que Yáhlazer ni siquiera podía pensar.

La Alta Sacerdotisa le sacudió el brazo para devolverlo a la realidad. Señaló al cielo, como si le estuviera pidiendo que huyera en su vakirí, un gesto mucho más rápido que construir una frase entera en el lenguaje de signos. Ella asintió cuando Yáhlazer la comprendió y, sin aguardar su respuesta, la Alta Sacerdotisa sacó una daga y corrió hacia Drailon.

Yáhlazer intentó buscar el nexo que unía su mente con la de Sisnaria. No encontró nada.

Sus ojos no conseguían enfocar lo que veía Sisnaria, porque la imagen ante sus propios ojos se volvió desgarradora.

La Alta Sacerdotisa llegó ante Drailon con el cuchillo extendido. El Veloz la esquivó y ella, aunque pudiera leer sus pensamientos, no fue lo bastante rápida como para esquivar la certera puñalada de Drailon.

El cuerpo de la Alta Sacerdotisa cayó al suelo con un golpe sordo, y una cadena dorada asomó por el cuello de su túnica. Drailon se agachó a su lado, pasó el puñal por la cadena, y arrancó la llave del cuello de la Alta Sacerdotisa.

Cuando lo único que se interponía entre él y Drailon hubo

desaparecido, Yáhlazer sintió que le temblaban las rodillas.

Drailon avanzó hacia él sin prisa, sonriendo con maldad y autosuficiencia. Sus manos y sus ropas estaban manchadas de sangre. Ese improvisado campo de batalla se había sumido en un silencio aterrador.

Yáhlazer dio un paso atrás, tambaleándose. Llamó a Sisnaria con desesperación, y la vakirí cambió de dirección. Pero no llegaría a tiempo.

Buscó la mente de cualquier animal en varios kilómetros a la redonda, pero todos estaban demasiado lejos. Todos eran demasiado lentos. Ninguno llegaría a tiempo de evitar la tragedia.

Y Drailon seguía caminando hacia él como si el mundo bajo sus pies le perteneciera por completo.

Yáhlazer volvió a recular, tratando de poner distancia. Pero fue inútil.

Drailon pareció cansarse de jugar al gato y al ratón y, en un pestañeo, estaba a centímetros de distancia.

Un ardor infernal se abrió paso por su estómago. Cuando Drailon retiró el cuchillo con lentitud, Yáhlazer sintió punzadas de dolor recorriendo cada milímetro de su abdomen. Cayó al suelo con un grito de dolor.

—Mi hija se merecía mucho más que un crío inútil como tú —gruñó Drailon.

Yáhlazer intentó arrastrarse por el suelo para alejarse de él, mientras se apretaba la herida del estómago en un vano esfuerzo por detener la hemorragia.

Drailon ni siquiera tuvo que usar sus poderes esta vez para alcanzarlo y propinarle una patada en la fuente de su ya terrible dolor.

Su grito murió en sus labios cuando una arcada lo dobló en dos y la boca se le llenó con un sabor ferroso. Vomitó en el suelo y la hierba se tiñó del rojo de su sangre.

—Le llenaste la cabeza de sandeces —siguió gruñendo Drailon.

La siguiente patada, en el pecho, le robó el aire de los pulmones. Algo estalló en su caja torácica por la fuerza del impacto.

—Arruinaste todos mis planes.

Yáhlazer se encogió de terror cuando Drailon se agachó a su lado y lo agarró por el pelo. Las uñas de Drailon se le clavaron en el cuero cabelludo como garras de oscuridad a punto de reventarle el cráneo.

—Hubiera sido una gran asesina. Me hubiera sido leal a mí —prosiguió. Su voz parecía arrancada de ultratumba—. Juntos habríamos reunido todas las Piedras de la Vida, y el mundo se arrodillaría ante mí. No tendríamos que escondernos nunca más. Pero me ha traicionado. Por tu culpa.

En un arranque de ira, Drailon volvió a ensañarse con él. Una hoja

afilada le atravesó la pierna. El grito que pugnaba por salir de sus labios murió ante el dolor de su estómago y de su caja torácica y solo soltó un gimoteo.

—Y en Brunedain, la traición se paga con la muerte.

Por un segundo, Yáhlazer olvidó los infinitos puntos de dolor de su cuerpo. Por un segundo, el discurso de Drailon parecía ir a alguna parte. Nyaja había traicionado a Drailon y a todo Brunedain. Y Drailon se lo había hecho pagar.

Todo el dolor de su cuerpo no fue nada en comparación con el sufrimiento que le partió el corazón. Sus ojos se inundaron de lágrimas, y sus manos perdieron la fuerza necesaria para seguir conteniendo la hemorragia de su vientre.

Dejó caer la cabeza al suelo. Cerró los ojos. Si Nyaja estaba muerta, si ese monstruo la había asesinado de la misma manera que a él, ya no tenía sentido seguir luchando. La muerte parecía un lugar dulce en comparación con la dolorosa realidad.

—Eres un rey patético —gruñó Drailon.

Los oídos de Yáhlazer no captaron ningún sonido más.

Drailon le propinó una última patada en las entrañas antes de marcharse, dejándolo desangrarse hasta morir en un charco de sangre.

Aguijones fríos se posaron sobre su rostro cuando se quedó a solas con la muerte. Antes de que la oscuridad se lo llevara, el rostro de Nyaja le sonrió en sueños.

CAPÍTULO 24

Nyaja llevaba horas sorteando el agreste terreno de la Sierra Meridional. Xantra volaba libre por encima de su cabeza, esperando a que escalara una pendiente casi vertical. El vakirí no había intentado escaparse, así que le había soltado la correa para que pudiera buscar el camino desde las alturas.

Había empezado a nevar unos minutos atrás y el aire se había enfriado. La ropa que llevaba no la aislaba nada bien del frío y empezaba a tener las manos insensibles.

Mientras Nyaja trataba de trepar por la colina, Xantra empezó a mostrarse impaciente. Miraba constantemente hacia su izquierda, desde lo alto de la pendiente.

Nyaja no sabía qué esperarse, así que tiró de la poca magia que le quedaba en los diamantes para llegar a la cima. Había tenido que usar mucha magia para subir y bajar laderas y empezaba a sentirse cansada de nuevo.

Cuando por fin alcanzó a Xantra, este echó a volar en una dirección muy concreta sin esperarla. Nyaja se asustó tanto que desenvainó sus cuchillos, esperando alguna amenaza en el entorno. Pero lo único que vio fue un elemento geográfico que reconocía a la perfección.

—El Templo Blanco —murmuró, al vislumbrar el saliente que ya había visitado una vez. Guardó sus armas—. ¿Qué hace Yahl aquí?

Xantra seguía volando en esa dirección. Por un momento, Nyaja se planteó que el vakirí hubiera seguido mal el rastro, pero había algo extraño en todo eso. Así que gastó la magia que todavía circulaba por sus venas para correr a través del cañón.

Consideró que Xantra todavía era demasiado pequeño como para poder cargar con ella hasta arriba, así que tendría que trepar. Cogió toda la carrerilla que pudo y, cuando solo la separaban unos metros de la pared rocosa, saltó. La velocidad que llevaba le permitió alcanzar una altura considerable. Se encaramó a los salientes de rocas, haciéndose daño en las palmas de las manos.

Tuvo que usar toda su fuerza mágica y no mágica para escalar. Pero estaba cada vez más cansada, con su magia a punto de agotarse. Le llevó un esfuerzo sobrehumano llegar hasta lo alto del saliente, pero, al final, alcanzó la cornisa.

Xantra la agarró del cinturón con los dientes y tiró de ella hacia arriba, ayudándola a alcanzar su destino.

Nyaja sintió un lacerante dolor y descubrió que tenía las uñas rotas en ángulos dolorosos y las manos llenas de sangre y tierra. Más le valía limpiarse esas heridas antes de que se infectaran.

Pero todos sus pensamientos se congelaron cuando vio la carnicería.

El saliente que bordeaba la entrada del Templo Blanco estaba sembrado de cadáveres, la hierba teñida del color de la sangre. La incipiente capa de nieve que empezaba a formarse en el suelo solo acentuaba aún más el color carmesí.

Nyaja reconoció los hábitos blancos de los Sacerdotes y Sacerdotisas que velaban el Templo.

Y, en medio de toda esa muerte, había un enorme vakirí. Xantra no se atrevió a acercarse a esa criatura de su especie que era, por lo menos, diez veces más grande.

Pero Xantra la había llevado hasta ahí rastreando el olor de Yáhlazer.

Nyaja sintió que la sangre le abandonaba el rostro, y no solo por la fría nieve que caía sobre ella.

Trató de mirar los cuerpos esparcidos por el suelo. Ninguno parecía desgarrado por las fauces o por las garras de un animal del tamaño de un vakirí.

Nyaja alzó la cabeza para volver a mirar a la criatura. Llevaba un arnés ajustado al cuerpo. No era una bestia salvaje. El brillo inteligente de sus ojos negros se clavó en ella. Y el vakirí agachó las orejas y la cabeza en un gesto de sumisión.

Creyó reconocer a la dócil vakirí cuando empezó a avanzar hacia ella. Pero no quería creerlo.

La criatura empezó a emitir un sonido parecido al ronroneo de un gato. Y luego desenroscó su delgado cuerpo alargado. Tenía el pelaje manchado de sangre, pero no era suya.

Al mirar el cuerpo que protegía la vakirí como si fuera su mayor tesoro, los ojos de Nyaja se llenaron de lágrimas.

—¡¡YAHL!! —gritó.

Corrió hacia él, con el corazón golpeándole contra las costillas. Cayó de rodillas en el suelo a su lado, y la ropa se le llenó de sangre. De la sangre de Yáhlazer.

Las manos le temblaban mientras trataba de buscarle el pulso, la respiración, cualquier signo de que seguía vivo a pesar de todas las

heridas que surcaban su cuerpo. Le cogió la muñeca y presionó con los dedos sobre sus venas. Cerró los ojos y obligó a su mente a calmarse, a concentrarse, a tener esperanza.

Y ahí estaba.

Su corazón seguía latiendo. Con una lentitud escalofriante, pero seguía latiendo.

Su pecho subía y bajaba con dificultad, pero estaba vivo.

«Claro que está vivo», le dijo su subconsciente. Por eso Sisnaria seguía con él; su vínculo no se había roto todavía.

Pero eso podría no durar mucho.

Con un cuchillo, cortó la ropa que cubría el abdomen de Yáhlazer. La tela ya había empezado a pegarse a las heridas abiertas y Nyaja tuvo que hacer de tripas corazón para arrancarla.

Una brutal puñalada en el estómago era la causante de toda esa sangre.

—Aguanta, Yahl, por favor —murmuró, desesperada—. No puedes dejarme —sollozó—. ¡No puedes irte tan pronto, Yahl! —le gritó, con las lágrimas nublando su visión.

Tenía que hacer algo. Tenía que parar la hemorragia hasta que un médico pudiera atenderlo.

Su mente de Veloz le dijo la solución. En el campamento militar de Dumaria tenía que haber médicos. Pero no sabía a qué distancia estaban, y no sabía cuánto tiempo le quedaba a Yáhlazer.

Tenía que hacer algo. Y tenía que hacerlo ella misma.

—No voy a dejar que te marches tan pronto —dijo, intentando calmarse a sí misma.

Rompió la tela de su eloba para hacer vendas improvisadas y le cubrió la herida del vientre con ellas. Tuvo que girarlo con cuidado para poder rodearle el tronco, pero sus manos habían decidido colaborar y estaban siendo eficaces. No podía decir lo mismo de sus rodillas que, soportando el peso de su cuerpo sobre la fría nieve, empezaban a temblar.

Apretó las vendas con fuerza, tratando de frenar el sangrado. Pero sabía que no sería suficiente.

Soltó el cinturón que había usado para evitar que Xantra se escapara, se lo colocó a Yáhlazer alrededor de la herida y, entrecerrando los ojos para no ver lo que estaba a punto de hacer, apretó todo lo que pudo. La sangre se escurrió por los bordes del cinturón de cuero, pero esperaba que esa fuera la última que saliera de su cuerpo. El cinturón era lo bastante ancho como para cubrir por completo la herida. Debería ser suficiente. Rezó a las lunas para que fuera suficiente.

Examinó el resto de sus heridas. Otra puñalada en la pierna. Cardenales en las costillas.

Rompió más tela de su eloba para vendar la herida de la pierna. No había alcanzado la arteria femoral. Por suerte.

Si tenía alguna costilla rota, solo podía rezar para que las astillas no hubieran perforado el pulmón.

No podía hacer más. Yáhlazer necesitaba un médico.

Se volvió hacia Sisnaria.

—Llévanos al campamento de Dumaria, por favor.

Nyaja sujetó a Yáhlazer por debajo de los brazos. Tenía que subirlo a la vakirí, que se tumbó sobre su barriga para facilitarle el trabajo.

Nyaja había aprendido a hacer la misma magia que un Huesosduros. Debería poder levantar a Yáhlazer. Pero sus brazos temblaban por el esfuerzo y la fatiga. Estaba agotada. Había gastado toda su magia y su energía para llegar hasta ahí. Y ahora, cuando más la necesitaba, la fuerza pugnaba por abandonarla.

«No puedes fracasar ahora», se dijo a sí misma.

Tiró del cuerpo de Yáhlazer hacia arriba y lo pegó a Sisnaria, que se mantuvo inmóvil. Ató la pierna izquierda a las correas de la silla de montar, con su peso muerto amenazando con estrellarse contra el suelo ante el más mínimo error.

Nyaja actuó lo bastante rápido como para impedirlo. Y, con una pierna estabilizada, le resultó más sencillo subir el resto del cuerpo de Yáhlazer sobre la vakirí. Ató la otra pierna.

Antes de permitirle a Sisnaria salir volando, comprobó que todas las correas estuvieran bien sujetas.

—Vuela, Sisnaria. Al campamento. Rápido —le ordenó. Luego, buscó a Xantra con la mirada, que se había quedado al borde de la cornisa, como si tuviera miedo de Sisnaria—. Xantra, sígueme.

Antes de que el pequeño vakirí pudiera reaccionar, Sisnaria corrió hacia el borde del precipicio y salió volando.

Nyaja, que no tenía silla de montar, apretó las piernas alrededor del cuerpo peludo de Sisnaria para evitar caerse. Se apretó con cuidado sobre Yáhlazer, protegiéndolo del terrible frío de las montañas, y de la crueldad de la nieve que caía cada vez con más insistencia, ocultándolos del resto del mundo tras su velo blanco.

Al mirar hacia un lado, comprobó que Xantra los seguía a una distancia prudencial.

Con el pensamiento en mente de que Yáhlazer se pondría bien, Nyaja se dejó arrastrar por el cansancio y cerró los ojos. No durmió, porque la angustia y el frío la mantenían en vilo, pero ya no tenía fuerzas para mover ni un solo músculo.

Pudieron haber pasado horas o incluso días cuando Nyaja sintió que

Sisnaria comenzaba a aterrizar. Abrió los ojos de golpe, obligó a su cuerpo a volver a funcionar. Y, cuando sintió la tierra firme bajo las patas de la vakirí, desmontó.

Se mareó, trastabilló y se apoyó en Sisnaria para mantenerse en pie.

—¡¡Ayuda!! —gritó—. ¡¡El rey necesita ayuda!! ¡¡Ayuda, por favor!!

Su voz se rompió, su garganta se quejó de dolor.

El frío de sus piernas casi desnudas la torturó como mil cuchillos de hielo. Ya no nevaba, pero su pelo y su ropa estaban empapados.

Pero el dolor de su corazón era el más insoportable de todos.

—¡Nyaja! ¿Qué ha…? ¡¡Que vengan los médicos!! ¡¡YA!! ¡¡Bajad al rey del vakirí!!

Nyaja tardó en reconocer quién estaba bramando órdenes. Pero entonces sus ojos enfocaron un rostro conocido. Siánevir. El tío político de Yáhlazer.

—¡¡Que alguien le traiga una capa a la duquesa!! —volvió a gritar, quitándose su propia capa para cubrirla a ella—. Ya está, Nyaja, tranquila.

—Yáhlazer —susurró.

Siánevir le pasó un brazo por la espalda y la alejó de Sisnaria.

—Los médicos se ocuparán de él.

Nyaja se volvió para ver como un puñado de soldados cortaban las correas del arnés de Sisnaria y bajaban a Yáhlazer con premura. Se lo llevaron sin esperar por ella.

—Quiero ir con él —protestó, zafándose del brazo de Siánevir para seguir a Yáhlazer.

Pero alguien se interpuso en su camino.

Ronnara.

La prima de Yáhlazer la abrazó y entonces Nyaja se derrumbó. Las lágrimas volvieron a inundar sus ojos y los sollozos se apoderaron de su garganta. No encontró la manera de pedirle a su cuerpo y a su mente que se deshicieran del desconsuelo.

—Déjame ir con Yahl —suplicó—. Necesito estar con él.

Ni siquiera tenía fuerzas para desasirse del tierno abrazo de Ronnara.

—Yahl está con los médicos —dijo Ronnara. Ella también lloraba —. Está en buenas manos, Nya. Ellos lo cuidarán mejor que cualquiera de nosotros.

Las rodillas le fallaron y Ronnara la acompañó en su viaje hasta el suelo, impidiendo que se lastimara al caer.

Ronnara siguió abrazándola, acariciándole el pelo. En algún momento, Nísani apareció con una toalla y Ronnara le secó el pelo, que se le había empapado por la nieve derretida. El tinte azul se

diluyó y Ronnara terminó por devolverle a su pelo su color negro natural.

Pudieron haber pasado horas cuando Siánevir se acuclilló en el suelo a su lado, pero Nyaja sabía que tan solo habían sido unos minutos.

—Necesito que me cuentes qué ha pasado, querida —susurró.

Nyaja sintió punzadas de dolor en las manos. Con la adrenalina consumida, se acordó de los cortes que se había hecho al ascender por la pared rocosa.

Siánevir ordenó a alguien que fuera a buscar agua, vendas y desinfectante para limpiarle las heridas.

Nyaja intentó recordar lo que había visto en el Templo Blanco, pero las imágenes eran turbulentas y estaban manchadas de rojo.

—Mi vakirí rastreó a Yáhlazer hasta el Templo Blanco —murmuró. Hizo una pausa, pero nadie la presionó para que continuara. Tragó saliva antes de proseguir—. Todos los Sacerdotes Blancos estaban muertos. Alguien los masacró. Igual que intentaron…

No se atrevió a decirlo. Que Yáhlazer hubiera sobrevivido a esa masacre parecía un milagro.

Un soldado les trajo las vendas y el desinfectante para Nyaja. Siánevir lo despachó enseguida y, mientras él mismo se ocupaba de curarle las heridas de las manos, Nyaja siguió hablando.

—Eran heridas de arma blanca. Eso lo hizo un… —Nyaja lo comprendió todo a medida que lo decía—. Un mago.

Y solo conocía un tipo de magia que permitiera cometer semejante atrocidad y seguir vivo para contarlo. Ella misma lo había hecho. Había masacrado a varios soldados de la Guardia Roja en los últimos días. Y había salido ilesa del enfrentamiento.

—Un Veloz —matizó.

Y tan solo había un Veloz más en el mundo a parte de ella.

—Drailon Hártimer —gruñó, esta vez, sin importarle que pudieran relacionarla con él. Estaba demasiado agotada emocionalmente como para que ese hecho le importara.

—¡¿Qué?! —exclamaron Siánevir y Ronnara al unísono. Nísani empalideció.

Drailon le había hecho eso a Yáhlazer. Tal y como el Cuchillo Silencioso había presagiado. Lo había hecho para torturarla a ella. Para castigarla por lo que había hecho. Ella tenía la culpa de todo.

—Lo vi con mis propios ojos —dijo, para responder a todos los interrogantes en la expresión de sus oyentes—. Es un Veloz. Y aprendió magia Escudo. Y es mi…

Esa era la parte más dura de todas: tener que admitir que ese monstruo sin sentimientos tenía su misma sangre.

—Necesito ver a Yáhlazer —pidió, de nuevo.

—Yo te llevo —le garantizó Ronnara, ayudándola a ponerse en pie.

Nyaja seguía sintiéndose débil, como si toda la energía de su cuerpo se hubiera drenado. Los párpados le pesaban, sus piernas despedían latigazos de dolor, su cabeza era como un nubarrón gris que anunciaba tormenta. No recordaba la última vez que había dormido y necesitaba varias horas de sueño para recuperar fuerzas. Pero se negaba a cerrar los ojos hasta asegurarse de que Yáhlazer estuviera fuera de peligro.

Llegaron hasta una tienda rodeada por un montón de soldados. Siánevir fue el que habló, pues parecía ser el único que mantenía la compostura.

—¿Cómo está el rey? —preguntó.

—Muy grave, señor —respondió un soldado. Ese mismo soldado se volvió hacia Nyaja—. El torniquete que le hizo le salvó la vida, duquesa. Tenga fe.

Nyaja no sabía cómo de miserable debía de verse para que el soldado la mirara con tanta conmiseración. Aunque podía imaginárselo. Estaba envuelta en una capa que le quedaba grande, tenía el pelo mojado, los hombros hundidos, los ojos rojos de tanto llorar, y suponía que debía de tener sangre de Yáhlazer en las piernas desnudas. Y lo único que la mantenía en pie era el brazo de Ronnara a su alrededor.

—Quiero hablar con un médico —exigió Siánevir—. Somos su familia. Tenemos derecho a saber cómo está el rey.

—Los médicos han dicho que no se les moleste mientras trabajan, señor —respondió el soldado.

—Soy el… —empezó a decir Siánevir, pero Nyaja lo interrumpió.

—Soy la duquesa de Xandiara —dijo, con toda la firmeza que su estado le permitía—. Y el hombre que está ahí dentro es mi prometido.

El soldado tragó saliva.

—Sí, duquesa. Un momento, por favor.

El soldado le susurró algo a un compañero y este se asomó por la abertura de la tienda para hablar con los médicos. Pasados unos segundos, una médica salió de la tienda. Se limpiaba las manos llenas de sangre con un trapo.

—¿Qué? —preguntó, desafiante.

Siánevir enseguida le bajó los humos.

—Le sugiero que muestre respeto hacia la futura reina de Dumaria.

La médica no suavizó su mirada, pero masculló una disculpa.

—Queremos saber cómo está Yáhlazer —dijo Ronnara.

Nyaja sintió como el brazo de Ronnara la apretaba con más

fuerza. No sabía si por el nerviosismo o para enfundarle ánimos.

—El rey está grave, pero estable. De momento.

—¿Puedo verlo? —preguntó Nyaja.

La médica la miró con cierto desdén. Era el mismo que Nyaja se había esperado que recibiría de los dumarianos cuando descubrieran que su rey había escogido a una pareja brunedana. Que hubiera tardado tanto en encontrarse con él no significaba que no lo hubiera visto venir.

—¿Cómo sé que no has sido tú la que ha intentado asesinarlo?

Las palabras cargadas de veneno de la médica fueron como un puñetazo en la boca del estómago.

Nyaja se fijó en que Siánevir, a su lado, hacía un gesto con la mano. Nyaja no tuvo tiempo de detenerlo antes de que un soldado golpeara a la médica en la parte posterior de las piernas, postrándola de rodillas en el suelo ante Nyaja.

La expresión de la mujer pasó del desprecio al pánico.

—Discúlpate —le ordenó Siánevir—, y tal vez la duquesa tenga a bien perdonarte el castigo por haberla insultado.

—Perdóneme, señora, por favor.

Nyaja no quería eso. No quería que la respetaran solo porque le tuvieran miedo. Eso era lo que hacía Drailon, y sus propios secuaces lo habían abandonado cuando se habían hartado de sus excesos. No seguiría los pasos de su padre.

Quería lo que tenía Yáhlazer, un rey respetado no porque lo temieran, sino porque lo admiraban.

Nyaja se agachó en el suelo y ayudó a la médica a levantarse.

—Déjame verlo, y te demostraré por qué jamás le haría daño a tu rey —murmuró.

La médica asintió. Antes de adentrarse en la tienda, Nyaja miró atrás.

—Miravien y Bryla están bien —informó. Con toda esa calamidad, se había olvidado de transmitir esa información—. Están en los Picos Perlados. Vendrán pronto.

Aunque Nyaja prefería que no lo hicieran. Para Miravien, Yáhlazer era como un hermano pequeño. No quería verla sufriendo por él cuando se enterara de su estado. Miravien no se merecía eso.

Nyaja finalmente encontró las fuerzas para adentrarse en la tienda, donde varios médicos se arremolinaban alrededor de una cama.

—La duquesa quiere ver al rey —dijo la médica, apartando una mesa llena de instrumentos médicos que, a ojos de una persona entrenada como una soldada, bien podrían hacer las veces de utensilios de tortura.

El equipo de médicos se volvió hacia Nyaja como si hubieran visto

un fantasma. Algunos parecían a punto de protestar, pero Nyaja decidió que no necesitaba permiso para ver a Yáhlazer. Avanzó hasta la cama.

Su cuerpo estaba cubierto con una tela blanca llena de sangre, y le empezaron a temblar las rodillas. Siguió caminando, casi tambaleándose, a medida que su espíritu la abandonaba.

Los médicos se apartaron para dejarle paso y entonces pudo verle la cara. Yáhlazer parecía dormir en paz.

Apretó el paso y se dejó caer en el suelo a su lado. Su cuerpo ya no tenía fuerzas para sostenerse en pie.

—Yahl —susurró, mientras su voz se convertía en un sollozo y sus ojos se llenaban de lágrimas.

Le acarició el rostro con los dedos temblorosos, temiendo que el más mínimo roce pudiera lastimarlo.

—No despertará, duquesa —dijo alguien—. Le hemos administrado calmantes suficientes para que duerma durante varios días. No siente dolor.

Ella asintió, con las lágrimas rodando por sus mejillas. No recordaba la última vez que había llorado con público. En realidad, no recordaba haberlo hecho hasta ese angustioso momento.

CAPÍTULO 25

Habían pasado varias semanas desde que Kandell había visto la Escuela de Diamante por última vez. La había abandonado pensando que no regresaría nunca más, o que pasarían años antes de volver a contemplar sus muros de piedra.

Pero todo se había torcido. Y ahí estaba de nuevo el único lugar del mundo al que podía llamar hogar.

No salió nadie a recibirlo, aunque tampoco se esperaba otro resultado; no había avisado de su llegada porque temía que alguien interceptara la carta.

No había sido difícil convencer a los funcionarios de la estación de tren de Tranteria que lo dejaran pasar. Sus mentes se habían plegado a su voluntad sin problemas, incluso a pesar de que Granne había empapelado Tranteria con carteles de «se busca» en los que figuraba un retrato suyo de varios años de antigüedad.

Y ese era el principal motivo por el que no podía arriesgarse a que nadie supiera dónde se hallaba.

Atravesó el portal de hierro forjado y entró en el recinto de la Escuela de Diamante. La última vez había salido de ahí con un preciado tesoro; ahora retornaba con las manos vacías.

Kandell sabía que había perdido esa jugada; Drailon tenía la Piedra de Diamante. Eso no debería haber ocurrido, pero ya era demasiado tarde para rectificar. Había perdido y, por lo tanto, era mejor dejarle esa tarea a quien estuviera en condiciones de ganar. Y la única persona que podía hacerlo era Nyaja.

Tal vez estaba depositando demasiada confianza en una chica de diecinueve años. Pero no podía olvidar que esa chica se las había ingeniado para escapar de una prisión de titanio, algo que él no habría podido hacer sin ayuda. Si alguien podía pararle los pies a Drailon, era Nyaja.

Pero sí había algo que Kandell podía hacer. Algo que también debía hacerse.

Alguien tenía que cambiar ese país, y él estaba dispuesto a

emprender ese largo camino.

Con esa convicción en la mente, abrió las puertas de madera de la Escuela y entró como si ese lugar siguiera siendo suyo. Aunque no le pertenecía solo a él, sino a todos los magos que nadie quería cerca, a todos los niños repudiados por sus familias, a todas las personas cuyo único hogar eran esas antiguas paredes de piedra.

Su entrada no pasó desapercibida. Todos los magos que circulaban por el pasillo se detuvieron en seco al contemplarlo, como si Kandell tuviera la capacidad de detener el tiempo.

—¿Director? —preguntó Naster, uno de los profesores.

No sabía qué les había contado Laisere, la Lunasol que Kandell había nombrado directora antes de marcharse, o si se habían enterado de las últimas noticias. Pero en ese lugar lo seguían tratando con respeto.

—Reúne a todos los alumnos, profesores y demás personal en el salón de actos —ordenó.

Naster asintió con la cabeza y les pidió a todos los alumnos presentes, que se habían quedado embobados mirando la entrada de Kandell, que se apuraran a avisar de las noticias al resto de sus compañeros.

—¿Dónde está Laisere? —preguntó.

—En… en su despacho… creo —tartamudeó Naster.

Sus oyentes todavía no habían salido de su asombro cuando Kandell empezó a subir las escaleras. La herida de su abdomen se quejó por el esfuerzo. Se preguntaba cuánto tiempo más tendría que soportar esa tortura.

Su propia hermana le había disparado una bala de titanio. Se la habían extraído antes de que muriera, porque la crueldad de su hermana era tal que no soportaría verlo morir tan rápido, pero no le habían suturado la herida. En su lugar, lo había arrojado a una celda de titanio, donde lo dejaría pudrirse por el resto de su miserable existencia. Y ese habría sido su destino si Bryla y Miravien no lo hubieran liberado. Había sido un golpe de suerte. La vida le había dado una segunda oportunidad. Y esta vez pensaba jugar todas sus cartas.

Cuando llegó a lo alto de las escaleras, ya se había llevado la mano al vientre, tratando de mitigar el dolor.

Recorrió los pasillos que tan bien conocía hasta el despacho de la nueva directora de la Escuela de Diamante.

Estuvo a punto de entrar sin avisar, pero luego recordó que tenía modales y que no quería asustar a Laisere, así que llamó a la puerta y aguardó pacientemente a que su voz le permitiera la entrada.

Cuando atravesó la puerta, la expresión de desconcierto de Laisere fue tan exagerada que lo hizo sonreír, incluso a pesar del dolor.

—¿Cómo…? ¿Quién…? ¿Kandell? —preguntó, confusa.

—Sí, soy yo.

—Me dijeron que habías muerto —susurró ella, levantándose de la silla y rodeando el escritorio para lanzarse sobre él y rodearle el cuello con los brazos. Kandell siseó de dolor y ella se apartó de un salto—. Lo siento. ¿Estás herido? Déjame ayudarte.

Parecía que toda la autoridad había desaparecido de ella.

—Es una herida vieja —respondió—. No hay mucho que se pueda hacer aparte de esperar a que se cure sola.

—Creo que tienes muchas cosas que contarme.

Laisere lo ayudó a llegar hasta una silla y a sentarse. Kandell nunca se había sentido tan desvalido como en ese instante.

—Te lo contaré todo —le prometió—. Pero también quiero que el resto sea consciente de lo que está pasando y que decida si quiere tomar partido o no.

Laisere esbozó una mueca de incredulidad.

—¿Qué intentas decirme, Kandell?

—Drailon se ha marchado del país, y se ha llevado al Cuchillo Silencioso con él —informó—. Drailon es un mago. El mago más poderoso que he conocido —confesó, y el rostro de Laisere pasó de la incertidumbre al asombro y al miedo en tan solo unos segundos—. Solo hay una persona que pueda derrotarlo.

—Y no eres tú —adivinó.

—No, no soy yo. Pero creo que esa persona tiene motivos suficientes para pararle los pies a Drailon, así que espero que lo haga. Y mientras Drailon está distraído…

—Estás loco —lo interrumpió Laisere, poniéndose de pie. Parecía que había averiguado qué se proponía antes incluso de haberlo pronunciado.

Kandell suspiró. Pensaba que sería fácil, pero debería haber tenido en cuenta que los magos de esa Escuela estaban acostumbrados a que el mundo los temiese y los odiase a partes iguales. Muchos no se arriesgarían a perder esa pizca de seguridad que la Escuela de Diamante les había facilitado.

—Estás compinchado con el Movimiento —comprendió Laisere—. Por eso nunca castigaste a nadie por leer sus panfletos o por hablar de ello en susurros en las esquinas, ¿verdad?

Kandell no había conocido a ningún mago que perteneciera al Movimiento hasta hacía unos días. Pero nunca había estado en desacuerdo con sus ideas, y sabía que, para muchos de los jóvenes de esa Escuela, creer que alguien los liberaría algún día les daba esperanza para seguir adelante. En realidad, era la única esperanza para algunos de ellos. Y Kandell nunca se había atrevido a robarles eso; no tenía derecho a robarles eso.

—He conocido a la líder del Movimiento hace unos días —confirmó—. Y hemos llegado a un trato. Pero no voy a obligar a nadie a luchar.

—¡Aquí hay niños, Kandell! —protestó Laisere—. ¿Qué pasará si te equivocas? ¿Qué pasará si pierdes? ¿Con quién crees que se cebará el Parlamento? Como director de esta Escuela tienes una responsabilidad, y esa responsabilidad es mantenernos a todos a salvo.

—En primer lugar, yo ya no soy el director de esta Escuela —matizó—. Te entregué esta Escuela a ti, y espero que así siga siendo. Y, en segundo lugar, jamás permitiré que nadie les haga daño a estos niños. Ya han sufrido bastante.

Laisere refunfuñó algo que Kandell no entendió.

—¿Qué ha pasado con los dos niños que se llevó el Cuchillo Silencioso? —preguntó Laisere, acusadora.

Kandell inspiró aire profundamente.

—Solo sé que están en Dumaria, tal como había previsto.

—¡¿Qué?!

—Drailon me pidió dos magos poderosos y… prescindibles. Para enviarlos a Dumaria junto con la reina Granne. Los escogí a ellos porque sabía que estaban a favor del Movimiento. Y para ellos Dumaria sería un paraíso lejos de las malditas restricciones de este país. Los dumarianos no castigarán a dos niños inocentes por los crímenes de la reina. Les darán un hogar, y tal vez en Dumaria exista algún mago que pueda ayudar a Ikair a controlar sus poderes. Si es verdad lo que dicen sobre los magos dumarianos, alguno tendrá que haber que sea tan poderoso, o que también haya tenido problemas para controlar la magia.

Laisere abandonó su expresión de enfado por una de compasión.

—¿Y Drailon no sospechó que… que lo habías engañado?

—Drailon confiaba ciegamente en mí hasta que traté de huir con la Piedra de Diamante. Tiene la mala costumbre de pensar que el miedo retiene a su lado a todos sus seguidores, pero ese error le costará caro. Incluso Ramja lo traicionó y decidió ayudar a Nyaja a escapar —recordó, con tristeza.

Se sentía culpable por la muerte de Ramja. Había sido él quien la había arrastrado al otro lado, quien le había dicho que él tampoco compartía la opinión de Drailon. Si no le hubiera confesado esos pensamientos, Ramja seguiría siendo fiel a Drailon, y probablemente seguiría viva. Aunque, tal vez, Ramja hubiera terminado por descubrir por sus propios medios qué clase de persona era Drailon en realidad, y habría tratado de ayudar a Nyaja incluso sin la intervención de Kandell. Era imposible saber si en algún momento existió la posibilidad de que Ramja hubiera escapado de la muerte.

—Sigue teniendo al Cuchillo Silencioso —protestó Laisere.

—No por mucho tiempo —susurró.

—¿Qué insinúas?

Pero Kandell no respondió a la pregunta. Gracias a su nueva relación con Dasha, había vuelto a escuchar el nombre de Eishar Dúayan. Kandell la recordaba con tristeza porque había sido uno de sus mayores fracasos en la vida. No había logrado convencerla de lo peligroso que era el mundo para alguien como ella, y había tenido que romper su espíritu para conservarla con vida.

Pero no había funcionado. Porque Eishar había aprovechado la primera ocasión que había encontrado para escapar.

Dasha le había contado que ellos la habían encontrado en Tranteria y le habían dado cobijo, meses atrás. Y cuando Kandell había solicitado verla, antes incluso de haber llegado a la conclusión de que no existían palabras que compensaran lo que le había hecho, Dasha le había dicho que eso era imposible.

La líder del Movimiento estaba convencida de que Eishar estaba muerta, de que el Cuchillo Silencioso la había matado después de raptarla, el día que los magos del Movimiento lograron capturar al asesino a sueldo de Drailon.

Pero Kandell no había recibido esa noticia. Si el Cuchillo Silencioso la hubiera asesinado, se hubiera jactado de ello ante Drailon y ante el resto del consejo privado del presidente, como acostumbraba. Pero eso no había sucedido.

Por ese motivo, Kandell tenía la sospecha de que Eishar seguía viva. Y si Eishar seguía viva era porque el Cuchillo Silencioso había desobedecido una orden directa de Drailon.

No tenía ninguna certeza, y desconocía qué motivaciones podrían haber llevado al Cuchillo Silencioso a perdonarle la vida a Eishar. Pero todo apuntaba a que su lealtad hacia Drailon no era tan estrecha como todos pensaban.

Laisere pareció darse cuenta de que Kandell no iba a responder y cambió de tema.

—Vinieron a hacerme preguntas —informó—. Dos soldados de la Guardia Roja.

Kandell sintió que le temblaban las manos. Sabía cómo formulaba sus preguntas la Guardia Roja.

—No me hicieron daño —se apresuró a decir—. Ni a mí ni a nadie. Les dije que te habías marchado con muchas prisas sin decir nada a nadie. Les mentí y les dije que habías dejado una nota nombrándome nueva directora, sin explicaciones. Les enseñé el papel que me entregaste con respecto a eso. A veces aún no me creo que se tragaran mis mentiras.

A Kandell también le sorprendía que la hubieran creído.

—Tal vez no querían crear demasiada conmoción —comentó

Kandell, tras unos segundos de planteamientos—. Vinieron a interrogarte porque lo ordena el protocolo. Pero decidieron no meter mucho las narices para no hacerte sospechar, para que no te involucraras en nada. El Parlamento teme que los magos anómalos puedan convertirse en un problema.

Por suerte, Laisere no le preguntó nada más. La Lunasol lo ayudó a bajar las escaleras, prometiendo que guardaría en secreto la existencia de esa herida.

—Créeme, es mejor que nadie te vea débil —le había dicho.

Cuando Kandell llegó al salón de actos, parecía que todos los magos que vivían en esa Escuela se encontraban allí. Su presencia bastó para acallar todo el murmullo que se había generado.

Se subió a la tarima, intentando no esbozar ni la más mínima señal de dolor en el rostro, y se dio cuenta de que era lo más difícil que había tenido que hacer en su vida.

Tanto alumnos como profesores y el resto del personal lo miraron con ojos desorbitados. La Guardia Roja había acudido a la Escuela con la noticia de que él estaba muerto; era normal que todos lo miraran como si fuera un fantasma.

Se sentó en la silla acolchada y pasó la mirada por todos los magos allí reunidos. Estaba a punto de pedirles un gran sacrificio y no sabía cómo hacerlo.

—Queridos alumnos, profesores y demás personal de la Escuela de Diamante —comenzó—. Sé que os han dicho que estaba muerto, pero me temo que solo era una más de las muchas mentiras que el Parlamento difunde. Solo pretendían asustaros y desmoralizaros, y recordaros que la más mínima falta por parte de un mago anómalo está penada con la muerte.

Hizo una pausa, dejando que su discurso calara en las mentes de sus oyentes. No usó sus poderes, no esta vez. El que quisiera seguirlo a la guerra, lo haría bajo sus propias convicciones.

—El Parlamento lleva siglos tratándonos como criminales peligrosos, como parias en su sociedad perfecta y cuadriculada. Pero los verdaderos criminales caminan por las calles con total impunidad.

Empezaron a aparecer miradas de brillante desafío.

—Ha llegado la hora de tomar nosotros las calles, de conquistar aquello que nos pertenece, de luchar por nuestros derechos.

Empezó a levantarse un murmullo de fondo, pero Kandell siguió hablando, evitando, con maestría, que la atención de su público se desviara de su discurso.

—Nunca se nos ha presentado una ocasión mejor —recalcó—. El presidente Drailon Hártimer ha abandonado el país, y se ha llevado a

su mejor asesino con él. La ambición por el poder lo ha cegado. Pretende hacerse aún más poderoso, pretende poseer el mundo entero y esclavizar a todos los magos del continente.

»Pero no vamos a dejar que eso suceda —concluyó—. He hablado con los magos del Movimiento. He estado en su base de operaciones, he conocido a su líder y he escuchado sus planes. Ellos van a luchar por los derechos de todos los magos de Brunedain. Ellos no se detendrán ante nada. Y yo lucharé a su lado.

El murmullo de fondo aumentó de intensidad. Kandell percibió la alarma en muchas de las voces. Ya los había alterado; ahora tenía que calmarlos.

—No obligaré a nadie a luchar. Los que tengan miedo y los que no se sientan preparados podrán quedarse aquí. Este siempre será vuestro hogar; aquí siempre estaréis a salvo. Yo me encargaré de que así sea.

»Pero aquellos que quieran luchar, que quieran hacer de este mundo un lugar mejor para todos… podrán venir conmigo. El Movimiento tiene grandes planes, pero necesita magos que los ejecuten. Magos poderosos como vosotros, pues cada uno de vosotros es único, cada uno de vosotros posee poderes increíbles que el Parlamento quiere exterminar. Porque os teme, porque teme lo que podéis hacerles. Teme que busquéis venganza tras haberos encerrado por un crimen que no habéis cometido.

Empezaron a alzarse vítores.

—¡Lucharemos por un Brunedain más justo para todos! ¡Lucharemos por todos los magos de Brunedain!

—¡Por los magos de Brunedain! —corearon a su alrededor.

CAPÍTULO 26

Las horas se sucedieron sin que Yáhlazer mejorara o empeorara. Nyaja había memorizado la lista de daños.

Una cuchillada en el muslo izquierdo, nueve puntos de sutura. Dos costillas rotas. Una puñalada en el abdomen, siete puntos de sutura. El estómago perforado, doce puntos de sutura. Dos hemorragias internas, una a la altura del vientre, otra en los pulmones.

Los repetía en su cabeza una y otra vez. Una y otra vez. No quería olvidar ni el más mínimo detalle.

Porque pensaba devolverle a Drailon todos y cada uno de los golpes.

No tenía duda alguna de que había sido él. La atrocidad que había cometido llevaba su firma grabada en sangre.

Nyaja navegó durante horas entre el sueño y la vigilia, entre el dolor físico y el emocional, en una incómoda silla que alguien le había traído para que pudiera sentarse al lado de Yáhlazer. A pesar de lo que le habían dicho los médicos, esperaba que él se despertara en cualquier momento, que regresara de sus pesadillas, que se sintiera solo y herido, y que, al recordar todo lo que le habían hecho, el terror se adueñara de él.

Por eso no quería separarse de él. Cuando Yáhlazer volviera en sí, ella estaría a su lado para consolarlo, para decirle que se pondría bien y que ella lo protegería.

Pero entonces una brutal sacudida hizo temblar el suelo.

Nyaja proyectó un escudo sobre ella y sobre Yáhlazer por instinto, antes siquiera de haberse despertado del todo. Pero el temblor tan solo duró unos segundos, y la tienda no se les cayó encima.

Mantuvo el escudo en su sitio un rato más, con el corazón latiéndole contra las orejas con violencia. Si un terremoto había agitado las montañas, todavía podría caer alguna roca de las escarpadas colinas que circundaban el campamento militar.

No se relajó hasta que un soldado de alto rango entró empujando

sin miramientos a un médico que se disponía a impedirle el paso.

—Quita de en medio —gruñó, haciendo valer su autoridad—. ¿Está bien, duquesa? ¿Está bien el rey? —preguntó, al verla de pie y alerta.

Ella asintió.

—¿Qué ha sido eso?

—Parecía un temblor de tierra. Iré a comprobarlo, duquesa.

Nyaja tardó unos segundos en comprender que no podían dejar al azar algo así estando en guerra. Aunque nunca lo había visto en acción, sabía que existía arsenal militar que podía sacudir la tierra de esa forma. Al igual que una pistola o un fusil podía usar la explosión de la pólvora para propulsar una bala, los cañones podían hacer lo mismo con enormes bolas de acero.

Y Brunedain llevaba muchos años preparándose para una guerra contra Dumaria.

Ronnara entró corriendo en la tienda, dándole semejante susto que Nyaja ya tenía un cuchillo en la mano antes de reconocerla.

La Eléctrica levantó los brazos.

—Me alegra saber que Yáhlazer está en buenas manos, pero prefiero no morir tan joven —bromeó. Suspiró—. Tienes que ver esto.

Nyaja se rehusaba a abandonar a Yáhlazer, pero supuso que no sería difícil encontrar a un Escudo que la relevara.

Nada más salir de la tienda, una de los soldados que se encontraba fuera se ofreció a ocupar su lugar.

—Protegeré a al rey con mi vida, duquesa —le juró.

—¿Escudo?

Ella asintió, entusiasmada.

—Regresaré pronto —prometió.

La mujer no necesitó más aprobación para introducirse dentro de la tienda.

Nyaja siguió a Ronnara a través de un campamento cada vez más agitado. Todos parecían moverse en la misma dirección, pero no tenían sus armas desenvainadas; no parecía que estuvieran ante una amenaza militar.

Cuando se acercaban a lo alto de una ladera, los soldados allí congregados les abrieron paso. Nyaja se apresuró hasta el borde y entonces la vio.

La flota de Érisen.

No había menos de un centenar de barcos, pero eso no era lo más inquietante.

Desde uno de los barcos se elevaba una misteriosa niebla parduzca que no se parecía a la que ocasionaba una explosión de un arma de fuego.

Había algo místico en la forma en la que las volutas de humo se

curvaban y se retorcían entre sí. Nyaja creyó reconocer la forma de dos rostros humanos en medio de la niebla y sintió que se le erizaba el vello de la nuca.

Bajó la mirada hacia el barco desde el cual se formaba la bruma y allí, como si fuera un espejismo, apreció un intenso brillo que salvaba incluso la distancia. Al principio pensó que se trataba de un arcoíris formado por el reflejo de la luz sobre una superficie cristalina, pero luego se dio cuenta de que faltaban colores, y de que sobraba el blanco.

Porque solo había cinco colores: blanco, naranja, rojo, verde y violeta.

Nyaja tragó saliva con brusquedad al comprender qué estaba viendo.

—Érisen y Drailon han juntado las Piedras de la Vida —murmuró, pero fue como si lo hubiera gritado.

A su alrededor se formó un tenso silencio. Luego, empezaron los murmullos de miedo, de asombro, de incredulidad.

Nyaja había estado tan preocupada por Yáhlazer que no se había parado a pensar en eso. Drailon tenía en su poder la Piedra de Diamante. La había visto cuando había huido de la prisión donde él la había encerrado, y Miravien y Bryla le habían confirmado que Kandell de Soenaya, el Guardián de la Piedra de Diamante, la había perdido.

Además, Drailon había matado a todos los Sacerdotes Blancos y herido de gravedad a Yáhlazer para conseguir la Piedra de Ámbar.

Y Érisen tenía las tres restantes.

La niebla de color pardo se iba extendiendo en dirección a la costa, como si acudiera para llevarse sus almas a la oscuridad. Nyaja tomó una decisión precipitada.

—¡¡Hay que atacar los barcos de Érisen!! ¡¡AHORA!!

Los soldados se quedaron traspuestos, mirándose los unos a los otros, decidiendo si obedecer o no.

—¡Ya habéis oído a la duquesa! —ordenó una soldada. Las condecoraciones de su eloba indicaban su alto rango en el ejército—. ¡Formación de ataque! ¡Vamos a derribar esos barcos!

—Dejad a flote el barco de la niebla —ordenó Nyaja.

—¿Duquesa? —dudó la soldada.

—De Drailon Hártimer me encargo yo —dijo, con la voz sombría.

Antes de esperar una aprobación, echó a correr con renovadas fuerzas hacia la armería. Los soldados se apartaban atemorizados a su paso al verla usar unos poderes que muy pocos debían de conocer.

Pero no se paró para aclararles que ella no era la amenaza, que el verdadero peligro estaba en uno de esos barcos, y que podía hacer exactamente lo mismo que ella. Porque no podía perder ni un solo segundo de su valioso tiempo.

Se ajustó un cinturón, escogió dos puñales bien balanceados para su gusto y los metió en las vainas correspondientes. Añadió una tercera daga en la bota, por si acaso, y cuando se giró, dispuesta a salir corriendo de nuevo, Ronnara se interpuso en su camino.

Estaba exhausta, hiperventilando, y se notaba que había intentado alcanzarla corriendo.

—Estás… loca… si piensas… que voy a dejarte… ir sola —dijo, casi sin aire. Aun así, intentó que su discurso sonara firme.

—Acabas de recuperarte de tus heridas —protestó Nyaja.

Ronnara había resultado herida en la escaramuza con los brunedanos en Tomiara. Según ella misma le había contado, Yáhlazer la había enviado a Virzara para curarse del todo y, en cuanto se hubo recuperado lo suficiente para caminar, eludió la vigilancia de sus padres y de los soldados para escaparse y unirse al ejército. Nyaja podía entenderlo; el espíritu guerrero de Ronnara le impedía quedarse sin hacer nada mientras otros daban sus vidas para proteger el reino.

Nyaja no quería involucrar a nadie más en eso, pero recordó que Drailon no estaría solo. Necesitaba a alguien que distrajera a la Guardia Roja. Y al Cuchillo Silencioso. Nyaja dudaba que Drailon hubiera dejado atrás a su formidable asesino.

—Está bien, pero yo me encargo de Drailon.

La sonrisa de Ronnara fue como la de un lobo.

—Trato hecho.

Mientras se escabullían entre la multitud para llegar hasta el borde del acantilado, Ronnara se recogió su larga melena castaña en una trenza que enrolló sobre sí misma hasta conseguir un moño prieto.

Los tiempos de Nyaja de recogerse el pelo habían quedado atrás. Ahora tenía el pelo demasiado corto.

Nadie las detuvo cuando descendieron por los vertiginosos acantilados hasta alcanzar la costa.

—¿Cómo vamos a llegar a los barcos? —preguntó Ronnara.

—Saltando.

Nyaja estaba segura de que podrían alcanzar el barco más cercano saltando de roca en roca. La costa era pedregosa y las piedras que sobresalían del mar parecían tejer un camino, como si Dumaria les estuviera tendiendo un puente a través del cual proteger el resto del país.

—Eso parece inseguro —replicó Ronnara.

—No hay nada seguro en esta vida. Confía en tu cuerpo.

Y sin más palabras, comenzó a saltar de roca en roca, buscando las más planas, las que no estuvieran llenas de moluscos que la harían pisar en falso, o de algas que la hicieran resbalar. Ronnara siguió protestando por lo fría que estaba el agua, pero la siguió.

Cuando a Nyaja empezaba a preocuparle que sus enemigos las vieran acercándose y les dispararan, una explosión en un barco cercano distrajo su atención.

El navío tenía un agujero en el casco por el que empezó a entrar agua a raudales. Parecía el ataque de un Golpeador. El barco empezó a hundirse, y el nivel del agua empezó a subir.

Nyaja alzó un escudo justo cuando un segundo impacto provocó que el barco se hundiera, levantando una enorme ola que las habría barrido a ella y a Ronnara hasta estrellarse contra las piedras si no hubiera sido por su escudo.

El agua saltó por encima de su escudo con una fuerza descomunal, pero su magia resistió la acometida.

—¡Corre! —urgió a Ronnara, cuando el mar recuperó la calma.

Si tenía que esquivar una segunda ola, empezaría a quedarse sin magia. Y la necesitaba toda para poder enfrentarse a Drailon.

Ronnara y Nyaja se movieron a mayor velocidad, justo cuando empezaron a sonar las primeras explosiones de la pólvora. Nyaja no sabía quién había disparado primero, pero no tardó en darse cuenta de que había comenzado un fuego cruzado.

Era una buena distracción, pero también peligrosa.

Nyaja aguardó a que Ronnara la alcanzara cuando el más cercano de los barcos estaba a tan solo unos metros de distancia, fuera de su alcance. No había más rocas, o de lo contrario el barco encallaría. Nyaja no podía saltar una distancia tan grande.

—¡Usa una tabla suelta! —gritó Ronnara.

Nyaja comprobó que la superficie del agua estaba llena de tablones procedentes del barco hundido.

Con un grito ahogado, se tiró al agua y se agarró a una de las tablas. Trató de ignorar las esquirlas de hielo que se clavaron en su piel ante el contacto con esa agua helada. Agitó las piernas con fuerza para propulsarse hacia delante, y para mantener su cuerpo en movimiento… y caliente.

Alcanzó el barco justo cuando un relámpago hacía estallar en pedazos el cristal de una escotilla. Apenas tuvo tiempo de cubrirse el rostro con un brazo para evitar que los trozos de cristal le alcanzaran la cara. No obstante, Ronnara había calculado bien el golpe y tan solo sintió un pequeño pinchazo de dolor en el brazo.

Con un suspiro, Nyaja se agarró al marco de la escotilla y se aupó al interior del barco, chorreando agua.

Desenvainó sus puñales y recorrió la habitación vacía como un ángel de la muerte.

Le propinó una patada a la puerta y esta se abrió de un golpe. Tampoco había nadie en el pasillo, así que se aventuró hasta las escaleras y subió a la cubierta del barco acompañada por el crujido de

la madera. Todos los soldados estaban ocupados en manejar los cañones. Ninguno la estaba mirando.

Nyaja sonrió y, con una sola carrera y con los puñales extendidos, dos filas de soldados onduranos cayeron al suelo antes de ver qué los estaba atacando. Había cercenado sus cuellos con una precisión letal para matarlos de un solo golpe.

Una vez tomado el barco, Nyaja le tiró una escalera a Ronnara para ayudarla a subir.

—¿Y ahora qué? —preguntó Ronnara, escurriéndose la ropa mojada.

Nyaja ya había pensado en eso. Dirigió su mirada hacia el siguiente barco.

—¿Cuánta fuerza tienen tus campos electromagnéticos?

Ronnara pareció entender sus intenciones.

—Espero que la suficiente.

—Hazlo.

Nyaja se alejó de Ronnara cuando el aire empezó a cargarse de electricidad estática. Sintió como se le erizaban todos los vellos del cuerpo, y entonces, una fuerza colosal movió el barco bajo sus pies hasta hacerle perder el equilibrio. Vio los rayos azules de Ronnara cortar el aire como una cuerda de la que alguien había tirado. Pero tan solo se trataba de fuerzas contrarias atrayéndose entre sí.

—¡Ronna! —gritó.

Pero fue demasiado tarde.

Los dos barcos se estrellaron y la fuerza del impacto las tiró a ambas al suelo.

Pero habían conseguido su objetivo. Antes siquiera de que el movimiento del barco se hubiera estabilizado, Nyaja ya estaba de pie, tirando a Ronnara tras de sí hasta el barco siguiente.

Los soldados gritaron de terror al verlas saltar a la cubierta.

Apuntaron sus espadas y fusiles hacia ellas, pero los rayos azules que manaban del cuerpo de Ronnara los tumbaron a todos en el suelo. Mientras todavía seguían retorciéndose de dolor, las dos mujeres corrieron entre ellos hasta el otro extremo del navío.

Nyaja comprobó que podía alcanzar el barco más próximo de un salto asistido con magia. Se subió al borde de la cubierta y tiró de Ronnara para que la siguiera. Mezclando velocidad con un escudo, creó el suficiente impulso para saltar al siguiente barco.

Nyaja sonrió de placer al contemplar sus casacas rojas. Había alcanzado a las tropas brunedanas.

Creó un escudo y lo propulsó con toda la velocidad que pudo contra la Guardia Roja. Los cogió a todos tan desprevenidos que ni siquiera tuvieron tiempo de apuntar hacia ella sus armas de fuego antes de que Nyaja los golpeara con la pared de su escudo. La fuerza

del impacto los dejó conmocionados.

Nyaja agarró a uno por el cuello de la camisa.

—¿Dónde está Drailon? —exigió saber.

—Traidora —escupió.

Nyaja no tenía tiempo ni magia que malgastar. Desenvainó un puñal y lo hundió en el muslo del soldado, que aulló de dolor.

—Habla —ordenó.

Retorció el puñal, aún clavado en su carne, y su grito de dolor le taladró los tímpanos.

El soldado, desesperado, señaló con el dedo. Al seguir la dirección con la mirada, Nyaja descubrió que allí había un barco.

—Si me engañas, me encargaré de que te arrepientas el resto de tu vida.

Dejó al soldado y corrió hasta el borde de la cubierta. Y allí estaba él.

El barco de Drailon estaba lejos, pero podía ver al presidente de Brunedain desde ahí. Como era de esperar, el Cuchillo Silencioso estaba a su lado, velando por su seguridad.

Drailon no parecía preocupado. Lo más probable era que no se esperara encontrarse con ella.

Ronnara la alcanzó y ambas cruzaron una mirada.

—Solo podré hacerlo una vez más —se lamentó Ronnara.

—Será suficiente.

La electricidad volvió a inundar el ambiente cuando el campo electromagnético creado por Ronnara empezó a atraer los dos barcos. Esta vez, tiró hacia ellas. El barco de Drailon cabeceó y todos los que se hallaban sobre la cubierta perdieron pie. Nyaja identificó rápidamente a los magos físicos; junto con el Cuchillo Silencioso, fueron los únicos que aguantaron el equilibrio en lugar de caerse al suelo.

Drailon tardó tanto tiempo en ubicar la amenaza que, para cuando sus ojos llenos de furia se clavaron en los de Nyaja, ella ya estaba saltando al barco.

Sintió a Ronnara saltar tras ella y, sin pensarlo siquiera, las envolvió a ambas en un escudo.

Drailon se recuperó de su susto inicial y le dedicó la más cruel de sus sonrisas.

Nyaja tuvo que hacer un esfuerzo por aguantar las ganas que tenía de desgarrarle la yugular con sus propias uñas. Ese hombre era el responsable de que Yáhlazer se debatiera entre la vida y la muerte.

—Te he dejado un regalo de cumpleaños no muy lejos de aquí, querida —dijo Drailon, sin dejar de sonreír con infinita malicia—. ¿Lo has visto ya?

Ronnara gruñó de rabia y dio un paso en dirección a sus

enemigos, pero Nyaja le colocó un brazo por delante para impedirle que se acercara más.

El Cuchillo Silencioso también dio un paso adelante, listo para abalanzarse sobre ellas como un félido. Drailon también le impidió avanzar más extendiendo el brazo.

—No malgastes fuerzas con ella —le recomendó Drailon—. Tú no eres rival para ella. Déjame esto a mí.

Drailon volvió a sonreír, y Nyaja fue consciente por primera vez de que estaba atrapada en ese barco junto al mago más poderoso del continente.

CAPÍTULO 27

Nyaja valoró sus opciones. No podían derrotar a Drailon, al Cuchillo Silencioso y a la docena de soldados apostados ante ellas y esperar salir indemnes.

Ronnara hizo el ademán de atacar, pero Nyaja volvió a detenerla.

—No desperdicies tu magia; se estrellará contra su escudo —le recordó. Luego, sus ojos se volvieron hacia Drailon, que parecía orgulloso de todo el caos que reinaba a su alrededor—. Te mataré por lo que has hecho.

«Pero no hoy», añadió mentalmente. No podía derrotar a Drailon estando en semejante desventaja; su magia y sus habilidades tenían límites.

—Para eso primero tendrás que alcanzarme —se mofó Drailon.

Nyaja se fijó en que Drailon ya no llevaba la Piedra de Diamante colgando del cuello, como la última vez que lo había visto. Debía de haberla escondido junto a las demás.

Junto a la Piedra de la Vida que le había robado a Dumaria.

A su alrededor, las explosiones seguían sonando. Si no salían rápido de ahí, el barco podría ser derribado y terminarían flotando a la deriva en las frías aguas del Mar de Esmeralda.

Nyaja necesitaba una distracción. Tenía que pasar por encima de Drailon y sus secuaces para buscar la Piedra de Ámbar. Sabía que estaba en esa embarcación, porque su magia la llamaba como un imán.

La cabeza le iba a estallar de tanto buscar en vano alguna salida cuando un chillido desde los cielos le hizo taparse los oídos.

Se tiró al suelo, temiendo lo peor.

Pero entonces el enorme cuerpo ondulante de un vakirí emergió por detrás de las velas de los barcos, chillando de ira. Y se lanzó directo contra Drailon, que, por primera vez en su vida, parecía asustado. El pánico se adueñó de todos los secuaces de Drailon al ver a la gigantesca criatura poner en una situación comprometida a su líder.

El escudo de Drailon resistió la acometida del vakirí, pero el golpe

había sido tan duro que Drailon levantó los brazos de forma instintiva para imprimirle más fuerza al escudo.

—¡¡Eso es, Briax!! —gritó Ronnara—. ¡Destroza ese maldito escudo!

La familiaridad con la que Ronnara se dirigía al vakirí sugería que se trataba de su montura habitual. El vakirí había acudido a ayudarla en la batalla.

Nyaja no perdió ni un solo segundo más. Dejó caer su escudo, desenfundó sus puñales y corrió hacia los soldados que le cortaban el paso. El Cuchillo Silencioso era el más peligroso. Debía encargarse de él primero. No importaba que la hubiera ayudado en una ocasión. Habían escogido bandos diferentes, y eso los convertía en enemigos.

Pero alguien se interpuso en su camino. Nyaja reconoció al Dosespadas por su forma de moverse. Ya había levantado los puñales, aceptando el desafío, cuando una mancha blanca del tamaño de un perro grande cayó sobre el soldado y se aferró a su brazo izquierdo.

El hombre aulló de dolor cuando las fauces de Xantra tiraron con fuerza y le separaron trozos de carne del brazo. La sangre del soldado abatido la salpicó de pies a cabeza.

Su vakirí se volvió hacia ella con una mirada de diversión y con la cara cubierta de sangre.

Nyaja tuvo que obligarse a sí misma a sobreponerse del horror que acababa de presenciar. Pensó en las Piedras de la Vida, su único objetivo.

—¡¡Corre, Nyaja!! ¡¡Nosotros nos encargamos!! —gritó Ronnara.

Nyaja miró al cielo y comprobó que había más vakiríes acercándose. No tenía tiempo que perder. Sus enemigos no tardarían en localizar la amenaza y dispararles.

Corrió hacia la entrada de la bodega. El Cuchillo Silencioso le cerró el paso, adelantándose a sus movimientos con una precisión letal. Nyaja no podía perder más tiempo peleando con él. Creó un escudo, amplió el radio, y el Cuchillo Silencioso recibió un golpe que lo derribó al suelo.

Nyaja corrió todo lo que pudo y pasó a su lado antes de que tuviera tiempo de extender la mano para agarrarla por la pierna.

—¡¡Atrápala!! —le ordenó Drailon, que seguía luchando contra el vakirí de Ronnara.

Pero era inútil. Nyaja ya estaba fuera del alcance del Lunasol. Corrió escaleras abajo y dejó que la Piedra de Ámbar le señalara el camino.

No dudó a la hora de escoger una puerta. Estaba cerrada con llave, pero una patada con su recién descubierta magia de Huesosduros fue suficiente para reventar la cerradura. La puerta se abrió de un golpe, haciendo gritar a la persona que se encontraba en

el interior.

Por su colorida forma de vestir, Nyaja supo que era un ondurano. Pero no se detuvo a analizar nada más antes de crear un escudo que lo lanzó con fuerza contra la pared. El golpe en la cabeza lo dejó inconsciente al instante y su cuerpo cayó al suelo como un fardo.

Y todo porque allí, sobre una mesa, había cinco Piedras de la Vida. Nyaja corrió hacia ellas, pero antes de estirar la mano para cogerlas, se fijó en que todas estaban engarzadas a una cadena de plata. ¿Qué pasaría si tocaba esa cadena de plata, que interconectaba entre sí toda la magia que acumulaban esas cinco gemas? Una parte de sí misma temía que su cuerpo se desintegraría si entraba en contacto con toda esa magia de repente.

Unos pasos a su espalda la distrajeron de su misión. Se volvió en esa dirección, con un puñal ya en la mano.

El Cuchillo Silencioso levantó las manos en señal de rendición. Se había deshecho de sus armas en algún momento.

¿Cómo había logrado alcanzarla tan rápido?

—No ataques —le pidió el Lunasol—. Por favor.

—Apártate de mi camino o te mataré —gruñó—. Me da igual que me hayas ayudado una vez.

—Sé que estás enfadada, y tienes toda la razón. Pero podemos resolver esto sin que ninguno de los dos salga perjudicado.

El Cuchillo Silencioso también se había quitado las gafas de sol que lo protegían de sus propios poderes, y Nyaja quería leer sinceridad en su mirada. Pero no bajó el puñal. Alzó un escudo a su alrededor para evitar que pudiera cegarla con un rayo de luz. O que la dejara a oscuras y aprovechara ese momento para atacarla.

—No hace falta que ninguno de los dos muera aquí —prosiguió—. Ambos tenemos gente que nos necesita. Coge una de las Piedras. Tú recuperas tu Piedra, y yo puedo fingir que he conseguido pararte los pies. Un poco.

El Cuchillo Silencioso sacó un puñal que llevaba escondido en la bota y, sin pensarlo demasiado, se abrió un corte en el brazo. Apretó los dientes para no gritar.

Nyaja entendió su plan. Fingir que se habían peleado, pero que las prisas por salvar a sus amigos la habían obligado a huir con tan solo una de las Piedras de la Vida. No entendía por qué el Cuchillo Silencioso pretendía traicionar a Drailon, aunque no le sorprendía que lo hiciera. Lo había enviado a una muerte segura al obligarlo a perseguirla.

—Está bien —aceptó.

Con la punta del puñal se abrió un diminuto corte en el pómulo. Una ola de fuego le corrió por el rostro.

—Drailon no se creería que has logrado herir de gravedad a una

Veloz —se justificó, ante su mirada de reproche.

Él asintió, conforme.

Nyaja se volvió hacia las Piedras de la Vida. La Piedra de Ámbar seguía llamándola, pidiéndole que la tocara… pero, ahora que no había escudo a su alrededor, ¿qué pasaría si la tocaba? El Guardián Primigenio había activado la magia escudo que poseía la Piedra de Ámbar, y esta había dejado de estar accesible durante siglos.

No sabía qué había hecho Drailon para desactivar los escudos de la Piedra, pero Nyaja se temía volver a activarlos y terminar atravesada por sus rayos de energía. No quería cometer el mismo error que su desafortunado antepasado. No tenía tiempo para pelearse con una Piedra de la Vida que se negaba a dejar que la cogieran; todavía podía escuchar la trifulca que se libraba por encima de su cabeza.

Examinó las otras y, como si una voz extraña estuviera susurrando en su cabeza, sus ojos se enfocaron en la Piedra de Amatista. Su brillo violeta parecía cálido… y la estaba llamando casi con la misma intensidad que la Piedra de Ámbar.

Como no se atrevía a tocar la cadena de plata con las manos desnudas, rompió el engarce de la Piedra de Amatista con la empuñadura de su cuchillo y con un golpe certero. Acarició la Piedra con los dedos, una vez rota la conexión con el resto. No quemaba, no daba descargas eléctricas… nada la protegía. La envolvió con la mano y se dio la vuelta para salir corriendo, pero el Cuchillo Silencioso seguía bloqueando la puerta.

—No nos atacaremos más —dijo, con convicción.

Nyaja sabía que un pacto como ese podía ser muy valioso… y peligroso. Y ni siquiera sabía si podía fiarse del Cuchillo Silencioso.

Pero asintió. Él se apartó y la dejó salir corriendo. Mientras lo hacía, Nyaja escuchó más chillidos de vakiríes, aunque esta vez sonaban distintos. Debían de estar teniendo problemas.

Subió a la cubierta del barco en una exhalación. Había varios soldados de la Guardia Roja diseminados por el suelo, pero otros tantos seguían en pie, plantando cara.

—¡¡Todo el mundo fuera de aquí!! —gritó Nyaja.

Ronnara lanzó su última descarga hacia un enemigo antes de correr hacia su vakirí. El animal serpenteó hacia Ronnara, hasta que esta consiguió agarrarse al arnés. Juntos, salieron volando antes de que Ronnara hubiera logrado montarse sobre su grupa.

Nyaja buscó a Xantra con la mirada, y descubrió que lo habían acorralado. El vakirí no sabía a cuál de sus dos enemigos morder primero y parecía asustado.

«De ninguna manera», se dijo a sí misma.

Corrió hacia él con los puñales en la mano y degolló a uno de los soldados que rodeaban a Xantra. Con un flanco libre, el vakirí se

abalanzó sobre el segundo, tirándolo al suelo y arrancándole la garganta de un mordisco.

—¡Vuela! —le ordenó.

Xantra miró hacia sus espaldas.

Nyaja se giró, y descubrió que Drailon ya no estaba ocupado defendiéndose de los vakiríes. Sonreía con la maldad de un depredador que ha atrapado a su presa entre sus garras.

Pero lo más sorprendente de todo era que el Cuchillo Silencioso volvía a estar a su lado.

Nyaja no tenía tiempo para razonar cómo podía moverse tan rápido un Lunasol.

Xantra seguía llevando el arnés, así que no se lo pensó antes de subirse sobre él, cubrirlos a ambos con un escudo y apremiarlo a salir volando. Había volado durante horas por las montañas; ya debería controlar su magia lo bastante bien como para poder transportarla a ella hasta la costa.

Para alivio de Nyaja, el vakirí alzó el vuelo a pesar del peso añadido, aunque con torpeza.

Nyaja sintió algo impactando contra su escudo: un cuchillo que habría alcanzado el corazón de Xantra si no hubiera sido por la barrera protectora a su alrededor.

Mientras ascendía, alejándose de ese barco del terror, su mirada se clavó en la del Cuchillo Silencioso. Sus ojos volvían a estar cubiertos por las gafas de sol, y su expresión era imperturbable. Le había prometido que no volverían a atacarse. ¿Qué había cambiado?

Entonces recordó algo que él le había dicho, tiempo atrás, cuando era prisionera de Drailon. «No voy a hacerte daño. No a menos que él me lo ordene».

Pero eso seguía sin explicar muchas cosas.

Minutos después, Xantra logró aterrizar sobre el acantilado, pero de forma tan forzada que Nyaja terminó rodando por el suelo.

Antes de que hubiera logrado ponerse en pie, ya había varias personas a su alrededor asegurándose de que estaba bien. Cuando consiguió librarse de ellos y quedarse a solas con Ronnara, abrió la palma de la mano, donde llevaba la Piedra de Amatista firmemente aferrada, como si su vida dependiera de ello.

—¿La Piedra de Amatista? —preguntó Ronnara.

Nyaja asintió, y, con la mente despejada, comprendió por qué había elegido esa y no otra.

—Las palabras escritas y habladas son efímeras y traicioneras, pero los recuerdos grabados en la piedra perduran incorruptibles por toda la eternidad —recitó, recordando el lema de las gemas de

amatista—. Si hay algo sobre las Piedras de la Vida que tengamos que conocer, la Piedra de Amatista nos lo dirá.

Ronnara parecía impresionada con su reflexión.

—¿Por qué no las cogiste todas? —preguntó. Y era una pregunta con mucho sentido.

Nyaja se volvió de nuevo hacia los barcos. La batalla había terminado, y el mar estaba sembrado de los restos de los navíos que no habían resistido las acometidas de los dumarianos.

Allí, en alguno de esos barcos, alguien había intentado decirle algo. Y Nyaja no había conseguido entrelazar las piezas todavía.

—El Cuchillo Silencioso hizo un trato conmigo —murmuró.

Ronnara frunció el ceño.

—¿Cuándo?

—Cuando bajé a buscar las Piedras.

—El Cuchillo Silencioso no te siguió, Nya. Se quedó en la cubierta.

Nyaja sintió que la incertidumbre se apoderaba de ella. Si el Cuchillo Silencioso no había bajado de la cubierta, ¿quién era ese hombre de ojos azules que había hablado con ella? ¿Y por qué se hacía pasar por el Cuchillo Silencioso? Vestía de negro, con una capa a la espalda y con un colgante que representaba el símbolo de los Lunasoles. Además, llevaba el pelo de dos colores, blanco y negro. Era la misma persona que había visto cuando estaba encarcelada en Tranteria.

¿Acaso el Cuchillo Silencioso no era una sola persona, sino un título que Drailon les había entregado a sus mejores asesinos? ¿Cuántos ases más bajo la manga tenía el presidente de Brunedain?

CAPÍTULO 28

Los dumarianos se habían marchado. Habían hundido una veintena de barcos, habían robado una Piedra de la Vida y se habían perdido en las montañas. Y, en el proceso, habían hecho enfurecer a Drailon.

Izorn se mantenía en silencio, con los brazos cruzados y la espalda pegada a la pared, mientras Drailon gritaba improperios que los generales onduranos no estaban entendiendo; ninguno de ellos hablaba brunedano.

El único sureño que parecía estar comprendiendo era Érisen. El rey de Fainelh tenía una venda blanca rodeándole la cabeza. Ojalá Nyaja le hubiera pegado más fuerte. Ojalá lo hubiera matado de un solo golpe y hubiera terminado de una vez por todas con ese rey que parecía ocultar algo muy turbio que Izorn todavía no alcanzaba a comprender.

Izorn no soportaba al engreído rey fainelhita. No le importaba que, gracias a él y sus manías, hubiera podido sacar a Eishar de Brunedain sin levantar sospechas; seguía desconfiando de Érisen. Además, desde que las Piedras de la Vida se habían juntado y habían levantado una tenebrosa niebla oscura, Érisen estaba todavía más raro que de normal.

Aunque Izorn pudiera entender que la desesperación por perder a sus seres queridos hubiera llevado al rey fainelhita a embarcarse en una guerra tras otra, había algo que no le gustaba de ese hombre. Tal vez había pasado demasiado tiempo cerca de la Piedra de Rubí y la brillante gema roja había acrecentado su locura. Esa era su principal propiedad: incrementar las emociones del que la portaba, fueran positivas o negativas. Y, a diferencia de otras gemas, los rubíes afectaban a magos y a humanos corrientes por igual.

Porque Izorn podría jurar que Érisen estaba loco. El hombre calmado que escuchaba los gritos de Drailon sin inmutarse ante la ira del mago más poderoso del mundo no era el mismo que había conocido unos días atrás, ansioso y demente, exigiendo que los brunedanos atacaran a los dumarianos sin descanso hasta que les

entregaran la última Piedra de la Vida.

Pero Drailon había conseguido la Piedra de Ámbar él solo. Había visto a aquel vakirí solitario surcando los cielos y había decidido seguirlo. La mente de Veloz de Drailon encontraba respuestas mucho más rápido que la de cualquier otra persona y debía de haber intuido que el rey se dirigía a defender la Piedra de la Vida. O tal vez solo había pensado que se trataba de otra persona con la que chantajear a los dumarianos. Pero, en cualquier caso, había tenido la enorme suerte de encontrar al rey de Dumaria y a la Piedra de Ámbar en el mismo lugar.

Izorn no sabía qué motivo exacto había llevado a Drailon a seguir al vakirí, pero había sido efectivo. Drailon había regresado al día siguiente, con la Piedra de Ámbar en las manos, con heridas en los brazos y en la espalda que no había dicho a qué se debían, y con el anuncio de que el rey de Dumaria estaba muerto.

Pero Yáhlazer de Várenma no estaba muerto. De alguna manera, había logrado sobrevivir.

Izorn lo había visto en los ojos de Nyaja. Si lo que Nyaja sentía por el rey de Dumaria era remotamente similar a lo que él mismo sentía por Eishar o por su hermano, Drailon estaría muerto.

¿Qué podrían importarle a Nyaja las Piedras de la Vida cuando Drailon había matado al hombre que parecía amar? Lo único que querría Nyaja en ese supuesto sería venganza.

Y si el rey de Dumaria hubiera muerto, el ejército dumariano no habría tenido la determinación que había mostrado en la batalla.

El ataque de ira de Drailon llegó a su fin, aunque la rabia seguía centelleando en sus ojos castaños. Se volvió hacia él. Izorn se enderezó, esperando órdenes.

—Quiero que alguien encuentre a los dumarianos —ordenó. Con «alguien» se refería a él o a su hermano.

Izorn asintió y salió de esa habitación cuyo aire empezaba a estar demasiado viciado.

Kehidar esperaba fuera. Drailon seguía intentando ocultar que el Cuchillo Silencioso no era una sola persona, sino dos, aunque era difícil mantener ese secreto en un lugar tan reducido como un barco.

Antes de que alguien los viera juntos, Kehidar se adentró en el camarote que compartían. Izorn lo siguió, con la intención de recoger lo necesario para marcharse a explorar la costa dumariana en busca del ejército.

—¿Qué ha dicho Drailon? —preguntó Kehidar, en dumariano. Se le hacía extraño conversar con su hermano en un idioma que no fuera ese; así había hablado siempre con él.

—Que matará a todos los dumarianos, que reducirá su país a cenizas, que enderezará a esa niña…

Esa última le hacía gracia. Nyaja era de las que preferirían morir antes que plegarse a la voluntad de su enemigo.

—Me refiero a por qué estás recogiendo tu ropa —lo interrumpió Kehidar.

Izorn dejó lo que estaba haciendo durante unos minutos para mirar a su hermano.

—Me ha ordenado que encuentre al ejército dumariano.

Poco después de la batalla, Érisen había enviado a sus soldados a inspeccionar la costa, pero no habían encontrado más que la hierba aplastada allí donde había estado el ejército. Todo apuntaba a que se habían ido.

—¿A ti, específicamente?

Odiaba no poder mentirle a su hermano; Kehidar nunca se tragaba sus farsas.

—Iré yo. Quédate aquí y no te metas en problemas. ¿Podrás hacer eso?

Kehidar se puso en pie y caminó hacia él. Cuando habló, su voz era tan solo un susurro.

—Debería ir yo —dijo—. Si Nyaja me encuentra, me escuchará antes de clavarme un puñal en el corazón.

Izorn frunció el ceño.

—¿Cómo estás tan seguro de eso?

—Porque ya he hablado con ella antes.

Izorn sintió que le hervía la sangre.

—¡¿Has hablado con Nyaja?! —exclamó, aunque su voz no se había elevado por encima de un susurro—. ¿Cuándo?

—Esta mañana, cuando robó la Piedra.

—Fue ella la que te hirió, ¿verdad? —gruñó, recordando la herida del brazo que él mismo le había vendado.

—Lo hice yo, por si Drailon preguntaba. Pero está demasiado furioso para importarle por qué Nyaja solo se llevó una Piedra.

Izorn no entendía. Su gemelo parecía captar su desconcierto y procedió a contarle la historia completa.

—La ayudé cuando estaba cautiva en Tranteria —murmuró.

—No debiste haber hecho eso —lo regañó—. Drailon…

—Drailon la hubiera matado a descargas eléctricas si yo no hubiera intervenido —lo interrumpió—. Además, Drailon no se dio cuenta de que intentaba ayudarla, estoy seguro.

Kehidar cogió aire antes de seguir hablando.

—Esta mañana, cuando la vi bajando las escaleras, decidí aprovecharme de esa ayuda que le había dado una vez. No intentó hacerme daño. Hicimos un trato para que se llevara una de las Piedras. Yo sabía que había venido a por ella y que no se marcharía con las manos vacías. Y le pedí que, a partir de ahora, no volviéramos

a atacarnos. Esperaba que, cuando Nyaja volviera a subir a la cubierta del barco y te viera, recordara nuestro trato y no te hiciera daño.

Izorn quiso echarle la bronca a su hermano por haberse arriesgado tanto solo para evitar que Nyaja lo hiriera, o lo matara, a él. Kehidar no tenía que ser el que se preocupara por su seguridad, porque no quería que su gemelo tomara esos riesgos.

—Ha sido temerario —replicó Izorn.

—Lo sé. Nyaja podría matarme con un gesto de la mano, pero ella es buena persona, Izorn. Solo estaba enfadada. Enfadada y triste. Drailon mató a su…

—Yáhlazer no está muerto.

Kehidar se sorprendió ante esa confesión.

—Drailon dijo que… ¿Cómo puedes estar tan seguro? —preguntó Kehidar.

—Porque si Drailon hubiera matado a Yáhlazer, Nyaja no le habría perdonado la vida. No le habría perdonado la vida a nadie que se hubiera cruzado en su camino.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? —repitió.

—Porque es lo que habría hecho yo. Matar a Drailon… o morir en el intento.

Kehidar pareció ablandarse ante esa confesión. Esquivó su mirada y meditó sus palabras antes de volver a hablar.

—Déjame ir a mí —volvió a pedirle—. Si Nyaja me encuentra rondando por el campamento, le diré la verdad sobre nosotros.

—No —ordenó Izorn. Su voz se endureció, pero no le importaba. No dejaría que Kehidar se arriesgara tanto.

—Ya debe de sospecharlo. Creo que le he dado las pistas suficientes.

—Kehidar… —lo advirtió.

—Cuando Drailon se marche de este país, y nos arrastre con él, ¿quién cuidará de Eishar? —preguntó, y tras pronunciar ese nombre, cayó sobre ellos un silencio sepulcral.

Izorn tuvo que tragar saliva. Kehidar sabía que había golpeado su punto débil, y no aflojó la presión.

—¿Vas a dejarla sola en un país que no conoce? Ni siquiera sabe hablar dumariano.

—Es todo cuanto puedo hacer —trató de excusarse Izorn.

—No tienes que hacerlo todo tú, hermano. Déjame… déjame ayudarte a cuidarla. No soy un inútil, ¿sabes?

—Yo no he dicho eso.

Kehidar se puso en pie y se acercó a él, para darle más énfasis a su discurso.

—Nyaja es nuestra única conexión con Dumaria. Y haré lo que tenga que hacer para proteger a Eishar. Nyaja lo entenderá. Nyaja

entenderá que Eishar no tiene la culpa de lo que tú y yo hemos hecho durante todos estos años. Nyaja es buena persona y ayudará a Eishar a ponerse bien. Lo sé.

Izorn no quería contagiarse de la ilusión de Kehidar; estaba tan acostumbrado a que su esperanza fuera cortada en trizas que no se atrevía a sentirla.

—Confía en mí, Izorn.

—Confío ciegamente en ti, lo sabes.

—Entonces dime dónde puedo encontrarla. Quiero ir a verla.

Izorn se quedó sin habla. Sabía que se refería a Eishar, por supuesto, pero jamás había pensado que tendría que darle esas indicaciones a nadie. Esperaba que se perdieran en sus turbulentos pensamientos, que nadie supiera cómo llegar hasta ella, que nadie pudiera presentarse allí para lastimarla.

Pero no lo había olvidado. Recordaba cada instante que había pasado con Eishar como si estuviera grabado a fuego en su piel.

No podía negarle eso a su hermano. No podía castigarlo sin saber cómo se encontraba Eishar solo porque tenía miedo de que alguien más conociera ese lugar. Kehidar nunca le haría daño a Eishar.

En un mundo ideal, Kehidar y Eishar habrían sido felices juntos. Porque Kehidar no había perdido toda su alma, Kehidar era bueno, comprensivo y paciente; él le daría Eishar lo que necesitaba.

Pero esa existencia cruel se había encargado de destruir todos los sueños y las esperanzas.

Así que asintió y, sin dudar, le dijo a su hermano cómo llegar hasta Eishar y dónde encontrarla. A Kehidar le haría bien ver que ella estaba a salvo. Y a Eishar se le llenarían los ojos de alegría al saber que no se habían olvidado de ella. Y que no lo harían.

CAPÍTULO 29

Había sido un largo camino, y a Maive jamás se le había pasado por la cabeza que se pudiera hacer tan rápido. Aunque sabía que en Athevia había unas enormes máquinas de vapor que transportaban personas, a las que denominaban «tren», con distinta pronunciación en Brunedain y en Dumaria, esta vez el viaje había sido diferente.

Porque lo que desconocía era que los dumarianos también tenían transportes aéreos. No era una máquina, sino un animal con la habilidad mágica para volar, pero seguía siendo sorprendente.

Habían atravesado las montañas en esos animales blancos que los dumarianos llamaban «vakiríes» y que, dejando de lado el hecho de que tenían el tamaño suficiente para comerse a una persona entera, eran bonitos. Tenían el morro alargado y lleno de bigotes siempre en movimiento, como el de un armiño. Y, al igual que ese animalillo, tenían el cuerpo blanco y alargado. Se preguntaba si serían blancos solo durante el invierno, como los armiños, o si estaban cubiertos por su abrigo níveo durante todo el año.

Había disfrutado surcando los cielos a lomos del vakirí, y Démer con ella. Solo Vaknin había aterrizado agradeciéndoles a los dioses seguir vivo.

—Sagrada Zisara, gracias por permitirnos seguir vivos. Sagrado Zair, gracias por permitirnos surcar tus cielos sin incidentes —había rezado, de rodillas en el suelo.

Vaknin había nacido en Niherel, un país con una religión politeísta, y seguía adorando a todos los dioses de los que le habían hablado desde que era pequeño.

Tras esa travesía, habían viajado en tren hasta la capital de Dumaria. Como las dos princesas viajaban con ellos, no habían tenido que pagar pasaje. Maive no sabía qué pensar de Bryla y Miravien. Aunque la mayor de las hermanas parecía agradable, la menor parecía que iba a morder a alguien en el momento menos sospechado.

Y después de pasar apenas una noche en Xandiara, se habían puesto en marcha de inmediato. Porque en la capital de Dumaria, algo

había alterado a las dos princesas.

Maive sabía que Nyaja había tenido que salir corriendo para avisar a su rey de todos los problemas a los que se enfrentaban en realidad. Y parecía que había llegado tarde. No entendía muchas palabras en dumariano, pero sí había captado el nerviosismo y la desesperación de Miravien. E incluso la había visto al borde del llanto.

Maive intuía que algo iba mal y, cuando había preguntado, Miravien solo había dicho esa frase que seguía rondando en su cabeza desde entonces: «Nyaja ha llegado demasiado tarde».

¿Demasiado tarde para qué? Esa era la cuestión que la había torturado durante todo el viaje en vakirí hasta las montañas del sur de Dumaria.

En parte, sentía que tanto ella como sus padres estaban estorbando, pero sabía que Érisen se encontraba en el sur de Dumaria, y esa era la forma más rápida de llegar hasta él. Y si él era el causante de que otra familia hubiera sufrido una pérdida irreparable, se aseguraría de hundir un puñal tan profundo en su corazón que nadie más tuviera que volver a sufrir por sus egoístas ambiciones.

Les costó dar con el campamento dumariano, y se pasaron varias horas sobrevolando la Sierra Meridional, buscando al ejército.

Y cuando lo localizaron, no estaba dónde se esperaban encontrarlo. Se habían alejado de la costa y habían buscado refugio en una hondonada entre las montañas. Desde el suelo, hubieran tardado días en hallarlos.

Aterrizaron fuera de la última línea de tiendas, en una zona despejada.

Alguien debía de haberlos visto acercándose, porque ya se había congregado una multitud para recibirlos. Maive buscó a Nyaja con la mirada, pero no la encontró. No sabía si eso era una mala señal.

Miravien, con la que compartía vakirí, la ayudó a bajarse y a poner los pies en la tierra de nuevo.

Y, en cuanto la princesa se giró, alguien se abalanzó sobre ella para abrazarla con fuerza. Miravien le susurró palabras tranquilizadoras a la mujer de pelo rojo que parecía haberla echado de menos.

—¿Dónde está Nyaja? —preguntó Maive.

La chica de pelo rojo, que parecía una soldada, a juzgar por la espada y diversas armas que llevaba en el cinturón, se separó de Miravien y le habló en dumariano tan rápido que Maive tan solo entendió algunas palabras, pero fueron suficientes para formularse un relato aterrador.

Miravien salió corriendo, evitando a todos los que se detenían a su lado para saludarla con la cortesía con la que se recibe a una princesa, pero ella los ignoró a todos y siguió su camino a través del

campamento militar como si su vida dependiera de ello.

Maive sintió una mano en el hombro y, al levantar la cabeza, se encontró con Démer.

—El rey de Dumaria está gravemente herido —murmuró. Démer entendía bastante bien el dumariano por sus constantes viajes—. Y Nyaja, como es lógico, apenas se separa de su lado.

—Bienvenidos a Dumaria —dijo alguien. Maive se volvió en la dirección de la voz y descubrió a un hombre de unos cincuenta años con el porte de ser alguien importante—. Mi nombre es Siánevir de Barian y de Várenma. Soy el padre de Bryla y Miravien —se presentó.

Al buscar a Bryla con la mirada, Maive no la encontró. Debía de haber salido corriendo detrás de Miravien, igualmente preocupada por el rey.

—¿Vienen de Ondurana? —les preguntó, con cierta desconfianza. No podía culparlo por su inquietud; un grupo de onduranos había arribado en sus costas con intenciones nada amistosas.

Maive no sabía suficiente dumariano para responder, así que dejó que fuera Démer el que hablara.

—Mi nombre es Démer Akarre. Este es mi esposo, Vaknin Moren. Y esta es nuestra hija, Maive. Venimos en son de paz —le aclaró—. Ayudamos a Nyaja a llegar hasta Dumaria.

Siánevir sonrió, como si ese fuera motivo suficiente para ganarse su confianza. Tal vez lo fuera, ya que, a fin de cuentas, Nyaja era una persona importante en Dumaria. Iba a casarse con el rey.

—Dem, dile a qué hemos venido en realidad —le pidió a su padre.

Démer suspiró, como si no se atreviera a decir esas palabras en voz alta.

—Érisen arrasó nuestro continente —prosiguió—. Y temo que ha venido aquí con las mismas intenciones. —Le puso las manos en los hombros a Maive para enfatizar su discurso—. Mi hija quiere pararle los pies. Tiene… tiene una cuenta pendiente con él.

Siánevir la miró a ella y le dedicó una sonrisa amable.

—Toda ayuda es poca —dijo Siánevir. Le hizo un gesto a un soldado para que se acercara—. Les asignaremos una tienda para que se pongan cómodos después de tan largo viaje. Agradeceríamos cualquier información relevante sobre Érisen y su ejército.

Maive asintió. Tenía un enemigo común con los dumarianos; no despreciaría ninguna ayuda que pudieran darle para vengar a Háler. Maive sospechaba que los dumarianos tenían tantas ganas de borrar a Érisen del mapa como ella.

CAPÍTULO 30

Árim ya conocía suficientes palabras en dumariano como para entender las terribles noticias que recorrían el palacio de Xandiara. El rey Yáhlazer estaba muy grave y las esperanzas de que se recuperara eran pocas.

Aunque Árim no había tenido tiempo de crear un vínculo estrecho con Yáhlazer, nunca podría olvidar lo que el rey de Dumaria había hecho por él y por Ikair. Yáhlazer había comprendido que la Guardia Roja los había utilizado para sembrar el pánico y no los había juzgado por ello. Y no solo eso, sino que se había encargado de que no les faltara nada y de que Ikair pudiera controlar sus poderes.

El rey de Dumaria era un buen hombre; era atento y bondadoso, y no se merecía el destino cruel que parecía cernirse sobre él.

Si Yáhlazer moría, Árim lamentaría su pérdida. Y toda Dumaria lo haría también. Y lo último que necesitaba ese país era perder a su monarca mientras tenía tantos frentes de batalla abiertos. Sería una masacre que Árim ni siquiera quería imaginarse.

Ikair apenas dio dos golpecitos en la puerta de su habitación antes de entrar sin esperar a ser recibido, sobresaltando a Árim.

—¿Te has enterado de lo que le ha pasado al rey? —preguntó Ikair, asombrado, dejándose caer al otro lado de la mesa donde Árim se terminaba el desayuno.

A Ikair le estaba costando más aprender a hablar dumariano que a Árim, y por eso parecía haber tardado más tiempo en ser consciente de lo que estaba sucediendo.

—Sí —respondió Árim—, ayer escuché a unos guardias comentándolo.

—¿Qué crees que pasará si el rey muere? —se inquietó Ikair.

—Nada bueno, eso seguro.

Ikair se revolvió en la silla, como si no encontrara una posición cómoda para sentarse.

—Tiene que haber algo que nosotros podamos hacer… —murmuró, más para sí mismo que para Árim.

¿Pero qué iban a hacer ellos dos en un país del que prácticamente no sabían nada?

La respuesta llegó esa misma tarde mientras Árim tomaba el aire en el balcón de su habitación.

La puerta del dormitorio se abrió de golpe. Árim se dio la vuelta sin preocuparse demasiado, pensando que se trataría de Ikair, que casi siempre entraba de improviso. Pero no fue su amigo el que le devolvió la mirada desde la otra punta del cuarto.

La que había atravesado la puerta como un huracán era una chica que parecía tener más o menos su misma edad, pero que era más alta que él. Su pelo caía en bucles rubios por sus hombros y sus ojos castaños parecían capaces de escudriñarle el alma.

Era la primera vez que la veía.

—¿Tú eres Árimeth? —preguntó, hablando en brunedano con un acento muy marcado.

Árim asintió, desconcertado. ¿Quién era esa chica y por qué había irrumpido así en su habitación?

—Genial —respondió ella, y su rostro se llenó con una enorme sonrisa—. Yo soy Lírala.

Árim juraría que había algún miembro de la familia real de Dumaria con ese nombre.

Al fijarse mejor en la chica, descubrió que llevaba una eloba de colores brillantes. El rojo, el amarillo y el verde pistacho danzaban en torno a sus piernas, mientras que el blanco y el dorado le cubrían el torso y los brazos. Alrededor del cuello llevaba un collar que parecía hecho de diamantes y amatistas, y de sus orejas colgaba un par de pendientes dorados y blancos. Incluso a los ojos inexpertos de Árim, todas las joyas parecían labradas en oro, plata y piedras preciosas. Y, de ser así, debían de costar una fortuna que no muchas personas parecían poseer, ni siquiera en la flamante capital del reino de Dumaria.

—Eres… —empezó a decir Árim, pero se atragantó con la palabra.

—La princesa de Dumaria, sí, pero no importa mucho cuando eres la sexta en la línea de sucesión.

Árim se quedó boquiabierto. Estaba hablando con una princesa que estaba lejos de expresarse como si lo fuera. Y que, además, sabía hablar en brunedano, aunque fuera de forma torpe y sin renunciar a su acento.

—Vengo a proponerte un plan —murmuró Lírala, asegurándose de que no había nadie más en la habitación y cerrando la puerta a sus espaldas—. ¿Te gustan las aventuras?

—No demasiado —respondió, recordando lo mal que habían

salido todas las aventuras en las que había participado.

Lírala se acercó más.

—¿Y qué opina tu amigo, el Llameador? —preguntó la princesa.

Árim no estaba seguro de que Ikair quisiera verse implicado en otra aventura que terminara saliendo tan mal como las anteriores.

—No creo que quiera —murmuró.

Pero esa respuesta no sirvió para convencer a Lírala, que esbozó una enorme sonrisa traviesa.

—Vamos a preguntarle.

Y sin decir nada más, Lírala se precipitó hacia la puerta y abandonó el dormitorio de Árim.

Cayendo en la cuenta de lo que estaba a punto de suceder, Árim se apresuró a seguir a Lírala, antes de que convenciera a Ikair de hacer alguna locura. Árim se temía que, entre ambos, terminaran arrastrándolo a él también. La idea de meterse en líos otra vez le causaba pánico.

Pero cuando llegó al pasillo, Lírala ya había entrado en la habitación de Ikair. La voz de ambos le llegó desde la puerta abierta.

Árim se adentró en el cuarto de Ikair y cerró la puerta a sus espaldas.

—¿Queréis que os escuche todo el mundo? —protestó Árim.

—No hay nadie en el pasillo —respondió Lírala—. Y… —dudó, como si le costara encontrar las palabras. Su manejo del brunedano no era tan fluido como a Árim le había parecido en un principio—. Si hay alguien en el pasillo —empezó de nuevo—, da igual; aquí casi nadie sabe hablar en brunedano.

Eran dos buenos motivos, pero Árim seguía sin sentirse cómodo.

—No deberíamos meternos en líos —dijo, ganándose una mirada furiosa de Lírala.

—No me he escapado de la estricta vigilancia de mi madre en Virzara para llegar aquí y que tú me digas lo que debo hacer y lo que no —replicó.

Árim se quedó callado, sin atreverse a llevarle la contraria a Lírala, no por ser una princesa, sino porque temía hacerla enfadar de verdad.

—¿Y qué es tan importante para que te hayas escapado y hayas venido aquí? —preguntó Ikair, con una media sonrisa en los labios. Parecía la clase de aventura que él habría emprendido y, por un momento, Árim se sintió invadido por una emoción amarga.

—Mi primo Yáhlazer está muy grave —murmuró Lírala.

Por primera vez desde que Árim la conocía, la princesa se mostró triste; parecía realmente afectada por el destino de su primo.

—¿Y qué podemos hacer nosotros? —siguió preguntando Ikair, con curiosidad.

—¡Me parece irritante que ellos fueron a la guerra y que nos dejaron a nosotros atrás! —se indignó Lírala, tan enfadada con su destino que confundió los tiempos verbales. No pareció darse cuenta de su error y continuó hablando como si nada—. Todos somos magos poderosos, ¿verdad? Podemos ayudar. Con Yáhlazer tan grave, el ejército necesita toda la ayuda posible.

Árim no había reparado en que Lírala fuera una maga. A diferencia de lo que sucedía en Brunedain, era difícil reconocer a los magos dumarianos. Vestían igual que la gente corriente y no llevaban ninguna clase de distintivo. Todo era tal y como lo describían los magos del Movimiento, y esa era la igualdad por la que luchaban.

Ajenos a los pensamientos de Árim, Ikair y Lírala siguieron hablando entre ellos.

—No sé si seremos más una ayuda o un estorbo —comentó Ikair, que, como siempre, subestimaba sus increíbles poderes.

—Si algo tengo muy claro es que los mayores creen que no podemos hacer cosas por nuestra edad —dijo Lírala, con convicción. Antes de seguir hablando, miró a Árim primero y a Ikair después con una mirada de comprensión—. Sé que acabáis de llegar. Y sé que todo es nuevo para vosotros. Pero nadie más va a venir conmigo, porque a todo el mundo aquí le preocupa que me pase algo malo.

Lírala suspiró antes de proseguir.

—Si no queréis venir conmigo, lo haré sola. Pero me vendría muy bien vuestra ayuda.

—¿Adónde vamos exactamente? —preguntó Ikair.

—Al sur —respondió Lírala—. Allí es donde está mi familia. Si puedo ayudar en algo, lo haré.

Árim seguía sin estar del todo convencido, no así Ikair, que empezaba a picar en el anzuelo que Lírala les estaba lanzando.

—Intuyo que allí también está la Guardia Roja —comentó Ikair.

—La Guardia Roja y los onduranos —aclaró Lírala.

—Entonces, también es nuestra guerra.

—Es peligroso —intervino Árim.

Ikair le dedicó una mirada cargada de sentimientos. En otras circunstancias, Árim se habría derretido como la mantequilla en la sartén, pero estaba demasiado angustiado.

—Nadie dijo que sería fácil, Árim. Pero si no ponemos nuestro grano de arena… si Dumaria pierde esta guerra, no quedará ningún lugar en el mundo que sea seguro para nosotros. Puedes quedarte aquí si quieres; nadie va a obligarte a ponerte en peligro si no te sientes preparado.

»Pero yo voy a ir. Estoy harto de tener miedo de mis propios poderes. Y si puedo usar toda esta magia que llevo dentro para algo bueno y justo, tengo que hacerlo. Se lo debo a Yáhlazer. Él me acogió

cuando no tendría por qué haberlo hecho; cuando nadie más lo hubiera hecho.

Ikair tenía tanta razón que Árim no encontró fuerzas dentro de sí mismo para seguir negándose.

Esa misma noche, cubiertos con capas ideales para protegerse del frío y de miradas indiscretas, se ampararon en la oscuridad para bajar las escaleras del palacio de Xandiara.

Lírala conocía todos los pasillos del palacio, y sabía cuáles estaban menos transitados y en cuáles no se encontrarían con los guardias. Sin duda, la princesa tenía experiencia en moverse por el palacio a hurtadillas.

Su primera parada fue en las cocinas, donde se abastecieron de agua, productos no perecederos y conservas para varios días. Lírala no estaba segura de cuánto duraría el viaje, así que cogieron de más por si acaso.

A continuación, se dirigieron hacia las caballerizas. Por fortuna, no se cruzaron con nadie en todo el trayecto.

Cuando llegaron a las cuadras, Lírala seleccionó tres caballos y ella misma les ayudó a ensillarlos.

—Sería mucho más rápido viajar en vakirí —dijo Lírala, atando las correas de las sillas de montar con la confianza de alguien que ha realizado muchas veces la misma tarea—. Pero la mayoría solo se dejan guiar por su jinete. Y no tenemos tiempo para amaestrar vakiríes.

Árim e Ikair cruzaron una mirada; era la primera vez que escuchaban esa palabra.

—¿Qué es un vakirí? —preguntó Ikair.

—Es como un armiño gigante que vuela. Papá me prometió que me regalará uno cuando cumpla dieciocho años, pero no antes. Todos en mi familia tienen uno menos yo. Hasta Nyaja tiene uno —rezongó.

Árim tuvo que contenerse las ganas de reírse ante las protestas de Lírala. Para algunas cosas parecía una mujer adulta y responsable, y, para otras, una niña consentida.

—Nyaja estuvo en el palacio —murmuró Ikair—. Pero se marchó antes de que pudiera disculparme por…

—No te preocupes por eso —lo interrumpió Lírala, dando vueltas alrededor de los tres caballos para asegurarse de que estaban bien ensillados—. Seguro que Nyaja ya sabe que no lo hiciste a propósito. Ella es muy lista y muy buena.

Durante esa tarde que habían pasado juntos, los tres habían aprovechado para ponerse al día sobre sus vidas. Lírala les había asegurado que odiaba estar en Virzara, una ciudad situada a unos

cuantos kilómetros de Xandiara, porque no podía enterarse de los cotilleos.

La princesa había evitado ser vista por los criados, y solo los había dejado solos durante el breve instante en el que había ido a visitar a su abuela. Por algún motivo, a la reina emérita Estiaria no parecía preocuparle demasiado que su nieta se metiera en problemas.

—Tenemos que marcharnos ya —dijo Lírala, subiéndose a su montura—. Cuando vean que no estáis en vuestras habitaciones, mandarán a los soldados a buscarnos. Tenemos que alejarnos para que no nos encuentren y nos traigan de vuelta.

—Sí, si van a reprendernos por escaparnos, mejor que lo haga tu familia —masculló Árim, tratando de averiguar cómo subirse al caballo.

—Estarán demasiado preocupados por Yahl; no creo que me echen la bronca —comentó Lírala. Sacudió la cabeza, como si quisiera deshacerse de un pensamiento doloroso—. Pon el pie izquierdo en el… ahí —dijo, señalando al estribo—, e impúlsate hacia arriba —le indicó, al darse cuenta de que Árim no tenía ni idea de cómo montar a caballo—. Y luego pasa la otra pierna por encima del caballo.

Árim así lo hizo y se descubrió sobre su montura, falto de equilibrio. Se agarró con fuerza a los arreos, pero no consideraba que eso fuera suficiente para evitar caerse cuando el caballo se moviera.

—No creo que pueda cabalgar hasta el sur del país —protestó, tambaleándose sobre la grupa de su montura en busca de una postura cómoda y equilibrada. No la encontró.

El caballo de Árim resopló, como si estuviera inconforme con el jinete inexperto que le había tocado en suerte.

—Tonterías —opinó Lírala—. En unas horas ya lo tendrás dominado.

Ikair también se subió al caballo, siguiendo el ejemplo de Árim, aunque él parecía tener menos problemas para mantener el equilibrio encima del animal. Agarró los arreos con las manos enguantadas y asintió.

—Creo que puedo hacerlo —susurró, acariciando el cuello de la yegua que Lírala le había asignado. Era un animal grande y fuerte, lo bastante para cargar sin problemas con Ikair y con su armadura de titanio.

A pesar de que los poderes de Ikair no habían vuelto a descontrolarse en los últimos días, él se seguía sintiendo más cómodo con su inseparable armadura de titanio. Lírala no había hecho ningún comentario al respecto, como si comprendiera la carga de Ikair y la respetara.

A una orden de Lírala, iniciaron la marcha. Ella se puso en cabeza y los caballos de Árim e Ikair, casi de forma instintiva, siguieron el

camino que marcaba la princesa. Si los animales confiaban tan ciegamente en ella, ¿por qué no iba a hacerlo Árim también?

CAPÍTULO 31

Siglos atrás, cuando la magia era joven, muchos la consideraban un regalo de los dioses a los que adoraban. Otros, sin embargo, la veían como una maldición. Pero los humanos corrientes, que se habían quedado un paso atrás en la evolución y cuyos cuerpos no habían aceptado la magia, esos la consideraban un peligro que debía ser exterminado.

Así fue como estalló la primera guerra entre los magos y los humanos corrientes, la primera de muchas. Pero esa primera guerra, que regó Athevia de sangre y muerte, era la que había quedado registrada a través de los recuerdos de una maga en la Piedra de Amatista.

Nyaja sacudió la cabeza cuando el recuerdo cesó y volvió a la realidad. Giró la cabeza para mirar a Yáhlazer, que todavía yacía inconsciente en la cama. Le acarició la mejilla inusualmente pálida con las yemas de los dedos, pero se detuvo al escuchar revuelo en el exterior de la tienda.

Formó un escudo que los rodeó a ella y a Yáhlazer, desenvainó un puñal y se puso en pie.

Pero la persona que atravesó la puerta no era una amenaza, y toda la tensión que su cuerpo había mantenido durante días se disipó al reconocer a Miravien. Y tras ella venía Bryla.

Nyaja empezó a formular una disculpa, pero no había palabras a la altura. No sabía cómo expresar que había fracasado, que todos sus esfuerzos habían sido en vano, y que no había llegado a tiempo para salvar a Yáhlazer de la desgracia.

Cuando los ojos de Miravien se llenaron de lágrimas, como si hasta ahora no se hubiera creído lo que le habían contado, Nyaja se sintió incluso peor. Se apartó de su camino cuando Miravien se precipitó hacia el lecho de Yáhlazer y se dejó caer de rodillas en el suelo.

—¿Qué te han hecho, Yahl? —sollozó—. ¿Qué te han hecho?

Nyaja tuvo que luchar por contener las lágrimas. No tenía derecho

a llorar delante de Miravien. No cuando todo era culpa suya. Si no se hubiera enamorado de Yáhlazer, si no se hubiera dejado atrapar por la reina Granne, si no hubiera escapado de Drailon, si hubiera sido más rápida, más inteligente, más astuta… Si nunca hubiera dado la espalda a Brunedain, Drailon no hubiera tenido motivos para torturar a Yáhlazer solo para hacerla sufrir a ella.

Bryla por fin se recompuso de la catatonia que parecía haberla anclado a la entrada de la tienda y caminó en su dirección.

Nyaja no se movió. Si Bryla iba a golpearla por lo que había hecho, se lo merecía. Pero en lugar de eso, estiró las manos para secarle las lágrimas que habían empezado a rodar por sus mejillas sin que se hubiera dado cuenta.

—Se va a poner bien —dijo. Su voz sonaba rota, y en ese mundo había pocas cosas más aterradoras que ver a la fuerte Bryla venirse abajo. No obstante, en los ojos grises de la princesa de Dumaria brillaba una profunda determinación—. Y se lo haremos pagar.

—Es culpa mía —susurró, porque si hablaba más alto, su voz se convertiría en llanto.

Bryla le sujetó el rostro entre las manos con fuerza y la obligó a levantar la cabeza para mirarla a los ojos.

—No vuelvas a decir eso —gruñó Bryla—. Yahl está vivo gracias a ti. Tú no fuiste el monstruo que le hizo eso, pero tengo muy claro quién fue. Y tú también lo sabes. Y vamos a matarlo.

—Es mi… —empezó a decir. Tenía que contarles la verdad; merecían saber la verdad.

—Lo sabemos —la interrumpió Bryla—. Pero no importa. Nosotros somos tu familia. Siempre. Pase lo que pase.

Miravien, que hasta ahora parecía haber abandonado el mundo terrenal, volvió en sí ante esas palabras. Se levantó del suelo, se secó los ojos con la manga de la eloba y se volvió hacia Nyaja.

—Yahl quería que fueras su esposa, nuestra reina —dijo—. Quería pasar el resto de su vida a tu lado. Te quería en nuestra familia. Y yo mantendré esa promesa en su nombre. Esta es tu familia y este es tu hogar. Pase lo que pase.

Nyaja no pudo contener el reguero de lágrimas que desbordó sus ojos.

—¿Podríais… dejar de hablar de mí… como si estuviera… muerto?

El corazón de Nyaja se detuvo. Durante un segundo, creyó estar soñando, flotando en una nube de irrealidad. Pero, al segundo siguiente, su cuerpo ya había salvado la distancia que la separaba de esa débil y rasposa voz.

—¡Yahl! —lloró, acariciándole la cara casi con miedo.

Él tenía los ojos abiertos, y la tristeza que Nyaja veía en ellos

podría haber sido un reflejo de la suya.

—Estás viva —murmuró, como si en algún momento hubiera creído lo contrario.

Yáhlazer gimió cuando movió el brazo debajo de las mantas. Nyaja encontró su mano y no le permitió moverse más.

—No te muevas —le pidió—. Estás herido y… —Y eso le recordó algo—. ¡Un médico! ¡Que alguien llame a un médico! —ordenó—. El rey está despierto.

Los soldados que vigilaban la puerta se asomaron para corroborar que decía la verdad. Tras el asombro y el júbilo inicial, uno de ellos salió corriendo tan rápido que tropezó varias veces con las irregularidades del terreno, al grito de: «el rey está despierto».

—Estás viva —repitió Yáhlazer, mientras sus ojos azules se empañaban de lágrimas.

Yáhlazer volvió a quedarse dormido poco después, tras haber bebido agua y tragado medio plato de sopa, cuando el médico volvió a inyectarle otro arsenal de calmantes para el dolor. Y entonces fue cuando llegaron las malas noticias.

—Que se haya despertado no significa que esté fuera de peligro —informó el médico—. Sus lesiones siguen siendo muy graves. Se recupera con demasiada lentitud.

—Pero ha dicho que se está recuperando —intervino Miravien, empeñada en encontrar cualquier rayo de esperanza. Tenía la mano de Yáhlazer entre las suyas y, periódicamente, iba cambiando de mano, como si se las estuviera calentando.

—Se recupera sí, pero demasiado despacio. Parece que la hemorragia del pulmón izquierdo no ha remitido del todo.

—¿Y no puede volver a operarlo?

—No sobreviviría a una segunda operación. Ya ha perdido demasiada sangre.

—¡Estás hablando de tu rey! ¡Tienes que hacer todo lo que puedas por él! —insistió Miravien.

Su hermana le puso las manos sobre los hombros y trató de tranquilizarla. Nyaja seguía en una esquina, escuchando, sin atreverse a intervenir.

—Eso hemos hecho, alteza —respondió el médico—. Si hubiera sido cualquier otra persona, lo habríamos dado por perdido cuando llegó, pero le salvamos la vida. La duquesa lo atendió lo mejor que pudo, y eso también le salvó la vida. Pero el estado del rey ya era crítico cuando llegó a nuestras manos.

Nyaja jamás se perdonaría haber llegado tan tarde. Debería haber sido más rápida. Debería haber corrido sin un solo minuto de

descanso. Debería haber protegido a Yáhlazer. ¿De qué le servían esos poderes si no podía proteger a las personas a las que quería?

Yáhlazer volvió a despertar al día siguiente, a pesar de los calmantes y de la debilidad de su cuerpo. Parecía haber algo más de lucidez en su mirada, como si los efectos de la medicina y de la pérdida de sangre empezaran a remitir.

Nyaja le cogió la mano entre las suyas y, por primera vez en muchos días, se permitió sonreír por debajo del velo de lágrimas.

Besó a Yáhlazer en la frente.

—Quiero pedirte algo —susurró él, con la voz todavía débil.

—Lo que quieras, Yahl —le concedió, besándole el dorso de la mano.

—Necesito a un administrador de Estado —le pidió.

—No es momento de trabajar; tienes que descansar. Siánevir se está encargando de todo —le recordó.

A Yáhlazer le costó pronunciar las siguientes palabras. Todavía estaba demasiado débil como para hacer esfuerzos.

—Por favor, Nyaja. Es importante.

Nyaja no podía negarle nada, no cuando podría perderlo en cualquier momento, no viéndolo tan débil, sin apenas poder moverse. De modo que asintió, se alejó apenas unos metros, y le pasó el recado a uno de los soldados que montaban guardia.

Aunque consideraba que no necesitaba a nadie más para proteger a Yáhlazer, los soldados darían la voz de alarma si sucedía algo cuando se quedaba dormida. Aunque casi siempre alguna de las Tres Leonas le hacía compañía velando a Yáhlazer, Nyaja apenas dormía. Se temía que, en cuanto cerrara los ojos, Drailon aparecería por esa puerta para terminar lo que había dejado a medias.

Mientras esperaba el regreso del soldado junto con el administrador, su visión se nubló. Ya no veía el campamento militar dumariano, sino una cueva oscura iluminada con la única luz de las velas. Había tanta magia en el ambiente que se le erizaba el vello de la piel con un cosquilleo agradable. Había tanta magia en el ambiente que casi podía tocarla.

Sus ojos se adaptaron a la oscuridad y distinguió varios magos. No los había visto nunca, pero sabía sus nombres. La Piedra de Amatista guardaba sus nombres. Adavea podía matar con una sola mirada de sus ojos rojos como la sangre. Su pelo y su piel del color de la nieve parecían sugerir que era albina. La menuda Sindary podía derrumbar castillos con la fuerza de sus brazos. Káleon había sido el mejor soldado del rey porque podía mover puñales con el pensamiento, pero el corte que le atravesaba la cara era el motivo por el cual había

abandonado esa senda. Había más magos allí reunidos. Algunos cubrían sus imperfecciones con guantes o capuchas. A Luz de Luna le faltaban los dos ojos, lo que la convertía en la mejor Lunasol del mundo, pues su propia magia no podía dañarla. A Venfas le faltaba un brazo, pero su magia seguía siendo la más temida del mundo en la época de Nyaja. Se preguntó si Venfas la consideraría lenta por no haber llegado a tiempo para salvar a Yáhlazer.

La Piedra de Amatista fue depositada sobre un altar. Alguien preguntó: «¿qué hace?». Y la portadora de la preciada gema respondió: «recordar».

La visión terminó y ante ella volvía a bullir la actividad normal del campamento.

Giró la mirada hacia la Piedra de Amatista, que ahora llevaba en la muñeca. Le había pedido a uno de los herreros del campamento que engarzara la Piedra de la Vida a una pulsera de plata, para que pudiera llevarla siempre encima sin que le molestara demasiado.

Las remanencias del recuerdo seguían en su cabeza, y la sensación de que había estado a punto de presenciar un suceso histórico que no estaba recogido en ningún libro de historia seguía flotando en su cabeza. ¿Por qué se habrían reunido en aquella cueva magos tan poderosos?

—¿Nyaja? —la llamó Yáhlazer.

Se volvió hacia él, sacudiendo la cabeza. No sabía cuánto tiempo tardaría en tener todas las piezas necesarias para entender qué quería contarle la Piedra de Amatista.

Se sentó en esa silla que ya debía de tener la forma de su trasero, al lado de la cama de Yáhlazer, y fingió que no había pasado nada. Pero no podía engañar a Yáhlazer.

—¿Qué viste? —le preguntó.

Nyaja levantó la mano en la que llevaba la Piedra de Amatista. Yáhlazer no había preguntado cómo la había conseguido o dónde estaban las demás Piedras. Solo parecía interesado en saber qué la había afectado tanto como para quedarse inmóvil en la puerta de la tienda.

—La robé porque pensé que sería útil —susurró. Necesitaba excusarse—. Siento haber dejado atrás la Piedra de Ámbar.

—No importa.

Pero sí que importaba. Debería haber matado al Cuchillo Silencioso y haberse llevado las cinco Piedras de la Vida. Aunque ni siquiera sabía si aquel hombre que había hablado con ella era el verdadero Cuchillo Silencioso.

—Vi a varios magos reunidos. Eran muy poderosos —dijo, respondiendo a la pregunta que le había formulado Yáhlazer. Al menos para esa cuestión sí tenía respuestas.

—¿Cuándo?

Nyaja no se había parado a pensar en el cuándo, pero era una fecha relevante.

—Hace mil trescientos años —murmuró, tras poner en orden todos sus recuerdos de las clases de historia.

La magia había aparecido hacía mil quinientos sesenta años. La fecha exacta del primer registro de un mago como tal era el año cero del calendario, como si todo lo anterior no fuera relevante para la historia de la humanidad.

Doscientos años después se había librado una guerra que había afectado a todo el continente. Quedaban muy pocos datos de esa época y no se sabía con certeza quién había luchado contra quién. Ni el porqué.

Pero la Piedra de Amatista le había dado la respuesta.

—Hace mil trescientos años, algunos magos se unieron en contra de los gobiernos que los veían como una amenaza —recordó, y ya no sabía si el recuerdo era suyo o si se lo había enviado la Piedra de Amatista.

Yáhlazer no tuvo tiempo de responder, porque en ese instante el administrador atravesó la puerta. Las Tres Leonas y Siánevir venían con él, alentados por la buena noticia de que Yáhlazer había despertado de nuevo.

—¿Quería verme, majestad? —preguntó el administrador.

Yáhlazer asintió. El administrador se acercó para escuchar bien las palabras de su rey

—Redacta el siguiente documento en mi nombre —le pidió.

Nyaja le cogió la mano cuando comprendió qué iba a pedirle que escribiera. Su testamento.

El administrador sacó papel, pluma y tintero y empezó a escribir lo que Yáhlazer, con su voz débil y temblorosa, le dictaba.

—Yo, Yáhlazer de Várenma, rey de Dumaria, nombro heredera legítima del Reino de Dumaria a mi prima, Miravien de Várenma, en caso de que yo muera sin hijos.

—No… —susurró Miravien.

—Y nombro reina regente de Dumaria a mi futura esposa mientras dure mi indisposición.

—Yahl, yo no… —empezó a decir ella, pero Yáhlazer la interrumpió con un gesto de la mano.

—Ayúdame a firmar —le pidió, en voz baja.

A Nyaja le afligió tanto el dolor en la voz de Yáhlazer que no pudo negárselo. Le ayudó a sujetar la pluma entre los dedos y sostuvo el papel con firmeza mientras él hilaba las letras de su nombre al final del documento, con la torpeza de alguien que no tiene fuerzas ni para escribir.

Pero aún no había terminado. Se volvió hacia el administrador.

—Quiero que nos case a mi prometida y a mí. Ahora.

Nyaja se quedó sin habla.

—¿Majestad? —dudó el administrador.

—Nyaja recibirá mi apellido y podrá gobernar en mi nombre legalmente como mi esposa.

—Yáhlazer… —susurró Nyaja.

Mientras el administrador redactaba otro documento, Yáhlazer se volvió hacia ella.

—Eres la mujer de mi vida, Nyaja; no quiero dejar este mundo sin haberte entregado todo cuanto puedo darte. No moriré dejando que lleves su apellido.

Nyaja se quedó de piedra. Lo sabía. Yáhlazer sabía quién era su padre. Claro que lo sabía. Había visto que los poderes de Drailon eran los mismos que los suyos. Hasta era posible que Drailon hubiera usado esa información para torturarlo aún más.

No podía negarse. ¿Cómo iba a negarse cuando Yáhlazer podría dejar ese mundo en cualquier instante? Los médicos tenían pocas esperanzas.

—Y tú, Mira —prosiguió Yáhlazer—, eres como mi hermana; siempre lo has sabido. Nadie gobernará este país mejor que tú.

Los ojos de Miravien se llenaron de lágrimas mientras se dirigía hacia su primo y le cogía la mano que no sostenía Nyaja.

—Nyaja —la llamó Yáhlazer, mirándola a los ojos con toda la intensidad de sus preciosos iris azules. Nunca le habían parecido tan bonitos como en ese momento—. ¿Quieres casarte conmigo?

Nyaja no tenía dudas.

—Sí, sí, claro que quiero.

El administrador no necesitó más confirmación que esa para cuadrar los hombros como si estuviera asistiendo al evento más importante de su vida profesional y empezar a hablar.

—Rey Yáhlazer de Várenma, ¿acepta contraer matrimonio con la duquesa Nyaja…? —dudó al decir su apellido, como era lógico.

—Hártimer —respondió ella. No tenía sentido seguir negando quién era su padre, cuál era su herencia.

—Acepto —dijo Yáhlazer.

—Duquesa Nyaja Hártimer, ¿acepta contraer matrimonio con el rey Yáhlazer de Várenma, asumir las funciones que le corresponderán como reina de Dumaria y adoptar el apellido de la familia real?

Un rayo de luz pareció iluminar el interior de esa tienda cuando respondió:

—Acepto.

—Como administrador del Estado de Dumaria, atestiguo haber unido en matrimonio a Yáhlazer de Várenma y a Nyaja Hártimer de

Várenma. Que las dos lunas os guíen y os protejan.

Nyaja apenas fue consciente de cómo firmaba el papel que la unía en matrimonio a Yáhlazer, o cómo dudó al escribir sus nuevos apellidos. Apenas recordaría cómo Miravien, con una sonrisa y lágrimas en los ojos, ayudó a Yáhlazer a firmar el mismo documento.

Solo recordaría que, cuando la ceremonia terminó, y sus labios se unieron brevemente con los de Yáhlazer, y el sabor salado de las lágrimas le hizo cosquillas en la lengua, fue como si lo hubiera besado por primera vez.

CAPÍTULO 32

Los pasillos de la Escuela de Diamante seguían siendo los mismos que había recorrido durante los últimos trece años, cuando su abuela había muerto y él había asumido el puesto de director. Sin embargo, el aire que se respiraba en ese viejo edificio de piedra había cambiado en los dos últimos días.

Kandell les había dado esperanza a todos aquellos que la habían perdido.

Las clases teóricas se habían suspendido, y se habían sustituido por clases prácticas. Aunque podían pasar meses antes de que alguien se acordara de la Escuela de Diamante y decidiera ir a comprobar que todo marchaba con normalidad, Kandell no se sentía seguro.

Laisere y él habían dispuesto varios turnos de guardias, para tener tiempo de interrumpir todo lo que estaban haciendo antes de que llegara algún funcionario del gobierno o, en el peor de los casos, una patrulla de la Guardia Roja.

Pero a pesar de todo lo que estaban emprendiendo en la Escuela, Kandell seguía pensando que había una pieza muy importante del rompecabezas que había sido depositada en unos hombros demasiado jóvenes.

Caminando despacio, para que nadie notara el dolor de su abdomen, llegó hasta su destino.

Llamó a la puerta y al otro lado escuchó un tímido «¿sí?».

Kandell abrió la puerta intentando no parecer demasiado amenazador. Sin embargo, el joven Lunasol se encogió en la cama y escondió la cara detrás del libro que estaba leyendo.

—Voy a ser muy claro —dijo Kandell, asomándose por la ventana, que daba al bosque descuidado de la parte trasera de la Escuela. Había adquirido la costumbre de mantenerse en un permanente estado de vigilancia—. Sé que el Cuchillo Silencioso te trajo aquí para espiarme.

Escuchó un sonido que sugería que el chico se había encogido todavía más sobre sí mismo.

Kandell se volvió hacia él.

—Los magos nunca hemos tenido más opción que hacer lo que se nos ordena, especialmente si nuestros poderes no son… como se espera que deban ser.

El joven levantó la mirada por encima del libro. El título no le decía nada a Kandell; parecía una historia de aventuras.

—No va a pasarte nada, te lo prometo —prosiguió—. Debería haber sabido que el Cuchillo Silencioso te trajo aquí para espiarme y no por esos poderes… extraordinarios.

Si lo que el Cuchillo Silencioso le había dicho sobre los poderes de ese joven Lunasol… Kandell prefería estar muy lejos cuando el chico perdiera el control sobre su magia. No quería terminar como el examinador de la Escuela de Zaros.

—Tal vez la directora Laisere podría enseñarte a manejarlos, pero no disponemos de ese valioso tiempo.

—No quiero usar mis poderes —murmuró—. No quiero que vuelva a pasar —confesó, agachando la cabeza.

—Quiero pedirte algo. Pero quiero que tengas claro que, si no te sientes preparado para esta misión, prefiero que no lo hagas.

El joven por fin dejó el libro a un lado y cruzó las piernas sobre la cama para escucharlo con atención.

Kandell se sentó en la silla del escritorio cuando su herida empezó a dolerle. Había pasado demasiado tiempo dando vueltas por toda la Escuela, supervisando que los magos mentales estaban haciendo bien sus ejercicios de entrenamiento. Y sus excesos le estaban pasando factura.

—Primero, quiero que me cuentes todo lo que sepas sobre los que te dijeron que me espiaras.

El joven se quedó en silencio un rato, pensando. Alguna experiencia desagradable lo hizo estremecerse justo cuando abrió la boca para hablar.

—Ella me envió, aunque… aunque creo que era el presidente el que estaba detrás.

—¿Ella quién? —preguntó Kandell, intrigado.

—La directora de la Escuela de Zaros —murmuró, mientras una sombra de pánico le cruzaba el semblante.

Kandell solo había visto a esa mujer una vez, pero tampoco guardaba un recuerdo agradable. Todavía podía recordar cómo su trenza en forma de serpiente se balanceaba de un lado a otro de su cabeza, como si estuviera viva y fuera a atacar en cualquier momento.

—Cuéntame todo lo que pasó —le pidió Kandell, intentando suavizar su tono de voz.

El joven bajó la mirada antes de hablar.

—Después de… de la… la prueba de acceso…

Kandell comprendía el temor a mencionar esa maldita prueba de

acceso. No conocía a ningún mago que se atreviera a hablar de ella. Para los magos mentales era más sencillo; sus poderes solían fluir mucho más fácilmente. Pero para un mago físico o un mago de la naturaleza, obligar a la magia a mostrarse tal cual era podía pasar por sufrir una experiencia traumática.

—Después de que tus poderes afloraran, ¿qué pasó? ¿Te llevaron ante la directora? —preguntó, tratando de apartar los pensamientos del joven de ese trauma.

Él asintió.

—Me dijo que era un mago anómalo, y que la escoria como yo no tenía cabida en la sociedad.

Kandell tuvo que morderse la lengua para no decir lo que pensaba y permitir que el joven prosiguiera con su relato.

—Ella me dijo que como no les quedaba más remedio que enviarme a la Escuela de Diamante, tal vez podría servirle de algo a mi país. Estuve unos días encerrado en una habitación, hasta que él vino a buscarme.

—¿Te refieres al Cuchillo Silencioso?

El chico asintió, levantando la cabeza por fin.

—No es tan malo como dicen que es —se emocionó el joven—. Me dijo que hiciera todo lo que me ordenaran y que no protestara, y que todo saldría bien.

A Kandell le interesaba especialmente ese dato. ¿Por qué el Cuchillo Silencioso parecía tan preocupado por los magos anómalos? Primero había descubierto discordancias en la historia de Eishar. Y ahora escuchaba esa nueva información.

—También me dijo que querían que te espiara, porque el presidente no sabía si podía fiarse de tu lealtad hacia él.

Drailon tenía motivos para desconfiar. Drailon sabía que Kandell era el Guardián de la Piedra de Diamante, la misma que él pretendía robar. Si el presidente era tan inteligente como presumía, debía de sospechar que Kandell no le entregaría la Piedra si él se la pedía.

—Y también me dijeron que estuviera pendiente por si veía… algún objeto extraño.

La Piedra de Diamante.

Enviar a su Escuela a un joven asustado para hacer el trabajo sucio era una artimaña que llevaba la firma de Drailon.

—No me cabe duda de que Drailon estaba detrás de todo —masculló Kandell.

—Lo siento mucho, señor —se apresuró a decir el chico—. No sabía qué hacer. Tenía miedo de que vinieran a por mí si no hacía lo que me pedían.

Ignorando el dolor de su herida, Kandell se levantó y se sentó en la cama, al lado del joven. Le puso una mano en el hombro para darle

apoyo.

—Está bien. Todos hacemos lo que podemos para sobrevivir. Pero esto se va a terminar. Van a pagar por todo el daño que nos han hecho, te lo prometo.

—Hay más, señor. Me dijeron que todas las noches, cuando estuviera completamente oscuro, dejara caer desde mi ventana una nota con todo lo que hubiera descubierto. Alguien venía a recogerla, pero nunca supe quién era. Era una figura encapuchada. Pero después de que usted se marchara de la Escuela, no volvieron.

Kandell chasqueó la lengua.

—Pudo ser cualquiera. Un soldado de la Guardia Roja tal vez. La buena noticia es que han dejado de merodear por mi Escuela.

Se hizo el silencio durante unos segundos antes de que Kandell recordara el verdadero motivo por el que estaba ahí.

—Y ahora viene la petición difícil.

El Lunasol cuadró los hombros para escucharlo con atención.

—Quiero que entregues dos cartas.

Kandell no tuvo problemas para hacerlos invisibles a ojos de los funcionarios de la estación. Las dos cartas escritas de su puño y letra le quemaban en el bolsillo del pantalón mientras la locomotora del tren se encendía.

Le puso una mano en el hombro al chico Lunasol, mientras sacaba las dos cartas que llevaba en el bolsillo. Una consistía en un par de líneas. La otra era un extenso y detallado texto.

Releyó la misiva más breve una última vez. No llevaba ni sello ni su firma oficial, pero había suficientes pistas como para inculparse a sí mismo.

Está todo listo. Mi contacto en Atios atacará desde el oeste. Cruzarán el río Ter la noche del día 29 y estarán aquí a tiempo para atacar Tranteria. La venganza está asegurada.

K. S.

Tras asegurarse por enésima vez de que había colocado bien la fecha, le entregó la carta al joven Lunasol.

—Esta es la carta que has de entregarle a la directora de la Escuela de Zaros. Recuerda parecer muy preocupado por estas noticias.

El chico apretó la carta y la guardó en el bolsillo del pantalón.

Kandell solamente ojeó la segunda de las cartas. En realidad, esa era la más importante de las dos. Con un suspiro que pretendía aliviar

sus nervios, dobló la carta tantas veces como pudo antes de colocarla en la mano del chico.

—Ya sabes lo que tienes que hacer con esta carta.

Él asintió con convicción, antes de esconder la carta doblada en el bolsillo interno de su abrigo.

—Te deseo mucha suerte allí dónde vas —se despidió.

—Muchas gracias por confiar en mí, señor —respondió el joven, con orgullo—. Le prometo que no le defraudaré.

Los funcionarios anunciaron que el tren partiría en breve. Con una última mirada, el joven Lunasol se aseguró de que llevaba la mochila bien sujeta a la espalda antes de caminar hacia uno de los vagones.

Kandell lo vio alejarse, lo vio subir al tren y lo vio desaparecer en su interior, sin que nadie reparara en su presencia. Dejó que se disipara la ilusión de que no podían percibirlo en cuanto el chico tomó asiento.

Pero Kandell se quedó ahí, detenido en medio de la estación, sin que nadie pudiera verlo, hasta que el tren arrancó y se perdió en la distancia.

Se quedó ahí mucho rato después.

Si supiera rezarle a algún dios, ese hubiera sido el momento en el que lo hubiera hecho.

CAPÍTULO 33

Eishar por fin había tomado la determinación de salir al jardín. Empezaba a hacer frío, incluso en esas latitudes tan sureñas, pero el sol seguía brillando en el cielo. Parecía que nada enturbiaba el eterno sol de Dumaria, y que por eso habían incluido al astro rey en su bandera.

Uno de los pacientes que paseaba en círculos la saludó al pasar por su lado. Eishar trató de devolverle la sonrisa, pero no tenía ánimos y solo le salió una mueca.

Y entonces una flor azul entró en su campo de visión. Confundida, siguió la longitud del brazo que sostenía la flor y sus ojos se encontraron con un rostro que había aprendido a identificar como la palma de su mano.

—¿Izorn?

Pero se dio cuenta de su error en cuanto el sonido se escapó entre sus labios. Esa no era la sonrisa de Izorn.

—Lamento decepcionarte —comentó, con una sonrisa.

Eishar se puso en pie y se colgó del cuello de Kehidar sin que le importara atraer la atención de todo el mundo. Él la rodeó con los brazos y apoyó la barbilla en su cabeza.

La emoción que la había embargado por ver a Kehidar de nuevo se diluyó cuando comprendió que él no debería estar ahí, con ella.

—¿Qué haces aquí? ¿Dónde está Izorn?

—Es una larga historia —respondió, frotándole la espalda—. Pero lo importante es que estamos bien, los dos. ¿Cómo estás tú? —le preguntó, apartándose de ella para poder mirarla a la cara.

Eishar se encogió de hombros, sin saber cómo responder. Le alegraba saber que Izorn y Kehidar se encontraban bien, pero no quería estar sola en ese lugar.

—¿Estás comiendo? —siguió preguntando.

Sabía que esa cuestión llegaría tarde o temprano. Apartó la mirada, y para Kehidar esa pareció ser la más clara de las respuestas.

—Eishar, tienes que intentarlo. Me imagino que debe de ser difícil

—susurró, cogiéndola con suavidad por los brazos—, pero tienes que intentarlo. Eres mucho más fuerte de lo que crees. Yo sé que puedes.

Abrió la boca para responder, pero alguien los interrumpió.

—¿Izorn Dytar? —Eishar reconoció la voz de Zírave, su médica.

Kehidar le colocó la flor azul en la oreja y le dio una delicada caricia en la mejilla antes de girarse para atender a la médica. Kehidar no la sacó de su error tras haberlo confundido con su hermano gemelo. Era difícil diferenciarlos, y solo alguien que los conociera bien podría darse cuenta que sus líneas de expresión eran distintas.

La médica le habló a Kehidar en dumariano, por lo que Eishar no entendió lo que decían. No obstante, por la forma en la que Kehidar la miraba con tristeza de cuando en cuando, podía suponer que estaban hablando de ella, de su falta de mejoría, o tal vez de su ida a peor.

Antes de marcharse, Zírave le dedicó una mirada de compasión. Parecía que empezaba a perder la esperanza con ella.

—Vamos a tu habitación —propuso Kehidar—. Y mientras cenas, te cuento qué ha pasado en los últimos días.

Ella asintió, y dejó que Kehidar enrollara su brazo con el suyo para atravesar el jardín hasta la puerta trasera de su habitación. A diferencia de Izorn, Kehidar no sostenía su peso para que no tuviera que apoyar el tobillo lastimado. Kehidar caminaba a su lado con la lentitud que ella necesitara, sin presionarla a ir más rápido, como si el tiempo no corriera en su contra.

—No tiene cura —farfulló Kehidar.

Eishar se detuvo en seco para poder mirarlo a los ojos, interrogante.

—El tobillo —le aclaró—. La única solución es… le he dicho a tu médica que no.

¿Por qué Kehidar no querría que le arreglaran esa lesión que tantos problemas le daba? Como si él le hubiera leído los pensamientos, suspiró y empezó a relatar la conversación que había mantenido con Zírave. Estaba tenso; Eishar lo notaba en la forma en la que le sujetaba el brazo y en su incapacidad para mirarla mientras hablaba.

—Te dislocaste el tobillo, y el hueso se curó mal. Para arreglarlo… para arreglarlo tendrían que volver a… a romperte la articulación —le costó decir—. Y recolocarla. Les he dicho que no —repitió—. Podría salir bien, pero también podría salir muy mal. Lo siento, Eishar, pero no quiero que te hagan daño.

—Está bien; no quiero que me operen —susurró—. Casi nunca me duele.

«Porque me paso la mayor parte del tiempo en cama», pensó, pero no lo dijo en voz alta. No quería preocupar aún más a Kehidar.

—No puedes quedarte mucho tiempo, ¿verdad? —preguntó

Eishar, para cambiar de tema.

Aunque había pasado más tiempo con Izorn, a bordo del barco que los había traído hasta Dumaria, Kehidar también era importante para ella. A diferencia de Izorn, a quien era difícil querer, el corazón de Kehidar era una joya que había que proteger.

Eishar podía entender por qué Izorn se había sacrificado por los dos. Porque, en algún momento, había llegado a la conclusión de que era Kehidar el que más merecía ser salvado.

Cuando Eishar recordaba el pasado, antes de que supiera que el Cuchillo Silencioso no era un solo hombre, sino dos, podía diferenciar quién era Kehidar y quién era Izorn. Kehidar, paciente y calmado como la brisa. Izorn, fuerte y oscuro como una tormenta. Pero tanto en la paciencia de Kehidar como en la oscuridad de Izorn se escondía una vida miserable que los había marcado a fuego.

Y no podía imaginarse qué sería de uno de ellos sin el otro. Como había decidido tiempo atrás, no haría nada que los separara. Aunque tuviera que enterrar sus sentimientos donde ni siquiera ella pudiera encontrarlos.

—Lo siento —dijo Kehidar—. Pero no tengo opción.

—Lo sé. Tienes que volver con Izorn —comprendió.

Kehidar asintió, en silencio.

Habían llegado a la puerta de la habitación de Eishar. Ella abrió la puerta de cristal y descubrió que ya le habían dejado la cena sobre la mesa. Mientras Eishar se acomodaba sobre los cojines de la cama, Kehidar le acercó la bandeja.

No contentos con hacerle comer un plato de comida, siempre le servían dos o tres platos, aparte del postre. Eishar no sabía si esperaban que se comiera todo eso porque estaba en una situación crítica o porque era la tradición de Dumaria. A lo mejor era por un poco de ambas.

—¿También me vas a hacer chantaje y no me vas a contar nada si no como? —preguntó, removiendo el contenido del primer plato con el tenedor.

Kehidar se rio.

—¿Quién…? —empezó a preguntar, pero en seguida se dio cuenta de que ya sabía la respuesta—. Izorn, ¿verdad? Le echaré la bronca cuando vuelva a verlo.

Kehidar le sujetó la mano con la que removía la comida para que dejara de hacerlo.

—No voy a hacerte chantaje, pero sí que te voy a pedir encarecidamente que lo intentes —dijo—. No se lo tengas en cuenta; Izorn tiene poco tacto, pero haría cualquier cosa por ti.

Ella asintió, consciente de que era verdad.

Eishar pensaba a menudo en lo mucho que Izorn y Kehidar se

querían, y en lo terrible que sería para cualquiera de ellos perder a su hermano gemelo. Sin embargo, nunca se había parado a pensar en qué pasaría si fuera ella la que muriera. Izorn y Kehidar se habían arriesgado por ella, habían puesto sus vidas en peligro para mantenerla a salvo en Tranteria, y luego para alejarla de ese lugar en el que tenía una diana en la cabeza. Si ella se dejaba arrastrar por la muerte como había deseado tantas veces, todo lo que ellos se habían jugado habría sido en vano.

Kehidar le rodeó los hombros con el brazo cuando sintió la tristeza que se adueñaba de ella. Pero se equivocó al identificar el motivo de su pena.

—Volveré contigo, Eishar —le prometió—. Aunque tenga que hacer una locura, volveré.

—No te metas en problemas —le pidió.

Por algún motivo, eso lo hizo reír. La risa de Kehidar, frente al silencio tenso de Izorn, era algo refrescante.

—¿Sabes? Izorn me dijo justo lo mismo. —De modo que eso era lo que le había hecho gracia—. Sé lo que hago —añadió, poniéndose más serio—. Solo necesito que te quedes aquí, a salvo, y que no llames la atención. Podría ser peligroso.

Eishar se tensó al escuchar esas palabras. Entonces sería mejor que no le contara que la había visitado el mismísimo rey de Dumaria.

Sin embargo, el motivo de la advertencia de Kehidar venía de otro lado.

—Drailon está aquí —murmuró, como si temiera que alguien lo escuchara—. No aquí, exactamente. Si no más al oeste. Pero espero que el ejército dumariano lo mantenga lo bastante ocupado como para que no se acerque.

Eishar se contagió del pánico que despedían las palabras de Kehidar. ¿Qué les haría Drailon a los gemelos si llegara a descubrir que habían estado escondiendo a una maga anómala a la que debían matar? ¿Qué le haría a ella? No se atrevía tan siquiera a imaginarlo.

Cuando Kehidar percibió su miedo, la abrazó más fuerte.

—No voy a dejar que te haga daño, luz de mi vida —susurró—. Haré lo que tenga que hacer.

Kehidar se recuperó antes que ella.

—Aquí estás a salvo —le dijo, intentando consolarla—. A nadie se le ocurriría buscar a una maga brunedana en un hospital.

Desde luego, no parecía el mejor lugar para esconderse. Y, a la vez, era el más adecuado.

Eishar hizo un esfuerzo para llevarse algo a la boca mientras Kehidar le relataba lo que había vivido en los últimos días. Le contó que Nyaja había escapado de Drailon, haciéndolo enfurecer, nada menos que dos veces. Aunque Kehidar no se atrevió a decirlo en voz

alta, Eishar podía percibir la esperanza en su voz cuando hablaba de Nyaja, como si ella fuera lo único que se interponía entre Drailon y su conquista del mundo.

Cuando Kehidar terminó su relato, después de explicarle por qué había podido escabullirse para visitarla a ella, Eishar tenía preguntas.

—Hay algo que no entiendo. ¿Por qué quiere Drailon las Piedras de la Vida? Pensaba que eran un mito.

—No lo son —le aseguró Kehidar—. Las he visto, y he notado el poder que desprenden. Drailon espera usarlas para hacerse más poderoso, para que nada pueda pararlo.

—Ya hay pocas cosas que puedan pararlo, hasta donde tengo entendido —murmuró.

—Espero que Nyaja esconda bien esa Piedra. Drailon no comete el mismo error dos veces.

Después de las historias de Kehidar y de haber comido algo, Eishar notaba el estómago lleno y el cerebro aturullado. Los párpados le pesaban y el sueño la estaba llamando.

Kehidar también se dio cuenta de su cansancio y la ayudó a tumbarse. La tapó con las mantas y le acomodó las almohadas. Eishar se sentía tentada a protestar, porque no era una niña que necesitara tantas atenciones. Pero, en realidad, le gustaba que alguien se preocupara por ella. Era una sensación tan extraña que no quería desaprovechar esos breves instantes de felicidad.

—Descansa, Eishar —susurró, acercándose a ella para darle un beso en la frente—. Me quedaré contigo hasta que te duermas, pero luego tengo que marcharme.

Eishar entendía que no podía tardar tanto en regresar, o sospecharían de él. Asintió y cogió la mano de Kehidar entre las suyas. Necesitaba recordar que no estaba soñando, y que Kehidar estaba ahí, con ella.

—Te quiero —susurró—. Dile a Izorn que le quiero.

—Se lo diré. Yo también te quiero, Eishar. Siempre te querré, por muy lejos que esté.

Él apagó las luces con sus poderes y la habitación se sumió en una tranquila y plácida semioscuridad.

Esa noche, Eishar durmió sin pesadillas. Pero, cuando se despertó a la mañana siguiente, y Kehidar ya no estaba, la pesadilla constante que era su vida volvió a comenzar.

CAPÍTULO 34

Lírala había encontrado sin dificultades el camino hacia la Sierra Meridional, una cadena montañosa que bordeaba gran parte de la costa sur de Dumaria.

A Árim todavía le sorprendía que los soldados dumarianos no hubieran sido capaces de dar con ellos. Habían evitado todas las poblaciones y se habían escondido en los pocos bosques que habían encontrado. Pero, aun así, le seguía dando la impresión de que habían tenido mucha suerte.

Lírala estaba convencida de que, como la mayor parte de los soldados de Dumaria estaba defendiendo al reino de las fuerzas enemigas, en Xandiara no tenían efectivos suficientes como para enviar tras ellos a una partida de búsqueda eficiente.

No obstante, cuando el terreno se volvió más irregular, y las primeras montañas empezaron a dificultarles el avance, Lírala convino que ya no los perseguirían más. Además, en la Sierra Meridional sería muy fácil ocultarse y pasar desapercibidos.

Pero avanzar por los desniveles de la cadena montañosa no era tan sencillo como hacerlo a través de la llana campiña dumariana.

Aunque Lírala tenía claro en qué dirección avanzar, la disposición de las montañas los obligaba a dar grandes rodeos para poder seguir cabalgando hacia el sur. Y cuando las cuestas eran muy empinadas, se veían obligados a bajarse de los caballos para que estos pudieran moverse con más soltura.

—Estamos perdidos —opinó Ikair, mientras Lírala trataba de encontrar la ruta más corta para sortear una enorme sima.

—Estaremos perdidos cuando no sepa hacia dónde tenemos que ir —replicó ella—, y de momento lo sé exactamente.

Ikair suspiró, pero no siguió discutiendo. Durante ese viaje, los dos chicos habían llegado a la conclusión de que no servía de nada llevarle la contraria a Lírala; ella siempre encontraba una manera de rebatir.

Árim miró a su alrededor intentando encontrar algún paso seguro

para descender el barranco y otro para volver a subirlo al otro lado, pero no parecía que fueran a tener suerte en esa empresa. Su única solución parecía ser la de dar otro rodeo, desviándose aún más del camino que Lírala aseguraba que debían seguir.

Aunque en su escrutinio Árim no encontró ningún camino, sí que percibió algo extraño descendiendo por la ladera de una montaña.

—¿Eso es un vakirí? —preguntó, señalando hacia la criatura blanca que se deslizaba colina abajo, hacia ellos—. Creo que tu familia nos ha encontrado.

Lírala se volvió de repente, como si la hubieran pinchado con una aguja.

—Corred —los urgió la princesa.

—¿Pero no habías dicho que…? —Árim no tuvo tiempo de terminar la pregunta antes de que Lírala los agarrara a él y a Ikair de la mano y echara a correr por el sendero que habían recorrido esa mañana.

A sus espaldas, Árim escuchó un siseo airado y, al girar la cabeza sobre el hombro, descubrió que el vakirí se suspendía ahora sobre el aire, y se dirigía hacia ellos. No tenía alas, de modo que la criatura empleaba magia para volar.

Aunque era la primera vez que Árim veía un animal mágico, había oído hablar de su existencia.

No solo los humanos habían evolucionado para aprovechar ese recurso que les brindaba la naturaleza; algunos animales y plantas también habían aprendido a usar la magia con unos resultados extraordinarios.

Desde la distancia, Árim no había sido consciente del tamaño del vakirí. Pero a medida que se acercaba, se dio cuenta de que era el animal más grande que había visto en toda su vida. A su lado, los caballos que habían dejado atrás parecían pequeños.

Los équidos se encabritaron al ver a la enorme bestia acercándose y echaron a correr despavoridos ladera abajo.

—Lírala… —murmuró Ikair, que también se había girado para mirar a la enorme criatura.

—Es un vakirí salvaje —informó Lírala. Todavía sin soltarles la mano, la princesa dobló una esquina y los obligó a pegar la espalda contra una pared de roca—. No es amigable. Y lo más probable es que intente comernos.

—¡¿Qué?! —exclamaron Árim e Ikair al unísono.

—Tenemos que espantarlo —propuso Lírala.

—¡¿Has visto el tamaño de esa cosa?! ¡¿Cómo vamos a espantarlo?! —se desesperó Árim.

Lírala esbozó una sonrisa que dejó al descubierto casi todos sus dientes.

—Con magia, obviamente —respondió.

Sin embargo, hasta Lírala se quedó muda cuando escucharon un siseo a unos pocos metros de distancia.

Las manos de la princesa empezaron a chisporrotear con rayos azules. De modo que era una Eléctrica.

Lírala miró a Ikair, suplicando ayuda con la mirada. Ikair asintió y, a una señal de Lírala, los dos salieron de su escondite y se encararon con el enorme vakirí.

Árim salió tras ellos, justo a tiempo de ver como el fuego de Ikair y la electricidad de Lírala se combinaban en un torbellino que golpeó la cara del desprevenido vakirí. La criatura chilló de dolor y de sorpresa, y se alejó volando de vuelta a la guarida de la que había salido.

Árim solo se atrevió a suspirar de alivio cuando el vakirí salvaje se perdió en la distancia.

—No me puedo creer que hayamos salido vivos de esta —murmuró Árim.

—Hemos salido vivos, pero hemos perdido a los caballos —resopló Lírala.

Árim miró a lo alto de la colina, donde los habían dejado, y descubrió que allí ya no había nada. Los caballos habían huido asustados y sería toda una hazaña dar con ellos en esas montañas.

—Podemos seguir las marcas de herraduras del suelo —propuso Ikair, agachándose para examinar una de esas huellas.

—Los caballos pueden correr mucho más rápido que nosotros durante mucho más tiempo —dijo Lírala—. Tardaríamos horas en encontrarlos.

—Nuestras provisiones estaban en las alforjas de los caballos —se lamentó Ikair, chasqueando la lengua.

—¿Por qué crees que estoy tan preocupada? —exclamó Lírala.

La princesa se quedó examinando el horizonte. Hasta ese momento, Árim no se había percatado de que el cielo empezaba a oscurecerse.

—Pronto se hará de noche —comentó Lírala—. Deberíamos descansar. Mañana pensaremos qué hacer.

Al día siguiente, los ánimos de los tres jóvenes no habían hecho más que decaer. Aunque habían logrado encontrar algunas ramitas y hierbas secas con las que Ikair pudo encender una hoguera, habían tenido que irse a dormir con el estómago vacío.

Ikair y Árim consiguieron convencer a Lírala para seguir el rastro de herraduras que habían dejado los caballos en su huida, pero se pasaron toda la mañana tras ellos sin lograr alcanzarlos. Estaban

demasiado lejos.

Y su búsqueda desesperada solo había contribuido a que perdieran todavía más el rumbo.

Estaban cansados, hambrientos y sedientos cuando, como si fuera un milagro, escucharon el canto del agua característico de un arroyo. Salieron corriendo en dirección al sonido del agua y saciaron su sed. No obstante, no tenían nada que hacer contra el hambre.

Recorrieron las orillas del riachuelo, pero no encontraron nada comestible. En esa época del año ya no quedaban frutas en ningún árbol.

Y cuando parecía que su situación no podría ser peor, escucharon voces. Voces pronunciadas en un idioma que ninguno de ellos reconocía.

Corrieron a refugiarse detrás de una gran roca segundos antes de que una patrulla de soldados doblara una esquina.

—No es la Guardia Roja —susurró Ikair, asomando la cabeza solo lo justo para ver a qué se enfrentaban.

—Ni tampoco son soldados dumarianos —añadió Lírala.

Eso solo les dejaba una opción; eran soldados onduranos.

Los soldados hablaban entre sí sobre algo que ninguno de ellos podía entender. Tal vez fueran exploradores inspeccionando el territorio, o tal vez fueran la avanzadilla de un ejército más grande. Árim no podía estar seguro.

—¿Qué hacemos? —preguntó, en voz baja.

—Si nos quedamos aquí, van a encontrarnos —caviló Lírala, que parecía estar calculando sus posibilidades.

—Árim, tú puedes hacerles dar la vuelta —sugirió Ikair.

—No puedo hacer tal cosa; solo puedo cambiar emociones.

—Pues entonces hazles creer que no quieren matarnos o secuestrarnos —propuso Lírala—. Se acercan —informó, espiando a los soldados.

Hacía mucho tiempo desde que Árim había conseguido que sus poderes lo sacaran de un aprieto, en vez de ser un inconveniente, y no sabía qué esperarse esta vez. Aunque había entrenado con Kandell, no se sentía preparado para usarlos en una situación real de peligro.

—Si no vas a convencerlos de que den la vuelta y nos dejen en paz, vamos a tener que matarlos —apuntó Lírala, mientras sus manos empezaban a llenarse de rayos azules.

La idea de matar a alguien, aunque fueran soldados enemigos, se retorcía en el estómago de Árim.

Inspiró aire profundamente y, cuando esas voces extranjeras estaban ya muy cerca, Árim empezó a cantar y permitió que la magia acumulada en sus venas hiciera su trabajo.

Los soldados avanzaron hasta que Árim pudo mirarlos a los ojos,

pero no dejó que eso lo amedrentara y siguió cantando. Para su sorpresa, los onduranos se detuvieron, como si hubieran olvidado lo que se disponían a hacer.

Una bola de fuego empezó a formarse ante Ikair, aunque esta no llegó a alcanzar su objetivo. Uno de los soldados sacudió la cabeza, dijo algo en su idioma y se dio la vuelta para marcharse por donde había venido. Uno a uno, sus compañeros lo siguieron, hasta que las voces de los cuatro soldados volvieron a perderse en la distancia.

Solo entonces, Árim dejó de cantar.

—Tenemos que salir de aquí antes de que se les pase el efecto —los apuró Árim, poniéndose en pie.

Ikair y Lírala no tardaron en seguirlo, y los tres se apresuraron a perderse entre los recovecos de la Sierra Meridional, tratando de alejarse lo máximo posible de los onduranos. Pero, inevitablemente, terminaron perdidos en el laberinto de montañas.

Aun así, no se detuvieron, pues el frío era mayor a medida que ascendían por las colinas, huyendo de los onduranos, y temían morir congelados.

Agotados, hambrientos y casi sin esperanza de llegar a su destino, Árim distinguió un grupo de gente en la distancia. Vestían de blanco y azul, los colores de Dumaria, y, por un momento, pensó que estaba soñando.

CAPÍTULO 35

Nyaja no se lo creyó hasta que no los vio con sus propios ojos. Estaban sucios, con la ropa rasgada, y presentaban algunos arañazos y moretones, pero allí estaban los tres, vivos y enteros.

—¿En qué estabais pensando? —los regañó—. Ha sido una temeridad. Hay espías enemigos por todas partes; podríais haberos encontrado con alguno de ellos.

Los dos chicos agacharon la cabeza con arrepentimiento. Nyaja recordaba haberlos visto aquel fatídico día en Tomiara, minutos antes de que se la llevaran a rastras, y no había tenido tiempo para volver a pensar en ellos. Pero se alegraba de que Yáhlazer se hubiera ocupado de los chicos.

Lírala, en cambio, la miraba con diversión, como si no le importara nada de lo que le estaba diciendo.

—No somos niños —replicó Lírala—. Que hayamos llegado hasta aquí demuestra que podíamos hacerlo.

Un soldado, el que había avisado a Nyaja de esa visita inusual, carraspeó. Él le había contado que habían encontrado a los tres jóvenes vagando por las montañas. Habían perdido el rumbo, y podrían haber terminado en manos enemigas si los exploradores dumarianos no los hubieran encontrado primero.

—No quiero que os volváis a poner en peligro de esta manera —respondió, aun sabiendo que era inútil cambiar la opinión de Lírala; era demasiado terca—. Mañana os llevarán de vuelta a Xandiara y…

—¡No, por favor! —exclamó Lírala, cambiando de repente su expresión—. Hemos llegado hasta aquí. No puedes mandarnos de vuelta o todo nuestro viaje habrá sido en vano.

—Este lugar es peligroso, Lírala —trató de convencerla.

La niña empezó a sollozar.

—Pero hemos llegado hasta aquí, nos hemos enfrentado a numerosos peligros y hemos vencido. Somos magos poderosos. No puedes prescindir de nosotros.

Nyaja exhaló una honda bocanada de aire. No podía dejar que los

falsos llantos de Lírala la ablandaran. No podía dejarles quedarse.

—Si me lo permite, majestad —intervino una soldada—, yo misma llevaré a los niños a un lugar seguro.

Los llantos de Lírala se extinguieron tan rápido como habían aparecido, lo que no hizo más que confirmarle a Nyaja lo falsos que habían sido.

—Te ha llamado majestad —murmuró, emocionada—. ¡¿Te has casado con Yahl?! ¡¿Y no me invitasteis a la boda?! —se indignó.

Nyaja suspiró. Yáhlazer no había mejorado mucho desde entonces y se había visto obligada a asumir sus funciones de gobierno, al menos, las que no incluían al ejército. Siánevir se seguía encargando de eso.

—Fue una ceremonia apresurada —susurró, evitando recordar el motivo de tanta urgencia.

Lírala no necesitó más confirmación que esa para ponerse de rodillas ante ella y cogerle las manos con fuerza para que no pudiera desasirse. Nyaja intentó levantarla, pero Lírala no se dejó mover de su sitio y no quería arriesgarse a hacerle daño.

—Yo, Lírala de Várenma, te juro mi eterna lealtad. Por favor, Nya, deja que nos quedemos. Por favor. Eres mi reina, déjame servirte. Quiero ayudarte.

Nyaja ya había recibido suficientes juramentos de lealtad muy parecidos a ese en los últimos días.

—Vale, está bien, podéis quedaros, pero levántate del suelo —cedió—. Eres una princesa.

Lírala se levantó, pero encontró algo para seguir protestando.

—No importa que yo sea una princesa; tú eres una reina.

Ese título todavía le pesaba sobre los hombros como una losa. Hacía tiempo, le había dicho a Yáhlazer que, si la corona de Dumaria era tan pesada, haría bien en compartirla con ella. Pero Yáhlazer agonizaba en una cama, y le había entregado todo ese peso a ella.

—¿Dónde está Yahl? —preguntó Lírala. Y, por primera vez, su tristeza y su preocupación parecían sinceras y profundas.

Aunque sospechaba que no le haría ningún bien ver a Yáhlazer en ese estado, tampoco podía impedírselo.

—Ven, yo te llevo —le dijo, pasándole un brazo por los hombros para transmitirle una entereza que ella misma estaba lejos de sentir. Pero antes de alejarse, se acordó de los dos niños brunedanos. Se volvió hacia ellos y les habló en su idioma—. Podéis quedaros, pero no os metáis en problemas. Os asignarán una tienda.

Ellos asintieron al unísono, y el de ojos castaños le preguntó:

—¿Cómo está el rey?

Nyaja no tenía respuesta para esa pregunta, pero intentó mostrarse fuerte. Siempre intentaba que nadie viera la debilidad que

la carcomía al pensar en Yáhlazer.

—Se pondrá bien —susurró. Era una esperanza vacía, pero no podía pensar en el peor escenario posible. De lo contrario, se derrumbaría.

Antes de darse la vuelta para marcharse, el joven siguió hablando.

—Siento mucho lo que pasó —se disculpó, visiblemente arrepentido—. No queríamos que nada de eso pasara. No queríamos hacerle daño a nadie. Pero… pero ellos no… no nos dejaron opción.

Nyaja asintió.

—Lo sé. Lo entiendo. Brunedain nos ha obligado a todos a hacer cosas horribles para sobrevivir. Pero eso se va a terminar.

Ronnara apareció en ese instante, corriendo hasta jadear por el esfuerzo. Nyaja apretó más el brazo en torno a Lírala, en un intento por protegerla de la reprimenda de su hermana mayor, pero no tardó en darse cuenta de que no era necesario.

—Esa es mi hermana —dijo, señalándola con el dedo—. No podría estar más orgullosa de ti —se emocionó, abrazando tanto a su hermana como a Nyaja como una madre osa—. Me parece que pronto las Leonas de Yáhlazer seremos cuatro.

Cuando Ronnara se separó de ellas, Lírala se enderezó la ropa.

—Te equivocas —la corrigió Lírala—. No seré una Leona de Yahl, sino de Nya —decidió, con convicción, rodeando a Nyaja con un brazo con fuerza para darle más énfasis a su discurso.

—Eso será cuando tengas que protegerme tú a mí y no al revés —protestó Nyaja—. Y de momento es al revés.

Lírala farfulló algo ininteligible y Nyaja decidió que era un buen momento para reemprender el camino hacia la tienda de Yáhlazer.

En ese trayecto, Nyaja pensó en todas las habilidades a su alcance para consolar a Lírala cuando viera a su primo en un estado tan deplorable. Para su alivio, Ronnara había decidido acompañarlas, y ella parecía tener bastante más tacto para esas cosas que Nyaja, a la que habían criado en una absoluta frialdad.

Lírala no dijo nada, ni lloró, cuando se acercó a Yáhlazer y se sentó en el borde de la cama, a su lado. Le cogió la mano con delicadeza y le acarició los dedos, y solo entonces habló, sus palabras dirigidas a un rey dormido que no podía escucharlas.

—Les vamos a hacer pagar por lo que te hicieron, Yahl —prometió, con una determinación y una rabia contenida que no parecían propias de una niña de trece años—. Nyaja te va a vengar. Y yo le voy a ayudar.

Nyaja sintió un escalofrío recorriéndole la espina dorsal, pero no se atrevió a negar las palabras de Lírala.

Ronnara se acercó a su hermana pequeña y la abrazó, pero Lírala no le devolvió el gesto. Y, cuando Ronnara decidió que era mejor

llevársela para que no sufriera más, Lírala se opuso.

—Yo me quedó con él —susurró—. Vosotras ir a descansar.

—Dudo que exista alguna fuerza de la naturaleza capaz de apartar a Nyaja de esta tienda —comentó Ronnara, mirándola para que confirmara sus palabras.

—Yo soy quien mejor puede protegerlo —dijo, aunque sabía que ni siquiera sus poderes podrían mantener a la muerte fuera de ese lugar.

—Déjame cuidar a mí de él, Nya —le pidió Lírala—. Nadie me considera una amenaza porque piensan que soy una niña indefensa, pero sé usar mis poderes. Ronna me ha enseñado bien —le aseguró, mirando a su hermana mayor con orgullo—. Te prometo que cuidaré de Yahl. Tú eres la reina de Dumaria; tienes que proteger nuestro país para así protegernos a todos.

Lírala quería decirle algo con sus palabras, aunque Nyaja no llegaba a entender el qué. No terminaba de encajar todas las partes de su discurso.

—Dejaré a un Escudo fuera —dijo, al final—. Si entra alguien en esta tienda que no conozcas, o que no vista el uniforme del ejército, lo fríes a descargas sin preguntar. Me da igual si no sobrevive al ataque.

Lírala asintió, con convicción.

Aunque Nyaja no pensaba dejar que nadie se acercara tanto a Yáhlazer como para convertirse en una amenaza.

Nyaja aprovechó el respiro que le había proporcionado la repentina aparición de Lírala para concederse unas horas para sí misma. Seguía alerta, vigilando a los soldados y temiendo que alguna posible amenaza los alterara. Esa era la señal que esperaba para correr de nuevo al lado de Yáhlazer.

Aunque no podía pasear por el campamento sin recibir constantes saludos por parte de la que ahora era su gente, ese aire libre seguía resultando menos agobiante que el interior de la tienda velada por la muerte. La brisa fría de las montañas le aclaraba las ideas.

—¡Nyaja! —la llamó una voz femenina.

Se giró, esperando encontrarse con alguna de las primas de Yáhlazer, que eran las únicas que seguían empleando su nombre sin incluir la palabra «reina» delante.

Pero fue a Maive a quien descubrió, corriendo para alcanzarla.

Sabía que Maive había llegado unos días atrás junto con Miravien y Bryla, pero no había tenido tiempo ni energía para acudir a hablar con ella. Esperaba que Maive lo entendiera.

—Maive, lo siento, yo… Yáhlazer… —empezó a explicarse, pero Maive le quitó importancia al asunto con un gesto de la mano.

—Imagino cómo debes de sentirte —comprendió Maive, acercándose para entrelazar su brazo con el suyo—. ¿Cómo está? —preguntó, evitando pronunciar el nombre de Yáhlazer de forma premeditada.

Nyaja se encogió de hombros. Los médicos seguían manteniendo que era pronto para tener esperanzas.

—Con tus cuidados, seguro que se recupera pronto —trató de animarla Maive, sonriendo. No obstante, cuando descubrió que su sonrisa no se reflejó en el rostro de Nyaja, volvió a ponerse seria—. Sé que no es un buen momento, y que debes de tener la cabeza en otra parte, pero hay algo que deberías saber.

Nyaja levantó la mirada para encontrarse con los ojos castaños de Maive.

—Cuéntame.

—Érisen tiene titanio —soltó—. La Piedra de Rubí estaba contenida en una caja de titanio. Érisen dijo que iba a fundirla para fabricar balas de titanio. Sé que el titanio es… malo para los magos.

Nyaja recordó lo que habían producido aquellas dos balas de titanio en su propio cuerpo. Había estado a punto de morir por dos heridas que para una persona normal no llegaban a ser graves.

—Lo es —le confirmó, apartando esos funestos pensamientos de su mente

—Pensé que deberías saberlo.

—De todas formas… No importa demasiado que Érisen tenga una simple caja de titanio. Él y Drailon están aliados. Y la Guardia Roja de Brunedain tiene armas de titanio desde hace años.

El rostro de Maive esbozó una honda preocupación.

—¿Y qué vais a hacer?

—Vamos a defendernos, por supuesto. No vamos a permitir que tomen Dumaria.

Maive apartó la mirada, compungida. Parecía alicaída por no haber podido aportar información útil. Pero había algo sobre lo que Nyaja apenas tenía datos.

—¿Qué sabes acerca de las Piedras de la Vida? —preguntó Nyaja.

Maive volvió a centrarse en la conversación.

—Aparte de que Érisen tiene tres de ellas, poca cosa.

Nyaja sonrió y se levantó la manga de la eloba.

—Ahora solo le quedan dos —la corrigió, mostrándole la Piedra de Amatista engarzada en su brazalete de plata—. Aunque no ayuda demasiado que Drailon tenga otras dos.

Maive exclamó emocionada y tomó la muñeca de Nyaja para examinar la Piedra de Amatista más de cerca.

—¿Cómo la conseguiste?

—Es una larga historia, pero lo más importante es si puedes

decirme algo de utilidad. Cualquier cosa.

Maive negó con la cabeza.

—Érisen mató a la reina de Niherel para conseguir esta Piedra. Mi padre, Vak, nació en Niherel y, a diferencia del resto del mundo, allí las llaman las Piedras de la Muerte. En Niherel se piensa que, cuando se reúnan, algo terrible va a pasar.

Nyaja había visto a las cinco Piedras juntas, pero no había sucedido nada terrible, como aseguraban en Niherel. Tal vez había llegado a tiempo de impedirlo, pero sí que había tenido lugar un hecho inexplicable. A veces, aquella extraña niebla parda acudía a sus pesadillas, en las cuales los rostros difusos de su superficie adquirían las facciones de Drailon.

—Pero en Niherel tienen muchas leyendas —añadió Maive, quitándole importancia al asunto—. Creen que los dioses son manifestaciones de la naturaleza. Su diosa principal es Zisara, la diosa del verano, y mantiene una lucha constante contra Deatakos, el dios del invierno. Cuando ella gana la guerra, empieza el verano, y cuando es él quien gana, empieza el invierno. Es de locos, ¿verdad?

Maive siguió hablando de las demás deidades de Niherel, y Nyaja no tardó en darse cuenta de que Maive trataba de distraerla con algo que ella parecía considerar una divertida historia.

Sin embargo, Nyaja no pudo evitar comparar a Zisara y a Deatakos con la religión dumariana, cuyas dos deidades también se encontraban en una permanente disputa. Pero estas no representaban entidades naturales, sino que estaban constituidas por Tilka y Oenos, las dos lunas que coronaban el firmamento.

«Tilka y Oenos siempre están luchando una contra la otra por dominar el firmamento. Y mientras ellas luchan, nosotros recibimos las consecuencias», le había explicado una vez Yáhlazer al hablarle sobre la religión que existía en Dumaria.

El parecido entre ambas, esa lucha entre contrarios como fuerza para hacer funcionar el mundo, era tan cercano que casi podía interpretarse como una evolución divergente desde una sola religión anterior.

Pero Nyaja, que no era experta en teología, decidió alejarse de esos pensamientos y volvió a prestar atención al discurso de Maive, que ahora se centraba en Lissia, diosa de las flores y patrona del reino de Niherel.

La Piedra de Amatista no estaba sola. Junto a ella había otras cuatro gemas, pulidas por el mejor de los joyeros, listas para almacenar toda la magia que vibraba en el ambiente. Ninguna desprendía brillo, no todavía.

La guerra desangraba el mundo, y esos magos, escondidos en una cueva, querían ponerle solución. Se llamaban a sí mismos Unión por la Paz, e idearon un plan para contener a la magia más poderosa en esas cinco gemas, para tenerla controlada en un solo lugar, y para poder deshacerse de ella llegado el momento. Tirar las gemas al mar era la propuesta de Adavea, y todos parecían coincidir en que era la mejor opción.

Sin esa magia incontrolable, sin esos poderes desorbitados, el mundo de los humanos recuperaría la paz.

Si los dos líderes de ambos bandos dejaban de existir, si todos sus seguidores se veían despojados de sus poderes, la guerra terminaría.

Así fue como Káleon bautizó a esas cinco gemas como las Piedras de la Muerte.

Y Nyaja ahora sabía que, en algunos lugares, todavía las llamaban así.

CAPÍTULO 36

Izorn salió de su habitación para dirigirse a las cocinas. El barco cabeceaba a causa del intenso oleaje, incluso a pesar de estar anclado. Estaba seguro de que nunca conseguiría acostumbrarse a vivir encima de un navío en constante movimiento.

Al pasar por delante del camarote de Drailon, escuchó dos voces masculinas. No le parecía buena idea espiarlo por detrás de la puerta, y estaba dispuesto a renunciar a su curiosidad cuando escuchó algo que le llamó la atención.

—¿Ella está aquí? —preguntó Drailon.

Izorn se detuvo en seco, como si una soga invisible se hubiera enroscado en torno a su garganta.

Su más profundo terror empezó a aflorar. Casi de forma instintiva, rodeó la empuñadura de uno de sus cuchillos con la mano derecha. No sabía de quién estaba hablando Drailon, pero bien podría tratarse de una amenaza. O tal vez la amenaza era el propio Drailon, si se confirmaba el peor temor de Izorn: que alguien hubiera descubierto el paradero de Eishar.

—Sí, estoy seguro. Está aquí escondida; algo debió de salir mal —respondió la segunda voz. Izorn tardó en reconocerla, porque nunca había escuchado a Érisen hablando en brunedano. Y, además, lo hacía con la fluidez de un hablante nativo.

¿Qué demonios estaba pasando? ¿Qué se estaba perdiendo Izorn durante todo el tiempo que Drailon pasaba a solas con Érisen?

—E imagino que no podrá volver a menos que recuperemos la Piedra de Amatista —prosiguió Drailon.

—Así es —confirmó Érisen—. En el fondo, esa hija tuya nos ha hecho un enorme favor.

Izorn podía imaginarse la sonrisa siniestra con la que Érisen había pronunciado esas palabras, a juzgar por la oscuridad que desprendía su voz. Él mismo era capaz de emplear el lenguaje de esa manera para encender el miedo en sus futuras víctimas.

—¿Deberíamos recuperar la Piedra de Amatista? —preguntó

Drailon.

¿Desde cuándo era Érisen el que decidía qué se hacía ahí y qué no? A Drailon nunca le había gustado seguir las instrucciones de los demás; él marcaba su propio camino.

Izorn estaba desconcertado, y necesitaba saber qué estaba sucediendo. Nunca le habían importado los negocios turbios de Drailon, pero con la seguridad de Kehidar y de Eishar en juego, todo había cambiado.

—No, ya no la necesitamos —respondió Érisen—. Aunque debemos dejar que los dumarianos crean que la queremos; eso desviará su atención. Además, debemos deshacernos de la Piedra de Ámbar. Lo más prudente para ti es estar lejos de ella.

Drailon masculló algo que Izorn no entendió.

—La próxima vez podrías no tener tanta suerte —replicó Érisen—. La Piedra de Ámbar convirtió en Escudo al mago Veloz que la tocó. Este no solo activó la capacidad del ámbar para crear escudos, sino que también le robó a la Piedra de Ámbar velocidad de reacción. Las malas lenguas dicen que se apellidaba Hártimer, vaya casualidad, ¿verdad? —comentó, con sarcasmo. Drailon refunfuñó—. El caso es que ese escudo podría haberte matado si no tuviera un retardo de tres segundos. Basta con ver en qué condiciones quedó tu espalda.

Drailon volvió a murmurar algo ininteligible, aunque Érisen, a diferencia de Izorn, estaba lo bastante cerca como para escucharlo.

—Podemos dejarla donde Nyaja la encuentre. Solo volverá a activarse ante el contacto de un Escudo, así que deja que sea ella la que sufra las consecuencias. Será un problema menos del que encargarnos.

Pero Izorn sabía que Drailon no tenía ninguna intención de matar a Nyaja. Para él, la muerte solo era la última de las opciones. Si quedaba alguna posibilidad de que pudiera torturar lo suficiente a Nyaja como para convertirla en su arma, lo haría. Ese siempre había sido su objetivo.

—Nyaja sabe cómo funciona esa Piedra —dijo Drailon—. Los dumarianos pretendían usar a Nyaja para proteger la Piedra de Ámbar. Pudo habérsela llevado cuando estuvo aquí, pero no lo hizo, porque sabe lo que sucederá si la toca. Y, además, no vamos a hacerlo. No hay más Veloces en el mundo —farfulló.

—Mejor así. Visto está que ella es más poderosa que tú. Otro Veloz solo es un obstáculo innecesario en el camino. Mejor hubiera sido para todos que los Hártimer no os hubierais librado del exterminio de hace doscientos años.

Drailon protestó en voz alta y la ira se adueñó de él.

Izorn escuchó pasos, así que se apresuró a marcharse antes de que alguien lo descubriera.

Ya había escuchado bastante.

Y lo peor era que no se había resuelto ninguna de sus dudas.

Kehidar regresó ocho días después de haber partido, cuando Drailon empezaba a impacientarse. Izorn se había pasado las últimas jornadas asegurándole que el terreno era difícil de explorar y que Kehidar tardaría en encontrar a los dumarianos. Aunque sabía que ese no era el motivo de su tardanza.

Después de que Kehidar les hubiera transmitido la ubicación del campamento dumariano a Drailon y a Érisen, se reunió con él en la habitación que compartían. Izorn lo esperaba cruzado de brazos.

Por un momento, Izorn dudó de si debía poner a su hermano al tanto de lo que había descubierto acerca de Drailon y Érisen. Pero luego decidió que no valía la pena preocuparlo con algo tan turbio y para lo cual Izorn no tenía ninguna explicación lógica.

—¿Cómo está Eishar? —preguntó Izorn, después de su deliberación interna.

El encogimiento de hombros de Kehidar y su larga exhalación fueron respuesta suficiente.

—¿Y cómo estás tú?

—¿Yo? ¿Cómo quieres que esté? Esperé a que se quedara dormida porque no soportaba la idea de ver tristeza en sus ojos cuando me marchara —murmuró, dejándose caer en la cama a su lado. Se cubrió el rostro con las manos—. Soy un cobarde.

Izorn le pasó un brazo por los hombros.

—No eres un cobarde; solamente tienes sentimientos.

—No puede quedarse ahí más tiempo.

Izorn sintió que su corazón se saltaba un latido.

—¿Por qué? ¿Está en peligro? —preguntó, poniéndose en pie de un salto. ¿Sería eso a lo que se referían Drailon y Érisen?

—No, no es eso —negó Kehidar, sacudiendo la cabeza. Izorn suspiró de alivio—. La médica que la atiende… no entendí todas esas palabras raras, pero básicamente me dijo que lo mejor para Eishar no es estar ahí encerrada. Lo que necesita es… —se detuvo, como si le costara pronunciar esas palabras— un hogar de verdad. Que yo… que tú te la lleves de ahí. A un sitio tranquilo donde pueda curarse. Pero esa soledad no le está haciendo bien.

—Deberías haberme hecho caso cuando te dije que la trajeras tú a Dumaria, y que os escondierais —murmuró, no como un regaño, sino como un lamento de algo que ya no podría ser. No con Drailon y Érisen en esas costas tramando saben las lunas qué, no con el rey de Dumaria a punto de exhalar su último aliento—. Pero ya es tarde.

Kehidar por fin descubrió el rostro para mirarlo.

—No, no es tarde. Tú aún puedes marcharte con ella. Tú puedes protegerla. Yo os cubriré las espaldas todo el tiempo que pueda.

—No —se negó, y esta vez su voz sonó más dura—. Eso no va a suceder.

Kehidar abrió la boca para replicar, pero Izorn no había terminado de hablar.

—Y, en cualquier caso, esa decisión tendría que tomarla ella —dijo, esperando que su hermano comprendiera las implicaciones de sus palabras—. Pero no podemos obligarla a decidir entre tú y yo. Porque eso solo serviría para hacernos sufrir a los tres.

Esta vez, Kehidar se lo pensó mejor antes de volver a intervenir.

—Sé que tienes razón. Ella me dijo que nos quería. A ti… y a mí. Pero es tan… extraño. Esta… relación que compartimos.

Izorn tragó saliva para deshacer el nudo de su garganta. Que alguien lo quisiera… que alguien lo considerara digno de recibir ese sentimiento… no sabía cómo reaccionar ante ese amor que no creía merecer. No después de todas las atrocidades que había cometido.

—En parte es culpa nuestra —comentó Izorn—. Debimos haberle dicho la verdad desde el principio.

Pero Kehidar negó con la cabeza antes de mirarlo con toda la intensidad de sus expresivos ojos azules.

—Yo creo que el resultado hubiera sido el mismo —opinó—. Nada cambió cuando supo la verdad. Tú… tú has estado más tiempo con ella. En el barco. Y, sin embargo, cuando me vio a mí estaba tan feliz…

La voz de Kehidar fue apagando hasta extinguirse.

Izorn sujetó a su hermano por los hombros antes de que se viniera abajo.

—Encontraré la manera —prometió Izorn, aunque no sabía si podría cumplirlo—. La encontraré —repitió, en cambio, haciendo un esfuerzo por creer en sus propias palabras para devolverle la esperanza a Kehidar—, pero no voy a arriesgarme a que… a que tú o ella sufráis por mi culpa.

—Tú sabes que solo hay una manera, Izorn —murmuró Kehidar, agachando la cabeza.

Izorn también era consciente de esa realidad, una que lo asustaba más que cualquier otra en el mundo.

Pero hallaría una solución, la que fuera, para mantener a salvo a las únicas dos personas que amaba. Lucharía por ellos hasta su último aliento. Y si había una vida después de esa, seguiría luchando incluso entonces.

CAPÍTULO 37

Las Piedras de la Muerte era un nombre apropiado para el plan retorcido que se les había ocurrido a esos magos que promulgaban la paz, pero que estaban a las puertas de intensificar la dureza de la guerra. Alguien había descubierto su secreto, aunque Nyaja no escuchó ningún nombre en su cabeza.

El plan consistía en cargar las gemas con magia y moldearlas para que tuvieran un deseo inconmensurable por conseguir todavía más magia. Nyaja no sabía de la existencia de esos hechizos arcanos, ni entendía el funcionamiento de esa magia primitiva y desatada, ni reconocía el idioma en el que los magos pronunciaron las palabras. Había tantas capas de hechizos que nadie podría desmantelarlos a tiempo de evitar la tragedia.

Las gemas empezaron a brillar con un brillo antinatural que sugería que alguien había alterado su naturaleza. Pero a nadie parecía importarle la catástrofe que podría salir de ahí. A nadie le preocupaban las nefastas consecuencias. A nadie, salvo a Maecys, la maga que portaba la Piedra de Amatista.

En la oscuridad de la noche, cuando todos dormían, Maecys le susurraba palabras a la Piedra de Amatista. Le contaba todo lo que veía, como si estuviera escribiendo en un diario, como si no comprendiera todavía que la Piedra de Amatista estaba registrando sus pensamientos.

Maecys hablaba en un idioma distinto, antiguo, uno que tal vez hubiera muerto por la imposición de una lengua más moderna. Nyaja no entendía las palabras que Maecys pronunciaba. Pero no lo necesitaba, pues podía ver los recuerdos que la maga almacenaba en la Piedra de Amatista mientras la tocaba. Y todos esos pensamientos eran transparentes como el agua.

A Maecys le preocupaba que algo saliera mal, que esa guerra terminara con tanta muerte que los humanos se vieran avocados a la extinción.

Y, al final, Maecys no se equivocó. Al menos, no del todo.

Porque esas Piedras antinaturales que habían creado con cientos de hechizos superpuestos se convirtieron en una pesadilla viviente cuando los magos más poderosos del mundo fueron privados de sus poderes.

Nyaja se despertó con un jadeo, ruido suficiente para que un guardia entrara en la tienda, espada en mano.

—Todo está bien —se apresuró a decir—. Solo fue… solo fue una pesadilla.

Con la salvedad de que no había sido un sueño. Lo que Nyaja había visto había sido real, y había sucedido mil trescientos años atrás.

El soldado echó un vistazo rápido al interior de la tienda, buscando alguna posible amenaza oculta, antes de volver a salir a la oscuridad de la noche.

Nyaja se frotó los párpados agotados por ese sueño intranquilo y observó a Yáhlazer bajo la luz de las velas. A su esposo. Era una palabra tan grande y tan llena de significado que le resultaba más sencillo olvidarla.

Yáhlazer dormía tranquilo, sin que nada perturbara su descanso. Los médicos empezaban a tener esperanza, y ella se había dejado contagiar por la promesa de que se recuperaría, de que volvería a caminar y a volar en vakirí. Todo el país necesitaba esa esperanza con desesperación.

Aunque lo intentó, esa noche no consiguió volver a dormir, y, cuando al rayar el sol, Lírala apareció en la puerta de la tienda para relevarla en la tarea de cuidar a Yáhlazer, Nyaja ya estaba completamente despierta.

—¿No has dormido? —le preguntó Lírala, con una gota de regaño en la voz.

—Me he despertado por una visión de la Piedra de Amatista y no conseguí volver a dormirme —respondió.

Lírala se acercó para ponerle una mano tibia y firme en la espalda.

—Vete a dormir, Nya. Yo cuido de Yahl mientras.

Nyaja miró hacia la puerta, hacia los soldados armados hasta los dientes que vigilaban a su rey.

Suspiró para relajar la mente y creó un escudo para envolverlas a ella y a Lírala, lo engrosó y lo moldeó hasta que notó que su escasa energía, fruto de la carencia de sueño, se resentía.

—Quiero pedirte un favor —susurró, aunque confiaba en que el escudo aislara el sonido.

Era la primera vez que hacía algo semejante, pero había visto

tantas cosas a través de la Piedra de Amatista, tantas posibilidades… Esperaba que aquella magia ancestral no se hubiera perdido del todo.

Lírala también miró hacia los guardias, como si comprendiera que las siguientes palabras eran un secreto entre ambas.

—Quiero saber si realmente me apoyan o si solo es una fachada —le pidió Nyaja.

La había inquietado esa devoción ciega que el ejército le había presentado cuando habían anunciado que ella sería su nueva reina… y que dirigiría el destino de Dumaria mientras Yáhlazer estuviera indispuesto.

Había descubierto algunas miradas de desconfianza, y no se había olvidado del odio que aquella médica le había dedicado por ser brunedana de nacimiento. Aunque algunos soldados le habían jurado lealtad en los últimos días, el grueso del ejército no lo había hecho. Y no tenía tan buen oído como le gustaría para escuchar rumores.

Lírala asintió con determinación.

—Cuenta conmigo. Si escucho cualquier cosa sospechosa, te lo diré —prometió.

Yáhlazer le había contado lo avispada que era Lírala para su edad. Espiaba las reuniones de la familia a la que no la invitaban por ser demasiado joven, se enteraba de todos los cuchicheos del servicio del palacio, se escapaba de la estricta vigilancia de su madre e incluso se las había ingeniado para falsificar la letra y la firma de Yáhlazer para sacar dinero del tesoro real.

Y, además, había comprobado que la mayor parte de la gente no se tomaba a la princesa demasiado en serio porque solo tenía trece años. Ni siquiera después de la hazaña de Lírala, Árim e Ikair.

Podría hacer eso por ella sin ni siquiera despeinarse.

Nyaja asintió y se echó una capa por encima. Parecía que el invierno había llegado a Dumaria, y que el verano no duraba para siempre, como había pensado.

—Nyaja —la llamó Lírala—. No importa lo que piensen los demás de ti. Yo sé que eres buena y que serás una gran reina.

Nyaja sabía que lo decía para animarla, y sus palabras le arrancaron una sonrisa de la cara.

—Gracias, Lira —susurró.

—Y ahora vete a desayunar y a dormir —le ordenó, con tanta dirigencia que bien podría haber sido ella la reina de Dumaria—. Tienes que estar fuerte para la próxima batalla.

Porque la habría, todo el mundo sabía que la habría. Los barcos de Érisen seguían anclados en la costa y no habían dado ninguna señal de que fueran a marcharse.

De camino a su propia tienda, la que llamaban «la tienda personal de la reina» y que habían levantado en tiempo récord, se encontró con

Maive. Había llegado al campamento junto con Bryla y Miravien una semana atrás, pero solo habían conversado en una ocasión. Nyaja tenía demasiadas cosas en la cabeza.

—Buenos días, Nyaja —la saludó—. ¿Estás ocupada?

Nyaja estaba convencida de que no tardarían en reclamarla en alguna parte, pero podía fingir que no era así.

—No, cuéntame —le pidió, aunque nada más decir esas palabras se dio cuenta de lo poco dispuesta que estaba a escuchar problemas después de lo poco que había dormido esa noche.

—He estado pensando… He tenido mucho tiempo para pensar estos días, la verdad. Bueno, el caso es que he pensado que podrías dejarme a mí la tarea de recuperar las Piedras de la Vida. Sé que te preocupan, pero también sé que estás muy ocupada cuidando de Yáhlazer, así que…

Nyaja cerró la mano izquierda en torno al brazalete que llevaba en la muñeca derecha. Lo había cubierto con un brazal de cuero para que no se notara el brillo de la Piedra de Amatista, pero todo el mundo sabía que la llevaba puesta. Sobre todo Maive, a quien incluso se la había enseñado. No obstante, había adquirido ese gesto tras todo el nerviosismo que había sufrido en los últimos días.

—Te matarán antes de que llegues hasta ellas —le recordó. Entre ella y Ronnara apenas lo habían conseguido; para una humana corriente como Maive sería imposible.

—Érisen me conoce. Querrá saber cómo escapé de la mazmorra en la que me encerró. Me dejará subir al barco.

Nyaja se contuvo para no resoplar.

—Érisen no es lo más peligroso que hay sobre ese barco —replicó, esperando que sus palabras calaran en la mente inocente de Maive—. El Cuchillo Silencioso no tendrá reparos en matar a la primera persona desconocida que vea —dijo, aunque ya no estaba tan segura de esa afirmación—. Y Drailon… nadie puede hacer nada contra Drailon.

Maive se lo pensó unos instantes antes de responder.

—Pero no podemos quedarnos de brazos cruzados esperando a que vengan a por nosotros —protestó.

Nyaja no estaba de humor.

—¿No es eso lo que hiciste cuando Érisen conquistó tu país? —Sabía que era un golpe bajo, pero no le apetecía ser amable.

Maive apartó la mirada, dolida.

—No sé qué me pasó —confesó, en voz baja—. Era como si las fuerzas me hubieran abandonado, y mi cabeza estaba hecha un lío. Él mató a mi…

—Si te hubieras vengado de Érisen antes de que cruzara el Mar de Esmeralda, nada de esto estaría sucediendo —espetó—. No solo estaba más desprotegido entonces, sino que nos hubiera ahorrado mucho

sufrimiento. Dumaria no estaría librando una guerra con dos frentes y Yáhlazer no estaría agonizando en una cama sin poder moverse.

No esperó a que Maive respondiera antes de darse la vuelta para no tener que mirarla más a la cara. Su tienda estaba en dirección contraria, pero no le importaba; daría un rodeo con la esperanza de que el paseo le aclarara las ideas.

Para cuando llegó a su tienda, se dio cuenta de que tal vez había sido demasiado dura con Maive. No todo el mundo tenía que ser como ella, no todo el mundo tenía por qué tener la fuerza de voluntad que le habían inculcado durante años en Brunedain. Le pediría disculpas después de haber dormido unas horas.

Nyaja se despertó cuando escuchó gritos en alguna parte. Se levantó de la cama y apenas se molestó en cubrirse con una capa antes de salir corriendo, descalza y en camisón. En cuestión de segundos ya estaba ante la tienda de Yáhlazer.

Lírala seguía con él, de pie, esperando a que cualquier amenaza cruzara la puerta para electrocutarlo.

—¿Qué pasa? —preguntó Lírala, dejando caer los brazos a los costados al reconocerla.

Nyaja no se había parado a preguntarlo, pero había visto el revuelo mientras corría todo lo que su magia y sus piernas le permitían.

Alguien llegó corriendo a la tienda, hiperventilando. Lírala y Nyaja se volvieron hacia la entrada a la vez, listas para detener cualquier posible amenaza que se atreviera a cruzar la puerta. Pero se relajaron al ver una cara conocida.

—Nos atacan —anunció Ronnara—. Han descubierto el campamento y han venido a atacarnos.

Nyaja se encontró ante una terrible tesitura. ¿Debería ir a ayudar a los soldados? ¿O debería quedarse ahí y proteger a Yáhlazer? Si Drailon lideraba el ataque, tal vez quisiera terminar el trabajo que había empezado. No podía dejar a Yáhlazer solo. Pero no podía dejar que nadie más se enfrentara a Drailon; solo ella era rival para Drailon.

Entre los soldados que vigilaban la tienda de Yáhlazer localizó a una que sabía que era una Escudo. Con toda la determinación y la autoridad que fue capaz de aunar se volvió hacia ella.

—No te muevas de aquí —le ordenó—. Pase lo que pase, escuches lo que escuches, protege a tu rey y a la princesa Lírala con tu vida si es necesario. Ellos tienen a otro como yo —confesó, aunque no le apetecía volver a declarar que ese otro era su propio padre—. Puede hacer escudos mágicos y es tan rápido como yo. No te dejes engañar por nadie.

La soldada, un poco impresionada por la dureza de su voz, asintió.

Nyaja se dirigió entonces a los otros tres soldados, magos todos ellos.

—Matad a cualquiera que se acerque y que no sea de los nuestros. Me da igual que sea el mismísimo presidente de Brunedain.

Los soldados asintieron.

—Cuente con nosotros, majestad —dijo uno de ellos, con convicción.

Lírala salió de la tienda en ese instante. Nyaja abrió la boca para hablar, pero Ronnara se le adelantó.

—Quédate con Yáhlazer —le pidió, poniéndole las manos sobre los hombros—. Y si alguna amenaza se acerca, lanza un relámpago al cielo. Nyaja y yo vendremos tan rápido como nos sea posible. Recuérdalo, Lírala. No te metas en la pelea; tu trabajo es avisarnos.

—Lo prometo.

Ronnara abrazó a su hermana pequeña y le susurró algo al oído que Nyaja no llegó a escuchar.

Después, Nyaja y Ronnara retrocedieron.

—Levanta un escudo, lo más resistente que puedas crear —ordenó Nyaja, mirando a la maga Escudo—. No lo bajes hasta que regrese, bajo ningún concepto.

La soldada asintió. La única prueba de que el escudo empezaba a alzarse era su mirada de concentración.

Nyaja deseó creer en algún dios para poder rezarle que protegiera a Yáhlazer y a Lírala. Pero nunca había confiado en ninguna deidad para librar las batallas que le correspondían a ella.

CAPÍTULO 38

Las palabras de Nyaja todavía le resonaban en los oídos cuando el ejército dumariano empezó a perder la tensa calma que habían mantenido hasta entonces. Pero Maive tenía la mente demasiado embotada como para darse cuenta del cambio.

Sabía que todo lo que Nyaja le había ladrado era la verdad, pero eso no lo hacía menos doloroso. Maive había dejado escapar a Érisen cuando era fácil de matar, y ahora estaba escudado detrás de un gran ejército y, además, tenía una alianza con los brunedanos. No sabía hasta dónde llegaban las fuerzas de Dumaria, pero sospechaba que no estaban preparados para enfrentarse a los dos contingentes a la vez.

Debería haber asesinado a Érisen cuando tuvo la oportunidad. Eso por no mencionar que nunca debería haberle dado la Piedra de Esmeralda. En su lugar, debería haber huido con ella a un lugar seguro. Pero, por desgracia, no podía regresar al pasado para enmendar esos errores.

Maive vislumbró a sus padres frente a ella, muy alterados, y solo entonces fue consciente de que, en realidad, todo el campamento dumariano estaba patas arriba.

—¡Tenemos que salir de aquí! —exclamó Démer.

—¿Qué pasa? —preguntó Maive, angustiada.

—Érisen está atacando la zona sur del campamento —le explicó Démer—. De momento, los dumarianos han logrado contener al ejército de Érisen, pero no podemos estar seguros de que eso siga siendo así.

—Sagrada Zisara, yo ya sabía que no deberíamos haber venido —rezaba Vaknin, en voz baja.

—Tal vez necesiten ayuda —murmuró Maive, girando la cabeza hacia todos lados, en busca de alguien que pareciera necesitar que le echaran una mano. Pero nadie se dignó siquiera a dirigirle la mirada; todo el mundo parecía tener ya muy claro cuál era su misión.

—Maive, no sabes pelear —dijo Démer—. Aquí corremos peligro. Nos alejaremos y regresaremos para ayudar a los heridos cuando

termine todo.

Maive recordó la última vez que había presenciado una batalla y lo inútil que se había sentido frente a los soldados de Érisen, los mismos que ahora atacaban a los dumarianos. Esperaba que sus anfitriones estuvieran mejor preparados que los rismavianos para repeler un ataque.

—Está bien —terminó aceptando.

A Démer le faltó tiempo para cogerla del brazo y casi arrastrarla en dirección norte, lo más lejos posible del enfrentamiento. En su camino tuvieron que sortear a los soldados que corrían desesperados hacia el campo de batalla.

Por un momento, a Maive se le pasó por la cabeza que alguien tendría que encargarse de cuidar del rey herido. Esperaba que Nyaja hubiera pensado en eso, porque ya había asistido a la caída de una familia real y no quería saber qué sucedería si ese último foco de resistencia frente a Érisen se desvanecía por completo.

«Yáhlazer tiene muchos herederos. No va a suceder lo mismo que en Rismav», pensó, tratando de convencerse a sí misma de que no tendría que vivir la misma historia de nuevo.

Corrieron ladera arriba, hacia las montañas que sellaban la retaguardia del valle en el que se había asentado el campamento. En realidad, era un lugar bastante seguro. Estaba claro que los exploradores dumarianos conocían bien el terreno y habían escogido un buen sitio para acampar.

Pero en lugar de seguir ascendiendo la ladera, Démer se dirigió a un paso de montaña que se abría entre dos abruptas colinas. Parecía más cómodo huir por ahí que hacerlo a través de los peñascos, así que ni ella ni Vaknin pusieron reparos. A Maive le dio la sensación de que Démer ya había planeado esa posible vía de escape.

Dejaron atrás las últimas tiendas del campamento con el fragor de la batalla sonando a sus espaldas.

Maive se dio la vuelta durante unos instantes para asegurarse de que los dumarianos tenían alguna oportunidad. Al fondo del valle, la pendiente favorecía a las tropas de Dumaria. Los soldados fainelhitas lanzaban flechas y disparaban con armas de fuego hacia arriba, pero la mayoría de los proyectiles se estrellaban contra algún tipo de escudo invisible. Otros, sin embargo, atravesaban las barreras de los magos. Los impactos de estos últimos parecían ser letales. Cuando un mago Escudo caía, y su brecha no se cerraba a tiempo, la devastación se cebaba con los soldados ubicados en esa zona.

En la oscuridad de su celda, Maive había oído hablar sobre ese metal que podía vencer a los magos. Érisen le había confiado que lo conocía, y parecía haberse tomado la molestia de diseñar balas y puntas de flecha de titanio.

Sintió que alguien volvía a agarrarla del brazo.

—Vámonos —la urgió Démer.

Maive se obligó a dar media vuelta y seguir a sus padres hacia el paso de montaña, tropezando de vez en cuando en el terreno rocoso. El sudor empezó a bajarle por las sienes con el esfuerzo, a la vez que sus pulmones se esforzaban por tomar más aire. Había perdido gran parte de su resistencia física en las últimas semanas.

—Sagrada Zisara, mantennos a salvo —seguía rezando Vaknin.

Pero sus plegarias no parecieron ser escuchadas por la diosa del verano.

O eso pensó Maive cuando ella y Démer doblaron un recodo y descubrieron una horda de soldados tratando de cruzar el paso. Maive reconocía los colores de esos uniformes. Había visto a los soldados de Fainelh tomar Zimosia vestidos de la misma manera.

Una trampa.

Los fainelhitas les habían tendido una trampa. Habían fingido que el grueso de su acometida se centraría en la zona sur para distraer al ejército dumariano. Mientras, el resto de las tropas de Fainelh atravesaba el paso de montaña y, con los dumarianos centrados en el primer objetivo, estos no detectarían el ataque por el norte, que les cortaría la retaguardia.

Y ellos se encontraban justo en la trayectoria del segundo ejército fainelhita.

Maive sintió que la sangre le abandonaba el rostro. Démer y Vaknin se quedaron inmóviles, como si eso fuera a impedir que sus enemigos repararan en su presencia.

Pero estaban demasiado cerca, y cuando el primer soldado clavó la mirada en ellos, una sonrisa cruel se adueñó de su rostro.

Maive vio como el resto de los soldados, uno a uno, fijaban su atención en ellos. Desenvainaron las espadas, saboreando ya la matanza, celebrando la sangre que iban a derramar.

Maive no quería morir. Se negaba a morir así. El deseo de vivir le calentó la sangre, que se le había congelado al presentir a la muerte rondando a su alrededor. Tenía que proteger a la única familia que tenía. No permitiría que nadie volviera a arrebatarle a sus seres queridos sin tan siquiera quejarse.

Esta vez sería diferente. Esta vez no huiría.

Maive dio un paso, colocándose delante de sus padres. Daría su vida si fuera preciso para mantener al sufrimiento y a la muerte alejados de ellos.

Algo bullía en lo más hondo de su ser, algo cálido y vivo que pareció regresar a la vida después de muchos años sepultado en el hielo. No volvería a estar indefensa, no volvería a dejarse pisotear por sus enemigos.

Maive sintió como sus manos empezaron a picarle con un cosquilleo agradable, como si esa fuerza interna que acababa de resucitar hubiera atravesado huesos, carne y piel. Esa sensación corrió por sus brazos y, entregando un poco de su energía, se escapó de su cuerpo y se proyectó hacia fuera, en forma de una semiesfera perfecta. Aunque Maive no podía ver nada, una especie de sexto sentido le decía que ese algo estaba ahora a su alrededor. Protegiéndola a ella y a sus padres.

Era como una fuerza que… no, no era una fuerza.

Era magia.

Apenas comprendió lo que acababa de suceder cuando la horda de soldados echó a correr. Maive dejó salir toda esa ira con un grito y un nuevo despliegue de esa fuerza que bullía en su sangre. Y solo fue consciente de lo que había creado en realidad cuando sus enemigos se estamparon contra una pared invisible, con tanta fuerza que el efecto de acción-reacción los tumbó en el suelo de espaldas.

Algunos soldados permanecieron tendidos sobre las rocas; se habían golpeado la cabeza con tanta violencia que habían perdido el sentido. Otros gritaban de dolor por el duro impacto y estaban aturdidos. Los afortunados que habían frenado a tiempo su carrera observaban a sus compañeros lastimados como si estuvieran viendo un fantasma.

Pero el impacto de los soldados provocó que el escudo de Maive temblara, e incluso le pareció ver que su superficie se ondulaba como si fuera a resquebrajarse.

Uno de los soldados logró salir de su estupor. La miró directamente a los ojos, acusándola de ser la causante del desastre. Desenvainó su sable, gritó de rabia y frustración y se lanzó contra su escudo, golpeándolo una y otra vez, debilitándolo, rompiéndolo. Maive casi podía sentir los golpes del arma contra su propio cuerpo, como si su escudo fuera una prolongación de sí misma.

Iba a destrozarlo. Iba a hacer caer su escudo y entonces ella y sus padres volverían a estar desprotegidos frente a esos enemigos que querían poner fin a sus vidas.

Maive sintió que la ansiedad se adueñaba de ella con cada golpe que el soldado le propinaba a su escudo, con una feroz ira brillando en sus ojos negros como la obsidiana.

No sabía cómo recomponer los cortes que se abrían en esa pared invisible. No sabía cómo había logrado crear el escudo, y tampoco sabía cómo repararlo. Hasta hacía unos minutos, ni tan siquiera sabía que podía hacer algo así.

El escudo estaba a punto de romperse.

Maive se volvió hacia sus padres. Abrió la boca para rogarles que salieran corriendo. Ella resistiría todo el tiempo que pudiera

concederles. Pero nunca llegó a pronunciar esas palabras.

Porque justo antes de que el escudo se desplomara con tanta rapidez como había surgido, un calor sofocante le robó el aliento. Y luego, una feroz llamarada arrasó las primeras líneas de soldados, haciéndolos estallar en llamas.

Los alaridos de dolor y el olor a pelo y carne quemados fueron tan insoportables que Maive trastabilló hacia atrás.

El fuego no se extinguía, y los soldados, desesperados, rompieron filas y se disgregaron, corriendo por la montaña sin una dirección fija. Las llamas arrasaron la hierba y el humo ensució el aire.

Retrocedió, huyendo de una nube tóxica que le robaba el aliento y le arrancaba lágrimas de los ojos. Aunque, por la intensa humedad de sus mejillas, había empezado a llorar mucho antes de que el humo apareciera.

Maive buscó con la mirada a su salvador y descubrió, no muy lejos, más arriba en la ladera de la montaña, a dos niños. Uno de ellos todavía tenía las manos envueltas en fuego, como si se dispusiera a lanzar una segunda llamarada. Y ellos tal vez estaban en su trayectoria.

Reaccionó de inmediato, agarró a sus padres por el brazo y tiró de ellos colina abajo, de vuelta al campamento. Era mejor dejarles esa batalla a los magos.

La palabra le revoloteó en la cabeza.

Ella había hecho magia.

Ella también era una maga.

Con la mente liberada del inminente riesgo a morir, fue consciente de la grandeza de lo que acababa de suceder. De lo que ella había hecho sin comprender cómo. Su subconsciente, temiendo por sí misma y por su familia, parecía haber activado algún instinto de supervivencia olvidado y había creado un escudo mágico.

Pero ¿por qué ahora? ¿Por qué en ese instante y no cuando los soldados de Érisen habían estado a punto de matarla a golpes? ¿Qué había cambiado desde entonces?

Sacudió la cabeza. No era el momento de pensar en todas esas incógnitas. Tenía que poner a sus padres a salvo.

Mientras corría ladera abajo, tratando de no tropezar, se dio cuenta de que estaba muy cansada, como si ese despliegue de magia le hubiera consumido su energía vital.

No quería enfrentarse al significado de lo que acababa de hacer. Siempre había desdeñado a la familia biológica que la había abandonado, pero jamás se le había ocurrido pensar que esa familia podría pertenecer a una línea de sangre mágica. Pero ¿por qué no iba a ser una maga? Había nacido en Brunedain, y en Brunedain había magos. Era una posibilidad remota, pero no era imposible.

Maive tenía demasiado que replantearse, y ese no era el momento. Tenía que poner a salvo a sus padres. Tenía que encontrar un lugar seguro.

Y tenía que asegurarse de que Érisen no volviera a poner en peligro a la única familia que le quedaba. Y ahora que había descubierto esa fuerza innata que le calentaba la sangre, podía sentir que ese sueño estaba mucho más cerca de lo que había estado hasta entonces.

CAPÍTULO 39

Nyaja llegó al campo de batalla como una violenta ráfaga de viento. Con un puñal en cada mano, y con un escudo mágico que corría con ella, confiaba ciegamente en que nada podría herirla mientras se desplazaba entre soldados enemigos. Pero esa seguridad en la magia se vino abajo en el momento en el que el titanio empezó a atravesar los escudos de la primera línea de magos. Parecía que se habían guardado esa arma en el arsenal para ese momento de debilidad.

Nyaja arrasó y desestabilizó las filas del bando contrario, esquivando los destellos eléctricos, las llamaradas y las ondas de energía de sus propios aliados. Pero con un ojo siempre virado hacia el cielo, deseando y rogando no ver el relámpago de Lírala anunciando problemas.

Rompió las líneas de soldados para llegar hasta el final, buscando a Drailon y al Cuchillo Silencioso, pero no había rastro de ellos.

Cortó gargantas, apuñaló y golpeó, pero Drailon no apareció para hacerle frente.

Tampoco tardó en darse cuenta de que no había soldados de la Guardia Roja, como si el presidente de Brunedain estuviera reservando sus armas para otro momento. Un escalofrío le recorrió la espina dorsal cuando pensó en la posibilidad de que hubieran decidido atacar el campamento por otro flanco.

Corrió hacia las filas dumarianas, poniéndose a salvo detrás de los escudos mágicos, donde Siánevir bramaba órdenes.

Nyaja analizó el campo de batalla. Sus conocimientos sobre conflictos bélicos le decían que los dumarianos contaban con la ventaja de la pendiente. Si sus adversarios habían atacado primero, ¿por qué no escoger el campo de batalla que les resultara más favorable?

Los soldados fainelhitas caían como moscas, acribillados por la magia más destructiva. No tenían ninguna oportunidad de vencer.

Nyaja comprendió la estrategia más tarde de lo que le habría gustado. Sin molestarse en avisar a nadie, salió corriendo, esquivando

con dificultad a los soldados dumarianos en perfecta formación. Si a alguien le sorprendió ver a su reina corriendo en la dirección contraria al conflicto, nadie se molestó en preguntarle el porqué.

Dejó atrás el campo de batalla y, con él, el constante fragor de gritos y armas al entrechocar entre sí.

El humo de los Llameadores y los fogonazos de luz de los Lunasoles le dificultaban la visión mientras ascendía por la ladera de la montaña.

No se lo pensó antes de dirigirse hacia la tienda de Yáhlazer, y casi suspiró de alivio cuando comprobó que los soldados seguían allí, montando guardia, con las armas desenfundadas y listas para defender a su rey.

Pero entonces, si el plan no era distraer al ejército para matar a Yáhlazer…

Nyaja escuchó gritos en la cima de la montaña y vio un incendio desatado calcinando todo lo que se cruzaba en su camino.

Todavía sin terminar de entender lo que estaba sucediendo, obligó a sus piernas a seguir corriendo colina arriba. Si Drailon había decidido atacar por la retaguardia… estaban todos muertos.

Alzó un escudo en forma de muro, entre el fuego que avanzaba ladera abajo y las primeras tiendas del campamento. Las llamas se estrellaron contra la pared invisible y el intenso calor le azotó en la cara. Pero resistió en su posición, y cuando todos los hierbajos del suelo se calcinaron, el fuego se extinguió.

Escuchó a alguien acercarse corriendo.

Nyaja desenvainó los puñales, pero se dio cuenta de que ya conocía a los dos chicos que aparecieron ante ella, hiperventilando.

—Lo siento —se disculpó uno de ellos en brunedano. Nyaja reconoció a Ikair, el Llameador—. No esperaba que… Todavía me cuesta controlarlo.

Nyaja dejó caer el escudo cuando las llamas se quedaron sin combustible y se convirtieron en brasas y humo.

Al mirar hacia la ladera de la montaña, descubrió a los cuerpos de los soldados enemigos agonizando en el suelo, algunos carbonizados, otros rodando para desprenderse de las llamas. Los pocos supervivientes huían colina arriba.

Nyaja volvió a mirar al chico. Se había quitado la armadura de titanio que contenía esos increíbles poderes.

—La próxima vez, lanza las llamas hacia arriba —le aconsejó. No se dio cuenta de lo cansada que estaba hasta que las palabras salieron de su boca como suspiros—. No sirve de mucho matar a nuestros enemigos si te cargas el campamento en el proceso.

El chico asintió y sonrió. Tal vez estaba esperando una regañina, pero Nyaja no iba a sermonearlo por haber defendido el campamento.

Él solo.

Un solo mago había detenido un ejército entero.

Nyaja se dio la vuelta para asegurarse de que el ataque había sido repelido con eficacia, pero uno de los chicos la llamó.

—¿Se…señora Nyaja?

—Nyaja está bien —le concedió, volviéndose hacia él. Era el joven al que ella había salvado del soldado de la Guardia Roja que le había colocado un cuchillo en la espalda, a la altura del corazón. Recordaba vagamente que se llamaba Árim.

—Creo que hay algo que deberías saber —murmuró.

Y entonces Árim empezó a relatar lo que habían visto.

A Nyaja le había llevado mucho más tiempo del que le habría gustado reorganizar a las tropas. Había bastantes heridos, algunos de ellos con balas de titanio en el organismo. Y no le había parecido conveniente poner a todo el mundo a trabajar sobre ese nuevo enigma que Árim le había planteado.

Usó los pocos poderes que le quedaban para llevar a los heridos hacia las camillas improvisadas y para transportar los instrumentos de cirugía que necesitarían los médicos. Calmó los ánimos de sus soldados y rezó una plegaria a Tilka y Oenos por los que perdieron la vida ante sus propios ojos.

Cuando empezó a caer la noche, y el frío y la humedad le llegaron hasta los huesos, un brazo cálido le rodeó los hombros.

Al girar la cabeza descubrió a Miravien.

—Creo que mi reina ya se ha manchado bastante de sangre y barro —dijo. La princesa no admitió un no por respuesta cuando arrastró a Nyaja lejos de la enfermería improvisada.

—¿Yahl? —preguntó.

—Ni se ha enterado. Le hemos contado que hemos ganado, pero no se creerá que estás bien hasta que no te vea de una pieza.

—Debería lavarme y cambiarme de ropa primero —opinó—. Si me ve así, le va a dar un infarto.

Miravien se rio a carcajadas, pero no le quitó la razón.

Solo entonces recordó lo que Árim le había contado. Lo que Árim e Ikair habían visto en aquella colina.

—¿Has visto a Maive? —le preguntó a Miravien.

—No, debe de haberse escondido. Tal vez tenga… malos recuerdos.

Nyaja no había pensado en cómo esa batalla podría afectarle a Maive. Ella había visto su hogar siendo arrasado y conquistado por los mismos soldados que hoy los habían atacado.

Pero no podía dejar pasar por alto lo que Árim le había relatado.

Porque si era verdad… Había muchas cosas que podrían cambiar.

No obstante, primero tenía que ver a Yáhlazer y asegurarse de despejarle toda la angustia. Se lavó todo lo rápido que pudo y se puso ropa limpia.

Miravien la acompañó hasta la tienda de Yáhlazer, donde se encontraban Ronnara y Bryla. Alguien debía de haber enviado a Lírala a cenar y a descansar. En cuanto la vio, Yáhlazer le sonrió e intentó levantar la cabeza. Pero Bryla volvió a tumbarlo en la cama con dulzura.

—No estás en condiciones de levantarte todavía —le recordó.

Nyaja caminó hacia él y le cogió una mano tibia entre las suyas.

—Estoy bien —le dijo, apartándole el pelo blanco de la cara.

—¿Te han hecho daño? —se preocupó.

Ella negó con la cabeza; no iba a decirle que tenía los brazos y la espalda doloridos por haber cargado a soldados heridos desde el campo de batalla, o que sentía aguijonazos de dolor en las piernas por el esfuerzo. Al día siguiente estaría curada y no valía la pena preocuparlo por eso.

—Estoy bien —repitió—. Vuelve a dormirte. Yo estaré aquí cuando despiertes.

—Deberías ir a dormir. Pareces cansada —observó, alzando la mano para acariciarle la mejilla—. Mira se quedará conmigo esta noche.

Apenas había terminado de decirlo cuando se escucharon voces fuera de la tienda.

—Tenemos que hablar con la reina. Es urgente —insistía alguien.

Nyaja ya había tenido suficientes problemas en un solo día, pero decidió salir para averiguar qué estaba sucediendo.

En el exterior de la tienda se encontró a los padres de Maive, tratando de convencer a los soldados de que la dejaran verla.

—Nyaja, por favor, tienes que ayudarnos —le pidió Démer. Un gesto de Nyaja fue suficiente para que los soldados se apartaran—. Maive ha desaparecido y estoy casi seguro de que ha ido a buscarlo.

—¿A buscar a quién? —preguntó, aunque ya lo había deducido antes de terminar de formular la pregunta.

—A Érisen —respondió Démer, angustiado.

«Maldita sea, maldita sea, maldita sea», repitió para sí misma una y otra vez.

Era culpa suya. Maive se había marchado a matar a Érisen porque ella le había echado en cara no haberlo hecho en su momento. Era culpa suya. Ella había conducido a Maive hasta la boca del lobo. Y no importaba que hubiera sido capaz de crear un escudo mágico por mero instinto de supervivencia. No estaba preparada para enfrentarse a Drailon, que tenía un dominio pleno de sus poderes.

—Voy a buscarla —decidió, asegurándose de que tenía sus dos puñales a cada lado de la cadera.

Tanto Démer como Vaknin parecieron relajarse un poco.

—¿Adónde vas? —exigió saber Bryla, poniéndole una mano en el hombro antes de que pudiera salir corriendo.

Nyaja se dio la vuelta para responder.

—Tengo que traer a Maive de vuelta.

—Déjame ir contigo —le pidió.

—No, tengo que ir sola. Ya me ralentizará bastante tener que arrastrar a Maive conmigo de vuelta. No puedo correr si tengo que tirar de dos personas.

Bryla no parecía convencida.

—Es peligroso, Nyaja —rezongó—. Esperemos hasta mañana. Organizaremos un batallón para ir a salvarla.

—Drailon solo necesita unos minutos para destrozarla —gruñó—. No voy a permitírselo una segunda vez.

Bryla pareció comprender lo que iba a hacer, porque estiró la mano para cogerla del brazo, pero Nyaja ya corría a través del campamento antes de que sus dedos la hubieran rozado.

CAPÍTULO 40

Nyaja no tuvo dificultades para encontrar el campamento de Érisen. Solo había tenido que seguir las huellas que habían dejado tras de sí los pocos soldados que habían conseguido batirse en retirada después de verse superados por las fuerzas de Dumaria.

Los fainelhitas parecían demasiado ocupados atendiendo a sus heridos como para prestar atención a la figura que se movía entre las sombras, rodeando el campamento en busca de una zona poco transitada.

Nyaja buscó los puntos débiles y estudió a los soldados. Parecía que la Guardia Roja no estaba entre ellos, lo que suponía una clara ventaja. Significaba que Drailon no se encontraba en ese campamento. Aunque no tener ubicado al presidente era una variable muy peligrosa. La posibilidad de que hubiera regresado a Brunedain en busca de refuerzos le parecía la más desalentadora de todas las opciones.

Apartando esos pensamientos de su mente, Nyaja empezó a deslizarse entre las tiendas de tela del campamento enemigo. Al final, su entrenamiento como soldado en la Escuela de Atios le estaba resultando útil. Esquivó todas las patrullas de soldados escondiéndose en las sombras. La luz de las antorchas no llegaba muy lejos, y era casi demasiado sencillo.

Localizó la tienda de Érisen por ser la más grande. Las puertas estaban abiertas y, en el interior, distinguió la melena castaña de Maive, de rodillas ante un hombre de treinta y pocos años. Maive tenía las manos atadas a la espalda y una mirada de desafío pintada en el rostro.

Nyaja ya había visto a ese hombre antes, que ahora caminaba de un lado a otro, como si ya estuviera saboreando su victoria. Recordaba haberlo visto en el barco de Drailon, cuando había cogido la Piedra de Amatista. Solo podía tratarse de Érisen.

En ese momento, el rey de Fainelh le estaba diciendo algo a Maive. Pero Nyaja estaba demasiado lejos como para escuchar sus

palabras. Y, aunque pudiera, tampoco entendería el idioma en el que hablaban.

Nyaja empezó a trazar un plan, aprovechando que Érisen desconocía que había una maga Veloz rondándole.

Contó media docena de soldados fainelhitas ante la tienda. Podría encargarse de ellos en cuestión de minutos, pero Érisen oiría el escándalo y podría hacerle daño a Maive, de modo que esa opción no era la más acertada.

Tenía que distraerlos.

Observó todo lo que la rodeaba, buscando alguna solución. Y sus ojos repararon en las antorchas, clavadas en el suelo para iluminar las tortuosas calles que serpenteaban entre las tiendas.

Nyaja sonrió cuando el plan se formó en su cabeza. Esperaba que Ikair les hubiera regalado a los fainelhitas un miedo irracional al fuego después de la batalla de esa tarde.

Miró a todos lados, comprobando que nadie la veía arrancando una de las antorchas del suelo. La arrojó al interior de una tienda que no proyectaba luz hacia fuera, rezando para que no estuviera ocupada.

Minutos después, el crepitar de las llamas le confirmó sus sospechas.

Arrancó una segunda antorcha y repitió el procedimiento. Y una tercera, y una cuarta…

Y entonces el fuego empezó a devorar la primera de las tiendas.

Nyaja siguió incendiando el campamento, para distraer a los soldados lo máximo posible. Las tiendas de tela y piel ardían con ferocidad, y pronto las enormes llamaradas se fueron propagando a gran velocidad.

Los soldados empezaron a gritar.

Nyaja se escondió en una zona alejada del fuego, desde la cual pudiera espiar la tienda donde se encontraba Maive. Los gritos de advertencia y de horror provocaron que dos guardias abandonaran su puesto. Cuando regresaron con la noticia de que un incendio se estaba extendiendo por el campamento, el resto de los soldados los siguieron. Necesitarían todos los refuerzos posibles para apagar el fuego.

Nyaja sonrió ante la eficacia de su plan. Desenvainó sus cuchillos y caminó hacia la tienda. Mataría a Érisen y se llevaría a Maive.

Había sido muy fácil. Tal vez demasiado fácil.

Irrumpió en la tienda, sobresaltando a todos los que estaban en el interior. Porque no eran Érisen y Maive los únicos que se encontraban ahí.

En un ángulo que no había podido ver desde el exterior, incluso a pesar de las puertas abiertas, Nyaja descubrió a Drailon.

El presidente de Brunedain llevaba una enorme cadena de plata en el cuello, una que ella ya había visto con anterioridad. Cuatro

Piedras de la Vida estaban engarzadas en la cadena, entre ellas, la Piedra de Ámbar. Drailon había torturado y casi matado a Yáhlazer para conseguirla. Lo había dejado desangrándose en medio de ninguna parte. Había asesinado a todos los Sacerdotes Blancos. Solo por ambición.

La ira consumió el corazón de Nyaja de la misma manera que el fuego devoraba el campamento.

Con un grito de rabia y un puñal alzado por encima de su cabeza, Nyaja corrió hacia un desconcertado Drailon, que no contaba con su aparición, que no esperaba encontrársela ahí.

Pero no fue lo bastante rápida ni Drailon estaba tan desamparado en medio de la sorpresa. El presidente de Brunedain alzó un escudo entre los dos y Nyaja se estrelló contra esa pared invisible con una fuerza colosal.

Cayó al suelo, aturdida, con la cabeza dándole vueltas y los huesos gritando de dolor.

Trató de levantarse, trató de recobrarse del mareo, pero era como nadar contracorriente.

Cuando recuperó su visión, Drailon ya no estaba sentado en una esquina de la tienda. Había corrido hacia el otro extremo.

Y sostenía a Maive del pelo, apretando un cuchillo contra su cuello.

—No —susurró Nyaja

—¿Has venido a buscarla? —le preguntó Drailon, con una sonrisa malvada desfigurando su rostro—. No te habrías arriesgado a venir a salvarla si no fuera importante para ti, ¿verdad?

Una debilidad. Drailon solo había tardado dos segundos en encontrar una debilidad.

—La quiero viva —replicó Érisen, señalando a Maive. Su voz era fría como la nieve. Pero lo más sorprendente de todo era que había hablado en brunedano con corrección, un idioma que ni siquiera debería entender.

Tal vez en otras circunstancias, Nyaja se habría parado a analizar el porqué. Pero la vida de Maive estaba en riesgo.

—Tú a mí no me das órdenes —gruñó Drailon—. No estarías aquí de no ser por mí.

Érisen se volvió entonces hacia Nyaja.

—Quiero que me devuelvas esa Piedra.

Nyaja cubrió su muñeca derecha con la mano contraria. No sabía si Érisen podía ver el brillo violeta a través del cuero y la manga de la eloba, pero era como si pudiera percibirla de alguna manera. Como si supiera, sin lugar a duda, que la Piedra de Amatista estaba justo ahí.

Un soldado entró corriendo en la tienda, con la cara llena de hollín. Gritó algo en un idioma que Nyaja no entendía, pero, a juzgar

por su aspecto, había estado luchando contra el incendio que ella había desatado. El fuego que ahora corría veloz hacia ellos.

Drailon gruñó, comprendiendo lo mismo que ella, y apretó el puñal con más fuerza contra el cuello de Maive, que se había quedado inmóvil. Un hilillo de sangre se deslizó por su piel.

—Dame la Piedra de Amatista ahora mismo, o será la última vez que respire —la amenazó.

Nyaja no tenía muchas opciones.

Podría correr hasta él, pero el cuchillo de Drailon cortaría el cuello de Maive antes de que los alcanzara. Él siempre parecía más rápido, más inteligente, más preparado.

Se puso en pie despacio, tratando de hacer tiempo, y entonces sintió el calor en la cara.

Casi con terror miró hacia el techo de la tienda. Y, como si su propio incendio hubiera venido a salvarla, el crepitar del fuego cortó el aire y la lona se llenó de llamas anaranjadas que avanzaban sin control.

Drailon maldijo en voz baja, dejando caer el puñal al suelo, pero arrastró a Maive fuera de la tienda, mientras ella luchaba y pataleaba intentando soltarse del férreo agarre de Drailon.

De repente, el fuego y la tienda desaparecieron, y lo único que quedó fue una habitación blanca con un suelo de gastadas alfombras verdes.

«No, ahora no», pensó Nyaja, creyendo que la Piedra de Amatista le estaba regalando una visión. Pero no tardó en darse cuenta que no era la Piedra de Amatista la que estaba recordando. Era ella.

Drailon estaba ahí, arrastrando a una niña de la que Nyaja no quería separarse, una niña cuyo rostro no había olvidado, una cara que todavía la perseguía en sueños. La niña lloraba, y Nyaja también sollozaba y gritaba, mientras que alguien la sostenía.

Pero Drailon se la llevó. Drailon se llevó a Maive muchos años atrás. Drailon la separó de la única amiga que Nyaja había tenido. No una amiga, comprendió de golpe, encajando todas las piezas de ese gigantesco rompecabezas.

Drailon ya la había separado de su hermana una vez. Su hermana melliza. Una hermana que había heredado los poderes de Escudo de su madre, pero no los poderes de Veloz de su padre.

—¡¡No voy a dejar que te la lleves otra vez!! —gritó Nyaja.

Y echó a correr, con la ira y la magia ardiendo en sus venas como el fuego que devoraba la tienda sobre su cabeza.

Drailon frunció el ceño, comprendiendo también a quién tenía entre sus brazos, pero no pareció importarle lo suficiente cuando sacó un segundo puñal y se lo colocó a Maive en el cuello. Nyaja sabía que no le importaba nada ni nadie.

Pero esta vez, ella fue más rápida.

Llegó hasta Drailon y le agarró el brazo con tanta fuerza que sus uñas se clavaron en su piel, atravesando la ropa.

Creó un escudo para proteger a Maive, un escudo que rodeó el puñal y el brazo de Drailon y los dejó fuera. El filo del cuchillo se alejó de la piel de Maive sin que Drailon pudiera evitarlo, tensando al máximo los músculos del brazo, en vano.

Fue entonces cuando Drailon comprendió lo que Nyaja pretendía hacer. Mientras el escudo seguía creciendo, pero su brazo seguía apresado por Nyaja, Drailon tuvo la decencia de mirar a su hija a los ojos y expresar algo de miedo.

Con un grito, Nyaja amplió el radio del escudo, impulsando a Drailon hacia atrás, mientras que su brazo quedaba retenido por ella. Nyaja escuchó el desagradable sonido del hueso al partirse antes de que la fuerza de su propio escudo la obligara a soltar el brazo de Drailon. Las uñas se le rompieron de forma dolorosa, pero fue Drailon el que dejó escapar un agónico grito de dolor cuando la articulación del hombro se rompió y se desencajó, doblando su brazo derecho en un ángulo anormal.

El presidente de Brunedain cayó al suelo, sujetándose el hombro roto, gimoteando de dolor.

Nyaja se agachó para recoger el puñal que Drailon había dejado caer, dispuesta a terminar con él ahí mismo, pero antes de que pudiera dar un paso en su dirección, alguien le tiró del brazo.

Nyaja se volvió hacia Maive, y, al hacerlo, descubrió que estaban rodeadas por soldados enemigos. Y Érisen… Érisen se alzaba triunfante entre ellos.

Calculó sus posibilidades, pero esta vez eran demasiados incluso para ella. Y si tenía que proteger a Maive… no, era imposible.

Por un momento, el único sonido fue el crepitar del fuego en la tienda que habían abandonado tan solo unos segundos atrás.

—Ríndete, Veloz —dijo Érisen, con autosuficiencia. Por qué Érisen conocía esa palabra era un misterio que Nyaja no tenía tiempo de resolver en ese momento—. Y tal vez te deje vivir. De lo contrario, entregaré tu alma a las Piedras, como hizo tu antepasado.

Nyaja frunció el ceño. No entendía nada de lo que estaba diciendo.

Maive le sujetó el brazo con más fuerza, aterrada.

Pero Nyaja no iba a dejar que esa incursión fuera en vano. Cogió la mano de Maive y la obligó a sostener el puñal, manchado con su propia sangre. La mano de Maive temblaba tanto que Nyaja tuvo que cubrírsela con la suya para mantener un agarre firme de la letal arma.

Y entonces corrió hasta ponerse ante Érisen. Sin pensar, hundió en su corazón el puñal que sostenían entre ambas.

Maive gimió cuando la sangre de Érisen les salpicó las manos y la ropa.

Nyaja arrancó el puñal y Érisen se llevó las manos a la herida del pecho, pero ya había caído al suelo antes de conseguir su objetivo. Se debatió durante unos eternos segundos durante los cuales nadie se atrevió a mover ni un solo músculo.

Nyaja se volvió hacia Drailon, que la miraba con un odio infinito y oscuro, sosteniéndose todavía el hombro roto. La mueca que ella le dedicó debía de mostrar lo mismo.

«Tú y yo todavía no hemos terminado», pensó, esperando que su mirada transmitiera justamente eso, que volvería a por él, que nunca descansaría hasta que el corazón de Drailon dejara de latir.

Pero ese no era el momento. Tenía que proteger a Maive, y había docenas de soldados a su alrededor. Soldados cuyo rey acababa de asesinar.

Agarró a Maive con más fuerza y echó a correr, arrastrándola tras de sí con las últimas gotas de magia que le quedaban en el cuerpo. La gastaría toda con tal de ponerla a salvo. Para salvar a su hermana haría eso y mucho más.

Nyaja todavía estaba intentando procesar todo lo que había vivido el día anterior. Habían sido tantas emociones y tanto estrés que, cuando había alcanzado el campamento dumariano, ya con Maive a salvo, había caído rendida en la cama y se había quedado dormida con el estómago vacío.

Mientras terminaba de desayunar le daba vueltas en la cabeza una y otra vez a las palabras que iba a dirigirle a Maive. A su hermana.

Dio otro sorbo al té, y la bebida caliente le despertó el cuerpo y la mente.

Maive tenía la misma edad que ella, habían nacido el mismo día, tenían los ojos del mismo color… que coincidía con el color de los ojos de Drailon. Maive era una Escudo, como la madre de Nyaja, si se fiaba de lo que le había contado Ramja Prydor en Tranteria. Maive era brunedana, aunque no recordaba a su familia biológica, que la había abandonado en un orfanato. Se parecía a algo que podría hacer Drailon con una hija no deseada. Él mismo le había confesado que Nyaja había sido la única hija Veloz que había tenido después de varios intentos fallidos.

Y Nyaja estaba cada vez más segura de que esa niña que veía en sueños, con la que jugaba cuando era demasiado pequeña para recordar los detalles de su rostro, era su hermana. Y cuando Drailon había arrastrado a Maive, alejándola de ella… Nyaja ya había vivido eso antes. Drailon la había separado de su hermana melliza cuando

eran niñas. Y esa hermana era Maive. Todas las pruebas apuntaban en esa dirección.

Y, sin embargo, le seguía pareciendo improbable que el destino las hubiera unido después de tantos años.

Tenía que contárselo todo a Maive.

Ella también tenía el derecho de saberlo.

Apuró el té, le sonrió a la asistenta que se acercó a recoger la mesa, se puso una capa para vencer al frío y salió de su tienda.

Era una mañana helada. El mes de ónix avanzaba veloz, trayendo consigo el frío invierno. Nyaja ya llevaba medias debajo de la eloba y eso que todavía quedaban dos largos meses de invierno.

Los soldados la saludaban al pasar. Algunos le preguntaban si se encontraba bien, otros le pedían instrucciones.

Nyaja sabía que tenían que trasladar el campamento. Érisen los había descubierto, y, aunque probablemente hubiera desalentado por completo a sus tropas al matar a su rey, quedaba un elemento peligroso suelto.

Drailon no perdonaría la afrenta; no descansaría hasta vengarse por el daño que ella le había causado. Y, conociendo su estilo, se cebaría con todo el campamento y con toda su familia antes que con ella.

Pero Nyaja confiaba en tener todavía unos días de margen. Drailon estaba herido, y sus tropas en Dumaria eran insuficientes para lanzar un ataque. Tendría que esperar refuerzos o aguardar hasta curarse. Sanaría rápido, como le sucedía a ella, pero al menos estaría fuera de combate durante un valioso tiempo.

Nyaja suspiró, para alejar esos pensamientos hasta otra ocasión.

Encontró a Maive en la tienda que compartía con sus padres. Vaknin y Démer hablaban con ella en voz baja, en ese idioma ondurano que Nyaja no conocía, y todo apuntaba a que trataban de consolarla por los sucesos del día anterior.

Cuando repararon en su presencia, Maive se despidió de sus padres y se puso en pie para acercarse a Nyaja.

—No te he dado las gracias por salvarme —murmuró.

—Y yo no te he pedido perdón por lo que te dije ayer.

Maive extendió la mano en una oferta de paz. Nyaja la tomó y la apretó con suavidad.

—¿En paz? —preguntó Maive.

—En paz.

Pero Nyaja había venido para algo más que para disculparse por haberla enviado de cabeza a una misión suicida.

—Hay algo de lo que tenemos que hablar.

Maive parecía comprender de qué se trataba, porque asintió con convicción.

Nyaja la condujo hacia una zona apartada del campamento, donde no pudieran ser escuchadas. Aunque poca gente en Dumaria sabía hablar en brunedano, ese tema era algo que prefería mantener en secreto hasta que estuviera segura de que no se trataba de una falsa intuición.

Se sentaron sobre una roca plana, azotada por el viento.

Maive se recogió el pelo en una trenza para que no le molestara mientras Nyaja decidía qué palabras emplear. Las había pensado durante toda la mañana, pero se había quedado en blanco de todas formas. No había una forma fácil de plantear semejante dilema.

—Drailon es tu padre —murmuró Maive. No era una pregunta, sino una afirmación. Nyaja había intentado mantenerlo en secreto, pero sabía que eso no duraría para siempre—. Y… el mío también, ¿verdad?

Parecía que Maive había llegado a las mismas conclusiones que ella.

—No estoy segura —respondió Nyaja—. Pero… recuerdo a una niña de mi edad. Cuando yo era muy pequeña. Nunca supe por qué nos separamos, y mis padres adoptivos nunca supieron decirme nada de esa niña. Así que supongo que la conocí antes de que ellos me adoptaran. Ayer, cuando Drailon te… —se interrumpió; eran unas palabras difíciles de pronunciar en voz alta. Alzó la cabeza para mirarla—. Ayer recordé que Drailon me había separado de esa niña, de una niña que debía de ser mi hermana melliza.

Maive apartó la mirada para contemplar el campamento a sus pies, en la ladera de la montaña.

—Yo no recuerdo eso —se lamentó—. Recuerdo haber viajado por mar con Dem y Vak. Ellos me llevaron a Ondurana después de adoptarme.

Tras unos minutos de silencio que Nyaja no sabía cómo llenar, Maive volvió a hablar.

—Ayer… cuando esos soldados nos atacaron… hice un escudo mágico. Soy… como tú.

Nyaja sacudió la cabeza.

—No, no eres como yo. Tú solo heredaste los poderes de nuestra madre. Yo los heredé todos. Soy una Veloz y una Escudo, y soy una Dinámica. Drailon te… creo que Drailon te llevó a ese orfanato cuando se dio cuenta de que no eras una Veloz. Lo único que le interesaba era crear un arma. Quería convertirme en un arma a su servicio.

—Nuestra madre… ¿dónde está?

Nyaja inspiró hondo antes de responder.

—Drailon la mató. Supongo que… no quería testigos. Me hizo pasar por una Escudo durante dieciocho años y se deshizo de ti. No

quería que nadie más que él y sus secuaces supieran la verdad.

—¿Y… tenemos más hermanos?

—Drailon insinuó que sí, pero no sé quiénes son ni dónde encontrarlos.

«O si siguen vivos», añadió mentalmente, con un estremecimiento.

—Nyaja —susurró Maive, tras un largo silencio—, eres mi hermana.

Parecía que Maive necesitaba decirlo en voz alta para hacerse a la idea.

—Eso… eso parece.

Y antes de que Nyaja tuviera tiempo de decir nada más, Maive se arrojó sobre ella para abrazarla con fuerza.

—Eres mi hermana —repitió—. Mi hermana. Tengo una hermana. Siempre quise tener una hermana.

Maive rompió a llorar, sin soltarla, como si fuera a desaparecer si lo hacía. Como si tuviera que aferrarse a ella para asegurarse de que era real.

A Nyaja se le humedecieron los ojos mientras le devolvía el abrazo, mientras ella trataba también de hacerse a la idea de que tenía una hermana.

—¿Y ahora qué va a pasar, Nyaja? —le preguntó, apartándose para poder mirarla a los ojos.

Nyaja no sabía si se refería a la guerra o a ese nuevo lazo que compartían, que en realidad siempre había estado ahí. Maive pareció captar su desconcierto.

—Soy una maga.

Árim e Ikair la habían visto creando un escudo, y ella misma parecía ser consciente de haberlo hecho.

—Puedo enseñarte —se ofreció Nyaja, frotándose los ojos para deshacerse de las lágrimas que no había llegado a derramar—. Cuando tenga tiempo, te enseñaré cómo modular la magia para crear escudos.

Maive asintió.

—Gracias. Y gracias por… por matar a Érisen. Yo sola nunca habría sido capaz de hacerlo.

En algún momento de su vida, Nyaja había pensado lo mismo. Se había convertido en una asesina a sangre fría. Había matado a aquellos soldados de la Guardia Roja para escapar de la mansión de Drailon. Y su lista de crímenes no había hecho más que aumentar desde entonces.

Se había pasado los últimos días y semanas tratando de no pensar en eso, en todo lo que había hecho, apartando de su mente la sangre y la muerte porque no sabía cómo enfrentarse a esa parte cruel de sí misma.

Tal vez, Drailon sí que había ganado esa batalla. La había

convertido en un arma.

—Está mejor muerto —murmuró Nyaja, intentando quitarse de encima un lastre que sospechaba que cargaría el resto de su vida. No importaba lo malvado que hubiera sido Érisen; ella seguía siendo una asesina.

Maive parecía de acuerdo.

—Entonces… ahora que soy una maga… ¿debería llevar el apellido de Drailon y de nuestra madre?

Nyaja suspiró. Odiaba tener que acarrear con el apellido de ese monstruo, a pesar de que Yáhlazer le hubiera regalado el suyo.

—En teoría, sí. Los magos llevan como apellido la línea de sangre a la que pertenecen. En Brunedain, es muy frecuente que los dos progenitores pertenezcan a la misma línea de sangre. Cuando no sucede así, los hijos llevan el nombre de la línea de sangre más poderosa. En Dumaria… en Dumaria es diferente. Los hijos llevan los dos apellidos de sus padres. Al principio se ponen en orden alfabético y ellos deciden el orden definitivo cuando cumplen dieciocho años.

Maive asintió.

—Al casarte con alguien, puedes optar a usar el apellido de tu pareja, tanto en Brunedain como en Dumaria —siguió explicando—, pero siempre conservas el primer apellido. Al… casarme con Yáhlazer, lo hice con el nombre de Nyaja Hártimer de Várenma. Y si Yáhlazer y yo tuviéramos hijos, el apellido Hártimer desaparecería, porque compartimos un apellido, entonces se considera que la línea de sangre se unifica.

»En las familias reales es más frecuente adoptar el apellido de tu cónyuge si este pertenece a la realeza. En este continente, los nombres tienen poder. Las líneas de sangre de los magos tienen historias y leyendas en torno a ellas, y a todo el mundo le gusta llevar el mismo apellido que un héroe famoso.

Maive tardó un poco en procesar toda la información que acababa de soltarle.

—Creo que seguiré usando los apellidos de mis padres adoptivos —decidió—. Al menos hasta que descubramos quién fue nuestra madre.

A Nyaja se le escapó una sonrisa. No podía negar que ella también detestaba tener que llevar el mismo apellido que Drailon.

Cuando estaba a punto de marcharse para cumplir con sus nuevas obligaciones como reina de Dumaria, Maive la detuvo agarrándola del brazo.

—Hay algo más que quiero preguntarte.

Nyaja volvió a sentarse.

—Ahora que soy… bueno, más bien, ahora que sé que soy una maga… ¿qué pueden hacerme las Piedras de la Vida?

Nyaja acarició el brazal de cuero debajo del cual llevaba la Piedra de Amatista.

—¿Qué quieres decir?

—He llevado la Piedra de Esmeralda en un guardapelo antes de… antes de que Érisen me la quitara.

—Las esmeraldas son gemas peligrosas. Los magos no las usamos nunca.

—¿Por qué? ¿Qué hacen?

A Nyaja le costaba creer que Maive no lo hubiera percibido.

—Trastornan lo que vemos y lo que sentimos. Modifican nuestra… percepción de la realidad. Si un mago la lleva encima demasiado tiempo… terminaría volviéndose loco.

Pudo ver cómo Maive se estremecía.

—Eso explica muchas cosas.

Nyaja no siguió preguntando, y Maive tampoco parecía dispuesta a darle más explicaciones. Pero sospechaba que, tal vez, ese era el motivo por el cual Maive no se había dejado arrastrar por las ansias de venganza después de que Érisen matara al príncipe del que estaba enamorada.

CAPÍTULO 41

Kandell entró en la estación de tren de Tranteria cuando el sol empezaba a ocultarse tras el horizonte. Estando tan cerca del invierno, ese fenómeno natural sucedía cada día a una hora más temprana. Y eso era una ventaja estratégica.

Había llegado a Tranteria un par de días atrás, para planear ese golpe junto con Dasha, que ahora seguía sus pasos con la seguridad de alguien que tiene la situación controlada.

Kandell y Dasha ocuparon sus puestos en el andén, aguardando. La líder del Movimiento sonrió cuando escuchó el sonido de un tren a lo lejos.

Kandell inspiró aire y fijó la mirada en todos los funcionarios de la estación que hacían su trabajo. Usó sus poderes para nublar sus sentidos, para hacerles ver lo que él quería que vieran: una absoluta y completa normalidad.

—Está hecho —susurró Kandell.

El pañuelo que Dasha llevaba alrededor del cuello se cayó al suelo, y ella se agachó para recogerlo.

Esa era la señal que estaba esperando la gente de Dasha.

Kandell se giró hacia la entrada de la estación para comprobar que los magos del Movimiento comenzaban a entrar. Ningún funcionario se fijó en ellos, de modo que la magia de Kandell estaba haciendo bien su trabajo.

Los magos del Movimiento tomaron posiciones a medida que el tren se iba acercando más y más.

Dasha esbozó una sonrisa, pero no se molestó en comprobar que los suyos habían ocupado su lugar antes de dejar caer el pañuelo una segunda vez.

Esa era la última señal.

Una tras otra, las gargantas de los funcionarios de la estación fueron cercenadas por los puñales de los magos. Sus gritos quedaron ahogados por el sonido de la locomotora entrando en la estación.

El tren empezó a detenerse, mientras el último rayo de sol se

apagaba, como si el astro rey se negara a presenciar durante un solo minuto más esa masacre.

Dasha había insistido en la necesidad de esos asesinatos a sangre fría, aunque Kandell no estaba de acuerdo.

La líder del Movimiento parecía beber de una inagotable fuente de deseos de venganza. Si Kandell no encontraba la forma de arrancarle esos instintos asesinos, los que pretendían alzar la bandera de la libertad terminarían convirtiéndose en algo peor que sus opresores.

Cuando el tren frenó ante el andén, Kandell se adelantó hasta la puerta del vagón más cercano. Pero antes de alcanzarla siquiera, esta se abrió desde dentro y una cara conocida apareció ante sus ojos.

Incluso a pesar de las gafas de sol que la protegían de sus propios poderes, y del pelo rubio oscuro recogido en un moño, Kandell reconoció la sonrisa de Laisere.

—No esperaba verte aquí —murmuró, mientras la nueva directora de la Escuela de Diamante ayudaba a los demás magos anómalos a bajar del tren—. Pensaba que…

—No creerías que iba a dejarte solo en esta locura, ¿verdad? —lo interrumpió.

—Pensé que ibas a quedarte a proteger a los que decidieran no luchar.

Laisere le dio la mano a uno de los jóvenes magos que habían ingresado ese año en la Escuela de Diamante para ayudarlo a bajar.

Tras ellos, en la entrada de la estación, Dasha repartía a los magos anómalos en distintos grupos. Cada uno de ellos sería guiado por un mago del Movimiento por una ruta diferente, hacia un refugio diferente. Porque si alguien viera semejante cantidad de personas juntas, sin duda sospecharía que algo iba mal.

Y tenían que aprovecharse del elemento sorpresa.

—Me he asegurado de que nadie les haga daño —respondió Laisere.

—¿Cómo?

—Puede que ayer a la noche, mientras la Guardia Roja de Sierum estaba distraída con el cambio de guardia, una Lunasol loca entrara en el cuartel y los dejara a todos ciegos —comentó, como si no hubiera arriesgado su vida al enfrentarse ella sola a un tropel de la Guardia Roja.

—Laisere…

—Ellos eran el único peligro para los nuestros. Ahora, están a salvo. Sobre todo, cuando hayáis acabado con esto.

Kandell asintió, aunque, de nuevo, no estaba de acuerdo con toda la vorágine de violencia que se estaba desatando. Pero los cambios nunca eran fáciles, y no los conseguirían sin luchar. Se sentía atrapado

en una encrucijada.

—¿Tuvisteis algún problema para subiros al tren? —preguntó Kandell, para tener otra cosa en la que pensar.

—No, Réster se encargó de todo.

Réster era uno de los magos más extraños que Kandell había conocido jamás. Tenía la capacidad de crear escudos a través de los cuales no podía verse nada. Todo aquello que estuviera dentro de un escudo creado por Réster se volvía invisible. No servía para protegerse de ninguna otra forma, pero podía ser útil en ciertas situaciones.

Los magos que habían abandonado la Escuela de Diamante para luchar por su libertad y por sus derechos vaciaron el tren y comenzaron a desaparecer entre los edificios de Tranteria.

Dasha apareció a su lado una vez que hubo terminado con la organización.

—Ahora que estamos todos aquí, es hora de cortar las comunicaciones de Tranteria con el resto del mundo —murmuró la Eléctrica, de forma algo tétrica.

Esa era la primera parte del plan. Después de que varios pelotones de la Guardia Roja hubieran abandonado la ciudad, las cosas se habían vuelto mucho más fáciles para los magos del Movimiento, que habían permanecido en completo silencio durante el último mes. Habían intentado parecer lo más inofensivos posible, para que nadie desconfiara que estaban tramando un golpe de Estado.

Y parecía haber funcionado.

Y con la Guardia Roja disminuida, si rompían el tráfico de información, nadie tendría forma de saber qué estaba sucediendo en Tranteria. Y, además, la Guardia Roja no llegaría a tiempo de evitar lo que estaba a punto de desarrollarse.

Cortar las comunicaciones con el resto de Brunedain era vital.

Los magos que Dasha había asignado para esa misión empezaron a apelotonarse a su alrededor. La líder del Movimiento había visitado varias veces la estación en la última semana, y por eso no dudó cuando asignó a varios Dinámicos y Huesosduros a cada una de las vías sobre las cuales circulaban los trenes.

Ante la atónita mirada de Kandell, los magos del Movimiento comenzaron a desmontar los raíles, tabla por tabla, para que luego Dasha les prendiera fuego a base de descargas eléctricas.

Mientras tanto, otro grupo aniquiló a los maquinistas que trataban de huir ante esa desmedida muestra de vandalismo.

Kandell no podía creerse lo que estaba viendo. Debería intervenir. Debería intervenir y evitar que el derramamiento de sangre siguiera aumentando sin control. Pero se quedó paralizado en ese lugar, asistiendo al horror como si sus propios poderes se hubieran vuelto en su contra y hubiera olvidado cómo moverse.

Cuando hubieron terminado con las vías del tren, los magos siguieron a Dasha hasta el interior de una locomotora, destrozando todo lo que pudieron a su paso. Tras esa, siguió otra. Y otra. Dasha solo tuvo a bien evitar el estropicio de los trenes que traían cereal y otros alimentos desde las llanuras del sur de Brunedain.

Pero, de todos modos, el trabajo estaba hecho.

Habían aislado la ciudad.

Bastaron cuatro días tras la inutilización de gran parte de los trenes que salían de Tranteria para que la urbe se sumiera en el caos.

La gente se agolpaba en la estación y en las delegaciones del gobierno exigiendo soluciones. Estas trataban de llegar, pero, por la noche, Dasha y otros magos deshacían el trabajo que los obreros y mecánicos se habían empeñado en llevar a cabo durante el día. Se había convertido en un tira y afloja peligroso.

Porque cada vez había más soldados de la Guardia Roja patrullando de noche. Los pocos que seguían en la ciudad parecían haber duplicado turnos para poder hacer frente a la amenaza que ahora se cernía sobre la capital. Y eso obligaba a Dasha y a los otros magos a cometer más asesinatos, incrementando sin cesar el ciclo de violencia.

El aumento de las guardias también había provocado que el pánico popular se disparara.

Esa mañana, la junta semanal del Parlamento se había suspendido, ante el riesgo de que los parlamentarios sufrieran algún altercado. No iban muy desencaminados en sus suposiciones.

Los trenes de mercancías de los campos de cultivo del sur de Brunedain seguían entrando y saliendo. Aunque no tenían ninguna gran ciudad hacia la que desplazarse, a Dasha le preocupaba la posibilidad de que todo lo que estaban haciendo llegara a oídos de los batallones de la Guardia Roja asentados en las grandes ciudades brunedanas.

Pero si cortaban también el tráfico de mercancías… el daño que le harían a Tranteria podría ser irreparable.

Tenían que poner fin a ese conflicto antes de que les estallara en la cara.

Kandell miró el plano de la ciudad, donde alguien había marcado varios puntos con tinta negra. Si el trabajo estaba bien hecho, debería haber cien puntos, uno por cada parlamentario que formaba parte del gobierno de Brunedain.

—No tenemos fuerzas suficientes para atacar todos estos puntos en una misma noche —apuntó uno de los magos que trabajaban bajo las órdenes de Dasha.

—Tenemos que encontrar la manera —exigió Dasha. La tenue iluminación de la estancia arrancaba destellos en su pelo rojo y negro —. Si asesinamos a todos los parlamentarios en un plazo de pocas horas, todo el peso del gobierno recaerá sobre una sola persona. — Levantó la mirada del mapa para fijarla en Kandell—. Y, con Drailon ausente, esa persona es tu hermana.

A Kandell no le gustaba cómo sonaba esa afirmación. Pero sí, como reina de Brunedain y jefa de Estado, Granne tenía poder suficiente como para dirigir el destino de los brunedanos en caso de que esa matanza se completara.

Kandell no sabía cuál de los dos era más abominable: si el Parlamento de Brunedain, o su hermana.

—Pero no podemos esperar justicia en las manos de tu hermana, ¿verdad? —dijo Dasha, como si le hubiera leído los pensamientos.

Kandell negó con la cabeza. Dudaba tan siquiera que su hermana conociera el significado de esa palabra.

—Entonces tenemos que exterminarla. Tus sobrinos son menores de edad, así que el gobierno de Brunedain caerá sobre ti.

Dasha había dicho esas palabras con la determinación de una comandante de guerra.

Pero por mucho que detestara a su hermana, Kandell no deseaba verla muerta. Tenía que haber una solución. Tenía que haber alguna manera de impedir tantas muertes y tanta masacre. De impedir que tantas familias se rompieran, que el propio país se rompiera.

Pero la vida solo surgía del interior de un huevo cuando este se rompía. Y había mucho que debía romperse para alcanzar la justicia.

Kandell siempre había sabido que su hermana lo odiaba. Tal vez porque representaba una amenaza para que ella ocupara el trono, un trono que, en la práctica, no era una bendición, sino una carga. Tal vez había sido porque Kandell había heredado los poderes de Nublador de su abuela, y porque Granne sentía o envidia o repulsión.

Kandell nunca había entendido por qué su hermana lo odiaba tanto, por qué lo había obligado a sostener una espada cuando solo tenía siete años y le había dicho que se defendiera. Kandell no había tenido una espada en las manos hasta ese instante y no sabía qué hacer con ella. Aquel niño no sabía lo que estaba por venir. No sabía que Granne le arrancaría el arma de las manos con una facilidad insultante. No sabía que la punta de la espada de Granne se le clavaría en el ojo izquierdo sin que sus poderes de Nublador pudieran hacer nada por detenerla.

Los médicos no habían podido salvarle el ojo, y sus padres difundieron el rumor falso de que había sido un accidente.

Kandell no había vuelto a acercarse a su hermana; siempre había mantenido las distancias. Por eso, cuando su abuela había muerto,

dejando una vacante en la dirección de la Escuela de Diamante para él, Kandell la había tomado sin pensarlo dos veces. Le había dado igual que ese puesto supusiera convertirse en el Guardián de la Piedra de Diamante. Le había dado igual tener que vivir en medio de ninguna parte, donde no conocía a nadie.

Se había marchado de aquella casa del terror para instalarse en la Escuela, lo único parecido a un hogar que había para los magos diferentes.

Granne no había dejado de odiarlo incluso entonces. Y no había tenido reparos en dispararle una bala de titanio tantos años después de haberlo dejado medio ciego. No debería sorprenderse.

Y, a pesar de todo lo que había sufrido por su causa, Kandell no le deseaba la muerte a su hermana.

Se sentía estúpido.

—La reina tiene que morir, Kandell —insistió Dasha, sin importarle emplear esas duras palabras para convencerlo—. Dejarla vivir solo nos traería problemas.

Kandell no respondió y Dasha siguió urdiendo su plan.

—Tenemos que reunir a todos los parlamentarios en un mismo sitio.

—No son idiotas —respondió Kandell—. Saben que hemos sido nosotros los que hemos cortado las comunicaciones. No se arriesgarán a juntarse todos en el mismo lugar y ponernos más fáciles las cosas.

Dasha volvió a analizar el plano de Tranteria, como si la solución a todos sus problemas estuviera oculta en alguna parte de la ciudad.

—Bien —dijo—. Que sea la reina la que los convoque a una reunión supersecreta. Tranteria está al borde del colapso, y alguien tiene que tomar las riendas antes de que esta horrible situación termine muy mal, ¿no?

La forma en la que Dasha había dicho eso… Kandell percibió las notas de maldad en su voz. Y supo que no le iba a gustar el plan que iba a salir de los labios de la líder del Movimiento. Un plan destinado a obligar a su hermana a convocar una reunión que significara el fin de su vida y de la de cien personas más.

CAPÍTULO 42

Con cada batalla que perdía, el enfado de Drailon aumentaba más y más.

Izorn solo escuchaba a medias todos los improperios que había estado lanzando a lo largo de la mañana, por si entre alguno de los insultos a Nyaja y a Dumaria afloraba alguna orden dirigida a él o a su hermano.

No había estado presente en esa pelea que habían tenido Nyaja y Drailon, porque él y Kehidar se habían quedado a cargo del pequeño campamento que habían montado a unos cientos de metros del de Érisen. Drailon nunca había estado de acuerdo con ese ataque a la desesperada por parte de Érisen, porque no tenían ninguna posibilidad contra los magos dumarianos. Así que los había dejado cometer esa locura solos.

La noche anterior, Drailon se había dirigido al campamento de Érisen a corroborar la denigrante derrota, y había regresado con el hombro roto.

Había pocas personas que pudieran herir a Drailon, pero Nyaja era, sin lugar a duda, una de las más eficaces.

Y ahora, con Érisen muerto y sus tropas disgregadas por las montañas, el presidente empezaba a quedarse sin opciones. Drailon no había desplazado suficientes tropas desde Brunedain como para atacar al ejército de Dumaria; solo tenía una pequeña guardia personal, a Kehidar y a él mismo. Y los dumarianos habían demostrado estar bien preparados para la guerra.

Además, Nyaja seguía teniendo en su poder la Piedra de Amatista, lo que hacía enfurecer todavía más a Drailon.

—Recuperaré esa maldita Piedra —había rezongado el presidente, una y otra vez—. La recuperaré y, cuando lo haga, volveré a liberar el poder que almacenan las Piedras de la Vida. Y esta vez no habrá nadie que pueda detenerme. Ni siquiera Nyaja podrá detenerme. Acabaré con ella, acabaré con ese rey miserable y con todo este maldito país.

Izorn contuvo un suspiro. Drailon no iba a conseguir nada de eso

mientras no tuviera refuerzos.

Y entonces, como si hubiera llamado innecesariamente su atención, Drailon se volvió hacia él.

—Quiero que vayas a reunirte con Colmillo de Serpiente —le ordenó.

Izorn no tuvo que esforzarse para que la crueldad se adueñara de su expresión. Estaba acostumbrado a esa máscara.

—¿Tengo que volver a Brunedain?

—No. Tenía órdenes de navegar hasta Dumaria si no recibía noticias mías en dos semanas —le informó—. Y ya ha pasado ese plazo. Espero que ya esté de camino. Quiero que le des las siguientes instrucciones y espero que le dejes claro que quiero que se cumplan sin el más mínimo error.

Izorn asintió. Y, luego, escuchó el malévolo plan de Drailon para poner a los dumarianos de rodillas.

Izorn se despidió de Kehidar antes de volver a dejarlo solo con Drailon. La idea lo repugnaba, pero sabía que no le quedaba otra opción. Por suerte, Drailon le había ordenado a Kehidar que mantuviera bajo vigilancia al campamento dumariano; al menos así no tendría que pasar mucho tiempo cerca de él.

Izorn dirigió sus pasos al este para encontrarse con Colmillo de Serpiente cuando arribara en la costa de Dumaria.

Pero Eishar también se encontraba en esa dirección y sabía que, por mucha fuerza de voluntad que pudiera tener, no sería capaz de no hacerle una visita para asegurarse de que estaba bien.

Cuando Drailon los arrastrara a él y a Kehidar a la guerra, ninguno de los dos podría volver a verla. Y cuando la guerra terminara, fuera cual fuera el resultado, tendrían que regresar a Brunedain, y quién sabe si Drailon les permitiría salir de Tranteria de nuevo. Así que tenía que aprovechar esos breves momentos que le quedaban antes de que el destino los separara.

Izorn no le había dicho a Kehidar cuáles eran sus planes, porque temía que las finas tiendas de tela no fueran suficientes para ocultar sus palabras del siempre atento oído de Drailon. Pero suponía que su hermano sabía qué se proponía hacer.

Izorn llegó al pequeño pueblo costero cuando el sol empezaba a ponerse en el horizonte.

Estaba impaciente. No podía permitirse perder más tiempo del necesario, o Drailon volvería a sospechar de su tardanza. Solo podía darle una visita rápida a Eishar y luego reemprender su viaje hacia el lugar que Drailon le había indicado.

Pero no podía marcharse sin verla. Necesitaba saber si estaba

bien. Lo necesitaba lo suficiente como para ser tan imprudente.

En el hospital, preguntó por Eishar. Lo miraron con desconfianza, algo a lo que ya estaba acostumbrado, antes de permitirle avanzar por los pasillos que lo llevarían hasta ella.

Eishar estaba tumbada en la cama, con la cara vuelta hacia los ventanales que daban al jardín. Izorn dejó caer todas sus máscaras cuando susurró su nombre, casi como una oración.

Eishar se giró para mirarlo y sus emociones lo embargaron. Tristeza, desesperación, dolor, desolación… pero, en el fondo, una chispa de alegría. Alegría por verlo a él.

Caminó hacia la cama mientras ella empezaba a desprenderse de las mantas para incorporarse. Le temblaban las manos por el nerviosismo. Izorn se las cogió con delicadeza y le frotó los dedos, fríos como el hielo.

—Has vuelto —murmuró ella. Y luego se desprendió de sus manos para rodearlo con los brazos.

Izorn le devolvió el abrazo y la estrechó con fuerza. No había sido consciente de cuánto la había echado de menos hasta que el olor de su pelo se lo recordó como una dolorosa puñalada en el estómago.

Eishar fue la primera que se apartó para acunarle el rostro entre las manos.

—¿Estás bien? —le preguntó—. ¿Y Kehidar?

—Los dos estamos bien —dijo, para tranquilizarla. Pero Kehidar no estaba bien, no mientras Drailon lo mantuviera encadenado a su lado, no mientras no pudiera tener la libertad de amar a Eishar.

—Hay… hay algo que tengo que decirte —murmuró ella—. No me atreví a decírselo a Kehidar porque… porque creo que no se lo hubiera tomado bien.

Izorn se permitió asustarse un poco.

—¿Qué ha pasado?

Eishar agachó la cabeza antes de hablar.

—El rey de Dumaria estuvo aquí. No me hizo daño, te lo prometo. Solo… solo quería saber dónde estaba esa chica de la que me hablaste.

—¿Nyaja?

Eishar asintió.

—¿Yáhlazer vino a verte? —Todavía le costaba creerlo.

Ella volvió a asentir con la cabeza, y entonces sacó un papel arrugado de debajo de la almohada. Se lo entregó con la mano temblorosa.

—No sé lo que pone, pero…

Izorn empezó a leer el papel. Le costaba leer en dumariano por falta de costumbre, y tardó un buen rato en descifrar su contenido. Sus cejas se fueron alzando más y más en su frente a medida que leía.

—Le has hecho prometer… que nos podríamos quedar los tres en

Dumaria. —No era una pregunta. Eishar había hecho eso, por ellos. Había vendido todo lo que Izorn le había contado para que tuvieran un futuro. Eso, si Drailon no se aseguraba de hacerlo trizas.

—No tenéis que regresar a Brunedain —dijo ella, casi con desesperación—. Podemos quedarnos aquí. El rey nos ha dado permiso.

—El rey se debate entre la vida y la muerte, Eishar —susurró.

Sus palabras eran duras, pero necesarias. Ella pareció venirse abajo.

—¿Por qué? ¿Qué le ha pasado?

—Drailon.

Izorn sabía que no era necesario explicar nada más, y prefería ahorrarle a Eishar los detalles de lo que sería capaz de hacer Drailon para darle una lección a Nyaja. Tal vez lo había dejado vivir a propósito, para alargar todavía más el sufrimiento de su propia hija. Parecía una jugada típica de él.

Eishar se estremeció.

—Los dumarianos están bailando en la cuerda floja, Eishar —le explicó—. Si el rey muere… aunque alguien asuma su lugar en el trono… estarán en desventaja. Se vendrán abajo. No sé si esto —dijo, sacudiendo el papel escrito por Yáhlazer— servirá de mucho en ese caso.

Eishar le quitó el papel de las manos y volvió a esconderlo debajo de la almohada, como si fuera su mayor tesoro.

—Me lo prometiste —susurró ella.

Izorn le colocó la mano en el hombro, en un vano intento por consolarla.

—Me prometiste que lo intentarías —sollozó.

Sus llantos le robaban la respiración. Volvió a abrazarla, pero ella dejó caer los brazos a los lados del cuerpo.

—Te quiero, Eishar —murmuró—. Y aunque solo pueda ofrecerte unas migajas de lo que siento por ti, eso no lo hace menos real. Nunca debí… Nunca debí haberte sacado de aquel lugar. Los magos del Movimiento habrían cuidado de ti mil veces mejor de lo que yo lo podré hacer jamás.

Ella empezó a llorar más fuerte, devolviéndole el abrazo casi con timidez.

Izorn siguió hablando.

—No sabes cuánto siento no tener nada más para ofrecerte que este corazón de acero y esta alma oscura y turbulenta. No sabes cuánto siento no ser suficiente. Nunca seré suficiente para ti. Te mereces algo mejor, Eishar. Te mereces el sol, y las lunas y toda la luz del mundo… y yo llevo demasiado tiempo viviendo en la oscuridad.

»Pero no te mentía cuando te prometí que no dejaría de luchar.

Encontraré… encontraré la manera de salvaros. A ti y a Kehidar. Solo te pido… un poco de paciencia. Encontraré la manera, Eishar. Te lo prometo.

Le costó mucho conseguir que Eishar dejara de llorar y mucho más tiempo que se quedara dormida. En todo ese tiempo, ella se negó a soltarle la mano, como si hubiera dilucidado las implicaciones de esa declaración, como si hubiera comprendido qué estaría dispuesto a hacer por salvarla a ella, por salvar a Kehidar.

Se desprendió despacio de su agarre, para no despertarla. Dudaba que ella lo dejara marchar si eso sucedía. Y por mucho que deseara quedarse a su lado para siempre, sabía que no era posible.

Antes de abandonar la habitación, se inclinó sobre ella para rozar su frente con los labios.

—Te quiero —susurró, tan bajo que le costaba escucharse a sí mismo—. Siempre te querré.

Y entonces se fue. No le permitió a su cuerpo dar media vuelta. No se lo permitió porque, si lo hacía, tal vez nunca conseguiría marcharse sin ella.

El encuentro con Colmillo de Serpiente había sido breve, pero intenso. Izorn le había transmitido todas las órdenes de Drailon. No obstante, sin el presidente de Brunedain para supervisar a la unidad de magos y soldados de la Guardia Roja que había desembarcado en una zona despoblada, era difícil saber si cumplirían con lo prometido.

Pero él ya había hecho su parte, así que el resto no era asunto suyo. Si Colmillo de Serpiente y los magos bajo su mandato decidían desobedecer a Drailon, no era problema de Izorn.

Tan pronto como le fue posible, reemprendió la marcha de regreso. No sabía hasta qué punto podía fiarse de los magos. Aunque la mayoría lo temían por lo que el Cuchillo Silencioso representaba en Brunedain, algunos lo odiaban con fervor. No iba a quedarse donde su vida podría correr peligro.

El camino de vuelta pasaba por el pueblo costero en el que había dejado a Eishar. No sabía si debía visitarla de nuevo o si eso solo les haría más daño a ambos. Era como enseñarle un caramelo a un niño para después negarse a dárselo.

Sin embargo, el deseo de verla pronto superó a la prudencia. Solo se acercaría, se aseguraría de que seguían cuidando bien de ella, y luego se marcharía.

Podía hacerlo. Tenía que hacerlo.

Kehidar lo esperaba en las montañas y tenía que regresar con su

hermano si no quería lamentarlo. Podía perder unas horas; las horas que una persona normal hubiera invertido en dormir. Pero no más de eso, o Drailon sospecharía.

No pasó por la recepción del hospital esta vez. Solo echaría un vistazo desde el jardín de la parte trasera. Sabía que las ventanas de la habitación de Eishar daban a esa zona verde. Podría observarla sin que ella se enterara, sin hacerle más daño del que ya le había causado con su visita unos días atrás.

«Destruyes todo lo que tocas. Por algo te llaman el Cuchillo Silencioso», le dijo una voz maliciosa en el fondo de su mente.

Y sabía que era verdad.

El muro de un metro y medio de altura no era una barrera para él, así que lo saltó y se adentró en el jardín. Por suerte, con el sol a punto de ponerse, no había nadie. Debían de estar sirviendo la cena.

Ese era un buen momento para averiguar si Eishar realmente comía cuando él o su hermano no estaban ahí para recordarle que debía hacerlo.

Caminó sobre la hierba recién cortada mientras se levantaba el viento. Iba a ser una noche fría. Casi lo prefería, así el sueño no lo alcanzaría mientras seguía caminando hacia el oeste.

Había recorrido la mitad de la distancia que lo separaba de Eishar cuando se dio cuenta de que algo iba mal.

No había nadie en el jardín, ni en las galerías que lo circundaban, ni en las habitaciones colindantes a las de Eishar. Todo estaba sumido en un tétrico silencio que él sabía que anunciaba problemas.

Apretó el paso, acariciando sus puñales con los dedos, cerciorándose de que estaban en su sitio.

No veía a Eishar desde las ventanas. La cama estaba deshecha, pero ella no estaba ahí.

El viento frío le congeló la sangre. Echó a correr, sin importarle que estuviera llamando la atención, sin importarle nada que no fuera encontrar a Eishar. Si alguien se había atrevido a hacerle daño… lo despedazaría.

Abrió la puerta acristalada de una patada, haciendo temblar el vidrio, pero este no llegó a romperse. Pero algo sí que se rompió dentro de Izorn cuando buscó a Eishar con la mirada… y la encontró en las garras de Drailon.

CAPÍTULO 43

El terror se adueñó de todos y cada uno de los nervios de su cuerpo. Izorn supo que se había quedado pálido sin necesidad de mirarse en el espejo cuando sintió que toda la sangre se alejaba de su rostro.

—Me preguntaba cuánto tiempo tardarías en regresar. —Cada una de las palabras de Drailon era como un puñal de hielo clavándose en su estómago.

Drailon había ocupado el sillón de la habitación, había sentado a Eishar sobre sus rodillas y la sujetaba de forma que no pudiera moverse. La rabia se apoderó de Izorn al ver a Eishar tan indefensa en manos de ese monstruo.

La mano de Izorn se desplazó de manera casi inconsciente hasta uno de sus cuchillos.

—Yo en tu lugar no haría eso.

La crueldad en la voz de Drailon fue insignificante cuando sacó su propio puñal para acariciar el cuello de Eishar con él.

Eishar, que estaba pálida y aterrorizada, no movía ni un solo músculo. Se había quedado inmóvil, como si así pudiera, de alguna forma, escapar de ese destino. Las lágrimas bajaban por su rostro. Su miedo y su desesperación inundaban la habitación, pero Drailon no parecía percibir nada de eso.

—No —susurró Izorn. La mano le seguía temblando alrededor de la empuñadura del cuchillo.

Las imágenes de aquella vez, de aquella primera vez que había sido tan idiota como para intentar atacar a Drailon, volvieron a danzar en su cabeza y se clavaron en su cerebro como astillas de titanio. Era incapaz de moverse, incapaz de pensar.

La cara de Eishar se convirtió en la cara de Kehidar. Luego volvió a ser la mujer a la que amaba. Y de nuevo vio al hermano al que no pudo proteger.

Izorn seguía siendo aquel niño indefenso que no podía proteger a los que amaba. Seguía estando igual de desarmado ante Drailon, seguía siendo igual de inútil. El temor le oprimió las entrañas.

Y Drailon parecía estar leyendo sus pensamientos.

—Creo que la lección de la última vez no fue suficiente, ¿verdad, Izorn? Tendré que recordártela.

Esa sonrisa cruel de Drailon todavía poblaba sus pesadillas. Esas pesadillas que lo sacaban pronto del sueño, que nunca le permitían descansar más de unas pocas horas. Que nunca habían cesado desde aquel fatídico día.

—Por favor, no —susurró. Tartamudeaba. Tartamudeaba como un crío enfrentándose a una amenaza demasiado grande.

—Si vas a suplicar, hazlo bien. De rodillas —ordenó Drailon.

Izorn se dejó caer de rodillas al suelo sin pensarlo. Sus huesos crujieron, pero apenas notó el dolor. No era capaz de sentir otra cosa aparte de ese terror visceral que le nublaba los sentidos. Suplicaría si hacía falta, se arrastraría, se dejaría romper en mil pedazos. Haría cualquier cosa por proteger a Eishar. Cualquier cosa.

—Por favor —repitió.

También había repetido esas dos palabras una y otra vez, una y otra vez. Drailon las había ignorado entonces, y no le cabía duda de que lo haría también ahora.

Estaba desarmado. Estaba total y absolutamente desarmado.

Le temblaban las manos con violencia. Sus pensamientos eran una maraña confusa. Sus emociones a flor de piel le molestaban, le impedían razonar, le impedían incluso hablar.

—¿Por dónde crees que deberíamos empezar a enseñarle una lección a tu amante? —murmuró Drailon en el oído de Eishar.

El puñal se apretó un poco más contra su cuello. Izorn percibió el dolor un segundo antes de que la sangre brotara de esa herida abierta.

Y eso lo despertó.

Aprovechó ese momento de distracción de Drailon para agarrar el puñal de su cinturón y desenvainar.

Pero ni siquiera tuvo tiempo de levantarse del suelo antes de que el cuchillo de Drailon cambiara de lugar y, esta vez, el dolor que le corrió por la mejilla fue casi real. Fue como sentirlo en su propia carne. Pero ojalá hubiera sido su piel la que se había roto y no la de Eishar.

Eishar gritó. La sangre bajó por su mejilla, manchando sus lágrimas de rojo.

—¡No! —gritó Izorn, con desesperación, arrastrándose hasta ella.

Pero Drailon colocó el puñal contra la otra mejilla de Eishar como amenaza. Izorn se detuvo.

—La próxima vez que me desobedezcas, será la garganta lo que le corte —lo amenazó—. Tira el arma.

Con manos temblorosas y pálidas como la nieve, Izorn obedeció.

—No le haga daño, por favor —rogó—. Castígueme a mí.

La sonrisa lobuna que Drailon esbozó en ese instante también lo perseguiría en sus peores pesadillas. Eso, si conseguía salir vivo de ahí.

—Este castigo es mucho más doloroso que cualquier cosa que pueda hacerte.

Lo sabía. Por supuesto que lo sabía.

Por un momento, Izorn se preguntó cuánto tiempo hacía desde que Drailon había descubierto su secreto. Cuánto tiempo habría esperado para eso, para darle un golpe que no olvidara jamás, para torturarlos a él y a Eishar por mero placer sádico.

—Aunque si sigues suplicando, tal vez sea más clemente.

Miró a los ojos a Eishar. Ella lloraba. De pánico, de dolor, de desesperación. Algo dentro de Izorn se rompió. Había fallado. Había vuelto a fallar.

Pero Eishar lo miraba con tristeza, con misericordia. No se merecía su compasión, ni su amor. No se merecía nada. No había podido protegerla. Se había dejado arrastrar por una ilusión infantil, por un sueño demasiado bonito para ser real. Y la fuerza de la realidad lo había aplastado de nuevo.

Se escurrió hasta el suelo, hasta apoyar la frente en las frías baldosas.

No le importaba perderlo todo. Renunciar a su dignidad y a su orgullo ante Drailon parecía un precio insignificante comparado con el dolor de verla indefensa, de verla sufrir por su culpa. Por haber creído que la vida le daría una pizca de felicidad. Por haber sido un iluso.

—Por favor —volvió a implorar, sintiendo como las lágrimas le picaban en los ojos.

No había vuelto a llorar desde aquel día, desde que Drailon había torturado a Kehidar, desde que su alma se había roto por primera vez. Y por eso sabía que sus lágrimas tampoco valdrían nada. Que su sufrimiento y sus súplicas y su denigración no le bastarían a Drailon para detener su tortura.

—Por favor, no le haga daño —rogó—. Déjela marchar. Tortúreme todo lo que quiera. Castígueme a mí. Ella no… ella no tiene la culpa. Por favor.

Las lágrimas silenciosas de Eishar se convirtieron en sonoros sollozos. Tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no acompañarla en su desesperación.

El pelo blanco y negro caía a los lados de su cabeza cuando levantó unos centímetros la mirada para escuchar las palabras de Drailon.

—Tentador —murmuró, saboreando la palabra—. Pero creo que sigo prefiriendo darte una lección que tardes otros veinte años en olvidar.

Izorn gritó, tratando de ordenarle a su cuerpo que se moviera, que

hiciera algo, pero cualquier esfuerzo hubiera sido en vano contra alguien como Drailon, contra alguien tan poderoso que hacía que sus propias habilidades parecieran un truco de magia callejero.

El puñal de Drailon danzó tan rápido que Izorn ni siquiera percibió el movimiento. Pero el grito de Eishar le taladró los oídos y el corazón cuando la mitad de la oreja izquierda se le separó del resto del cuerpo.

Eishar gritó, con la sangre cubriéndole la cara y el cuello. Se sacudió, presa del dolor, pero Drailon la agarró con más fuerza. E Izorn gritó con ella, con toda la fuerza de sus pulmones, con toda la fuerza de su ira.

Izorn agarró el puñal que le quedaba con tanta fuerza que se hizo daño en la mano. Se puso en pie, mientras Drailon seguía intentando recuperar la presa con la que sostenía a Eishar. El presidente de Brunedain percibió el movimiento.

—¡Yo no lo haría si todavía quieres ver vivo a tu hermano! —exclamó.

Eishar lloraba, temblaba, sufría.

Izorn saboreó la desesperación y se dejó embargar por la ira. Si tenía que morir peleando, que así fuera. Su insignificante vida no valía nada. Y si ese era el precio a pagar para proteger a Eishar, la entregaría con gusto.

Al menos, se dijo a sí mismo, le daría tiempo para escapar y buscar ayuda. Él aguantaría todo el tiempo que hiciera falta. Lucharía por ella y moriría por ella sin pensarlo dos veces.

En su afán por liberarse, Eishar le dio un codazo a Drailon en las costillas, provocando que el Veloz dejara caer su arma al suelo. Izorn fue consciente de que solo tenía una oportunidad. Agarró su puñal y dio un paso, calculando el mejor ángulo para hundirlo en el cuerpo de Drailon. Pero un roce en el hombro lo detuvo. Algo pasó a su lado tan rápido que sus ojos solo captaron una difusa figura humana.

Medio segundo después, Drailon gritaba mientras una fuerza invisible lo retenía contra la pared con una fuerza descomunal. Un escudo mágico.

Eishar cayó al suelo, herida y desconsolada, pero libre y viva.

—¡Sácala de aquí! —le gritó alguien, en dumariano.

Izorn se volvió hacia la procedencia del sonido y ahí, de pie, a pocos metros de Drailon, una joven armada con dos cuchillos y una determinación de hierro, con la furia desfigurándole el rostro, le estaba haciendo frente al mago más poderoso que Izorn había conocido.

Izorn corrió hacia Eishar casi sin pensar. Ella se aferró a su cuello, llorando todavía. Izorn sintió que unas pocas lágrimas se escapaban también de sus ojos cuando la tomó en brazos, la alzó en el aire y se la

llevó lejos de ese enfrentamiento de titanes.

CAPÍTULO 44

Drailon gritó de rabia cuando conjuró su propio escudo. Nyaja sintió que el suyo se debilitaba. Aplicó más magia, fortaleció el borde de su escudo, apretando a Drailon contra la pared, deseando que todos esos huesos llenos de maldad se fracturaran hasta convertirse en astillas.

Pero Drailon empujó su propio escudo y su espalda se separó de la pared.

Nyaja se permitió una rápida mirada hacia atrás, para comprobar que se habían marchado y que solo quedaban Drailon y ella en esa habitación.

—Te diviertes torturando a los que no pueden defenderse —gruñó. No era una pregunta. Lo había hecho con Yáhlazer; sabía de lo que era capaz—. ¿Por qué no te enfrentas a alguien a tu altura?

Drailon gruñó como un tigre acorralado.

—Tú nunca estarás a mi altura —fardó.

Nyaja volvió a empujar su escudo. Tenía que dejar fuera de combate a Drailon antes de que su magia se extinguiera. Había llegado corriendo, y había gastado una buena cantidad de magia en el trayecto. Y sin magia, también se quedaría sin energía. Y no podía permitirse quedarse indefensa ante otro Veloz.

—Te mataré por todos los crímenes que has cometido —prometió.

Aunque no sabía si podría lograrlo. No sabía si podría romper el escudo de Drailon antes de que el suyo propio se viniera abajo.

Y esa pelea terminaría muy pronto sin un escudo para protegerse de Drailon.

—¡Cierra los ojos! —exclamó alguien, en dumariano, con firmeza.

Aunque le parecía contraproducente, obedeció.

Y menos mal que lo hizo.

Una luz cegadora se apoderó de la habitación, que se había quedado casi a oscuras con la caída del sol. Sus ojos, incluso protegidos detrás de los párpados, se quejaron por la luminosidad y le dolió la retina.

Pero el que gritó de dolor cuando sus pupilas recibieron toda esa

luz fue Drailon.

Nyaja aprovechó su despiste para propulsar el escudo contra él, a ciegas. Pero sabía perfectamente dónde se encontraba su objetivo hacía tan solo un segundo.

Escuchó el crujido de los huesos de Drailon al estamparse contra la pared, seguido de un sonido metálico parecido al de un arma de acero al chocar contra el suelo.

Alguien maldijo en voz baja.

Y la luz desapareció tan pronto como había aparecido.

Nyaja volvió a abrir los ojos, justo a tiempo para ver a Drailon huyendo a través de la puerta abierta que daba al jardín. Porque el Cuchillo Silencioso, con un segundo puñal en la mano, dispuesto a abalanzarse sobre Drailon, le bloqueaba la otra puerta.

—Izorn —susurró Nyaja.

—¿Cómo sabes mi nombre? ¿Cómo has…? —preguntó, asombrado, apuntándola con el puñal.

—Kehidar me lo ha contado todo —lo interrumpió.

Dejaron huir a Drailon. La magia de Nyaja estaba demasiado agotada como para perseguirlo y pretender derrotarlo. Cuando se enfrentara a Drailon, tendría que hacerlo con sus plenas facultades.

Un médico cosía las terribles heridas de Eishar, inconsciente a causa de los calmantes. Si no hubieran estado en un hospital, la lesión de la oreja hubiera sido permanente. Le quedaría una cicatriz, pero Izorn había decidido que era preferible una cicatriz a que Eishar se pasara el resto de su vida recordando esa horrible experiencia cada vez que se mirara al espejo.

Izorn la sostenía de la mano y le acariciaba los dedos con delicadeza. Visto así, sin la capucha, sin las gafas de sol, con los ojos enrojecidos y con esa mirada triste en la cara… no parecía el asesino más temido de Brunedain.

—Kehidar vino a verme —empezó a relatar Nyaja, sentándose en una silla desde la cual podía controlar todas las puertas y ventanas. No se fiaba de Drailon, y en parte esperaba que regresara para terminar lo que había dejado inconcluso—. Como ya te dije, está a salvo en el campamento de Dumaria; no tienes que preocuparte por él.

Izorn había estado a punto de salir corriendo al grito de «lo va a pagar con él» en cuanto Nyaja había pronunciado su nombre. Le había llevado varios minutos convencerlo de que Kehidar estaba a salvo, y todavía no parecía creérselo del todo.

Pero ambos habían coincidido en que Drailon no sería tan estúpido como para atacar un campamento entero él solo.

—Me dijo que tenía un hermano gemelo —continuó Nyaja—.

Ahora que te veo no puedo negar que os habría confundido de no saber que Kehidar está a muchos kilómetros de aquí. Me dijo que… había una chica. Que Drailon la había descubierto, y que… que iba darte una lección. No me dio detalles, pero lo entendí.

Izorn agachó la cabeza. Había culpabilidad en su mirada.

Nyaja lo entendía; ella también se había sentido culpable cuando Drailon había atacado a Yáhlazer, cuando había llegado demasiado tarde para protegerlo.

—Me dijo donde podía encontraros, y que viniera rápido. Drailon había salido poco antes de que Kehidar hubiera llegado al campamento. Tu hermano me ayudó en Tranteria, creo que sabía que alguien me sacaría de aquella prisión, y me… me preparó para huir —confesó, recordando con cierta vergüenza que Kehidar había tenido que ayudarla a vestirse porque ella estaba demasiado débil después de aquellas descargas eléctricas.

»Me dijo que estábamos en deuda y me suplicó que viniera a ayudaros. Estaba desesperado.

Izorn asintió, con los dedos todavía trazando círculos en la mano de Eishar.

—Pero yo habría venido aunque no le debiera ningún favor.

Después de unos minutos de silencio, Izorn por fin pareció encontrar las fuerzas para mirarla.

—Gracias —susurró.

—Está hecho —anunció el médico que atendía a Eishar—. Le quedarán cicatrices, pero se curará. No debería… —miró alternativamente a Izorn y a Nyaja, como si no supiera a quien dirigirse. Al final, se decantó por ella—. No debería hablar mucho ni mover los músculos de la cara hasta que los puntos se caigan, para evitar que la cicatriz se marque mucho.

Nyaja asintió.

—Muchas gracias, señor —le dijo.

El médico le dedicó una inclinación de cabeza.

—Muchas gracias a usted, majestad, por venir a salvarnos.

Drailon había matado a los pocos guardias de seguridad del hospital y a tres médicos antes de encontrar a Eishar. Tras eso, nadie se había atrevido a intervenir.

El médico se marchó, dejándola a solas con Izorn.

—Te has casado con él —murmuró el Lunasol—. Eso significa que sigue vivo.

Nyaja asintió.

—Lo hizo para torturarte —dijo él, girando la cabeza para mirar a Eishar—. Podría haberlo matado, pero seguro que le parecía más entretenido alargar tu sufrimiento.

Tal y como Nyaja se había imaginado.

—Parece que lo conoces bien.

—Por desgracia.

La voz de Izorn sonaba apagada, como si una parte de su espíritu se hubiera apagado esa tarde, como si el hecho de no poder proteger a la mujer de la que estaba enamorado le hubiera roto el alma.

Nyaja sabía que esa sensación tardaría en desaparecer.

—Vendrán a buscarnos. Mi… familia vendrá a buscarnos.

—¿Qué vais a hacer conmigo? —preguntó Izorn.

Era un asesino. Nyaja sabía que se había ganado a pulso ese título, y tal vez Izorn esperara que la justicia de Dumaria lo condenara severamente por sus crímenes.

—Kehidar y yo hicimos un trato. Si yo venía a ayudaros, tú y tu hermano dejaréis de luchar para Brunedain…

Izorn no le dejó terminar de hablar.

—Y lucharemos para ti, reina de Dumaria —adivinó.

No parecía muy contento con el trato al que lo había arrastrado su hermano gemelo para protegerlo a él y a Eishar.

—¿Qué motivos tienes para luchar por Brunedain después de todo? Después de… hoy.

Izorn tardó en responder, sin apartar la mirada de Eishar.

—Yo lucharé —prometió—. Pero déjalos a ellos fuera de todo. A mi hermano y a mi… a Eishar. Ellos no son guerreros. Era yo el que patrullaba Tranteria, no Kehidar.

Nyaja comprendió que Izorn había asumido esa pesada carga para que no tuviera que ser su hermano el que la sufriera. Él había escogido dejar que su alma se corrompiera y se había convertido en un asesino, para que Kehidar no tuviera que hacerlo.

Nyaja podía leer en él como en un libro abierto. Había conocido a Kehidar… y no se parecía en nada a Izorn, aunque sus rostros fueran idénticos.

—Hecho.

—Eishar llegó a un acuerdo con tu rey.

Nyaja frunció el ceño. ¿Yáhlazer había estado en ese hospital con Eishar?

—Quería encontrarte —prosiguió Izorn—. Yo le dije a Eishar donde estabas, para que ella pudiera contárselo a cualquiera que se lo preguntara, para que pudiera vender esa información a cambio de su seguridad. Ella… ella eligió venderla por otro precio.

—Le haya prometido lo que le haya prometido lo cumpliré, aunque… —No se atrevió a pronunciar esas palabras—. Pase lo que pase, haré que se cumpla.

—Tu rey le prometió que podríamos quedarnos a vivir en Dumaria. Los tres.

Nyaja se preguntaba si Yáhlazer sabía a quién le estaba

concediendo la entrada a su reino; nada menos que al asesino más temido de Brunedain. Aunque ahora, en vez de uno, eran dos.

Izorn esbozó una sonrisa sarcástica, como si su silencio fuera respuesta suficiente.

—Exclúyeme a mí —dijo—. He perdido la cuenta de todas las personas a las que he matado en mi vida. Pero mi hermano nunca ha matado inocentes. Y mucho menos Eishar. Enciérrame en una cárcel de titanio de por vida; es lo que merezco. —Alzó la mirada para observarla, y algo parecido al miedo brillaba en sus ojos azules como el hielo—. Pero ellos no son culpables de ningún crimen.

Nyaja tragó saliva, incapaz de tomar una decisión.

—Hablaremos de esto cuando termine la guerra —decidió.

Izorn volvió a centrarse en Eishar. Le habían limpiado la sangre y le habían cambiado la ropa, pero Nyaja todavía recordaba el lamentable estado en el que la había encontrado. Drailon habría hecho con ella lo mismo que con Yáhlazer si no hubiera llegado a tiempo para evitarlo.

—Hoy lo hemos dejado en ridículo —murmuró Izorn, como si le hubiera leído los pensamientos—. No vendrá a por ti o a por mí. Irá a por los que nos importan.

Ese era el estilo de Drailon.

—No volveré a permitirle que se acerque a Yáhlazer —gruñó Nyaja.

Izorn la miró a los ojos.

—Solo tú puedes enfrentarte a él —le dijo—. Pero tal vez no puedas hacerlo sola. Él lleva mucho tiempo preparándose para esto. Yo te ayudaré. Tú y yo lo hacemos desaparecer, y mantenemos a Eishar, a Kehidar y a tu familia lejos, lo más lejos posible. Si no puede usarlos contra nosotros, seremos más fuertes.

Nyaja no podría estar más de acuerdo.

—Trato hecho.

—Aunque nada lo detendrá, aunque intentará vengarse por haberlo obligado a huir, mantendrá sus planes de reducir Dumaria a cenizas. Porque sabe que es importante para ti y porque…

—¿Por qué, Izorn? ¿Qué es lo que motiva a Drailon a conquistar este país?

Nyaja todavía no había encontrado una respuesta a esa pregunta. Durante los últimos siglos, Brunedain había expandido su territorio hasta apoderarse de todo lo que quedaba al norte de la Frontera de Piedra. Dumaria era el único territorio de Athevia que había resistido. ¿Pero qué había en Dumaria que fuera tan importante?

—Por desgracia, yo tampoco lo sé. Solo sé que su obsesión por las Piedras de la Vida radica en que cree que le pertenecen por nacimiento. Y cree que, cuando las junte, no habrá nadie en el mundo

más poderoso que él. Nadie podrá hacerle frente. Ni siquiera tú.

Izorn pareció recordar algo de repente.

—Xandiara —murmuró—. Drailon va a atacar Xandiara. Tienes que mover el ejército de Dumaria a Xandiara.

Nyaja no tuvo tiempo de sorprenderse antes de escuchar pasos apresurados en el pasillo de fuera.

Tanto Izorn como ella tenían ya sendos puñales en las manos cuando Ronnara y Bryla entraron en la habitación. Al verlos a ambos armados, levantaron las manos.

—Son las primas de Yáhlazer —informó Nyaja, volviendo a envainar los puñales. Izorn tardó un poco más en decidir confiar en su criterio, pero, al final, también se relajó.

Bryla señaló a Izorn.

—¿Te has buscado un nuevo guardaespaldas? —preguntó, con cierto desdén.

—No podéis negar que seáis gemelos —observó Ronnara—. Hemos venido a buscaros. —Se volvió hacia Nyaja—. Esa bestezuela tuya sin entrenar nos ha seguido, pero no ha dejado que nadie se le acercara para ponerle el arnés.

Nyaja sonrió imaginándose la escena: varios soldados, con años de entrenamiento, fracasando estrepitosamente al tratar de ponerle un arnés a una criatura más salvaje que domesticada. Le habían advertido que ese vakirí era lo bastante desconfiado como para impedir que nadie más que ella se le acercara.

—¿Habéis traído su arnés? Yo se lo pondré.

—Está en mis alforjas —respondió Bryla.

—Eishar no puede montar a caballo —dijo Izorn, poniéndose entre Eishar y las dos princesas de Dumaria.

Bryla esbozó una sonrisa que habría hecho huir a alguien con menos valor que Izorn.

—Oh, no te preocupes. No vamos a regresar a caballo.

CAPÍTULO 45

Izorn desmontó de esa horrible bestia voladora tan pronto como le fue posible y vomitó en el suelo hasta vaciar las entrañas. A sus espaldas, escuchó a la princesa rubia reírse a carcajadas.

—El mejor asesino de Brunedain derrotado por un vuelo en vakirí —se mofó.

Izorn luchó contra el mareo para encontrar el puñal de su cinturón. Pero alguien lo detuvo.

Al alzar la mirada, descubrió que los ojos azules de su hermano lo analizaban en busca de heridas o lesiones.

Escuchó a alguien echarle la bronca a la princesa rubia y malhumorada, a Nyaja tal vez. Pero dejó de prestarle atención cuando envolvió la cara de Kehidar con las manos temblorosas.

—Ha sido una locura —lo sermoneó Izorn, en cuanto cesó la emoción inicial por verlo sano y salvo—. ¿Cómo se te ocurre…?

Kehidar se desprendió de sus manos y corrió hacia algo que estaba detrás de Izorn. Cuando se recobró del mareo lo suficiente, siguió a su gemelo con la mirada.

—¡Eishar! —sollozó Kehidar, mientras unos soldados ayudaban a la otra princesa, la que parecía más amable, a bajar a Eishar del vakirí.

Nyaja lo interceptó antes de que se abalanzara sobre Eishar.

—Solo está dormida —le dijo—. Se pondrá bien.

Brunedain había intentado romperla, robarle todo lo que la hacía única y transformarla en un molde sin sentimientos que no dudara en obedecer órdenes, como a todos los magos. Pero en ese momento, Izorn se dio cuenta de que Nyaja no se había dejado doblegar. Brunedain había intentado convertirla en un arma, y Dumaria le había devuelto la humanidad.

Era buena persona, demasiado buena para serle útil al ejército de Brunedain. Alguien como Nyaja no hubiera durado mucho entre las filas de la Guardia Roja. Pero ahí, en Dumaria, podía hablarle con amabilidad a un enemigo y nadie la miraba mal. Nadie la juzgaba.

La princesa de largo cabello castaño le apretó el hombro a Nyaja antes de dirigirse a Izorn.

—Espero que no os importe compartir tienda —le dijo—. Andamos algo escasos de recursos.

—Solo… con tal de que Eishar esté cómoda, mi hermano y yo podemos adaptarnos —respondió Izorn.

—Se pondrá bien —le prometió la princesa—. Los mejores médicos del país están aquí para atender a Yahl. Se ocuparán de tu chica también.

Tardó varios segundos en procesar sus palabras.

—Eishar no es mi… —empezó a replicar, pero alguien llamó a la princesa y se marchó para atender a una niña cuyo parecido sugería que se trataba de su hermana pequeña.

Los soldados de Dumaria eran eficientes y no tardaron mucho en instalar a Eishar en una tienda. Kehidar se quedó con ella, cuidándola, así que Izorn decidió que estaría mejor fuera, vigilando.

Sabía que era cuestión de tiempo que Drailon regresara a reclamar venganza. No solo había descubierto la mentira que él y Kehidar habían mantenido durante tanto tiempo, sino que ambos lo habían traicionado de la manera más rotunda que pudiera ocurrírsele. Le habían dado la espalda y se habían unido a los dumarianos.

Izorn conocía a Drailon lo bastante bien como para saber que la rabia debía de estar consumiéndolo; que la ira se habría apoderado de él al llegar al campamento solo para descubrir que Kehidar se había marchado; que la furia lo llevaría a cometer alguna locura al descubrir que había perdido a sus dos mejores armas, entrenadas por él mismo, en un solo día.

Drailon había matado a Ramja cuando esta había ayudado a Nyaja a escapar, y había dejado que Granne asesinara a su propio hermano cuando Kandell había tratado de huir con la Piedra de Diamante. No le cabía duda de lo que haría con ellos.

Y todo había sido culpa suya.

Drailon ya había desconfiado de él una vez. Le había preguntado por qué había tardado tanto en llegar hasta los barcos de Érisen cuando había viajado hasta Dumaria. Izorn había mentido en aquella ocasión, pero Drailon no se había tragado sus palabras.

Y esta vez, Drailon lo había seguido. Lo había enviado a él al este a propósito, para ver con sus propios ojos qué escondía.

Si no hubiera sido tan idiota, si no hubiera ido a ver a Eishar, Drailon no la habría encontrado.

Era culpa suya. Todo era culpa suya. Había puesto a Eishar y a Kehidar en peligro por un estúpido deseo egoísta de querer verla, de

querer compartir unos momentos con ella.

Debería haber sido él. Debería haber sido él quien sufriera bajo el cuchillo de Drailon. Esas heridas deberían estar en su cuerpo, no en el de Eishar. Se merecía un castigo mucho mayor incluso por haberlo permitido.

Él tenía que protegerlos. Él tenía que cuidarlos.

Y había fracasado.

—Mortificándote no vas a llegar a ningún lado.

Izorn se apartó las manos de la cara y agarró el puñal de su cinturón cuando sintió una presencia a su lado.

Pero cuando Nyaja se sentó cerca de él en esa roca desde la que se podía ver todo el campamento, renunció a sus instintos asesinos.

—Yo también me eché la culpa. Por Yáhlazer —murmuró, sin mirarlo. Su mirada parecía concentrada en un solo lugar, como si pudiera ver al hombre al que amaba a través de las tiendas—. Pensaba que… que si no hubiera escapado, si no lo hubiera hecho enfadar, si hubiera sido más rápida, si hubiera dado más de mí… No lo habría encontrado medio muerto en un charco de sangre.

Izorn tragó saliva. ¿Qué habría hecho él si se hubiera encontrado a Eishar en esas condiciones?

—Pero darle vueltas a todo eso no me permitía centrarme en lo verdaderamente importante.

Nyaja tardó tanto en decirlo que Izorn giró la cabeza para contemplarla. Los ojos castaños de Nyaja, que tanto le recordaban a los de Drailon, seguían fijos en ese punto concreto.

—Hacérselo pagar —concluyó, con un gruñido.

Izorn alzó la cabeza para mirar al campamento con detenimiento. Podría haberlo hecho desde el aire, cuando estaba montado en esa horrible bestia voladora. Pero había estado demasiado centrado en no caerse de la criatura como para prestar atención a un detalle que en aquel momento le había parecido demasiado banal.

El campamento dumariano era grande, lo que sugería un número elevado de tropas.

Ahora que Nyaja se había deshecho de la amenaza que suponían los onduranos, los dumarianos habían visto aumentadas sus posibilidades de vencer a la Guardia Roja. Si jugaban bien sus cartas.

Izorn no sabía mucho de guerras, y desconocía qué otros ases bajo la manga guardaba Drailon. Al presidente de Brunedain no le gustaba compartir sus planes hasta que estuviera seguro de que funcionarían.

—Estuve a punto de matarte —dijo Izorn, como quien no quiere la cosa. Nyaja ya se había puesto alerta cuando terminó la frase—. Hace años.

La Veloz se relajó, pero no del todo. Nyaja nunca se relajaba del todo. Se parecía más a él de lo que habría podido imaginar.

—Drailon nos había encargado a mí y a Kehidar la tarea de vigilarte. De asegurarnos de que tus verdaderos poderes no salían a la luz. Nos turnábamos.

»Yo odiaba a Drailon. Siempre lo odié, desde que tengo memoria. Y tú parecías ser la única cosa por la que se preocupaba. Lo único… importante. Pensaba que, si yo te mataba, eso le haría daño. Pensaba que tu muerte podría ser la única cosa que le doliera. Pero no tardé en darme cuenta de que él no te quería. No como yo quiero a mi hermano. Solo eras una cosa útil en medio de muchas cosas inútiles. Si hubieras muerto, habría estallado en un ataque de rabia, pero no le habría dolido. No habría derramado ni una sola lágrima por ti. Solo conseguiría hacerlo enfadar, nunca sufrir.

Nyaja no parecía saber cómo sentirse con respecto a esa confesión.

—¿Cuándo… cuándo fue eso?

—Cuando eras una niña. Kehidar y yo tendríamos trece o catorce años.

—¿Sabes si… sabes si tengo una hermana melliza? —le preguntó.

Izorn se volvió para mirarla. Nunca había escuchado tal cosa. No hasta que…

—Drailon mencionó algo —recordó Izorn—. Después de que le rompieras el hombro, se puso como una fiera enjaulada. Creo que dijo algo de una niña que debería haber matado cuando tuvo la oportunidad.

Nyaja no parecía conforme con una respuesta tan poco clara. Pero Izorn no podía ofrecerle nada más.

—No sé si tienes una hermana melliza o no, Nyaja. Pero si tú crees que… si tú lo sientes, tiene que serlo. Cuando compartes el vientre de tu madre con alguien más, creo que se forma un vínculo que no puede romperse. Por muchos años que pasen.

Nyaja volvió a mirar hacia el campamento, pero esta vez sus ojos estaban en otro punto, en una figura que Izorn reconocería en cualquier parte.

A Kehidar no le llevó más que unos pocos minutos ascender por la ladera.

—Eishar está despierta. Quiere verte.

Nyaja se marchó casi sin hacer ruido, con movimientos rápidos y sutiles que le recordaban demasiado a Drailon. Tendría que aprender a vivir con ello.

—No me merezco verla después de lo que he hecho —murmuró, esperando que Nyaja ya estuviera lo bastante lejos como para no escucharlo.

—No digas sandeces, Izorn. Eishar te necesita. Nos necesita a los dos. Tú mismo lo dijiste. No podemos obligarla a elegir, y no vamos a

hacerlo.

Izorn refunfuñó, pero se puso en pie y dejó que Kehidar lo llevara hasta su tienda.

Tal y como Kehidar le había anunciado, Eishar estaba despierta. Tenía media cara cubierta con vendajes, pero el ojo negro que tenía al descubierto empezó a llorar en cuanto los vio entrar.

Por el camino, Izorn había pensado una y otra vez en las palabras que iba a decirle, pero al verla tan desconsolada, se quedó casi sin habla. Se dejó caer de rodillas al lado de su cama y le cogió una mano entre las suyas.

—Lo siento —susurró.

Pero ella se incorporó en la cama y lo rodeó con los brazos.

—No tienes que disculparte —sollozó—. Viniste a salvarme. Le rogaste por mí —dijo, embargada por la culpa y la tristeza. Le había dolido verlo así y no poder hacer nada.

Izorn no se sentía nada orgulloso de eso. Debería haber luchado. Debería haberse enfrentado a Drailon aunque eso los hubiera sacrificado a los dos. Se había dejado dominar por sus mayores temores y había olvidado que era un guerrero.

—Lo importante es que los dos estáis a salvo —intervino Kehidar.

Sin dejar de abrazar a Eishar, Izorn se volvió hacia su hermano. Había hecho la locura que había prometido que haría si llegara a quedarse sin opciones. Izorn no podía enfadarse con Kehidar, no después de que, gracias a él, Eishar siguiera viva.

Izorn le limpió las lágrimas a Eishar con las yemas de los dedos callosos con infinito cuidado.

—¿Vamos a… a cenar los tres juntos? —preguntó Eishar.

Era una pregunta tan extraña viniendo de ella que tanto Izorn como Kehidar se quedaron sin habla.

—Es que tengo hambre.

Izorn podría haber llorado de alegría ante esas palabras en boca de Eishar, si no fuera porque estaba demasiado sorprendido como para reaccionar de modo alguno.

Kehidar fue el primero en recuperarse de su estupor.

—Yo te traigo la cena. Ahora mismo —prometió, saliendo de la tienda como alma llevada por el viento.

Era irónico. Eishar acababa de pasar por un auténtico infierno, pero había bastado verlos a los tres juntos en un mismo lugar, reunidos como una familia, para que las sombras de sus traumas empezaran a despejarse.

Pero Izorn no se permitió hacerse muchas ilusiones todavía. La guerra no había terminado. Drailon seguía vivo. Y ambos los perseguirían en su afán por hacer pedazos su felicidad.

Eishar no fue capaz de terminarse el plato de comida, pero que hubiera conseguido llevarse el tenedor a la boca una y otra vez por su propia voluntad era un avance encomiable.

Cuando Eishar anunció que no podía comer más, Kehidar, con esa delicadeza tan inherente a él, la ayudó a tumbarse en la cama y la tapó con las mantas.

Izorn se disponía a salir de la tienda para montar guardia cuando Eishar lo llamó.

—Izorn, no quiero dormir sola —murmuró, temerosa.

Se giró para mirarla.

—Kehidar puede dormir contigo. Si tú quieres.

Kehidar miraba alternativamente a uno y a otro como si le costara creer lo que estaba escuchando.

Eishar asintió y buscó la mirada de Kehidar.

—¿Segura? —le preguntó él.

Izorn no se quedó para escuchar el resto de la conversación. Salió de la tienda, extendió su capa en el suelo y se sentó, observando el campamento lo mejor que podía en medio de la oscuridad. No le importaba que le hubieran asegurado que había una estricta guardia día y noche. No se fiaba de nadie más que de sí mismo para cuidar de Eishar y Kehidar.

Y, de todas formas, no se atrevía a enfrentarse a las pesadillas que aguardaban impacientes a que cerrara los ojos para proseguir con su interminable tortura.

CAPÍTULO 46

Nyaja empezó a cabecear cuando el cielo cambiaba de color. Se había quedado toda la noche en esa piedra, vigilando en todas direcciones cualquier movimiento sospechoso.

Maive la había encontrado a eso de la medianoche, le había dado conversación durante unas horas, pero luego se había hecho un ovillo en el suelo envuelta en una manta y se había quedado dormida.

Maive parecía dispuesta a recuperar el tiempo que les habían robado, y había insistido en que hablaran sobre sus vidas, aunque tuvieran que omitir las partes que todavía les costaba relatar. Esa noche, sin embargo, había venido para consolarla, como si hubiera comprendido que el ataque de Drailon a Eishar le hubiera hecho recordar lo que le había pasado a Yáhlazer.

Los pasos de alguien ascendiendo por la ladera de la montaña la sacaron de su ensimismamiento.

Era uno de los gemelos, aunque no los conocía lo suficiente como para diferenciarlos a simple vista.

—Llevas ahí toda la noche —dijo. No era una pregunta.

Por la frialdad de su voz, dedujo que se trataba de Izorn.

—Tú tampoco tienes cara de haber dormido —rezongó.

Izorn esbozó una sonrisa sarcástica.

—No puedo dormir sabiendo que él vendrá en cualquier momento —confesó Nyaja.

La mueca de Izorn parecía indicar que él se sentía igual.

—Yo sigo vigilando —dijo él—. Ve a dormir.

Nyaja no sabía hasta qué punto podía fiarse del que había sido el más leal asesino de Drailon. Aunque estaba cada vez más segura de que Izorn nunca había sido realmente fiel a Drailon, sino que trabajaba para él porque temía las consecuencias de no hacerlo. Todavía recordaba la desesperación en el rostro de Izorn cuando se había dado cuenta de que Drailon se había marchado… y de que podría ir a por Kehidar.

Además, Izorn estaba convencido de que solo ella tendría alguna

posibilidad contra Drailon, así que no se arriesgaría a perder su única esperanza de mantener a Eishar y a Kehidar a salvo del Veloz.

Por lo tanto, estaba casi convencida de que no debía temer un ataque por la espalda por parte de Izorn. Pero le costaba desprenderse del todo de la desconfianza.

Nyaja despertó a Maive, que murmuró algo ininteligible en sueños, y luego la ayudó a levantarse. Se despidió de Izorn, que tomó su lugar en la piedra plana de la ladera de la montaña, y acompañó a Maive hasta su tienda.

Después dirigió sus pies hacia Yáhlazer.

Los soldados que custodiaban al rey le hicieron una inclinación de cabeza y le dieron los buenos días. Nyaja murmuró una respuesta, dándose cuenta de lo mucho que le pesaba el cansancio.

Encontró a Lírala dormida en una silla, aunque esta se levantó de golpe en cuanto la escuchó acercándose, como si solo hubiera cerrado los ojos cansados después de pasarse la noche sin dormir.

—Ve a la cama, cielo —le dijo, recogiendo la capa que se le había caído al suelo al levantarse de golpe para ponérsela sobre los hombros —. Yo me encargo de Yáhlazer.

Lírala parecía demasiado adormilada como para protestar, así que asintió con la cabeza y se marchó.

Aunque Nyaja había intentado no hacer mucho ruido para no despertar a Yáhlazer, se dio cuenta de que sus esfuerzos habían sido en vano cuando este le dio los buenos días.

—¿Estás bien, golondrina? —le preguntó, estirando el brazo para cogerla de la mano—. ¿Adónde fuiste ayer?

No había tenido tiempo para explicárselo, y parecía que nadie lo había hecho en su lugar.

No sabía hasta qué punto le convenía a Yáhlazer escuchar la barbaridad que había logrado detener antes de que se convirtiera en una desgracia. Aunque estaba mejorando, e incluso había conseguido incorporarse en los últimos días, suponía que el horror de lo que había vivido seguía en su cabeza.

—Ven, cuéntamelo todo —le pidió, tirando de su mano—. Y lo resolveremos juntos.

Nyaja llevaba demasiados días luchando sola contra todo. Así que no pudo resistirse más. Yáhlazer le apartó las mantas cuando ella empezó a deshacerse de las botas. Se metió en la cama a su lado y, a pesar de que era él el que había estado a un paso de la muerte, la rodeó con los brazos con suavidad y le acarició el pelo.

Nyaja lo dejó salir todo: sus miedos, sus remordimientos, el agotamiento que crispaba su humor.

Yáhlazer la escuchó sin interrumpirla, acariciándole el pelo y los brazos, consolándola sin necesidad de usar palabras.

Nyaja se despertó varias horas después, con el sol brillando con intensidad, aunque no lo suficiente como para calentar el frío aire del invierno.

No le llevó mucho tiempo convocar una reunión con el resto de la familia y con los comandantes del ejército dumariano. Todavía no se había aprendido todos los nombres de estos últimos, pero reconocía a la mayoría de vista.

Izorn escuchaba desde una esquina al lado de la puerta de la gran tienda de mando, cruzado de brazos, mientras que Maive y Démer se habían instalado en el fondo, como si no quisieran llamar mucho la atención. Nyaja les había pedido que vinieran porque consideraba que su presencia era importante.

—Los últimos informes de espionaje dicen que las tropas onduranas han regresado a los barcos; parecen dispuestos a zarpar —anunció una comandante.

—Esa podría ser nuestra única buena noticia —murmuró Bryla, pero no dio más información, sino que miró a Nyaja esperando que fuera ella la que anunciara las nuevas.

Nyaja miró a Izorn antes de hablar. Había sido él quien la había advertido de los planes de Drailon.

El Lunasol asintió una sola vez, dándole su beneplácito para ser ella quien diera voz a esa noticia.

—Drailon planea atacar Xandiara —informó, sin tapujos.

Varias exclamaciones de sorpresa y alarma recorrieron la estancia.

—Aquí no queda nada que hacer —declaró Siánevir—. Debemos regresar a Xandiara y defender la capital.

—Drailon sigue aquí con sus tropas —comentó alguien.

—No tiene soldados suficientes como para suponer un problema —añadió Nyaja, esperando no equivocarse—. No ahora que ha perdido a… —miró a Izorn, sin saber qué palabra emplear. Él parecía animarla a decir lo que estaba pensando—. No ahora que ha perdido una de sus mejores armas, junto con el apoyo de Érisen y su ejército.

—Pero lo que Drailon puede hacer… y lo que está dispuesto a hacer por ver cumplidos sus deseos —murmuró Miravien—. No deberíamos olvidarnos de él.

Nyaja cruzó de nuevo su mirada con la de Izorn. Este volvió a asentir.

—Drailon es problema mío. Llegado el momento, yo le haré frente.

—Eres nuestra reina —protestó Miravien—. No puedes ponerte en peligro de esa forma.

Nyaja ya contaba con que ese comentario saldría a la luz, así que

ya se había preparado para él.

—Cuando acepté convertirme en la prometida del rey Yáhlazer, juré que protegería a Dumaria fueran cuales fueran las circunstancias. Y eso haré.

Miravien abrió la boca para seguir replicando, pero algo la hizo callar.

—¡Eishar! —exclamó Izorn.

Nyaja se volvió hacia la puerta de la tienda y descubrió a Eishar, todavía herida, ayudando a Yáhlazer, aún más herido que ella, a caminar.

Nyaja echó a correr y llegó junto a ellos a la vez que Izorn, aunque él se encontraba más cerca.

—¿Os habéis vuelto locos? —los regañó Nyaja, cogiendo a Yáhlazer por debajo de los brazos, mientras Izorn se encargaba de Eishar, que también cojeaba.

—Si vais a hablar sobre el destino de mi país, me gustaría estar presente —replicó Yáhlazer, mientras Nyaja lo ayudaba a sentarse en la silla que le acercó Miravien.

En ese momento, otra persona llegó corriendo. Era Kehidar.

—Te dije que la vigilaras —lo sermoneó Izorn.

—Eishar me pidió que… —empezó a excusarse, pero pareció comprender algo y se detuvo—. ¿Me has engañado? —le preguntó a Eishar, en brunedano. No parecía dolido, sino gratamente sorprendido porque ella hubiera podido hacer tal cosa.

Eishar intentó contener la risa, pero no fue capaz.

—Lo siento.

Miravien le explicó en voz baja a Yáhlazer lo que habían estado comentando antes de que él llegara. Cuando terminó de hablar, Yáhlazer posó su mirada en Nyaja un largo rato, comprendiendo.

Nyaja se esperaba que él también tratara de impedirle que se enfrentara a Drailon. Él más que nadie tenía motivos para preocuparse. Pero no trató de detenerla, sino que, en su lugar, desvió la conversación hacia otro punto.

—Enviaremos a la brigada aérea a Xandiara hoy mismo —decidió. Sus palabras sonaban tan firmes como se esperaba en un rey—. Llegarán en un día y medio y avisarán a Estiaria de lo que está sucediendo. Y, si los brunedanos llegan antes que el resto del ejército, los vakiríes y sus jinetes podrán defender la capital mientras tanto.

Uno de los comandantes salió de la tienda, tal vez para dar la orden a los jinetes de vakiríes de prepararse para remontar el vuelo lo antes posible.

A Nyaja se le hacía duro pensar que podrían no llegar a tiempo de evitar la destrucción que causaría la Guardia Roja irrumpiendo en una ciudad como Xandiara con todo su potencial.

Xandiara no tenía murallas, como la mayor parte de las ciudades en Athevia, ya que las armas de fuego podían derribarlas en unas pocas horas. Pero en esta ocasión, la existencia de una muralla podría haber retrasado a sus enemigos lo suficiente como para que el grueso del ejército de Dumaria llegara a tiempo de salvar la ciudad.

—Los demás partiremos mañana a primera hora —dijo Yáhlazer.

—No estás en condiciones de hacer un viaje tan largo, Yahl —replicó Miravien.

—Eso no lo decides tú, Mira.

Aunque Nyaja estaba de acuerdo con Miravien, entendía los motivos de Yáhlazer. Si se quedaba atrás, también obligaría a una parte del ejército a quedarse para velar por su seguridad. Y no sabían qué números estaban manejando y si podían permitirse el lujo de prescindir de una parte de sus efectivos.

Aunque Izorn tal vez sí que lo supiera.

Miravien estaba a punto de seguir discutiendo con Yáhlazer cuando Nyaja cambió de tema.

—¿Cómo de grande es ese ejército? —le preguntó Nyaja a Izorn.

—No lo sé, pero hay muchos magos entre ellos. Es una maga quien dirige las tropas.

—¿Quién?

—Colmillo de Serpiente.

Nyaja había oído hablar de ella durante toda su vida. Pero de ninguna manera se hubiera imaginado que terminaría liderando un ejército para atacar Dumaria. Y no sabía si habría peor noticia que esa.

—¿Qué sabéis de ella? —inquirió Siánevir, usando ese tono de voz que empleaba cuando barajaba las opciones para resolver un problema.

—Es una Domadora —murmuró Nyaja.

Bryla maldijo en voz baja, tal vez pensando en los vakiríes que iban a ser la primera línea de defensa y que, ante una Domadora, podrían corromperse.

—Es Maestra Superiora de la Orden de Zaros y también es la directora de la Escuela —continuó Nyaja.

—Es poderosa —añadió Izorn, como si lo supiera de primera mano.

—Que alguien ensille a mi vakirí —ordenó Yáhlazer.

—¡No! ¡De ninguna manera! —se negó Miravien—. No estás en condiciones de enfrentarte a ella.

—No estoy en condiciones de viajar, no estoy en condiciones de luchar… ¿qué propones que haga entonces, Miravien? —preguntó Yáhlazer. El desafío y la rabia brillaban en sus ojos azules. Nyaja nunca había visto a Yáhlazer así, y se preguntaba si esa guerra estaría

cambiando de forma irreversible al hombre del que se había enamorado—. ¿Quedarme tumbado en una cama mientras el ejército de Brunedain destruye mi país y mata a mi pueblo? ¿Es eso lo que quieres que haga?

Nyaja le apretó el hombro a Yáhlazer para darle su apoyo silencioso. Él la miró a los ojos.

—¿Me ayudas? —le pidió, suavizando el tono de voz al dirigirse a ella.

No podía negárselo. No podía impedirle defender al país y a la gente que tanto amaba. No podía ser tan egoísta como para pensar que el dolor que le provocaría su posible pérdida sería peor que el sufrimiento que le causaría a Yáhlazer que lo retuvieran.

Comprendía y respetaba la decisión de Yáhlazer.

Asintió y lo ayudó a levantarse.

Ella también iba a cometer una temeridad. Y estaba dispuesta a asumir el precio. Estaba dispuesta a sacrificar todo lo que era para librar al mundo del monstruo que era Drailon.

CAPÍTULO 47

Kandell y Dasha se deslizaron en silencio por las calles de Tranteria, escudándose en la oscuridad de la noche. Aunque Dasha había sugerido que un Lunasol los acompañara para apagar las luces de las farolas a su paso, Kandell había rechazado la idea. Cuantas menos personas lo acompañaran, más fácil le sería ocultarlos a la vista de los soldados con sus poderes.

Porque iban a necesitar pasar completamente desapercibidos.

Y si ya era bastante difícil esconder a dos personas de la vista de la gran cantidad de patrullas de la Guardia Roja que vigilaban la ciudad, ocultar a tres personas pondría en juego sus poderes.

La mansión de los Soenaya apareció en el campo de visión de Kandell en cuanto dobló la esquina.

Kandell suspiró antes de avanzar por la avenida que conducía al hogar de su familia. Incluso desde la distancia, y a pesar de la escasa luz, se podían distinguir las chaquetas carmesís de los abundantes soldados que custodiaban a la reina de Brunedain.

Aunque sabía desde el principio que la misión no iba a ser sencilla, verse de repente ante semejante peligro con la única compañía de una Eléctrica lo llenó de pavor.

Dasha, que pareció sentir sus dudas, le puso una mano en el hombro.

—Recuerda por qué hacemos esto —murmuró la líder del Movimiento—. Ellos te encerraron en la Escuela de Diamante y te dijeron que no podías salir bajo ningún concepto. A ti, y a todos los magos que no encajan con sus patrones perfectos.

Kandell se abstuvo de confesar que, en realidad, él había escogido recluirse en la Escuela de Diamante. Porque lo que le aguardaba fuera de ese castillo de piedra era incluso peor. Pero no confiaba lo suficiente en Dasha como para relatarle sus penurias. Y tampoco le daba la impresión de que ella quisiera escucharlas.

—Pero la humanidad no es perfecta —prosiguió Dasha—. No se puede encasillar a los magos y decir que todo lo que se sale de esa

norma es peligroso. No se puede encasillar algo que está vivo, y que cambia y evoluciona. Por eso es por lo que luchamos. Por proteger la diversidad. Y por tener la libertad de vivir nuestra vida sin que se nos juzgue por ser diferentes a la mayoría.

Kandell tenía que reconocer que Dasha poseía las aptitudes necesarias para ser la líder de un movimiento revolucionario. Aunque a veces sus métodos no fueran los más acertados.

Dasha le dio un apretón en el hombro y Kandell comprendió que estaban haciendo lo que debía hacerse para garantizar la igualdad y la libertad.

Condujo a Dasha por un callejón que iba a dar a la muralla de piedra que cerraba la finca de los Soenaya. No había forma de colarse en los terrenos. Al menos, en apariencia.

Al final de la calle, Kandell se agachó en el suelo. A pesar de todo, Dasha sonrió; no parecía importarle lo desagradable que sería entrar a hurtadillas en la mansión.

Kandell giró la tapa del sistema de alcantarillado para desencajarlo de sus topes y Dasha lo ayudó a levantar el pesado círculo de metal.

El repugnante olor que manó de las cloacas le hizo replantearse todo el plan. Sin embargo, sabía que era la única forma de entrar y salir de la mansión de los Soenaya sin que nadie se diera cuenta.

Además, no era la primera vez que usaba esa vía de acceso. La última vez había sacado por ahí a las dos princesas dumarianas, aunque no dejaron de quejarse durante todo el trayecto.

—¿A quién le pareció buena idea conectar el alcantarillado con las mazmorras? —preguntó Dasha, comenzando a bajar por la escalera soldada a la pared.

Kandell la siguió, cerrando la boca de la alcantarilla tras de sí.

—Cuando era un niño, me gustaba pensar que había sido un mago como yo que quería escapar de este lugar.

En la oscuridad, Kandell no pudo ver la expresión de Dasha, aunque se creía capaz de imaginársela.

Cuando la Eléctrica llegó al suelo, encendió su dinamo y gruñó de asco al ver que había sumergido las botas en el agua mugrienta.

—Podría ser peor —dijo Kandell, aterrizando en el suelo y chapoteando en el agua sucia—. Cuando llueve, el agua puede llegar al nivel de las rodillas. O puede que incluso más.

—La próxima vez, entraremos con un ejército por la puerta principal —se quejó Dasha, tapándose la nariz con la manga de la chaqueta y avanzando en línea recta. Aunque no pudo mantener esa postura mucho tiempo; pronto tuvo que volver a rotar la manilla de la dinamo para que la luz no se extinguiera.

—Pensaba que la clave de esta misión era que nadie pudiera

detectar nuestra llegada.

Dasha se giró para mirarlo.

—Por desgracia, lo es.

Siguieron caminando a través del sistema de sumideros. Aunque Kandell podría recorrerlo de memoria incluso en la oscuridad, Dasha se sentía más segura manteniendo activa la dinamo para no chocarse contra una pared.

Al final del trayecto, el suelo, hasta entonces llano, se convirtió en una rampla al final de la cual había una pesada puerta de metal. Una puerta por la que nadie se preocupaba y que nunca estaba cerrada con llave.

Dasha empujó la puerta y entraron en las mazmorras de la mansión real.

Kandell sintió que sus poderes se encogían en una región minúscula de su ser. La sensación de encierro incrementó cuando cerraron la puerta. Seguía teniendo acceso a su magia, pero la presencia de tanto titanio la hacía menguar.

—No me puedo creer que nadie sepa de esta brecha de seguridad —comentó Dasha, vigilando el pasillo flanqueado por celdas de titanio en busca de la trampa.

Esta vez, Kandell tomó la iniciativa, caminando hasta el final del corredor para encender el interruptor. Una hilera de bombillas titilantes alumbró el húmedo pasillo hasta el siguiente recodo.

—Estamos a dos niveles bajo tierra —informó Kandell—. No suele haber nadie aquí abajo, ni siquiera prisioneros. Pero en cuanto subamos al siguiente piso, nos ocultaré a los ojos del servicio y de los posibles guardias con mi magia.

Dasha asintió.

Kandell la guio a través de las mazmorras hasta que subieron las escaleras que llevaban a las cocinas. A esas horas de la noche, no parecía haber nadie. Aun así, se movieron en silencio, evitando llamar la atención de cualquier persona que pudiera rondar en la oscuridad.

Ascendieron hasta la planta principal, donde Kandell se tomó unos segundos para comprobar que no había vigilantes. Recorrieron en sigilo cada uno de los pasillos que los separaban de las escaleras.

Al parecer, la reina se sentía tan segura con todos esos soldados de la Guardia Roja custodiando cada puerta que no sentía la necesidad de apostar guardias en el interior de su hogar.

A Kandell casi le pareció demasiado sencillo llegar hasta el dormitorio de su hermana, situado en la segunda planta. No había ningún tipo de vigilancia en la puerta, y, por un momento, Kandell se planteó la posibilidad de estar cayendo en una trampa.

Dasha no le dio más tiempo para dudar. Señaló hacia la puerta, y cuando Kandell le confirmó con un asentimiento que ese era el lugar,

ella abrió la puerta con sigilo.

Se coló en el interior de la oscura habitación sin molestarse en comprobar que no hubiera soldados de la Guardia Roja en el interior.

Kandell se vio obligado a seguirla. Con la única luz del corredor, pero con las pupilas acostumbradas a la poca luminosidad, vio como Dasha se acercaba a la lujosa cama, donde se encontraba un bulto que, si nada había cambiado en ese lugar, debía de ser la reina de Brunedain.

Kandell se las ingenió para cerrar la puerta un segundo antes de que Dasha sacara a la reina de la cama y le tapara la boca para que no gritara.

En medio del forcejeo, Kandell encendió la luz.

Granne dejó de pelear contra Dasha y se volvió hacia él, con la rabia burbujeando en su rostro al reconocerlo. Parecía a punto de decir algo, pero una descarga de Dasha fue suficiente para llevarla a la inconsciencia.

Cuando Granne despertó, sus manos estaban atadas a los reposabrazos de la silla de su escritorio y su boca, cubierta con una mordaza.

Kandell se aseguró por enésima vez de que las pesadas cortinas ocultaban lo que sucedía en la habitación y que la puerta estuviera cerrada con llave. Mientras, Dasha se inclinó sobre el escritorio para encarar a la reina de Brunedain.

—Has sido una reina muy irresponsable y ha llegado el momento de que esos dedos gordos sirvan para algo útil —dijo Dasha, con una sonrisa cruel.

Granne trató de decir algo a través de la mordaza.

—Te la quitaré si me prometes que no vas a gritar. Porque, si lo haces… —Dasha agitó los dedos en el aire con teatralidad, de la misma manera que Kandell había visto a muchas personas corrientes imitando a los magos de forma despectiva—. Y, de todas formas, he podido comprobar que tus soldados están muy muy lejos. No llegarían a tiempo de impedir que te mate.

La reina de Brunedain le dedicó a Dasha una mirada de desafío, pero terminó asintiendo con la cabeza.

Dasha le quitó la tela que había usado como mordaza, pero la mirada de la reina se volvió hacia Kandell, que permanecía algo alejado de la escena, con la espalda apoyada en la puerta.

—Eres un bastardo traidor —gruñó.

Y ahí estaba. La dueña de esa voz desdeñosa era la misma que le había sacado un ojo, la misma que le había disparado una bala de titanio. En ninguna de las dos ocasiones le había temblado el pulso. Kandell debería de estar regocijándose de que las tornas hubieran

cambiado, y, sin embargo, seguía sintiendo que le debía algo a esa mujer solo porque compartían la misma sangre.

—No estamos aquí para resolver disputas familiares —intervino Dasha. Colocó un dedo sobre el fajo de papeles en blanco que había dejado sobre la mesa y luego alzó la mirada hacia Granne—. He venido para que redactes unos documentos.

—No pienso escribir nada para ti, sucia rata de alcantarilla.

—Ah, lo harás.

Con una sonrisa felina, Dasha sacó el puñal que llevaba en el cinturón y lo depositó sobre la mesa.

Granne se volvió hacia Kandell.

—¿De qué va todo esto? ¿Qué es lo que quieres de mí?

Kandell, decidido a no dirigirle ni una sola palabra a su hermana, permaneció en silencio. Fue Dasha la que respondió a las preguntas de Granne.

—Vas a escribir cien citaciones, una para cada miembro del Parlamento. Les vas a decir que se va a convocar una reunión secreta para solucionar todos los problemas que esas sucias ratas de alcantarilla han creado en tu ciudad.

Granne esbozó una mueca de inconformidad.

—No pienso hacer tal cosa.

—¿Sabes una cosa, Granne? —prosiguió Dasha, apartándose del escritorio para admirar el resto de la habitación—. Ni siquiera te necesito para eso. Podría limitarme a matarte y obligar a uno de tus hijos a hacerlo. Pero he decidido darte la oportunidad de demostrarme que mereces seguir viviendo.

La reina soltó un gruñido, revolviéndose contra las ataduras que la mantenían sujeta a la silla.

—¿Cómo esperas que escriba esas citaciones con las manos atadas? —protestó.

Dasha volvió a sonreír, acercándose a la reina como un depredador cerniéndose sobre su presa. Tomó el puñal que había dejado sobre la mesa y rompió la tela con la que Kandell y ella habían sujetado la muñeca derecha de Granne.

Dasha le acercó la pluma y el tintero.

—Y más te vale no hacer tonterías, porque Kandell y yo leeremos todas y cada una de las cartas que escribas.

Fue una tarea ardua, pero Granne escribió las cien citaciones. Dasha las revisó en primer lugar, de forma muy superficial, pues apenas le quitaba los ojos de encima a Granne. Kandell hizo una segunda lectura de todas las misivas, asegurándose de que no había posibles mensajes en clave o palabras que pudieran alertar a los Parlamentarios de que

algo raro estaba sucediendo.

A pesar de su conformidad con el plan, Kandell aprovechó un despiste de Dasha para esconder dentro de su chaqueta la carta destinada a Guivian Ardea, la única parlamentaria que representaba al Partido Mágico.

Kandell no quería que esa carta llegara a su destino. Guivian había colaborado con Drailon y con el Parlamento, pero lo había hecho porque no le quedaba más remedio. Los magos nunca tenían demasiadas opciones en el campo de la política.

Kandell la conocía y sabía que la maga Sabia era buena persona. No merecía morir por haber tomado la decisión incorrecta. Casi todos los magos habían tomado decisiones incorrectas para mantenerse con vida a sí mismos y a sus familias. No todos podían ser como Dasha, dispuestos a arriesgarlo todo por una vaga esperanza.

Por suerte, Dasha no contó que estuvieran todas las cartas antes de meterlas en una bolsa.

—Parece que hemos terminado nuestra grata reunión, Granne —concluyó Dasha.

La reina no respondió, pero Dasha se volvió hacia Kandell, esperando.

Kandell miró a su hermana. Estaba incluso más enfadada que cuando habían irrumpido en la habitación. Sabía que, si le daba la oportunidad, esta vez la espada y la bala de titanio le atravesarían un punto vital. Lo sabía, y, aun así, no podía hacerlo.

Dasha se encogió de hombros. Parecía a punto de dejarlo correr cuando se precipitó hasta el escritorio de Granne.

—¡No!

Kandell trató de detenerla, pero Dasha fue más rápida.

La Eléctrica desenvainó el puñal de nuevo y cercenó la garganta de la reina de Brunedain sin titubear un ápice.

—Larga vida al rey Kandell de Soenaya —dijo Dasha, de forma teatral, antes de dirigirse hacia la puerta. Como si no acabara de sellar el destino final de una persona, se limpió el puñal en el pantalón y se volvió hacia Kandell—. Encárgate de mantener esto bajo control; yo tengo cien cartas que entregar.

Sin más despedida que esa, Dasha se marchó, dejando a Kandell a merced del destino.

Pero él se había quedado inmóvil en medio de la habitación, como si hubiera echado raíces en el suelo. La garganta de su hermana sangraba profusamente, pero ella seguía viva.

Viva.

Ese pensamiento lo devolvió a la realidad.

Echó a correr hacia ella y trató de detener la hemorragia con sus manos desnudas, pero la sangre que seguía brotando de la herida le

confirmó que no había nada que él pudiera hacer para remediarlo. Esa certeza lo azotó con la fuerza de un látigo: Granne se estaba muriendo.

Los ojos azules de su hermana se encontraron con los suyos, y, con la voz ahogada, Granne dijo sus últimas palabras.

—Siempre… supe que serías… la perdición de nuestra familia —tartamudeó, incrementando el flujo de sangre que se escurría por la herida mortal de su garganta. Todos los esfuerzos de Kandell por retrasar ese momento final habían sido en vano—. Nunca… nunca fuiste capaz de esconder… esta… esta herencia maldita que nos dejó nuestra… abuela. Debí haberte matado… cuando… cuando tuve la oportunidad. No debí… no debí… haber sentido… compasión.

Granne gorjeó, atragantándose con su propia sangre, y después de unos eternos segundos, la muerte se cernió sobre la reina de Brunedain hasta dejar tan solo un cuerpo inerte.

CAPÍTULO 48

El ejército de Dumaria llevaba dos días intentando atravesar las montañas. Nyaja había logrado convencer a Yáhlazer para que viajara con el grueso de sus tropas en vez de con la brigada aérea, pero sabía que tarde o temprano tendrían que separarse. No podía seguir postergando ese momento mucho más.

Entró en su tienda para relevar a Lírala, que se había pasado horas hablándole a Yáhlazer sobre las aventuras que ella, Ikair y Árim habían vivido cuando se habían escapado.

Lírala no protestó demasiado antes de marcharse a cenar.

Nyaja se sentó en la cama al lado de Yáhlazer y se inclinó para besarlo. Él tiró de ella hasta conseguir tumbarla a su lado. Nyaja trató de entregar todo su amor en ese beso, trató de decir sin palabras que, a pesar de todo cuanto había sufrido, lo seguía queriendo.

Se temía que ese pudiera ser el último beso que compartieran.

—Te vas a marchar —comprendió Yáhlazer, cuando se separaron para tomar aire.

—Tengo que hacerlo.

Yáhlazer le rodeó el rostro entre las manos.

—Lo sé, y no voy a impedírtelo. Cuando estés lista para enfrentarte a él, te dejaré marchar. Sé que nunca podrás descansar hasta que esté muerto.

Y no podría estar más acertado. Nyaja era incapaz de recordar la última noche en la que había conseguido dormir sin pesadillas, o sin despertarse ante el más mínimo ruido.

—Siento que las cosas hayan sucedido de esta manera —murmuró Yáhlazer. Sus iris azules parecían ver más allá de ella, en el fondo de su alma—. Siento que… Siento haberte arrastrado a casarte conmigo. Pero yo… Pensaba que no iba a lograrlo. Pensaba que no sería lo bastante fuerte. Pensaba que iba a morir, Nyaja.

Nyaja sintió que empezaban a humedecérsele los ojos. También ella lo había pensado, y ahora se arrepentía de haber sido tan pesimista.

—Y después de que hubieras renunciado a todo por mí —prosiguió Yáhlazer—, después de que hubieras dejado atrás tus costumbres, tu idioma y todo lo que tenía que ver con tu país, después de que hubieras renunciado a todo cuanto conocías para empezar a construir tu vida aquí… Tuve miedo. Tuve miedo de que lo perdieras todo cuando yo te abandonara. No podía marcharme de este mundo y dejarte sin nada.

Nyaja sintió que las lágrimas le rodaban por las mejillas. Yáhlazer se las secó con las yemas de los dedos mientras seguía hablando.

—No era justo que yo te lo hubiera quitado todo y que no te dejara nada cuando me marchara. Por eso decidí casarme contigo, para dejarte algo, aunque fuera poco.

Nyaja recordaba lo impaciente que se había mostrado Yáhlazer. Había querido casarse con ella de inmediato, sin esperar tan siquiera al veredicto de los médicos, como si, efectivamente, se temiera que ese fuera su último momento de lucidez antes de que la muerte se lo llevara.

—Pero te prometo que vamos a recuperar el tiempo —prosiguió —. Cuando todo esto termine, porque va a terminar, nos vamos a tomar ese tiempo que nos merecíamos tener. Vamos a ganar esta guerra juntos, y vamos a sobrevivir. No acepto otro resultado. Y este sufrimiento llegará a su fin, y saldremos adelante.

»Y cuando todo termine, vamos a pasear cogidos de la mano, vamos a cenar a la luz de las lunas y vamos a hacer todas esas cosas cursis que hacen las parejas.

Nyaja sintió que sus labios se curvaban en una sonrisa incluso aunque sus ojos seguían derramando lágrimas sin cesar. No podía detenerlas. Por más que lo intentara, no podía hacer nada por evitar que sus mejillas se empaparan.

—Y después… si todavía me quieres después de empujarte a hacer todas esas cosas que te parecen ridículas, tendremos una boda bonita, la más bonita que puedas imaginar. Llevarás un vestido dorado, y un ramo de rosas blancas y azules. Y te pondré una corona en la cabeza, una corona dorada y roja, igual a la mía, para que todo el mundo vea que eres mi reina, pero también mi igual. Siempre mi igual, Nyaja, y siempre juntos. Te lo prometo.

Cuando Yáhlazer terminó de hablar, las lágrimas discurrían también por sus mejillas.

Nyaja lo besó, lo besó como si fuera la última vez, como si el mundo fuera a desaparecer en ese instante. Besó las lágrimas de sus mejillas y el pelo blanco que se había rizado por la humedad y la falta de cuidados.

Yáhlazer empezó a acariciarle el cuello, los brazos, la espalda, como si tratara de memorizar cada centímetro de su cuerpo.

Y cuando Nyaja comprendió adónde los llevaría eso, se detuvo.

—¿Estás seguro? —le preguntó—. Tus heridas…

—Seremos cuidadosos. No me gustaría tener que explicarles a los médicos por qué se han roto los puntos —comentó, con picardía.

Nyaja no pudo evitar echarse a reír al imaginarse la escena.

Yáhlazer volvió a besarla, y ya no hubo vuelta atrás.

La ropa empezó a sobrar. Fue Nyaja la primera en empezar a desprenderse de sus vestimentas. Luego le ayudó a Yáhlazer a quitarse las suyas, y tuvo que hacer un esfuerzo considerable por no esbozar una mueca de horror cuando vio sus cicatrices.

Depositó un suave beso en los moretones de las costillas, como él alguna vez había besado la cicatriz de su brazo izquierdo. Los cardenales de Yáhlazer ya habían pasado del morado al verde y pronto desaparecerían. No podía decir lo mismo de la puñalada del vientre y de la pierna. Eso dejaría cicatriz.

Nyaja dejó estelas de besos por su torso, haciéndole cosquillas con los labios de vez en cuando y arrancándole más de una sonrisa.

Empezó a hacer tanto calor en la tienda que les sobró hasta la manta, que terminó en el suelo.

Nyaja hizo acopio de su magia para rodear la tienda con un escudo, una tarea titánica cuando la excitación luchaba contra la magia por el control de su riego sanguíneo. Pero no quería arriesgarse a que nadie los interrumpiera.

Besó a Yáhlazer cada vez más abajo, cada vez más abajo. Intentó no mirar demasiado las suturas de su vientre antes de depositar apenas un roce de sus labios sobre ellas. Yáhlazer se estremeció, como si la delicadeza de su gesto le hubiera recordado la brutalidad de la herida.

Pero Nyaja no iba a permitir que los pensamientos de Yáhlazer se desviaran. No quería que el dolor o el miedo tuvieran cabida en esa cama.

Se deshizo de la ropa interior de Yáhlazer con uno de sus veloces movimientos y cerró la mano en torno a él. Yáhlazer siseó de placer ante sus caricias, aunque era evidente que trataba de contenerse para que los soldados que montaban guardia a tan solo unos metros de distancia no lo escucharan.

Nyaja lo miró con lo que esperaba que fuera una sonrisa traviesa antes de posicionarse entre sus piernas y besarlo en el centro de su cuerpo. Pero no fue hasta que lo recorrió con la lengua cuando Yáhlazer dejó caer la cabeza hacia atrás y se tapó la boca con la mano para no gemir.

No le dio tregua antes de rodearlo con la boca, y un jadeo se escapó entre los labios y los dedos de Yáhlazer.

—Eres despiadada —murmuró él, bajando la otra mano para

acariciarle el cabello.

Nyaja tuvo que contener la risa para centrarse en lo que estaba haciendo, para que el escudo que rodeaba la tienda no cayera, para que su cuerpo dejara de temblar por la excitación que la recorría.

Pero no se detuvo, alternando su boca con su mano, ni siquiera cuando la respiración de Yáhlazer se aceleró y sus dedos se curvaron sobre su cabello hasta enroscarse con él.

—Nyaja —susurró—. Nyaja.

Parecía incapaz de decir ninguna otra palabra, pero ella sabía lo que estaba provocando sin necesidad de más explicaciones.

Yáhlazer llegó a lo más alto con un gemido que no pudo contener.

Nyaja se apartó, con una sonrisa, y cuando Yáhlazer la vio, removió la pila de ropa con evidente nerviosismo hasta que encontró un pañuelo para ayudarla a limpiarse las manos.

—No soy tan susceptible —murmuró Nyaja, pero dejándose hacer de todas formas.

—Lo siento; no tengo protección aquí —se disculpó, y tiró de ella hasta tumbarla en la cama de nuevo, a su lado.

—No importa. Hay… otras formas —murmuró.

Yáhlazer esbozó una sonrisa pícara antes de empezar a besarla y a acariciarla, dejándole muy claro que no había terminado con ella. Una de sus manos terminó alrededor de su pecho y le acarició el pezón con el pulgar hasta arrancarle un gemido de la garganta.

Lo escuchó sonreír justo cuando se apartaba de ella.

—Súbete —le pidió, con una sonrisa traviesa.

—¿Qué? No —replicó ella—. Te haré daño.

En respuesta, Yáhlazer le regaló una de sus más tiernas sonrisas y una caricia en la cara.

—Tú nunca me harías daño, Nyaja. Pero no me refiero a eso. Levántate, ponte de rodillas y separa las piernas. Yo también quiero saborearte. No creo que pueda hacerlo de otra manera, no hasta que me recupere del todo.

Nyaja se sintió enrojecer hasta la raíz del cabello cuando comprendió lo que le estaba pidiendo.

Yáhlazer le besó una de sus ardientes mejillas, mientras le recorría la espalda con un dedo. Nyaja se estremeció.

—Sé que has puesto un escudo alrededor de la tienda —le dijo al oído—, así que no tienes de qué avergonzarte.

Por supuesto que había visto su cara sonrojada.

Yáhlazer le besó el cuello, y Nyaja no pudo resistirse más. Terminó de desvestirse e hizo lo que él le había pedido. Pero no había terminado de acomodarse cuando Yáhlazer la abrazó por la cintura y le regaló un lametón en esa zona de su cuerpo que ardía en deseos por ser atendida.

Lo que salió de su boca fue más un grito que un gemido, y tuvo que agarrarse al cabezal de la cama para no desplomarse sobre Yáhlazer.

—¿Majestades? —preguntó alguien.

Nyaja sintió que la sangre se le agolpaba en el rostro. La habían escuchado.

Iba a apartarse, mientras pensaba en una excusa lo bastante creíble para explicarlo todo, pero Yáhlazer la tenía bien sujeta y apenas pudo moverse.

—Mi reina ha visto un ratón y se ha sobresaltado —respondió Yáhlazer, con una naturalidad desconcertante—. Pero ya se ha marchado. El ratón, digo.

El guardia murmuró algo que Nyaja no llegó a comprender, pero al menos no mostró ninguna intención por verificar las palabras de Yáhlazer. Nyaja comprobó que el escudo, aunque algo debilitado, seguía en su sitio. Tal vez eso había sido lo único que los había librado de ser pillados en esa escena tan poco ortodoxa.

Nyaja no tuvo tiempo de pensar en nada más antes de que Yáhlazer retomara su hazaña justo donde la había dejado.

Nyaja apretó los labios para evitar que algún otro sonido volviera a salir de ellos y se agarró al cabezal de la cama hasta que los nudillos se le quedaron blancos.

Yáhlazer la besó y la lamió casi con veneración, enviando oleadas de placer por todo su cuerpo hasta que las rodillas le empezaron a temblar. Y cuando su mano se unió al juego, Nyaja finalmente explotó y el tiempo se detuvo en ese preciso instante.

Cuando sus jadeos cesaron, no tuvo fuerzas para seguir sosteniendo el escudo y este terminó por caer.

Apenas fue consciente de cómo se escurría en la cama hasta quedar acurrucada entre los brazos de Yáhlazer.

—¿Un ratón, Yáhlazer? ¿En serio? —preguntó, en cuanto recuperó la energía necesaria para hablar.

Él se echó a reír.

—¿Qué querías que dijera?

—Podrías haber dicho que… —se interrumpió, porque no se le ocurría nada.

Él volvió a sonreír y le besó la frente con cariño.

—Descansa, golondrina —susurró—. Descansa.

Nyaja se movió hasta encontrar una posición cómoda para dormir.

—Buenas noches, Yahl.

CAPÍTULO 49

Izorn sabía que debería estar montando guardia, cuidando de Eishar y de Kehidar, pero esa podría ser su última noche con ellos y ni siquiera él era capaz de desperdiciarla de esa manera.

Izorn y Nyaja partirían al día siguiente. Todo el campamento parecía saber que sería Nyaja quien se enfrentara a Drailon, porque era lo que se esperaba de ella. Pero Izorn le había pedido que no le dijera a nadie que él la acompañaría. Porque si Kehidar y Eishar se enteraban de lo que iba a hacer, insistirían en acompañarlo. Y no quería ver de nuevo a alguno de ellos cerca de Drailon.

Izorn entró en la tienda que compartía con Eishar y Kehidar. No estaba bien montada, y no le sorprendería que se les cayese encima mientras dormían. El campamento se había levantado con prisas solo para pasar la noche y se desmontaría al día siguiente, por lo que el ejército de Dumaria no invertía mucho tiempo en esa tarea.

Eishar, sentada sobre un jergón, terminaba de tomarse la cena. Mientras tanto, Kehidar le contaba historias.

Por un momento, Izorn se imaginó un futuro para los tres, en ese mundo donde nadie les impediría estar juntos. Ahora que sabía que era posible, podía permitirse el lujo de planificar una vida mejor. En ese lugar sí que era posible.

Nyaja era una Veloz, mientras que Yáhlazer había insinuado que era un Domador. A pesar de lo diferentes que eran sus poderes, estaban casados y a nadie le resultaba extraño. Además, una de las primas del rey estaba casada con una humana corriente. En ese mundo no había barreras para el amor. No tendrían que volver a esconderse nunca más.

—Izorn —lo llamó Eishar en cuanto reparó en su presencia.

Kehidar interrumpió su relato.

—¿Tienes que ser siempre tan silencioso? —protestó su hermano, aunque sus labios estaban curvados en una sonrisa.

Izorn no respondió, pero se acercó a ellos, a su familia. Eishar se había quitado las vendas del rostro, pero sus heridas aún no habían

curado. Se dejó caer en el suelo a su lado y la cogió por la barbilla con suavidad para examinarla.

Esas heridas tendrían que estar en su cara, no en la de Eishar.

—No deberías hablar mucho —murmuró—. El médico dijo que te quedarían cicatrices si movías mucho la cara.

—Me dan igual las cicatrices —replicó ella.

Pero a Izorn no le daban igual. Cada vez que la mirara, recordaría que no había podido protegerla, que le había fallado. Recordaría que, por muy buen guerrero que fuera, todas sus habilidades habían sido inútiles cuando más importaban.

—Voy a montar guardia —anunció Kehidar—. Tú necesitas dormir de vez en cuando —lo sermoneó, señalándolo con el dedo antes de marcharse.

Kehidar sabía de sobra que no era así; Izorn siempre había dormido poco y de día. Su hermano había salido de la tienda solo para darles intimidad, algo que no habían tenido desde el incidente del hospital.

—No fue culpa tuya —dijo Eishar, acunándole el rostro entre las manos.

No se la merecía. No se merecía a Eishar ni se merecía su compasión.

—Claro que fue culpa mía. Debí haber imaginado que desconfiaba de mí. Nunca… nunca debí haber ido a verte. Solo te puse en peligro.

Kehidar le había contado que Drailon había desaparecido poco después que él. Lo había seguido hasta el hospital. Pero no había dado su golpe entonces. Por supuesto que no. Ese no era el estilo de Drailon. Había regresado junto a Kehidar solo para decirle lo que iba a hacer, para torturarlo con la impotencia. Y luego se había marchado para dispensar su castigo.

Kehidar, desesperado, había acudido a la única persona que podría detener a Drailon. Y Nyaja había escuchado sus súplicas.

—Tú no podías saber eso —dijo Eishar—. No podemos cambiar lo que ya pasó, Izorn. Pero… pero podemos ser felices a partir de ahora.

Izorn le cogió la mano entre las suyas.

—Lo seremos —le prometió.

Ella apartó la mirada.

—Hay algo de lo que tenemos que hablar —susurró.

—¿De qué?

Eishar se puso nerviosa y tardó varios instantes en recobrar la confianza suficiente para expresar sus pensamientos en voz alta.

—¿Qué… qué vamos a hacer? Me refiero a… a nuestra relación. La de los tres.

Izorn había hablado de eso con Kehidar, pero nunca con Eishar. Había estado tan preocupado por su salud y su seguridad que todo lo

demás en comparación parecía una nimiedad.

—¿Por qué tendríamos que hacer algo? Si me quieres a mí y si también quieres a Kehidar de la misma manera, ¿por qué tendrías que renunciar a una parte de tu felicidad?

—No de la misma manera —confesó—. Pero sí como… pareja. A los dos.

Izorn le acarició la mejilla sana y ella por fin alzó la mirada para encontrarse con la suya.

—Yo te quiero —dijo Izorn—. Y quiero a mi hermano. De diferente manera. Y de la misma forma que no podría escoger entre tú y él, jamás te pediré que elijas entre Kehidar y yo. Y Kehidar tampoco lo hará. Ya… ya lo habíamos decidido.

—Es extraño.

—Lo sé. Pero no hace falta buscarle una explicación. Simplemente sucedió así.

La respuesta de Eishar fue rodearlo con los brazos. Izorn le devolvió el abrazo y le acarició la espalda.

—Aunque tienes que reconocer que es más fácil querer a Kehidar —dijo Eishar, apoyando la cabeza en su hombro—, tú también terminas haciéndote de querer.

Izorn sonrió.

—Creo que me enamoré de ti la primera vez que me regañaste. Le gritaste al asesino más temido de Brunedain, y no tuviste miedo.

Eishar se echó a reír. Y ese sonido pareció revivir alguna parte dormida en el alma de Izorn.

—¿Quieres que vuelva a regañarte por portarte mal? —bromeó.

—¿Cuándo me he portado yo mal últimamente?

—Cuando piensas que estoy enfadada contigo por lo que pasó y te alejas —murmuró, separándose de él para mirarlo a los ojos—. No quiero que te alejes. Quiero que estés conmigo y con Kehidar. Sé que piensas que no te mereces nada bueno por todos los crímenes que has cometido, Izorn. Pero no es verdad. Todo lo que hiciste fue para proteger a Kehidar. Te mereces ser feliz.

Las palabras de Eishar lo dejaron sin habla. Tuvo que frotarse los ojos con la manga de la camisa para detener la humedad que empezaba a acumularse en ellos.

—Te prometo que no descansaré hasta que seas feliz —añadió ella, dándole un beso en la mejilla.

—Entonces ya puedes descansar, Eishar. Porque ya no podría ser más feliz, sabiendo que estamos los tres juntos. Y que tú y Kehidar estáis a salvo.

No del todo, pero pronto lo estarían, cuando Nyaja y él se hubieran encargado de Drailon.

Los ojos de Eishar se llenaron de lágrimas que no se molestó en

detener, y se acercó a él para besarlo en los labios. Izorn la rodeó con los brazos, pero fue ella la que se acercó más, la que se subió a su regazo con lentitud suficiente para que él la detuviera en el momento en el que se sintiera incómodo. Aunque él jamás podría sentirse incómodo estando con Eishar.

Ella le acarició el pelo, el cuello, los hombros, mientras que él paseó las manos por su espalda. Se le marcaban demasiado las costillas, pero sabía que eso también cambiaría. Estaba convencido de que Eishar iba a recuperar las ganas de comer y de vivir. Lo único que ella había necesitado durante todos aquellos años de encierro había sido una familia, un refugio, un lugar donde sentirse en casa.

Eishar le soltó los cordones de la capa negra y esta cayó a su espalda.

Izorn se dio cuenta en ese instante de lo que estaban haciendo, y del rumbo que estaban tomando las caricias de Eishar.

—Espera, Eishar —murmuró, separándose de ella tan solo unos centímetros—. Este no es el lugar.

Ella miró a su alrededor y pareció entender a qué se refería, pero no se apartó.

—Está bien. ¿Duermes conmigo?

—Si eso es lo que deseas, sí.

Ella asintió, pero se quedó un poco más entre sus brazos.

—Debería ser Kehidar el primero —murmuró Izorn, con la cabeza más despejada que hacía unos minutos, cuando le había dado igual el resto del mundo.

Esta vez, Eishar sí que se apartó para mirarlo a los ojos.

—¿Por qué?

—Porque él… él tiene experiencia. Y yo… yo no —le costó confesar.

Nunca le había interesado nadie lo suficiente como para hacerlo. De hecho, ni siquiera lo había intentado. Nunca había tenido interés en llevarse a nadie a la cama. No hasta que conoció a Eishar, y ella se coló en todos los recovecos de su corazón.

Pero si a Eishar le sorprendió ese dato, no lo demostró. En su lugar, ella sonrió.

—Entonces somos dos —confesó, a su vez—. Aunque ya lo sabía. Kehidar me lo dijo.

—A Kehidar le gusta mucho irse de la lengua —rezongó.

Eishar se rio.

—Y me dijo que no me tocaría hasta que lo hubieras hecho tú —susurró Eishar—. Porque no quería quitarte eso y porque te lo mereces.

—Eso es una estupidez. Tú no eres ningún premio.

—Creo que Kehidar solo intenta que los dos, tú y yo, nos sintamos

más cómodos.

Izorn sonrió.

—Eso se parece a algo que haría mi hermano.

Eishar le dio otro beso corto en los labios.

—Cuando todo termine —le prometió ella, tumbándose en el jergón.

—Cuando todo termine —susurró Izorn, colocándose a su lado. Eishar se enredó entre las mantas y entre sus brazos antes de apoyar la mejilla sana en la almohada. No tardó en quedarse dormida.

Pero Izorn apenas pudo conciliar el sueño esa noche.

«Cuando todo termine», le había prometido a Eishar. Pero no sabía cómo iba a terminar esa batalla.

Izorn se levantó mucho antes de que saliera el sol. Se movió con cuidado para no despertar a Eishar, aunque no pudo evitar regalarle un beso en la sien antes de marcharse. Ella ni se inmutó.

Salió de la tienda, pero todas sus plegarias rogando que Kehidar se hubiera quedado dormido habían sido en vano.

Izorn abrió la boca para decirle que había venido a relevarlo y que se fuera a dormir, pero su hermano se le adelantó.

—Llevamos juntos desde antes incluso de nacer —dijo—. Sé lo que tramas. Y, como siempre, has decidido dejarme al margen.

Izorn no quería confesar, aunque parecía que Kehidar ni siquiera necesitaba una confirmación por su parte. Había hablado con seguridad.

—Tú tienes que cuidar de Eishar mientras no estoy.

Kehidar suspiró.

—¿Qué voy a decirle cuando se despierte y se dé cuenta de que no estás? —preguntó.

—Le dices que la quieres y que tú nunca la abandonarás. Dile que… dile que tengo que hacerlo. Que nunca dormiremos sin pesadillas hasta que lo haya matado. Dile que todo lo hago por ella… y por ti, hermano mío.

Kehidar parecía a punto de echarse a llorar, sentado en el suelo y abrazándose las rodillas.

—No es justo que siempre seas tú el que se sacrifica —protestó, poniéndose en pie para abrazarlo con fuerza.

Izorn le devolvió el abrazo a su hermano y se permitió cerrar los ojos durante un instante para que el resto del mundo desapareciera.

—No podemos dejar a Eishar sola. Y alguien tiene que asegurarse de que ese monstruo está bien muerto.

—Prométeme que no vas a hacer locuras.

—No puedo prometerte eso.

—Tú no eres un héroe. No tienes por qué hacer esto —replicó Kehidar, tratando de hacerlo cambiar de idea.

—No para el mundo, pero sí lo soy para ti y para Eishar. Jamás dejaré que vuelva a haceros daño. Jamás.

Sus palabras sonaron tan duras que Kehidar se apartó.

—Izorn —susurró—. Te necesito.

Le puso una mano en el hombro a Kehidar y le dio un apretón cariñoso.

—Todo se arreglará —prometió.

Y antes de que Kehidar pudiera volver a retenerlo, se dio la vuelta y se marchó. No era capaz de decir adiós, de arriesgarse a que esa fuera la última palabra que Kehidar escuchara. Ni siquiera se había atrevido a despedirse de Eishar.

Se encontró con Nyaja en las afueras del campamento, cargando con una bolsa de provisiones en el hombro. Sus ojos castaños enrojecidos le indicaban que para ella tampoco había sido agradable esa despedida. Pero no lloraba, como buena soldada entrenada por Brunedain.

Esa bestia voladora de abundante pelo blanco que solo obedecía a Nyaja se había enroscado en el suelo, no muy lejos de ella. Aunque esa criatura todavía parecía ser un cachorro, la había visto destrozando el brazo de un soldado de la Guardia Roja. Izorn no quería tener pleitos con ese monstruo.

—Vámonos —dijo Nyaja, con dirigencia militar—. Antes de que se despierten.

Esa última frase confirmó las hipótesis de Izorn. Al igual que él mismo, Nyaja tampoco había pronunciado ese adiós.

CAPÍTULO 50

Yáhlazer saboreó la angustia durante unos instantes cuando estiró el brazo y no encontró el cuerpo cálido de Nyaja a su lado. Pero suspiró al comprender que lo que había pasado la noche anterior era la única despedida que Nyaja se atrevería a dedicarle.

—Buenos días, tortolitos —dijo Miravien desde fuera, sin atreverse a entrar todavía.

Al parecer, Nyaja no solo no se había despedido de él, sino que no se había despedido de nadie.

—Buenos días, Mira. Puedes entrar —respondió Yáhlazer, lo bastante alto como para que su prima lo escuchara desde el otro lado.

Miravien entró luciendo una sonrisa triste, una sonrisa que fue desapareciendo poco a poco a medida que sus ojos azules escaneaban la estancia y no hallaban en ella a Nyaja.

—¿Dónde está Nyaja? —preguntó, aunque la desesperación que brotaba de su voz parecía indicar que ya lo sabía, pero que esperaba que alguien le confirmara lo contrario.

—Se ha marchado —informó Yáhlazer—. Como dijo que haría.

—¡¿Y por qué no se ha dignado siquiera a despedirse?! —estalló.

Yáhlazer suspiró. Él no tenía ánimos suficientes para consolar a Miravien. Pero, aun así, su prima necesitaba una explicación.

—Porque tal vez la habríamos convencido para quedarse o para aceptar nuestra ayuda. Y ella sabe que no puede quedarse, o permitirnos que la acompañemos. Si va enfrentarse a Drailon, tiene que hacerlo sola. Él aprovecharía cualquier debilidad de Nyaja, y no podemos convertirnos en una.

Miravien resopló y se sentó en la silla que estaba al lado de su cama, esa que rara vez se encontraba vacía.

—No me gusta dejarla sola —confesó Miravien, acariciando con los dedos las gemas blancas y violetas de su collar con nerviosismo—. Ha estado sola demasiado tiempo y ahora que…

—¡Majestad!

Un soldado entró corriendo en la tienda, sin esperar una

invitación y jadeando por el esfuerzo de haber llegado corriendo. Esas prisas solo podían tener una explicación: problemas.

Yáhlazer empezó a incorporarse en la cama, mientras un sudor frío le bajaba por la espalda, imaginándose el peor de los escenarios. Sintió tirones en los puntos de sutura, pero la preocupación ni siquiera le permitió sentir el dolor de sus heridas aún sin cicatrizar.

—La princesa Lírala ha desaparecido —informó el soldado.

—¡¿Qué?! —exclamó Miravien, levantándose de la silla.

—La princesa Ronnara se dio cuenta de que no estaba en su tienda esta mañana, y si no está aquí…

Yáhlazer ni siquiera le dejó terminar la frase.

—Ha ido a buscar a Nyaja —comprendió.

—¡¿Qué?! —repitió Miravien, esta vez todavía más sorprendida.

—Ha debido de verla marchar y se ha ido con ella. Es algo que haría Lírala —le explicó Yáhlazer—. Ya se escapó una vez para venir hasta aquí.

Miravien comprobó que tenía el abrigo bien abotonado y se precipitó hacia la puerta.

—Voy a buscar a esa niña inconsciente.

—Hay algo más, majestad —prosiguió el soldado.

Miravien se quedó parada en medio de la habitación, como si su mente se hubiera quedado bloqueada por la tensión. El labio inferior de su prima empezó a temblar.

—Los exploradores han encontrado a un niño brunedano en la ronda de esta mañana. Estaba perdido y pensamos que intenta decirnos que quiere hablar con su majestad la reina.

Esta vez fue el turno de Yáhlazer de quedarse en blanco. ¿Qué más querían los brunedanos de Nyaja? ¿No le habían quitado ya bastantes cosas como para seguir tras ella? ¿Y por qué enviaban a un niño? Yáhlazer apretó los dientes al descifrar la retorcida estrategia de los brunedanos: aprovecharse de la inocencia de los niños para manipularlos y hacerlos obrar a su antojo.

Estaba harto de ver cómo se repetía el mismo esquema una y otra vez.

—Mira, ayúdame. Quiero hablar con ese niño.

Alguien le había colocado una capa sobre los hombros al niño brunedano, aunque él seguía temblando debajo de esa tela que le venía demasiado grande. Tenía delante un plato de sopa todavía humeante que no había tocado y hacía esfuerzos por comunicarse con uno de los oficiales de alto rango, que parecía no entender ni las palabras en brunedano ni los exagerados aspavientos del niño.

En cuanto Yáhlazer entró en escena, apoyado en Miravien para

poder caminar sin romperse las suturas, todos se hicieron a un lado, aunque seguían estando lo bastante cerca como para proteger a su rey de cualquier posible amenaza.

El revuelo alertó al niño, que volvió sus ojos hacia ellos.

—Por favor, tengo que hablar con Nyaja —insistió—. Tengo que darle un mensaje.

Yáhlazer frunció el ceño; esto no era lo que estaba esperando.

—¿Qué mensaje? —preguntó Miravien, que hablaba en brunedano con bastante fluidez.

—Una carta, señora —respondió—. Me envía Kandell de Soenaya. Me dijo que tenía que entregarle una carta a Nyaja. ¿Es usted Nyaja?

Miravien sacudió la cabeza.

—No, soy su prima. Nyaja se ha marchado esta mañana y…

—Es muy importante, señora. Kandell dijo que era muy importante.

Miravien miró a los lados, como si esperara encontrar a Nyaja entre la multitud.

—¿Cómo sé que te envía Kandell de Soenaya?

—Él… él sabe cosas sobre Drailon. Por eso tengo que entregarle esta carta a Nyaja. Él me dijo que solo podía entregársela a Nyaja. ¿Conocéis a Kandell, señora?

Miravien asintió.

—No tengo ninguna forma de demostrar que me envía Kandell, pero sí puedo demostraros que no estoy con ella. Colmillo de Serpiente va a atacar vuestra ciudad. Tenéis que detenerla.

—Lo sabemos —respondió Miravien, haciendo un visible esfuerzo por sonreír y demostrarle al niño que confiaba en sus palabras.

—¿Cómo lo…?

El joven interrumpió su discurso y se quedó boquiabierto, mirando hacia algo que estaba detrás de ellos.

Cuando Yáhlazer se giró, descubrió a uno de los gemelos. No sabía cuál de los dos, pues era muy difícil distinguirlos solo por su físico.

El Lunasol se detuvo en seco al observar a su compatriota, y algo en su rostro indicaba que conocía al niño que estaba ante ellos. Sus sospechas no tardaron en confirmarse.

—¿Cómo has llegado hasta aquí? —preguntó, sorprendido.

El niño seguía mirándolo con los ojos desorbitados.

—¿Kehidar? —preguntó Yáhlazer, queriendo reconocer al más sociable de los dos hermanos.

El Lunasol asintió con la cabeza.

—¿Puedes decirnos quién es este niño? —inquirió Yáhlazer.

—Es un Lunasol anómalo. Hace unos meses, Drailon me ordenó llevarlo a la Escuela de Diamante para que espiara a Kandell de

Soenaya. Pero ahora que Kandell ha muerto…

—No está muerto —respondió el niño—. Le dispararon, pero sobrevivió. Kandell de Soenaya me dijo que tenía que entregarle una carta a Nyaja.

—Pero Nyaja se ha marchado —dijo Kehidar, con tanta seguridad que…

—¿Cómo sabes eso? —preguntó Yáhlazer. Si Nyaja no le había dicho a nadie que se iba, ¿cómo podía saberlo Kehidar?

El Lunasol se volvió hacia él con una mirada triste. Cuando habló, lo hizo en dumariano.

—Porque mi hermano se fue con ella.

Poco después, Yáhlazer descubrió que Árim e Ikair también habían desaparecido. Aunque eso no tenía tanto misterio: seguro que Lírala había vuelto a convencerlos para unirse a otra de sus temerarias aventuras. Así que, con ellos dos, eran cinco los «desaparecidos».

Yáhlazer le dejó a Siánevir la tarea de organizar una partida de soldados para llevar al niño brunedano hasta Nyaja, estuviera donde estuviese, y que, de paso, consiguieran arrastrar a Lírala, Árim e Ikair de vuelta a un lugar seguro.

Por otro lado, Kehidar ya había manifestado que sería inútil tratar de convencer a su hermano de que se retirara y dejara que fuera Nyaja la que se enfrentara sola a Drailon. Además, a diferencia de los tres niños, Izorn sabía muy bien en qué clase de infierno se estaba metiendo. Y a Yáhlazer le alegraba saber que Nyaja no tendría que recorrerlo sola. Izorn conocía a Drailon mejor que cualquier otra persona, era un gran mago y mejor guerrero. Juntos, Nyaja e Izorn tenían más posibilidades de salir victoriosos de esa locura.

Pero Yáhlazer sabía que, por mucha ayuda que Nyaja recibiera, seguía recayendo sobre sus hombros la dura tarea de tener que enfrentarse a su propio padre y, en beneficio del resto del mundo, asesinarlo.

CAPÍTULO 51

Nyaja e Izorn se alejaron del lugar donde había acampado el ejército dumariano tanto como les fue posible antes de que alguien reparara en su ausencia. Durante varias horas, deshicieron el camino que habían recorrido el día anterior. Cuando se enfrentaran a Drailon, lo harían lo más lejos posible de las personas que podría usar para herirlos.

Pararon a descansar a medio día cerca de un riachuelo para rellenar las cantimploras.

Xantra, que había estado volando por encima de sus cabezas durante toda la mañana, también descendió para refrescarse en el agua helada que bajaba desde las montañas. Le soltó un gruñido de desconfianza a Izorn, pero no hizo el ademán de atacarlo.

El Lunasol, por su parte, fulminó con la mirada a la criatura, con una mezcla de odio y miedo, pero, al menos, conservó los puñales en su lugar.

Nyaja suspiró de forma casi imperceptible. Esperaba que aprendieran a tolerarse más pronto que tarde o iba a tener que intervenir.

—¿Crees que Drailon estará buscándonos? —preguntó Nyaja, para llenar el silencio que los había acompañado toda la mañana.

—No tengo dudas de que así es. —Izorn dio un trago de agua antes de seguir hablando—. Si nos enfrentamos a él, y no podemos matarlo… sal corriendo.

Nyaja estaba a punto de decirle que no iba a seguir huyendo de Drailon, pero Izorn no había terminado.

—Solo prométeme que, como reina de Dumaria, les permitirás a Kehidar y a Eishar quedarse a vivir en tu país.

—Como reina de Dumaria, te prometo que los tres podéis quedaros a vivir aquí. Vamos a derrotarlo, Izorn —dijo, con convicción, girando la cabeza para mirarlo a los ojos—. Tenemos que derrotarlo. O nadie podrá pararlo.

Izorn señaló con la cabeza a su muñeca derecha, donde

descansaba la Piedra de Amatista.

—¿Has visto algo útil? —preguntó.

Nyaja suspiró, poniéndose en pie y sacudiéndose el polvo de la ropa. A unos metros de distancia, Xantra captó su movimiento y se despertó de su siesta.

—Nada que nos sirva para derrotar a Drailon. Solo veo cosas que pasaron hace mil trescientos años.

—¿Y qué pasó exactamente hace mil trescientos años? —inquirió Izorn, levantándose del suelo.

—Hubo una guerra. Los humanos corrientes querían controlar a los magos. Algunos magos no estaban de acuerdo, pero otros creían que era lo más adecuado. Y los dos bandos se enfrentaron entre sí.

Izorn esbozó una sonrisa sarcástica.

—El que no conoce la historia, está condenado a repetirla —murmuró.

Nyaja ya había llegado a la conclusión de que se encontraban en una situación similar. Sin embargo, en el pasado sucedió algo diferente.

—Hace mil trescientos años, se crearon las Piedras de la Vida. Al principio, decidieron llamarlas las Piedras de la Muerte.

—Qué alentador —comentó Izorn, con ironía.

Nyaja se puso en marcha. Izorn la siguió, mientras que Xantra volvió a alzar el vuelo. Nyaja se preguntó si en algún momento se le acabaría la magia para seguir volando.

—Las crearon unos magos que se llamaban a sí mismos «Unión por la Paz». Pero su forma de conseguir la paz era con más muerte. Pretendían asesinar a los dos magos que lideraban cada uno de los dos bandos, para que la guerra terminara, junto con sus secuaces más poderosos. Las Piedras de la Vida… se suponía que las Piedras de la Vida absorberían sus poderes hasta matarlos.

Izorn dio un respingo y volvió a fijarse en la muñeca de Nyaja.

—Drailon y yo estuvimos cerca de las cinco Piedras de la Vida y seguimos conservando nuestra magia… y nuestra vida.

Nyaja también había estado cerca de ellas y no había sufrido una pérdida de sus poderes.

—No entiendo la clase de magia que emplearon, pero sí sé una cosa. Esos magos eran más poderosos que cualquiera de nosotros, eran mucho más peligrosos y estaban desesperados por terminar la guerra. Tal vez modularon las Piedras de la Vida para que solo absorbieran la magia más poderosa. Por eso a nosotros no nos afecta, porque nuestros poderes no se comparan con los suyos.

»Ramja Prydor me dijo que los magos somos cada vez menos poderosos. Me dijo que somos como los animales de poblaciones pequeñas. Nuestra magia se está agotando como fruto de

reproducirnos tantas veces dentro de un grupo limitado. O algo así. Nunca saqué buenas notas en ciencias naturales.

Izorn no parecía convencido con su explicación.

—O tal vez se trate simplemente de que no sabemos cómo usarlas —comentó el Lunasol, encogiéndose de hombros. A Nyaja, en alguna ocasión, le habían dicho que la explicación más sencilla solía ser la correcta. Se preguntaba si a Izorn le habrían enseñado lo mismo—. Tal vez las diseñaron para que tengan que ser activadas de alguna manera. Como una pistola, que no dispara a menos que aprietes el gatillo.

»Drailon pensó que las activaría conectándolas todas con una cadena de plata, que después se puso al cuello. Hubo un estallido de poder, y se levantó una extraña niebla marrón, pero no pasó nada más.

Nyaja casi se había olvidado de ese episodio. En aquel momento, había estado demasiado preocupada por el estado de Yáhlazer, y por impedir que Drailon hiciera algo terrible con las Piedras.

—En la niebla había… rostros —susurró, recordando. Un escalofrío le corrió por la espina vertebral.

—Tal vez fueron imaginaciones tuyas —propuso Izorn, sacudiendo la cabeza, aunque no parecía convencido de su propia explicación.

—No, hay algo de las Piedras que todavía no conocemos.

—Por si acaso, no te quites todavía la Piedra de Amatista. Tal vez tenga algo más que contarte.

Hacía bastante tiempo desde que la Piedra de Amatista le había regalado el último recuerdo de Maecys. Tras eso, tal vez se hubieran llevado las Piedras de la Vida para culminar el plan y ya no hubo forma de que Maecys pudiera volver a tocarlas.

Tampoco sabía qué bando había ganado esa guerra. Los libros de historia coincidían en un detalle crucial: las muertes en ambos bandos habían sido tan desorbitadas que era muy difícil discernir quién se había llevado la victoria. Además, si debía de ser fiel a la realidad, los verdaderos vencedores de ese conflicto habían sido los humanos corrientes, ya que, tras él, los magos fueron perdiendo cada vez más poder hasta que, trece siglos después, Brunedain había encontrado la manera de someter a todos los magos.

Además, Nyaja desconocía si algún mago había vuelto a tocar la Piedra de Amatista durante todo ese tiempo hasta que lo había hecho Drailon. Por lo tanto, era imposible saber si quedaba algo por descubrir en esa gema de color violeta.

—Debemos continuar —decidió Nyaja.

Izorn miró hacia el lejano horizonte y asintió.

—Cuanto más lejos esté Drailon de tu familia y de la mía, mejor.

No se encontraron con Drailon durante ese día, ni durante el día siguiente. No obstante, se detuvieron antes de alcanzar las montañas. No querían que Drailon y sus escasas tropas les tendieran una emboscada en los estrechos pasos de montaña.

Así que dedicaron su tiempo libre a entrenar juntos. Nyaja tenía que reconocer que, para ser un mago de la naturaleza, Izorn manejaba los puñales con maestría. Pero no era lo bastante rápido. Nunca sería lo bastante rápido para vencer a Drailon él solo. Tendría que ser Nyaja la que diera el golpe de gracia.

No le importaba demasiado, en realidad. No le importaba ese vínculo de sangre que la unía con Drailon. A él tampoco le había afectado cuando la había encerrado en una celda de titanio ni cuando la había torturado.

Izorn consiguió encender un fuego reflejando luz a través de un cristal. Nyaja lo dejó avivando la llama para que no se apagara mientras se dirigía al río a llenar las cantimploras. Mientras descendía hasta la ribera, escuchó crujidos de la hojarasca que no se correspondían con sus movimientos.

Alzó un escudo en torno a ella de inmediato y escrutó las sombras en busca de alguna posible amenaza.

Se giró hacia el claro donde había dejado a Izorn. Con esa sutilidad suya, había sacado un puñal que afilaba con la piedra de afilar. Había escuchado el ruido y estaba alerta, pero fingía lo contrario.

Nyaja podía centrarse en descubrir qué los acechaba. Se movió con sigilo por la orilla del río, en dirección al sonido que había escuchado.

Tal y como se había imaginado, no era un animal lo que se escondía detrás de un gran sauce. Sacó uno de sus puñales de la vaina tratando de hacer el mínimo ruido posible. Siguió avanzando hacia la figura, y cuando echó a correr y rodeó el árbol, con el puñal en alto…

—¡No me lo puedo creer! —exclamó.

Izorn apareció a su lado sorprendentemente rápido, con un puñal en cada mano. Pero dejó caer los brazos a los costados en cuanto vio lo mismo que Nyaja.

La espalda de Lírala estaba pegada al tronco del árbol, con las manos en alto, a ambos lados de la cara. Nyaja había logrado asustarla, aunque no se arrepentía de ello.

—¿Qué haces aquí?

—Hacéis —la corrigió Izorn, sacando a Árim de detrás de otro árbol.

Ikair apareció él solo, sacudiéndose las hojas y ramitas de la ropa.

—¡¿Os habéis vuelto locos?! —los regañó Nyaja.

—Solo queríamos ayudar —protestó Lírala.

—¿Ayudar?

—Vais a enfrentaros a Drailon —prosiguió Lírala—. Os escuché hablando a ti y a Yahl. Queríamos ayudar; somos magos poderosos.

Izorn sacudió la cabeza.

—No conoces a Drailon —murmuró, sombrío.

Nyaja casi pudo sentir cómo Lírala se estremecía.

—Y vosotros dos —añadió Izorn, en brunedano, pero con un acento dumariano muy marcado, dirigiéndose a Árim e Ikair—. Como os encuentre la Guardia Roja, os matará. Mi hermano y Kandell no os pusieron a salvo en Dumaria para que arriesguéis vuestras vidas de forma tan estúpida.

Eran palabras duras, pero eran la verdad.

Los dos chicos dejaron caer la cabeza, arrepentidos. Lírala, no.

—Alguien tiene que encargarse de la Guardia Roja mientras vosotros dos os enfrentáis a Drailon —replicó Lírala—. Eso es algo que podemos hacer nosotros. Ikair se enfrentó él solo a un ejército entero y los hizo huir.

—Eran onduranos —gruñó Nyaja—. En la Guardia Roja hay magos.

—Y los que no son magos, saben cómo matarnos —añadió Izorn —. Tienen armas que disparan balas de titanio.

Lírala pareció quedarse sin argumentos durante unos segundos. Pero, como de costumbre, no tardó en encontrar la manera de rebatir.

—Mi hermana me contó que con sus poderes de Eléctrica pudo crear un campo electromagnético para desviar balas de titanio. Yo también soy una Eléctrica.

Izorn esbozó una sonrisa sardónica, pero Nyaja no lo dejó decir lo que debía de estar pensando. Ya los habían asustado lo suficiente.

—Eso fue peligroso y era una situación desesperada. Esto es diferente. Vamos a llevaros a un lugar seguro y no quiero volver a veros merodear cerca de ningún ejército de Brunedain. Es una orden, Lírala.

La joven resopló, indignada, pero no replicó más.

—Estamos a medio día de distancia de Virzara —prosiguió—. Os llevaremos allí.

Lírala abrió los ojos como platos y le sujetó el brazo a Nyaja cuando pretendía darse la vuelta para marcharse.

—No, Nya, a Virzara no. A cualquier sitio menos a Virzara. Mi madre me encerrará en mi habitación y no me dejará salir en un mes.

—Entonces perfecto. Dentro de un mes, esta guerra habrá terminado y no podrás meterte en problemas y arrastrar a Árim y a Ikair contigo.

La mandíbula de Lírala se descolgó del resto de su cara, en una

mueca exagerada de indignación. Pero, al menos, no siguió insistiendo.

Nyaja encabezó la marcha hacia Virzara, mientras que Izorn la cerraba, como si temiera que Lírala volviera a intentar escaparse. No era tan descabellado como pudiera parecer.

En la campiña dumariana contaban con una amplia panorámica de los alrededores. Y fue por ese motivo por el cual Nyaja detectó a un grupo de gente a varios cientos de metros de distancia.

Se quedó inmóvil y sus manos se desplazaron hasta sus puñales.

—¿Qué pasa? ¿Qué has visto? —Izorn apareció a su lado en unos segundos, con la mano derecha aferrando la empuñadura de una de sus armas.

Nyaja señaló con la cabeza la dirección en la que había detectado las figuras humanas.

Izorn se quitó las gafas de sol, que llevaba puestas incluso aunque el día estuviera nublado para protegerse de sus propios poderes.

—No visten de rojo —le aseguró el Lunasol.

—¿Estás seguro?

Nyaja trató de centrar su mirada lo máximo posible, pero el grupo de personas estaba demasiado lejos como para distinguir el color de su ropa.

—¿Crees que la Guardia Roja usaría otros uniformes para pasar desapercibidos? —se le ocurrió a Nyaja.

—Es una posibilidad que no podemos descartar.

—¿Son enemigos, Nya? —preguntó Lírala, situándose a su lado y mirando en dirección a los desconocidos.

—Son siete —contó Izorn, tras unos segundos en los cuales las figuras se fueron acercando más.

—¿Esa buena vista que tienes también forma parte de tus poderes como Lunasol? —preguntó Nyaja.

Izorn se encogió de hombros.

—A saber…

Pero a medida que se iban aproximando, Nyaja fue captando más detalles. Tal y como Izorn había afirmado, no vestían de rojo, sino de algún color claro. Blanco y azul cielo, comprendió, cuando estaban todavía más cerca. Sin embargo, no podían rechazar la posibilidad de que fueran soldados de la Guardia Roja que hubieran robado uniformes dumarianos.

Pero Nyaja no tardó en comprobar que solo seis de las siete personas vestían con ese uniforme. El séptimo parecía un niño y vestía ropas oscuras. Ropas que, por su corte, no eran dumarianas.

Nyaja frunció el ceño, sin entender lo que estaba viendo.

—Voy a adelantarme a hablar con ellos —propuso Nyaja—. Tú quédate aquí —le dijo a Izorn. Luego se giró para volverse hacia los tres niños—. Lírala, Ikair, apoyad a Izorn solo si está en problemas. Árim… tú reserva tus habilidades por si todos los demás caemos, ¿de acuerdo?

Todos asintieron, conformes con el plan.

Nyaja se enfocó en las siete figuras que se acercaban, dejó que su magia fluyera por sus venas y echó a correr.

Mientras sus pies se deslizaban por el suelo casi sin tocarlo, Nyaja trató de enfocarse en lo que tenía delante. Iba demasiado rápido como para reconocer los rostros de las personas que tenía ante sí, pero se creía capaz de identificar a Drailon en cualquier parte. Y no estaba entre ellos.

Pero eso no significaba que no se encontrara en algún punto cercano, escondido, aguardando a que Nyaja hiciera justo ese movimiento, dejando desprotegidos a los demás.

Nyaja se detuvo a una distancia prudencial y descubrió que sus rostros le resultaban vagamente familiares. Los sobresaltó hasta tal punto que algunos desenvainaron sus armas. Pero uno de ellos la reconoció al instante.

—¡Majestad! —exclamó un soldado, en dumariano, lo cual le confirmó que eran aliados—. Hemos venido a buscarla porque este niño —anunció, colocándole una mano en el hombro— tiene algo para usted.

El niño se la quedó mirando con admiración y tardó unos segundos en reaccionar, como si se hubiera quedado embelesado. Con las manos temblorosas, el muchacho empezó a hurgar en un bolsillo situado en el forro de su abrigo hasta sacar un papel arrugado.

Miró al soldado a su lado como pidiendo permiso, y este asintió. El niño empezó a caminar en dirección a Nyaja y le entregó un sobre arrugado y con los bordes desgastados. Parecía que la carta había sufrido bastantes vicisitudes en su viaje.

—Es para usted, señora Nyaja —murmuró, tendiéndole la carta—. Es de parte de Kandell de Soenaya. Me dijo que era muy importante y que tenía que entregársela a usted en persona.

—¿Kandell te ha enviado desde Brunedain solo para entregarme una carta? —se sorprendió ella, girando el sobre en busca de la solapa que lo mantenía cerrado. Estaba pegada con cola, y nadie parecía haberlo manipulado.

—Es sobre Drailon, señora.

Nyaja escuchó pasos a su espalda y descubrió a Izorn y a los niños acercándose. Parecían haber comprendido que no había peligro ante la pasividad de Nyaja.

Nyaja volvió a mirar al joven que le había traído la carta. Pero él

se había quedado mirando a Izorn con la cara desencajada.

—No va a hacerte daño, tranquilo —lo consoló Nyaja—. Ahora está de nuestra parte.

El niño negó con la cabeza.

—Estabas… estabas en…

—Has visto a mi hermano, no a mí —masculló Izorn.

El niño todavía parecía confundido cuando Nyaja se volvió hacia los soldados dumarianos.

—Nos disponíamos a llevar a la princesa Lírala, a Árim y a Ikair a Virzara. Aunque para estos niños cualquier vigilancia es poca. Me preguntaba si podrían acompañarnos.

—Por supuesto, majestad —respondió una soldada—. Las órdenes del rey también incluían conducir a estos pícaros a un lugar seguro.

—Estupendo entonces.

Esa noche, mientras acampaban en la desolada campiña dumariana, Nyaja escogió el primer turno de guardia, que compartió con otro soldado.

Bajo la luz del fuego, por fin se decidió a abrir la carta que Kandell le había enviado. Se preguntaba qué podría ser tan importante para que Kandell hubiera expuesto a ese joven Lunasol a tantos peligros solo para que esa carta terminara en su poder.

Nyaja rasgó la solapa con su puñal y sacó los folios del interior del sobre. A pesar del mal aspecto del papel, la tinta no se había corrido y el texto era legible.

Querida Nyaja:

Lamento las circunstancias en las que he tenido que entregarte esta misiva. Y también lamento no haber podido transmitirte todo esto en persona. Me temo que llegué tarde para liberarte de tu prisión, pues yo también me encontraba en una.

Pero no quiero extenderme más de lo necesario. Te he enviado esta carta porque considero que podría serte de ayuda todo lo que he descubierto de los Hártimer en estos años. Supongo que, a estas alturas, ya sabrás que esa es la línea de sangre a la que perteneces en realidad.

Drailon Hártimer nació en el año 1505 en un barrio periférico de Tranteria. O, al menos, eso es lo que consta en el registro civil. Se crio con su madre, su tía y sus dos hermanos mayores. Desconozco por completo si alguno de ellos era también un Veloz, o si lo era su madre, o su padre desaparecido. Eso es algo que solo Drailon sabrá.

Unos años después, se notificó un avistamiento de un mago en el barrio donde vivía Drailon (algo sospechoso, ya que, como sabrás, los tres

barrios destinados a magos en Tranteria están en el centro de la ciudad). Los niños afirmaron que vieron a uno de sus amigos salir corriendo mucho más rápido que cualquier persona normal. El caso se desestimó por falta de pruebas, y no aparece el nombre de Drailon en el atestado. Pero podemos suponer que se trataba de él, ya que, ese mismo día, los Hártimer abandonaron Tranteria.

Durante la siguiente década tuvieron muchas residencias, como si estuvieran huyendo de algo. Tal vez, así fuera. De nuevo, eso es algo que solo el propio Drailon sabrá.

La madre de Drailon murió por una enfermedad cuando este tenía 21 años. Debió de ser un duro golpe para Drailon, ya que, tras esto, abandonó a su familia y se marchó al este de Brunedain, donde el Parlamento todavía no ha podido erradicar todas las leyendas. Tal vez lo que allí encontró lo volvió un fanático, pues, a su regreso a Tranteria, se alistó en la Guardia Roja. Drailon, que no había recibido instrucción militar en su vida, resultó ser un gran soldado, lo que la Guardia Roja tuvo en alta consideración. Si en algún momento alguien sospechó que era un mago físico, lo mantuvo en silencio.

Ascendió puestos muy rápido, hasta que llegó a lo que parecía estar ambicionando: un puesto como espía, para poder viajar a Dumaria.

Durante los siguientes cuatro años viajó varias veces a Dumaria con labores de espionaje. Pero parecía ser que esto tampoco le convencía, o que estaba lejos de cumplir sus objetivos, fueran cuales fuesen. Desertó de la Guardia Roja y se alistó en las milicias del Partido Azul. De nuevo, no le costó escalar puestos hasta llegar a cargos de cada vez mayor responsabilidad.

Drailon comenzó a ganar popularidad y, si atendemos a los rumores, tuvo varias amantes durante los años siguientes. No creo que sean solo rumores, pues algo que ahora tengo claro es que Drailon quería conseguir, a toda costa, un vástago como él: un Veloz, uno que pudiera hacerle el trabajo sucio. También encontró (no sé muy bien dónde) a un asesino Lunasol dispuesto a quitar del medio a quienes le hacían sombra, o a quienes, dentro de su partido, no compartían sus ideales. Sabes que te estoy hablando del Cuchillo Silencioso.

Lo que hizo con todos los hijos que concibió antes de tenerte a ti es un misterio. Podemos suponer que, valiéndose de su influencia, los dio en adopción, como también hizo contigo cuando tenías dos años.

Miravien y Bryla (salúdalas de mi parte) me han confirmado que ya conoces esa historia, así que saltaré unos años en el tiempo.

Hace diez años, Drailon fue propuesto como Director General del Partido Azul de cara a las elecciones, unas elecciones que, como sabrás, fueron un éxito rotundo para el Partido Azul. Algo que quizás no sepas sobre la Ley Electoral es que no importa a quien se vote, pues los resultados de las elecciones se amañan para que el Partido Blanco y el

Partido Azul se turnen en el gobierno en función de los acuerdos que establezcan. Es una falsa sensación de democracia, que mantiene al pueblo tranquilo, y que evita rebeliones. Aunque no a todos nos convencen con esta farsa.

El día que Drailon Hártimer se convirtió en presidente de Brunedain, yo me presenté ante él. Una ley muy antigua establecía que era el deber del Guardián de la Piedra de Diamante informar al presidente sobre la existencia de la Piedra de Diamante y sobre su peligrosidad. Hoy sé que fue un error hablarle sobre un objeto mágico tan poderoso a alguien obsesionado con el poder. Pero, por desgracia, no se puede cambiar el pasado. Solo espero que, entre los dos, podamos resolver este entuerto.

A Drailon no le sorprendió demasiado mi historia sobre las Piedras de la Vida. No me cabe duda de que ya había escuchado hablar de ellas, y ya se había convencido de que la leyenda era real. Sin embargo, no volvió a mencionarlas, y yo pensé que no le interesaban. Pensaba que sus intereses estaban puestos en otro punto: hacerse con el control absoluto de Brunedain.

Drailon también me confesó que él era un mago anómalo, como yo, y que llevaba toda su vida sufriendo las consecuencias de serlo, como yo. Pero, a diferencia de lo que me sucedía a mí, él había sabido ocultarlo. Aunque solo descubrí que era un Veloz muchos años después. También me confesó que tenía una hija (tú) con sus mismos poderes. Me pidió que usara mis poderes como Nublador para que nadie sospechara del interés que Drailon depositaba en ti, para que fueras invisible y que todo el mundo pensara que eras una Escudo normal.

Pero, además, Drailon cambió las leyes para retrasar las elecciones, ilegalizó la formación de nuevas agrupaciones políticas y un largo etcétera. Me duele confesar que yo le ayudé, porque pensaba que estaba tratando de ayudar a los magos. Aunque no tardé mucho en comprender que, más bien, pretendía lo contrario.

Drailon era un mago que odiaba ser mago, y que odiaba al resto de magos. Parece irónico, pero he visto a muchos magos odiando lo que son, y todo por la vida miserable a la que se han visto condenados por culpa de sus poderes. Es por esto por lo que puedo entender por qué Drailon se comporta así, aunque, desde luego, jamás podré justificarlo.

La obsesión de Drailon por las Piedras de la Vida es la obsesión de un mago diferente por ser temido y respetado. Es la obsesión de alguien que lleva huyendo toda su vida, escondiendo lo que es, por sentirse válido y aprobado; alabado incluso. Pero esa personalidad retorcida y esa infancia truncada, en vez de llevarlo a hacer el bien, lo han llevado a la oscuridad.

No sé hasta qué punto puede serte de utilidad comprender las motivaciones de Drailon. Tal vez sería mejor que pensaras que está loco, que está poseído por la maldad o que solo desea ver el mundo en llamas. Tal vez eso lo haría más fácil. Pero creo que mereces saber todo esto, creo

que mereces saber de dónde vienes y por qué te ha tocado a ti este destino.

Ojalá pudiera estar ahí para ayudarte, Nyaja, ojalá pudiera. Pero Brunedain me necesita, mis chicos de la Escuela de Diamante me necesitan.

Espero poder conocerte algún día, Nyaja Hártimer, porque tú eres la prueba viviente de que Brunedain no es tan poderoso. De que pueden encerrarnos, manipularnos y torturarnos, pero nunca, nunca, podrán romper nuestro espíritu. No dejes que Brunedain vuelva a romperte.

Hagas lo que hagas, tú ya eres nuestra heroína, Nyaja.

Eres la heroína de todos los magos del mundo.

Espero que en Dumaria encuentres la paz que te mereces.

Te aprecia profundamente,

Kandell de Soenaya.

CAPÍTULO 52

Los últimos cuatro días habían sido una verdadera odisea para Kandell. Después de que Dasha hubiera asesinado a su hermana, había tenido que usar sus poderes como Nublador para hacerse pasar por la reina de Brunedain. Se le había ocurrido decir que Granne estaba enferma, para minimizar el contacto con la gente, pero no lo bastante enferma como para necesitar un médico.

Por fortuna, Granne era poco sociable de normal, y a nadie parecía sorprenderle que no quisiera relacionarse con otras personas mientras estuviera enferma. Ni siquiera con su marido o con sus hijos.

Kandell había tenido mucho tiempo en esos días para pensar en las últimas palabras de su hermana. Aunque no lo había dicho directamente, su confesión final parecía aludir a que, al igual que él, Granne había heredado los poderes de Nubladora de su abuela. Pero que ella, a diferencia de Kandell, había optado por mantenerlos en secreto durante toda su vida.

Y, con esa explicación, todo encajaba ahora a la perfección en la vida de Kandell. Él nunca había sido capaz de usar sus poderes con su hermana, y ahora entendía que no era ningún trauma infantil lo que se lo impedía. Había sido la propia Granne quien le había hecho creer que sus poderes no tenían efecto con ella, algo que Kandell nunca se había planteado.

En cuanto al cadáver de su hermana, había tenido que dejarlo en manos de Dasha, quien había prometido darle un entierro digno. Aunque Kandell no sabía si podía fiarse de la líder del Movimiento, y él no podía abandonar su puesto para no levantar sospechas.

Pero el teatro se terminaba esa noche.

Todas las piezas estaban dispuestas sobre el tablero y tan solo quedaba la jugada final. Con Drailon en la otra punta del continente, con el Cuchillo Silencioso fuera de la partida, con Colmillo de Serpiente y parte de la Guardia Roja librando una guerra en tierras extranjeras, prácticamente les habían quitado todos los obstáculos del camino.

Unas horas antes, Dasha había vuelto a colarse por la entrada secreta que Kandell le había mostrado, para traerle un elegante traje completo. No sabía de dónde lo había sacado, pero tampoco iba a protestar.

Se había pasado los últimos días con la misma ropa con la que había llegado, manchada con la sangre de su hermana. Pero no podía arriesgarse a robarle la ropa a otra persona y levantar sospechas.

Esa noche era la noche. Kandell se había pasado cuatro días preparándose, pero nunca había estado más nervioso en toda su vida. Estaba a punto de hacer historia.

Consultó la hora en el reloj de la pared. No podía retrasarse más.

Abrió la puerta de la habitación, donde ya lo estaba esperando una pareja de soldados de la Guardia Roja. Dejó actuar su magia, moldeando las percepciones de los dos hombres hasta que ante ellos vieran a la reina de Brunedain y no a su hermano pequeño.

—¿Está segura de esto, señora? —preguntó uno de ellos.

Kandell asintió, pero no habló. No sabía si sus poderes serían lo bastante eficaces para modular todos los sentidos de los dos soldados. Y cualquier mínimo error se cargaría todo el grandioso plan, junto con meses de planificación.

De todas formas, ya había avisado por carta de cuáles eran sus intenciones y, aunque había recibido muchas respuestas recomendándole que recapacitara, nadie se lo había impedido realmente.

Para Kandell era toda una novedad que sus deseos se cumplieran sin ninguna objeción. Pero su hermana no solo era una persona corriente, o eso le había hecho creer a todo el mundo, que no estaba condicionada por las estrictas leyes dictadas para los magos, sino que, además, era la Jefa de Estado de un país en crisis. Y no quedaba nadie en esa ciudad con autoridad suficiente para imposibilitar lo que estaba a punto de suceder.

Kandell avanzó a lo largo del pasillo en dirección a las escaleras, seguido por los dos guardias. Bajó los escalones de forma casi ceremonial. Su herida por fin parecía haber cicatrizado y ya no le dolía a menos que forzara mucho la zona.

En el enorme recibidor de la mansión de los Soenaya, un grupo de soldados de la Guardia Roja lo estaba esperando. Kandell localizó y manipuló todas sus mentes hasta hacerles ver a la reina de Brunedain. Había pedido exactamente diez guardias, porque suponía que eran números que podía manejar. Pero, aun así, sus poderes empezaron a resentirse.

Sin una palabra, pasó entre ellos, tratando de mostrar una seguridad que estaba muy lejos de sentir. Si sus poderes fallaban con uno solo de los soldados, toda la treta se vendría abajo, y estaría

metido en un problema muy serio.

No obstante, ninguna de las diez mentes se escapó de su control, y logró salir sin problemas a la fría noche tranteriana, donde ya lo estaba aguardando un coche de caballos.

Se subió, cerró la puerta tras de sí y suspiró de alivio.

Había completado con éxito la primera parte del plan.

Los caballos se pusieron en marcha, y el traqueteo de las herraduras contra el pavimento apaciguó sus lúgubres pensamientos.

El carruaje se detuvo antes de que Kandell hubiera terminado de hacerse a la idea de lo que estaba a punto de suceder.

Inspiró y exhaló aire profundamente, y, haciendo acopio de todo el valor que sabía que llevaba dentro, abrió la puerta del carruaje y se bajó.

Alzó la cabeza para contemplar la imponente sede del Parlamento de Brunedain. A su parecer, no solo era el edificio mejor conservado y mimado de Brunedain, también era el más bonito. Aunque había sido construido hacía más de doscientos años, seguía pareciendo moderno en comparación con otras edificaciones de esa época.

La sede del Parlamento iba a ser sinónimo de progreso, pero en materia de derechos humanos, Brunedain no había avanzado nada en los últimos dos siglos.

Y eso se tenía que terminar. Ese país necesitaba un cambio, necesitaba dejar atrás su recelo hacia los magos, hacia aquellos que eran diferentes a la mayoría. Había llegado el momento de dar un paso en la dirección correcta.

Kandell no era el primero en llegar.

A su alrededor, descubrió más carruajes. De algunos todavía bajaba gente, mientras que otros empezaban a desaparecer en la distancia. Las misivas decían claramente que todos los transportes debían abandonar la puerta de la sede del Parlamento para no llamar la atención. Pero la verdadera razón era limitar las vías de escape. Dasha no quería que nadie abandonara ese edificio.

Kandell seguía sin estar del todo conforme con los métodos de Dasha. Le hubiera gustado tener los medios y el tiempo necesarios para llevar a cabo esa conquista de forma más pacífica. Pero se había dejado arrastrar por la líder del Movimiento y ya no había vuelta atrás.

Si Nyaja no era lo bastante poderosa para derrotar a Drailon, y si las tropas dumarianas no podían vencer al ejército brunedano, todos los planes que habían hecho hasta ese entonces habrían sido en vano. Drailon regresaría, la Guardia Roja retornaría, y Brunedain perdería su oportunidad de cambiar. Todo seguiría siendo como antaño. Y,

además, sin Dumaria para distraer al ejército brunedano, cualquier plan futuro sería impensable.

Ese era el momento. Ese tenía que ser el procedimiento. Aunque Kandell lo detestara.

Les hizo una señal a los guardias que lo habían escoltado para que se quedaran fuera, vigilando la puerta, donde no tardarían en convertirse en las primeras víctimas.

Kandell ascendió por la escalera de mármol veteado hasta las enormes puertas de madera. Las dos personas que montaban guardia le sonrieron. Reconocía sus caras de haberlas visto alguna vez en uno de los refugios de los magos del Movimiento. Un Golpeador y una Escudo iban a ser suficientes para matar a los soldados que había traído Kandell consigo, cerrar las puertas y mantenerlas selladas hasta que Dasha ordenara lo contrario.

Kandell entró en el edificio por primera vez en su vida. Solo esperaba que no fuera también la última.

Todas las luces estaban encendidas, pero eso no evitaba que se respirara un aire tenebroso y oscuro, como si las viejas paredes de piedra supieran lo que estaban a punto de presenciar.

Kandell siguió a uno de los parlamentarios, ya que este parecía conocer el camino hacia el lugar donde se celebraría la reunión. Por supuesto, esta iba a tener lugar en la cámara semicircular, ya que debía de ser la única capaz de albergar a tanta gente.

Caminó con paso seguro. Algunos de los soldados de la Guardia Roja apostados a lo largo del corredor lo saludaron. Salvo que no eran soldados de la Guardia Roja; eran magos del Movimiento y anómalos disfrazados.

Dasha había intentado dar una falsa sensación de seguridad a los parlamentarios que iban entrando en la sede del Parlamento. Había creado una atmósfera ideal para conducir a las ovejas al matadero.

Atravesó las puertas que llevaban a la cámara semicircular y se descubrió a sí mismo en lo alto de un balcón que bordeaba toda la sala, con varias secciones de escaleras para descender hasta los asientos de los parlamentarios.

Kandell paseó la mirada por toda la estancia. Había más magos disfrazados de soldados de la Guardia Roja en las esquinas, y bloqueando las salidas traseras.

La mayor parte de los parlamentarios parecía haber tomado ya su asiento, pero él se quedó dónde estaba. Pegó la espalda a la pared, al lado de las puertas principales, para que nadie se fijara en él al entrar.

No tenía poder suficiente para hacerle creer a toda esa gente que su cara era la de Granne, de modo que debía permanecer invisible.

Siguió observando la sala, y descubrió el característico cabello de Dasha, negro con mechas rojas, en la parte inferior del semicírculo de

asientos. Kandell desconocía cuánto tiempo llevaba ahí, esperando.

A medida que los asientos se iban llenando, el corazón de Kandell se aceleraba más y más dentro de su caja torácica. Sin embargo, tenía los dedos helados, y las manos le sudaban en frío.

No estaba preparado.

No estaba preparado para convertirse en cómplice de esa desgracia.

Dos soldados de la Guardia Roja entraron entonces en la sala, y las puertas se cerraron tras ellos.

Al girar la cabeza, Kandell reconoció a Laisere y a Réster. Ella vestía sus gafas de sol, como era costumbre entre los Lunasoles. Él portaba dos cuchillos en el cinturón, como era habitual entre los magos físicos.

Kandell tuvo que contener las ganas de fruncir el ceño. Hasta donde él sabía, Laisere había rechazado participar en esa carnicería. No sabía qué había cambiado, pero la mirada de preocupación que ella le dedicó solo sirvió para inquietarlo aún más.

¿Qué estaba pasando?

El sonido de las puertas cerrándose reverberó por la silenciosa estancia.

Kandell contuvo el aliento al escuchar el sonido metálico de los fusiles cuando los magos los deslizaron hasta sostenerlos con las manos.

Dasha se levantó y caminó hasta el estrado con autosuficiencia. Un murmullo de asombro y pánico recorrió la sala.

—Os estaréis preguntando quién soy —dijo, proyectando la voz para que llegara a todos los presentes—. Mi nombre es Dasha Otrey y, como sugiere mi apellido, soy una maga Eléctrica —añadió, con una sonrisa lobuna.

El miedo alcanzó entonces a todos los asistentes a la reunión. Un hombre se levantó y trató de salir corriendo.

El sonido de la pólvora explotando llenó la estancia, y con él llegaron los gritos.

El hombre que había tratado de huir yacía ahora en la escalera, con un agujero de bala en la cabeza. La sangre empezó a fluir y a descender por los escalones.

—¡Esto es un golpe de Estado! —vociferó Dasha—. ¡Y si no queréis el mismo final que ese desgraciado, os aconsejo que escuchéis!

Los fieros ojos de Dasha se cruzaron con los de Kandell.

Horrorizado, tratando de contener el temblor de sus manos y de sus rodillas, Kandell empezó a bajar por la escalera más cercana. Los dos magos anómalos lo siguieron, y decenas de ojos se clavaron en ellos. No obstante, la mirada que más quemaba era la de Dasha.

—¡La reina Granne está muerta! —dijo Dasha—. ¡El presidente de

Brunedain se encuentra librando una guerra en tierras extranjeras! ¡Kandell de Soenaya es nuestro nuevo rey!

Kandell sintió que alguien lo agarraba del brazo, pero las siguientes palabras de Dasha lo hicieron olvidarse de todo lo demás.

—Lástima que la monarquía no encaje en nuestro nuevo sistema de gobierno.

Alguien tiró de Kandell hacia abajo, refugiándolo detrás de una de las butacas justo cuando la pólvora detonó en la sala como una explosión. El estruendo lo taladró dolorosamente hasta lo más hondo de los oídos, rebotando en todas las cavidades de su cabeza y dejándolo tan aturdido que apenas escuchó los gritos a su alrededor.

—¡Encargaos de él! —vociferó Dasha.

Los oídos de Kandell habían empezado a pitar. Intentó ponerse en pie para huir, pero alguien lo retuvo en el suelo y le tapó los ojos con una mano. Pero ese gesto no fue suficiente para evitar un lacerante dolor en el fondo de los ojos cuando alguien iluminó la estancia con la luz más brillante que Kandell era capaz de imaginar. Esos eran los poderes de Laisere.

Los gritos de dolor llenaron el silencio que había dejado la pólvora al terminar de explotar.

Antes de que la luz terminara de disiparse, Kandell sintió que alguien tiraba de él para levantarlo del suelo. Hasta ese momento, no se había percatado de cuántos puntos de dolor tenía repartidos a lo largo del cuerpo, fruto de haber caído sobre los escalones.

—¡Vamos! ¡Está loca! ¡Va a conseguir que acabemos todos muertos! —lo apremió Laisere.

Kandell se dejó arrastrar escaleras abajo, todavía sin ser capaz de ver nada en esa intensa luz blanca que lo llenaba todo. Si no tropezó, fue por puro milagro.

Sintió que llegaban abajo, pero Laisere no le permitió detenerse. Aunque seguía sin ver, Kandell sabía hacia dónde lo estaba guiando. Hacia quién lo estaba guiando.

La luz se apagó de repente, tan rápido como había llegado. Lo poco que pudo ver Kandell fue que no era Laisere quien lo arrastraba, sino Réster. Sin embargo, en cuanto Kandell abrió los ojos, lo soltó.

Réster se las ingenió para alcanzar a Dasha, todavía alzada en su atril, tapándose los ojos con las dos manos. Ni siquiera vio venir a Réster antes de que este la agarrara del brazo y la arrastrara hasta el suelo.

Réster trató de retenerla, pero la Eléctrica gritó y pataleó. Laisere corrió hacia ella.

—Eres patética —dijo la Lunasol, antes de propinarle una patada en la cara a Dasha que la dejó aturdida.

Kandell volvió a recuperar su visión y a su alrededor solo vio

caos: parlamentarios heridos tratando de alcanzar las salidas, magos peleándose entre sí, sangre, muerte, odio.

Sin pensárselo dos veces, corrió hacia el atril que Dasha había dejado desocupado.

—¡¡Parad esta locura ahora mismo!! —gritó.

Algunos magos se volvieron hacia él. La mayor parte de los parlamentarios, también.

—¡¡El odio no nos lleva a ninguna parte!! —vociferó, consiguiendo todavía más oyentes—. ¡Dejad las armas! ¡Apaciguad vuestra magia!

Esperó a que algunos de sus oyentes empezaran a hacerle caso, a que los fusiles y los cuchillos fueran depositados en el suelo, a que los escudos desaparecieran y las llamas se extinguieran.

—¡¿Queréis construir una sociedad nueva basándoos en el odio?!

Algunos magos negaron con la cabeza. Otros, gruñeron.

—No sabes lo que… —empezó a decir Dasha, a unos pasos de él, todavía en el suelo.

Otra patada de Laisere fue suficiente para hacerla callar.

—No podemos construir una nueva sociedad erigida sobre el odio o el miedo —dijo Kandell, respondiendo a su propia pregunta—. Eso fue lo que se hizo una vez. Los humanos corrientes decidieron que los magos éramos peligrosos, y crearon leyes para contenernos. No vamos a caer en el mismo error. Construiremos una sociedad unida, magos y no magos, todos juntos.

Kandell analizó su público, buscando la aceptación.

—No más cadenas —exigió Kandell.

—No más cadenas —repitió Laisere, subiéndose con él al atril.

Kandell giró la cabeza para mirarla. En ese momento, comprendió muchas cosas. Laisere conocía el verdadero plan de Dasha. No sabía si lo había descubierto espiándola o si la líder del Movimiento lo había cantado a los cuatro vientos mientras Kandell se encontraba en la mansión de los Soenaya. Aunque la segunda posibilidad no le sorprendía tanto; Dasha se sentía muy segura en su posición de poder, y bien podría haber pensado que nadie estaría en desacuerdo con su plan, ni siquiera aquellos que habían decidido participar en esa locura solo porque Kandell los había convencido.

Pero ya resolvería esa incógnita en otro momento. Kandell se volvió hacia la multitud, que aguardaba a que siguiera hablando.

Laisere le pasó un brazo por la espalda, dándole su apoyo.

—No más divisiones, no más insignias, no más miedo. Seremos una nación unida, justa y próspera. No podemos borrar los errores de nuestros antepasados, pero sí podemos arreglar el mundo que nos han dejado. Y eso es lo que vamos a hacer.

Los vítores y el ruido que Kandell esperaba no llegaron, pero algo

mucho más importante se forjó en ese momento. Aquellos que se encontraban en mejores condiciones ayudaron a los heridos, sin importar si al otro lado había un viejo conocido o un antiguo enemigo.

Kandell se giró para mirar a Laisere, que seguía a su lado.

Ella le dedicó una sonrisa, dio un paso en su dirección y se puso de puntillas para darle un beso en la mejilla.

—Bien hecho, Kandell.

CAPÍTULO 53

Virzara era una ciudad con un aire antiguo que recordaba a los cuentos de héroes y heroínas. Todavía conservaba su vieja muralla de piedra, a pesar de que la gran urbe había empezado a crecer por fuera de esta hacía mucho tiempo. No obstante, para acceder a la parte pudiente de la ciudad y a su castillo, todavía había que conseguir permiso para atravesar las puertas de la muralla.

Nyaja y su numeroso grupo de viaje entraron en Virzara sin que nadie les prestara demasiada atención, aunque la reina de Dumaria y el asesino más temido de Brunedain caminaban entre ellos. Ese anonimato era una de las cosas que Nyaja más echaría en falta cuando todo el país reconociera en sus facciones a su reina.

Habían salido temprano, después de dormir unas horas, para llegar a Virzara con el sol todavía en su cénit. No había necesidad de entrar en la ciudad de noche, como si sus intenciones fueran malas.

Cuando se acercaron a las puertas de la muralla, descubrieron que estas estaban custodiadas por media docena de soldados dumarianos. Además, sobre las murallas también había varios soldados haciendo la ronda, como si esperaran una amenaza.

Nyaja se temía que esa amenaza estuviera demasiado cerca.

Pero no pensaban quedarse a esperarla. Izorn y ella dejarían a los chicos con Varázier y Lórineh y después se marcharían. Tenían que encontrar a Drailon antes de que este pudiera cometer más crímenes.

Nyaja estaba a punto de presentarse ante los guardias, que miraban a Izorn de reojo con desconfianza, tal vez porque se había negado a vestir con el atuendo típico de Dumaria. Pero Lírala, que no había pronunciado ni una sola palabra en todo el día, se le adelantó.

—Soy la princesa Lírala de Várenma, y os ordeno que abráis las puertas de inmediato y que dejéis paso a mi prima, Nyaja de Várenma, reina de Dumaria.

Los guardias cruzaron miradas de desconcierto entre ellos, como si todavía no les hubiera llegado la noticia de que Dumaria tenía una nueva reina.

—¡¿Es que no me habéis escuchado?! —exclamó Lírala, con esa dirigencia que era tan propia de la más joven de los Várenma.

—¡Abrid las puertas a la reina de Dumaria! —ordenó alguien, desde lo alto de las murallas.

Nyaja alzó la cabeza, esperando encontrarse con alguien conocido, pero solo parecía un comandante del ejército.

Lírala se alisó la eloba y se ajustó bien la capa antes de avanzar en primer lugar hasta las puertas que empezaban a abrirse.

—Ten cuidado, o te quitará la corona de las manos —bromeó Izorn, cuando Lírala ya estaba demasiado lejos coma para escucharlo.

A Nyaja se le escapó una sonrisa. Aunque Lírala tenía la actitud de una auténtica reina, parecía mucho más interesada en otras cosas que en ponerse una corona en la cabeza. Y, aunque quisiera, la ley se lo impediría.

Por un momento, a Nyaja le pareció injusto. Mientras que Yáhlazer llevaba una corona que le pesaba demasiado, Lírala, aunque tuviera la actitud necesaria, nunca podría ser reina. La ley de Dumaria los había obligado a interpretar esos papeles.

Mientras atravesaba las puertas de Virzara, pensó que en Brunedain, aunque se había instaurado un gobierno diferente, este tampoco había resultado ser justo.

Tal vez todas las formas de gobierno conocidas estuvieran mal y había llegado el momento de cambiarlas. Pero esa parecía una empresa demasiado grande para una sola persona.

La ciudad que se escondía detrás de las murallas parecía arrancada de otra época. Una pareja de guardias los condujo por la avenida principal en dirección al castillo.

Mientras Nyaja admiraba la arquitectura antigua, las paredes desaparecieron y la realidad se dobló sobre sí misma.

Ya no estaba en una ciudad, sino en una gran explanada en medio del humo y los gritos de una batalla. Le costaba respirar y el sudor se adhería a su cuerpo. Se sintió cansada, como si su magia hubiera sido drenada casi por completo. Las piernas apenas podían sostenerla en pie.

En las manos tenía la Piedra de Amatista, brillando como nunca antes había brillado. Casi parecía desprender una fuerza letal.

Cayó al suelo de rodillas.

Aunque había separado las Piedras de la Vida, su esencia permanecía en el aire. La Piedra de Amatista seguía conectada con sus congéneres incluso aunque hubiera conseguido romper la cadena de plata que las unía.

Las Piedras de la Vida le estaban robando sus poderes.

Antes de cerrar los ojos, miró los cuerpos de cientos de magos esparcidos a su alrededor. Algunos, al igual que ella, todavía se

debatían entre la vida y la muerte, aunque pronto todos terminarían sucumbiendo a la terrible arma que habían creado.

El último pensamiento de Maecys, antes de que su magia se consumiera por completo, fue que habían logrado su objetivo. Las Piedras de la Vida habían matado a Chisara y Diataki, junto con el resto de sus seguidores.

Pero los magos nunca se recuperarían de aquel golpe.

Los magos nunca volverían a ser tan poderosos como entonces.

Nyaja abrió los ojos y exhaló aire profundamente. Alguien la sostuvo antes de que sus rodillas se estrellaran contra el suelo.

—¿Qué has visto? —exigió saber Izorn, sosteniéndola con fuerza. Nyaja se dio cuenta de que se caería si él la soltara.

Trató de aclarar su mente y de recuperar la fuerza en las piernas antes de hablar.

—¡Nyaja! —exclamó Lírala—. ¿Qué te pasa?

Nyaja se frotó los ojos y, al abrirlos de nuevo, el mundo parecía mucho más luminoso. Pero sabía que tan solo era el contraste entre la realidad y la macabra visión que acababa de presenciar.

—La Piedra de Amatista me ha mandado un recuerdo —murmuró —. El último.

Nadie la presionó para que siguiera hablando, sino que esperaron a que se serenara lo suficiente para explicarse. Consiguió sostenerse sobre sus piernas e Izorn la soltó, pero no se apartó mucho de ella, por si tenía que volver a impedir que terminara de bruces contra el suelo.

—Las Piedras de la Vida —jadeó Nyaja—. No podemos… no podemos dejar que vuelvan a juntarse. Nadie puede… nadie puede controlarlas. Nos matarán a todos.

Las escenas de la masacre regresaron a su cabeza con la misma viveza que si las hubiera presenciado con sus propios ojos.

—Creí que habíamos llegado a la conclusión de que eso no iba a suceder —dijo Izorn.

—Todos murieron, Izorn. Las Piedras de la Vida los mataron a todos.

—¿A quiénes? —preguntó Lírala.

—A todos los magos que se encontraban lo bastante cerca. Después de que las Piedras se hubieran conectado con una cadena de plata, no importó lo lejos que volvieran a ponerse unas de otras. Siguieron absorbiendo los poderes de los magos hasta drenarlos por completo.

Izorn pareció comprender la gravedad del asunto cuando sus ojos azules brillaron con una pizca de pánico.

—¿Lo siguen haciendo ahora? —preguntó.

—Creo que llevan mil trescientos años haciéndolo.

Varázier, el tío de Yáhlazer, los estaba esperando en las puertas del castillo. Su expresión se debatía entre el alivio y el enfado al mirar a su hija. Lírala, por toda respuesta, esbozó una sonrisa inocente cuando lo saludó.

—Hola, papá.

—Lo siento mucho —se disculpó Nyaja, aunque no era culpa suya que Lírala se hubiera empeñado en buscar problemas—. No me di cuenta de que nos seguían cuando dejamos atrás al resto del ejército.

Varázier le dedicó una sonrisa de complicidad antes de volverse hacia su hija.

—A tu madre casi le da un disgusto cuando te escapaste. Y a mí, también. ¿No podías dejar por lo menos una nota?

—Habríais mandado a una patrulla de soldados a buscarme.

—Claro que lo habríamos hecho, insensata —la regañó su padre —. Eres nuestra hija y nos preocupa tu seguridad. Estamos en guerra, Lírala. Hay peligros en todas las esquinas.

Lírala empezó a protestar de nuevo, pero su padre la interrumpió.

—Estás castigada —dijo—. No saldrás de tu habitación hasta que termine la guerra.

—Pero…

—No hay más que hablar.

—Papi, por favor, yo…

—Es suficiente, Lírala —la cortó.

Lírala se cruzó de brazos y no protestó cuando una asistenta apareció para acompañarla a su habitación. Varázier dispuso lo mismo para el resto de los niños.

Una vez se hubieron marchado, Varázier suspiró y se volvió hacia Nyaja.

—Gracias por traérmela —le dijo—. Pero no os quedéis fuera. Parece que habéis hecho un largo viaje. Pasad y descansad.

—En realidad, no deberíamos… —empezó a discutir Nyaja, pero Varázier la interrumpió.

—Sea cual sea la misión que vais a emprender, será más sencilla después de haber descansado y comido en condiciones.

Nyaja terminó aceptando la invitación, y le permitió a Varázier que los guiara por el castillo de Virzara. A diferencia del palacio de Xandiara, que se había construido para impresionar, el castillo virzarés tenía una clara intención defensiva. Las ventanas eran estrechas y por ellas apenas entraba luz. Los altos muros de piedra terminaban en torreones y almenas desde las que los soldados vigilaban el horizonte.

Varázier condujo a Nyaja y a Izorn hasta una sala.

—¿Cómo está Yáhlazer? —preguntó Varázier, abatido, mirando la ciudad que se extendía bajo sus pies desde un ventanuco. Parecía realmente preocupado por su sobrino.

—Recuperándose —respondió Nyaja, al instante—. Va a ponerse bien muy pronto.

—No sabes cuánto me alegra escuchar eso, querida Nyaja. O, tal vez, ahora debería llamarte «reina Nyaja» —añadió, volviéndose hacia ella.

—No será necesaria tanta…

—¡Alteza! —gritó alguien.

Un soldado entró corriendo en la sala sin molestarse en llamar a la puerta.

Izorn se puso tenso y llevó la mano a su puñal derecho antes incluso de escuchar la noticia que traía el soldado.

—Un ejército se acerca a la ciudad, alteza —informó.

—Drailon —gruñó Izorn, corriendo hacia la ventana del lado opuesto de la habitación. Lo que vio en la distancia lo hizo lanzar una maldición en voz baja.

—Vamos —lo apremió Nyaja. Se aseguró de que sus armas estuvieran bien sujetas a su cinturón y se dirigió hacia la puerta, con Izorn pisándole los talones.

Pero Varázier los detuvo.

—Vosotros os quedáis aquí —dijo. Varázier era un Mentedespierta, como su madre; tal vez había leído en sus pensamientos su intención de correr al campo de batalla—. El ejército de Virzara se encargará.

—Es Drailon —repitió Izorn—. Y la Guardia Roja.

—¿Drailon Hártimer? —preguntó Varázier—. ¿El presidente de Brunedain está aquí?

Al parecer, nadie había informado a Varázier de todas las noticias de los últimos días. Y Nyaja no tenía tiempo para explicárselo todo.

—Sí, está aquí. Y nos matará a todos si Izorn y yo no le paramos los pies.

Varázier la miró fijamente durante unos eternos segundos, en los cuales su rostro se fue volviendo cada vez más y más pálido. Le estaba leyendo los pensamientos. Nyaja no se cortó. Dejó que todos sus recuerdos de los últimos días fluyeran para que Varázier pudiera verlos. Era una forma de comunicación mucho más rápida que las palabras habladas.

—Yáhlazer jamás me perdonará si permito que su esposa se… —empezó a decir Varázier.

—Yáhlazer sabe a qué he venido.

Varázier suspiró.

—Vale, está bien —terminó aceptando, aunque era evidente que no estaba conforme. Se dirigió al soldado que había traído la noticia, que seguía esperando instrucciones en el umbral de la puerta—. Ordena la defensa de la ciudad.

El soldado salió corriendo.

—Os enfrentaréis a Drailon, pero de la Guardia Roja puede encargarse el ejército de Virzara.

Nyaja asintió. Era mejor que Izorn y ella reservaran toda su magia y todas sus energías para Drailon. Porque las iban a necesitar al completo.

Varázier empezó a repartir órdenes aquí y allá. En un momento dado, se encontró con Lórineh. Esta solo les dirigió una mirada de desprecio a Nyaja y a Izorn antes de preguntarle a su esposo si era verdad lo del ataque. Cuando Varázier se lo confirmó, Lórineh trató de convencerlo para esconderse con ella y con los niños, pero Varázier rechazó la oferta; él mismo dirigiría la defensa de la ciudad.

Lórineh se marchó indignada.

Tras ese episodio, Varázier se dirigió hacia la parte más alta de las murallas, con Izorn y Nyaja tras él.

Desde allí, Nyaja pudo ver el caos que se había desatado sobre Virzara. Los soldados dumarianos se enfrentaban con valentía a la Guardia Roja. Sin embargo, aunque las tropas brunedanas eran menos numerosas, estaban logrando avanzar a través de las calles virzaresas, como si una colosal fuerza de la naturaleza les estuviera abriendo paso.

Y Nyaja sabía cuál era el motivo.

Cruzó una mirada con Izorn, esperando que su expresión le transmitiera sus pensamientos.

El Lunasol asintió.

—Este no es nuestro lugar, Varázier —dijo Nyaja.

El tío de Yáhlazer se volvió hacia ella. Había preocupación en su expresión siempre amable.

—Ten cuidado, Nyaja. Esta familia ya ha sufrido demasiadas pérdidas irreparables.

Ella asintió. No dejaría que Drailon le pasara por encima. No se dejaría vencer. Porque ella era la única que podía evitar la desgracia.

—Necesito que me hagas un favor —añadió.

—Lo que mi reina ordene —respondió Varázier, con algo de teatralidad.

—Escóndete. Esconde a tu familia. Y esconde a Árim y a Ikair. Pase lo que pase, escuches lo que escuches, no salgas hasta que yo vaya a buscarte. No quiero que ninguno de vosotros esté al alcance de Drailon.

La comprensión cruzó el rostro de Varázier mientras analizaba las

palabras de Nyaja, pero, al final, asintió.

Nyaja miró hacia la batalla. Las casacas rojas estaban cada vez más cerca de las murallas. Cuando las puertas cayeran, nada se interpondría entre Drailon y su familia. Y no iba a pasar por eso una segunda vez.

Agarró a Izorn del brazo y tiró de él escaleras abajo.

—Quédate a mi lado —le dijo al Lunasol—. Cuanto más cerca estés, cuanto más pequeño sea mi escudo, menos magia gastaré.

—Lo esperaremos dentro del castillo —añadió él, desprendiéndose de su agarre con facilidad—. Mi magia es más útil en un lugar cerrado.

—Lo sé. Eso significa cambiar nuestros planes.

—Cualquier ventaja que podamos tener sobre Drailon es poca.

—Pase lo que pase, Izorn, mi prioridad es matar a Drailon.

—También es mi prioridad.

Sus pasos apresurados los llevaron hasta el recibidor. Nyaja encontró las llaves de las puertas que separaban esa estancia del resto del castillo. Entre ella e Izorn empujaron las dos pesadas hojas de madera y las cerraron con la llave de hierro.

La estancia se sumió en la oscuridad, pero Izorn no desperdició sus poderes alumbrándola. La única luz procedía de unos ventanucos enrejados situados a varios metros por encima de sus cabezas

A falta de un escondite mejor, Nyaja colocó la llave en el bolsillo interno de su bota, quitando el cuchillo que llevaba ahí escondido para dejar sitio.

Izorn cogió un puñal en cada mano. Nyaja lo imitó.

Se colocaron uno al lado del otro en posición de ataque, y Nyaja los encerró dentro de un escudo.

Los minutos se eternizaron mientras esperaban. La tensión se apoderó de cada uno de los músculos de sus cuerpos. Sus respiraciones se aceleraron y volvieron a acompasarse, una y otra vez.

Los gritos al otro lado de las puertas cerradas del castillo eran cada vez más intensos. La batalla se estaba aproximando. Y con ella venía su peor pesadilla.

Nyaja apretó la empuñadura de sus armas hasta que sus nudillos se quedaron blancos.

Un golpe seco contra la puerta principal los hizo dar un respingo.

Había llegado el momento.

—¿Preparada? —preguntó Izorn.

Asintió.

—¿Tú?

—Llevo más de veinte años preparado para este momento.

Otro golpe los hizo fijar sus ojos en las puertas. Y entonces estas empezaron a abombarse, como si algo, o alguien, las estuviera

empujando desde fuera. Nyaja engrosó su escudo justo cuando la madera cedió y una lluvia de astillas se precipitó hacia ellos como una tormenta mortífera.

Izorn se cubrió la cara por instinto, pero los trozos de la puerta destrozada chocaron contra el escudo de Nyaja y se esparcieron por el suelo sin que ninguno de los dos recibiera ni el más mínimo arañazo.

La luz se filtró a través del agujero de la puerta, una luz que Izorn se encargó de extinguir hasta que sus ojos pudieron enfocar la figura vestida de negro que se alzaba imponente ante ellos.

Sin embargo, algo que ni siquiera la magia de un Lunasol podía opacar era el brillo antinatural de las cuatro Piedras de la Vida que Drailon Hártimer llevaba colgadas del cuello, unidas por una cadena de plata.

Nyaja sintió un torrente de magia inundando la habitación cuando Drailon pasó a través de las puertas destrozadas, con una sonrisa cruel desfigurando su rostro de piedra.

CAPÍTULO 54

Nyaja apretó con fuerza las empuñaduras de sus cuchillos. A su lado, Izorn parecía estar haciendo lo mismo.

—Vaya, vaya, vaya —canturreó Drailon, acercándose a ellos sin temer estar en desventaja numérica—. La guerra hace aliados insólitos, ¿verdad?

Ninguno de los dos se dignó a responder. Era inútil gastar saliva con alguien como Drailon.

Nyaja no le concedió ni un solo segundo más de descanso. Si Drailon había tenido que abrirse paso a través de los soldados de la ciudad, debía de haber perdido bastante magia en el intento. Era una ventaja que no pensaba desaprovechar.

Amplió el radio de su escudo con una oleada de magia. Tal y como se esperaba, este chocó contra el escudo de Drailon, pero el Veloz, cogido por sorpresa, se tambaleó hacia atrás y perdió terreno.

Nyaja cerró los párpados con fuerza instantes antes de que Izorn iluminara la habitación con un brillo cegador.

Pero el grito de Drailon al ser alcanzado por el potente haz de luz no llegó.

La oscuridad se instaló de nuevo en la habitación.

Drailon sonría con autosuficiencia, cruzado de brazos, como si estuviera en una reunión formal y no en una batalla.

—¿Pensabais que iba a caer en el mismo error dos veces? —preguntó, con una sonrisa lobuna—. Estáis muy equivocados.

Nyaja sintió una presión tan fuerte contra su escudo que este comenzó a temblar. Tiró de su magia con más fuerza, obligando a su escudo a endurecerse y a empujar el escudo de Drailon, pero este no cedía. Al contrario, fue el escudo de Nyaja el que empezó a retroceder, atacado por la increíble demostración de poder que estaba haciendo Drailon.

—Nyaja, ¿qué pasa? —murmuró Izorn, que no podía ver los escudos colisionando entre sí, pero que parecía captar que algo no estaba saliendo como habían planeado.

La vez anterior que se había enfrentado a Drailon, Nyaja no había tenido problemas para superarlo. Pero, esta vez, era la magia de Drailon la que se estaba imponiendo.

Nyaja sintió una quemazón en la muñeca derecha, en el lugar donde todavía llevaba la Piedra de Amatista.

Mientras el escudo de Drailon seguía comiéndole terreno al suyo, Nyaja comprendió que las cinco Piedras de la Vida estaban demasiado cerca. Drailon llevaba cuatro colgando del cuello y ella tenía la quinta en la muñeca.

Demasiado cerca.

Estaban demasiado cerca.

Maecys había perdido sus poderes incluso aunque había logrado llevarse la Piedra de Amatista a varios cientos de metros de distancia de las demás. En ese instante, no había ni diez metros entre ellas.

La Piedra de Amatista quería reunirse con sus hermanas. Nyaja podía percibir algún tipo de inteligencia retorciéndose en el interior de esa gema anormal.

—Esto es lo que hace el poder de cuatro Piedras de la Vida —se jactó Drailon.

Su sonrisa sugería que estaba convencido de que iba a ganar esa batalla y todas las que estaban por venir. Su hambre de poder y de grandeza se reflejaba en su expresión.

—Cuando acabe contigo, y te arranque la Piedra de Amatista del brazo, nada podrá detenerme —prosiguió, con una sonrisa cada vez más amplia—. Ella me dijo que yo era el último Guardián. Las Piedras de la Vida me pertenecen a mí. Ella nunca se equivocaba.

«¿Ella?», se preguntó Nyaja. ¿De quién estaba hablando Drailon?

Por un momento, todas las palabras de Kandell regresaron a su cabeza: *Desconozco por completo si alguno de ellos era también un Veloz, o si lo era su madre, o su padre desaparecido.* Drailon había mencionado una ella. Su madre. La madre de Drailon había sido una Veloz. Y, por algún motivo, había convencido a Drailon de que él era el Guardián de todas las Piedras de la Vida.

O tal vez había sido Drailon quien, atormentado por la muerte de su madre, había malinterpretado sus palabras.

Las reflexiones de Nyaja la distrajeron de su pelea. Y esa distracción le costó cara. El escudo de Nyaja cedió varias decenas de centímetros más. Y Drailon estaba cada vez más cerca.

—No sois rivales para mí. Existís porque yo os permití existir. Todo lo que sois me lo debéis a mí. Y me habéis traicionado. Así que voy a tomar de vuelta todo el tiempo perdido que invertí en vosotros.

A su lado, Izorn gruñó de rabia.

La quemazón en el brazo de Nyaja aumentaba hasta doler. El escudo cediendo y rompiéndose. Drailon aproximándose.

La cabeza le pesaba como si un Huesosduros la hubiera golpeado.

Déjalo caer, Nyaja, le decía la parte más irracional de su cabeza. Aunque esa voz que escuchó… esa voz no era la suya.

Déjalo caer.

Los poderes de Nyaja se debilitaban cada vez más. No importaba cuánta magia aplicara al escudo, porque Drailon seguía avanzando de manera inexorable.

Izorn se preparó para saltar en cuanto su escudo cayera. Parecía haber intuido qué sucedía, incluso aunque no pudiera ver los escudos invisibles cuyos juegos de poder suponían para él la diferencia entre la vida y la muerte.

Déjalo caer… y déjame entrar.

Sin saber por qué obedecía a esa temeridad, Nyaja agarró a Izorn del brazo, dejó caer el escudo y, un segundo después, ya había corrido lejos de la semiesfera que formaba el escudo de Drailon, arrastrando a Izorn consigo.

El escudo de Drailon se estampó contra la pared, consiguiendo que el polvo de la vieja piedra desnuda se desparramara hasta el suelo. Un golpe así los habría matado a ella y a Izorn.

Con un grito, Nyaja echó a correr hacia Drailon, aferrando sus puñales como si fueran la única salvación en el mundo.

Usando su fuerza, su velocidad y toda su ira contenida, alzó los puñales y atacó. Y estos lograron atravesar el escudo invisible de Drailon como si estuviera hecho de mantequilla.

La expresión de Drailon pasó del triunfo a la confusión en apenas dos segundos. El escudo se tambaleó y Nyaja volvió a arremeter, una y otra vez, hasta que el escudo de Drailon cayó.

Pero antes de que Nyaja pudiera echar a correr hacia él para darle el golpe de gracia, un estallido de luz y de poder los tiró a todos contra el suelo.

No había sido Izorn. Nyaja reconocía la magia de un Lunasol. Y ese golpe de magia no era cómo funcionaba la magia de un Lunasol. Ese estruendo que podría haberle roto los tímpanos, esa luz cegadora cargada de magia… eso era lo que sucedía cuando las Piedras de la Vida se juntaban.

Con su escudo caído, y con el escudo de Drailon hecho trizas, nada separaba a las cinco Piedras de la Vida.

Cuando Nyaja recuperó la visión, vio la misma niebla parduzca que ya había visto una vez. Pero ahora estaba tan cerca que su mera visión le provocó escalofríos. Sus manos sudaban en frío, y los puñales se le escurrieron entre los dedos mientras reculaba, alejándose de esas formas humanoides que ondeaban en la niebla.

Alguien tiró de ella para alejarla: Izorn, que no dejaba de mirar hacia Drailon, hacia la niebla, tratando de dilucidar cuál de las dos

amenazas afrontar primero.

Pero el Lunasol no tuvo que decidir.

La niebla se dividió en dos y Nyaja descubrió unos ojos abriéndose en una de las formas humanoides antes de que la niebla, como si tuviera vida propia, se lanzara a por ella.

No tuvo tiempo de apartarse antes de sentir un golpe contra la cabeza que la tumbó en el suelo. Había algo dentro de su cerebro, empujando sus recuerdos, sus pensamientos, sus emociones. Había algo haciéndose un hueco, a costa de condenarla a una esquina de su propia consciencia.

Nyaja gritó, se llevó las manos a la cabeza, se tiró del cabello. Tenía que quitarse esa cosa vieja y poderosa de la cabeza.

Pero no podía. Su mente cedía como si sus poderes fueran insignificantes, como si no valieran nada. Se sintió débil e impotente.

Y sus gritos se convirtieron en sollozos, siendo vagamente consciente de que alguien la sacudía, tratando de devolverla a la realidad.

Déjame entrar, Nyaja. Y te prometo que juntas lo derrotaremos.

Un aluvión de recuerdos la invadió sin que pudiera hacer nada por evitarlo. No tenía nada que ver con la sensación de pérdida de la realidad que sentía cuando la Piedra de Amatista le regalaba un recuerdo.

Esta vez, Nyaja se sentía como si hubiera estado toda su vida encerrada en una habitación sin ventanas, viendo siempre los mismos objetos, experimentando siempre las mismas sensaciones. Se sentía como si, de repente, alguien la hubiera soltado en un mundo enorme y poderoso, en la que ella solo era una insignificante mota de polvo.

Nyaja vio a una niña con poderes tan grandes que no podía controlarlos, vio cadenas de titanio y vio dolor y amenazas. Vio fuerza, valor y determinación. Después, vio una guerra que duraba años, vio la sangre de los magos regando los campos de batalla y, al final, vio a Drailon.

Con la salvedad de que ese no era el Drailon que ella conocía, sino otra persona en el cuerpo de Drailon.

Pestañeó, dándose cuenta de que sus ojos estaban abiertos de nuevo. Su cuerpo se puso en pie sin necesidad de que ella se lo pidiera. Una fuerza letal le corría por las venas. Una fuerza capaz de reducir el mundo a cenizas.

El aluvión de recuerdos se detuvo y solo quedaron palabras.

Mi nombre es Chisara, la Primera y la Última.

Nyaja recordaba haber escuchado ese nombre. Sabía exactamente dónde lo había escuchado. Si hubiera tenido el control de su cuerpo, se habría tambaleado.

Chisara había existido hacía mil trescientos años. Chisara había

sido la maga que había liderado a otros de su misma condición en su lucha por la liberación.

Y ahora, tú has de conducir a los tuyos a su liberación, Nyaja. Pero no puedes hacerlo sola, no con él *rondando por aquí.*

Ese «él» había sido pronunciado con un veneno letal.

Nyaja vio lo que Chisara pretendía enseñarle. Vio a un hombre, algo más joven que Drailon, con una espesa barba negra y unos ojos que prometían una muerte lenta y dolorosa. Diataki, general de los reyes humanos aliados por la aniquilación de los magos rebeldes.

Izorn había dicho que el que no conocía la historia estaba condenado a repetirla.

Y eso había sido lo que habían hecho. Repetir la historia.

La imagen de Diataki se superpuso con la imagen de Drailon.

Nyaja había visto dos formas humanoides en la niebla. Chisara habitaba ahora dentro de ella, por algún fenómeno que no alcanzaba a comprender. Diataki había hecho lo mismo con Drailon.

El tiempo pareció detenerse un instante.

Querida Nyaja, necesito que me prestes tu cuerpo y tus poderes para romper nuestras cadenas para siempre. Tus poderes, combinados con los míos, nos darán las fuerzas necesarias para alcanzar nuestra liberación.

Aunque quisiera hacerlo, Nyaja no podía oponerse. El control de su cuerpo ya no le pertenecía.

Eso tiene solución, dijo Chisara.

Antes de que Nyaja hubiera terminado de recuperar la sensibilidad de todo su cuerpo, Diataki, habitando el cuerpo de Drailon, se lanzó contra ella armado con dos cuchillos.

Chisara salvó a su cuerpo del ataque moviéndose hacia la derecha.

Cuando Nyaja notó que recuperaba por completo el control de su magia, creó un escudo que amplió hasta golpear a Diataki. El impacto lo lanzó contra una pared, pero su espalda se había reforzado con una especie de escamas que evitaron que sus vértebras se rompieran.

—¡¿Qué ha sido eso?! —exclamó Nyaja.

Diataki es un Cambiaformas. Puede transformar su cuerpo en partes animales. Fueron exterminados hace más de mil años, le explicó Chisara.

Había tantas cosas que se habían perdido con el paso de los años que Nyaja estuvo a punto de marearse.

—Nyaja, ¿qué está pasando? —exigió saber Izorn.

Fue Chisara la que movió la boca para hablar.

—Mantente alejado de esto, Lunasol. Le debo a mi amada Válahar mantener con vida a sus descendientes.

Izorn trastabilló hacia atrás, asombrado, pero no dijo nada más y se apartó de la pelea.Si había comprendido lo que estaba sucediendo, debía de estar demasiado sorprendido como para reaccionar de otra manera.

Nyaja se volvió hacia Diataki cuando escuchó que este volvía a ponerse de pie. Un escalofrío le recorrió la espina dorsal cuando vio a Diataki tirar los cuchillos al suelo porque sus manos ya no podían sostenerlos. Se habían convertido en largas garras negras, afiladas como puñales.

No tengas miedo, niña. Yo también tengo mis trucos.

Pero Nyaja no pudo evitar estremecerse cuando Diataki corrió hacia ella usando la velocidad de Drailon y, con esas garras letales, hizo girones su escudo como si fueran cuchillos con filo de titanio. Los recuerdos de Chisara confirmaban sus sospechas.

Cuando Diataki alzó su mano deforme, dispuesto a desgarrarle el cuello, Nyaja se sintió ligera e inmaterial. Las garras atravesaron su cuerpo, que se había convertido en niebla blanca, y lo único que sintió fue un cosquilleo.

Diataki gruñó de rabia.

—¡Perra rebelde y traicionera! —gruñó. No solo sus manos parecían las de un animal; también su voz.

Nyaja, confusa, le cedió el control de su cuerpo a Chisara. Ella era más poderosa, más hábil y no parecía tener problemas para utilizar una magia que no era la suya.

Chisara se volvió material unos metros más allá, justo donde Nyaja había dejado caer sus cuchillos.

Los magos os habéis vuelto unos carniceros, como los humanos. Pero no puedo culparos; ellos os obligaron.

A pesar de su repulsión, Chisara recogió los puñales y los balanceó, aunque en seguida se dio cuenta de que Nyaja había escogido los que mejor se adaptaban a su cuerpo ligero y rápido.

Diataki se volvió hacia ella y cargó hecho una furia. Chisara volvió a esquivarlo, danzando hacia la izquierda y abriendo un tajo en el brazo de Drailon que lo hizo aullar de dolor.

Diataki es zurdo, comentó Chisara, con la seguridad de alguien que ha luchado muchas veces contra la misma persona.

Pero Drailon es diestro, pensó Nyaja, esperando que Chisara pudiera escuchar lo que pensaba.

Mira mis recuerdos. ¿De verdad crees que Diataki es tan amable como para cederle el control de ese cuerpo a Drailon? Si fuera más inteligente, habría dejado que Drailon creara un escudo. Ni él ni yo sabemos cómo crear escudos. Es un tipo de magia que no existía en nuestros tiempos.

Pero sí la velocidad, pensó Nyaja.

Y los Veloces de entonces eran más poderosos que tú.

Los pensamientos de Chisara fluían tan rápido que cuando ella hablaba, el tiempo parecía detenerse. Nyaja recordó que estaban en una batalla a muerte contra un villano que debería haber muerto hacía mil trescientos años. Pero, por alguna razón que Chisara no le

dejaba ver, había sobrevivido en forma de espíritu. Al igual que la propia Chisara.

Diataki gruñó como un oso enfurecido y volvió a cargar contra ella. Chisara se limitó a usar la velocidad de Nyaja y su capacidad para convertirse en niebla para esquivar sus golpes una y otra vez. Una y otra vez. Pero no atacaba.

Nyaja no tardó en comprender que Chisara estaba cansando a Diataki, esperando a que cometiera un error para lanzar el golpe de gracia. Cuanto más se enfadaba por no poder alcanzarla, más fallos cometería.

Diataki gruñía, gritaba y resoplaba cada vez que sus garras cortaban el aire o un cuerpo convertido en niebla que no sentía nada, que era inmune al titanio de sus garras.

Pero la magia de Nyaja también se agotaba, y sus movimientos se volvieron más lentos, más erráticos.

Fuera del castillo escuchó gritos, escuchó a alguien corriendo, pero no podía permitirse esa distracción.

Aguanta, niña, le ordenó Chisara, apretando con fuerza los puñales que todavía llevaba en las manos.

Nyaja tiró de la poca magia que le quedaba, de la poca magia que los diamantes de su cuello habían podido acumular en los últimos días. Y se la entregó toda a Chisara, que estaba preparada para usar todo su potencial en un último ataque letal.

Pero ese momento no llegó.

Un escudo golpeó el cuerpo de Nyaja con tanta fuerza que su visión se nubló y sus oídos empezaron a pitar hasta perder el sentido. Se sintió caer y el dolor centelleó en todo su cuerpo cuando sus huesos se estrellaron contra el suelo.

La cabeza le daba vueltas, su garganta no era capaz de articular sonido alguno.

Estaba aturdida.

Alguien gritó su nombre.

Obligó a su cuerpo a responder, a girar la cabeza en la dirección del sonido, a abrir los ojos.

Lo hizo a tiempo de ver la masacre.

Izorn alcanzó a Drailon, con los cuchillos en alto, pero Drailon fue más rápido.

Nyaja sintió que el tiempo se detenía cuando las garras de titanio se hundieron en el vientre del Lunasol.

Izorn no emitió ningún sonido, ni siquiera cuando Drailon arrancó las zarpas de su cuerpo y un río de sangre brotó de las heridas abiertas. Izorn cayó al suelo como un fardo.

Nyaja sintió que su sangre también abandonaba su cuerpo.

—Eres un sucio traidor. Y cuando haya terminado contigo y con la

traidora de mi hija, me encargaré también del traidor de tu hermano y de esa perra anómala.

Desde el suelo, los labios de Izorn se articularon, pero Nyaja estaba demasiado lejos para escuchar sus palabras.

Izorn seguía vivo.

Pero no por mucho tiempo.

Nyaja se levantó con un aluvión de rabia y determinación.

No tenía tiempo que perder.

Chisara tampoco. Una rabia helada había consumido los recuerdos de Chisara al ver a Izorn herido.

Ambas corrieron hacia Drailon y se lanzaron sobre él antes de que el presidente de Brunedain hundiera esas garras letales en el cuerpo de Izorn una segunda vez.

Cayeron al suelo, pero el cuerpo de Drailon recibió toda la fuerza del impacto. Nyaja sintió una morbosa satisfacción cuando escuchó el crujido de las costillas de Drailon al romperse y este gritó de dolor.

Un escudo la levantó en el aire y por mucho que Chisara trató de encontrar alguna fisura en la que hundir los puñales, no la había. Nyaja peleó contra el escudo de Drailon con uno de su propia cosecha. Empujó, aplastando el cuerpo de Drailon contra el suelo.

Pero las garras de Diataki rasgaron su escudo hasta alcanzar la piel de su abdomen.

Nyaja gritó de dolor y Chisara se movió hacia un lado. No demasiado lejos.

Nyaja sintió presión contra sus muñecas y, un segundo después, Drailon la inmovilizó contra el suelo.

—Vas a morir, Nyaja, y me llevaré contigo todo lo que más quieres —dijo la suave y cruel voz de Drailon—. Voy a matarte de una vez por todas, Chisara —gruñó la voz animal de Diataki.

Nyaja luchó por liberar sus muñecas, en vano. Trató de patear a Drailon, pero él había aprisionado sus piernas entre sus rodillas.

Un líquido espeso y caliente cayó sobre el abdomen de Nyaja, a la vez que los ojos de Drailon se desorbitaban y un gemido se escapaba de unos labios que no tardaron en cubrirse de sangre.

—Esto es por Nyaja, por Yáhlazer, por Ramja y por todos los magos a los que has hecho sufrir —gruñó una voz que Nyaja reconocía, pero que no debería estar ahí.

Cuando Izorn arrancó el cuchillo que había clavado en la espalda de Drailon, atravesándole el estómago, lo empujó hasta que el cuerpo del Veloz cayó de espaldas al suelo, al lado de Nyaja.

Drailon gruñó y trató de levantarse, pero todos sus esfuerzos fueron en vano cuando la sombra de Izorn se ciñó sobre él.

Izorn se había arrastrado hasta ellos a duras penas, dejando un reguero de sangre tras de sí. Pero en sus ojos azules, afilados como el

hielo, no había dolor, tan solo una ira congelada y una determinación de hierro.

Izorn se alzó sobre Drailon, tirado en el suelo. Nyaja se apartó, con las manos temblorosas, tratando de asimilar lo que estaba viendo.

La segunda puñalada de Izorn atravesó el diafragma de Drailon con una cruel lentitud que hizo que Nyaja se estremeciera.

—Esto —gruñó ese hombre desalmado que se había apoderado del cuerpo de Izorn, retorciendo el puñal en la herida hasta que Drailon gritó de dolor—, es por Eishar. Por haberte atrevido a tocarla.

El puñal del Cuchillo Silencioso encontró su camino hacia el exterior del cuerpo de Drailon tan lentamente como había entrado.

Pero no había terminado. Con la sangre goteando entre sus dientes, con la muerte cerniéndose sobre él tanto como lo hacía sobre Drailon, el Cuchillo Silencioso hundió el puñal en la garganta de su víctima.

—Esto es por mi hermano —gruñó, con una voz cada vez más débil, aunque con un pulso tan firme como el más sano de los magos físicos. El puñal se retorció en el cuello de Drailon, pero la hoja de acero atravesándole las cuerdas vocales le impedía gritar y liberar ese dolor de alguna manera—. Por habérselo arrebatado todo, por haberle quitado a Kehidar su infancia y su felicidad.

Nyaja volvió a estremecerse, alejándose aún más de esa carnicería como si ella pudiera convertirse en la siguiente víctima de ese hombre al que ahora ya no era capaz de reconocer.

El Cuchillo Silencioso arrancó su puñal del cuello de Drailon. La sangre que salió a chorros de la carótida le salpicó en la cara, pero no pareció importarle cuando su mano, ahora temblorosa, se hundió hasta la empuñadura en el corazón de Drailon.

—Y esto… esto es por mí.

Izorn cayó al suelo de espaldas, respirando con dificultad.

Y entonces alguien gritó el nombre de Izorn.

Nyaja volvió la cabeza hacia la dirección del sonido, hacia las puertas rotas de la entrada del castillo.

Allí estaban Eishar y Kehidar, pálidos como la muerte.

Chisara reaccionó de primera, levantándose con cierta dificultad y corriendo hacia el cuerpo caído de Drailon. Usando las pocas fuerzas que quedaban en el cuerpo de Nyaja, arrancó la Piedra de Diamante de la cadena de plata.

—Bastardo —gruñó, a pesar de que ya estaba muerto.

Muerto.

Su padre estaba muerto en un charco de sangre, y su cuerpo atravesado por cuatro puñaladas.

Pero Nyaja no sentía nada.

Chisara corrió hacia Izorn, a la vez que lo hacían Kehidar y

Eishar. Chisara depositó la Piedra de Diamante sobre el pecho de Izorn, le cogió la mano y lo obligó a sostener la brillante Piedra cristalina.

Con un último atisbo de lucidez, Nyaja comprendió que esa magia contenida en la Piedra de Diamante era la que le había otorgado tanto poder a Drailon. Pero la magia no podía obrar milagros.

—Por favor —suplicó Chisara—. Por favor. —Y su voz se extinguió.

Eishar lloraba, repitiendo el nombre de Izorn una y otra vez, apartándole el pelo bañado en sangre de la cara, y limpiándole el rostro con la manga de su camisa.

Kehidar trataba de detener las hemorragias con las manos, pero las heridas eran demasiado profundas. Había mucha sangre. Las lágrimas caían de su rostro al ver que no podía hacer nada por salvar a su hermano gemelo.

Pero nada era suficiente.

Nyaja vaticinó lo que iba a pasar, lo que no podía evitar. No sabía qué decir.

Pero Chisara, sí. Había visto morir a otros antes. Había visto morir a la mujer a la que más amaba.

—Tus antepasados estarían orgullosos de ti, Izorn Dytar. Mi amada Válahar estaría profundamente orgullosa de que lleves su apellido —susurró. Los ojos de Nyaja se llenaron de las lágrimas que Chisara quería derramar. En memoria de Válahar, la esposa a la que habían asesinado ante sus ojos. En memoria de Izorn, que tanto le recordaba a la valiente Válahar—. Todos te recordarán como a un héroe, a pesar de que tus primeros pasos en este mundo cruel e injusto fueron los de un villano.

Nyaja notó que algo se rompía dentro de ella. No era solo el dolor emocional de ver morir a alguien que empezaba a considerar un amigo. Era un dolor físico de un lazo que se resquebrajaba.

Chisara se marchaba. Y, mientras su espíritu se disipaba, Nyaja se iba sintiendo más y más sola en su cabeza.

Y tú, valiente Nyaja Hártimer, no olvides nunca tu verdadero nombre, pues los nombres tienen poder. Reconstruye este mundo roto y rompe todas las cadenas de titanio que todavía perduren. Pero no te dejes consumir por la venganza, porque las Piedras de la Vida ansían capturar más almas poderosas, como capturaron la mía y la de Diataki, obligándonos a vivir eternamente hasta ver culminada nuestra venganza. No seas como yo, Nyaja. Abraza la paz y el amor, y destierra el odio de tu corazón.

Las Piedras de la Vida habían sido hechizadas para arrebatar los poderes de los magos más poderosos del mundo. Y, en el proceso, los espíritus cargados de magia y poder y odio y venganza de Chisara y Diataki habían sido arrastrados al interior de las Piedras de la Vida.

Nyaja se estremeció, y observó la Piedra de Diamante que todavía reposaba sobre el pecho de Izorn, un pecho que cada vez se movía más despacio.

Destrúyelas, le ordenó Chisara. Su voz no admitía réplicas. *Rómpelas en trozos diminutos y arrójalas al mar. No dejes que nadie vuelva a juntarlas jamás. No dejes que vuelvan a causar tanta muerte y desolación*.

Lo prometo, le aseguró Nyaja.

A Nyaja le pareció ver el rostro de Chisara sonriendo antes de que su presencia se perdiera por completo, como si los últimos minutos hubieran sido tan solo un sueño.

Cuando la presencia de Chisara se desprendió de la suya, Nyaja miró al rostro de Izorn. Se estaba muriendo.

CAPÍTULO 55

Eishar se sentía como si alguien hubiera hundido en su pecho un puñal que se retorcía una y otra vez, una y otra vez. Las manos le temblaban mientras trataba de limpiar toda la sangre, como si eso sirviera de algo.

Izorn lo había hecho. Había dado todo de sí, su humanidad, su libertad y ahora incluso su vida, para protegerlos a ella y a Kehidar.

No era justo. La vida no era justa. ¿De qué servía que Drailon hubiera muerto, si había arrastrado a Izorn consigo? ¿De qué servía que el mundo fuera ahora un lugar mejor, si Izorn ya no iba a estar ahí para verlo? Él se había sacrificado por ese final feliz, y ahora se moría en el suelo, en un charco de sangre que cada vez crecía más.

Y Eishar no podía hacer nada. La vida de Izorn se disipaba y no había nada que ella pudiera hacer por evitarlo.

—Quédate —susurró, mientras las lágrimas le nublaban la visión —. Quédate, Izorn. Tienes que quedarte.

Él giró la cabeza con dificultad para mirarla. Pareció hacer uso de sus últimas fuerzas para alzar una mano cubierta de sangre y cogerle la suya. La mano que había asesinado a un hombre con brutalidad era ahora suave y delicada. Y ya no tenía fuerzas.

Izorn se iba.

Izorn se iba y ella no podía hacer nada.

El cuerpo le temblaba como una hoja cuando Izorn empezó a hablarle.

—No llores —murmuró—. No llores, Eishar. La luz más brillante que he creado en esta miserable vida ha sido poner una sonrisa en ese rostro tan hermoso, Eishar. Si el precio… —Izorn tosió sangre.

—¡No hables! —gimoteó Kehidar, que seguía intentando detener la hemorragia. Eishar no veía ningún progreso—. ¡Reserva tus fuerzas!

Izorn lo ignoró.

—Si el precio a pagar por quitaros esas cadenas del cuello a ti y a Kehidar es mi muerte… con gusto lo pagaré.

La voz de Izorn era cada vez más débil, cada vez más rota.

—¡¡No!! —gritó Kehidar—. ¡¡No vas a morir aquí!! ¡¿Me oyes?! ¡No puedes dejarme, Izorn! ¡No voy a permitir que me abandones! —sollozó, mientras dos ríos de lágrimas descendían por sus mejillas.

Kehidar por fin desistió. Con las manos llenas de sangre, acunó la cara de su hermano gemelo.

—No —lloró—. No te vayas. Te necesito.

Kehidar perdió las escasas fuerzas que parecían haberlo sostenido hasta entonces, como si la poca esperanza que pudiera quedarle se hubiera consumido por completo. Enterró la cabeza en el pecho de Izorn, repitiendo su nombre una y otra vez.

¿Qué podía hacer ella? Sabía que no había nada en el mundo que pudiera consolar a Kehidar, no cuando su gemelo se moría. Habían pasado toda la vida juntos, desde que estaban en el vientre de su madre. Habían pasado juntos todas sus penurias. Y el único motivo por el que ambos habían seguido luchando incluso a pesar de que todo parecía ir en su contra era que se tenían el uno al otro.

Izorn alzó su mano libre, la que no sostenía Eishar, y la depositó sobre la cabeza de Kehidar.

—Te quiero, hermano —susurró Izorn. Giró la cabeza para mirarla a ella. Eishar vio sus ojos azules apagándose con su propio nombre colgado en los labios.

Y esa fue la última palabra que Izorn pudo articular, ya sin emitir ningún sonido, antes de que le soltara la mano, antes de que sus dedos dejaran de acariciar el cabello de Kehidar.

Su nombre.

Eishar.

Quiso gritar de rabia, de impotencia. Pero, sobre todo, quiso gritar de dolor.

Pero no hizo nada de eso.

Se tumbó en el suelo, al lado de Izorn.

No le importó bañarse en la sangre aún caliente de Izorn cuando abrazó su cuerpo inerte, junto con el de Kehidar, que seguía llorando en el pecho de su hermano, un pecho que había dejado de moverse.

Eishar se dejó atrapar por el llanto.

Kehidar gritó el nombre de su gemelo cuando lo sintió marcharse. Cuando ese lazo que ambos tenían se quebró, fue como si algo físico se rompiera dentro de Kehidar.

Eishar se quedó ahí, en el suelo, abrazando un cuerpo cada vez más frío.

Y algo dentro de ella también se rompió para siempre.

Algo que nunca volvería a repararse.

CAPÍTULO 56

Yáhlazer había llegado a Xandiara el día anterior. Aunque sus heridas todavía dolían y le impedían moverse con la soltura que le hubiera gustado, se había pasado las últimas horas organizando la defensa de la ciudad.

Los exploradores del ejército dumariano habían calculado que sus enemigos llegarían pronto. Y Yáhlazer no iba a permitir que masacraran Xandiara; la defendería con uñas y dientes.

—¿Estás seguro de esto? —preguntó Miravien.

Su prima no se había separado de él desde que Nyaja se había marchado para enfrentarse a Drailon. Yáhlazer había sentido una terrible angustia al despertarse y no encontrarla a su lado. Pero había conseguido deshacerse de esos pensamientos en los últimos días. Confiaba en Nyaja. Tenía que confiar en que sus capacidades y su astucia le darían la victoria en su propia batalla. De lo contrario, la cabeza le estallaría por la presión de tantas preocupaciones.

—Nunca he estado más seguro de nada, salvo cuando decidí casarme con la mujer a la que amo.

Miravien asintió, pero no trató de detenerlo esta vez.

Desde la alta azotea del palacio de Xandiara, ambos miraron hacia el horizonte, aunque la cabeza del ejército enemigo no podía verse por detrás de las casas de la ciudad.

—Me alegro de que tú y Nyaja os hayáis encontrado en medio de este mar de desesperación —murmuró Miravien—. Desde el principio, supe que haríais buena pareja. Ella tiene la fuerza de voluntad y ese espíritu de lucha que tú nunca tuviste. Y tú tienes esa ternura y esa compasión que ella nunca había experimentado. Seréis los mejores reyes que Dumaria haya conocido jamás.

Yáhlazer sonrió.

—Creo que en ningún momento te molestaste por mantener en secreto tu conformidad con nuestra relación —comentó, haciendo reír a Miravien.

—Nyaja necesitaba un empujoncito. Pero sus reticencias eran

comprensibles. Estaba en un país extranjero, no conocía a nadie, y toda su vida le habían hecho creer que éramos los malos de la historia. Quería que se sintiera más cómoda y que se diera cuenta de que este lugar no era como se lo habían pintado.

Miravien hizo una pausa antes de continuar.

—Y también quería que tú te dieras cuenta de que no podías cargar con el peso de este país tú solo.

—Nunca he estado solo —respondió Yáhlazer—. Siempre os he tenido a vosotros, a mi familia. No habría podido hacerlo sin vuestro apoyo y sin vuestros consejos.

Miravien parecía a apunto de añadir algo más, pero en ese momento, Bryla llegó corriendo y gritando sus nombres.

Yáhlazer se giró y descubrió que Bryla ya había enfundado un par de cuchillos en el cinturón.

—Están aquí —informó.

Yáhlazer sabía que ese momento de paz sería efímero, pero no por ello estaba menos preparado que cuando había decidido liderar la defensa de Xandiara. Sus soldados necesitaban ver a su rey. Necesitaban ver que no habían podido derrotarlo, y que seguiría protegiendo a su gente y a su país hasta su último aliento.

Aunque, en el fondo, la seguridad que sentía en sí mismo era más escasa que el agua en un desierto, tenía que dar la impresión contraria.

Miravien lo sujetó del brazo antes de que pudiera dirigirse hacia el lugar donde su vakirí se había hecho un ovillo.

—Déjame ir contigo —le pidió.

—Ya lo hemos hablado, Mira. Si la líder brunedana es una Domadora, te robará el control de tu vakirí. Es demasiado arriesgado.

—También es arriesgado para ti —protestó.

Yáhlazer negó con la cabeza.

—Aunque el rumor que habéis difundido acerca de que soy el mago más poderoso del continente sea una mentira, sigo siendo mejor Domador que todos los que he conocido hasta ahora. Lo que Sisnaria y yo compartimos nunca se comparará a lo que otros Domadores pueden hacer con sus animales.

Un vínculo era lo que compartían. Yáhlazer podía sentir todo lo que sentía Sisnaria, y viceversa. La vakirí no solo era su montura, era su amiga, su compañera inseparable. Cuando había caído en la nieve, herido, Sisnaria se había quedado a su lado, protegiéndolo del frío, hasta que Nyaja lo había encontrado.

Aunque Yáhlazer perdiera el acceso a su magia, aunque sus pensamientos se apagaran, el vínculo que compartía con Sisnaria seguiría vivo. Eso era algo que no podía romperse tan fácilmente.

Miravien parecía dispuesta a seguir discutiendo, pero Bryla

apareció para agarrar a su hermana del brazo.

—Tú te vienes conmigo —le dijo a su hermana mayor—. Necesito que distraigas a los brunedanos que pienso cargarme hoy, y no conozco mejor Ilusionista que tú, hermanita.

Bryla le guiñó un ojo a Yáhlazer.

—Hazlos morder el polvo. Quiero sentirme orgullosa de mi rey.

A Yáhlazer se le escapó una risa nerviosa por la devoción que destilaban las palabras de Bryla. Antes de que Miravien pudiera seguir protestando, su hermana pequeña enrolló su brazo con el suyo y se la llevó en dirección a las escaleras.

—Haz el favor de no comportarte como una mamá gallina con nuestro rey delante de sus soldados, ¿vale? Lo dejas en ridículo —la reprendió mientras la arrastraba lejos de la azotea.

Yáhlazer se dejó contagiar por el humor tan solo unos segundos antes de caminar hacia su vakirí con su paso renqueante.

Sisnaria, que pareció ser consciente de sus problemas para caminar sin cojear, se desenroscó y se deslizó hacia él sobre sus patas cortas.

Yáhlazer acarició el lustroso pelaje blanco de la vakirí.

—Sé que voy a pedirte mucho, pero te necesito más que nunca —le susurró al oído—. Tenemos que proteger a nuestra familia de los que quieren hacernos daño.

La vakirí respondió con un ronroneo de conformidad.

Alguien se había tomado la molestia de colocarle el arnés a Sisnaria, de modo que Yáhlazer solo tuvo que apoyar el pie en el estribo y auparse hasta la grupa de la vakirí. No fue tan sencillo como acostumbraba, debido a que sus heridas todavía estaban cicatrizando.

A su alrededor, los demás jinetes de vakiríes, la mayoría magos Domadores, también se subieron a sus respectivas monturas. Pero no despegaron; estaban esperando a que él diera la orden.

Yáhlazer ató las correas que sujetaban sus piernas a la silla de montar, y estaba a punto de ordenar el despegue cuando una voz dolorosamente conocida gritó su nombre.

—¡¡Yahl!! ¡Espérame!

Se volvió en la dirección del sonido y creyó que estaba soñando cuando vio a Nyaja corriendo hacia él. Era un sueño. Tenía que ser un sueño. Nyaja no podía estar ahí. Nyaja…

Con su velocidad sobrehumana, ella lo alcanzó y le cogió la mano entre las suyas. Era real. Nyaja estaba ahí.

—¿Cómo has…? ¿Qué haces aquí?

—He venido en tren —informó ella, agarrándose a la silla de montar para subirse tras él—. He venido lo más rápido que he podido.

—¿Dónde está… Drailon?

Los mayores temores de Yáhlazer comenzaron a hacerse realidad.

Que Drailon hubiera pasado por encima de Nyaja y que ella hubiera tenido que huir para salvar su vida.

—Está muerto —respondió, con la voz demasiado apagada para una noticia tan buena; algo había salido mal.

—¿Dónde están…?

—Los dejé a todos en Virzara —lo interrumpió—. Nuestra familia está bien. Izorn no… Izorn se sacrificó para salvarme. Los demás están bien.

A Yáhlazer no le caía muy en gracia el inexpresivo Lunasol, pero había ayudado a Nyaja a matar a ese monstruo. Había muerto para proteger a Nyaja. La vida había sido injusta con él, y había hecho lo poco que había podido con las escasas armas a su alcance.

—Cuando todo esto termine, me aseguraré de que se le honre por ello —respondió Yáhlazer, con firmeza—. Te lo prometo.

—Kehidar y Eishar…

—Firmé un documento para que pudieran quedarse a vivir aquí, ¿verdad? Sabes que nunca falto a mi palabra.

Nyaja asintió.

Yáhlazer sabía que eso ya no sería suficiente para ellos, no después de la terrible pérdida que habían tenido que sufrir. Pero era lo mejor que podía ofrecerles tras el sacrificio de Izorn.

—¿Qué ha sido de las Piedras de la Vida? —preguntó Yáhlazer.

—Esa es una larga historia.

Yáhlazer asintió, consciente de que no tenían tiempo que perder.

—No tienes arnés —observó él.

—Entonces espero que no te importe que te abrace fuerte.

Nyaja lo rodeó con los brazos, pero con delicadeza para no hacerle daño en las heridas. Le acarició el brazo derecho, cubierto con la manga del eloba; ya no había ni rastro de la Piedra de Amatista que Nyaja había llevado encima durante las últimas semanas.

—Jamás dejes de abrazarme fuerte, Nyaja.

A una orden sin palabras de Yáhlazer, Sisnaria remontó el vuelo. Y, con ella, el resto de los vakiríes que se encontraban en la azotea, listos para defender Xandiara de sus adversarios.

La nube blanca formada por el Escuadrón Aéreo de Dumaria alzó el vuelo, y se cernió sobre las tropas enemigas que ya se encontraban a las puertas de la ciudad.

Yáhlazer tiró con fuerza de sus poderes, buscando las mentes de todos los vakiríes que volaban a su alrededor en formación militar. Las encontró y las agarró con su magia, dándoles la orden silenciosa de mantenerse a su lado. Algunos se resistieron más a su mandato; otros cedieron con facilidad.

Yáhlazer empezó a ver el campo de batalla con decenas de pares de ojos. El exceso de información visual habría aturdido a cualquier persona. Pero no a él. Llevaba años perfeccionando esa técnica, usando a los pájaros que volaban en libertad por el palacio de Xandiara y que recababan información para él sin que nadie se diera cuenta de que estaban siendo observados.

Podría orientarse en el aire con los ojos cerrados, pero su visión humana le otorgaba algo que no tenían los vakiríes. Él podía distinguir el color azul que vestían los dumarianos del color rojo reglamentario de las tropas brunedanas. Aunque los vakiríes distinguían bastantes colores, el rojo era uno de los que quedaba fuera de su rango de alcance.

Le ordenó a Sisnaria volar en círculos alrededor del campo de batalla, en busca de la persona a la que Yáhlazer quería encontrar.

Y entonces perdió el control de uno de los vakiríes. Yáhlazer sintió un chasquido dentro de su cabeza y, segundos después, el vakirí trataba de tirar a su jinete girando sobre sí mismo en el aire.

—¡¡Yahl!! —gritó Nyaja, para hacerse oír por encima del rugido del viento y de dos ejércitos enfrentándose.

Ella también se había dado cuenta de que uno de los vakiríes hacía cosas raras.

Yáhlazer trató de recuperar el control, pero, si lo hacía, se arriesgaba a perder a los demás. El jinete no sería fácil de derribar; sus piernas estaban fuertemente sujetas al arnés y este rodeaba el cuerpo del vakirí. Por lo tanto, debía centrarse en eliminar a esa persona que podía hacerle frente.

Sisnaria fue más rápida y, aunque no podía escucharla, le dedicó un siseo de enfado a la Domadora que había tomado la mente de uno de sus congéneres.

Yáhlazer le ordenó a su vakirí que descendiera justo cuando una llamarada de fuego se elevaba en el aire. Yahl casi podía sentir el calor abrasador de las llamas cuando estas se estrellaron contra algo invisible ante él. Casi se había olvidado de que Nyaja estaba sentada tras él, protegiéndolos a todos con un escudo.

La escuchó gruñir sobre su hombro y, cuando siguió la dirección de su mirada, descubrió un grupo de caras conocidas. La cabeza de Yáhlazer se llenó de preguntas.

—¡Déjame bajar! —le pidió Nyaja.

—¡No puedes enfrentarte a todos ellos tú sola!

—¡Claro que puedo!

Yáhlazer no discutió más. Buscó una zona despejada para aterrizar, y dejó que Nyaja ajustara cuentas con sus antiguos compañeros.

CAPÍTULO 57

Nyaja se cubrió con un escudo y esperó hasta que Yáhlazer volviera a estar fuera del alcance de la magia de Theran Graemor.

No sabía en qué momento Theran y el resto del equipo se habían reunido con el ejército de Colmillo de Serpiente, pero ahora estaban ahí, y ese era el único pensamiento al que podía concederle espacio en su mente.

Estaban los cuatro: Theran, Igme, Tadrin y Hyren. No se habían molestado en sustituirla por otro Escudo, como si quisieran enviarle el mensaje de que ni siquiera echaban en falta la protección que les brindaba su magia. Ella era completamente innecesaria. Pero para Brunedain siempre había sido así, siempre había sido una maga que no importaba perder, porque otro ocuparía su lugar.

Aunque las intenciones de Drailon hubieran sido otras diferentes, lo que él quisiera para Nyaja no cambiaba mucho la voluntad colectiva de todo un país.

Pero en Dumaria sí que era necesaria. El país la necesitaba, Xandiara la necesitaba, su nueva familia la necesitaba. No iba a dejar que los brunedanos estropearan todo lo que había construido en su nuevo hogar, ni siquiera a aquellos que una vez había llamado compañeros.

Se aseguró de que sus puñales estuvieran uno a cada lado de su cintura antes de dar unos pasos en su dirección.

—¿Te has vuelto tan arrogante que esperas derrotarnos tú sola? —se mofó Theran, con llamas chispeando a su alrededor.

Nyaja no tenía por qué temer a ninguno de esos magos. Ya los había visto usando sus habilidades, y también era consciente de que el gobierno de Brunedain hacía un soberano esfuerzo por contener los poderes de sus magos en las Escuelas de Magia.

Y Nyaja estaba convencida de que se había enfrentado a cosas peores que cuatro magos instruidos por Brunedain.

—Theran, este no es el plan —protestó Tadrin, colocándose a su altura.

Tadrin, recordó Nyaja, era una Domadora. Le sorprendía que no estuviera peleando al lado de Colmillo de Serpiente para controlar a los vakiríes.

—El plan era atrapar al rey. Se me ocurren pocas formas más eficaces de hacerlo que esta. —Ahora era Theran el que derrochaba arrogancia.

Nyaja les permitió a sus labios curvarse en una sonrisa sarcástica.

—Para eso tendrás que pasar por encima de mí —dijo, acariciando la empuñadura de sus cuchillos.

—Con mucho gusto —respondió Theran, aceptando orgulloso el desafío.

El Llameador hizo alarde de sus poderes y una gran oleada de fuego se estampó con violencia contra el escudo de Nyaja, que tembló, pero que resistió la acometida.

La sonrisa de Theran se congeló.

Nyaja se limpió una uña mientras su escudo le comía unos centímetros al fuego de Theran.

—¿Sabes cuál es la diferencia entre tú y yo, Theran? —le preguntó, con aire distraído—. Tú tuviste la oportunidad de ver un mundo nuevo y aprender de él, pero decidiste apegarte a la venda que llevaste sobre los ojos toda tu vida. Yo vi un mundo nuevo y aprendí de él todo lo que pude. Aprendí a confiar en mí misma y en mis capacidades. Y mientras yo progresé… tú te estancaste.

Las llamas de Theran volvieron a retroceder. Nyaja vio en la expresión del Llameador el esfuerzo que estaba haciendo para evitar ser calcinado por su propio fuego.

—¡¡IGME!! —gritó Theran.

Nyaja estaba tan concentrada en Theran y en el letal elemento que podía controlar que ni siquiera se había fijado en cómo la maga Golpeadora había ido retrocediendo poco a poco, alejándose de la trifulca como si no quisiera tener nada que ver en ella.

Enfrentarse a la magia combinada de un Llameador y una Golpeadora podría haberle supuesto un esfuerzo considerable. Pero si Igme había decidido no ayudar a Theran, entonces sus posibilidades de derrotarlos se incrementaban.

—No puedes vencerla, Theran —dijo Igme, convencida—. Drailon lo sabía. Te obligó a deshacerte de tu anterior Escudo y escoger a Nyaja porque sabía lo poderosa que era.

Theran le había dicho que el anterior Escudo había sido asesinado. Cuando Nyaja había preguntado por esa persona, Theran había dudado si contárselo o no. Y esa afirmación que Igme acababa de hacer…

—Tú lo mataste —gruñó Nyaja.

—Fue un desperdicio; era un buen soldado —respondió Theran,

con la maldad brillando en la mirada.

Nyaja aumentó el radio de su escudo muy despacio, dándole a Theran la oportunidad de comprobar la incompetencia de su magia de fuego contra la suya, para hacerle sentir la misma angustia que le había causado a la persona que había matado. Todo por un plan de Drailon. Todo por la ambición de un solo hombre.

—Y todo por una miserable traidora —prosiguió Theran, encolerizado. En contra de parecer asustado por su inminente derrota, su voz se había endurecido—. Podrás vencerme a mí, pero Drailon te dará tu merecido. Drailon no es lo que todos pensáis que es. Él es…

—Él es un Veloz —terminó Nyaja por él—. Bueno, lo era. Antes de que mi puñal le atravesara el corazón.

La sonrisa malvada y enfermiza de Theran desapareció. Y, al otro lado del escudo de Nyaja, la magia de fuego dejó de ser una oponente mínimamente digna de ella.

En cuanto las llamas se consumieron, Theran cayó de rodillas al suelo.

—Mientes —murmuró.

—Si no está muerto, ¿por qué no está aquí? ¿Por qué no ha venido a ayudar a sus soldados?

Theran dejó caer la cabeza.

—Mátame —suplicó.

Nyaja dejó caer su escudo y desenvainó uno de sus puñales. Igme arrastró a Hyren para poner distancia, como si temiera por las vidas de los dos. Tadrin huyó, dejando atrás a sus compañeros, como si no les importara su destino.

Nyaja caminó hacia Theran con el cuchillo desenvainado.

—Yo no soy una carnicera brunedana. Soy la reina de Dumaria, y se te juzgará por tus crímenes en un consejo de guerra.

Theran levantó la cabeza, asombrado. El odio y la rabia hervían en su mirada. Pero antes de que pudiera crear la siguiente llamarada, Nyaja lo golpeó en la cabeza con el pomo del puñal. La fuerza del golpe lo dejó inconsciente, y el cuerpo de Theran cayó al suelo como un fardo.

Nyaja alzó la mirada hacia Igme y Hyren. El Mentedespierta fue el primero en dejarse caer de rodillas al suelo, con las manos alzadas por encima de la cabeza. Igme no tardó en imitarlo.

Nyaja escuchó una voz conocida a su espalda bramando órdenes en dumariano. Segura de que alguien le cubría las espaldas, avanzó hacia los dos magos brunedanos. Guardó el puñal y, cuando llegó a su altura, les tendió una mano.

Ambos la miraron sin poder creerse lo que estaban presenciando.

—La guerra terminará —dijo Nyaja—. Los brunedanos y los dumarianos dejaremos de pelear y de matarnos unos a otros. Podemos

empezar a construir la paz ahora mismo, si me ayudáis.

Igme asintió, aceptó su mano y Nyaja la ayudó a levantarse. Y, una vez de pie, Igme le dedicó una torpe inclinación de cabeza.

—Gracias, majestad.

—Nyaja está bien.

Igme miró hacia algo que estaba detrás de Nyaja y sin oponer resistencia, extendió los brazos y permitió que Nísani le rodeara las muñecas con esposas de titanio.

—Solo es una medida preventiva —añadió Nyaja.

Igme asintió.

—He matado a muchos dumarianos —confesó, agachando la cabeza.

—Ya has pagado condena por eso.

Nyaja se volvió hacia Hyren, que la miraba con sorpresa y devoción a partes iguales. Aunque ya se había levantado del suelo, Nyaja le tendió igualmente su mano. Hyren la tomó, con dedos temblorosos.

—No tenemos por qué ser enemigos nunca más —dijo Nyaja.

Hyren asintió y, sin aviso previo, se abalanzó sobre ella para abrazarla. Nyaja tardó unos segundos en comprender que no era una amenaza, sino un gesto de agradecimiento, y lo rodeó tímidamente con los brazos.

—Le mentiste; tú no mataste a Drailon —murmuró Hyren en su oído.

—En la práctica, es como si lo hubiera hecho.

Hyren no puso más pegas. Se separó de ella, inclinó la cabeza en señal de respeto y, al igual que Igme unos minutos atrás, no opuso resistencia cuando Nísani le colocó unas esposas de titanio.

—¿Qué hacemos con este? —preguntó la capitana de la guardia, señalando a Theran.

—Mételo en una celda de titanio hasta que un consejo de guerra determine su sentencia final —decidió Nyaja.

Nísani asintió.

—¿Has visto a Yahl? —preguntó Nyaja, mientras Nísani ordenaba a sus soldados que recogieran a Theran del suelo y se lo llevaran junto con el resto de los prisioneros.

Nísani miró al cielo, buscándolo.

—Debe de estar ahí.

Nyaja siguió la dirección de su mirada y descubrió que, aunque la batalla en tierra estaba casi sofocada por la superioridad numérica dumariana, en el aire todavía se encontraba en su fase más encarnizada.

CAPÍTULO 58

Yáhlazer observó a Nyaja durante unos segundos, mientras volvía a elevarse en el aire. Desde las alturas, analizó la batalla, cada vez más dispersa por la ciudad, llenando Xandiara de golpes de espadas, disparos y estallidos de magia.

La pérdida de concentración le costó cara.

Sintió otro chasquido dentro de su cabeza cuando perdió el control sobre la mente de un segundo vakirí.

Tenía que encontrar a Colmillo de Serpiente y dejarla fuera de combate.

Su mente se empapó de todas las imágenes que estaban captando los vakiríes que seguían bajo su control. Descartó todo lo que no le interesaba, mientras Sisnaria seguía sobrevolando la ciudad.

El siseo furioso de su propia vakirí lo sacó de su ensimismamiento. Se concentró solamente en los ojos de Sisnaria y entonces la vio.

Se encontraba en medio de una gran avenida, rodeada de soldados, lo que sugería que esa figura era importante. Además, en vez de centrar sus ojos en el desarrollo de la batalla, su mirada estaba elevada hacia el cielo, desde donde los magos podían atacar y alejarse volando antes de recibir un contraataque. Los que no eran magos, volaban bajo para romper las filas enemigas. Los vakiríes eran lo bastante grandes como para conseguir que decenas de soldados abandonaran sus puestos. Y los que no huían, eran embestidos con una fuerza colosal o morían entre sus fauces.

Tal vez por eso la mujer montada a caballo estaba más preocupada por lo que había en el cielo que por las tropas de tierra. Pero a medida que se iban acercando, Yáhlazer captó más detalles. Lo que al principio había considerado como una bufanda era, en realidad, una serpiente constrictora.

Tenía que ser ella.

Colmillo de Serpiente.

Palmeó el lomo de Sisnaria antes de ordenarle que se aproximara

más. Colmillo de Serpiente podría robarle el control sobre vakiríes que no conocía, pero ningún Domador corriente podía romper el vínculo que Yáhlazer había establecido con Sisnaria.

Cuando empezaba a distinguir detalles cruciales de su enemiga, la cercanía provocó que Colmillo de Serpiente clavara sus ojos en él. En vez de mostrarse asustada por su presencia, parecía triunfante.

Yáhlazer volvió a comprobar que su espada estaba en su lugar y despejó su mente para la batalla.

Un segundo vakirí entró en su campo de visión. Yáhlazer apenas tuvo tiempo de comprender qué estaba sucediendo antes de que Sisnaria interrumpiera el ataque y se levara en el aire para evitar la envestida de uno de sus congéneres.

Cuando se libró del susto, un pequeño tirón de su magia fue suficiente para comprobar que se trataba de uno de los vakiríes cuyo control le habían robado.

Sisnaria giró en el aire, volviendo a encarar a Colmillo de Serpiente. La vakirí estaba casi tan furiosa como él.

Yáhlazer se encontró con los ojos de Colmillo de Serpiente incluso a pesar de la distancia que los separaba.

La magia de los Domadores no era como la del resto de los magos. Era un juego de voluntades. Yáhlazer sabía que los animales podían resistirse a cumplir órdenes que iban en contra de sus instintos. Pero cuando se establecía un vínculo muy fuerte, cuando el respeto y la comprensión eran mutuos, se podían vencer incluso esas barreras.

Se preguntaba si Colmillo de Serpiente sería consciente de la existencia de esa conexión, o si solo usaba a los animales como armas de las que podía prescindir.

Yáhlazer estaba dispuesto a averiguarlo.

Sisnaria no estaba de acuerdo con su plan, pero Yáhlazer la obligó a descender una segunda vez, mientras él cortaba las ligaduras de cuero que lo mantenían sujeto a la silla de montar.

Se preparó para el salto; sabía que solo tendría una oportunidad.

Sisnaria siguió perdiendo altura, y el otro vakirí empezó a acercarse peligrosamente. Sisnaria le dedicó un siseo de furia, pero el otro vakirí, controlado por Colmillo de Serpiente, no escuchó la advertencia.

El suelo se acercaba cada vez más y más y más. Y cuando estaban a punto de estamparse contra el pavimento, Sisnaria redujo la velocidad solo durante los tres segundos que Yáhlazer necesitó para saltar de su lomo y rodar por el suelo para evitar un golpe fatal.

Todas las heridas de su cuerpo se quejaron, y cuando consiguió levantarse, lo hizo con mucha menos elegancia de la que le habría gustado. Algo se había desgarrado en su vientre y, al bajar la mirada, vio su eloba manchada de sangre. El dolor fue como un latigazo que

sacudió todo su cuerpo con violencia.

Pero no podía permitir que eso lo detuviera.

Cuando alzó la vista al cielo, Sisnaria ya había levantado el vuelo de nuevo, esquivando al otro vakirí por los pelos.

De repente, Yáhlazer se dio cuenta de que los soldados de la Guardia Roja que custodiaban a Colmillo de Serpiente se volvían hacia él, con sorpresa, odio y admiración a partes iguales. Parecieron tardar unos segundos en comprender que estaban ante el rey de Dumaria; Yáhlazer sabía que su pelo teñido de blanco confundía a todo el mundo.

Y no iba a desaprovechar ese precioso tiempo.

Uno de los soldados salió de su estupor y desenvainó su espada. Yáhlazer lo imitó, aunque no fue necesaria ni la primera estocada.

Con Colmillo de Serpiente ocupada en mantener alejada a Sisnaria, nadie había reparado en el tercer vakirí que volaba en su dirección, con su silueta camuflada por el resplandor del sol del invierno dumariano.

Yáhlazer se agachó y se cubrió la cara con los brazos cuando la enorme criatura blanca se lanzó contra los soldados brunedanos.

Escuchó gritos de dolor y de asombro.

Se incorporó despacio, notando como la herida de su vientre se abría todavía más. El vakirí había dejado tras de sí un rastro de soldados muertos o conmocionados. Pero algunos se recuperarían del golpe.

Yáhlazer no tenía tiempo que perder.

Y ahí, alzándose impertérrita ante toda esa desolación, se encontraba Colmillo de Serpiente, contemplándolo como si estuviera barajando todas las maneras de aplastar a un insecto repugnante: con ira, pero con superioridad.

Pero Yáhlazer tenía muy claro que no iba a perder en su propio terreno.

Tiró con fuerza de toda la magia que le quedaba y centró su mirada en los ojillos negros de la serpiente que rodeaba el cuello de su ama.

—¡Voy a destrozar tu maldito reino! —gruñó Colmillo de Serpiente—. ¡Voy a despedazarte! Y cuando acabe contigo, voy a usar a tus propios vakiríes para aniquilar a tus secuaces.

Yáhlazer la dejó despotricar, mientras que su magia penetraba en la mente de la serpiente, expulsando todo rastro de la magia de Colmillo de Serpiente.

Yáhlazer se vio a sí mismo a través de los ojos del reptil.

—¡¡No puedes controlarlos a todos!! —estalló Colmillo de Serpiente.

Pero entonces su expresión cambió, y sus ojos cargados de ira se

volvieron hacia su mascota, a la que creía haber domesticado.

Al darse cuenta de que había perdido el control sobre la serpiente, la Domadora trató de arrancársela del cuello, pero ya era demasiado tarde. La constrictora, libre de ataduras, ni siquiera necesitó la orden de Yáhlazer para enroscarse alrededor de su garganta.

—Yo no los controlo —replicó Yáhlazer—. Yo solo les sugiero que me ayuden, y a cambio, yo los ayudaré a ellos.

Colmillo de Serpiente trató de luchar contra el abrazo letal de la serpiente. Cayó de rodillas al suelo, respirando con dificultad. Y, con cada ventilación, la constrictora ceñía más su agarre.

—Detente —suplicó, con la voz ahogada.

—No soy yo. Esta es su venganza.

La Domadora perdía fuerzas, y se derrumbó en el suelo, pataleando y tirando del cuerpo escamoso de la serpiente, pero esta no solo tenía más fuerza, sino que estaba cegada por la ira acumulada durante tantos años privada de su libre albedrío.

Colmillo de Serpiente gorjeó. La serpiente cerró aún más sus anillos en torno a su cuello y, finalmente, los brazos de la maga brunedana cayeron al suelo. La serpiente soltó a su víctima y se alejó reptando por el suelo.

Los ojos desorbitados de Colmillo de Serpiente y su cuello amoratado eran los únicos testigos de la cruel agonía que había sufrido antes de terminar en los brazos de la muerte.

Yáhlazer cayó de rodillas al suelo, salpicado con su propia sangre.

Todo su cuerpo temblaba por el esfuerzo. El cansancio lo derribó, hasta terminar con la mejilla contra el frío suelo. El agotamiento se adueñó de él, y sus párpados le parecieron demasiado pesados como para mantenerlos abiertos.

Escuchó a alguien llamándolo, y luchó para no dejarse arrastrar por el sueño.

—¡Maldita sea, Yahl! ¿Qué has hecho?

Era la voz de Nyaja. Ella lo había encontrado. Y si ella estaba con él, si los dos habían sobrevivido a esa locura, ya no importaba nada más.

Obligó a sus párpados a volver a abrirse; obligó a sus labios a moverse.

—Estoy… bien —susurró, aunque su voz tan débil sugería lo contrario.

—No, no estás bien. Necesitas un médico.

Nyaja gritó por ayuda, pero antes de que las piernas que corrían hacia ellos los alcanzaran, Yáhlazer ya había perdido la batalla contra el agotamiento.

CAPÍTULO 59

(*Dos meses después*)

Nyaja se bajó del carruaje en primer lugar y le tendió una mano a Yáhlazer, Él le regaló una de sus preciosas sonrisas y la tomó de la mano, aunque ya hacía tiempo que no necesitaba ese apoyo adicional.

Lucero, el gatosueño que dormía con ellos todas las noches, saltó con agilidad desde el coche de caballos y los siguió, con la cola en alto como una bandera de paz.

Después de la batalla de Xandiara, después de todos los desafíos que Nyaja y Yáhlazer habían superado juntos, la paz había regresado a Dumaria. Pero no a sus corazones. Las pesadillas se habían vuelto una constante para ambos, hasta que Yáhlazer había decidido crear un vínculo con Lucero, para que los guiara a ambos hacia la luz, lejos de las más oscuras pesadillas.

Con la mano de Yáhlazer todavía enredada con la suya, Nyaja alzó la cabeza para contemplar la ciudad que la había visto nacer, pero la que también había contribuido a destrozar su alma.

Tranteria era tan gris como recordaba, aunque muchas cosas hubieran cambiado en esa urbe y en el resto de Brunedain en los últimos dos meses.

Nyaja centró su atención en la mansión que tenía ante ella. Comparada con el palacio de Xandiara, la morada de la realeza de Brunedain parecía humilde. Y ahí, en las puertas de lo que ahora ya podía llamar hogar, los aguardaba Kandell de Soenaya.

La reunión de paz había sido idea del nuevo rey de Brunedain, aunque había sido Nyaja la que había propuesto que esta se celebrara en Tranteria y no en Xandiara. La capital dumariana todavía trataba de recuperarse del horror que había supuesto verse invadida por las fuerzas de Brunedain. Las heridas aún estaban demasiado recientes.

De otro carruaje bajaron Bryla y Miravien. La primera analizó a los guardias brunedanos, a la gente que se había congregado para recibir a los recién llegados y al propio Kandell en busca de amenazas.

Miravien, en cambio, caminó hacia el rey de Brunedain con la familiaridad de dos personas que han luchado juntas.

—El ejemplo de Miravien es muy mal ejemplo —les dijo Bryla a sus dos nuevos aprendices, mientras estos ponían los pies sobre el pavimento.

Árim, con su nuevo uniforme de guardia dumariano, observó la ciudad con ojos que se salían de sus órbitas. Ikair saltó del carruaje tras él, mirando a su alrededor casi con miedo. Su armadura de titanio se había convertido en un mal recuerdo, pero, tal vez por costumbre, seguía llevando guantes de cuero.

En las últimas semanas, Lírala no solo había insistido una y otra vez en que sería una Leona de la Reina, sino que había arrastrado consigo a Árim y a Ikair a esa idea absurda. Nyaja estaba convencida de no necesitar como escoltas a tres niños que todavía estaban aprendiendo a dominar su magia. No obstante, Yáhlazer les había dado el visto bueno y les había dicho que, si se esforzaban mucho por aprender, les daría el título oficial cuando fueran mayores de edad. Nadie se había emocionado más que Lírala con esa noticia.

Lírala y Ronnara no los habían acompañado en ese viaje. Se habían quedado en Xandiara, velando por la ciudad, y entrenando. A Nyaja le había sorprendido que Lírala no protestara por la decisión de su hermana mayor de que ambas se quedaran en casa, dado que Lírala adoraba viajar y conocer lugares nuevos.

Yáhlazer fue el primero en caminar hacia Kandell, que les dedicó una sonrisa en cuanto los vio acercarse, interrumpiendo su amena charla con Miravien.

—Es un gran honor… recibiros… en mi casa —los saludó, en un dumariano renqueante.

—El honor es nuestro —respondió Yáhlazer de inmediato.

Pero entonces algo llamó la atención de Kandell, algo que estaba tras la espalda de Nyaja.

—Es imposible —murmuró Kandell.

Nyaja se giró y descubrió a Bryla conduciendo a Árim y a Ikair hasta ellos.

—Sigo sin confiar en ti —replicó Bryla, dirigiéndose a Kandell—, así que no esperes que te quite el ojo de encima.

Pero Kandell respondió con una sonrisa.

—Yo también me alegro de ver que estás bien, Bryla —dijo Kandell.

Miravien tradujo para su hermana y esta esbozó una pequeña sonrisa sarcástica. Nyaja ya no estaba segura de si realmente Bryla seguía considerando a Kandell un peligro o no. Con ella nunca se sabía.

—Pasad, por favor —los invitó Kandell—. Tenemos muchas cosas

de las que hablar.

Nyaja, Yáhlazer y los demás siguieron a Kandell hasta el interior de la mansión de los Soenaya. No era tan lujosa ni tan impresionante como el palacio de Xandiara, pero era la digna residencia de un monarca.

Kandell los condujo hasta una sala ocupada en su mayoría por una gran mesa de madera de cerezo. Una mujer ya los esperaba en el interior, junto con algunos soldados de la Guardia Roja.

—Permitidme que os presente a Laisere —dijo Kandell, estirando la mano para coger la de la mujer—. Es mi compañera.

—Es un placer —respondió Laisere.

Kandell realizó el resto de las presentaciones y luego se sentaron en la mesa. Nyaja y Yáhlazer en un lado; Kandell y Laisere en el otro.

—Tú has convocado esta reunión —comenzó Nyaja—. ¿De qué querías hablar con nosotros?

Kandell se enderezó en su silla antes de empezar a hablar.

—Creo que todos hemos aprendido mucho en esta guerra. Y creo que todos nos hemos dado cuenta de que ha llegado el momento de cambiar. Ahora mismo, ostento el poder absoluto en Brunedain porque el país necesita estabilidad para recuperarse de la crisis que hemos sufrido. Pero mi intención es conducir esta nación hacia una nueva democracia. Una más justa esta vez, donde todos participemos y donde se vele por la inclusión de todo el mundo.

Nyaja y Yáhlazer cruzaron una mirada.

—¿Y eso en qué nos afecta a nosotros? —preguntó Yáhlazer.

—Creo… creo que Dumaria también saldría ganando en la implantación de una democracia. Podríamos… Podríamos establecer una alianza e intercambiar ideas y resultados. Y derrumbar de una vez por todas la Frontera de Piedra que nos ha mantenido distanciados hasta ahora.

Nyaja sabía que Kandell no pretendía dinamitar las montañas que constituían esa frontera natural entre Dumaria y Brunedain. El comentario de Kandell iba mucho más allá… Tal vez, hasta el establecimiento de una verdadera conexión entre ambas naciones.

Para sorpresa de Nyaja, Yáhlazer sonrió.

—Estoy de acuerdo.

—¡Yahl! ¿Qué estás diciendo? —protestó Miravien.

Yáhlazer se volvió hacia su prima.

—Yo no nací para gobernar un país, Mira, y lo sabes. No voy a renunciar a mi corona ni hoy ni mañana —especificó. Luego, se dirigió de nuevo a Kandell—. Lo haré tras asegurarme de que mi país puede arreglárselas sin monarquía, cuando ya no seamos necesarios. Tal vez, con suerte, les ahorre a mis futuros descendientes cargar con algo que no desean por culpa de unas leyes que fueron escritas hace siglos.

Kandell asintió.

—Hay… hay otro tema que nos ocupa —murmuró Kandell, mirando a su alrededor, como si necesitara asegurarse de que nadie más iba a escuchar lo que estaba a punto de decir—. ¿Qué ha sido de las Piedras de la Vida?

Esta vez, fue el turno de Nyaja de sonreír.

—No volverán a suponer un problema para nadie.

Kandell arrugó el entrecejo.

Nyaja inspiró aire profundamente, preparándose para una larga explicación acerca de todo lo que había aprendido sobre las Piedras de la Vida. Yáhlazer y el resto de su familia ya habían escuchado esa historia muchas veces, porque se la habían hecho repetir para estar seguros de haber entendido todos los detalles. Pero, aun así, volvieron a poner su entera atención en su relato.

Para sorpresa de Nyaja, Kandell escuchó casi sin exaltarse al llegar a las partes más extraordinarias.

Pero hubo detalles que no confesó, pedazos de información que prefería guardarse para sí y para su familia. Como que Maive y ella habían llegado a la conclusión de que, de alguna forma, Chisara y Diataki se las habían ingeniado para seguir ejerciendo su influencia en el mundo a través de las Piedras de la Vida. Esa era la única explicación plausible al hecho de que los dioses principales de Niherel, Zisara y Deatakos, tuvieran unos nombres tan similares a los dos magos. O que esa religión de lucha de contrarios fuera tan similar a la religión dumariana, donde las dos lunas que poblaban el firmamento, Tilka y Oenos, habían sustituido a Zisara y Deatakos.

O que Diataki ya había conseguido poseer a Érisen antes de hacerlo con Drailon, y que por eso Érisen había cambiado tan drásticamente.

—Cuando terminó la guerra en Dumaria —concluyó Nyaja—, rompimos las Piedras de la Vida en miles de trocitos. Nos montamos en un barco, y esparcimos los pedazos a lo largo del Mar de Esmeralda, para que nadie pueda volver a juntarlas jamás.

Cuando Nyaja salió de la mansión, con muchas ideas de futuro revoloteándole en la cabeza, descubrió a alguien esperándola.

Maive se había negado a dejarse ver en la reunión entre los monarcas de Dumaria y de Brunedain, pero había decidido acompañarlos en ese viaje. Sus padres adoptivos, Vaknin y Démer, habían venido con ella, por no faltar a la costumbre.

Nyaja llegó a su altura y Maive le dedicó una sonrisa. Habían tenido dos meses para ponerse al día sobre sus vidas, pero a Nyaja se le habían hecho muy cortos.

—¿Estás segura? —le preguntó Nyaja a su hermana melliza.

—Nunca he estado más segura de nada —respondió ella, sonriente.

Maive iba a quedarse a vivir en Tranteria, desde dónde le sería mucho más sencillo iniciar su investigación.

—Voy a encontrar a nuestros otros hermanos, Nyaja —le prometió, cogiéndole las manos entre las suyas—. Si siguen vivos, claro está. Y voy a descubrir quién fue nuestra madre.

Ese era el proyecto de vida que Maive se había propuesto. Encontrar a los otros hijos que Drailon había abandonado y establecer contacto con ellos. Pero su principal objetivo era descubrir quién había sido la madre de las mellizas, para tomar su apellido y poder, así, honrarla incluso después de su muerte.

Aunque a Nyaja todavía se le hacía muy extraño pensar en Maive como su hermana, no le gustaba la idea de volver a separarse de ella.

—Quiero que sepas que mi casa siempre será la tuya —dijo Nyaja, apretando las manos de Maive más fuerte entre las suyas—. Y espero que me escribas muchas cartas y que vengas a visitarme de vez en cuando.

—No temas. Me gustaría mucho poder presumir de que mantengo una correspondencia fluida con la reina de Dumaria.

Maive se echó a reír, y Nyaja rio con ella. Iba a echarla de menos, pero tampoco podía robarle su sueño de descubrir quién era en realidad.

Nyaja había intentado enseñarle a usar su magia como Escudo, pero Maive había rechazado la oferta, al menos por ahora. Todavía no estaba preparada para asimilar que era una maga. Pero cuando estuviera lista, Nyaja la ayudaría.

Maive se adelantó para rodearla con los brazos. Nyaja le devolvió el abrazo.

—Cuídate, hermana —murmuró Maive en su oído.

—Espero que encuentres lo que estás buscando —respondió Nyaja.

Maive se separó de ella para dedicarle una sonrisa.

—Lo encontraré. Y volveré junto a ti después. Te lo prometo.

Nyaja asintió, y Maive se dio la vuelta para reunirse con sus padres, que la esperaban en el carruaje, preparados para dirigirse al que sería su nuevo hogar. Nyaja se despidió de Vaknin y Démer con la mano, y ellos, sonrientes, le devolvieron el gesto.

Maive le mandó un beso con la mano antes de subirse al coche de caballos con sus padres y partir hacia una nueva aventura.

Nyaja se quedó mirando cómo el carruaje se perdía avenida abajo, llevándose a su hermana melliza con él, hasta que sintió una mano cálida sobre el hombro. No necesitaba girarse para saber que se

trataba de Yáhlazer.

—Volverás a verla; estoy seguro —la consoló.

Nyaja asintió, parpadeando varias veces para deshacerse del incómodo picor de sus ojos.

Se giró para abrazarlo.

—Quiero volver a casa —murmuró, contra su hombro—. Esta ciudad me trae malos recuerdos.

—Podemos empezar hoy mismo a construir buenos recuerdos, si quieres —comentó, con un tono pícaro en la voz.

Nyaja se apartó de él para poder mirarlo a los ojos.

—No lo dices en serio —dijo Nyaja, mientras sus labios se curvaban en una sonrisa.

—Yo siempre hablo en serio, golondrina.

Nyaja se echó a reír. Y Yáhlazer rio con ella.

Si Nyaja tuviera que elegir un solo recuerdo para almacenar dentro de las gemas de amatista que llevaba en el cuello, sin duda escogería esa visión de ambos riéndose. Yáhlazer, que aún podía reír a pesar de todo lo que había sufrido, y ella, que había aprendido a dejarse contagiar con la risa de él, sin importar lo rota que se sintiera.

CAPÍTULO 60

Árim abrió la puerta de la habitación que le habían asignado en la gran mansión de los Soenaya, aunque esta palidecía en comparación con el palacio de Xandiara. El dormitorio no era muy grande, aunque sí lo suficiente para albergar dos camas gemelas, un guardarropa de tamaño generoso y una mesilla de noche entre las dos camas.

Ikair entró tras él y se dirigió a la ventana, situada frente a la puerta.

—La otra vez me encerraron del otro lado —murmuró Ikair, mirando hacia el jardín interior en torno al cual se erigía la edificación.

Árim había procurado no pensar en eso. Cuando Kandell y Kehidar los habían sacado de la Escuela de Diamante, los habían llevado a ese lugar, aunque Árim había tardado mucho tiempo en averiguar que se trataba de la mansión de la familia real de Brunedain.

—Ya no somos prisioneros —respondió Árim, tratando de consolar a Ikair.

El joven de ojos azules se volvió hacia él, haciendo un visible esfuerzo por sonreír.

—No, tienes razón, Árim, ya no somos prisioneros de nada ni de nadie. Pero, a veces, los recuerdos regresan con tanta fuerza que no consigo ignorarlos.

Árim se sentó en una de las camas y dio unas palmaditas sobre el colchón a su lado, para pedirle a Ikair que se sentara. Él aceptó y se alejó de la ventana para dejarse caer en la cama.

—Y, de todas formas, Bryla no va a quitarnos el ojo de encima —comentó Árim, en voz baja.

Ikair se echó a reír, un sonido reconfortante en medio del silencio.

—No, no me cabe duda.

Desde que habían dejado que Lírala los convenciera para convertirse en los guardaespaldas de Nyaja, Bryla había estado supervisando sus progresos. No tanto en el uso de sus poderes, algo de

lo que se encargaban otros magos, sino en artes de defensa personal, de espionaje y de investigación. La princesa de Dumaria era estricta y siempre parecía estar de mal humor, pero sentía un profundo amor por su familia y su país, a los que defendía con uñas y dientes. Y, en las últimas semanas, parecía haber desarrollado también un vínculo con Árim y con Ikair.

Durante el viaje hasta Tranteria les había repetido no menos de cincuenta veces todos los protocolos de seguridad. Su frase favorita era: «Si hay problemas, empiezas a cantar para confundir a tus perseguidores, agarras a Ikair del brazo y sales corriendo, ¿entendido?». Árim e Ikair se lo habían aprendido todo de memoria días antes de llegar a Tranteria.

—¿Crees que Kandell conseguirá cambiar Brunedain? —preguntó Ikair, arrancándolo de sus recuerdos.

—Eso espero, aunque sin duda será algo que llevará mucho tiempo.

—Tiempo que prefiero pasar en Dumaria —susurró Ikair, apoyando los codos sobre las rodillas para luego enterrar la barbilla en los puños.

Con algo de timidez, Árim le colocó una mano en el hombro a Ikair para transmitirle su apoyo.

—Yo tampoco quiero volver todavía.

Ikair asintió, cogiéndole la mano que había puesto sobre su hombro entre las suyas, todavía cubiertas con sus inseparables guantes de cuero.

—¿Recuerdas que te dije que necesitaba tiempo para aclararme las ideas? —preguntó Ikair, con la mirada clavada en la unión de sus manos.

A Árim le daba miedo conocer sus pensamientos, y tragó saliva mientras asentía, aunque Ikair no pudiera ver ese gesto.

—Pues ya me he aclarado —respondió Ikair, alzando la mirada hacia su rostro—. En realidad, siempre lo he sabido, pero han pasado tantas cosas que… tenía miedo.

»Pero sé que te quiero, Árim. No solo como mi mejor amigo, que también, sino como… como algo más. Creo que ya sabes a lo que me refiero. Pero ahora ya no sé hacia dónde se dirigen nuestras vidas y todo es tan distinto que… que solo sé que, pase lo que pase, me gustaría compartir ese camino contigo.

Árim se quedó sin habla, sus pensamientos se detuvieron, sus manos se congelaron. Pero su corazón, desafiando la inmovilidad general de su cuerpo, se había desbocado dentro de su pecho.

—No tienes que darme una respuesta ahora —añadió Ikair, tras captar su sorpresa—. Puedo esperar.

—Yo también te quiero —soltó Árim, sin pensar. Pero no

necesitaba meditarlo; sabía que era verdad. Lo sabía desde hacía mucho tiempo.

Ikair esbozó una enorme sonrisa. Soltó las manos de Árim, aunque su único propósito parecía ser el de arrancarse los guantes de cuero y tirarlos al suelo. Hacía tiempo que sus poderes no se descontrolaban, en parte porque el collar de diamantes de su cuello atrapaba toda esa magia, y en parte porque, al ganar confianza en sí mismo, también había aprendido a confiar en sus poderes.

Pero Árim sabía que era difícil deshacerse de los hábitos.

Cuando los guantes de Ikair encontraron su camino hasta las baldosas, sus manos cálidas rodearon la cara de Árim. No quemaban, ya nunca quemaban, aunque su piel siempre estuviera caliente.

Árim sintió que su corazón se aceleraba todavía más ante ese gesto.

—¿Puedo? —preguntó Ikair, vacilante.

Árim asintió y cerró los ojos cuando Ikair se acercó, despacio, dándole tiempo para rectificar y espacio para no sentirse incómodo.

Pero ya había pasado demasiado tiempo, y no quería que nada volviera a separarlo de Ikair.

Y cuando sus labios se rozaron, Árim podría haber jurado que el mundo se detuvo, que retrocedió y se transformó y comenzó a girar solo alrededor de ambos, para luego explotar y desaparecer, mientras que ellos, ajenos a la realidad, se quedaban suspendidos en ese preciso instante por toda la eternidad.

CAPÍTULO 61

El sol dumariano brillaba con fuerza en lo alto de la colina, anunciando que el invierno ya se había quedado atrás, y que la primavera trataba de conquistar el mundo para sí.

Eishar se dejó caer sobre la hierba, a los pies de la tumba de Izorn, ubicada en la ladera de solana. Ya que toda su vida había vivido cautivo de la oscuridad, se merecía que en su descanso eterno pudiera disfrutar de la cálida luz del sol.

Eishar acarició la tierra removida, sobre la que comenzaban a florecer tiernos brotes de hierba verde. Esperaba que, estuviera donde estuviera, Izorn pudiera sentir también esa caricia.

Las lágrimas comenzaron a descender por su rostro sin poder evitarlo. El dolor por haberlo perdido no había remitido en los últimos dos meses.

Sintió un brazo alrededor de los hombros.

—Él no querría verte llorando —susurró Kehidar.

Pero cuando Eishar se volvió hacia él, descubrió que sus ojos azules también estaban humedecidos.

La mano de Kehidar se unió a la suya, acariciando la tierra bajo la cual estaba depositado el cuerpo sin vida de Izorn, como si, de alguna manera, desde donde quisiera que su alma estuviera descansando, pudiera sentir su contacto.

—¿Crees que nos estará viendo ahora mismo? —preguntó Eishar.

Kehidar tardó unos segundos en responder, aunque Eishar ya se imaginaba cuál sería su respuesta.

—No me cabe duda de que él siempre cuidará de nosotros.

El silencio se impuso entre ambos, roto de vez en cuando por el silbido del viento meciendo las hojas de los árboles.

—Deberíamos volver a casa —propuso Kehidar—. Se está haciendo de noche y empieza a hacer frío.

Kehidar se puso en pie, pero Eishar se quedó un rato más de rodillas sobre la hierba, regalándole al alma de Izorn unos cuantos minutos más de su tiempo.

—¿Qué va a pasar ahora, Kehidar? —preguntó.

—Ahora nos toca vivir la vida que queramos vivir, Eishar.

Los reyes de Dumaria les habían conseguido esa casa en el campo, lejos del ruido de la ciudad y de las miradas de desconfianza. También les habían entregado una compensación económica por su ayuda en la guerra contra Brunedain. Pero el dinero no duraría para siempre, y Eishar tampoco se sentía cómoda dependiendo de los demás.

—De pequeña me gustaba pintar —murmuró Eishar—. Pero luego perdí el interés.

—¿Y te gustaría volver a hacerlo?

Eishar se encogió de hombros. Hacía mucho tiempo que había perdido el rumbo de su vida, y, cuando creía que empezaba a encontrarlo de nuevo, Izorn se había marchado, rompiéndola en mil pedazos en el proceso.

Miró su lápida una vez más.

—A él le gustaría —comentó Eishar.

Por él lo haría. Por Izorn haría un esfuerzo de vivir la vida a la que él había renunciado. Volvería a pintar para que su sacrificio no hubiera sido en vano.

—Izorn quería vernos felices a los dos —dijo Kehidar—. Izorn siempre fue un héroe, aunque la historia lo recuerde como un villano.

APÉNDICE 1: TIPOS DE MAGIA

Aunque clasificar algo tan dinámico como la magia puede ser complicado, muchos lo han intentado. Un grupo de eruditos brunedanos, denominados los Herederos de Ennia, han realizado la clasificación más precisa que existe, y que es la que emplea el Parlamento de Brunedain. Si algún mago se sale de la clasificación, el Parlamento de Brunedain lo considera un mago anómalo. Esta sería la clasificación de los diferentes tipos de magia:

1. MAGIA MENTAL

Los magos mentales son aquellos cuyos poderes quedan en el plano mental. Sus poderes no se manifiestan de forma física y, por lo tanto, no pueden percibirse a través de los sentidos. Algunos pueden percibirse emocionalmente, pero otros pasan desapercibidos. Dentro de la magia mental, se distinguen cuatro tipos de magos:

- SINSECRETOS: son magos capaces de leer la mente, pero solo aquellos pensamientos categorizados como «la voz de la consciencia», de modo que no tienen acceso al subconsciente. Los Sinsecretos son magos poco abundantes.
- EMPÁTICOS/AS: pueden percibir las emociones que manan de los demás, pero no los pensamientos.
- SABIOS/AS: tienen la capacidad de memorizar infinidad de datos de por vida; una vez que un Sabio lee o escucha una frase, la recordará con exactitud para siempre.
- CREASUEÑOS: como su nombre indica, pueden introducir recuerdos en la mente de las personas mientras duermen. Los más poderosos pueden hacerlo cuando la persona en cuestión está despierta, y, en este caso, se denominan Ilusionistas.

Los magos con dos o más de estas habilidades se denominan Mentedespierta. Además, se conocen otros tipos de magia mental.

2. MAGIA FÍSICA

Los magos físicos son aquellos cuyas habilidades tienen una manifestación física. Aunque, en algunos casos, su tipo de magia no se puede ver, sí que puede percibirse mediante otros sentidos. Cabe destacar que casi todos los magos de este tipo son ambidiestros. Dentro de la magia física se distinguen los siguientes tipos de magos:

- DOSESPADAS: son magos que gozan de una extraordinaria velocidad en brazos y manos.
- HUESOSDUROS: son magos con una increíble fuerza física debido a que sus huesos y músculos soportan golpes con facilidad.
- ESCUDOS: pueden crear un escudo mágico invisible a su alrededor. Este escudo mágico puede evitar ataques mágicos de todo tipo, cualquier objeto o ser vivo, y, además, se puede regular para dejar pasar, o no, los elementos anteriormente mencionados.
- GOLPEADORES/AS: son los magos físicos más temidos. Pueden lanzar ondas de energía de una fuerza arrolladora. Estas ondas de energía son invisibles.

No obstante, existen magos físicos de otros tipos. Por su parte, los magos que poseen dos o más de estos tipos de magia se denominan Dinámicos/as.

3. MAGIA DE LA NATURALEZA

Dentro de esta categoría se incluyen todos los tipos de magia relacionados con la naturaleza o sus procesos. Los cuatro tipos de magos de la naturaleza son:

- LLAMEADORES/AS: son magos capaces de crear fuego, pero no son inmunes a él.
- LUNASOLES: tienen la capacidad de cambiar el grado de luminosidad; es decir, pueden crear luz u oscuridad. Dependen de factores externos, por lo que su magia funciona muy mal en espacios abiertos, donde cambiar el grado de luminosidad es casi imposible.
- ELÉCTRICOS/AS: estos magos tienen la habilidad de crear electricidad o campos electromagnéticos.
- DOMADORES/AS: pueden controlar hasta cierto punto la voluntad de los animales.

Al igual que sucede en los casos anteriores, hay magos que poseen estas habilidades de forma parcial o complementada con otros tipos de magia. No obstante, la magia de la naturaleza suele ser, casi siempre, de las más puras. Esto se debe a que son muy diferentes entre sí.

APÉNDICE 2: PERSONAJES

En la siguiente lista se nombran a todos los personajes de esta saga con una breve descripción de quiénes son:

Áineve Hasher: empleada del palacio real de Xandiara y administradora de Nyaja.
Aiyala Bádela: maga Escudo; intérprete en el palacio de Xandiara.
Árimeth (Árim) Háelid: mago Empático anómalo; alumno de la Escuela de Diamante.
Arsen: mago Dinámico; director de la Escuela de Magia de Atios.
Bryla (Bry) de Várenma: maga Golpeadora; prima del rey Yáhlazer y una de las Tres Leonas.
Colmillo de Serpiente: maga Domadora; directora de la Escuela de Magia de Zaros.
Dasha Otrey: maga Eléctrica; líder del Movimiento.
Démer (Dem) Akarre: padre adoptivo de Maive.
Dimunai Seiren: empleado del palacio real de Xandiara y asistente de Nyaja.
Drailon Hártimer: presidente de Brunedain.
Eishar Dúayan: maga Empática anómala; antigua alumna de la Escuela de Diamante.
Érisen de Auztialén: rey de Fainelh.
Estiaria de Várenma: maga Mentedespierta; abuela de Yáhlazer y antigua reina de Dumaria.
Fáexin: maga Domadora; tía paterna de Yáhlazer.
Granne de Soenaya: reina de Brunedain y hermana mayor de Kandell.
Guivian Ardea: maga Sabia; parlamentaria del Parlamento de Brunedain por el Partido Mágico.
Háler de Miktaia: príncipe heredero de Rismav.
Hyren Izreal: mago Mentedespierta; mago perteneciente al grupo de espionaje del Maestro Theran.
Igme Doeval: maga Golpeadora; maga perteneciente al grupo de espionaje del Maestro Theran.
Ikair Mirfail: mago Llameador anómalo; alumno de la Escuela de Diamante.
Izorn Dytar (más conocido como Cuchillo Silencioso o Cuchillo de Drailon): mago Lunasol; asesino que trabaja para Drailon y hermano

gemelo de Kehidar.
Kandell de Soenaya: mago Nublador; director de la Escuela de Diamante y hermano menor de la reina de Brunedain.
Kehidar Dytar (más conocido como Cuchillo Silencioso o Cuchillo de Drailon): mago Lunasol; asesino que trabaja para Drailon y hermano gemelo de Izorn.
Laisere: maga Lunasol anómala; profesora de la Escuela de Diamante.
Lírala (Lira) de Várenma: maga Eléctrica; princesa de Dumaria y prima menor de Yáhlazer.
Lórineh de Várenma: maga Eléctrica; esposa de Varázier y madre de Ronnara, Pristia y Lírala.
Maive Akarre Moren: compañera sentimental del príncipe Háler y superviviente de la conquista de Zimosia.
Miravien (Mira) de Várenma: maga Ilusionista; princesa de Dumaria, prima de Yáhlazer, una de las Tres Leonas y esposa de Nísani.
Nísani de Várenma: capitana de la guardia de Xandiara y esposa de Miravien.
Nyaja (Nya) Tudein: maga Escudo y maga Veloz; duquesa de Xandiara.
Omireli Sáeda: empleada del palacio de Xandiara y amiga de Nyaja.
Pristia de Várenma: mago Sabio; príncipe de Dumaria, primo de Yáhlazer y hermano de Ronnara y Lírala.
Ramja Prydor: maga Sinsecretos; directora de la Escuela de Magia de Lorias y consejera personal de Drailon.
Reshal Fiáreder: administrador económico de Yáhlazer.
Réster: mago Escudo anómalo; mago de la Escuela de Diamante.
Ronnara (Ronna) de Várenma: maga Eléctrica; princesa de Dumaria, prima de Yáhlazer y una de las Tres Leonas.
Siánevir (Sian) de Várenma: mago Golpeador; padre de Miravien y Bryla y tío materno de Yáhlazer.
Tadrin Ohtar: maga Domadora; maga perteneciente al grupo de espionaje del Maestro Theran.
Theran Graemor: mago Llameador; Maestro de la Orden de Zaros y líder de un grupo de espionaje.
Vaknin (Vak) Moren: padre adoptivo de Maive.
Valdrek Liator: mago Dosespadas; soldado de la Guardia Roja de Brunedain y capitán de la misma en Tranteria.
Varázier (Varaz) de Várenma: mago Mentedespierta; príncipe de Dumaria, hijo de Estiaria, tío materno de Yáhlazer, padre de Ronnara, Pristia y Lírala y esposo de Lórineh.
Yáhlazer (Yahl) de Várenma: mago Domador con habilidades especiales; rey de Dumaria.
Zírave: médica dumariana.
Zoima: maga Empática; amiga de la infancia de Árim.

APÉNDICE 3: PRONUNCIACIONES

Las palabras que no aparezcan recogidas en la siguiente lista, se adaptan a las normas de pronunciación de la lengua española:

Adavea: Adávea.
Árimeth: Árimez.
Athevia: Acevia.
Brunedain: Brúnedain.
Bryla: Braila.
Dimunai: Dimunái.
Dytar: Dáitar.
Eishar: Éishar.
Fainelh: Fáinel.
Fainelhita: fainelita.
Fainelhés: fainelés.
Háelid: la «h» se pronuncia aspirada.
Háler: la «h» se pronuncia aspirada.
Hártimer: la «h» se pronuncia aspirada.
Hyren: Hairen (la «h» se pronuncia aspirada).
Izorn: Ízorn.
Kandell: Kándel.
Kehidar: hay un espacio entre la «e» y la «i».
Klorine: Klorín.
Linir: línir.
Lórineh: Lórine (con «e» abierta).
Maecys: Maecis
Maive: Meive.
Merath: Meraz.
Naster: Náster.
Nya: Nía.
Nyaja: Nialla.
Pristia: la última «a» se alarga.
Prydor: Práidor.
Ramja: Ramlla.
Ronnara: se pronuncian las los «n».
Rott: Rot.
Sindary: Síndari.

Ohtar: Ótar (la «o» se alarga).
Theran: Zeran.
Tudein: Tudéin.
Valdrek: Váldrek.
Yáhlazer: la «y» tiene un sonido intermedio entre la «ll» y la «i». La primera «a» se alarga.

AGRADECIMIENTOS

Casi siempre se deja este agradecimiento para el final, pero yo lo voy a poner al principio, porque me parece el más importante. Así que voy a empezar dándote miles de gracias a ti, lector / lectora, por haber confiado en mí y en mi historia. Este sueño no sería posible sin tu apoyo.

En segundo lugar, tengo que darle gracias a Edu, a mi Yáhlazer de carne y hueso, por escucharme hablar sobre mis historias y no aburrirse nunca. Miles de gracias por el apoyo incondicional que me has brindado desde la primera vez que te dije que escribía. Miles de gracias por haber entrado en mi vida y miles gracias por compartir conmigo el placer por los libros y por las historias. En parte, todo esto es gracias a ti y a la ilusión que despertaste en mí.

En tercer lugar, gracias a Vane, mi gran lectora beta y mejor amiga, que fue la primera en cruzar la Frontera de Piedra y que me apoyó desde el minuto uno. Por todo esto y por estar ahí en las buenas y en las malas, gracias.

Me reservo un párrafo para darles las gracias a los integrantes de nuestro grupo de escritores independientes de Instagram, a los que soy gracias por las reseñas positivas y por todo el apoyo. Pero, en especial, muchas gracias a mis queridas «Escritoras sin filtro»: Lorena, Damaris e Iris. Muchas gracias por los consejos, las risas y el apoyo, y por haberme ayudado a crecer como persona y como escritora.

Gracias a mis compis biólogos, que se emocionaron y se volcaron con mi libro antes incluso de conocer la sinopsis o la portada. Gracias a Leire, Cristina, Dani, Pablo, Iris, Lenny, Pierre y a todos los demás por el apoyo que me brindasteis cuando más lo necesitaba. Gracias a Ronsel, que, aunque no es una compi bióloga, también se merece estar aquí, por ser una gran amiga y mejor persona, y por seguir ahí a pesar de la distancia que nos separa.

Por último, pero no por ello menos importante, quiero dar las gracias a Marcia Fernández, ilustradora de las maravillosas cubiertas de *Piedras de la Vida*. Muchas gracias de corazón por depositar tanto esfuerzo en este proyecto y por hacer posible que saliera a la luz.

SOBRE LA AUTORA

Laura ya inventaba historias, personajes y criaturas fantásticas mucho antes de descubrir su pasión por los libros. Se enamoró de la fantasía a los trece años y nunca se alejó demasiado de ese sendero. A los quince años terminó su primera novela de fantasía. Siguió escribiendo, probando distintos estilos y géneros, y compartiendo algunas de sus historias en Wattpad.

En 2021 decidió profesionalizarse, y autopublicó su primera novela, *Cadenas de titanio*, la primera parte de una bilogía de fantasía, a través de Kindle Direct Publishing, una plataforma de Amazon.

Actualmente podrás encontrarla compartiendo su pasión por los libros en redes sociales como Instagram y TikTok, escribiendo las historias que circulan por su mente y bebiendo té mientras disfruta de una buena lectura.

Instagram

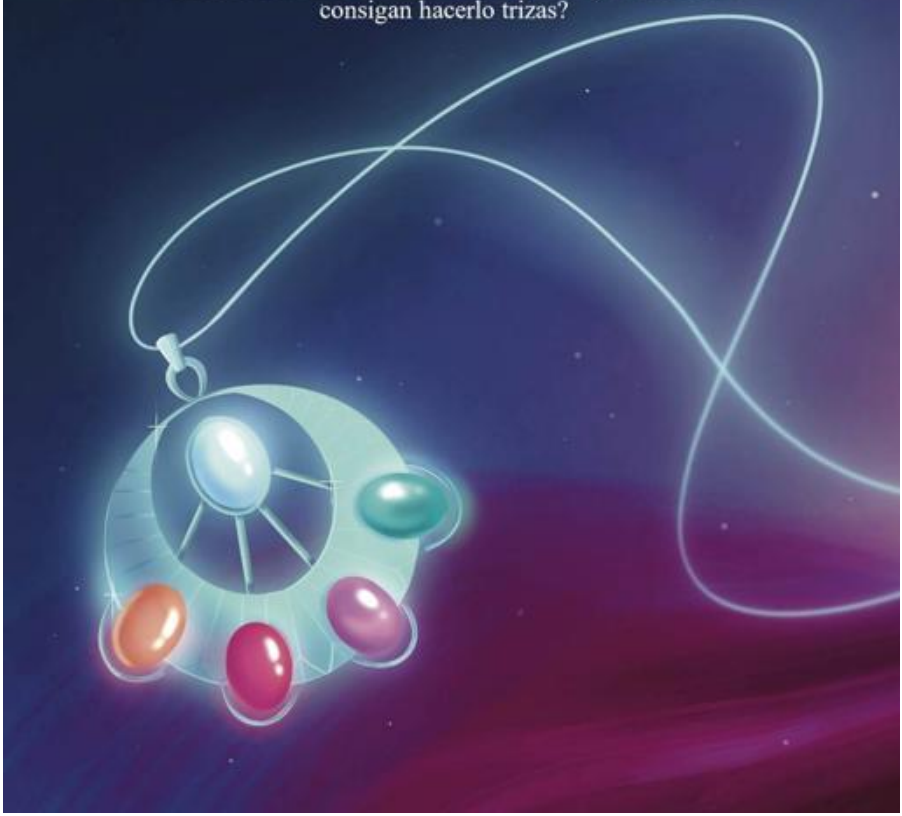
@lauragarridovillasanta

TikTok

@lauragarridovillasanta

lauramgarvil@gmail.com

Una guerra que amenaza con sembrar la oscuridad. Una leyenda a punto de resurgir de las tinieblas del pasado. Un destino que los conecta a todos.

La lucha de Nyaja se ha convertido en una batalla por la supervivencia y tendrá que darlo todo para proteger a los que ama.

Las piezas del rompecabezas están a punto de juntarse, las Piedras de la Vida siguen siendo un misterio y nuestros héroes se enfrentan a aquello que más temen. ¿Podrá el mundo ser salvado antes de que la guerra y la ambición consigan hacerlo trizas?